LAS GRANDES BATALLAS DE LA HISTORIA



LAS GRANDES BATALLAS DE LA HISTORIA



¿Sabías que las fulgurantes victorias de Alemania al principio de la Primera Guerra Mundial o la batalla final contra los iraquíes en la Operación Tormenta del Desierto se basaron en los planes de Aníbal para conquistar Roma? ¿Sabías que las causas de la superioridad de los españoles sobre los aztecas no estuvieron tanto en las armas de fuego como en las espadas toledanas, puesto que los indios no conocían el hierro ni el acero? ¿Sabías que Azaña estuvo presente en la batalla de Verdún, en 1916, la más larga y mortífera de la historia?

Las treinta batallas que derribaron imperios, frenaron invasiones, hicieron triunfar revoluciones y forjaron el mundo moderno tal y como lo conocemos. Con la exhaustiva investigación de las fuentes y la amenidad divulgativa que caracterizan a Canal de Historia, este volumen recrea asedios como la toma de Jerusalén; batallas puramente aéreas, como la de Inglaterra en 1940, o la mayor operación naval de la historia llevada a cabo el Día D, sin olvidar el papel decisivo de los más famosos estrategas: Aníbal, Alejandro Magno, Julio César, Nelson, Napoleón, «Toro Sentado» o Churchill.

Causas y consecuencias, armamento y táctica, éxitos y fracasos, curiosidades y anécdotas… Todos los ángulos tienen su análisis, entretenido y didáctico, en un libro que ningún aficionado a la historia puede perderse.



The History Channel Iberia

Las grandes batallas de la Historia

ePub r1.2
JeSsE 19.05.15

Título original: *Las grandes batallas de la Historia*
The History Channel Iberia, 2009
Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.1



Prólogo

Tras la excelente acogida de nuestro primer libro, *Los grandes misterios de la Historia*, abordamos una nueva aventura con idéntica ilusión y empeño: la publicación de *Las grandes batallas de la Historia*, coincidiendo con el hecho de que han transcurrido setenta años desde el final de la Guerra Civil española, así como también del inicio de la Segunda Guerra Mundial, dos momentos clave de nuestra historia reciente.

Un conflicto armado incluye a todo individuo que se encuentra geográfica o espacialmente inmerso en éste, causando un dramático impacto humano, político y económico. Porque altera todo orden existente, la guerra tiene un profundo significado histórico. Considero que esta obra ayuda a establecer un puente de comprensión de las causas y efectos de los conflictos aquí tratados.

Al igual que en el anterior volumen, no ha sido fácil la tarea de decidir el elenco de enfrentamientos que debía contener este libro. Muchos han sido los que hemos tenido que descartar con el propósito de ofrecer una visión global de las que han sido algunas de las grandes batallas de la historia.

Como ya sucedió en *Los grandes misterios de la Historia*, seguramente en esta compilación se echarán en falta muchas batallas. Les pido, estimados lectores, que nos disculpen, ya que estoy seguro de que sabrán comprender la dificultad de nuestra tarea.

Cerraba el anterior volumen deseando que *Los grandes misterios de la Historia* fuera el primero de una larga colección de títulos. El libro que ahora tienen entre manos no es sino una piedra más del largo camino que nos gustaría recorrer a su lado. Confío en que disfruten de su lectura y que muy pronto

volvamos a encontrarnos en las librerías.

DIEGO CASTRILLO
Director general
CANAL HISTORIA

1

QADESH

Fecha: 1274 a. C.

Fuerzas en liza: Egipcios con ayuda de los *naharinos* contra hititas aliados con veinte pueblos, entre otros, dárdanos, misios, licios y pedasios.

Personajes protagonistas: El faraón Ramsés II y Muwatalli II de Hatti, rey hitita y jefe de la coalición.

Momentos clave: Las divisiones de Amón y la de Ra cercadas por los hititas y la llegada de los *naharinos* a rescatar al faraón.

Nuevas tácticas militares: Es una de las primeras batallas en las que se tiene constancia del uso del caballo como elemento fundamental del ejército, aunque enganchado al carro de guerra, que utilizaban ambos bandos.

En 1274 a. C. Ramsés II dirigió sus tropas hacia Siria para enfrentarse a un poderoso enemigo: los hititas, encabezados por Muwatalli II. La narración de la batalla —que apenas duró una jornada— ha quedado esculpida en los principales templos de Egipto. Se considera, por ello, el primer relato documentado de la táctica militar de la historia, además de ser la primera que dio lugar a un tratado de paz que ha llegado hasta nuestros días. El extraordinario aparato de propaganda de Ramsés II logró hacer pasar este episodio por una gran victoria, pero la verdad es muy distinta. Para muchos historiadores, este faraón fue de uno de los primeros genios de la propaganda personal y política. Las investigaciones de los relieves del «Poema de Pentaur», que recoge el relato de la confrontación y que mandó escribir el faraón, han desvelado la verdad histórica oculta tras la parcial versión egipcia, la de los aparentes vencedores.

PRIMERA GUERRA DOCUMENTADA

La batalla de Qadesh no es la más antigua de la que hay constancia en la historia.

Los seres humanos llevan matándose desde Caín y Abel, según narra el Génesis. Con anterioridad a esta confrontación se conocen otras, como la batalla de Megido, en el siglo XV a. C., con los mismos contrincantes: el ejército del faraón Tutmosis o Tutmés III (1479-1425 a. C.), el gran artífice del Imperio egipcio, que en diecisiete campañas asiáticas convalidó Egipto como gran potencia, la coalición de los príncipes de Qadesh y Megido, situada al este del río Éufrates. Dos siglos después, egipcios e hititas seguirían riñendo por la posesión de ese territorio.

De bastante tiempo antes también hay constancia de las campañas de Hammurabi, rey de Babilonia, en el siglo XVIII antes de nuestra era, o de los enfrentamientos en Mesopotamia entre diferentes reinos y ciudades-estado, que combatían por la hegemonía de la zona entre los ríos Tigris y Éufrates. Sin embargo, los documentos antiguos que ilustran estos conflictos no han llegado hasta nuestros días. Sólo han quedado sus huellas remotas en la arqueología.

En contraposición, la batalla de Qadesh está bien detallada en papiros y relieves de templos que han sobrevivido durante milenios. Por lo tanto, tiene el honor de ser la primera en la historia que puede ser reconstruida gracias a los numerosos documentos egipcios y a una carta en alfabeto cuneiforme de Ramsés al rey hitita Hattusil III encontrada en Anatolia. «Es la primera batalla narrada de la que tenemos constancia. Hubo antes otras más importantes, pero nadie se fija en ellas o no están tan deformadas por los aficionados como ésta, que llena de inexactitudes las innumerables páginas de Internet», sostiene Jesús J. Urruela Quesada, profesor de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid.

De hecho, investigadores de la ciencia militar, analistas, historiadores, egiptólogos, militares y aficionados de todo el mundo llevan siglos estudiando la que se considera la última gran batalla de la Edad del Bronce —o la primera gran batalla de la Antigüedad, según la egiptóloga francesa Christiane D. Noblecourt— gracias a todo tipo de detalles sobre el armamento y las referencias sobre la estrategia que se empleó, y de los que hoy hay constancia.

Claro que su atractivo no está sólo motivado por lo que supone en la historia el cambio de una tecnología militar a otra. Además, resulta interesante seguir su desarrollo en las tres fuentes antiguas perfectamente conservadas hasta hoy: el «Poema de Pentaur», extenso relato lírico de los sucesos que compuso el escriba

personal del soberano; el «Informe» o «Boletín» militar conservado en forma de bajorrelieves que sobreviven al tiempo en cinco santuarios: en el Ramesseum (el templo funerario de Ramsés II), Lúxor, Abidos, Abu Simbel y Amón en Karnak; y el documento que formalizó la tregua entre ambos contrincantes, considerado el primer tratado de paz de la historia, con las diferentes versiones de los egipcios y de los hititas.

Pero no está sólo el poder de seducción de Qadesh. Esta batalla interesa a los estudiosos porque se trata de uno de los momentos más apasionantes de la historia de Egipto, ejemplo de la mejor vocación imperialista de los faraones, así como, en especial, de la maestría propagandística de Ramsés II.

Exactamente, ¿cuándo ocurrió esta confrontación? En las culturas antiguas no es fácil datar adecuadamente los acontecimientos de acuerdo con la cronología actual. Los textos con frecuencia se contradicen, no están claros o simplemente falta información para fechar con exactitud. Los restos arqueológicos dan una datación aproximada.

En la cronología egipcia, además, el tiempo se contaba partiendo del inicio del reinado de un faraón y dentro de la correspondiente dinastía. Con cada nuevo faraón se comenzaba de nuevo. Respecto a Qadesh, los textos egipcios hablan del quinto año de reinado de Ramsés II; el problema es que no está claro en qué año este faraón subió al trono. «Hay hasta tres cronologías egipcias diferentes. Los historiadores sabemos que nos equivocamos pero el problema está en que no sabemos si es hacia arriba o por debajo el desfase cronológico», afirma Jesús Urruela.

Sobre el comienzo del reinado de Ramsés II, Claude Vandersleyen en su obra *L’égypte et la vallée du Nil* dice: «Saber con certeza la fecha, en cronología absoluta, en que Ramsés II llegó a ser rey es aún imposible. Tres fechas están en juego: 1304, 1290 o 1279 a. C. Cada una tiene sus partidarios. La tendencia es adoptar la fecha más baja, 1279». Así pues, habiendo sido la batalla de Qadesh en el quinto año del reinado de Ramsés II, sólo habría que restar cinco años a cada una de estas tres posibilidades para tener las respectivas posibles fechas de la contienda, habiendo preferencia, según este autor, por la más tardía: 1275-1274. De esta forma, la legendaria batalla se suele fechar en el verano de 1274 a. C.

EL DOMINIO DE LAS RUTAS COMERCIALES SIRIAS

La rivalidad entre egipcios e hititas —conglomerado de tribus con una herencia cultural común que se instalaron en Anatolia hacia el año 2000 antes de nuestra era— se venía arrastrando desde un par de siglos antes y, sobre todo, desde la época del faraón Akenatón (1352-1336 a. C.), quien descuidó su política exterior, debilidad que permitió que los hititas se anexionaran varias ciudades sirias sometidas a Egipto «en ese Oriente Próximo en perpetuo conflicto y formado por infinidad de ciudades-estados», explica la egiptóloga Noblecourt, exjefa de conservadores del departamento egipcio del Louvre y quien durante treinta años ha investigado la vida de Ramsés II y ha escrito una de las mejores biografías del faraón.

Esta pérdida territorial se convertiría en el caballo de batalla de los faraones de la XVIII y la XIX Dinastía. Durante el Imperio Nuevo (que comienza con la reunificación de Egipto en 1550 a. C. y está compuesto por las dinastías XVIII, XIX y XX), los faraones que adoptaron una política de conquista y de intervención en el extranjero, crearon un ejército profesional de gran prestigio. Dos siglos antes que Ramsés II, Tutmosis III dispuso de valerosos oficiales y de una tropa bien entrenada para luchar en sus diecisiete batallas.

Por su parte los hititas, al verse acorralados por sus vecinos, tuvieron que basarse en su capacidad militar para sobrevivir como estado; su imperialismo se caracterizó, sobre todo, por su interés en la ocupación permanente de las ciudades-estado de Siria.

Al llegar al trono, Ramsés II se convirtió en el quinto militar de carrera consecutivo que llegaría a faraón. Al provenir de una familia de hombres de armas, no era de extrañar que, en cuanto accedió al trono, el joven Ramsés se lanzase a una gran actividad militar. Las campañas asiáticas parece ser que se iniciaron en el cuarto año de su reinado; aunque algunos investigadores hablan incluso de que en el segundo año venció y capturó a los llamados *Shardanas*, que incorporó a sus tropas. De lo que hay constancia es que el faraón comenzó enfrentándose a los nubios y libios, según se detalla en una estela hallada en Asuán.

Fortaleció su posición en la zona de ocupación egipcia y avanzó con su

ejército hacia el norte para recobrar territorios de Qadesh. Las cosas se complicaron cuando los hititas consiguieron formar una coalición en la que entraron más de veinte príncipes enemigos de Egipto —de los que se conocen los de Alepo, Naharin, Karkemish, Kodi, Qadesh y Arvad—, que lucharía con astucia contra el faraón.

Al quinto año de ocupar el trono, como ya había sucedido en tiempos de su padre, Sethi I (1294-1279 a. C.), los ejércitos egipcios e hititas se encontraron en la que sería la tercera batalla por Qadesh. La rivalidad duraba ya dos siglos, con épocas de mayor o menor virulencia según hubiera o no matrimonios de los faraones con princesas de la zona.

Se sabe que, en el siglo XV a. C., el rey de Qadesh había encabezado una coalición de ciudades-estado para oponerse a la conquista de levante por el faraón Tutmosis III. Derrotado en la batalla de Megido, la ciudad de Qadesh cayó bajo la hegemonía egipcia, así como el resto del sur de Siria. «La región estaba entonces administrada por gobernadores egipcios encargados de mantener cierto grado de hegemonía entre los múltiples príncipes locales que pagaban regularmente los impuestos a la Corona», explica la egiptóloga Noblecourt.

El padre de Ramsés, Sethi I —uno de los faraones de mayor prestigio de la historia de Egipto, según el profesor Urruela—, venció y tomó Qadesh, por segunda vez desde la época de Tutmosis III. Pero la ciudad fue muy pronto recuperada por Muwatalli, rey de Hatti, el mismo que después se enfrentaría a Ramsés. De nuevo la ciudadela pasó de manos y se convirtió en el bastión de la defensa hitita en Siria.

Algunos historiadores afirman que la guerra tuvo lugar para detener el intento hitita de invadir Egipto. Sin embargo, la mayoría de los expertos sostienen que todas aquellas contiendas tuvieron como objetivo el dominio de las rutas comerciales asiáticas y no eran actos de defensa. La ciudad, en el valle del río Orontes, representaba la frontera entre los dos imperios rivales. Así, la batalla de Qadesh fue una más entre los numerosos enfrentamientos que se llevaron a cabo por el control de Siria a lo largo de los siglos XIV y XIII antes de nuestra era. En aquellos tiempos la zona era deseada por todos sus amplios recursos económicos y por su situación estratégica, como cruce de rutas de la región.

La ciudad de Qadesh «era de vital importancia en el eje de comunicaciones

egipcio, frontera entre ambos imperios. El soberano que la poseyera conseguía para su país un lugar preponderante entre el Tigris-Éufrates y el Mediterráneo, y ser el dueño de los intercambios comerciales, lo que le convertiría en la mayor potencia de la época», señala Jesús J. Urruela quien, en línea con las últimas investigaciones, no está de acuerdo en localizar la batalla en el río Orontes. «No es posible —afirma— que Egipto controlara una zona tan grande. Hay quien piensa que se trataba de una ciudad del mismo nombre a la altura de Gaza, es decir, mucho más al sur, próxima al desierto del Néguev. Esto llevaría a los hititas hasta el sur de Palestina. El problema es la traducción de los topónimos: es imposible saber exactamente a dónde se refiere porque está en lengua egipcia».

De lo que no hay duda es que el enfrentamiento era inevitable. Ramsés II tenía «la obligación» de reconquistar la plaza de Qadesh al precio que fuera. Él, que había acompañado a su padre cuando era joven en la batalla por la ciudadela, no se resignaba a aceptar que esta provincia estuviera en manos de sus enemigos; no podía olvidar que había sido propiedad de Egipto desde el gran Tutmosis III.

PROTAGONISTAS EN PLENO APOGEO

Cuando Ramsés II con veinte años subió al trono, al frente de Hatti continuaba el rey Muwatalli. Cada uno de los dos reinos estaban en la cima de su poder.

Ramsés II (Usermaatre Setepenre o «Nacido de Ra, querido de Amón») probablemente sea el faraón más famoso de la historia de Egipto. Reinó durante sesenta y siete años y, según algunos investigadores a la vista de su momia —hoy en el Museo de El Cairo—, este rey pelirrojo vivió casi noventa años. Dicen que tuvo una precocidad excepcional, ya que, apenas salido de la niñez, asistió a su padre como corregente, además de innumerable progenie, que cuidó y amó.

Sus campañas militares comenzaron pronto, tanto en Asia como en Nubia; sin embargo, a partir del tratado con los hititas tras la guerra por Qadesh, en el año veintiuno de su reinado, el resto de sus más de cuatro décadas antes de morir parece que fueron de paz. Al menos no hay documentación sobre ninguna guerra y, dado lo que le gustaba proclamar y exagerar sus triunfos, lo más probable es

que dejara de batallar para dedicarse a realizar numerosas construcciones, «pero menos de las que aparecen con su nombre, dada la costumbre del faraón de sustituir los cartuchos de los reyes anteriores en monumentos que de esta forma usurpó, incluso en construcciones del Imperio Antiguo, a muchos siglos de distancia», explica Jesús Urruela. A pesar de ello, tiene bien merecida la fama de arquitecto notable.

Ramsés II, al igual que todos los faraones, en palabras del profesor Urruela, «era un dictador teocrático y, por lo tanto, la religión actuaba como instrumento del poder del Estado, como control y en beneficio de la clase dirigente y como elemento ideológico clave para el sometimiento del pueblo, al margen de los esclavos. Como todos los faraones, siempre controló la propaganda; para el pueblo y para la clase dirigente». Lo que le diferenció de otros faraones, según Noblecourt, es que creyó necesario presentarse ante su pueblo no ya como el hijo de un dios, sino como la encarnación del mismo dios. Además, quizá por su falta de raíces reales, «más que otros, necesitó afirmarse como un ser excepcional realizando actos memorables».

El faraón convirtió Qadesh en el acontecimiento principal de su reinado. En todas partes donde erigió edificios a la gloria de los dioses protectores, eternizó el milagroso combate frente al adversario más poderoso entre los países del norte y del este. Y supo vender sus logros, ya que es uno de los gobernantes más conocidos de la historia, todo gracias a la propaganda que hizo de sí mismo. En el Egipto Antiguo hay faraones que merecen cuando menos estar a su altura, como Tutmosis III o Amenofis III, dos ejemplos de grandes soberanos, pero que no han alcanzado la popularidad y ni el prestigio de Ramsés II, «especialmente desmesurado en su faceta de héroe militar», afirma Jesús Urruela.

Y eso que de los sesenta y siete años de reinado, sólo los quince años primeros los dedicó a expediciones y combates esporádicos. Después vivió largos años de paz en Oriente Próximo, con un país de gran opulencia.

«El Grande» —sobrenombre que se ganó por sus victorias militares y su promoción de construcciones monumentales— tuvo una numerosísima descendencia con sus esposas principales y secundarias, con princesas extranjeras y sus incontables concubinas repartidas por todas las provincias del imperio. Como su prole fue muriendo antes que él, el que le sucedió fue el cuarto hijo de la reina Isisnofret y el decimotercero en el orden sucesorio,

Merenptah, que al morir Ramsés II debía contar cerca de sesenta años de edad.

Mucha menos fama le ha otorgado la historia a Muwatalli, del que no se sabe mucho, más allá de su participación en Qadesh. Sucedió en el trono hitita a su padre Mursil II. Al mismo tiempo que su hermano menor, el futuro rey Hattusil III, recibió los cargos de gran mayordomo, general y jefe de la división de carros, antes de ser gobernador del País Alto.

Pasó gran parte de su vida batallando contra las tribus gasgas en el norte y con Egipto en el levante. Así, se sabe que tras luchar con los pueblos gasga y de Arzawa, una vez aseguradas las fronteras norte y suroeste de la península de Anatolia, Muwatalli dedicó sus esfuerzos a la zona de Siria, donde los faraones deseaban establecer su soberanía. Comenzó por alentar una revuelta palestina contra los egipcios, pero la estrategia le falló, así que se enfrentó con las tropas egipcias dirigidas por el faraón Sethi I en Qadesh; salió vencedor el egipcio, pero el hitita recuperó la zona rápidamente. Estas luchas anteceden las del reinado de Ramsés II.

También tuvo que enfrentarse a rebeliones lideradas por un noble hitita, Piyamaradu. Estas revueltas fueron sofocadas en una serie de campañas triunfales, lo que hizo que el rebelde tuviera que buscar refugio en los reinos vecinos, aunque continuó intentando alzar a los reinos de Anatolia occidental.

Para enfrentarse al renacimiento egipcio y la fragilidad de sus posiciones en Siria, Muwatalli trasladó la capital desde Hattusa (o Bogazkkóy) a Tarhuntassa, situada más al sur y por tanto más cerca de los territorios amenazados por los egipcios y más lejos de los gasgas; de éstos se encargó su hermano Hattusil III, que logró arrebatarles bastante territorio, mientras Muwatalli se dedicaba a luchar primero con Sethi I y, después, con su hijo Ramsés II.

LAS MENTIRAS DE RAMSÉS

Ningún otro faraón ha dejado tantos escritos sobre lo que quería hacer. Ninguno construyó tantos monumentos que permitieran conocer el motivo de sus acciones guerreras y religiosas. «Se conocen trece versiones de la batalla, tanto en las representaciones escénicas de los templos más famosos: Aidos, el Ramesseum —su templo-palacio funerario—, el templo de Amón en Karnak, el de Lúxor y

Abu Simbel, así como en diversos papiros. El enfrentamiento con el rey hitita Muwatalli se ha convertido en uno de los pasajes clásicos de la narrativa egipcia, y debió de constituir un elemento de prestigio en su época, aunque probablemente su narración está repleta de exageraciones», afirma Jesús Urruela.

El caso es que los bajorrelieves del «Boletín» militar presentes en los templos evocan las principales fases de la batalla. Como resultado del trabajo de los escultores, es la primera batalla en la historia en la que se puede seguir la táctica desplegada y conocer la disposición de los ejércitos. Además, los relatos en piedra están acompañados por un texto independiente, mucho más detallado y literario, escrito en el año nueve del reinado del faraón y dictado por él a uno de sus escribas, llamado Pentaur y conservado en tres papiros.

Lo que está claro es que en todos estos documentos, sacados de un diario de campaña oficial, están los momentos que Ramsés deseó destacar y, evidentemente, no aparecen los que deseó silenciar. «Ramsés miente. No ganó nadie y él se salvó de milagro. Regresó tan abatido y asustado que, probablemente, para parecer el gran vencedor exageró las cifras, el alcance de las incursiones y los objetivos conseguidos, además de ocultar y mentir sobre lo que le interesaba», señala el profesor Urruela. El objetivo está claro: crear una imagen intencionadamente positiva que sirviera de propaganda política a Ramsés.

En opinión de Urruela, toda la propaganda que Ramsés puso en las paredes de sus cinco templos sobre la batalla de Qadesh estaba dirigida a la clase dirigente y «no al pueblo, que nunca vela de cerca los templos, ocultos por grandes murallas».

PARTIDA DEL EJÉRCITO EGIPCIO

Situémonos por aquel entonces. La capital hitita histórica, Bogazkköy, y la posterior, Tarhuntassa, estaban más cerca que la de Egipto del área de conflicto. Durante la primera campaña del faraón en Siria, el hitita no intervino. Según la egiptóloga francesa Noblecourt, el motivo fue que antes quería asegurarse el apoyo y cooperación de veinte principados de Asia Menor y el norte de Siria.

De todas formas, hay que recordar que en aquella época, el combate era sólo una pequeña parte del complejo entramado de la guerra, que incluía conversaciones, intrigas, negociaciones, mensajes, misiones de espionaje y demostraciones de poder ante el enemigo. Además, existía entre los enemigos una serie de fórmulas de cortesía, ritos y obligaciones religiosas. Los altos oficiales egipcios eran escribas reales, algo que explica que su cultura prefiera la palabra a la espada.

Sabemos que cuatro divisiones bautizadas con nombre de dioses egipcios —la de Amón (originaria de Tebas), la Ra o Pa-Ra (formada en Heliópolis), la Ptah (procedente de Menfis) y la Set (nativa de Pi-Ramsés)—, compuestas por carros, arqueros a pie y lanceros, además del cuerpo de élite llamado *Naharina*, todas encabezadas por el faraón, partieron de la ciudad del Delta Per-Ramsés, capital del Egipto de entonces, en verano de 1274 a. C. El destino era Amurru.

Ramsés II llegó a Canaán por la ruta militar que tantas veces recorrieron sus antepasados, y se dirigió hacia el interior del país. Pasó el vado de Shubtuna al frente de la división de Amón y precedido por sus oficiales superiores; el resto de sus dos mil quinientos hombres quedaban atrás. El faraón estaba rodeado por su escolta personal, los *Shardanas* o *sardos*. Junto a él también marchaban sus hijos mayores, que le habían dado las dos Grandes Esposas reales Nefertari e Isisnofret.

Detrás de la división Amón, marchaba la de Ra; luego la de Ptah y, finalmente, la de Set. Tras un mes de marcha el cuerpo expedicionario llegó a las inmediaciones de Qadesh, presto a sitiar su fortaleza. Era junio-julio de 1274 a. C. «La división Amón alcanzó las primeras alturas montañosas en la orilla este del Orontes y pasó la noche, la víspera de la batalla, en un lugar que en la actualidad se llama Kamirat el-Harmal», sostiene Noblecourt.

El ejército egipcio estaba constituido por profesionales, bien entrenados y con soldados a sueldo. El Estado Mayor general, mandado por el faraón como jefe supremo del ejército, estaba compuesto por un general en jefe, príncipes de sangre o favoritos y algunos generales a título honorífico. Las tropas estaban integradas principalmente por infantes y arqueros. La nobleza aportaba los oficiales en carro de guerra, armas móviles de las que eran dueños.

Cada una de las cuatro divisiones de infantería, según explica la egiptóloga francesa Noblecourt, constaba de unos cinco mil hombres, al mando de un

general, y subdivididas a su vez en compañías de doscientos cincuenta efectivos. Cada una de estas compañías estaba coordinada por un comandante o capitán, que llevaba un estandarte identificador con nombre propio (león saltarín, armada de Amón, etc.). Las compañías eran finalmente subdivididas de nuevo en cinco secciones de cincuenta individuos, cada una bajo el mando de un «jefe de los cincuenta». Las tropas eran alistadas mediante leva en cada provincia, a las que se agregaba una décima parte del personal de los templos. Cerca de dos tercios de los efectivos eran mercenarios.

Los soldados estaban armados con arcos triangulares o de curvatura simple y doble, espadas, puñales y dagas, jabalinas de pequeño tamaño, hachas de doble filo, látigos y mazas de piedra con forma periforme. Para defenderse utilizaban escudos de cuero tachonados con clavos y cascos de cuero. Los oficiales se cubrían el torso con armaduras.

Muwatalli de Hatti, tras haber trabado alianzas con pequeños estados del norte de Siria y Anatolia —como los de Nahr el-Kelb, Gubia, Arwad, Ugarit, Naharina y Kargamis—, había reunido una coalición de dárdanos, misios, licios y pedasios, entre otros. Se trataba de un ejército sin gran disciplina y cuyo único núcleo bien organizado eran los dos mil quinientos carros de guerra hititas.

Cada uno de los ejércitos contrincantes contaba en torno a los veinte mil soldados. Si se hace caso del relato egipcio, la superioridad era de los hititas: veintisiete mil frente a los veinte mil egipcios.

LA ASTUCIA ENEMIGA

Qadesh dominaba el extremo norte del valle de la Bekaa, en lo que hoy es territorio sirio, y en esos años era aliada de los hititas. Los habitantes de la ciudad habían cortado un canal desde el río hasta un arroyo al sur, convirtiéndola en una especie de isla virtual. Ramsés estaba impaciente por pasar rápidamente el vado del Orontes, al sur de la ciudad, para avanzar por la orilla derecha del río, aproximadamente a kilómetro y medio de Qadesh. Su objetivo era tomar la ciudadela.

Tras capturar a dos beduinos de la tribu de los shasus —integrantes de la coalición hitita— que aseguraron estar deseosos de escapar de la opresión de

Muwatalli II, Ramsés se informó sobre la situación de su enemigo en las lejanas tierras de Alepo. El faraón se confió y erigió un campamento para sus dos mil quinientos hombres al norte de Qadesh. Las otras tres divisiones se acercarían por el sur. La ciudadela no estaría defendida por los hititas y podría tomarla por sorpresa sin grandes dificultades.

«Él llegaría primero con su división, dejando que las otras tres llegaran después del asalto victorioso de la plaza fuerte», describe Noblecourt en su libro *Ramsés II. La verdadera historia*. Así que Ramsés, cegado por la conquista, se apresuró, acompañado sólo por la división Amón, para pasar rápidamente el vado del río y avanzar por la orilla del Orontes hasta llegar al noroeste de Qadesh, donde acampó.

Sin embargo, los dos prisioneros habían mentido y las tropas de Muwatalli estaban agrupadas muy cerca, al noreste de Qadesh, resguardadas en la ciudadela. Los carros hititas cruzaron el río y atacaron por sorpresa el campamento de la división Amón, que estaba tranquila convencida de su seguridad. Mientras entraban por sorpresa en el campamento por la empalizada oriental, abrían un segundo frente al atacar a la división Ra, que acababa de cruzar el vado y se disponía a unirse al ejército de Amón.

La división Ra fue rota por el centro en dos columnas, y los enemigos de Ramsés se plantaron frente a su campamento, «rodeándolo con dos mil quinientos carros ocupados por tres hombres cada uno: un conductor, un jinete y un arquero», narran los relatos hallados en los templos egipcios. Ramsés, incapaz de sospechar que nadie pudiera mentirle, descubrió entonces que los dos shasus eran parte de una astuta maniobra de su enemigo, que se encontraba muy próximo equipado, oculto y listo para combatir.

Al descubrir el engaño, convocó a su Estado Mayor, cosa que no había hecho antes; evacuó a su familia; reunió a su guardia cercana; equipó su carro para entrar en la contienda, y envió al visir acompañado por un príncipe para que las divisiones Ptah y la más alejada Set se pusieran rápidamente en marcha.

Ante el triunfal ataque inicial de Muwatalli, los soldados egipcios empezaron a desertar. Según las narraciones, el faraón decidió pedir apoyo a sus dioses y Amón acudió en su ayuda. Totalmente confiado en esa luz divina, armado y acompañado por sus dos caballos preferidos (denominados Victoria en Tebas y Mut Está Satisfecho, tal y como consta en el «Poema»), Ramsés «no se dejó

impresionar —según el relato del escriba Pentaur— por los millones de extranjeros, los miró como a fantoches de paja», recuperó la iniciativa y se lanzó solo contra las tropas hititas y «los tripulantes de los dos mil quinientos carros en medio de los cuales yo estaba se convirtieron en cadáveres delante de mis caballos». «¡No es un hombre!», gritaban los adversarios paralizados por el miedo, dicen las inscripciones de los bajorrelieves del «Boletín» con la imagen de Ramsés luchando en su carro.

Persiguiendo a los enemigos hacia el noreste de la ciudadela con el respaldo de sus tropas de élite, los *naharinos*, la proeza del faraón no quedó ahí en esa batalla que estaba resolviéndose por inspiración divina. Mientras conservaba el grueso de su infantería con él en el otro lado del río, Muwatalli envió un segundo ejército de mil carros de guerra, que llevaban a los príncipes y mejores capitanes de los territorios aliados, los cuales corrieron la misma suerte.

UNA LUCHA DE CARROS

«Al mando del faraón, se reunieron los soldados dispersos de la división Ra, a los que se unió la división Ptah, llegada a marchas forzadas y guiada por el visir. Entonces se desplegaron las dos caballerías adversarias y se enfrentaron», explica la egiptóloga Noblecourt.

Ramsés dominó desde el comienzo la situación. Los carros hititas volvieron a cruzar el vado, pero esta vez en el mayor de los desórdenes; los carros, caballos y guerreros empujados por los egipcios, caían en el río. En la representación en la sala-patio del templo de Abu Simbel se ve, cerca del foso que rodeaba a Qadesh, a unos de los hermanos de Muwatalli, Pa-tyar, muerto flotando en el Orontes. Fue uno de los numerosos allegados que el rey hitita perdió en la jornada que duró la contienda.

«Después de esta carga fulgurante hacia las aguas del Orontes, la suerte de la batalla cambió definitivamente de campo», afirma Noblecourt. Según ha quedado constancia en el «Boletín», «el gran vil de Hatti estaba en medio de sus carros, con el rostro vuelto hacia atrás, temblando de horror y descompuesto. Nunca salió a combatir, por miedo a Su Majestad, cuando vio a Su Majestad ganando sobre la gente de Hatti al igual que sobre todos los países extranjeros

que hablan venido con él. Su Majestad los derrotó en un momento… era como un halcón divino».

Las representaciones en las paredes de Lúxor y de Karnak cuentan que «la llanura de Qadesh se cubrió de cadáveres». El «Poema» subraya que Ramsés había aniquilado todos los carros de guerra por sí mismo, evitando de esta forma la emboscada del rey enemigo, que dio orden al ejército hitita de retirarse a la ciudadela. Sin embargo, en los relieves oficiales del «Boletín», se ve el enfrentamiento de los dos cuerpos de carros y muestran «deliberadamente que Ramsés no estuvo solo en el combate», opina Noblecourt. También se evidencia que la ciudadela de Qadesh no fue tomada, como lo manifiesta que en la cima de las torres flote el estandarte enemigo. Al menos en eso Ramsés no mintió: al hacer ilustrar el «Boletín» de la batalla se preocupó de que se representara la ciudadela enemiga no tomada.

Por el «Poema de Pentaur» se sabe que Muwatalli envió un mensaje rindiendo homenaje a Ramsés y diciendo: «Eres Set, Baal en persona. Tu terror es una antorcha en la tierra de Hatti… Mira, tu poderío es grande, tu fuerza abruma al País de Hatti. ¡Es bueno que hayas matado a tus servidores, con tu rostro salvaje vuelto hacia ellos, y que no hayas tenido piedad! Estuviste ayer matando a centenas de millares. Has venido hoy y nos has dejado sin ningún heredero. ¡No seas duro en tus acciones, rey victorioso! ¡La paz es mejor que combatir, déjanos vivir!».

Ramsés, siguiendo el consejo de sus oficiales superiores y temiendo una nueva imprudencia, consideró que la carta del rey hitita le permitía poner fin, sin perder prestigio, a un enfrentamiento que le parecía peligroso y anunció un repliegue pacífico hacia el sur.

El escriba personal del faraón autor del «Poema» indica que Ramsés II fue clemente: «Luego mi señor hizo que me trajeran a todos los jefes de mi infantería, de mis carros y a todos mis oficiales superiores, reunidos en un lugar, para hacerles escuchar el contenido de lo que se me había escrito. Mi señor les hizo escuchar esas palabras que el vil jefe de Hatti me había escrito. Entonces dijeron con una sola voz: “¡La paz es extremadamente buena, oh señor nuestro dueño! No hay que condenar una reconciliación cuando la propones tú”».

Narra que hubo un repliegue pacífico en dirección al sur. «Mi señor se volvió en paz hacia Egipto con su infantería y sus carros, volviendo con ella toda vida,

estabilidad y dominio». Una vez en Egipto, según el «Poema», los dioses del país vinieron a «Pi Ramsés Amado de Amón Grande de Victoria» honrándolo y vivió feliz y en paz en su palacio. «Lo gratificaron con millones de Fiestas Sed, para siempre en el trono de Ra, todas las tierras y todos los países extranjeros estaban prosternados bajo sus sandalias para la eternidad sin fin», concluye el escribano.

DE LA EXAGERACIÓN A LA PRESUNCIÓN

Lo cierto es que estos relatos son demasiado exagerados para resultar verídicos. Aunque los relieves hacen honor al coraje del faraón, la realidad parece indicar que sólo gracias a un golpe de suerte y a la codicia de los hititas Ramsés salvó su vida. Los hechos fueron maquillados por el faraón en beneficio propio para justificar su falta de experiencia, su imprudencia al haber caldo en una emboscada y el hecho de no haber tomado la ciudadela de Qadesh.

Entonces, ¿qué pasó realmente? Los historiadores hablan de que Ramsés flanqueó la ciudad por el oeste hacia el norte, ignorante de que los hititas lo hacían por el este hacia el sur, siguiendo la ribera oriental del río Orontes. Para despistar a las tropas egipcias, el astuto Muwatalli envió a los dos soldados que debían dejarse capturar, haciéndose pasar por shasus, para informar a los egipcios de que los hititas se encontraban bastante lejos, al norte. Ramsés, desoyendo los prudentes consejos de sus oficiales y de su guardia más cercana, cayó en la trampa del jefe hitita.

Los hititas cruzaron el río Orontes por el este, dejaron pasar al faraón con su guardia y esperaron a que la primera división, la Amón, se situara cerca de Qadesh. Entonces cercaron a la segunda división, la Ra, impidiendo la llegada de posibles refuerzos. La división Ra, atacada por el centro, se dispersó. Los egipcios, hambrientos y cansados tras un mes de marcha, no pudieron afrontar el feroz ataque y fueron aniquilados por el enemigo. La división Amón, dirigida por Ramsés, resistía desesperadamente. Las divisiones Ptah y Set seguían avanzando, ignorantes aún del peligro. La victoria de Muwatalli estaba casi asegurada.

Sin embargo, el ejército hitita se desorganizó nada más tomar el campamento

enemigo: se dedicó al saqueo y la rapiña en lugar de asegurarse de consolidar la victoria, circunstancia que Ramsés aprovechó para romper el cerco de los carros de guerra enemigos y abrirse paso hasta el cercano río Orontes. Recuperado el faraón, consiguió repeler un primer ataque al frente de su cuerpo de carros, mientras que los enviados por Muwatalli fueron dispersados con la llegada, por el este, de las tropas especialistas de *naharinos*, procedentes de Amurru, actualmente el norte de Siria, que cambiaron el rumbo de la batalla. Ellos fueron el factor esencial para dar la vuelta a la situación.

Estas tropas, compuestas por combatientes expertos y de gran disciplina, marcharon como un rodillo. Formando un cuadrado compacto de soldados en filas cerradas, escudo contra escudo protegiendo sus cuerpos, según los relatos de los bajorrelieves, «atacaron la tropa del vil vencido de Hatti, mientras entraba en el campamento del faraón, los mataron y no permitieron escapar a ninguno… Su muy buen señor estaba detrás de ellos como una montaña de cobre y como un muro de hierro, para siempre jamás». Los *naharinos* realizaron un movimiento en pinza sobre los carros que cercaban a Ramsés y libraron al faraón cuando estaba a punto de ser vencido.

No se sabe mucho de los *naharinos*. Aliados de Egipto desde la época del guerrero faraón Tutmosis III, que organizó diecisiete campañas victoriosas contra cananeos, dirigentes sirios y enemigos mitannios, grabadas en Karnak y conocidas hoy día como «Los anales de Tutmosis III», consta que llevaban un armamento distinto al del resto de las tropas egipcias.

Por lo que muestran los relieves, especialmente de Abu Simbel y del templo funerario de Ramsés, el Ramesseum, sus carros de combate eran diferentes a los diseños de las divisiones del faraón, parecidos a los carros hititas, más pesados y con otras características tácticas que los ligeros y maniobrables carros egipcios.

Los carros de guerra egipcios estaban tirados por caballos, se agrupaban en escuadrones de unos cincuenta vehículos. Cada uno llevaba dos servidores: un conductor, que se encargaba de manejarlo para que su acompañante —el noble guerrero propietario del vehículo— pudiera disparar flechas o lanzar jabalinas contra el enemigo. El conductor a veces también podía hacer las funciones de escudero, protegiendo al combatiente. Los carros hititas llevaban tres servidores.

Según los archivos de Muwatalli descubiertos en su capital, por el bando egipcio sólo participaron en la ofensiva los carros de guerra, ya que la infantería

quedó aislada en la orilla del Orontes. Además hablan de que el pánico de Ramsés al ver tan numeroso enemigo permitió a los hititas romper el frente egipcio y saquear el campamento. Cuando los *naharinos* acudieron en ayuda del faraón también quedaron rodeados y tuvieron que retroceder hasta el río. La división Ptah terminó por llegar al campo de batalla y se unió a las otras dos tardíamente. La Set no llegó a combatir.

Además, hay otro aspecto a tener en cuenta en el resultado final de la batalla. Muwatalli permaneció durante todo el conflicto «obstinadamente cerca de la infantería, en la orilla izquierda, al este de Qadesh, sin participar él mismo en el ataque y, sobre todo, sin lanzar a la contienda su inmensa infantería, en el momento crítico en que su caballería era empujada hacia el Orontes», opina Christiane D. Noblecourt. Las razones de esta actitud pueden ir desde que quería frenar una carnicería inútil, a que estaba abatido por la cantidad de hermanos y allegados muertos en el combate, pasando a que prefería una solución basada en la diplomacia que diera como resultado un tratado, tal y como realmente acabó por suceder… pero muchos años después.

DUDAS SOBRE EL GANADOR FINAL

Ya sea gracias al coraje de Ramsés, de acuerdo con su propia propaganda, por la ayuda de los *naharinos* o porque se lograra rehacer las divisiones Amón y Ra, Muwatalli pidió el armisticio. Ramsés respondió con la retirada de sus tropas a Egipto en un «repliegue pacífico», transformando en relativa victoria lo que habría podido ser una gran derrota, pero dejando empañada la grandeza del faraón, ya que regresó sin ningún triunfo en su haber y con grandes pérdidas materiales: se habla de que perdió alrededor de un tercio del ejército. El botín, según parece, sólo fueron algunos prisioneros, armas tomadas a los enemigos muertos y caballos.

Y es que el objetivo de Ramsés II, tomar Qadesh, no se cumplió; la ciudad continuó en manos hititas, al igual que Amurru. Por tanto, algunos historiadores consideran que, al renunciar los hititas a atacar de nuevo al ejército egipcio, no ganaron, pero los egipcios tampoco. En los tratados de paz, tanto en versión egipcia como hitita, parece que no hubiera una victoria clara; más bien se

asemeja a una pelea de titanes que, una vez comprobado su poder, prefieren «respetarse» mutuamente.

Lo cierto es que en cuanto a estrategia, supuso un empate técnico con, incluso, notables ventajas geoestratégicas para los hititas y la batalla representó el fin de las pretensiones de Ramsés II sobre el imperio enemigo y, por tanto, de extender aún más su imperio; así pues, tuvo que tratar de igual a igual a su par hitita. «No ganó nadie. La batalla acabó en tablas. Tras Qadesh, egipcios e hititas ya no volverían a invadir cada uno la esfera de influencia del otro, que se mantuvieron aproximadamente como estaban antes del enfrentamiento», indica el profesor de Historia Antigua de la Universidad Complutense, Jesús Urruela.

Tras la victoria, Ramsés II se declaró vencedor de Kheta, Naharin, Retenu y Katna, agregando los nombres de Asiría, Babilonia, Creta y Chipre, países no vencidos, pero que seguramente se sintieron obligados a enviar tributos al poderoso faraón. Una vez terminada la batalla, el ejército hitita continuó sus conquistas hacia el sur hasta llegar a Damasco.

El recuerdo de esta batalla constituyó la pesadilla del faraón durante largos años. Más de una vez pensó en reconquistar las posiciones perdidas en el país de Canaán y de Amurru, algo provisionalmente logrado con la efímera toma de la fortaleza siria de Dapur. A partir de ese momento, Ramsés II optó por utilizar más la diplomacia que el enfrentamiento con un adversario tan poderoso como el hitita.

«La batalla fue, paradójicamente, un fracaso del ejército egipcio que propició un fortalecimiento político del faraón», señala el egiptólogo español Xavier Martínez Babón. «El célebre “Poema de Pentaur”, escrito años más tarde, adorna la derrota del estamento militar y el triunfo de Ramsés II, denostando al primero por cobardía y elogiando al segundo por valentía», explica. Esos relieves e inscripciones en los principales templos del país recordarían para siempre la gesta, presentando al faraón como el héroe que se enfrentó solo a numerosos enemigos y salvó una situación desesperada.

Así, Ramsés II, con su extraordinario aparato de propaganda, logró hacer pasar este episodio como una gran victoria en multitud de inscripciones en cinco de sus templos más famosos: el gran templo nubio de Abu Simbel; en la sala hipóstila del templo de Amón en Karnak; en los pilonos (portadas) de Lúxor; en las paredes exteriores norte y oeste de Abidos, y en los relieves del Ramesseum.

Todo ello esculpido con gran imaginación, algo que supuso una especie de liberación y el surgimiento de un nuevo estilo tras el impuesto por el emperador Ajena ton.

A su vuelta a Egipto, Ramsés tuvo que dedicarse a «renovar el alistamiento de sus divisiones y a organizar su servicio de información, porque habían quedado profundamente marcados por las estratagemas hititas», indica Noblecourt. Según esta experta, a partir de ese momento Ramsés comenzó a establecer una red de informadores sobre la situación real de las provincias vasallas del otro lado de las marcas orientales del Delta. Además, la frontera oriental fue reforzada con la instalación de guarniciones, más allá de al-Arish, a lo largo de la costa hacia Gaza y Rafia.

Además, Ramsés II aprovechó la batalla de Qadesh para hacer una depuración de la cúpula del ejército, ostensiblemente debilitada, para obligarla a una disciplina más rigurosa. Hubo disposiciones políticas que se irían materializando en los años siguientes, y el faraón colocó a sus hijos mayores al frente de las estructuras castrenses y a partir de entonces, ningún adalid ajeno a la Casa Real tendría protagonismo.

Su hijo mayor, Amenhirjopshef, quien había demostrado sus grandes cualidades durante el enfrentamiento, empezó a tener responsabilidades, entre ellas aplicar las reformas, mientras el faraón se iba al sur del país para «recobrar el contacto directo con los notables de la provincia a los que hablaría de Qadesh, porque nadie debía dudar de la extraordinaria hazaña del señor de Egipto», indica Noblecourt.

CONSECUENCIAS INMEDIATAS DEL TRATADO DE PAZ

Amurru fue recuperado por los hititas y Siria controlada con firmeza por Muwatalli, a pesar de los esporádicos intentos egipcios tras Qadesh por atacar algunas zonas. Sin embargo, la batalla cerró el paso de Muwatalli hacia el sur y supuso un período de dos años de paz, rota por el triunfal avance de las tropas egipcias, lo que provocó que Muwatalli enviara tropas para defender la ciudad de Tunip. Una vez más, Ramsés II salía victorioso del enfrentamiento.

Hacia 1295 a. C. fallecía Muwatalli sin herederos legítimos y dejando como

sucesor al hijo de una de sus concubinas, Urhi-Teshub, quien tomó el nombre de Mursil III. El nuevo rey continuó con la política de su padre al mantener a su tío —el futuro Hattusil III— como gobernador del País Alto y restableció la capital en Hattusa. Pero las relaciones entre tío y sobrino empezaron a deteriorarse, hasta que Mursil intentó cesar a su tío, lo que motivó que Hattusil se sublevara. Mursil fue apresado y exiliado, y Hattusil ocupó el trono de Hatti.

El tratado de paz —conocido también como la «Paz Perpetua», que no firmaría Muwatalli sino su hermano y sucesor desde 1281 a. C., Hattusil III— no llegaría hasta dieciséis años más tarde de aquella memorable jornada. Fue redactado en babilonio, la lengua diplomática de la época, por un comité mixto de juristas de Hattusil y hombres de leyes egipcios, delegados del faraón, que por aquel entonces tenía cuarenta y seis años.

«Los egipcios ya se habían convencido que no podían controlar el norte de Canaán, y los hititas que no podrían hacerlo con el sur. La ofensiva asiría entretenía a los hititas por el este, y los problemas con los libios a los egipcios por el oeste. Bajo esta perspectiva hay que entender el tratado egipcio-hitita del año veintiuno de Ramsés, lo cual, según las dinastías cronológicas, ocurrió en algún momento entre los años 1270 y 1260 a. C.», explica Jesús Urruela.

El documento, primer tratado internacional del que hay constancia en la historia, fue grabado primero en una tablilla de plata y después, en jeroglíficos, en las paredes de Karnak y en el Ramesseum, cerca de donde se narraba la batalla de Qadesh. «Las cancillerías —cuenta la egiptóloga Noblecourt— enviaron cartas oficiales a los Estados con los que Hatti y Egipto mantenían relaciones diplomáticas».

En el tratado, ambos soberanos se comprometieron a que ni ellos ni sus sucesores entrarían más en conflictos, así como a apoyarse mutuamente en caso de ataque de terceros; también establecieron las bases de la extradición de refugiados. De hecho, el rey hitita puso a disposición de Ramsés el matrimonio con dos de sus hijas y, cuando el faraón las aceptó, entre las dos familias se inició un periodo de correspondencia mutua certificada por unas cincuenta cartas conservadas en nuestros días.

Las versiones hitita y egipcia tienen algunas ligeras variantes, pero ambos textos en la veintena de párrafos comunes que se conservan están en perfecto acuerdo. En ninguna parte del tratado se fijan las respectivas fronteras en Siria.

Posiblemente la influencia egipcia que dará limitada a la costa, y la de los hititas al interior del país. Ambos monarcas se mostraron fieles al pacto y Asia Anterior tuvo medio siglo de paz.

¿QUÉ PASÓ CON LOS HITITAS?

Hacia finales del reinado de Ramsés II se produjo en el norte de Grecia y el Mar Negro un gran movimiento de pueblos, que se dirigían hacia el sur. Llegados a las puertas de Egipto, no encontraron resistencia, pues el faraón, debido a su edad avanzada, no tuvo fuerzas para reaccionar.

Su sucesor Merenptah tuvo que hacer frente a los síntomas de próxima decadencia del país, con unas arcas del Estado resentidas por las actividades bélicas y constructivas de su padre «y también por el largo reinado, que posiblemente debilitó a la monarquía en sus relaciones institucionales, generando corrupción y dudas en la sucesión», mantiene Jesús Urruela.

Al poco tiempo, los hititas evocaron el tratado de paz firmado con los egipcios al producirse una gran hambruna en Anatolia y el faraón Merenptah acudió en socorro de su aliado, enviando cereales.

Según los historiadores, hacia el año 1190 a. C. los hititas se enredaron en una fatal guerra contra los invasores conocidos como Pueblos del Mar, un movimiento similar al de los germanos en el Imperio romano. Qadesh fue destruida por los invasores. Los gasgas, eternos enemigos de los hititas, se aprovecharon de esta debilidad para atacar a la capital, Hattusa, y reducirla a cenizas. Esto marcó el final del Imperio hitita.

Más tarde, en el siglo VII a. C., las regiones orientales del antiguo imperio cayeron en manos asirías, mientras que las regiones occidentales (especialmente el reino de Frigia) se fueron helenizando progresivamente, hasta que se desvaneció todo rastro cultural de los hititas, que desaparecieron de la historia como pueblo y el recuerdo de su cultura se perdió hasta principios del siglo XX.

2

MARATÓN

Fecha: 490 a. C.

Fuerzas en liza: Persas y atenienses.

Personajes protagonistas: Darío I, Artafernes, Datis, Hipias, Milcíades, Calimaco y Filípides.

Momentos clave: La conquista de las islas Cicladas y de la isla de Eubea, con la caída en seis días de Eretria. El emplazamiento de todo el ejército ateniense en la llanura de Maratón.

Nuevas tácticas militares: La carga a la carrera constituyó una completa novedad en la táctica militar de la infantería ateniense.
La estrategia del envolvimiento doble del ejército enemigo, que se ha usado desde entonces en muchas otras batallas, como Aníbal en Cannas (216 a. C.) o el ejército alemán en la batalla de Tannenberg (1914).

En el año 490 a. C., en los campos que rodeaban la población de Maratón, a pocos kilómetros de Atenas, tuvo lugar el enfrentamiento armado entre treinta mil soldados persas y once mil atenienses, batalla que definió el desenlace de la primera de las guerras médicas, el nombre con que se conoce la sucesión de enfrentamientos entre el Imperio persa y algunas de las ciudades-estado griegas, durante el siglo V a. C., y que seña/a el comienzo del periodo clásico en Grecia. El rey persa Darío I deseaba invadir y conquistar Atenas como castigo por su participación, años antes, en la revuelta jónica. La desproporción de fuerzas entre ambos ejércitos hizo que la victoria griega se convirtiese en uno de los hitos militares de la Antigüedad. Es recordada en nuestros días por la proeza de Tersipo, quien recorrió a la carrera el camino desde Maratón hasta Atenas para anunciar su victoria, esfuerzo que le costó la vida. Los 42 kilómetros que separaban ambas ciudades hoy en día continúan siendo la distancia del maratón olímpico, aunque desde los Juegos Olímpicos de Londres se le añadieron arbitrariamente 192 metros. La leyenda continúa viva en la memoria de Occidente desde hace dos mil quinientos años.

ANTECEDENTES: LA SUBLEVACIÓN DE JONIA

La oposición entre griegos y persas se remontaba al año 511 a. C., cuando los atenienses expulsaron a Hipias, tirano de Atenas, quien huyó a Sardes y se puso bajo la protección de Artafernes, hermano del Gran Rey Darío y sátrapa de Lidia. Años después, Atenas exigió a Persia que entregara a Hipias para ser juzgado, pero los persas se negaron, lo que provocó que Atenas, en vísperas de la revuelta jónica (499-494 a. C.), enviara veinte naves en ayuda de los jonios.

En el siglo V a. C. el Imperio persa había conquistado la mayor parte del mundo conocido, lo que hoy llamamos Turquía, Oriente Próximo, Asia central, Irán, Afganistán y Pakistán. El Imperio persa, en menos de cincuenta años, se había extendido desde el río Indo hasta las costas del Mediterráneo, donde había ciudades griegas desde comienzos del siglo I a. C. en Jonia, región situada en la costa occidental de la actual Turquía. Así, en aquella época, en el mundo antiguo destacaban el inmenso Imperio persa, gobernado por Darío, y las ciudades-estado (polis) griegas, independientes entre sí y con un notable desarrollo cultural y económico. Entre ambos, se encontraban las colonias griegas emplazadas de Asia Menor, empeñadas en conservar su tradición helena bajo la dominación persa.

Ante el aumento del descontento político y económico, en el año 499 a. C. estalló una sublevación en la frontera occidental del Imperio persa. La colonia griega de Mileto, situada en Jonia, fue la primera en rebelarse. Aristágoras, tirano de Mileto, promovió la rebelión, animando a los griegos de Jonia a luchar por su libertad frente al dominio persa. La revuelta se extendió rápidamente. Durante poco más de cinco años Mileto y Éfeso se enfrentaron a los persas, con la ayuda de Eretria (tradicional aliada de Mileto) y Atenas. Esparta prefirió no colaborar con los sublevados ya que el ejército lacedemonio era exclusivamente terrestre y los problemas internos de esta ciudad-estado impedían entonces el desplazamiento de tropas más allá de sus fronteras.

Los persas se vieron sorprendidos al comienzo de las hostilidades pero pronto reaccionaron. Aprovechando la desunión de los sublevados, fueron imponiendo de nuevo su autoridad sobre ellos. En 497 a. C. reconquistaron

Chipre y recobraron el control del Dardanelos y el Bósforo. En el otoño de 494 a. C. tomaron Mileto, cuyos habitantes fueron deportados a la orilla del Tigris. Con la victoria naval de Lades y la destrucción de Mileto, los persas recuperaron sus posiciones y vencieron a los jonios.

En el 493 a. C., la rebelión había quedado sofocada. Todas las ciudades griegas, con excepción de Esparta y Atenas, se sometieron al rey persa. Esta actitud de espartanos y atenienses significó el comienzo de las guerras médicas, denominadas así porque los griegos llamaban medos a los persas. Las fuerzas navales y terrestres persas a las órdenes de Mardonio, yerno de Darío I, en el año 492 a. C. se dirigieron hacia la Grecia continental, establecieron su dominio en Tracia y Macedonia y decidieron asegurar la frontera occidental del imperio instaurando gobiernos leales en las islas Cicladas.

Por aquel entonces, Atenas no era más que una próspera ciudad-estado democrática que había osado apoyar una revuelta griega contra el Imperio persa. En 490 a. C., el rey Darío quiso vengarse de la insurrección y envió un ejército a Grecia, dispuesto a castigar a los atenienses y colocar a un tirano favorable a ellos al frente de su gobierno. La participación de Eretria y Atenas en la sublevación del año 499 a. C. les había proporcionado el *casus belli* para atacar la Grecia continental.

Darío, como habían hecho sus antecesores, siguió la estrategia de dividir y vencer: quería conquistar Atenas y aislar a Esparta y, sobre todo, quería vengarse de aquéllos que habían ayudado a los rebeldes. Después se encargaría del resto de los griegos en el Egeo y consolidaría su control sobre Jonia. Las revueltas habían convencido al rey persa de que, para asegurar su dominio en Asia Menor, debía controlar todo el Egeo, incluyendo las polis de Europa. Con Grecia bajo su control nada podría detener la expansión imperial. «Sólo tenía una vía hacia Europa occidental y era a través de Grecia. Y las ciudades-estado, como Atenas y Esparta, eran las únicas que podían detenerlo», indica Bill Mcquade, historiador de la Universidad de Berkeley (California).

LA VENGANZA DEL REY DARÍO

Una flota de doscientos barcos persas se hizo a la mar desde Cilicia, en el verano

de 490 a. C., al mando del sobrino de Darío, Artafernes —hijo del que acogió a Hipias—, y con un ejército de veinticinco mil soldados comandado por Datis, encargado de tomar por sorpresa la ciudad de Atenas. De ellos, cinco mil eran de caballería, la principal arma persa, soldados acostumbrados a recorrer las enormes distancias del imperio donde la rapidez era fundamental. Les acompañaba el traidor Hipias, quien esperaba recuperar el trono de la ciudad que lo había rechazado.

Tras cruzar el mar Egeo, Artafernes conquistó las islas Cicladas y posteriormente atacó la isla de Eubea, también como represalia por la intervención de cinco de sus naves en la revuelta jónica; tras un asedio de seis días conquistó Eretria. «La ciudad fue tomada, saqueada e incendiada. Los supervivientes de la matanza fueron esclavizados y deportados a Persia», explica Ian Morris, profesor de la Universidad de Stanford (California).

Los invasores se dirigieron al Ática. El ejército imperial desembarcó en la costa oriental, a poco más de cuarenta kilómetros al noroeste de Atenas, en la llanura de Maratón. El lugar fue recomendado a Datis para ofrecer batalla por el tirano Hipias, ya que estaba protegido por un pantano y era una zona propicia para la caballería persa. «Esperaban una victoria fácil —afirma Ian Morris—, convencidos de que los griegos huirían o, si llegaban a luchar, los superarían por su número y los vencerían sin dificultades. Los persas estaban plenamente confiados».

El gran ejército persa amenazaba Atenas y sus habitantes corrían un enorme peligro. «Sabían que si los persas tomaban su ciudad, la arrasarían. Ningún ejército había vencido antes a los persas. El panorama no era muy halagüeño», explica Morris. Atenas movilizó a unos diez mil hombres según el esquema tradicional de un millar por cada una de las diez tribus áticas. La ciudad de Platea aportó seiscientos más.

Sin amilanarse por la superioridad numérica del ejército de Darío, los atenienses sabían que sólo podían hacer frente a los persas en tierra firme, ya que no disponían de flota. Mientras que el ejército persa estaba formado en gran parte por mercenarios, las fuerzas griegas estaban básicamente constituidas por ciudadanos hoplitas, combatientes de infantería pesada. El arma principal de los hoplitas era el *dory* o *doru*, una lanza que medía entre 1,8 y 2,7 metros de largo y unos cinco centímetros de diámetro y pesaba entre uno y dos kilos. Estaba

rematada con una punta letal de hierro y tenía en su parte inferior un regatón puntiagudo de hierro que proporcionaba a los hoplitas un mayor equilibrio y una segunda arma con la que matar. El arma secundaria era la *xiphos*, una espada de hierro, recta y de doble filo, de 60 a 90 centímetros de largo, destinada específicamente para atacar y herir al enemigo. Pero los griegos sólo la utilizaban si perdían su lanza o la falange se descomponía, algo que no ocurría con frecuencia. Como equipo defensivo llevaban un gran escudo circular (*hoplon*) de madera recubierta de bronce, de unos ocho kilos de peso; la empuñadura, ideada en el siglo VI a. C., se llamaba «empuñadura argiva» y revolucionó las técnicas de combate. Y es que los escudos más antiguos se agarraban con una sola asa situada en el centro. El escudo argivo contaba además con una abrazadera de cuero por la que el soldado pasaba su brazo para aferrar una empuñadura situada cerca del borde, algo que facilitaba el movimiento de palanca. «El soldado agarraba el borde del escudo y el brazo se sostenía en el centro. Con un escudo así se podía aplicar una fuerza mucho mayor», explica el historiador militar Richard A. Gabriel; los hoplitas llevaban un casco de bronce, normalmente de tipo corintio, que cubría no sólo la cabeza sino toda la cara; una coraza que podía ser de bronce imitando la forma de los músculos del torso (*thoracata*), aunque normalmente estaba fabricada con varias capas de tela fuerte unidas con un pegamento y reforzadas con placas o escamas metálicas (*linothorax*); y grebas de bronce que les cubrían de los tobillos a las rodillas. El casco corintio de los hoplitas comenzó a utilizarse en Grecia alrededor del siglo VII antes de Cristo. Construido de una sola pieza de bronce, era muy eficaz para proteger la cabeza de los hoplitas. El problema estaba en que eran pesados, alrededor de cuatro kilos y medio, y restringían la vista y el oído de los soldados.

Esta panoplia era bastante cara (el equivalente actual a un buen automóvil) y se la costeaba el propio usuario, por lo que únicamente podían ser hoplitas los ciudadanos de clase media y alta. El comandante en jefe del ejército que fue a Maratón era el polemarca Calimaco, bajo el cual había diez estrategos, pero la dirección efectiva de las operaciones fue encomendada a uno de éstos, Milcíades (550-489 a. C.), miembro de una noble familia ateniense huida de las costas del Asia Menor y con gran experiencia bélica, ya que había servido de joven en el ejército persa.

Como los persas no habían ocupado los pasos montañosos del monte Pentélico, que conducían a la capital, Milcíades estaba convencido de que no se proponían dirigirse desde Maratón a Atenas. Pero no estaba seguro de la estrategia de sus enemigos y dudó entre enviar a sus tropas a la costa para obligar a los persas a luchar antes de que avanzasen sobre Atenas, esperarlos en la ciudad para proteger a los ciudadanos atenienses mientras luchaban desde el interior, táctica común de batalla de los griegos, o alejar el peligro de la ciudad enfrentándose a los persas en las afueras de Atenas.

El general ateniense optó por hacer un movimiento audaz que sorprendió a Datis: Milcíades llevó a sus tropas hasta los altos que dominaban la llanura de Maratón, dejando a la ciudad desguarnecida. Según explica el historiador Bill Mcquade, «los persas se sorprendieron al ver a todo el ejército ateniense en el campo de batalla. Ellos esperaban observadores, pero no creían que los atenienses, en contra de sus costumbres bélicas, iban a salir fuera de la ciudad».

LA GRECIA CIVILIZADA, EN PELIGRO

Mientras el ejército ateniense salía para Maratón, Atenas envió a su mejor corredor profesional, Filípides, a solicitar la ayuda de Esparta, la mayor potencia militar de Grecia, situada a unos 246 kilómetros. Según cuenta Heródoto, Filípides, animado por una visión mística del dios Pan, llegó a Esparta «el día después de salir de Atenas», es decir, que recorrió 246 kilómetros en menos de dos días (durante siglos se pensó que era una exageración de Heródoto, hasta que en 1982 tres militares ingleses hicieron esa carrera en treinta y seis horas).

Aunque los espartanos eran rivales de los atenienses, Milcíades esperaba que les ayudaran. Atenas y Esparta hablan tenido problemas con el Imperio persa en los últimos cincuenta años, por lo que los espartanos podrían unírseles en la lucha contra un enemigo común. Cuando llegó Filípides, los espartanos estaban en plena celebración religiosa. Decidieron que les ayudarían, pero que antes tenían que realizar los actos rituales, así que no marcharían hasta la luna llena, una semana después de la llegada del mensajero.

Por su parte, una vez llegados a Maratón, los atenienses tomaron posiciones al oeste de la llanura, desde donde dominaban la ruta de montaña que unía

Maratón con Atenas. Se alinearon unos once mil hoplitas frente a los veinticinco mil hombres de caballería e infantería armada con arcos, situados al este. Los atenienses no tenían prisa por atacar, a la espera de los refuerzos espartanos. Además de que los persas casi los triplicaban en número, carecían de caballería y los caballos enemigos atemorizaban a los hoplitas. A esto se unía que podrían ser rodeados por los flancos o por la retaguardia. «Cuando vieron las fuerzas de los persas, quedaron aterrorizados. La mitad de los generales no querían luchar», afirma el profesor Ian Morris. Esperaron seis días, dudando cuál debía ser su primer movimiento.

El ejército ateniense estaba dirigido por diez generales, estrategos, elegidos cada año en representación de cada una de las diez tribus en que Clístenes había dividido a la población del Ática. Parece ser que cinco estrategos —entre ellos, Milcíades— eran partidarios de atacar de inmediato, mientras que los otros cinco pensaban que era mejor mantenerse a la defensiva. La decisión definitiva dependía del *polemarco* Calimaco, máximo magistrado militar de Atenas, a cuyas órdenes estaban los diez estrategos, quien decidió esperar la llegada de los espartanos.

Por su parte, Datis aguardaba a que en Atenas estallara un levantamiento favorable a la reinstauración de la tiranía. Pero como los días transcurrían sin que hubiese novedad, al anochecer del 11 de septiembre el general persa cometió un error fatal. Probablemente urgido por la escasez de provisiones, ordenó que embarcase la caballería y se dirigiera a la bahía de Falero (puerto de Atenas) para provocar con su presencia la sublevación en la ciudad.

Si los rebeldes no les abrían las puertas de la ciudad, todavía le quedaría a los persas el estupendo recurso de enviar la veloz caballería a Maratón, para sorprender por la espalda a los griegos.

Además, Datis confiaba en que los atenienses bajaran de las colinas y lucharan en campo abierto. Así, los persas tampoco tenían prisa por trabar batalla, pues esperaban que los partidarios con los que todavía contaba en Atenas Hipias, al conocer la proximidad de su líder, les ayudaran y entregaran la ciudad, desprotegida de sus principales defensores.

El tiempo corría en contra de los griegos, que habían dejado Atenas desprotegida y podía caer presa de los traidores, como esperaba Datis. Con el destino de la ciudad en juego, Milcíades no quiso enviar un destacamento para

protegerla y así debilitar sus fuerzas, ya que su experiencia le aconsejaba quedarse con el máximo de guerreros vitales en el enfrentamiento contra unas tropas que les triplicaban en número.

La suerte se puso de parte de Milcíades por la decisión de Datis de dividir sus fuerzas. En palabras del historiador Bill Mcquade: «Al sacar a la caballería del campo de batalla, los persas dieron ventaja a los atenienses». Según algunos investigadores, Milcíades descubrió el plan de Datis porque varios soldados dorios, que militaban en el ejército persa, se pasaron al bando heleno dando a conocer que los persas se habían quedado sin su caballería. Los desertores contaron que las intenciones de Datis y Artafernes no eran trabar combate en Maratón, sino que esto era una táctica para atraer a las tropas griegas, de forma que la ciudad quedase desguarnecida y así poder invadirla. Ante estas noticias, Milcíades no podía perder tiempo y decidió atacar a la infantería persa de inmediato, acabar la batalla y regresar cuanto antes a Atenas para protegerla antes de que los persas la sitiasen. Y convenció al *polemarco* de la conveniencia de seguir esta estrategia.

Sin embargo, la infantería persa había adoptado la formación de ataque y su despliegue cubría una línea de más de kilómetro y medio de frente. Superado en número, Milcíades debía dejar sus flancos expuestos a ser envueltos o estirar sus líneas para igualarlas a la longitud de las persas, lo cual suponía debilitar alguna zona del frente. Los persas solían colocar sus mejores tropas en el centro del frente. Milcíades pensó que atacar los flancos, donde estaban las alas enemigas más débiles, les podría dar una ventaja.

En el ala derecha del ejército griego se situó Calimaco, al ostentar el puesto de mayor responsabilidad en las maniobras de los hoplitas. En el centro, se alinearon los demás contingentes atenienses. El ala izquierda la ocuparon sus aliados plateos.

Los hoplitas combatían en formación cerrada, una línea de ocho filas de hombres, de una longitud que dependía del número de efectivos, en la que cada cual servía de apoyo al hombre que estaba a su lado, y cada fila a la de delante. Era la llamada falange hoplita, muy distinta de la falange macedónica que hizo famosa Alejandro Magno, la cual se dividía en batallones (*sintagmas*) con un número fijo de combatientes, 256, formando un cuadro de dieciséis por dieciséis.

Para igualar en longitud a la línea persa, a Calimaco y Milcíades no les

quedaba más remedio que hacer más débil parte de la propia. Decidieron, por tanto, colocar solamente cuatro filas de hoplitas en el centro de su dispositivo, manteniendo las ocho filas habituales de las formaciones hoplitas en batalla en los flancos de la formación. Por su parte, Artafernes y Datis situaron las mejores tropas en el centro y las menos preparadas en las alas.

EL ATAQUE A PASO LIGERO

Milcíades no estaba seguro de que esta táctica fuera a funcionar porque nunca antes se había intentado. Los atenienses bajaron de sus posiciones en las colinas en formación cerrada como se ha indicado, con un centro de cuatro filas y unas alas de ocho. Antes de que se produjera el choque con el enemigo, sin embargo, tendrían que arrostrar el riesgo de todo aquél que se enfrentaba a un ejército persa, es decir, una lluvia de flechas. Tradicionalmente los persas eran grandes arqueros, y todo su ejército estaba armado con arcos, pero al reunir grandes contingentes para las campañas imperiales, inevitablemente la calidad media de sus arqueros disminuyó. Era la cantidad y no la calidad, la masa de flechas que se arrojaba sobre el adversario, lo que importaba.

Frente a eso había varias tácticas. Una era la de avanzar haciendo quiebros en zigzag, el clásico recurso para burlar la puntería del tirador, pero eso lo podía hacer un combatiente individual, no una formación cerrada. Normalmente, el equipo de los hoplitas —casco, coraza, escudo y grebas— les defendía bien de las flechas lanzadas al buen tuntún, pero a Milcíades se le ocurrió reducir aún más el riesgo cubriendo a la carrera la zona en que las flechas eran efectivas. Aparte de reducir las inevitables bajas que se producían pese a la armadura de los hoplitas, eso desconcertaría sin duda a la infantería persa.

Los dos bandos estaban situados a unos mil quinientos metros de distancia. Los griegos avanzaron hacia los persas y cuando se hallaban a unos doscientos metros del enemigo, «Milcíades ordenó a sus soldados acelerar la marcha y lanzarse a la carrera para recorrer los metros que les separaban de los persas lo más rápidamente posible. De ahí viene la expresión “paso ligero”: los soldados avanzaron más rápido de lo normal para dar a los arqueros persas sólo la mitad de tiempo para dispararles», precisa Ian Morris. El ejército griego avanzaba a la

carrera evitando la mortífera eficacia de los arqueros persas, lanzando su grito de guerra, ¡*eleleu*!, sobrecogiendo a un enemigo que veía, atónito, cómo se le echaba encima una masa de casi once mil hombres capaces de correr al unísono sin desorganizarse.

Esta carga a la carrera constituyó una completa novedad en la táctica militar de la infantería, pues la eficacia de los hoplitas dependía de que la formación se mantuviera a toda costa.

Hacer algo así en esa época sólo estaba al alcance de los griegos. Hay que tener en cuenta que, como ya se ha dicho, los hoplitas eran ciudadanos de buena posición económica. Habían recibido por tanto una buena educación, que para los griegos incluía la práctica del deporte. Todos los atenienses de clase media, incluidos los intelectuales —en aquella masa iban individuos tan fundamentales en la cultura humana como Sócrates o Esquilo, que no quiso que figurase en su epitafio ningún mérito más que haber combatido en Maratón—, eran excelentes deportistas, y entre las disciplinas deportivas que practicaban estaba la «carrera de hoplitas», que consistía precisamente en correr con el equipo militar completo.

Ambos ejércitos chocaron en un violento cuerpo a cuerpo. «Con las espadas desenvainadas, golpeaban al enemigo con el escudo de metal, al mismo tiempo que esquivaban el escudo del contrario y le clavaban la espada y seguían adelante golpeando y clavando», explica Morris. El escudo formaba parte principal del arma de los hoplitas hasta el punto que perderlo en la batalla era considerado un delito, penado con la muerte. No tenía la misma gravedad perder la lanza o la espada.

Sin disponer de su caballería, los persas no pudieron hostigar los flancos del ejército griego. Además, a distancia corta, las cortas espadas y débiles armaduras de los persas no estuvieron a la altura de las fuertes armaduras y largas lanzas de los atenienses. El campo de batalla se llenó de cuerpos de soldados persas caídos.

Hasta ese momento, la estrategia de Milcíades había funcionado exactamente como la había planeado. En el centro, los persas hicieron retroceder la endeble línea ateniense, pero en las alas se impusieron los griegos. Las tropas persas de las alas retrocedieron ante el empuje de los hoplitas, mientras que su grueso avanzó. Se produjo un efecto de succión y antes de que se dieran cuenta los

persas se encontraban rodeados, con los hoplitas atacándoles por ambos flancos, donde su formación no tenía posibilidad de defensa eficaz. Además el ala derecha persa no tenía más vía de retirada que el pantano, donde fueron fácil presa de sus perseguidores. «Era una zona peligrosa y letal. Los persas no conocían el lugar y cientos de ellos se ahogaron en sus turbias aguas», mantiene Ian Morris.

Mientras, los griegos se iban debilitando en la zona central y perdían terreno. Milcíades debía actuar rápido para que el frente no se viniese abajo y los persas rompieran el centro griego, lo que podría provocar el pánico entre los atenienses al verse divididos, y permitir la reorganización de los persas. Milcíades optó por dejar de perseguir a los persas que se batían en retirada, volviéndose hacia los que aún luchaban en la llanura de Maratón, donde tenía la posibilidad de rodearlos. «Cuando los flancos atenienses superaron a los persas —explica Morris—, Milcíades reunió a sus hombres, detuvo la persecución y cargó por su retaguardia contra los que luchaban en el centro». Iniciaron un movimiento envolvente y volvieron entonces sus armas contra el centro persa, que estaba destruyendo la escueta zona central griega. Con esta maniobra envolvente, los persas se vieron atacados por cuatro lados y llegó el desastre, la huida general para intentar salvarse.

EL HEROICO TERSIPO

Consciente de su derrota, Datis ordenó a sus hombres la retirada a la seguridad de sus barcos. Tras ellos, los atenienses les persiguieron hasta la orilla, atacándoles mientras huían. «Los persas luchaban para salvar sus vidas y el combate en la orilla fue tremendamente cruel», señala Bill Mcquade. A pesar del gran número de bajas, muchos soldados persas consiguieron abordar las naves. Pero Milcíades no podía permitirles zarpar. Si tomaban sus barcos rumbo a Atenas podrían conquistar la ciudad.

Sin muchas posibilidades de ganarles en un posible abordaje —ya que los soldados griegos continuaban en desventaja en número—, para evitar que los barcos zarparan, Milcíades ordenó que los incendiaran en un intento de eliminar cualquier posibilidad de huida. Sin embargo, sólo consiguieron destruir siete de

las doscientas naves. El resto partió hacia Falero, la bahía contigua a Atenas que le servía de puerto. El peligro continuaba, con los persas encaminados hacia aquel punto.

«Si los persas llegaban a Atenas antes de que sus ciudadanos supieran que habían perdido la batalla, Milcíades temía que se aterraran al ver llegar a la flota y se rindieran a pesar de la gran victoria de su ejército», indica Ian Morris. Así que Milcíades debía hacer llegar cuanto antes a Atenas la noticia de su victoria y avisarlos para que, en su espera, resistieran ante los persas. El tiempo era vital. Él no podía dejar al ejército, sino que debía conducirlo hasta la ciudad, así que envió a su hombre más veloz, el mensajero más rápido, llamado Tersipo según Plutarco, que narró su proeza cinco siglos después de los acontecimientos. Sin embargo, Luciano, que escribió todavía un siglo más tarde, le llamó Filípides, confundiéndolo con el que había corrido a Esparta y creando la confusión que todavía hoy se mantiene. Los correos a pie, como Tersipo y Filípides, recibían el nombre de *hemerodromos* y eran profesionales.

La distancia de Maratón a Atenas era de 42 kilómetros. Tersipo necesitó unas dos horas para alcanzar la ciudad. A su llegada, casi sin aliento anunció: «Hemos ganado» y cayó muerto de cansancio nada más dar el mensaje. El historiador y geógrafo griego Heródoto, contemporáneo de Maratón (484-425 a. C.) recoge el viaje de dos días de Filípides a Esparta en sus precisas narraciones de las guerras médicas, sin embargo nada habla de este segundo viaje. La leyenda de Tersipo o Filípides y su muerte es recogida por varios autores casi seis siglos después del hecho, por lo que muchos historiadores dudan de la veracidad. En cualquier caso, esta proeza inspiró la carrera conocida como maratón, que se instauró como disciplina deportiva en 1896, durante los primeros Juegos Olímpicos de la Era Moderna, y se mantiene hasta la actualidad (el pico de 192 metros suplementarios del actual maratón deportivo es debido a una decisión arbitraria de los ingleses en los Juegos Olímpicos de Londres de 1908 para que la carrera acabara frente a la tribuna real).

De lo que no hay duda es de que Milcíades se encaminó con todo el ejército el mismo día de la batalla hacia Atenas para defenderla. No deseaban abandonar la ciudad en manos de sus enemigos, así que ante el más que seguro ataque persa, optaron por hacer creer al enemigo que la ciudad estaba bien defendida. «Cada hombre, mujer y niño de la ciudad se colocó visiblemente en las ventanas

y murallas para aparentar que la ciudad estaba protegida y, desde lejos, hicieron creer al enemigo que eran soldados. Datis llegó a la bahía de Falero dispuesto a asediar Atenas, pero le pareció muy bien defendida», explica el historiador Bill Mcquade. Milcíades llegaría pronto, así que sin llegar a poner un pie en tierra, los persas decidieron regresar a casa. La suerte de la llamada Primera Guerra Médica estaba echada. La reparación de la derrota tuvo lugar diez años después, en el 480 a. C. cuando Jerjes, hijo de Darío, arrasó Atenas.

Los espartanos llegaron dos días después de terminada la contienda, por lo que la gloria de Maratón correspondió por entero a los atenienses. La batalla resultó ser un éxito enorme para Milcíades y sus hombres, que supieron aprovechar el error estratégico de los persas. Gracias a Heródoto y su *Historia*, obra escrita aproximadamente en el año 440 a. C., conocemos este glorioso episodio. A pesar de ser muy inferiores en número, Heródoto nos cuenta que los griegos mataron a 6400 persas y sólo perdieron a 192 de sus hombres, entre ellos, a Calimaco.

Aunque los textos antiguos siempre exageran los éxitos propios y las derrotas enemigas, esta brutal desproporción en las bajas es posible dadas las características de la guerra antigua. Cuando en un choque entre dos ejércitos uno de ellos se desorganizaba, es decir, perdía la formación porque era atacado por el flanco o porque se rompían sus líneas, normalmente entraba en pánico y se lanzaba a la huida. En la fuga desorganizada solamente morían unos, los que escapaban, y la cantidad de muertos que les infligía entonces el perseguidor dependía sobre todo de lo cansado que estaba éste, o lo persistente que era en la persecución, o de que hubiese algo que le distrajera, como la posibilidad de saquear el campamento enemigo, o de que los derrotados tuvieran cerca un refugio.

«Nadie esperaba que los atenienses ganaran al poderoso ejército persa, salvando su ciudad de la destrucción. Cuando lo consiguieron la noticia se expandió por todo el mundo griego», indica el profesor Ian Morris. La fama de invencibles que tenían los persas entre los griegos se desvaneció.

Para muchos historiadores, la importancia decisiva de esta batalla está en el hecho de que por primera vez los griegos derrotaron a los persas en campo abierto, lo cual tuvo un enorme impacto psicológico en toda la Hélade. La victoria dotó a los griegos de una fe con la que resistieron los embates persas

durante casi tres siglos, período en el que floreció su cultura y pensamiento, que se convirtió en la base para el posterior desarrollo del mundo occidental. «Se ganaron el respeto que impulsaría a su civilización en las siguientes generaciones. Tras su victoria, en el mundo griego se reconoció a los atenienses como una de las grandes potencias», mantiene Ian Morris. Atenas se convirtió en la polis líder del mundo heleno durante unos decenios.

Narra el historiador Plutarco (46-120), en su ensayo *A la gloria de Atenas*, que tras la batalla de Maratón los persas consiguieron rehacer sus ejércitos y, tras vencer a los espartanos en las Termópilas, llegaron hasta las puertas de Atenas. Los atenienses tomaron la decisión de abandonar su ciudad —en la cultura griega, lo importante no era el solar físico, sino los habitantes: ellos eran la polis —. Las mujeres y los niños fueron enviados a Trecén, Egina y Salamina, mientras que los hombres decidieron dar la batalla no en tierra, sino en las naves, pues los atenienses ya tenían nota, creada por Temístocles, aprovechando los ingresos extraídos de los nuevos filones de plata de las minas del Laurión. Los generales de las ciudades griegas se reunieron para determinar la estrategia a seguir. El espartano Euribiades era partidario de librar la batalla en el golfo de Corinto, mientras que Temístocles, el general ateniense, proponía la bahía de Salamina. Pero ésa sería otra batalla… Y aún habría más, ya que el conflicto entre griegos y persas continuó hasta la conquista del Imperio persa por Alejandro Magno, en la década del 330 a. C.

3

LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS

Fecha: 480 a. C.

Fuerzas en liza: Persas contra la alianza de pueblos griegos, encabezados por Esparta y Atenas.

Personajes protagonistas: El Gran Rey persa Jerjes I enfrentado al rey espartano Leónidas y al comandante de la flota griega, el ateniense Temístocles.

Momentos clave: La marcha del ejército persa para atravesar el Helesponto. La victoria naval griega en el estrecho de Artemisio. La destrucción de Atenas por las tropas persas. La victoria griega en Salamina, dos meses después.

Nuevas tácticas militares: La construcción de un gigantesco puente de barcas para unir Asia y Europa a través del Helesponto, obra del ingeniero griego Hárpalo.
La formación naval en *kiklos* (círculo) utilizada por Temístocles ante la superioridad numérica persa.

En el angosto paso de las Termópilas, en el norte de Grecia, siete mil soldados griegos se enfrentaron a la mayor fuerza de combate jamás reunida hasta entonces: casi trescientos mil soldados del poderoso Imperio persa. A la vanguardia de los helenos, estaban trescientos de los más feroces guerreros de la Antigüedad: los espartanos. Era el año 480 a. C. Durante siglos, los expertos en historia militar han mostrado un interés inusitado por estos espartanos debido a su valentía, honor y sacrificio en las Termópilas, un enfrentamiento del que ninguno de ellos salió con vida. Pero su importancia no sólo radica en cómo un puñado de espartanos tuvo en jaque al Gran Rey persa. Además, la batalla de las Termópilas es recordada como la confrontación que determinó el curso de la civilización occidental y el destino de la democracia. En aquel desfiladero, pocos lucharon contra muchos… y trescientos valientes libraron su última lucha, una gesta que desde la Antigüedad ha alimentado la leyenda hasta convertirla en un auténtico mito fundacional de la cultura europea.

En el año 480 a. C., el Gran Rey Jerjes, gobernante del poderoso Imperio persa,

llegó al nordeste de Grecia a la cabeza de la mayor fuerza de combate jamás reunida en el mundo antiguo. Las últimas estimaciones hablan de un ejército de unos trescientos mil hombres, pero hay historiadores que creen que podría haber alcanzado los dos millones. Una flota de alrededor de un millar de barcos de guerra escoltaba al enorme ejército de tierra. Ningún griego había visto pasar un contingente tan colosal de soldados dispuestos al combate. El ejército persa resultaba una fuerza poderosa y prácticamente invencible en todo el mundo antiguo.

Las fronteras del Imperio persa se extendían desde el río Indo en la India, hasta el río Nilo en Egipto. Disponía de una riqueza enorme. Durante varios años, el rey Jerjes utilizó ese poder para reunir soldados, construir barcos y comprar suministros y vituallas para su invasión de Grecia. Su intención era reducir la ciudad-estado de Atenas a cenizas. «Existía una increíble diferencia de tamaño entre ambos adversarios. Grecia contaba con una población de unos quinientos o seiscientos mil habitantes y prácticamente no tenía influencia en el mundo. No era más que un rincón en el mundo antiguo con una relevancia casi nula. El Imperio persa, formado por multitud de pueblos distintos, era el mayor imperio del mundo en esa época. Las fuerzas eran desproporcionadas», explica Richard A. Gabriel, historiador militar, profesor del U. S. Army War College y autor de *Empires at War*.

Algunos historiadores creen que Jerjes intentaba conquistar Atenas para ampliar su imperio hacia el oeste. Otros opinan que su intención era castigar a la polis por apoyar una rebelión contra Persia veinte años atrás. Defienden que el soberano persa tenía el propósito de terminar con la sublevación de los griegos asiáticos y conquistar Grecia para cortar definitivamente los apoyos que los colonos recibían para sus aspiraciones de independencia en Asia Menor. Sea cual fuere el motivo del ataque de Jerjes, se produjo en un momento crucial de la historia de Atenas. «La democracia, uno de los cimientos de la civilización occidental, era aún muy reciente y esta invasión amenazó con destruirla en sus primeros pasos», mantiene el arqueólogo y especialista en Oriente Próximo David George.

Ante el peligro común, los griegos, como era tradicional, no coincidieron en sus apoyos. Algunas polis, como las ciudades jonias de Asia, las insulares Andros, Thenos y Paros, así como Tesalia y Beocia tomaron partido por Jerjes,

bien por temor, bien por interés económico. Otras decidieron permanecer neutrales. Los demás pueblos griegos —cerca de una treintena, con Atenas, Esparta y los argivos a la cabeza— se reunieron en Corinto y establecieron un pacto por el que se comprometían a mantener una estrategia común y luchar juntos.

Como primera línea de resistencia, eligieron el angosto desfiladero de las Termópilas (que traducido al castellano viene a ser algo así como Puertas Calientes, por los manantiales calientes que aún hoy día se encuentran en la zona). La escuadra aliada se establecería en el extremo de la isla de Eubea, junto a un santuario dedicado a Artemisa. No consiguieron ponerse de acuerdo en un mando común. Así que el espartano Leónidas se encargaría de defender las Termópilas con una coalición de soldados de diferentes polis, además de sus famosos trescientos guerreros espartanos. Mientras, el ateniense Temístocles protegería Atenas con su flota.

Jerjes reunió su ejército en la provincia persa de Lidia, en la actual Turquía, y marchó mil trescientos kilómetros hacia Grecia bordeando el mar Egeo. Cuando llegó en agosto del año 480 a. C. a las Termópilas, los griegos habían organizado su defensa en un paso estrecho entre las montañas y el mar. En aquel sitio histórico tendría lugar tres días de batalla que marcarían de un modo definitivo el futuro de la humanidad.

LA DURA VIDA ESPARTANA

En esta época, Grecia no era todavía un país unificado, sino un conjunto de pequeñas ciudades-estado que a menudo se enfrentaban por la supremacía regional. Las mayores, Atenas y Esparta, eran rivales acérrimas. Pero en las Termópilas dejaron de lado sus diferencias y se unieron para luchar contra su enemigo común.

Al frente del ejército griego escogieron al rey espartano y futuro héroe de las Termópilas, Leónidas. Era uno de los hijos del rey agíada Anaxandridas II y sucedió en el trono, probablemente en 489 o 488 a. C., a su hermanastro Cleómenes I. Leónidas, como todo espartano, nada más nacer tuvo que enfrentarse al primer desafío de su vida militar: ser examinado por un anciano en

busca de defectos. «Lo primero que hacía el Estado en cuanto un niño salía del útero de su madre era examinarlo y decidir si era o no apto para vivir en esa sociedad», explica David George.

Se trataba de una sociedad de guerreros extremadamente rigurosa; no admitían a nadie que pudiese ser débil. «Si un bebé tenía cualquier mínima imperfección lo llevaban a una colina sagrada para dejarlo morir allí. Lo único que importaba eran los beneficios que el niño reportaría al Estado», explica el historiador y escritor Steven Pressfield, autor de *Puertas de juego*, novela histórica que narra la vida de Xeones, un griego de la *polis* de Askantos que, tras ver arrasada su ciudad, acaba como soldado del ejército espartano en las Termópilas.

Para darnos cuenta del régimen de vida en aquella sociedad, en Esparta sólo dos personas podían tener una lápida con su nombre: «un hombre que moría en combate y una mujer que moría durante el parto. Los dos actos se consideraban dar la vida por el Estado. El parto y la educación de los hijos no eran asuntos de la familia, ni de un individuo, sino del Estado», explica David George. Mientras que los bebés fuertes sobrevivían, muchos de los hijos de estos guerreros perecieron, convencidos sus verdugos de que no lograrían sobrevivir al programa de adiestramiento espartano, cuyo objetivo era transformarlos en máquinas de matar.

Como sabemos por el historiador y geógrafo griego Heródoto (484-425 a. C.), quien recurrió a fuentes orales y escritas a la hora de narrar las guerras médicas entre Grecia y Persia, en su Historia, primera fuente de información de la batalla de las Termópilas, a la edad de siete años, todo niño espartano era alejado de su familia para ingresar en los campamentos de instrucción militar. Hasta que cumplía esa edad, pasaba con su madre la mayor parte del tiempo, su padre lo visitaba, tenía una vida muy próxima a lo que consideramos la normalidad infantil. Pero, después, pasaban a una especie de sistema estatal de educación, basado en una severa vida militar.

El joven Leónidas fue adiestrado y aprendió a matar bajo el duro concepto de «la *agogé*, la educación espartana, consagrada al dominio de las armas y según la cual todo lo que hacía un niño era entrenar durante doce años, hasta el momento de ingresar en el ejército», indica el escritor Steven Pressfield, quien ha investigado diversas fuentes, de Heródoto a historiadores contemporáneos,

para describir al detalle las tácticas militares espartanas en su libro *Puertas de fuego*. Su educación se centraba en la destreza militar, la disciplina y la dureza. «Toda la sociedad lacedemonia estaba orientada a intentar despojarte de tu identidad individual», dice el arqueólogo David George. Según el filósofo e historiador Jenofonte (431-354 a. C.), aquéllos que no habían pasado por la *agogé* eran ciudadanos de categoría inferior que no podían acceder a las magistraturas ni a los cuerpos de élite.

Para asegurarse de que los chicos eran duros, se los azotaba en grupo hasta que sangraban y el que más resistiese recibía grandes honores. El nivel de violencia aumentaba conforme se hacían mayores. A medida que crecían, su formación era cada vez más intensa. Estos adiestramientos podían incluso resultar mortales. Era un modo de prepararlos a ver morir en los campos de batalla a sus amigos y camaradas de juventud.

Una de las pruebas finales de todo joven espartano consistía en introducirse en el barracón de un ilota (esclavo) durante la noche y asesinarlo. «Cada cultura, a lo largo de toda la historia, tiene su propia versión del rito masculino de iniciación. En la sociedad espartana, uno no se convertía en un hombre hasta que estrangulase a alguien hasta matarlo», explica Richard A. Gabriel. Sin embargo, la clave de este ritual no era el asesinato en sí. «Tenían que hacerlo sin que los descubriesen. El objetivo de esta práctica era adiestrarlos en el arte de la evasión, el arte de ser un buen soldado, el arte de ser sigiloso. Así que si los descubrían eran castigados severamente», añade.

A los dieciocho años, como con el resto de los espartanos, la educación de Leónidas terminó. Aprendió a matar o morir, e ingresó en el ejército. «Para los padres espartanos, era uno de los momentos de su vida en que más orgullosos se sentían. En especial para las madres, ya que daba sentido al sacrificio que habían hecho por el Estado. A los siete años, enviaban a sus hijos a convertirse en guerreros, y a los dieciocho, los mandaban a la batalla. Una de las historias más conmovedoras es la de una madre espartana que envió a su hijo a la guerra y, al entregarle el escudo, le dijo: "Regresa victorioso con tu escudo o como un cadáver sobre él". Es decir, gana la batalla o muere», señala David George.

«Los espartanos fueron los primeros profesionales de la guerra entre los ciudadanos de las polis. Todos los veranos iban hasta el paso que los separaba de la ciudad más próxima y peleaban con fiereza entre si. Tenían sus espadas, sus

lanzas y sus escudos sobre la chimenea y, cuando llegaba la estación estival, iban a machacarse los sesos unos a otros», mantiene Pressfield. Así que los conflictos regionales en los que participó Leónidas, sin duda, le sirvieron de preparación para la batalla definitiva contra los persas en las Termópilas.

LA ALIANZA DE ATENAS Y ESPARTA

En el 481 a. C., un año antes de la batalla de las Termópilas, un espía griego descubrió que el rey persa Jerjes estaba movilizando su ejército de casi trescientos mil hombres. Jerjes pretendía reducir la ciudad-estado griega de Atenas a cenizas. Cuando los atenienses descubrieron el plan del Gran Rey, se dieron cuenta de que necesitarían ayuda, por lo que hicieron un llamamiento general a sus aliados y amigos para que vinieran a defender Grecia. Su llamada no causó demasiado efecto porque nadie concebía Grecia aún como una nación. Entonces no era más que un conglomerado de ciudades-estado que luchaban entre sí con más frecuencia de la que luchaban juntos. A pesar de sus malas relaciones, los atenienses consiguieron la ayuda de uno de sus principales rivales regionales: los espartanos.

Según era costumbre en la época, antes de decidir si ayudarían a los atenienses, los espartanos consultaron a un oráculo. Eran un pueblo muy religioso, y una de las formas más comunes de interpretar la voluntad de los dioses era consultar a una pitonisa o sacerdote que, supuestamente, daba la respuesta de la deidad. Sobre todo, eran muy devotos del oráculo de Delfos, en la falda del monte Parnaso, que desde aproximadamente el año 1400 a. C. era uno de los santuarios griegos más sagrados y consultados para cualquier empresa importante. En un templo erigido al dios Apolo sobre una pequeña grieta, una pitia o pitonisa recibía a los que buscaban orientación y caía en un estado similar al trance. Según algunos expertos, la explicación al éxtasis del oráculo podría estar en los vapores de etileno que emanan de la intersección de tres profundas fallas existentes en la tierra. Sea como fuere, en aquella ocasión el oráculo habló a la pitonisa del templo: «Hombres de Esparta, vuestra gloriosa ciudad será tomada por los hijos de Persia o toda Esparta deberá llorar la pérdida de un rey… Un rey descendiente del gran Hércules», dijo.

«Leónidas creyó que el oráculo se refería a él, a que su muerte, su sacrificio, salvaría Esparta», asegura David George. Convencido de ser un descendiente de Hércules al que los dioses habían elegido para salvar Esparta, anunció a los ancianos espartanos que ayudaría a los atenienses a luchar contra los persas. Su decisión tuvo una explicación mítica, pero también estaba motivada por el temor a una posible amenaza persa a su ciudad-estado. «Tuviese o no Jerjes la intención de ocupar Grecia, los espartanos creían que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” y decidieron unir fuerzas con los atenienses. Además, si iban a defenderse de los persas mediante un ejército conjunto, lo más lógico es que lo dirigiesen los mejores soldados de Grecia», señala Richard A. Gabriel.

Sin embargo, el consejo espartano no estaba plenamente convencido y sólo permitió que Leónidas llevara un pequeño ejército de trescientos hombres. Según apuntan algunos historiadores, cuando Leónidas solicitó la dispensa para alinear a sus tropas, eludiendo la celebración de la festividad religiosa de Carneia (período en que los soldados griegos no podían luchar ni hacer maniobras militares por respeto a los dioses) no obtuvo la autorización. Sólo pudo contar con trescientos hombres de su guardia personal con los que habría de intentar, junto a los aliados, bloquear el paso hasta que, pasada la fiesta religiosa, el resto de su ejército fuera autorizado a reunirse con él.

Así que Leónidas escogió a sus mejores guerreros… pero sólo a aquéllos que ya habían engendrado un heredero varón para que, caso de morir, garantizaran que su linaje sobreviviría. «No sabemos si Leónidas desde un principio pensó que se trataba de una misión suicida. Lo que sí comprendió es que seria una batalla magnífica que reportaría gloria a Esparta y a él mismo. Lo cual era una gran motivación», sostiene el historiador militar Gabriel. «Los otros nueve mil espartanos del ejército, que no habían sido seleccionados para ir al combate y que también habían nacido para luchar, sabían que eran excluidos, ellos y sus familias, de la inmortalidad, además, por supuesto, de no participar en la salvación de Grecia», asegura Steven Pressfield. Leónidas se enfrentaría a un reto formidable. Combatiría contra una fuerza bélica que dominaba el mundo desde hacía casi un siglo.

EL PODEROSO IMPERIO PERSA

Remontémonos a setenta años antes de la batalla de las Termópilas. En el año 549 a. C., Ciro II el Grande unificó todas las tribus de lo que hoy es la región central de Irán. Asaltó las montañas con un ejército que se componía de infantería ligera y pesada y de caballería. Entonces él ya se había percatado de la importancia de la caballería y, contratando tribus de jinetes expertos, dio comienzo a una tradición, que en aquella época formaba aproximadamente el veinte por ciento del ejército persa, mientras el restante ochenta por ciento lo componía la infantería. Esta combinación hacía que los persas fueran imbatibles en las llanuras de Asia. Cuando la infantería atacaba la línea del frente del enemigo, la caballería atacaba los flancos, haciendo que se descompusieran.

Con estas técnicas, en el transcurso de veinte años, Ciro conquistó cuatro grandes reinos de Asia: Media, Licia, Lidia y, finalmente, en el año 539 a. C., la poderosa Babilonia. Así el imperio que gobernó se extendió desde la India hasta Egipto. El Imperio persa fue el más grande y próspero en la larga historia de los imperios de Oriente Próximo.

Ciro dividió su imperio en veinte provincias, llamadas «satrapías», al mando de las cuales había un gobernador o sátrapa cuya traducción en castellano vendría a ser «protector de la tierra o país», quien en lugar de obligar a los pueblos conquistados a adoptar las creencias persas, les permitía gobernarse a sí mismos y practicar su propia religión. «Mientras pagasen impuestos al gobierno central —explica Richard A. Gabriel—, en términos generales, podían mantener su propia forma de vida. No intentaron imponer una única religión, ni siquiera un único código civil».

En este sentido, muchos historiadores consideran a Ciro como un libertador. Este comportamiento compasivo era casi desconocido en la Antigüedad y podría haber sido la causa de la batalla de las Termópilas. El antecedente se encuentra en el año 546 a. C., cuando Ciro conquistó las colonias griegas de la provincia de Jonia, en la actual Turquía. Según solía hacer, permitió que los gobernantes locales permanecieran en el poder. El caso es que los sojuzgados griegos no deseaban el dominio persa y las sublevaciones comenzaron. Unos cincuenta años más tarde, en el año 499 a. C., las colonias griegas se rebelaron, lo que dio lugar a las guerras médicas.

El bisnieto de Ciro, el rey Darío I, dio a las satrapías una organización definitiva, e incrementó su número a veintitrés. Los sátrapas eran elegidos

directamente por él, generalmente entre miembros de la nobleza. Ejercían el poder judicial y administrativo, cobraban los impuestos, se encargaban del orden público y de reclutar y mantener el ejército. Darío I se ocupaba de su supervisión. En un principio permitió a los gobernantes locales de Jonia hacer frente a la revuelta. Pero los rebeldes recibieron ayuda externa de su madre patria, Atenas, que envió fuerzas para ayudar a la sedición. Con la ayuda ateniense, los rebeldes destruyeron Sardes, la capital de Jonia. «El fuego comenzó a extenderse de casa en casa hasta que el pueblo entero estuvo en llamas… y Sardes fue reducida a cenizas. Entre sus ruinas se encontraba el templo de una diosa nativa: Cibeles. Cuando los persas lo vieron destruido, lo utilizaron como pretexto para incendiar templos en Grecia», escribe Heródoto acerca de la rebelión. Se había desencadenado la Primera Guerra Médica.

Esta revuelta jónica fue el origen de lo que sucedería durante los siguientes casi ochenta años entre persas y griegos y terminaría por llevar a Atenas y Persia a un conflicto abierto. Atenas había despertado a un gigante dormido. «El rey Darío se enfureció hasta el punto de que ordenó que uno de sus sirvientes le dijese antes de dar el primer mordisco a cada una de sus comidas: "Señor, acordaos de los atenienses". Darío juró vengarse de ellos», indica Pressfield.

En el año 490 a. C., diez años antes de la batalla de las Termópilas, el rey persa Darío había enviado su ejército a través del Egeo para destruir Atenas. Era el momento de la venganza, que desembocó en una de las más célebres batallas de la historia de Grecia: la batalla de Maratón (véase el capítulo 2). Pero el primer intento de venganza de Persia contra Atenas fracasó estrepitosamente. Un gran imperio como Persia y un gran rey no podían permitir un insulto a su prestigio como la derrota en Maratón.

Darío planeó otra invasión, pero falleció antes de llevarla a cabo. La responsabilidad de la venganza pasó a manos de su hijo: Jerjes I, cuyo nombre significaba «gobernador de héroes». Fue coronado en octubre de 485 a. C. y pronto tuvo que enfrentarse a varias rebeliones, en Egipto y en Babilonia, que fueron sofocadas enérgicamente, antes de arriesgarse a cometer los errores de sus predecesores, especialmente su padre, quienes no fueron muy afortunados en sus intentos de conciliar a los pueblos sometidos con el régimen persa.

Como todos los monarcas de la antigüedad de Egipto, Siria o Persia, Jerjes fue educado para ser un rey guerrero, por lo que, además de asistir a clases de

filosofía, matemáticas y tácticas militares, tuvo que aprender a luchar. Cuando se convirtió en rey, Jerjes sólo tenía una cosa en mente: castigar a Atenas por su intromisión en la revuelta jónica en Asia Menor. Durante diez años, planeó su impresionante ataque. «Jerjes fue un hombre que nació para gobernar y fue educado para ser tan buen guerrero como gobernante. Y lo consiguió. La única razón por la que está mal considerado en Occidente, según parece, es porque trató de incendiar Atenas», mantiene Richard A. Gabriel.

PREPARATIVOS DE JERJES

Jerjes planificó la operación con sumo cuidado. Firmó alianzas y consiguió ganarse el apoyo de algunos estados griegos (Tesalia, Macedonia, Tebas y Argos), reunió una gran nota y un gran ejército. Además, mandó excavar un canal a través del istmo que comunicaba la península del monte Athos con el continente europeo, ordenó almacenar provisiones en escalas a lo largo de la ruta que recorría Tracia y erigió un puente para atravesar el Helesponto, un estrecho de un kilómetro y medio de ancho que conecta Asia con Europa, al sur del mar Negro.

Jerjes necesitaba hacer que su ejército de trescientos mil hombres cruzase el Helesponto (los Dardanelos). El trayecto entre Asia y Europa por tierra suponía rodear el mar Negro, lo que suponía unos dos años de marcha y obligaría a Jerjes a conquistar muchos otros pueblos. Para conseguir que su gran ejército cruzase el Helesponto, ahorrándose tiempo y enfrentamientos, ordenó a sus ingenieros construir un puente de pontones de un kilómetro y medio de largo con viejos barcos de transporte. Así, en el año 481 a. C., logró algo imposible: caminar sobre el agua.

«En esa época se estaba produciendo una transición en el diseño de barcos. Se podían comprar muchas naves viejas de carga por poco dinero. Adquirieron unas setecientas embarcaciones y las amarraron entre sí formando un puente», afirma Gabriel. Los ingenieros de Jerjes utilizaron piedras para anclar cada barco por la proa y la popa; después los amarraron entre sí con dos tipos diferentes de cabos, uno de lino y otro de papiro. Utilizaron un sistema inventado por los egipcios para convertir la médula pegajosa de la planta de papiro en una cuerda

resistente y duradera. «Los ingenieros de Jerjes emplearon estos cabos, de una tecnología muy avanzada, para amarrar los barcos de costa a costa. A continuación, clavaron tablones de madera sobre los barcos para crear una superficie plana sobre la que pudieron marchar hombres y animales. Fue una asombrosa hazaña de ingeniería», explica Gabriel.

El ejército persa cruzó el puente y comenzó la marcha por la orilla del mar Egeo. Unos tres meses más tarde, Jerjes y sus trescientos mil hombres llegaron al norte de Grecia. Avisada por un espía ateniense, la coalición griega ya había establecido dos líneas de defensa. La primera se encontraba en la parte meridional de la península, en el istmo de Corinto, para defender las ciudades-estado del Peloponeso, entre ellas Esparta. La otra, la avanzadilla, estaba en el norte, en el paso de las Termópilas. Aquí, el rey espartano Leónidas comandaba un ejército formado por trescientos guerreros espartanos seleccionados entre los mejores y siete mil soldados de otras ciudades-estado griegas. La coalición estaba compuesta por hombres de Tegea, Fliunte, Corinto, Mantinea, Orcómeno, Tespis, Micenas y Tebas, además de mil hoplitas focios y locrios del resto de Arcadia.

Un consejero persa informó a Jerjes de la presencia de los siete mil griegos que bloqueaban el extremo este del paso. Su diálogo está descrito por Heródoto en Historia, uno de los primeros informes sobre las Termópilas. «Estos hombres —escribe— han venido para impedirnos tomar el paso y se están preparando según sus necesidades. Si conseguís aplastar a estos hombres y someter al ejército que permanece en Esparta, ningún pueblo, oh rey, levantará una mano contra ti».

Aparentemente, no era una fuerza de combate suficiente para oponer resistencia. Los persas superaban a los griegos en una proporción de casi cincuenta a uno. En relación al número de efectivos persas, Heródoto, en el Libro VII de su obra indica: «No puedo en verdad decir detalladamente el número de gente que cada nación presentó, no hallando hombre alguno que de él me informe. El grueso de todo el ejército en la revista ascendió a un millón y setecientos mil hombres. El modo de contarlos fue singular: juntaron en un sitio determinado diez mil hombres apiñados entre sí lo más cerca que fue posible y tiraron después una línea alrededor de dicho sitio, sobre la cual levantaron una pared alrededor, alta hasta el ombligo de un hombre. Salidos los primeros diez

mil, fueron después metiendo otros dentro del cerco, hasta que así acabaron de contarlos a todos, separados y ordenados por naciones».

Sin embargo, revisiones de la historiografía actual consideran poco realista esa cifra y la reducen notablemente. La logística para mantener semejante masa combatiente sería imposible en la Antigüedad; piénsese que aún para un número mucho menor, Jerjes necesitaba que su flota fuese en paralelo a la costa, de la que él tampoco se podía alejar, para que le proveyera de suministros. Los cálculos actuales la sitúan entre doscientos y trescientos mil soldados —Eduard Meyer la reduce a cien mil, y el general Von Fischer a cincuenta mil—; de cualquier forma se trataba de un ejército colosal. Pero, a pesar de su inferioridad numérica, en un brillante movimiento estratégico, los griegos superaron la ventaja numérica persa al elegir las Termópilas como campo de batalla.

UN PASO DEMASIADO ESTRECHO PARA UN GRAN EJÉRCITO

Se cree que el desfiladero no tenía entonces más que medio *pletro* (quince metros) en su tramo más estrecho. En el lado sur, se encuentra el monte Calidromo, de unos 1500 metros de altura. Al otro lado, el mar. La base de la montaña es un acantilado vertical de unos 91 metros. Al norte del paso hay otro acantilado desde el que se domina el mar Egeo. Geográficamente, las Termópilas es un cuello de botella natural entre el norte y el sur de Grecia, donde se encontraban las principales ciudades. «Por lo tanto, Leónidas, los espartanos y todos los griegos sabían que era el único lugar donde podrían oponer resistencia», indica Steven Pressfield.

Sin duda, Leónidas era consciente de que las Termópilas era la llave para la conquista de todo el norte de la Hélade, pero también una trampa para los enemigos. En un desfiladero angosto, estrecho y de paredes tremendamente altas, no importa de cuántos hombres se disponga, pues la superioridad numérica se anula con la estrechez del paso. «Si observamos la batalla de las Termópilas a vista de pájaro, vemos el estrecho paso que el ejército de tierra tenía que atravesar, y eso representó una ventaja para los griegos, ya que podían utilizar una pequeña cantidad de hombres para reducir el frente y ofrecer una defensa significativa», señala Richard A. Gabriel.

El desfiladero convirtió la fuerza del ejército persa en su debilidad, ya que su enorme tamaño se transformó en una desventaja: todos sus hombres habrían de atravesar el angosto paso, lo que reducía su capacidad de maniobra. «En la Antigüedad no se podía luchar con más hombres de los que podían combatir frente a frente. Por lo tanto, si se logra reducir ese frente-a-frente a unos pocos cientos de hombres, éstos pueden detener hasta un centenar de miles», aclara el arqueólogo David George.

Como a menudo sucedía en el mundo antiguo antes de una batalla, Jerjes intentó negociar con Leónidas. «Envió un mensaje que decía: "Estáis en inferioridad numérica, os enfrentáis al mejor ejército del mundo. Deponed las armas y viviréis. De lo contrario moriréis todos". La posterior amenaza se convirtió en una de las frases más famosas de Heródoto. El mensajero dijo: "Preparaos para morir. Nuestras flechas cubrirán el sol". A lo que Dienekes, un oficial de Leónidas, respondió: "Mejor, así lucharemos a la sombra"», cita Richard A. Gabriel. Según parece, Jerjes esperó cinco días a que los griegos depusieran las armas sobrecogidos ante la envergadura de su enemigo, pero no lo hicieron. Hasta el último momento el Gran Rey no creyó que se atreverían a presentarle batalla en condiciones tan dispares.

Leónidas y sus guerreros se prepararon en la formación de combate habitual entre los griegos: la falange, que entre los espartanos se estructuraba a partir de la unidad menor, llamada *enomotia*, treinta y dos hombres formando ocho filas con un frente de cuatro hombres. Cuatro *enomotias* componían un *pentecostis*, cuatro *pentecostis* un *lochos*, unidad táctica de infantería equivalente al moderno batallón, y siete *lochos* lo que los espartanos llamaban un ejército y nosotros denominaríamos una división. Los hoplitas combatían hombro con hombro, con escudos de bronce que cubrían desde el cuello hasta la rodilla y con los que protegían al compañero que tuviesen al lado; una prueba de la inquebrantable fe que tenían en el valor de sus compañeros y el sentido de hermandad que les unía. Cada soldado podía atisbar bajo el escudo al hombre que estaba a su derecha luchando, mientras el enemigo se enfrentaba a un muro de escudos. El conocimiento del terreno y la técnica de falange daban a los griegos ventajas estratégicas y tácticas. Pero, además, las armas griegas eran más prácticas y ligeras, como se cita en la página 37 y siguientes.

COMIENZA LA BATALLA

El rey Jerjes cumplió su promesa de cubrir el sol con sus flechas, que lanzaron casi cinco mil arqueros; éstos procedían de tribus de todos los rincones de su imperio. Utilizaban arcos de madera de palma datilera, un material más barato pero que disminuía su alcance. Así que sus lanzamientos desde bastante distancia cayeron sobre los griegos con tan poca fuerza que no llegaron a perforar la pesada armadura hoplita. Las flechas rebotaban en los escudos y en los cascos griegos, prácticamente sin causar ningún daño.

Tras el fracaso del ataque con flechas, los diez mil soldados de la infantería ligera persa cargaron sobre los griegos. Los ejércitos persas se abatieron en oleadas contra ellos, confiando en que su número y abrumadora superioridad acabasen rápidamente con los espartanos, que parecían haberse empeñado en morir allí. Pero el ejército persa se estrelló una y mil veces contra la perfecta formación de combate de los espartanos. Los escudos hoplitas resistieron a las lanzas de mil naciones. Jerjes veía cómo sus hombres calan contra aquel muro sin fisuras de bronce. «Esa masa chocó con la falange griega, que no se movió de su posición debido a que era demasiado compacta. Los griegos detuvieron la aplastante carga. A continuación, pasaron al ataque. Utilizando su disciplinada falange como arma ofensiva, las dos primeras líneas de soldados lanzaron un ataque coordinado con sus lanzas por encima y por debajo del muro de protección», señala Richard A. Gabriel.

Durante ese primer día de batalla, los persas fueron objetivos fáciles. Su armadura era escasa o inexistente y sus escudos de madera demasiado endebles. «La infantería ligera persa —indica Gabriel— no estaba diseñada para este tipo de batalla, sino para atacar a gran velocidad a ejércitos tribales desorganizados en las amplias llanuras de Asia». Los griegos resistieron el embate de las poderosas tropas persas con bajas mínimas, mientras que los confiados persas sufrieron numerosas pérdidas, lo que afectó a su ánimo. Dicen que aquella primera noche Leónidas dijo a sus hombres: «Jerjes tiene muchos hombres, pero ningún soldado».

«El primer día fue una verdadera carnicería. Los espartanos formaron hombro con hombro, como si fuesen una gran roca, y dejaron que las oleadas de persas rompiesen sobre ellos», apunta Steven Pressfield. Atascados en el

estrecho paso, los persas fueron incapaces de maniobrar. Y tampoco pudieron utilizar su caballería. La pendiente del monte Calidromo por un lado y el mar Egeo por el otro, impidieron una maniobra lateral de la caballería persa. «En las dos batallas griegas que más se han estudiado, Maratón y las Termópilas, se revela la brillantez de los comandantes griegos a la hora de seleccionar terrenos en los que los persas no pudiesen aprovechar su caballería. En Maratón ni siquiera la desembarcaron y, aunque lo hubiesen hecho, no habría supuesto ninguna diferencia, ya que los griegos se habían situado en un frente demasiado estrecho. Y lo mismo sucedió en las Termópilas. La caballería habría resultado totalmente inútil», explica Gabriel.

TEMÍSTOCLES Y LA BATALLA EN EL MAR

En el paso de las Termópilas, el poderoso rey Leónidas y sus guerreros espartanos lograron rechazar el ataque de la infantería ligera persa. Pero Jerjes no dependía únicamente de su ejército para derrotar a Leónidas y alcanzar Atenas. Frente a la costa de las Termópilas, en una estrecha vía de agua llamada estrecho de Artemisio, aguardaba su armada; mientras se libraba la batalla en tierra, los persas intentaron alcanzar la retaguardia griega por mar. La armada ateniense se había situado en Artemisio, mientras que los persas estaban en Afetas, en la otra boca del estrecho. El objetivo de los persas era atravesar la posición griega, recorrer el angosto estrecho de Artemisio, de 9,6 kilómetros de ancho, y desembarcar tropas detrás de Leónidas y sus guerreros para rodearlos.

El ateniense Temístocles fue el encargado de detener a la flota persa. Muchos historiadores lo consideran uno de los tácticos militares más brillantes de la Antigüedad. «Cuando se alude a la batalla de las Termópilas, inmediatamente se piensa en los trescientos espartanos o en Leónidas, pero, en realidad, el héroe anónimo de la batalla, el artífice de todo, fue Temístocles», mantiene Richard A. Gabriel. El arqueólogo David George lo compara con «el Winston Churchill de su época», por su talento político y por su capacidad como analista militar, con gran visión de futuro. «De no ser por él, la batalla de las Termópilas no se habría librado», defiende.

Temístocles era hijo de un comerciante. Si hubiese nacido en un período

anterior de la historia de Grecia, estaría relegado en un rango social inferior y nunca habría conseguido el poder y la influencia que llegó a tener. Pero la democracia que estaba a punto nacer en Atenas, permitió a Temístocles superar los obstáculos de clase. En aquellos días, Atenas desarrollaba una intensa actividad marítima y se convirtió en una fuerza económica y naval en el Egeo. Muchos varones atenienses, entre ellos Temístocles, eran expertos marinos, capaces de navegar por las peligrosas costas griegas. Además de su formación naval, Temístocles tuvo una destacada carrera en el gobierno ateniense, de donde extrajo algunas de sus más valiosas lecciones.

En opinión del escritor Richard A. Gabriel, una de esas lecciones fue el arte de la manipulación y la estrategia política. «No se trataba —afirma— de una política despiadada como, por ejemplo, la de Roma, donde los políticos eran asesinados. Temístocles usó su inteligencia y astucia para llegar al gobierno». Son estas habilidades las que, por ejemplo, le ayudarían a crear la armada que Atenas necesitaba para enfrentarse a los poderosos persas.

En el año 490 a. C., diez años antes de la batalla de las Termópilas, Atenas no poseía más que unos cien barcos de guerra. Temístocles, que conocía las tácticas persas de primera mano porque había participado en la batalla de Maratón, supo ver algo que los demás generales griegos no vieron. «Los otros generales griegos consideraron Maratón como un triunfo del ejército de tierra sobre la armada. Temístocles, sin embargo, aprendió que no se puede utilizar el ejército de tierra a menos que se tenga apoyo naval», sostiene Gabriel.

Temístocles fue nombrado *Arconte* en el 493 a. C., durante la Primera Guerra Médica. Enseguida intuyó que, tras su humillante derrota en Maratón, los persas querrían vengarse y regresarían para terminar lo que habían comenzado. Y no cometerían el mismo error dos veces. En su opinión, los persas iban a llegar por tierra y mar. «Temístocles —añade Gabriel— comprendió la sinergia entre el ejército de tierra y la armada: la fuerza naval sólo podía apoyar al ejército de tierra si dominaban la costa». Así llegó a la conclusión de que el futuro de Atenas no dependía de aumentar el tamaño de su ejército, que era ya bastante importante, sino de aumentar su flota de guerra.

El problema al que tuvo que enfrentarse fue que nadie le creía. Tanto los generales atenienses como sus conciudadanos pecaban de una confianza excesiva en el ejército y no creían que los persas fueran a regresar. Temístocles

recelaba del éxito de Milcíades en Maratón y se convirtió en uno de sus principales rivales. Y tras la caída en desgracia del estratego, Temístocles tomó las riendas de Atenas, preparándose para una nueva guerra contra los persas, lo cual supuso tener que poner en práctica un par de estrategias que, probablemente, salvaron el mundo griego.

En primer lugar, convenció a Atenas de que necesitaba invertir en la armada. Y, quizá aún más importante, encontró el dinero con qué hacerlo. Lo obtuvo en el año 483 antes de Cristo, tres años antes de la batalla de las Termópilas, tras el descubrimiento de una nueva veta de plata en la mina de Laurión. Temístocles consiguió que la nueva riqueza se invirtiera en la flota. Para ello incluso mintió, según asegura el historiador militar Richard A. George, al hacer creer a los atenienses que Egina, una pequeña isla rival, situada frente a la costa de Atenas, representaba una amenaza para la seguridad de sus barcos mercantes. Convencidos los atenienses de la amenaza, Temístocles logró materializar su plan original y la flota ateniense se convirtió en la más poderosa de toda la Hélade.

Así, cuando los persas atacaron las Termópilas, junto a la costa estaba Temístocles, como el jefe de una armada lista para hacer frente al enemigo en el angosto estrecho. El primer movimiento de la flota persa fue enviar doscientos de sus mil barcos hacia el sureste, rodeando la isla de Eubea. «Era un intento del comandante persa para evitar que sus hombres gastasen su energía en un ataque directo. Pensaba que los griegos no serían lo bastante estúpidos como para atacarles, por lo que esperó en su base hasta que esa parte de su flota rodeara la isla y a la flota griega», sostiene Gabriel.

Pero Temístocles hizo un audaz movimiento que sorprendió al comandante persa. A última hora de la tarde, la flota griega dejó su base y desafió a la flota persa, que tenía un tamaño casi seis veces mayor. «Era sorprendente. Temístocles tuvo el descaro de atacar a la poderosa armada persa, pero, además, a última hora de la tarde. Esto indicaba que la batalla terminaría pronto, ya que el sol no tardaría en ponerse y una batalla naval no se podía desarrollar en la oscuridad. Así, Temístocles intentaba reducir al mínimo los daños que sufriría si la batalla se complicaba, pues terminaría al caer la noche», cuenta Gabriel.

El comandante persa ordenó que los ochocientos barcos que quedaban bajo su mando entraran en el estrecho. A pesar de estar en inferioridad numérica,

Temístocles y su flota se lanzaron sobre los barcos persas en un feroz ataque, embistiéndolos de costado o dejándolos sin remos y, por tanto, sin capacidad de maniobra. Sin duda los griegos tenían las de perder, pero contaban con una gran ventaja: la brillantez estratégica de Temístocles.

LA INESPERADA VICTORIA NAVAL EN ARTEMISIO

Los barcos de guerra atenienses y persas de esa época tenían tres filas de remos (trirremes). Medían unos veintisiete metros de largo por unos cinco y medio de ancho y principalmente estaban construidos con madera de pino, un árbol muy común en el Mediterráneo. «Eran unos barcos ligeros, comparables a una trainera de competición. Su finalidad era embestir y, por tanto, cuanto más ligero fuese, mayor velocidad podría alcanzar», apunta Richard A. Gabriel.

Construido para ser veloz, el trirreme contaba con un casco abierto. La cubierta tenía una o dos pasarelas de madera longitudinales sobre las que se situaba el comandante y unos cuatro marinos. A pesar de contar con una pequeña vela, el trirreme se propulsaba por el esfuerzo de remeros, entre 170 y 220, situados en tres hileras de bancos una encima de la otra. La proa del trirreme terminaba en un espolón, una fuerte y robusta pieza de madera, generalmente de cedro, que es la más resistente, recubierta de hierro, latón o cobre, que se sujetaba a la roda de la embarcación, lo que le permitía embestir los barcos enemigos. Los trirremes podían recorrer una distancia de dos mil metros a quince nudos, lo que permite un fuerte impulso para la embestida. El diseño del trirreme marcó nuevos estándares de prestaciones y versatilidad, y con su aparición las naves de guerra existentes hasta entonces quedaron prácticamente obsoletas.

Cuando los persas llegaron a las Termópilas y a Artemisio, los griegos habían añadido a su flota más de un centenar de barcos. Aun así, la marina persa superaba a la helena a razón de seis a uno. De nuevo, la superioridad numérica persa se presentaba como una desventaja para los griegos. En el estrecho de Artemisio, Temístocles contaba con unos doscientos barcos que no dudó en arrojar con habilidad contra más de ochocientas naves persas. En opinión de Gabriel, Temístocles hizo algo inesperado al atacar la flota persa a última hora

de la tarde. «Utilizando una bandera para hacer señales a su flota, Temístocles hizo que todos los trirremes griegos retrocedieran lentamente hasta una zona más angosta del estrecho y formaran un círculo, una táctica usual frente a enemigos superiores en número, denominada *kiklos*. Tras una segunda señal, la flota griega rompió rápidamente la formación y atacó los barcos persas. Se trataba de un movimiento arriesgado con el fin de que los persas no atravesaran el estrecho de Artemisio, y proteger así a Leónidas y los trescientos espartanos».

El combate con los trirremes no se fundaba en el abordaje sino en la habilidad de maniobrar y la velocidad para buscar una posición favorable para embestir y abrir una vía de agua en la nave enemiga. «El método más común —precisa Richard A. Gabriel— consistía en acercarse de costado y en ángulo y romper los remos de la nave enemiga; la nave atacante retiraba sus remos, y embestía el enemigo, lo dejaba sin control y escapaba velozmente». Por lo tanto, lo realmente importante no era tanto el peso o el tamaño del barco, sino su velocidad. Además, era fundamental que los tripulantes estuvieran adiestrados en el uso del espolón, el arma por excelencia de estas embarcaciones.

En el reducido espacio de Artemisio, la flota griega, de menor tamaño, infligió numerosos daños a los barcos persas. Además, capturó treinta de las naves enemigas e hizo numerosos prisioneros. «No sabemos con exactitud por qué a los griegos les fue tan bien el primer día en Artemisio. Los griegos y los persas disponían del mismo tipo de barco, todos eran trirremes, así que no hay razón para pensar en una ventaja en cuanto a su velocidad», explica David George. Cualquiera que sea la razón, se trató de una gran victoria psicológica para la armada griega. «Tuvo que ser una gran sorpresa para todos. Los persas no esperaban ser derrotados por la pequeña flota griega y no creo que los griegos esperasen una victoria de tanta magnitud».

En este primer día de batalla Jerjes fue sorprendido y avergonzado por Temístocles y la armada ateniense y, además, perdió cerca de diez mil soldados de infantería frente a Leónidas y los espartanos. En las Termópilas y Artemisio los persas sufrieron grandes daños. Por la noche, cuando los persas regresaban a su campamento a lamerse las heridas, estalló una terrible tormenta y los soldados de Jerjes fueron acosados también por los truenos, el viento y la lluvia. La flota persa de doscientos barcos que habla sido enviada a rodear la isla de Eubea fue sorprendida por la tormenta. El mar Egeo se tragó los doscientos barcos. Fue un

augurio que los persas no pudieron soslayar… y que los griegos recibieron con satisfacción.

LOS INMORTALES ENTRAN EN ACCIÓN

El segundo día de la batalla, los atenienses y los espartanos se situaron en sus respectivas posiciones defensivas: Temístocles en el estrecho de Artemisio y Leónidas y sus trescientos espartanos en el paso de las Termópilas. «A la salida del sol del segundo día, Jerjes decidió enviar a la élite del ejército persa: la sigilosa y enmascarada infantería pesada conocida como “los Inmortales”. Diez mil hombres, en silencio, avanzaron formando un rectángulo, directos hacia los espartanos. No llevaban cascos, sino una capucha de tela fina llamada tiara, a través de la cual podían ver», describe el profesor del Saint Anselm College de New Hampshire (Estados Unidos) Matthew Gonzales. El nombre de Inmortales proviene de Heródoto que los llamó los «Diez Mil» o *Athanatoi* (literalmente, inmortales). Comandados por Hidarnes, hermano de Jerjes, mantenía siempre la cantidad de diez mil hombres. «Cada miembro muerto, herido o gravemente enfermo era sustituido inmediatamente por otro, razón por la cual en apariencia nunca morían», apunta el escritor Steven Pressfield.

Los Inmortales llevaban bajo sus túnicas corazas formadas por placas de escaso espesor. Sus piezas de metal superpuestas no eran más gruesas que naipes y nada podían hacer contra la fuerza y la precisión de las *dory* de los espartanos. Un escudo de cuero y mimbre, una lanza corta con punta de hierro y un contrapeso en el otro extremo, un arco y un carcaj con flechas, y una daga o espada corta completaban sus armas. Pero de poco les sirvieron.

Los escudos persas de mimbre «funcionaban muy bien contra simples jabalinas o puñales o para protegerse de flechas, pero comparados con los escudos de los griegos, que eran de latón o bronce, no ofrecían resistencia a las lanzas de la infantería griega», indica Gonzales. Las lanzas de los Inmortales tampoco servían para penetrar la armadura griega, mientras que las de los griegos llegaban sin problemas hasta su objetivo. «Hombre a hombre, compañía por compañía, sección por sección, no fueron rivales para los espartanos en el combate cuerpo a cuerpo», cuenta Pressfield.

Resultó evidente: los Inmortales nunca habían luchado contra un ejército hoplita bien entrenado, bien equipado y tácticamente tan flexible. Al final del segundo día, el número de bajas entre los persas fue enorme y el ejército de tierra, una vez más, había sido detenido. En dos días en la lucha en las Termópilas, Leónidas había repelido todos los ataques de los persas y había perdido sólo unos pocos hombres.

Mientras tanto, frente a la costa, después de la terrible tormenta de la noche anterior que había destruido los barcos persas que circunnavegaban Eubea, Temístocles pudo concentrar sus fuerzas en un solo frente. Pero seguía en una inferioridad numérica de cinco a uno. «Aunque los detalles exactos de la batalla se desconocen —indica Gonzales— los trirremes griegos consiguieron destruir de nuevo muchos barcos de guerra persas». La derrota se volvía a repetir, en el mar como en tierra. Los persas habían intentado de nuevo derrotar a Temístocles y tampoco lo consiguieron. El frente griego seguía resistiendo.

UN PASO SECRETO PARA RODEAR A LOS GRIEGOS

La irritación de Jerjes aumentó. «Era como si estuviesen atrapados en ese cuello de botella y tuviesen que salir de ahí. Habían atacado con la infantería ligera y sufrido una importante derrota. Habían atacado con sus mejores tropas, la infantería pesada y sufrido otra importante derrota. El ejército se encontraba inmovilizado. Tenían que comer cada día y no conseguían avanzar. La solución fue localizar una ruta que rodeara la posición espartana», explica Richard A. Gabriel. Tras dos días de esfuerzos infructuosos por quebrar las defensas griegas en las Termópilas, el rey persa encontró la solución que pondría fin a una de las batallas más famosas y heroicas de la historia.

Un pequeño sendero que partía del campamento persa y rodeaba el monte Calidromo les permitió situarse detrás de las líneas griegas. Los historiadores no saben con certeza cuándo descubrió Jerjes la existencia de este camino. Algunos creen que un espía griego llamado Enaltes —un espartano desechado en busca de aceptación social, que al no conseguirla se convirtió en un traidor— se lo mostró posiblemente durante el segundo día de la batalla. De esta forma, tras comprobar que no podía atravesar la férrea defensa griega y sabiendo que su

suministro de alimentos se estaba agotando, Jerjes recibió la ayuda para cambiar el estado de cosas de donde menos lo esperaba: de un griego. Decidió utilizar el sendero que le permitiría pasar la cadena montañosa sin tener que atravesar el desfiladero «al anochecer del segundo día, después de que el ataque de la infantería pesada hubiera fracasado. Ordenó un movimiento de tropas al amparo de la oscuridad y diez mil hombres recorrieron ese sendero rodeando la posición espartana», cuenta Richard A. Gabriel.

Leónidas conocía ese sendero y sabía que podía ser un punto débil en la retaguardia; por eso días antes de que comenzara el enfrentamiento con los persas había situado un millar hombres en la parte superior del paso, cerca de la localidad de Focia. Este contingente estaba compuesto por focios. Sin embargo, cuando los persas llegaron a la posición, la línea defensiva había desaparecido. «En lo alto del risco estaba una intersección que llevaba hacia Focia y, por alguna razón, estas tropas creyeron que el ataque se iba a producir en su patria, así que se replegaron para protegerla y para defender a sus familias», apunta Gabriel. Hay historiadores que afirman que, sencillamente, los soldados que estaban salvaguardando el camino al ver la magnitud de las tropas de Jerjes, se retiraron sin presentar batalla. De cualquier forma, los persas encontraron el camino libre.

En medio de la noche, los exploradores griegos informaron a Leónidas de la deserción de los focios. Pero cuando los griegos advirtieron la traición ya era demasiado tarde. Sabiendo que su posición había sido rebasada y consciente de la posibilidad de la derrota, Leónidas ordenó la retirada de la infantería griega. «No podía ordenar sin más a cuatro mil soldados que dieran media vuelta, entre otras razones porque el enemigo habría sabido de inmediato lo que estaba ocurriendo y atacaría desde el frente. Pero, al mismo tiempo, no podía esperar hasta estar totalmente rodeado. Tenía que retirar unidades relativamente pequeñas progresivamente, con la esperanza de que ese movimiento pasara inadvertido y el enemigo no descubriera que el frente se había reducido», señala Gabriel.

Al amanecer, todas las tropas griegas se habían replegado. Todas excepto Leónidas, los trescientos espartanos y unos mil soldados de la ciudad-estado griega de Tespias. «Es poco conocido este dato de la batalla; alrededor de un millar de tespios decidieron quedarse y luchar con los espartanos hasta el final.

Se desconoce porque la batalla de las Termópilas se ha mitificado en el transcurso de la historia, de modo que parece que sólo trescientos espartanos se enfrentaron a millones de persas. Pero no fue así», asegura el arqueólogo David George. Eran poco más de un millar de hombres y sabían que iban a morir; rodeados de miles de soldados enemigos, resistieron negándose a abandonar. «Hubo un gran momento en el que los espartanos avanzaban hacia la línea del frente para morir y sus aliados se retiraban para sobrevivir. Para mí, ése es el momento más emotivo de la batalla», señala Pressfield.

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué Leónidas no retiró sus tropas y se fue con ellos? Hay quien afirma que pretendía cumplir la profecía del oráculo, aquél que indicó que «todas sus gloriosas ciudades serán tomadas por los hijos de Persia, o toda Esparta deberá llorar por la pérdida de un rey». En opinión de David George, en la mente de Leónidas, ese sacrificio significaba salvar Esparta. «Ésa es la razón por la que se quedó y decidió librar una batalla quijotesca que sabía que estaba destinado a perder. No lo hizo para convertirse en un mártir o porque hubiera sido adiestrado para quedarse y morir. Todo lo contrario. Como soldado espartano, había sido adiestrado para actuar con sigilo, para robar, para llevar a cabo maniobras de evasión. Pero, como espartano, creía en los oráculos. Como espartano, su deber era quedarse y morir por el Estado».

Desde una perspectiva militar, los motivos que pudieron inducir a Leónidas a permanecer allí pudo ser cubrir una retirada estratégica. Cada día que pudiera retrasar al enemigo, daba a los griegos que se retiraban la oportunidad de reconstituir el ejército y conseguir nuevas posiciones defensivas. «Los soldados que abandonaban las Termópilas todavía debían recorrer una gran distancia antes de reunirse con otras tropas. Básicamente, decidió permanecer allí para ganar un día o dos más; él mismo y su guardia personal se convirtieron en la cobertura de una retirada estratégica o táctica», sostiene Gabriel.

LA ANIQUILACIÓN DE LOS TRESCIENTOS

Los historiadores nunca sabrán por qué Leónidas decidió permanecer allí. Pero el recuerdo de esa última batalla se ha mantenido por siglos. Tras dos días de repeler los ataques persas y a pesar de saber que éstos habían descubierto el

modo de desbordar sus flancos, los espartanos el tercer día se prepararon con calma para la batalla. «Los exploradores persas que los vigilaban vieron a los espartanos haciendo ejercicios desnudos, untándose con aceite, aseándose, arreglando sus largos cabellos y peinándolos y no comprendieron qué sucedía», explica Gonzales. Estaban preparando sus cuerpos para la muerte. Aseados y preparados para el combate, se encaminaron al campo de batalla plenamente conscientes de que seria por última vez.

«Eran guerreros profesionales. Así se definían ellos mismos, así definían su posición en la sociedad. En mi opinión, esperaban con placer esa batalla. Sabían que estaban en inferioridad numérica pero pensaban que eran mejores. Probablemente esperaban la batalla con placer desde una perspectiva psicológica y social», matiza Gabriel.

Heródoto describió el enfrentamiento final: «Por un lado, los bárbaros que rodeaban a Jerjes progresaban hacia el frente. Por otro, los griegos que rodeaban a Leónidas, sintiendo que estaban a punto de librar su última batalla y morir, avanzaron mucho más que antes, hacia la parte más ancha del paso. Con la certeza de que la muerte venía hacia ellos con los que se desplazaban en torno a la montaña, mostraron frente a los bárbaros toda la fuerza que poseían y lucharon como unos locos a los que no les importaba nada salvo ese momento».

«No podemos saber con certeza lo que ocurrió durante el combate —indica Gabriel— pero seguro que, después de que los persas atacasen desde el frente y la retaguardia, los griegos rompieron la formación de falange. Una vez rota, los espartanos no fueron tan fuertes como lo habían sido los dos días anteriores». El campo de batalla se convirtió en un caos donde, básicamente, cada uno luchaba por su vida. «Pese a su valeroso esfuerzo y los años de intenso y brutal entrenamiento militar, sólo era cuestión de tiempo que estos soldados fuesen aniquilados», añade Gabriel.

Heródoto escribe que, al principio de la batalla, Leónidas fue alcanzado por las flechas enemigas y que hubo una gran lucha entre sus hombres y los persas para llevarse su cuerpo del campo de batalla. Narra que su oficial Dienekes, aquél que bromeó ante la amenaza de los medos de disparar sus arcos hasta cubrir el sol con una espesa nube de saetas, rescató el cuerpo de su rey y, junto a los pocos soldados espartanos supervivientes, se retiró a la zona más estrecha del paso. Los persas recurrieron a sus arqueros una última vez. Después, todos los

espartanos cayeron muertos. Su heroica muerte en el paso sirvió para que sus compañeros lograsen sobrevivir y ganó tiempo para Grecia. Un gran relato heroico que se recordaría siempre. En honor a aquellos soldados se grabó después en el desfiladero una inscripción que reza: «Oh, extranjero, informa a Esparta que aquí yacemos obedientes a sus órdenes».

Después de la matanza, Jerjes recorrió el campo de batalla. Había perdido en tres días casi veinte mil hombres, entre los que estaban dos de sus hermanos. Ordenó que sus soldados caídos fuesen enterrados para que el resto de su ejército no se desmoralizara ante la visión de los cadáveres en descomposición. Jerjes mandó también que la cabeza de Leónidas fuera cortada y clavada en una estaca. Ante Jerjes se abría ahora el camino despejado. La ciudad-estado griega de Atenas estaba condenada.

ATENAS ES REDUCIDA A CENIZAS

Jerjes condujo su ejército a través de las Termópilas, haciendo que las tropas griegas se dispersaran a su paso y devastando Beocia y el Ática. Algunas de la ciudades-estado griegas que habían sido aliadas de Atenas se unieron a los persas por conveniencia. Mientras, frente a la costa de Artemisio, Temístocles lograba detener de nuevo a la flota persa, pero esta vez sufrió importantes bajas y perdió parte de sus barcos. Tras la derrota de la defensa terrestre griega, ya no había ninguna razón para que Temístocles siguiera defendiendo el estrecho de Artemisio y decidió dirigir el resto de la flota hacia el sur para reagruparla y poder continuar la lucha en un futuro.

Sabiendo que la destrucción de Atenas, la cuna de la democracia, era inevitable, los atenienses recurrieron al oráculo de Delfos en busca de consejo. «¿Por qué os quedáis sentados esperando la muerte? Huid hacia el punto más alejado de la Tierra… Zeus, el que todo lo ve, os ofrece una pared de madera… Lo único que será indestructible y os salvará a vosotros y a vuestros hijos», dijo el oráculo. «Como era frecuente en los oráculos, su significado era críptico, y muchos atenienses creyeron que les estaba diciendo que permanecieran tras los muros de la Acrópolis. Pero Temístocles consideró que los muros de madera hacían referencia a los buques de la armada y que la ciudad debía ser evacuada»,

señala George.

Dos meses después de la batalla en las Termópilas, Jerjes cumplió su promesa de vengar la quema de Sardes, la capital de Jonia, y la derrota en Maratón. Habían hecho falta veinte años, dos grandes invasiones intercontinentales y la pérdida de decenas de miles de vidas pero, finalmente, Jerjes redujo a Atenas a cenizas. Sin embargo, los atenienses lograron evitar una matanza, la población no combatiente evacuó la ciudad, buscando refugio en Trecén, Egina y Salamina, mientras que la mayor parte de los hombres en edad militar se embarcaron para dar la batalla con las naves. Las únicas victimas mortales fueron aquéllos que se negaron a abandonar su templo y su dios en la Acrópolis. Los persas saquearon y arrasaron todo, incluida la Acrópolis. Mientras, las fuerzas espartanas y atenienses establecían su última línea de resistencia en el lado oriental del istmo de Corinto, en el golfo Sarónico.

Un mes después de la destrucción de Atenas, los griegos lograron su propia venganza. Jerjes fue engañado por un astuto mensaje de Temístocles para atacar en condiciones adversas a la nota griega, en lugar de enviar parte de sus barcos al Peloponeso y esperar simplemente la disolución del ejército griego tras un prolongado asedio. Temístocles atrajo a las naves del rey persa al interior del estrecho de Salamina, donde muchos atenienses se habían refugiado y donde trescientas sesenta y ocho naves griegas esperaban a los persas. Aunque las opiniones de los estudiosos difieren sobre los detalles exactos, parece que un agente doble griego pasó información falsa a los persas sobre la posición de los griegos.

El caso es que los persas entraron en el estrecho de Salamina y fueron sorprendidos y rodeados por la nota griega. Temístocles destruyó gran parte de la armada persa. La batalla naval librada en Salamina, en el otoño del 480 a. C., fue mucho más que un revés en una campaña victoriosa para los persas hasta ese momento. «Es, probablemente, el suceso estratégico más importante de esta guerra entre persas y griegos. Los persas derrotaron a los griegos en las Termópilas e incendiaron Atenas. Pero el daño que la armada griega infligió a la flota persa en Salamina fue tan importante que Jerjes tuvo que retirarse. Tenía que regresar a casa por mar y, si no contaba con los suficientes barcos de guerra para defender su travesía, estaba condenado. Así que decidió abandonar Grecia para no volver», explica Gabriel.

Ante la posible pérdida de la comunicación por mar con Asia Menor, Jerjes decidió retornar a Sardes. Muchos historiadores lo consideran el principio del fin del Imperio persa pues la confianza de los griegos creció hasta atacar a los persas en su propio territorio. El ejército que dejó Jerjes en Grecia al mando de su cuñado Mardonio fue derrotado en 479 a. C. en Platea, batalla en la que murió el propio Mardonio. En el mismo año, la flota griega al mando del también espartano Leotíquidas los derrotaba en la batalla naval de Mícala, cerca de Priene, en Jonia. La posterior derrota persa en Sestos supuso la libertad de las ciudades griegas de Asia Menor y la renuncia de Jerjes, que dejó de entrometerse en la política griega.

«Los griegos persiguieron a los persas en su regreso a Asia e incendiaron el gran puente de pontones que éstos habían construido sobre el Helesponto. Dejaron que ardiera en el mar Egeo pero, antes de quemarlo, retiraron los cabos de lino y papiro que amarraban los barcos entre sí y los conservaron como trofeos. De hecho, eran tan apreciados que los atenienses los depositaron en su recién reconstruido Partenón», cuenta el arqueólogo David George.

EL IMPULSO A LA DEMOCRACIA

Las diferentes ciudades-estado griegas, como Atenas y Esparta, lograron dejar a un lado sus diferencias y pudieron unirse para luchar contra Persia como un solo pueblo; esta unidad se aplicó por primera vez en el paso de las Termópilas. «No solemos apreciar la gran importancia de las Termópilas, no desde una perspectiva militar, sino desde una perspectiva simbólica y cultural. Grecia se estaba convirtiendo en algo que nunca había sido. Estaba dejando de ser un batiburrillo de pequeñas ciudades-estado para convertirse en una nación con un sentimiento de unidad, que comenzaba a identificar sus propios valores y culturas no como ciudades-estado individuales, sino como una nación, como un todo», señala el escritor Richard A. Gabriel.

Esta opinión sin embargo peca de simplista desde el punto de vista de la historiografía académica, pues el concepto de nación es muy posterior. Además, la división entre los griegos se iba a hacer patente a continuación de las guerras médicas, en la guerra del Peloponeso entre las distintas polis. Sería precisamente

a raíz de este conflicto entre griegos cuando algunos comenzaran a plantear la idea de una unidad panhelénica, aunque ésta no se produciría hasta siglo y medio después, porque fue impuesta por la fuerza con la conquista de toda Grecia por Filipo de Macedonia.

Después de la victoria de Salamina, Temístocles se convirtió en el hombre más admirado de Atenas. Se dedicó a la reconstrucción de la ciudad, construyendo las murallas y fortificando el Pireo. Pero la fama le duró poco. En el año 471 a. C. fue relegado por ser partidario de una alianza con los persas frente a Esparta, a la que veía como un peligro futuro para su ciudad. Caído en desgracia, fue sustituido por Xantipo y Arístides, y se retiró a Argos, donde fue acusado de fomentar el movimiento democrático. Para evitar la muerte, se refugió en el único lugar que le abrió las puertas, el Imperio persa, que aceptaba a cualquier político experimentado, incluso al causante de su anterior derrota. Se refugió, pues, en la corte de Artajerjes I, hijo de su enemigo Jerjes, quien le confió el gobierno de Magnesia de Meandro, donde falleció en el año 460 a. C. Según cuenta la tradición, Temístocles se envenenó para no ayudar al rey de Persia en un nuevo intento de conquista de su patria.

Tiempo después, Filipo de Macedonia (382-336 a. C.) daría un paso más al conquistar las ciudades-estado griegas, y reunir Grecia bajo un único poder. Con el país unido, su hijo, Alejandro Magno, destruyó el Imperio persa y expandió la cultura griega por todo el mundo.

«Las guerras se ganan quebrando la voluntad del enemigo de seguir luchando. Y, en las Termópilas, Leónidas y los espartanos comenzaron a quebrar la voluntad de los persas», sostiene el catedrático de Estudios Helenísticos Guy McLean Rogers. Para la mayoría de los historiadores, sin la resistencia en las Termópilas, los persas muy posiblemente hubieran conquistado la Hélade y convertido esta parte del mundo en una provincia más de su vasto imperio. Y tal vez hoy Occidente no sería lo que es si Leónidas y los suyos no hubieran intervenido en el decurso de la historia.

Tendrían que pasar otros ciento cincuenta años para que los griegos se encaminasen a la victoria sobre los persas. Pero, entonces, el recuerdo de la gloriosa hazaña de los trescientos espartanos sirvió para alentar su espíritu de lucha. «Si los persas hubiesen salido victoriosos —añade Rogers— la democracia se habría congelado. Y resulta inconcebible que la democracia

hubiese surgido en cualquier otro lugar de Oriente Próximo o el mundo griego. Por lo tanto, en mi opinión, ése habría sido el fin de la democracia».

Durante siglos, innumerables historiadores, filósofos, escritores, estudiosos militares y pensadores han reflexionado sobre esta derrota que se convirtió en victoria moral; una batalla perdida, pero que permitió a los griegos reorganizarse para seguir luchando contra los persas, que acabarían vencidos en Salamina. Muchos admiran y aprecian el heroísmo y la valentía de los espartanos aunque, tal vez, lo más importante sea lo que esa batalla significó para la civilización occidental y para el mundo. Una historia que merece la pena recordar porque fue uno de esos acontecimientos esenciales que nos explican como europeos y occidentales.

4

GAUGAMELA

Fecha: 331 a. C.

Fuerzas en liza: Macedonios, ayudados por algunas ciudades griegas, contra persas y contingentes del Imperio persa.

Personajes protagonistas: Alejandro Magno; Parmenión, segundo al mando del ejército macedonio; el lugarteniente Clito y el comandante Filotas. Darío III y Beso, el sátrapa de Bactriana.

Momentos clave: Las victorias de Gránico (334 a. C.), Issos (333 a. C.) y Fenicia (asedio de Tiro, 332 a. C.).

Nuevas tácticas militares: La configuración de la falange con el apoyo en la retaguardia y de la caballería de los Compañeros, donde se basó la movilidad, fuerza y táctica de Macedonia.
La reducción de la densidad de la formación en combate. De las 32 filas de antaño se pasó a falanges de 16 u 8 hombres de profundidad, con lo que se ganaba maniobrabilidad.

En la primavera de 331 a. C., el ejército persa a las órdenes de su rey Darío III y el ejército macedonio bajo el mando de Alejandro Magno se enfrentaron en la ribera del río Bumodos, en el actual Irak. La proporción de soldados era de cinco a uno a favor de los persas. A pesar de ello, Alejandro destruyó al ejército enemigo, consiguió establecer su dominio sobre las satrapías del este e imponer su voluntad en el Imperio persa. En esta confrontación, más que en ninguna otra, Alejandro demostró su inteligencia, su genialidad y su talento táctico frente a la incapacidad de Darío para frenarle. Las tácticas y estrategia de esta batalla, siglos después, inspiraron a Aníbal y César y en la actualidad se estudian en muchas escuelas militares.

En el siglo IV a. C. Macedonia era un país helenizado, de organización feudal y que poseía un gran espíritu guerrero. En el año 358 a. C., el macedonio Filipo II logró la unificación de los estados griegos y que su reino tuviera una salida al mar. Años antes, durante su estancia en Tebas, Filipo conoció la organización

militar griega e ideó varias mejoras de la falange, integrada por infantes —pastores y campesinos— y una caballería de nobles, que aplicó a su reino. Así creó un ejército numeroso, el mayor de los estados griegos, permanente y eficaz, capaz de enfrentarse con los más grandes del mundo entonces conocido.

Frente a él, el poderoso y rico Imperio persa o Imperio aqueménida se extendía a lo largo de la moderna Turquía, Egipto, Siria, Líbano, Jordania, Irak, Irán y Afganistán hasta el norte de la India, abarcando aproximadamente 6,5 millones de kilómetros cuadrados. Según los historiadores griegos Ctesias y Jenofonte, poseía un sistema político corrupto y decadente, en el que era bastante frecuente recurrir al veneno para cambiar de rey.

En el 334 a. C. Darío III llevaba varios años tratando de afirmar su control sobre el inestable imperio, en el que había demasiados territorios gobernados por sátrapas celosos de sus prerrogativas y poco leales, y súbditos siempre dispuestos a la rebelión. Ese año se apoderó de Egipto, tras una campaña militar que debía mostrar el resurgimiento del poder de la dinastía aqueménida. Sería la última conquista.

Ese mismo año, el joven Alejandro Magno, rey desde el 336 a. C. del pequeño reino de Macedonia tras la muerte de Filipo II, se dirigió hacia el este, hacia el imperio gobernado por Darío III. Los dos reyes tenían una ambición: gobernar el mundo conocido. Sin embargo, extender las fronteras de Macedonia hasta la región del Punjab no iba a ser una labor fácil y estaría repleta de batallas. La batalla decisiva se libró tres años más tarde, el 1 de octubre de 331 a. C., en la llanura de Gaugamela, a unos 27 kilómetros al este de Mosul, norte de Irak, a unos 330 kilómetros de la actual Bagdad.

LA HERENCIA DE FlLIPO DE MACEDONIA

La cadena de acontecimientos que llevaron a esta gran batalla comenzó lejos de las áridas llanuras de Persia. En el 356 a. C., en Pella, nació el hijo del rey Filipo de Macedonia y su esposa, Olimpia, princesa de la casa real de Epiro. Se le impuso el nombre de Alexandros, Alejandro. Filipo era el más poderoso rey del mundo helénico en una época en la que las ciudades-estado griegas mantenían una constante oposición. El rey macedonio fue un brillante guerrero, hombre

táctico y diplomático. Durante sus veinte años de reinado, recorrió un largo camino hasta lograr su sueño de crear un poderoso Imperio griego. Después, la guerra contra el viejo enemigo de Grecia, Persia, serviría para unir el país.

A Filipo de Macedonia se le atribuyen innovaciones tácticas y estratégicas: perfeccionó los métodos de asedio y creó una infantería pesada que luchaba en una falange cerrada de formación rectangular. Sus ejércitos tomaron al mundo griego por sorpresa, conquistando primero Grecia continental y luego Tracia, Iliria y los puertos del norte del Egeo, con el objetivo de la unidad de todos los pueblos griegos bajo su égida.

Pero con el poder vinieron los enemigos, además Filipo ya había tenido problemas domésticos. Tuvo seis esposas y en 337 a. C. tomó la séptima, una joven adolescente llamada Cleopatra. La nueva esposa era macedonia y podría dar a luz a un heredero totalmente macedonio y no mitad macedonio mitad epirota, como su primogénito Alejandro. Olimpia estaba furiosa: temía que su hijo nunca llegara a ocupar el trono.

Al año siguiente, 336 a. C., el día de la boda de su hija, Filipo fue asesinado por Pausanias, un capitán de su guardia. Todo el mundo sospechó de Olimpia pues, como ella deseaba, su hijo Alejandro, de veinte años de edad, heredó el trono y la ambición de conquistar Persia. «Creo que Persia era el dragón que necesitaba matar. Era como el saqueo de Troya un centenar de veces», explica el escritor norteamericano Steven Pressfield, autor de *La conquista de Alejandro Magno*.

Cuando murió Filipo, Macedonia había pasado de ser un pobre reino fronterizo desdeñado por los griegos a convertirse en un poderoso estado militar, que dominaba indirectamente a Grecia a través de la Liga de Corinto. Su muerte hizo que toda Grecia —capitaneada por Tebas y Atenas— se alzase en armas contra Alejandro ante la aparente debilidad de la monarquía macedonia y con la idea de recuperar la libertad perdida en la batalla de Queronea (338 a. C.), cuando la victoria del ejército macedonio supuso su sometimiento al vecino «bárbaro» del norte.

Alejandro demostró rápidamente su destreza militar sometiendo de nuevo a Tesalia, tomando y destruyendo Tebas —que tan severa derrota había infligido a los atenienses y espartanos años atrás—, y obligando a Atenas a reconocer su supremacía. Después de aquello, ninguna polis fue capaz de oponerse a sus

designios.

A partir de ese momento, Alejandro se dedicó a llevar a cabo el plan de su padre: liberar a los más de cien mil griegos que se encontraban bajo el dominio persa en Asia Menor para incorporarlos al mundo heleno. Impulsado por sus ideas expansionistas, batalla tras batalla, sitio tras sitio, parecía que Alejandro podía conquistar Asia a su antojo… En esta magna empresa fue ayudado por las ciudades griegas ahora vencidas, pero dispuestas a devolver a su tradicional enemigo, Persia, las afrentas recibidas durante las guerras médicas.

Alejandro, considerado uno de los jefes militares más importantes de la historia, se preparó desde muy joven para ser digno sucesor de su padre, que no sólo le proporcionó adiestramiento militar; recibió una educación que abarcaba todas las disciplinas, desde la caza hasta la retórica. Sabía de memoria los poemas homéricos y todas las noches leía la *Iliada*. También leyó con avidez a Heródoto y a Píndaro. Se le atribuye esta frase: «Preferiría exceder a los demás en el conocimiento de las cosas elevadas que en el poder y la dominación».

Pero, sobre todo, fue insaciablemente curioso; quería ver las tierras que se extendían más allá de Persia, y el océano que se creía entonces que rodeaba Europa y Asia, formando el borde de la Tierra. Encontrar el fin del mundo era la idea que su tutor durante la niñez, Aristóteles, le había inculcado, contándole historias sobre un lugar donde la Tierra acababa y empezaba el Gran Mar Exterior, al tiempo que le enseñaba conceptos como el honor, el mito y el amor puro.

«Alejandro era un cazador y un conquistador y él mismo no tenía límites. Su primera tarea fue derrotar a los persas; la segunda, recuperar el antiguo Imperio persa que había conocido y que se extendía más allá de la región del Hindú Kush, lo que ahora es Pakistán. El tercer objetivo era llegar hasta el límite del océano. Simplemente quería ir hasta la costa más lejana y oriental del océano, el confín del mundo», indica Paul Anthony Cartledge, profesor de Cultura Griega en la Universidad de Cambridge (Gran Bretaña) y autor de *Alejandro Magno: la búsqueda de un nuevo pasado*. «Él competía con Aquiles y con Heracles, y quería dejar su nombre marcado para siempre en la historia», añade Steven Pressfield.

LA CABALLERÍA DE LOS COMPAÑEROS

Desde pequeño, Alejandro demostró las características más destacadas de su personalidad: activo, enérgico, sensible y ambicioso. Ya en el 338 a. C., con tan sólo dieciocho años de edad fue comandante de la caballería macedónica en la batalla de Queronea y ese mismo año fue nombrado gobernador de Tracia.

En 334 a. C. llegó a Asia Menor con un ejército de cuarenta mil hombres. Se iba a enfrentar por primera vez a los persas en la batalla del Gránico. Aunque básicamente macedonio, su ejército incluía tropas de toda Grecia y un gran número de mercenarios. Además de promover la incorporación de extranjeros al ejército y la administración, «la contribución particular de Alejandro —indica Cartledge— fue dirigir la caballería, de la que fue comandante a los dieciocho años. Así que las tropas sabían que era su jefe no sólo porque él era el hijo del anterior rey, sino porque era uno de los mejores jinetes de todo el ejército». La vista de Alejandro, que siempre luchaba en primera línea, animaba a las tropas en la batalla hasta la extenuación pero, sobre todo, les confería confianza en su general y rey.

El historiador y ensayista griego Plutarco narra una anécdota sobre su maestría como jinete y su ambición desde la niñez. Cuenta que su padre Filipo II había comprado un caballo al que nadie conseguía montar ni domar. Alejandro, que todavía era un niño, se dio cuenta de que el animal se asustaba de su propia sombra y lo montó dirigiendo su vista hacia arriba, de cara al sol. Tras amansar al caballo, el mítico Bucéfalo, su padre le dijo: «Macedonia es demasiado pequeña para ti». Pronto se confirmarían las palabras de Filipo II y su figura emergía para instalarse en la historia como uno de los más grandes conquistadores.

El ejército de Alejandro Magno estaba formado por diferentes cuerpos que se complementaban entre sí: caballería pesada y caballería ligera; infantería pesada e infantería ligera. La caballería pesada la constituían los *hetairoi* (compañeros) formados en escuadrones (*ilai*) de 256 jinetes equipados con casco beocio, coraza de bronce (*thoracata*), lanza de 3,80 metros (xistón) y una espada de hoja asimétrica (*kopis*). Además de tener el mejor armamento, los hetairoi

cabalgaban, a pelo o sobre una manta, en los mejores caballos. «Los Compañeros formaban la unidad de élite de la caballería aristocrática macedonia y eran el principal instrumento ofensivo de Alejandro, además de su guardia personal. Eran sus amigos, sus *hetairoi*, sus compañeros, unidos en fraternidad», señala Pressfield.

En batalla los Compañeros solían formar en el extremo derecho de la línea. Así lo harían en Gaugamela, situándose a la derecha de los *hipaspistas* (palabra que significaba caballeros y designaba a la infantería de élite). Constituían nueve escuadrones con el escuadrón real de trescientos jinetes (formado por los amigos íntimos de Alejandro, hijos de nobles macedonios) que ocupaba el lugar de honor en la línea bajo el mando del lugarteniente Clito, cuyo deber era el de proteger al rey en la batalla. A la izquierda del escuadrón real formaban los otros Compañeros en ocho escuadrones de 256 hombres, subdivididos en cuatro unidades de 64 jinetes bajo el mando del comandante Filotas.

La caballería ligera consistía en los *prodromoi* (exploradores) encargados de reconocer el territorio enemigo que el ejército atravesarla.

En batalla formaban en el flanco derecho, cubriendo a los Compañeros. Usaban la pica de las falanges (sarissa) pero podían ser rearmados con jabalinas para exploración.

Mientras la falange macedonia —formación de combate en 16 u 8 filas de profundidad— «fijaba» al enemigo en un lugar, la caballería de los Compañeros cargaba sobre su flanco o por detrás. Tenían una estrategia de «martillo» que aplastaba literalmente a las unidades enemigas retenidas por el «yunque» o la falange. Normalmente, Alejandro dirigía la carga, formando a sus jinetes en cuña, táctica inventada por su padre Filipo II. Fue la combinación de la falange y de la caballería en «martillo» y «yunque» la que proporcionó la ventaja táctica decisiva a los ejércitos de Alejandro Magno y la base de sus victorias.

En cuanto el emperador aqueménida supo de la llegada de Alejandro a Asia Menor, envió un ejército a repeler a este joven advenedizo. Las dos partes se enfrentaron en el río Gránico. A pesar de que el experimentado Parmenión, segundo en el mando, que ya había servido a su padre Filipo, y sus otros generales le aconsejaron obrar con precaución y descansar a orillas del río antes de comenzar la batalla, Alejandro optó por un ataque inmediato para galvanizar la valentía y confianza de sus tropas e intimidar a sus adversarios.

Así, Alejandro se lanzó al combate, a la cabeza de la caballería, en el flanco derecho, a través del río, dispuesto a golpear el flanco izquierdo persa. Cabalgó directo hacia Mitrídates, el yerno del rey Darío, y hundió la lanza en su cara, causando su muerte inmediata. Entonces, dos generales persas le atacaron. Con su espada mató a uno. El segundo se dirigió a él con un hacha. Alejandro estaba cerca de la muerte cuando su oficial Clito intervino cortando el brazo del enemigo por el hombro, lo que acabó con su vida.

Rápidamente se rompió la formación persa; los pocos focos de resistencia que quedaban fueron de inmediato rodeados y eliminados. El resto del ejército, al mando de Memnón de Rodas, dio la vuelta y huyó, asegurando así la primera gran victoria de Alejandro sobre los persas. Sin duda, Darío III había subestimado la capacidad del joven Alejandro.

El rey macedonio se dirigió hacia el este, liberando las ciudades griegas de Jonia y Asia Menor y, al tiempo, estableciendo una cabeza de playa para futuras campañas contra el Imperio persa. Alejandro empezó a creer que el destino le había marcado para la grandeza: sus cuarenta mil macedonios habían derrotado a más de ochenta mil asiáticos.

Vencido el sátrapa local en el río Gránico, el rey persa decidió hacerse cargo él mismo de la persecución de Alejandro. Reunió un gran ejército, que se encontró frente al de Alejandro en noviembre de 333 a. C., en Issos, en Cilicia. Si Darío conseguía dominar el golfo de Issos, podía utilizar el apoyo de la flota persa que aún operaba en el Mediterráneo, facilitando los trabajos de abastecimiento y probablemente desembarcando tropas en la retaguardia macedonia.

Darío formó a sus tropas en línea de batalla en un estrecho llano entre las montañas y el mar, emplazamiento que le impidió sacar ventaja de las grandes masas de infantería. Una vez más, la caballería de los Compañeros rompió la línea persa. Cuando Darío vio caer el ala izquierda huyó del campo de batalla con tanta rapidez que dejó a su madre, esposa e hijas atrás, las cuales se convirtieron en cautivas de Alejandro. Cuando los persas vieron huir a su rey abandonaron definitivamente sus posiciones en desbandada.

LAS REVELACIONES DEL ORÁCULO DE AMÓN

Estas victorias animaron a Alejandro a continuar la conquista de Asia. No tuvo problemas en dominar Fenicia, con excepción de la isla de Tiro, donde mantuvo un largo asedio: de enero a agosto de 332 a. C. y cuya resistencia fue castigada con crueldad. Después se encaminó a Egipto, ocupado por los persas entre 525 y 404 a. C., y otra vez administrado por ellos desde once años antes de la llegada de Alejandro.

Según el historiador y filósofo griego del siglo II Arriano de Nicomedia, Egipto era un lugar soñado y admirado por el macedonio porque los héroes griegos, Perseo y Heracles (antepasados de Alejandro), habían visitado el oráculo de Amón, que los griegos asimilaban a Zeus.

Lo cierto es que Alejandro no sólo era bastante religioso, sino que creía que su destino estaba amparado por los mitos y los dioses. Veneró a los dioses locales casi con el mismo énfasis con el que adoraba a los suyos. Además poseía una gran tolerancia religiosa y asimilaba ritos y costumbres de los países vencidos. Así que, nada más llegar a Egipto, hizo una peregrinación al santuario del dios Amón, en el oasis de Siwa, cerca de la frontera con Libia, tras una caminata de varios cientos de millas a través del desierto.

Frente al oráculo de Amón Alejandro preguntó: «¿Voy a gobernar la tierra?». La respuesta, a través de un sacerdote del templo, parece que fue que si. Pero Alejandro fue más allá y se hizo proclamar «Hijo de Amón», título reservado a los faraones.

Más de dos mil años después de su peregrinación por el desierto, la historia del arte nos ha dejado varios testimonios de aquella visita: monedas griegas que representan a Alejandro con la cabeza de carnero Amón; un relieve en Lúxor donde se le ve haciendo las ofrendas a este dios. Viste la indumentaria faraónica: un manto que cubre la cabeza y va por detrás de las orejas (*klaft*), una corona roja y blanca que se sostiene en equilibrio inestable, además de la cola litúrgica de chacal. Con este acto, Alejandro representaba su propia ascendencia divina, como descendiente de la dinastía argéada, que se remontaba a Heracles y, por lo tanto, al propio Zeus.

Una vez conquistada la tierra de los faraones, donde fue recibido como un liberador, Alejandro bajó por el Nilo hasta un lugar cercano a Canope, una zona del delta muy fértil, en la parte occidental del norte del país. Allí se instaló en enero de 331 a. C.; allí fundó una ciudad, que llamó Alexandropolis (la ciudad

de Alejandro) o Alejandría: sería una nueva Atenas, aún más maravillosa e importante que la metrópolis griega, que llegó a ser un imperio por sí misma y albergó la que fue considerada una de las siete maravillas de la Antigüedad, el Faro, además de su famosa biblioteca, con casi 900 000 volúmenes.

Dos años después de la batalla de Issos, tras ocupar la costa mediterránea y Egipto, en julio de 331 a. C., su ejército estaba listo para la marcha hacia el este, hacia el corazón de Persia. Tres meses más tarde, sin ningún tipo de oposición, Alejandro cruzaba los ríos Tigris y Éufrates.

Darío lo esperaba en la llanura de Gaugamela. El Gran Rey había aprendido de su derrota en Issos, achacándola a la mala elección del campo de batalla. Gaugamela, que significa «Monte del Camello», era una llanura absolutamente plana. Darío optó por luchar aquí para que su caballería y sus carros de guerra tuvieran todas las ventajas. Apostaría todo para detener el avance de Alejandro, en una batalla definitiva a la que lanzaría un contingente que superaba al del macedonio de forma abrumadora: un cuarto de millón de hombres —número que difiere bastante según las fuentes, y en ocasiones desciende a algo más de cien mil—, que incluía contingentes de numerosos pueblos sometidos (bactrianos, sogdianos, escitas, partos, árabes, armenios, medos, indios, etc.). Las fuerzas de Darío superaban a las de Alejandro en proporción de cinco a uno.

INFLUENCIA DE LA DERROTA DE ISSOS

Con su enorme ejército, Darío planeó cuidadosamente una maniobra envolvente completa influido, sin duda, por el fracaso de Issos. Pero él no dominaba la táctica y no supo darse cuenta de una verdad evidente: en Issos no sólo había fracasado porque había elegido mal el terreno. Él realizó una lectura errónea de la situación táctica.

El historiador romano Quinto Curcio Rufo describe en su obra *Historiae Alexandri Magni*, una extensa biografía de Alejandro Magno, la forma en que el ejército persa se movía a través del desierto. Primero llegó la caballería de todas partes del imperio, cifrada en unos cuarenta mil jinetes. Después, fueron llegando las tropas de infantería conocidas como los Inmortales, llamada así porque su número siempre se mantenía en diez mil hombres, como se dice en el

capítulo 3, seguida por treinta mil soldados a pie, dos mil hoplitas griegos, mil bactrianos, doscientos carros y quince elefantes de guerra. Seiscientas tres mulas y cien camellos llevaban el tesoro del rey, cuyo valor, en términos actuales, seria de más de dos mil quinientos millones de euros.

Según Arriano, el historiador más fiable de Alejandro, su ejército era mucho más pequeño: cuarenta mil infantes y siete mil jinetes pertenecientes a las fuerzas de su reino griego de Macedonia y las de sus aliados de Tracia y la Liga de Corinto. «Los macedonios fueron realmente una hermandad, cada noche cenaban juntos, todos estaban relacionados entre sí por matrimonio o por la sangre, eran primos, tíos… y Alejandro sabía que estos soldados le querían», asegura el escritor norteamericano Steven Pressfield.

La llanura de Gaugamela estaba bien adaptada para los carros de guerra, pero Darío fue más allá e incluso niveló el terreno para proporcionar una especie de pistas para que avanzasen sin problemas. Éstos iban a ser piezas de enorme importancia en la confrontación. Además, el gran tamaño del campo de batalla elegido por el Gran Rey le permitiría hacer entrar a todas sus tropas en acción y aplastar a Alejandro gracias a su superioridad numérica.

Un objetivo clave era romper la formación de la falange que utilizaban los macedonios. Para ello, Darío tenía un plan: los carros falcados, es decir, con cuchillas afiladas a lo largo del radio y en el centro de la rueda, capaces de separar a un hombre de su caballo o cortarle las piernas, y que ya habían sido usados por los hititas para luchar contra los egipcios en la batalla de Qadesh (véase el capítulo 1). Estos carros serian lanzados a gran velocidad y en masa para romper las filas del enemigo y abrir huecos en su caballería e infantería.

Sabemos cómo desplegó Darío su ejército porque sus instrucciones fueron escritas. Dispuso a su caballería en los flancos. La infantería pesada en el centro y la retaguardia. Darío, siguiendo la costumbre persa, volvió a colocarse en el centro de su ejército con todo el séquito real y los quince elefantes a la cabeza. En el ala derecha se situaron las tropas de Siria, Mesopotamia y del golfo Pérsico y cien carros falcados en las ruedas.

Al igual que todos los comandantes griegos antes que él, Alejandro organizó su infantería en formación de falange. Estos bloques de tropas con lanzas eran un sólido muro contra el enemigo. Es fácil deducir que los veteranos ocupaban las primeras filas de la falange —las posiciones clave de la formación—, ya que a

su veteranía unían el estar mejor armados, entrenados y dispuestos. En los puestos más retrasados se situaban los jóvenes o los demasiado mayores, menos capaces de sostener el combate directo contra el enemigo. Las cinco primeras filas ponían las lanzas horizontales, dirigidas al frente, pues debido a su longitud las puntas de la quinta fila sobresalían de la formación, mientras que en la parte posterior las colocaban en un ángulo de setenta y cinco grados para desviar las jabalinas enemigas. Para reforzar la capacidad de defensa de la unidad, había tras ellas grupos de infantería ligera encargados de disparar sus proyectiles contra el enemigo.

Como era habitual, Alejandro se colocó en el ala derecha, al frente de la caballería y cerca de la infantería ligera, con el grueso de la infantería pesada en la izquierda. Pero, a diferencia de otros estrategos que combinaban el poder de la falange con la flexibilidad de movimiento y la rapidez de ataque de la caballería, Alejandro utilizó una estrategia inusual. Su plan era abrir una brecha en la línea enemiga para asestar a Darío un golpe decisivo en el centro aprovechando que la mayor parte de la caballería persa se acumulaba en los flancos. Esto requería una sincronización perfecta en la maniobra. Forzó a Darío a atacar y, aunque éste tenía la experiencia de Issos contra una formación similar y, por tanto, cierta resistencia a dar el primer paso, finalmente se vio obligado y atacó.

«El ejército macedonio fue desarrollado, primero, por Filipo y, después, perfeccionado por Alejandro. En la batalla estuvo a años luz de la tradicional falange griega, en la que esencialmente la infantería pesada sólo avanzaba en un frente compacto, formando una fila de combatientes muy próximos entre sí golpeando al de enfrente», describe Steven Pressfield. «La falange macedonia funcionó defendiéndose como un escudo en formación en ángulo y la caballería de los Compañeros actuó atacando como una espada», señala el historiador Richard Billows.

En Gaugamela, Alejandro dio muchísima importancia a la caballería y la infantería ligera en los flancos encargados de los movimientos envolventes, aunque la falange seguía constituyendo el eje del ejército. Pero la falange macedonia sólo operaba bien en terreno llano y, a pesar de su solidez, era muy sensible a un ataque por el flanco o por la retaguardia, así que Alejandro colocó otra falange detrás de ellos, una segunda línea formada por mercenarios y aliados. Él sabía que la caballería podía abandonar a su infantería, dejándola

vulnerable a los ataques de los costados y en la retaguardia. Esta segunda falange se ocuparía de esa amenaza.

EN JUEGO EL CONTROL DE ASIA

El 30 de septiembre de 331 a. C. ambos ejércitos se encontraron en la llanura de Gaugamela, apenas a cinco kilómetros de distancia. Según parece, Alejandro no se sintió nervioso antes de la batalla. De hecho, se quedó dormido. El sol estaba alto en el cielo cuando se despertó al día siguiente y se unió a sus tropas. Se dice que, sabiendo que entre sus tropas había espías persas, hizo correr el rumor de que atacarían esa misma noche, sin descansar. Los persas cayeron en la trampa y se mantuvieron en pie esperando el ataque que no llegó. Por la mañana, los macedonios estaba descansados y los persas, no.

Darlo creía tener el terreno a su favor. La amplia llanura era perfecta para desplegar la enorme infantería y, por supuesto, a su numerosísima caballería en primera línea. Enfrente, a la izquierda, Parmenión, con la mitad de la caballería macedonia, defendía esa ala. Alejandro, con la caballería pesada, se encontraba en el ala derecha. Frente a él, el flanco izquierdo persa estaba comandado por Beso, el sátrapa de Bactriana.

Alejandro basculó su ala derecha sobre la izquierda persa y se lanzó a la carga utilizando la clásica formación oblicua de Epaminondas. Los persas no esperaron más y su caballería avanzó sobre los macedonios. Otro gran contingente de caballería se enfrentó al ala izquierda, a cargo de Parmenión. El orden de combate persa parecía sacado de un manual: un ataque recto y uniforme. Los macedonios tuvieron que emplearse a fondo. Las falanges rechazaron asalto tras asalto.

Cualquier movimiento era crucial no sólo estratégicamente, sino también moralmente. La carga de Alejandro parecía suicida. Fue una lucha terrible con los macedonios en gran desventaja numérica. La batalla de caballería de la izquierda dejó a la falange macedonia desprotegida. Darío decidió que era el momento de romperla con su centenar de carros. Si la falange se rompía, el ejército de Darío podría rodear a Alejandro y su caballería.

En ese momento, los carros persas se lanzaron velozmente mientras las

guadañas giraban mortíferamente al encuentro de los soldados macedonios. Algunos de los conductores perecieron por las flechas de los arqueros. Pero las formaciones griegas se abrieron sorprendentemente con una velocidad inusitada. Los caballos lanzados al galope, independientemente de la dirección por la que quieran llevarlos sus conductores, siempre eligen los huecos cuando encuentran cualquier obstáculo, como es una masa de hombres armados con escudos y lanzas. Los carros pasaron de largo al abrir la infantería macedonia un hueco en sus falanges y, sin causar bajas, traspasaron el cordón defensivo.

La rápida reacción de la infantería, que se cerró como un candado sobre los incursores, anuló esta amenaza. Cientos de jabalinas y lanzas empezaron a caer sobre ellos. «La falange estaba precedida por arqueros, honderos y tiradores capaces de disparar con gran precisión a los caballos. Si clavaban una flecha en un caballo, el jinete caía completamente derrotado», explica Steven Pressfield. Los carros persas fueron liquidados por la espalda en un abrir y cerrar de ojos.

La batalla se fue inclinando en contra de los persas y su caballería no había girado para atacar la retaguardia de los macedonios. Tras las diversas cargas de caballería y de los carros, se había creado un hueco que dejó a Darío al descubierto, al frente de un grupo de tropas, pero al alcance del ataque de la caballería de Alejandro. La segunda línea de infantería pesada recibió a los jinetes persas, a la vez que la primera línea daba media vuelta y los atacaba por la retaguardia, rodeándolos. Abriendo brecha entre las líneas persas, la caballería de Alejandro consiguió introducirse en cuña en busca de Darío.

«Alejandro buscó una apertura en la formación enemiga y atacó con la caballería. Gaugamela fue la batalla de la caballería de Alejandro porque la caballería de carga persa no pudo romper una formación como la falange macedonia. Darío pensaba que sus carros desbaratarían las formaciones enemigas, pero fueron completamente ineficaces contra buenos generales al mando de los buenos soldados del ejército macedonio», indica el historiador Richard A. Billows.

Las falanges macedonias resultaban invencibles en la medida que destrozaban el orden de batalla del enemigo. Darío vio cómo un muro de lanzas en formación avanzaba sin oposición alguna. Eran un rodillo que no se detenía ante nada: si un hombre caía, otro ocupaba el lugar de forma mecánica. Los persas nada podían hacer, salvo morir ante el muro compacto de picas. Alejandro

se acercaba a Darío, el cual estaba dispuesto a morir antes que a rendirse.

Darío no pudo más. Huyó una vez más del campo de batalla, dejando a sus hombres sin rey por el que morir. «Cuando el resto de su ejército vio huir a su rey y su séquito se preguntaron que, si él se fugaba, por qué ellos todavía debían continuar allí arriesgando sus vidas. Entonces el ala izquierda persa se desmoronó», explica Billows.

EL EJÉRCITO MÁS PODEROSO DEL MUNDO

Pero la batalla estaba lejos de terminar. Parte de la caballería persa logró romper la línea y atacar a la caballería enemiga del ala izquierda, defendida por Parmenión y sus hombres. El campamento macedonio estaba siendo atacado. Pero la caballería persa que había roto el centro no giró para atacar la retaguardia macedonia. Si lo hubieran hecho, podrían haber cambiado el resultado del enfrentamiento, pero avanzaron contra el campamento con intención de saquearlo y eso fue su perdición.

Alejandro regresó con la caballería pesada y cargó contra ellos mientras las falanges se lanzaban contra el ala derecha persa, que se fue hundiendo mientras se corría la voz de la huida de su rey. El arrojo de las tropas de Alejandro terminó de hundir al enemigo.

Una vez más las brillantes tácticas de Alejandro salvaron la batalla. Una debilidad de la falange era su falta de capacidad de maniobra frente a un ataque envolvente. Él había creado una línea en la parte trasera ante esa posible emergencia. Y ese momento llegó y la falange de la línea de retaguardia actuó al rescate, haciendo retroceder la caballería persa.

Alejandro Magno había demostrado tener perfectamente estudiados todos los movimientos posibles de aquella partida de ajedrez llamada Gaugamela. Además, tenía un ejército que ejecutaba al momento y con maestría todas sus órdenes. Fue capaz de hacer chocar a la caballería del flanco derecho de los persas contra el centro y el flanco izquierdo de la falange macedonia. Mientras él y la caballería de los Compañeros avanzaban por la derecha (la izquierda de los persas) atacando a la caballería acorazada de Beso desde la derecha con los hetairoi y desde el frente con los peonios (macedonios del norte) primero y,

después, con los mercenarios helenos.

Cuando logró llegar al centro de los persas y aniquilar a los Inmortales que rodeaban y protegían a Darío, el Gran Rey ya habla escapado. En ese momento no le persiguió porque Parmenión y el flanco derecho persa seguían luchando y tuvo que acudir en su ayuda. Alejandro logró terminar victorioso la batalla.

Cuando corrió la voz de que Darío había huido, el enorme ejército persa comenzó a retroceder. El resultado pudo haber sido otro si el Gran Rey no hubiera huido. Posiblemente sus tropas habrían resistido más. Darlo, al igual que en Issos, había abandonado para salvar su vida. En Issos habla dejado atrás a su madre, a su mujer y sus hijas. En Gaugamela dejó un gran tesoro, gran número de armas e incluso la carroza real. Al terminar la batalla, Alejandro le persiguió durante nueve meses. Pero nunca se enfrentaron de nuevo.

LAS BASES DE UNA NUEVA CIVILIZACIÓN

Es imposible calcular las bajas de esta batalla. El número de víctimas es más producto de la propaganda que de la realidad. El historiador griego Amano en su informe dice que Alejandro sólo perdió cien hombres y mil caballos, mientras que los muertos de Darío ascendieron a trescientos mil. Otros historiadores más modernos las estiman en cuarenta mil muertos persas y cinco mil macedonios.

En todo caso, la derrota persa tuvo consecuencias inmediatas. Occidente se conectó con Oriente. El legado cultural de Babilonia, de Egipto, de Mesopotamia, cayó bajo manos griegas y se unificó una gran parte del mundo bajo un imperio que sentó las bases de una nueva civilización. Se unificó la economía y el avance comercial fue el impulso que necesitaba Europa…

En su huida, Darío dio un discurso a lo que quedaba de su ejército; en su ánimo albergaba la esperanza de poder organizar otro ejército para hacer frente de nuevo a Alejandro. Después, envió cartas a los sátrapas orientales pidiéndoles su lealtad. Pero ellos tenían otras intenciones: Beso, el sátrapa de Bactriana, ante el avance de Alejandro ordenó dar muerte a Darío, proclamándose soberano él mismo con el nombre de Artajerjes. Alejandro le persiguió, le capturó y le ejecutó al año siguiente y dio a Darío un entierro real.

La mayoría de los sátrapas persas juraron lealtad a Alejandro, que les

permitió mantener sus cargos. Sin embargo, tradicionalmente se considera que el Imperio persa inició su declive con esta derrota. «Gaugamela fue la victoria más importante de Alejandro en la medida en que se rompió la resistencia organizada del Imperio persa», afirma Richard A. Billows. Las conquistas de Alejandro cambiaron la historia griega y del mundo entonces conocido.

Después de Gaugamela, Alejandro fue imparable. Él y sus compañeros barrieron a través de Persia. Un año más tarde se encontraban en Afganistán. Cuatro años después, cruzaron las cumbres del Hindú Kush, donde combatieron contra el rey Poros y sus elefantes en la batalla del Hidaspes, e invadieron el norte de la India (327-325 a. C.). Alejandro estaba cumpliendo la profecía de los sacerdotes de Amón. Estuvo muy cerca de convertirse en amo del mundo conocido. Quizá lo hubiera conseguido si no hubiera obedecido por fin a las súplicas de sus generales de que volvieran a casa, apoyadas por el plante de sus soldados, que se resistían a seguir más lejos.

En 323 a. C. Alejandro regresó a Persia. Una noche, asistió a un banquete; de repente gritó y se quejó de un dolor que era como «una lanza en el pecho». Cayó enfermo con una elevada fiebre. Apenas consciente, se le preguntó a quién le dejaría su reino ya que no tenía ningún heredero legítimo (su hijo Alejandro IV nacería tras su muerte, y su otro hijo era de una concubina). Entre delirios Alejandro contestó: «Al más fuerte».

El 11 de junio murió en el palacio de Nabucodonosor II de Babilonia. Estaba a punto de cumplir treinta y tres años. Después de todo, él no era un dios. Su muerte desde siempre ha estado rodeada de leyendas y todo tipo de interpretaciones. Cuando murió, su cuerpo estaba cubierto de cicatrices de la batalla. Había sido herido de gravedad ocho veces por todo tipo de armas: flecha, espada, lanza y jabalina. Fue embalsamado por egipcios. La polémica rodea el lugar en que fue enterrado: Alejandría o la localidad de Ammoneion, en el desierto libio (actual Siwa).

«Si alguien merece el derecho a ser juzgado por las normas de su propio tiempo y no por nuestras normas, es Alejandro. Luchó como un héroe y no fue un general de sangre fría como César o Napoleón. Participó en todas sus conquistas, a la cabeza con su caballo Bucéfalo, y nunca perdió ninguna batalla», defiende el escritor norteamericano Steven Pressfield.

Su imperio no le sobrevivió. Una vez más, la soberbia, la avaricia rompió lo

que tanto había costado conseguir. El imperio se desmembró; Roxana, su mujer, y el hijo de ambos, Alejandro IV Aigos, fueron asesinados, y las tierras conquistadas se repartieron entre sus generales, Seleuco, Lisímaco, Ptolomeo, Antígono y Casandro (los diádocos), iniciándose así una nueva etapa que los historiadores modernos llaman helenística.

Alejandro, siempre a lomos de Bucéfalo, consiguió el imperio más grande de la Antigüedad. Ningún conquistador le ha igualado en genio, energía y en la lealtad tan ferviente que despertó en tantos hombres.

5

BATALLA DE CANNAS

Fecha: 216 a. C.

Fuerzas en liza: Cartagineses contra romanos.

Personajes protagonistas: Los dictadores Quinto Fabio Máximo y Marco Minucio Rufo. Los cónsules Publio Cornelio Escipión, Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón frente a Aníbal y sus hermanos Asdrúbal y Magón.

Momentos clave: La toma por asalto por las tropas púnicas de Sagunto y demás batallas por la conquista de Hispania; el recorrido del ejército cartaginés hacia suelo itálico atravesando los Alpes; las victorias de Tesino, Trebia y Trasimeno.

Nuevas tácticas militares: La forma de cercar al enemigo mediante un complejo movimiento envolvente que dejó a las legiones romanas encerradas en una trampa mortal. Aníbal hizo retroceder el centro de su formación sobrepasando sus flancos, conformando una pinza que ha inspirado a los generales hasta la guerra del Golfo.

Como su predecesor Alejandro Magno con el Imperio persa, con una audacia sin limites y casi sin descanso, Aníbal Barca pasó su vida de campaña en campaña desafiando a la todopoderosa Roma. Y fue en el año 216 a. C. cuando el reto al temible adversario dio lugar al conflicto bélico de mayor envergadura visto hasta entonces y cuyo desenlace marcará la pauta de la nueva orientación política del mundo mediterráneo. La victoria de Aníbal en Cannas cambió el rumbo de la historia y sometió a los romanos a una humillación de la que tardaron mucho en recuperarse. Durante los catorce años siguientes, el cartaginés continuó devastando Italia y se desestabilizó la sumamente estable comunidad romana.

Al sur de Italia, limitado al este con el mar Adriático, justo en el tacón de la forma de bota que tiene la península Itálica, se encontraba Cannas. Esta antigua ciudad de Apulia, fundada entre los siglos VI a. C. y IV a. C., en el año 216 a. C. fue teatro de una de las batallas más conocidas de la Antigüedad y, debido a su

posición estratégica, de muchos otros actos bélicos posteriores de menor trascendencia. Ahí lucharían durante la guerra gótica (año 547) las tropas ostrogodas; después sería destruida por los sarracenos (año 872); más tarde (año 1018) las hostilidades fueron entre los normandos y los lombardos con los bizantinos…

Pero todo eso sucedió mucho después de Aníbal y su victoria contra el invencible ejército romano; Cannas tiene un lugar de honor en la lista de batallas decisivas. Allí desplegó el cartaginés una brillantísima táctica para desafiar al estado más poderoso del mundo por aquel entonces, una forma de guerrear que hasta Napoleón intentó emular en sus campañas italianas.

A pesar de los siglos pasados, la figura de Aníbal y el episodio del paso de los Alpes con los elefantes en especial sigue despertando una extraordinaria fascinación. Y es que este militar cartaginés es uno de los personajes más carismáticos y controvertidos de la Antigüedad, en opinión de Pedro Barceló, profesor de Historia Antigua de la Universidad de Potsdam (Alemania) y autor de varios libros históricos sobre Cartago. De hecho, «los conocimientos en torno a Aníbal y a su época son más bien escasos. La información disponible, no siempre fiable y muy lejos de ser imparcial, muchas veces se mueve entre lo real y la ficción literaria», afirma Barceló.

Y es que los historiadores romanos, de quienes hemos recibido la mayor parte de las noticias, mezclaron en sus narraciones mucho de favorable a Roma y de desfavorable a la hora de hablar de su rival. En los últimos años existe un auge de los estudios púnicos que han proporcionado nuevas percepciones, no siempre desde la visión romana que es la que ha perdurado mayoritariamente hasta nuestros días, además de enfocar algo más el mundo en el que se desenvolvió Aníbal, dentro del cual la península Ibérica desempeña un importante papel.

ENFOQUE HISTÓRICO ADULTERADO

Los historiadores griegos Sósilo de Esparta, Filino de Acragante y Sileno de Kale Akté realizaron crónicas de la guerra de Aníbal, pero de sus escritos se ha conservado muy poco. Así que es a través del historiador romano Polibio de

Megalópolis, que cita a estos autores griegos para criticarlos y defender la versión de los vencedores romanos, como Aníbal ha llegado a nuestros días. Las ideas de Polibio se repitieron con Tito Livio, Pompeyo Trogo, Cornelio Nepote, Plutarco… y, en consecuencia, «el retrato que trazan de Cartago y, de manera especial, el enfoque que dan a Aníbal son tendenciosos, negativos o simplemente adulterados», señala Barceló, y sus juicios de valor tienen un fuerte sesgo prorromano, el de los grandes adversarios de Aníbal desde su infancia.

Entonces, ¿qué hay de cierto en la personalidad y carrera política y militar de Aníbal?

Aníbal («amado de Bal») nació en el año 247 a. C., en el punto central del mundo mediterráneo antiguo: Cartago, al norte de la actual Túnez. Los cartagineses, pertenecientes a una civilización milenaria, antiguos colonos fenicios de Tiro, desde cinco siglos antes, se habían asentado en el golfo de Túnez; su Ciudad Nueva, o Cartago, cuando nació Aníbal está fuertemente influida por la cultura helenística procedente de los herederos del legado imperial de Alejandro Magno.

Hijo primogénito de Amílcar, apodado Barca (el Rayo), importante general cartaginés y comandante del ejército en Sicilia durante la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.) entre Cartago y Roma. Tuvo dos hermanos varones y tres hermanas, de las que, al igual que de la madre, los datos son muy escasos. Los historiadores designaron a la familia de Amílcar con el nombre de Bárcidas o Bárquidas, aludiendo a su apodo y dando nombre también a su dinastía.

Un preceptor griego nativo de la colonia sícula de Kale Akté, llamado Sosilo, y el espartano Sileno le instruyeron en las letras griegas, la historia de Alejandro Magno y el arte de la guerra. Pero fue junto a su padre donde aprendió sus grandes lecciones bélicas. Cuando nació, Cartago llevaba ya diecisiete años de guerra con Roma, así que desde su más temprana infancia, Aníbal oyó hablar de la desmesurada ambición de los romanos, de cómo habían conquistado a las demás tribus latinas así como a los etruscos, a las ciudades griegas de Italia y a los galos de la península, y cómo hostigaban a aquéllos que estaban bajo su dominio, además de sufrir de cerca las consecuencias del enorme desgaste que cartagineses y romanos padecían por la larga guerra entre ellos.

Apenas tenía siete años cuando terminó el primer enfrentamiento con los romanos y su padre regresó a casa tras combatir en primera línea. Al poco

tiempo, de nuevo le esperaría otra guerra que se desarrolló a pocos metros de su casa (la guerra de los Mercenarios). Cuando todavía no había cumplido diez años, Roma invadió Cerdeña, posesión cartaginesa… «Indignación, ansias de venganza y desconfianza frente a Roma son los sentimientos que asaltaban a los cartagineses, y Aníbal no debió de ser ninguna excepción», afirma el profesor Barceló.

Tras la muerte de su padre en el campo de batalla, en el 229 a. C., y el asesinato de su cuñado Asdrúbal —comandante del ejército—, ocho años después, Aníbal asumió, con veinticinco años, la jefatura del ejército cartaginés, que por aquel entonces controlaba el sur de la península Ibérica. Tras haber tomado el mando, pasó dos años consolidando el poder púnico sobre las tierras hispánicas antes de intentar vencer a su enemigo en su propio terreno.

Pasó su juventud en Hispania y después recorrió la Galia, Italia y el norte de África. Viajó por Grecia, Creta, Anatolia y llegó hasta Armenia, hasta morir en Asia Menor. «Lo espectacular de este impresionante periplo no es el itinerario en sí, sino el hecho de que Aníbal, allá donde se encuentra, consiga tener un claro protagonismo político e imprimir a las situaciones que afronta de su inconfundible personalidad», señala Pedro Barceló.

Aníbal pasó toda su vida militar y política combatiendo a Roma; nunca fue vencido sobre suelo italiano —al menos en una derrota que mereciera ser destacada por los historiadores— y los romanos tardaron catorce años en conseguir la primera gran victoria contra él (batalla de Zama, 202 a. C.), precisamente en tierras africanas.

Sin embargo, esta visión de gran vencedor no la comparte Pedro Barceló: «Creo que Cannas fue el principio del fin de Aníbal. Una tragedia para él y no para Roma. Realmente, en suelo itálico no pudo derrotar a los romanos. El trauma de Aníbal es que éstos no estuvieron dispuestos ni a negociar. No cumplió los objetivos de la expedición a Italia». «La idea de que ataca directamente a Roma —añade— y que él no sufre casi ninguna baja es radicalmente falsa. Tras Cannas pierde capacidad de acción y no se ve capaz de emprender batallas de envergadura. Antes tenía una velocidad increíble. Después, está acorralado y casi sin poder moverse».

Astuto, inteligente y diplomático, Aníbal siempre tuvo el respaldo de su heterogéneo ejército —a pesar de que estuvieron dieciséis años sin interrupción

batallando contra los romanos, nunca tuvo bajo su mando ningún motín—, y la admiración de algunos de sus más fervientes enemigos, hasta el punto de que, incluso, le copiaron en sus propias tácticas militares a la hora de enfrentarse a él. Así, Escipión —su gran enemigo romano— sólo fue capaz de derrotarle con sus propias armas.

PRIMERA GUERRA PÚNICA

Desde el siglo IV a. C. Cartago y Roma eran dos potencias, con bastantes puntos en común. En la época de Amílcar Barca, padre de Aníbal, junto a Massilia (Marsella) y Siracusa, eran los motores políticos y económicos de la cuenca mediterránea occidental. Roma consolidaba su dominio en Italia. Cartago se centraba en el norte de África y en las islas del Mediterráneo central, con cada vez más presencia comercial en las islas Baleares (Ibiza), Cerdeña o Sicilia y más proyección hacia el mar. «Hasta el primer tercio del siglo III a. C. Roma y Cartago eran dos entidades pujantes, en pleno ritmo de desarrollo interno y de expansión al exterior», afirma Barceló.

Las relaciones entre Cartago y Roma siempre habían sido buenas, e incluso respetaban sus respectivas zonas de influencia, con alianzas militares cada vez que un enemigo común amenazaba los intereses de ambas. A partir de 264 a. C. las cosas empeoraron. Roma introdujo su ejército en Sicilia (la primera vez que actuaba fuera del suelo itálico), perteneciente a Cartago, lo que provocó la Primera Guerra Púnica (cartaginés y púnico son sinónimos), que duró hasta 241 a. C. y supuso uno de los mayores conflictos bélicos en el mundo antiguo y la primera de las tres grandes guerras entre las dos potencias predominantes del Mediterráneo occidental.

Durante ella Amílcar fue uno de los generales que cosecharon más triunfos: capitaneó la flota destacada en Sicilia y después ejerció el mando de algunas de las regiones montañosas de la isla. Sus tropas de mercenarios eran las mejores del ejército, entrenadas en tácticas de guerrilla, frente a los soldados romanos, que contaban con un alto nivel de patriotismo, pero mucha menos formación bélica.

Tras más de veinte años de lucha, la mayor parte en el mar, incluyendo las

batallas más decisivas como la victoria romana en las islas Egadas del año 241 a. C., los cartagineses ofrecieron un acuerdo de paz. Los romanos, como ganadores de la contienda, expulsaron a los cartagineses de Sicilia, además de imponerles una dura sanción. Amílcar fue el encargado de negociar con el cónsul Quinto Lutacio Cátulo las condiciones de la paz. Los dos bandos del conflicto habían tenido que financiar grandes flotas de guerra y las finanzas de ambos quedaron casi agotadas.

Poco después, los soldados que lucharon en Sicilia, en su mayoría mercenarios de Hispania, Galia, Italia, Grecia y Libia, se rebelaron al recibir su paga, lo que dejó la ciudad aún más debilitada. La conmoción en la sociedad púnica fue enorme, porque la lucha contra los mercenarios tuvo lugar a las puertas de Cartago, con un asedio muy violento y sangriento. Los insurrectos enviaron misivas a las ciudades tributarias de Cartago, incitándolas a deshacerse del yugo púnico y unirse a ellos en el conflicto, con lo que la fatídica contienda empeoró.

Amílcar, en el año 239 a. C., puso en pie un nuevo ejército de diez mil hombres, con los que venció, con la ayuda del príncipe númida Narrabas, a una fuerte concentración de mercenarios. Tras varias confrontaciones con los rebeldes y un nuevo asedio a Cartago, los cartagineses pidieron ayuda a Roma y a Siracusa y, finalmente, acabaron con la insurrección en el año 238 a. C. tras una batalla decisiva que tuvo lugar en un puerto desconocido. La extraordinaria crueldad de esta guerra que duró tres años y cuatro meses dejó la hacienda de Cartago totalmente arruinada.

Roma aprovechó la coyuntura para ampliar su dominio a Córcega y Cerdeña, también en la zona de influencia cartaginesa y piezas clave de su navegación y comercio. La animadversión hacia Roma creció. La enemistad ya era irreconciliable. «Este mal disimulado rapto de Cerdeña —explica Pedro Barceló — es el primer acto de abierta hostilidad con el que Roma humillaba a Cartago y se aprovechaba de su manifiesta debilidad». La posesión de ambas islas, aparte de beneficios económicos, produjo ventajas estratégicas para Roma ya que «lograba erigir una barrera defensiva que protegía el suelo itálico de posibles ataques cartagineses», señala Barceló.

EL CLAN BÁRQUIDA LLEGA A CÁDIZ

Cartago envió a Amílcar a la península Ibérica, rica en minas y con prolongadas costas, de la que esperaba extraer los recursos necesarios para restaurar el poder económico y hacer frente a los pagos impuestos por Roma. Allí Amílcar emprendió la conquista de un nuevo imperio. A partir de entonces la suerte de Cartago quedaría ligada a la fortuna de la familia Bárquida, aunque Aníbal no volvería a su ciudad natal hasta pasados más de treinta años desde que la abandonó junto a su familia.

Era finales de la primavera de 237 a. C., cuando Amílcar se puso en marcha con su recién organizado ejército camino al sur de Hispania. Le acompañaba su hijo Aníbal, de tan sólo diez años de edad. El historiador romano Tito Livio cuenta —y Cornelio Nepote repite en su obra Vidas— que cuando Aníbal le rogó que le permitiera acompañarle, su padre aceptó con la condición de que jurara que durante toda su existencia nunca sería amigo de Roma. También el historiador Valerio Máximo, sobre esta misma época, cuenta que observando Amílcar a sus hijos jugando a las peleas, exclamó: «¡He aquí los leones que he creado para la ruina de Roma!».

Sean o no ciertas estas leyendas, la promesa de venganza de Aníbal contra los romanos ha pasado a la historia porque con frecuencia el único testimonio que prospera es el testimonio de los vencedores. Para muchos historiadores modernos, estas narraciones rezuman encono contra el cartaginés y no expresan más que el miedo y el respeto que los romanos tuvieron hacia Aníbal.

Pero volvamos al viaje de la familia Bárquida a la península Ibérica. En el séquito hacia Hispania también iba su yerno Asdrúbal como lugarteniente de Amílcar, y los hermanos pequeños de Aníbal: uno también llamado Asdrúbal y Magón. Todos se instalaron en la ciudad fenicia de Gadir (actual Cádiz), entonces el núcleo urbano más antiguo e importante de la península Ibérica.

El primer ejército púnico comenzaba a operar en el continente europeo e «introdujo un elemento nuevo en una zona que, hasta el momento, no había llamado excesivamente la atención de las grandes potencias mediterráneas», señala Barceló. Hubo que esperar seis años, al 231 a. C., para que Roma

mandase una embajada a Hispania para vigilar los avances de Cartago. Era la primera vez que mostraban su interés por la región.

Por aquel entonces, la influencia y actuaciones de Amílcar se centraron en el sur de la península Ibérica, básicamente en las actuales provincias andaluzas y Albacete. Cádiz fue la primera base de operaciones y el punto de partida de las posteriores campañas. Después trasladó su residencia a la que los autores antiguos llaman Akra Leuké y que la investigación moderna sitúa en Alicante, aunque el historiador Pedro Barceló es partidario de ubicarla en Sierra Morena, en las proximidades de Linares (Jaén).

EL AUMENTO DEL PODER CARTAGINÉS

Tras la muerte repentina de Amílcar, le sucedió su yerno Asdrúbal, quien fundó Cartago Nova (Cartagena), sucesora de Akra Leuké, y a partir de entonces nuevo centro del dominio bárquida y cuartel general cartaginés en Hispania. Asdrúbal continuó conquistando territorio en el sureste hispano.

«A partir de los años veinte del siglo III a. C. el sur de la península Ibérica constituyó una unidad territorial bajo la influencia púnica o en parte sometida al dominio directo de la familia de Aníbal, una extensa región que, a pesar de sus diferencias, llegó a configurar un espacio relativamente homogéneo», indica Pedro Barceló. Los cartagineses, marineros y mercaderes, compensaron con creces la pérdida de las colonias sicilianas con la posesión del Imperio bárquida en Hispania.

Además de las relaciones púnico-hispanas, por aquel entonces existían importantes intercambios comerciales entre Roma y la península Ibérica. Así, el mantenimiento de unas relaciones sin trabas con todos los puertos del Mediterráneo era imprescindible para el desarrollo de la economía itálica. La competencia de Cartago era dura y Roma buscaba ansiosa cualquier pretexto para borrarla de la faz de la tierra, o al menos para disminuir su creciente poder.

En opinión de Barceló, «impedir la formación de un poderoso imperio colonial cartaginés que habría podido enturbiar la privilegiada posición en el Mediterráneo occidental era el objetivo primordial de la política exterior romana». Pero, sobre todo, había que poner coto a la expansión púnica y

«recordar a los Bárquidas que su actuación política y territorial necesitaba la aprobación romana».

Por el historiador Polibio sabemos que los romanos mandaron una nueva embajada a Hispania para negociar con Asdrúbal los límites de la futura expansión cartaginesa. En el año 226 a. C. llegaron a un acuerdo que establecía una frontera para que ninguno de los estados pudiera penetrar en la zona del otro. Los cartagineses «no atravesarían con fines bélicos el río denominado Iber». La opinión común es que este río era el Ebro, pero para el historiador Pedro Barceló, «el río en cuestión estaba situado en la Hispania meridional, y con toda probabilidad se trata del Segura, ya que todas las alusiones conservadas en las obras de Polibio, Livio y Apiano hacen referencia a un río situado al sur de Sagunto».

En ese momento, las posesiones controladas por la familia de Aníbal eran tan grandes como Cerdeña y Sicilia juntas y más productivas que la provincia norteafricana de Cartago. Un dominio territorial que no tardó en «suscitar sospechas, inquietudes e irritación en Roma», afirma Barceló. El resultado fue la Segunda Guerra Púnica, que convulsionó el orden político y territorial del Mediterráneo occidental. Las fuentes antiguas romanas al menos así lo creen, interpretando el tratado de Roma con Asdrúbal como preámbulo y principal factor del conflicto.

Lo cierto es que la muerte inesperada de Asdrúbal, víctima de una venganza personal de un siervo, y la inmediata toma de poder por Aníbal cambió la situación en el año 221 a. C. Aníbal no estaba obligado por las cláusulas del tratado. Comenzó a realizar expediciones contra algunos pueblos de la meseta castellana, fuera de la tradicional zona de influencia púnica, sometiendo a diversas tribus íberas. El resultado fue que algunas comunidades ibéricas, como Sagunto, aceptaron la alianza con Roma, un acercamiento fundamental para los latinos, que no podían permitirse dejar el litoral oriental hispano en manos cartaginesas.

«Desde el comienzo —afirma Barceló—, las acciones que emprendió Aníbal estaban impregnadas de un notable dinamismo. Para mantener y potenciar la eficacia de su ejército, compuesto mayoritariamente por soldados hispanos, realizó una serie de campañas en zonas colindantes con el área de dominación púnica en esos momentos». Algunos historiadores aseguran que lo hizo porque

necesitaba legitimar su derecho al mando del ejército cartaginés, sobre todo frente a la amenaza que suponían sus enemigos en Cartago, capitaneados por Hannón el Grande.

Lo hiciera o no para debilitar a sus enemigos políticos con la captura de un buen botín, el hecho es que, a partir de la primavera de 221 a. C., comenzó a penetrar al frente de sus tropas en territorio enemigo tras cruzar el río Iber.

Por aquel entonces, los saguntinos acosaban a sus vecinos, los turboletas, aliados de Cartago. Las rencillas entre los dos pueblos ibéricos se extendió hasta implicar a las dos grandes potencias mediterráneas. Aníbal se dirigió contra ellos y los amenazó con atacarlos si no deponían su actitud beligerante. Los de Sagunto, convencidos de que Roma acudiría en su ayuda, endurecieron su posición y desafiaron al cartaginés.

En primavera del 219 a. C. Aníbal puso sitio a Sagunto. Sus tropas no contaban con la maquinaria adecuada para asaltar las murallas y optó por el asedio. Tras ocho meses, la tenaz resistencia de los saguntinos acabó y la ciudad fue tomada por las tropas púnicas, que la sometieron a pillaje. Aníbal impuso a los supervivientes un castigo ejemplar para que, a partir de ese momento, nadie se atreviera a oponerse a Cartago. Así comenzó la Segunda Guerra Púnica (219-202 a. C.), aunque la declaración de guerra romana tardaría aún un año en llegar.

«El verdadero motivo del antagonismo romano-cartaginés era, sencillamente, una lucha de poderes. Roma se negaba a aceptar el crecimiento de las posesiones púnicas, y Aníbal aceptó el reto porque no quería estar sujeto a la tutela que de modo tan férreo ejercía su rival», señala Pedro Barceló. Desde la caída de Sagunto en manos de Aníbal, en opinión de este historiador, Roma estaba dispuesta a ir a la guerra con o sin pretexto. Era la primera potencia militar de su época y superaba a Cartago en población y recursos. También dominaba el mar.

Al año siguiente, el 218 a. C., los embajadores romanos fueron a Cartago y reclamaron al Senado la entrega de Aníbal. El Senado no aceptó la petición y, entonces, Roma declaró la guerra. La desmesurada ambición de ambos contrincantes los movía a desequilibrar la balanza de poder en su propio beneficio al precio que fuera.

ANÍBAL VIAJA DE CARTAGENA A ITALIA

Los romanos tenían la intención de atacar Cartago. Los espías de Aníbal le informaron de que un ejército invasor, dirigido por el cónsul Tiberio Sempronio, se estaba reuniendo en Sicilia. Además, planeaban mandar un segundo ejército, comandado por el segundo cónsul Publio Cornelio Escipión a Massilia (la actual Marsella). Su plan era que Escipión marchara por tierra y se enfrentara a Aníbal en la península Ibérica.

La base del poder de Aníbal era su ejército, perfectamente adiestrado y acostumbrado a operar bajo sus órdenes, cuyos cuadros de mando había seleccionado él personalmente. Unas tropas compuestas por cartagineses, libios, númidas e hispanos que le eran totalmente fieles, y entre los que reinaba un clima de respeto y afecto mutuos.

Un ejército flexible, rápido, compenetrado, motivado y muy combativo, virtudes con las que contaba Aníbal para tener plena confianza en su potencia.

Aníbal tenía la obligación de proteger Cartago, pero en lugar de dirigirse hacia África decidió que, para dar el golpe definitivo a la guerra con Roma, tenía que combatir a su enemigo en su propio territorio e invadir la península Itálica con su potente ejército. Como no disponía de una flota equiparable a la romana, no le quedó otra opción que tomar la vía terrestre.

Sabía que era una aventura desesperada, pero su decisión desbarató completamente los planes de Roma de invadir África. «Transportar por vía terrestre un ejército desde Hispania hasta Italia —cuenta el historiador Pedro Barceló— para decidir la guerra allí era un hecho inédito y constituía una temeridad plena de audacia y riesgo». Los romanos en ningún momento imaginaron que Aníbal se aventurase a marchar por tierra desde la península Ibérica hasta Italia.

Para que la iniciativa fuera posible no sólo era imprescindible poner en funcionamiento un complejo aparato logístico capaz de transportar, alimentar y abrir paso al ejército en su marcha por Hispania, Galia e Italia, sino que la pretensión de querer librar la guerra en terreno enemigo precisaba un enorme contingente. Según el último censo, Roma contaba con 77 000 hombres capaces de portar armas. Siguiendo el ejemplo clásico de las polis griegas, se trataba de ciudadanos corrientes obligados a prestar servicio militar. Cartago no podía reclutar ni la décima parte. Ni siquiera tenía esa cantidad de hombres en todos los territorios africanos. Los itálicos, en cambio, superaban los seis millones de

habitantes. Sin embargo, un ejército de «paisanos» como el romano, pensó Aníbal, sería técnica y físicamente inferior a un ejército de profesionales como el suyo.

Aníbal sabía que la victoria cartaginesa iba requerir, ante todo, de la concienzuda puesta en marcha de las previsiones estratégicas. Así, según explica Pedro Barceló, «comenzó a enviar mensajeros a concertar tratados de amistad con los pueblos que habitaban a lo largo de la ruta prevista. Unidades especiales de ingenieros se encargaron de preparar todo para facilitar el acceso del ejército a los lugares difíciles. Un cuerpo de intendencia se encargó de establecer vías de suministro y almacenar reservas de víveres, armas, forraje y pertrechos en los puntos neurálgicos del trayecto. Además, los embajadores púnicos se ocuparon de atraer a los pueblos celtas de la cuenca norte del Po, tradicionales enemigos de Roma, a la causa de Aníbal».

En mayo del 218 a. C. el ejército de Aníbal, que por aquel entonces tenía veintiocho años, salió de Cartagena y se encaminó hacia el norte, siguiendo la llamada ruta de Hércules. Las fuentes antiguas, algo exageradas, describen un ejército de cien mil hombres: noventa mil infantes y diez mil jinetes, así como un considerable número de elefantes de guerra.

En agosto, a las doce semanas de su partida, Aníbal se disponía a atravesar el Ródano. Mientras, un cuerpo del ejército al mando de Publio Cornelio Escipión se dirigía por vía marítima a la Galia meridional. Llegaron a las inmediaciones de Massilia (Marsella) con la intención de frenar el avance cartaginés, pero Escipión no disponía de fuerzas suficientes y se vio obligado a dejarle pasar. El cónsul mandó a Hispania a su hermano Gneo, al frente de dos legiones, con la misión de desbaratar las líneas de comunicación y las bases del ejército cartaginés.

La noticia de que Aníbal estaba en la Galia conmocionó profundamente a los romanos. Los soldados, reclutados rápidamente y sin experiencia, no formaban un bloque compacto y con movilidad para ofrecer una contundente resistencia al cartaginés. «Por el contrario, Aníbal lo había previsto todo. Contaba con un dispositivo logístico que funcionó admirablemente; con un ejército bien formado y la amistad de las tribus celtas que habitaban a lo largo de la ruta», indica Pedro Barceló. Así que no le costó enfilar hacia el valle del Po.

Claro que las cosas no fueron tan sencillas, sobre todo porque no todas las

tribus celtas colaboraron con Aníbal, sino que las hubo que se enfrentaron a los púnicos. Tampoco el paso de la formidable barrera de los Alpes fue fácil, sino que supuso numerosas pérdidas humanas y materiales. Además, la mayoría de los elefantes perecieron debido a que no podían soportar el frío glacial de la zona con la llegada del otoño ni los traicioneros pasos de montaña. Se calcula que del ejército original, tras pasar los Alpes, sólo quedaron unos veinte mil infantes y seis mil jinetes. A finales de septiembre, agotados y debilitados, alcanzaron la llanura. A los pocos días los cartagineses entraban victoriosos en Turín.

El cónsul Publio Cornelio Escipión, incapaz de cortarle a Aníbal el paso en la Galia meridional, tuvo que regresar lo más rápidamente posible a Italia para obligarle a replegarse. Desembarcó en Pisa y aumentó su ejército hasta unos veinte mil hombres reclutando a gente de la zona.

Ante los descalabros sufridos por las legiones romanas, se impuso un cambio de estrategia y Quinto Fabio Máximo se hizo cargo del ejército. Comenzó por ordenar un programa de entrenamiento: «Acostumbraba a sus legionarios novatos a los avatares de una penosa y dilatada contienda», señala Barceló.

El vástago del glorioso general Amílcar, la pesadilla para los generales romanos durante la Primera Guerra Púnica, tras vencer en Tesino, Trebia y Trasimeno, en el 217 a. C. alcanzó la ciudad de Roma pero no llegó a entrar en ella, prefirió dirigirse al este, a Apulia, donde pasó el invierno, preparando las operaciones de las campañas siguientes y dando un respiro a sus tropas para que recuperasen las fuerzas. Dieciséis meses después de haber partido de Cartagena, había llegado al litoral adriático.

Aníbal había sido capaz de trasladar la Segunda Guerra Púnica a la propia Roma después nada menos que de atravesar los Alpes en pleno invierno. Continuó devastando tierras, conquistando ciudades y acumulando botines. Quería inducir a los romanos a perseguirlo. Sin embargo, Quinto Fabio Máximo no aceptó ninguna de las ocasiones que el cartaginés le brindó por aquellos días para entrar en combate, lo cual le valió el apodo con el que pasaría a la historia: *Cunctator* (el indeciso, el que retrasa). Hostigaba a las partidas cartaginesas que salían en busca de comida pero desdeñaba las provocaciones de su adversario. Su idea era debilitar a Aníbal y desmoralizar a las tropas enemigas. Sin embargo, esta estrategia se hizo tan impopular, que la asamblea del pueblo decidió nombrar dictador a Marco Minucio Rufo, con los mismos poderes de Quinto

Fabio Máximo.

«Cada comandante supremo operaba por su cuenta. Cada uno contaba con altos mandos y sus respectivos cuarteles generales, lo cual debilita la acción común. Dividieron las tropas, ocuparon campamentos diferentes y proyectaron acciones por separado», dice Pedro Barceló. Curiosamente, la institución de la dictadura se había creado para que hubiese un mando único, limitado a seis meses, en circunstancias de crisis, frente al sistema ordinario de la República, en el que, como reacción frente a la abolida monarquía, existía una máxima autoridad doble, la de los cónsules, que se alternaban a diario en el gobierno durante un año. A partir de 216 a. C. sin embargo, se restableció el mando consular, y la dirección recayó en Lucio Emilio Paulo, un aristócrata conservador con considerable experiencia militar, y Cayo Terencio Varrón, el plebeyo hijo de un comerciante de carne, que llegó a burlarse de Fabio por su radical y diferente punto de vista respecto a cómo enfrentarse a Aníbal.

El cónsul Marco Claudio Marcelo, que no estuvo presente en Cannas, llamado por Tito Livio «la espada de Roma», en varias ocasiones se lo puso muy difícil a Aníbal, por no hablar de las veces que se las hizo pasar mal Quinto Fabio Máximo («el escudo de Roma», según el mismo autor), pero se puede decir que Aníbal se movía sin limitaciones por suelo itálico.

Mientras, en Hispania la iniciativa de las operaciones militares la llevaban los romanos. Asdrúbal, el hermano de Aníbal, comandante en jefe de las fuerzas púnicas en Hispania y África, conseguía a duras penas detener el avance romano…

EL CENIT DEL CONFLICTO

Aníbal estableció su campamento en el sureste, en las cercanías del río Aufidus (hoy llamado Ofanto), a finales de julio del año 216. Allí, en el centro de la región de Apulia, concentró todos sus efectivos: unos cuarenta mil infantes y unos diez mil jinetes. Ocupó la fortificación de Cannas, a orillas del río, «importante punto estratégico y gran almacén de avituallamiento, cuya posesión posibilitó el control de una región neurálgica para los intereses romanos en el sur de Italia», explica Pedro Barceló. El terreno, extenso y llano, era perfecto para

desplegar la principal arma táctica del ejército púnico: su caballería.

Después de varias escaramuzas y forcejeos preliminares, los dos nuevos cónsules, con la esperanza de acabar con la presencia cartaginesa en suelo itálico, aceptaron el reto. El encuentro entre ambas formaciones tuvo lugar en el amanecer del día 2 de agosto. Ocho legiones, reforzadas por los aliados itálicos, con unos ochenta mil infantes y más de seis mil jinetes, se aproximaron al campamento púnico. «Jamás hasta la fecha —asegura Pedro Barceló— Roma había llegado a movilizar tan impresionante y cuantiosa masa de hombres en armas». En opinión de este experto, frente a la superioridad numérica romana Aníbal contaba a su favor con el terreno, favorable a la acción de su caballería.

Varrón, a quien correspondía el mando el día de la batalla de Cannas, es presentado por las fuentes antiguas como un hombre de naturaleza descuidada y que estaba determinado a vencer a Aníbal. Según Livio era «despiadado y vehemente», además de «arrogante» y «supersticioso». La cuestión era que ese día estaba al mando del ejército romano. Optó por un despliegue táctico tradicional: estableció su ejército con la infantería en el centro, flanqueada a ambos lados por la caballería.

Según la habitual formación de tablero de ajedrez (*quincunx*) de las legiones, la línea romana alcazaba 3,2 kilómetros de largo. Era casi imposible controlar un ejército así desplegado y transmitir las órdenes de su comandante. Para acortar las filas, Varrón ordenó a las unidades inferiores, manípulos y cohortes, que cerraran sus filas, con lo que el frente quedó reducido a poco más de 1,6 kilómetros de longitud, colocadas de forma lineal frente a las tropas púnicas. Delante de ese largo y ancho rectángulo de combatientes, se instaló una fila de tropas ligeras encargadas de iniciar la batalla.

Los dos cónsules, Varrón, que tenía el supremo mando, y Lucio Emilio Paulo, se pusieron al frente de las dos alas. La izquierda, con la caballería ligera aliada, a las órdenes de Varrón; la derecha, con la caballería pesada, a las de Emilio; el centro, con la infantería, estaba bajo el mando de los anteriores cónsules Marco Atilio y Cneo Servilio Gémino.

Aníbal dio muestras de su visión estratégica: se había situado con el viento a su favor y el sol de espaldas; de ese modo, el sol de la mañana daría de frente a los romanos y, con el viento en contra, las ráfagas de polvo de la batalla les darían en la cara.

En su flanco izquierdo, entre la infantería y el río Aufidus, Aníbal colocó la caballería pesada integrada por hispanos y galos, al mando de Asdrúbal. En el flanco derecho, puso un contingente ligero de jinetes númidas, capitaneados por su sobrino Hannón y por Maharbal. En el bloque central, situó la infantería pesada libia, provista de armaduras romanas capturadas en las batallas anteriores. Seguidas, dos alas de infanterías ibérica y celta compuestas sobre todo por galos, que llevaban dos años de campaña junto a Aníbal y se habían convertido en soldados disciplinados; ya no eran los bárbaros que las legiones romanas habían aplastado en campañas anteriores. En el punto central, el neurálgico, la infantería estaba dispuesta en forma de media luna, con la parte convexa orientada hacia el enemigo, bajo el mando de Aníbal y de su hermano Magón.

«El éxito del plan de Aníbal dependía de la coordinación entre las diferentes armas —caballería, infantería, tropas ligeras— de su heterogéneo ejército y que, con el transcurso de los años, habían conseguido alcanzar un alto grado de profesionalización», sostiene Pedro Barceló.

Enfrente, los cónsules romanos pensaban atacar frontalmente a la infantería púnica, defendiendo al mismo tiempo los flancos de los ataques de la caballería enemiga y proporcionar el golpe mortal en el centro de la formación cartaginesa. Para conseguirlo contaban con la movilidad y una gran masa de legionarios, aunque eran novatos en su gran mayoría y capitaneados por oficiales con poca experiencia.

UNA DE LAS BATALLAS MÁS SANGRIENTAS DE LA HISTORIA

Ante la presión de la infantería romana los cartagineses formaron en media luna, mientras la caballería pesada púnica con sus jabalinas fulminaba a la romana, que trataba de mantenerse sobre sus cabalgaduras y que apenas pudo coordinar un ataque certero con sus lanzas. El grado de desorganización era tal que en determinado momento los jinetes romanos desmontaron y decidieron luchar como soldados de infantería. La caballería celta también desmontó y se lanzó a la lucha con espada, una especialidad que dominaba. Como resultado, la caballería pesada romana fue aniquilada.

El ala izquierda, al mando de Varrón, no resistió mucho más; luchaba con jabalinas, pero los númidas africanos los hostigaban desde todas las direcciones y no pudieron concentrar su ataque. La caballería pesada cartaginesa, que acababa de vencer a sus adversarios en el flanco derecho, rodeó completamente a las legiones y atacó a las tropas de Varrón desde atrás. Presa del pánico, los jinetes romanos huyeron hacia la retaguardia llevándose consigo a Varrón.

En el centro del campo de batalla, la infantería pesada romana, con sus lanzas y escudos, comenzó a avanzar; la línea cartaginesa parecía ceder y los romanos se entusiasmaron: por fin derrotarían al cartaginés. Pero, como estaba previsto, los infantes íberos y celtas retrocedían sin que sus filas se rompieran. Al retirarse las tropas cartaginesas del centro de la formación y avanzar los romanos, éstos se encontraron sin darse cuenta dentro de un largo arco de enemigos que les rodeaban. Era una trampa. Los contingentes de infantería pesada libia, apostados en reserva en los bordes, habían girado hacia los flancos envolviendo a los legionarios.

Las alas cartaginesas se mantuvieron firmes sin ceder un palmo, por lo que la legión debió deformarse también al punto de perder la línea de batalla habitual. De esta forma, a pesar de la diferencia numérica, la legión dejó de avanzar y perdió efectividad. Al no poder avanzar y taponados los laterales por la tenaza que se cerraba poco a poco, los romanos quedaron inmovilizados. Una especie de bolsa hecha por soldados íberos, celtas y libios, no sólo se dedicaron a contener el ataque de los legionarios, sino que comenzaron a producirles enormes bajas. Al atacar la caballería ibérica, celta y númida en los flancos y la retaguardia, se produjo una matanza. Entre los que murieron estaba el cónsul Lucio Emilio Paulo.

Por la tarde había finalizado la batalla con un saldo de bajas romanas cifrado en setenta mil soldados por Polibio, mientras que los prisioneros serían cinco mil. Tito Livio afirma que cuarenta y siete mil guerreros de infantería, dos mil setecientos jinetes con sus cabalgaduras, ochenta senadores, veintinueve tribunos, dos cuestores y uno de los dos cónsules, el patricio Lucio Emilio Paulo, yacían en la llanura de Cannas tras su fracaso bélico. Quintiliano escribe que fueron sesenta mil. Apiano los cifra en cincuenta mil. Según parece, sólo pudieron escapar catorce mil romanos. Aníbal perdió unos seis mil hombres y alcanzó la gloria, aunque al final la victoria en la guerra se decantó del lado

romano cuando Escipión derrotó a Aníbal en la batalla de Zama (202 a. C.).

El balance de pérdidas de Cannas «representa —según Pedro Barceló— la mayor catástrofe política, militar y demográfica de la historia de Roma. Nunca habían perdido tantas vidas humanas en un solo día, a raíz de una sola batalla. El mito de la invencibilidad de las legiones romanas se desvanece de golpe». El historiador Polibio escribe que la captura de Cannas «causó una gran conmoción en el ejército romano; pues no sólo se trataba de la pérdida de la posición y los suministros, sino del hecho de que con ello se perdía toda la región». De hecho, las consecuencias de la derrota parecían fatales para la pervivencia de la federación italo-romana y para el prestigio de Roma en el Mediterráneo occidental.

A LAS PUERTAS DE ROMA

Después de la batalla de Cannas, Aníbal convocó al alto mando cartaginés para analizar la situación y deliberar sobre los siguientes movimientos. Tenía la destrucción de Roma en sus manos. Muchos romanos se prepararon para escapar del enemigo, otros se afanaron en disponer la defensa de las murallas y los sacerdotes brindaban sacrificios a las divinidades para aplacar su ira. El clamor popular repetía: «*Hannibal ad portas*». Sin embargo, el púnico jamás alcanzó las puertas de la ciudad.

«En los planes de Aníbal no entraba la marcha sobre Roma. Desperdició la oportunidad de atacar el centro del poder enemigo en el momento psicológico más apropiado y cometió, posiblemente con ello, su primer y decisivo fallo en el planteamiento de la guerra, hasta ese momento plagado de aciertos», sostiene Pedro Barceló.

Para los historiadores es un enigma por qué no se dirigió inmediatamente a Roma. Con uno de los cónsules fallecido y otro aislado en el sur, en Venusia, miles de rehenes en su poder, y unos aliados itálicos indiferentes a la suerte de los romanos, podría haber tomado la ciudad en poco tiempo. Nunca como en ese momento Cartago estuvo tan próxima a la victoria.

Tito Livio nos presenta a un Aníbal rodeado de sus oficiales y guerreros que le felicitan, optimistas después de la batalla de Cannas, de modo que, en lugar de

partir de inmediato hacia Roma, decidió dar descanso a sus hombres. También a través de Livio ha llegado a nuestros días la conversación que mantuvo con el comandante de caballería Maharbal, quien le animó a seguir el combate y «dentro de cinco días celebrarás un banquete en el Capitolio», le dijo. Pero Aníbal no hizo caso de su consejo, por lo que Maharbal le soltó la célebre frase: «La verdad es que los dioses no se lo conceden todo a una misma persona. Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria».

Hay autores que defienden la idea de que Aníbal no quiso perder tiempo en un asedio prolongado cuando parecía más sencillo aislar la ciudad del resto de Italia. Sencillamente pensó que le resultaría más beneficioso aprovechar el tiempo durante el que su enemigo permaneciese en *shock* ante la aplastante derrota para convertirse en el amo de toda Italia y convertir a Roma en una simple provincia de la nueva capital que él mismo ya había ideado en la cercana ciudad de Capua, la más poblada y rica de Italia, después de Roma.

«Las tropas de Aníbal, brillantes en el campo de batalla, no estaban suficientemente preparadas para acometer la guerra de trincheras que habría supuesto el bloqueo de una ciudad-fortaleza de la magnitud de Roma», afirma Pedro Barceló. Ocho meses largos y muchas penalidades le había costado el cerco de Sagunto, sin duda una plaza más fácil de tomar que Roma.

Otros expertos son partidarios de la teoría de que Aníbal no devastó Roma simplemente porque él no era un destructor y lo que buscaba era desmoronar las estructuras del imperio territorial de Roma, para que sus aliados se cambiaran de bando y apoyaran a los cartagineses. Supuso equivocadamente que la derrota de Cannas desencadenaría la rebelión de los pueblos sometidos a Roma.

Según esta teoría, el plan de Aníbal era romper el poder militar de Roma en una serie de batallas abiertas, como ya lo había demostrado en Trebia y en el lago Trasimeno. Su superioridad táctica era indiscutible, así que no le costaría acabar con la cohesión del imperio, dividir la federación itálica, hacer que los celtas, umbros, etruscos, samnitas y las antiguas ciudades griegas de Tarento y Siracusa perdieran el temor hacia Roma ante las posibilidades de que él les devolviera la independencia. Esperó a que aparecieran esos aliados. Algunas ciudades samnitas, apulias y lucanas se pasaron al bando de Cartago. La ciudad de Capua le abrió sus puertas, pero sus habitantes no se unieron a su ejército.

«Aníbal esperaba que Roma se aviniera a entablar conversaciones de paz.

Pero nada de eso sucedió. Los romanos no negociaban con el vencedor, incluso, se negaban a pagar el rescate de los prisioneros en su poder. Roma no se dio por vencida. Desafió a Aníbal resistiéndose a ofrecer la más mínima concesión. Estaba decidida a seguir haciendo la guerra», señala Pedro Barceló.

Aníbal tomó un rumbo diferente y decidió cambiar de táctica con la esperanza de poder erosionar la hegemonía romana en Italia. De lo que cuenta Livio se desprende que quería edificar una federación italo-púnica basada en la libre voluntad de los socios, a los que trataría con la máxima liberalidad. Pero la mayoría de las ciudades importantes no hicieron caso de su propuesta y permanecieron fieles a Roma. Las victorias logradas hasta el momento no bastaban para erosionar los cimientos del poderío romano en Italia y la federación se mantuvo intacta, a pesar de algunos cambios.

Sin embargo, la decisión de no dirigirse a Roma pone en cuestión el tan mentado juramento de odio y venganza eterna cuando era niño y, ajuicio de algunos especialistas, ofrece una imagen de hombre templado, sabio en las artes militares y políticas e incapaz de permitirse arrebatos y pasiones subjetivas que comprometiesen una planificación racional y largamente meditada, frente a la figura de Aníbal de los juicios de los historiadores clásicos, impregnados de parcialidad, que destacan su enorme crueldad.

Aníbal no pisó nunca Roma. Quién sabe qué habría sucedido si hubiese decidido tomar la ciudad de las siete colinas. Para algunos historiadores, si Aníbal hubiera ganado aquella guerra, en lugar de la romanización que sufrió todo Occidente, tal vez la cultura actual europea se hubiera desarrollado sobre las bases de su erudición semítica oriental. El propio Tito Livio afirma respecto a la derrota romana en Cannas que «su trascendencia habría sido mayor si el enemigo hubiera seguido adelante». Por el contrario, de ella acabó resultando el renacimiento de Roma.

FINAL DE UN SUEÑO

Aníbal permaneció en Italia los catorce años siguientes. Destruyó otros cuatro ejércitos romanos. Acabó con la vida de otros cinco comandantes. Pero no pudo provocar una rebelión y finalmente se debilitó. En opinión del historiador Pedro

Barceló, a la vista de lo que sucedió tras Cannas, parece que hay dos lecturas a la hora de interpretar las fuentes antiguas y las consecuencias de la batalla.

Por un lado, hay quienes hablan de que Cannas se saldó con una aplastante victoria cartaginesa, desperdiciada después por la indecisión de Aníbal al no marchar a Roma para recoger los triunfos de su éxito. Así, nos muestran a un Aníbal con gran capacidad como comandante en el campo de batalla, pero con pocas dotes como estratega y estadista. Esta lectura encajaría con los deseos de la aristocracia romana, interesada en presentar al contrincante como un temible enemigo.

Otra lectura contempla la batalla como menos favorable a Aníbal. El resultado del enfrentamiento dejó malparado a su ejército, que necesitó tiempo y refuerzos para recuperarse. «Las pérdidas del ejército cartaginés mermaron significativamente su capacidad de acción. Roma podía conseguir nuevos soldados con sorprendente rapidez, no así Aníbal», defiende Pedro Barceló. Esta lectura, según Barceló, tiene más verosimilitud y «explicaría convincentemente por qué Aníbal después del triunfo de Cannas desistió en emprender la marcha hacia Roma».

Lo que está claro es que Roma no cedió, ni firmó ningún tratado de paz con Aníbal. Al contrario, la lucha continuó y se extendió. En un tiempo récord consiguieron rehabilitar a más de una docena de legiones y activar su flota en el Mediterráneo central con el objetivo de que los suministros y refuerzos que desde Cartago pudieran enviar a Aníbal vía marítima no llegasen.

A partir del año 215 a. C. los campos de batalla proliferaron en el mundo mediterráneo. En Hispania, los hermanos Escipión disputaban con Asdrúbal la posesión de las zonas mineras, esenciales para la financiación cartaginesa de la guerra. En el centro, Aníbal tenía su cuartel general en Capua, desde donde seguía operando en el sur de Italia, en Campania. Los romanos optaron por intimidarle, cercarle sin combatir y, al mismo tiempo, hostigar a los aliados itálicos de los cartagineses. Se impuso el criterio que ya había desarrollado Quinto Fabio Máximo de minimizar el riesgo romano y hacer una guerra de desgaste contra Aníbal. También las legiones de Tiberio Sempronio Graco se empeñaron en cortarle su radio de acción.

Paralelamente, las notas romanas y púnicas surcaban las aguas del Mediterráneo occidental intentando neutralizarse. Cartago mandó un cuerpo

expedicionario a Cerdeña con la intención de recuperar la isla, pero fue rechazado. En Sicilia las tropas de Marco Claudio Marcelo y Apio Claudio Pulcro combatían contra los mercenarios cartagineses preparados para sitiar Siracusa. En el Adriático, una flota al mando de Marco Valerio Levino tenía la misión de disuadir a Filipo V de Macedonia, aliado de Aníbal, de invadir Italia.

A Aníbal no le iba mal en suelo itálico, pero debía empeñar todas sus energías y recursos para que su ejército, acostumbrado a llevar la iniciativa, no fuera hostigado y obligado a reaccionar ante las acciones enemigas. En el año 213 a. C. se apuntó un importante tanto: a Capua y Siracusa se les unía Tarento, la ciudad griega más importante en suelo itálico, que abandonó la alianza de Roma por la de Cartago.

Sin embargo, Aníbal no pudo impedir que Publio Escipión, al mando de la flota, y su hermano Gneo, a la cabeza del ejército de tierra, fueran conquistando la península Ibérica. Los romanos se fueron imponiendo en suelo hispano a medida que el ejército cartaginés se iba debilitando. Al igual que Aníbal intentaba minar los cimientos de la federación italo-romana, los hermanos Escipión empezaron a incitar a los pueblos hispanos para que abandonasen la causa de Cartago. Roma consiguió adhesiones, consolidando su presencia en el norte de Hispania.

Tras una sucesión de victorias y derrotas, decreció la actividad bélica en todos los frentes. Con la conquista de Siracusa por el ejército de Marco Claudio Marcelo, y de Capua (año 211 a. C.) por parte de Quinto Fluvio Flaco y Apio Claudio Pulcro, los romanos ya habían recuperado su fortaleza militar y la fe en sus capacidades. A partir de ahí, comenzaron las derrotas de Aníbal.

La óptica romana nos muestra a los Escipiones neutralizando la base logística de Aníbal en el transcurso de la guerra en suelo hispano. Después, cuentan que bajo los auspicios del joven Publio Cornelio Escipión, hijo del antiguo rival de Aníbal, que pasará a la historia con el apelativo de «el Africano», en referencia a su mayor triunfo, expulsó a los cartagineses de Hispania, tras enfrentarse, en el año 211 a. C., a tres ejércitos púnicos y apoderarse de su cuartel general en Cartagena. Fue el inicio de la dominación romana de Hispania, que se iba a prolongar durante siglos.

Mientras, se multiplican los problemas de Aníbal en Italia. En el año 208 a. C. el enfrentamiento se fue transformando en una guerra de guerrillas y de

desgaste que favorecía a los romanos. En el 207 a. C., en Metauro (Liguria) tuvo lugar una batalla decisiva en la que Claudio Nerón venció a un ejército de apoyo comandado por Asdrúbal, que pretendía sitiar Roma, lo que quebró la estrategia italiana del general cartaginés. En los años 206-205 a. C. las tropas cartaginesas se vieron obligadas a abandonar la península Ibérica y la gloriosa época de expansión púnica, ligada a la familia Bárquida, tocó a su fin.

LA VUELTA A CARTAGO

Tras expulsar a los cartagineses de la península Ibérica, el general romano Publio Cornelio Escipión desembarcó en Útica, cerca de Cartago (204 a. C.), a pesar de que el ejército púnico continuaba estacionado al sur de Italia. El romano había demostrado ser un estratega excepcional, tras la conquista de Cartagena, la victoria sobre Asdrúbal en Baecula y otra victoria, tácticamente perfecta, en la batalla de Hipa. De nuevo un miembro de la familia Escipión copiaba una táctica del cartaginés: la victoria tendría que librarse en tierras del enemigo. Así, para sacar a Aníbal de Italia la única opción era llevar la guerra a Cartago.

En el 202 a. C. el joven Escipión —que había perdido a su padre y a su tío en la guerra y estaba ansioso de vengarse— consiguió el apoyo de un rey númida y de importantes contingentes de su magnífica caballería. «Como si copiara la táctica que Aníbal utilizó en Cannas, los jinetes romanos en Zama, en el norte de África, envolvieron a la infantería cartaginesa y le propinaron un golpe mortal», explica Pedro Barceló. El invicto Aníbal fue vencido en la batalla con sus propias armas y los púnicos se vieron obligados a firmar un tratado de paz pésimo y humillante. El cartaginés escapó con el fin de reanudar la lucha más tarde, pero las guerras para Aníbal habían concluido.

La envidiada y poderosa Cartago, siempre orgullosa de su independencia, pasó a ser un estado vasallo de Roma y finalizó la pesadilla que suponía para los romanos la presencia del ejército púnico en suelo itálico. «El resultado decisivo de la guerra fue sin duda la aceleración del proceso de construcción del Imperio romano a costa de las antiguas posesiones cartaginesas: Cerdeña, Sicilia e Hispania. Que los romanos se fijaran, inmediatamente después de la Segunda Guerra Púnica, en Grecia y demás países del Mediterráneo oriental es una

consecuencia lógica de su imparable avance», indica Barceló.

Los hermanos Asdrúbal y Magón, los más fieles lugartenientes de Aníbal, murieron en el transcurso de la guerra. Tras la firma del tratado de paz con Roma, Aníbal continuó con el mando del ejército. En el año 197 a. C. fue nombrado *Sufeta* de Cartago, el más alto cargo público de la república cartaginesa, con un poder similar al que tenían en Roma los cónsules. Se ganó la fama de ser insobornable y tomó una serie de importantes medidas para aumentar la eficacia del sistema fiscal y político de Cartago.

Una conspiración le obligó a huir de la ciudad. Era el año 195 a. C.; había intentado reconstruir el poderío militar cartaginés, pero no lo consiguió y tuvo que refugiarse en la corte de Antíoco III de Siria, a quien indujo a enfrentarse con Roma. «Desde su huida de Cartago en 195 a. C., Aníbal recorrió durante unos doce años casi todos los países del mundo helenístico, obligado a pedir asilo político en Éfeso, en Creta, en Armenia y, al final, en la corte del rey Prusias de Bitinia. Sin embargo, no logró encontrar un hogar permanente ni seguro en ninguna parte», mantiene Pedro Barceló.

Ante un nuevo acoso de Roma, en la persona de Tito Quinctio Flaminino, tras la pérdida de apoyo del rey Prusias, Aníbal no vio otra salida que el suicidio. En el año 183 a. C., según la fecha que aporta Tito Livio, y un año más tarde, según la mención de Polibio, se quitó la vida en Bitinia, ante la posibilidad de que le entregaran a los romanos.

Cartago, la cuna de Aníbal, no le sobrevivió mucho tiempo. Durante la Tercera Guerra Púnica (149-146 a. C.), los romanos espoleados por el famoso discurso del político Catón el Viejo y su «*Ceterum, ceseo Carthaginem esse devendam*». («Por lo demás, pienso que Cartago debe ser destruida»), acabarían desembocando en una confrontación con sus eternos enemigos que provocaría la completa destrucción de Cartago. Los romanos exterminaron a la población, saquearon sus hogares, destruyeron sus edificios y templos, y sembraron de sal sus tierras para impedir la posterior repoblación y colonización. Volvió a ser un miembro de la familia de los Escipiones, Publio Cornelio Escipión Emiliano, quien capitaneó el ejército que borró a Cartago de forma inexorable del mapa político de la Antigüedad.

6

ALESIA

Fecha: 52 a. C.

Fuerzas en liza: Las legiones romanas contra las tribus galas.

Personajes protagonistas: Los romanos Julio César y Tito Labieno y el jefe de la tribu de los arvernos, Vercingétorix, y su primo Vercasivellauno.

Momentos clave: El asedio y toma de la ciudad de Avarico (Bourges); la batalla de Gergovia y el enfrentamiento abierto de ambos ejércitos en Bibracte.

Nuevas tácticas militares: Empleo de catapultas y ballestas con mecanismo de torsión como armas de apoyo a la infantería. Construcción de complejos sistemas de asedio, con diversos tipos de fosos, fortificaciones y trampas, incluida la utilización masiva de abrojos.

A finales del verano del año 52 a. C. los ejércitos de la República de Roma, dirigidos por el más brillante de sus generales, Julio César, se enfrentaron en la región de Alesia, en la actual Borgoña francesa, a una confederación de tribus galas, lideradas por Vercingétorix, jefe de los arvernos. La batalla dio la victoria definitiva a los romanos en la prolongada guerra de las Galias y supuso un aumento enorme de la riqueza de la República, con la anexión de extensas tierras. Además, el sitio de Alesia está considerado uno de los grandes éxitos militares de César. En la actualidad se estudia como un ejemplo clásico de sitio a una fortificación. En los últimos años, recientes descubrimientos arqueológicos, nuevas investigaciones y el análisis sistemático de la guerra romana han permitido encontrar nuevos datos que arrojan luz sobre el éxito de César y cómo con cincuenta mil soldados venció a un cuarto de millón de guerreros celtas.

LA GALIA DE OTROS TIEMPOS

Cuando se produjo la guerra de las Galias, los romanos y los galos llevaban tres

siglos y medio de enemistad. La penetración de los celtas en Italia, que se había iniciado en el siglo VI a. C., alcanzó su éxito mayor en 390 a. C. con la derrota romana a orillas del río Alia y el saqueo de Roma. Según la tradición, los galos se apoderaron de toda la ciudad a excepción del Capitolio, donde se refugiaron los habitantes que no habían huido a Veyes. «El suceso dejó una profunda huella en la memoria romana, decidida a no sufrir nunca más tal indignidad y deshonra. En la cultura romana de entonces, los galos eran considerados como unos terribles bárbaros, el tipo del enemigo temible con el que se asusta a los niños», sostiene Neil Faulkner, escritor y arqueólogo del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. Para César, invadir las Galias, la patria de los crueles bárbaros que habían capturado y humillado a Roma, «fue una empresa contra la esencia misma de las pesadillas romanas», indica Tom Holland, doctor en Historia Antigua por la Universidad de Oxford, además de autor de varios *best seller* históricos, entre ellos *Rubicón. Auge y caída de la República romana*.

Julio César llegó a la Galia Cisalpina (el norte de Italia) como procónsul en el año 59 a. C. y enseguida se extendió su mandato a la Galia Transalpina, más o menos lo que hoy es Francia. En aquellos días, las Galias estaban compuestas por un gran número de tribus celtas, algunas de las cuales tenían acuerdos con la República de Roma; otras habían abandonado la monarquía tribal para instalar repúblicas inspiradas en la romana; y otras tenían intermitentes enfrentamientos con los dominadores.

César se enfrentó a un país dividido en tribus. «Él aplicó la máxima de “divide y vencerás”. En seis años, fue aniquilando una tribu tras otra, pero lo que necesitaba era obtener una victoria decisiva porque había muchos enemigos diferentes. César anhelaba la oportunidad de aplastar a todos los galos y sus deseos de independencia», explica Tom Holland.

Para el profesor Jonathan Roth, especialista en historia militar romana de la Universidad de San José (California), «César ha de ser calificado como uno de los mayores estrategas de todos los tiempos. Unió habilidad militar, experiencia, verdadero sentido de estrategia y táctica, con una enorme capacidad de arriesgarse, incluso cuando se trataba de riesgos personales». Y para acabar con la creciente resistencia ante los romanos no dudó en provocar una marea de sangre y fuego.

Lo cierto es que muchos galos no estaban dispuestos a someterse al yugo

romano y se habían producido varias sublevaciones de distintas tribus: los helvecios primero, pasando después por la tribu germánica de los suevos, los belgas y los nervios. Estos intentos, tarde o temprano, fracasaron. Dos años antes de Alesia, en el invierno de los años 54 y 53 a. C., la tribu ya pacificada de los eburones, dirigida por Ambiórix, se rebeló contra la invasión romana y destruyó la XIV Legión. Esta rebelión despertó de nuevo los sentimientos antirromanos en toda la región. Con todo, tras seis años de guerra, las Galias habían sido sometidas a la República. Una tras otra, todas las tribus habían claudicado ante Julio César, quien con el *imperium* proconsular tenía autoridad absoluta en estas provincias.

Tras cada sublevación, el procónsul lograba retomar el control de la Galia. Con ello, los galos empezaron a comprender que la dominación romana se consolidaba y que sólo podrían recuperar la libertad si se unían para derrotar al invasor. Así, los dirigentes galos —que ya habían celebrado varias asambleas sin conseguir acuerdos debido, sobre todo, al sentido individualista de cada tribu— decidieron reunirse en el año 53 a. C. en la localidad de Bibracte, en la confluencia de las cuencas del Saona, el Yonne, el Sena y el Loira, al sur de la actual Borgoña, por iniciativa de los eduos, una tribu antes leal a Roma.

Desde el siglo II a. C., Bibracte había sido la capital de los eduos y un lugar clave de intercambios comerciales entre celtas y romanos. Según recoge el propio Julio César en su célebre *La guerra de las Galias* (De Bello Gallico), donde relata las operaciones militares durante estos enfrentamientos (del 58 al 52 a. C.), los eduos se unieron a la revuelta gala y coronaron rey a Vercingétorix en el *oppidum* (recinto elevado y fortificado) de Bibracte. Enseguida César se dio cuenta de que, pese a su juventud, Vercingétorix seria un formidable oponente, al menos eso cuenta en *De Bello Gallico*, que es una obra maestra de propaganda política, con la que César quería impresionar a sus amigos e influir en sus lectores, según afirma Mark Corby, antiguo capitán del ejército británico y experto en táctica militar romana del Instituto de Arqueología de Londres y de la Universidad Durham (Reino Unido).

LOS CELTAS, EXPERTOS EN TECNOLOGÍA BÉLICA

Actualmente Bibracte es un lugar de referencia para el estudio de la civilización céltica prerromana, con numerosos programas de excavación, incluida una investigación de la Universidad de Zaragoza. Recientes trabajos de arqueología realizados en la zona han puesto de manifiesto que los galos no habían sido subestimados por César, entre otros motivos porque eran excelentes fabricantes de armas. Según Vincent Guichard, comisario de los yacimientos arqueológicos de Bibracte, «había una larga tradición de metalurgia en el mundo galo. En el momento de la guerra de las Galias, la producción gala en este terreno es al menos tan importante como la romana, e incluso en algunos aspectos mejor».

En las forjas celtas se fabricaron espadas de gran calidad, con hojas muy ligeras y delgadas y perfectamente regulares, como muestran los restos arqueológicos del campo de batalla de Alesia, gran parte de ellos exhibidos en la exposición galo-romana del Museo de Antigüedades Nacionales de Saint Germain-en-Laye. Su comisario, Laurent Olivier, también comparte la idea de que los galos eran expertos en tecnología bélica. «Los cascos galos —asegura— son muy similares a los romanos. Con una excelente técnica de trabajar el hierro, eran tan buenos y resultan tan parecidos a los romanos que se piensa que éstos pudieron copiar a los galos». Y lo corrobora Peter Connolly, autor de numerosos libros sobre el mundo antiguo y autoridad mundial en historia militar romana del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres. «En el siglo I a. C., —señala—, los celtas empezaron a hacer los cascos de hierro con algunas características defensivas maravillosas. Mucho mejores que los cascos romanos, que no eran tan seguros y protectores».

Sin embargo, entre los celtas las habilidades bélicas no se limitaban a las armas. Gracias a las descripciones de Julio César en su obra también sabemos que tenían técnicas de fortificación, como el *murus gallicus*, conjunto de muros de tierra y piedras, reforzados con traviesas de madera unidas perpendicularmente con clavijas de hierro de entre 20 y 30 centímetros. Según el comisario de los yacimientos arqueológicos de Bibracte, Vincent Guichard, «empleaban una mezcla de piedra, tierra y vigas de madera, muy típico de las fortificaciones de finales de la Edad del Hierro. De hecho, este tipo de construcciones se encuentra en la mayoría de las grandes fortificaciones del siglo I a. C. en la antigua Galia. Eran muros de piedra con vigas colocadas

perpendicularmente al frente de la muralla. En la parte interior del muro utilizaban una compleja red de vigas horizontales cruzadas entre sí y que servían para aumentar la solidez de la pared».

UN CAUDILLO A LA ALTURA DE JULIO CÉSAR

A pesar del avanzado dominio celta en materia militar, «la única manera de que los galos tuvieran alguna posibilidad de derrotar a César era que se uniesen para luchar juntos; crear un ejército único para una gran campaña», afirma el escritor y arqueólogo Neil Faulkner. Y es que los celtas ya habían comprobado que no podían vencer a los soldados romanos con su forma de entender la guerra, concebida como un combate de orgullosos, heroicos y decididos hombres libres. Las legiones luchaban en orden, con disciplina y frialdad, guiados por la astucia y la magistral estrategia de Julio César. Para enfrentarse a Roma era preciso superar la organización política tribal, se necesitaba disciplina y un mando único. Precisaban de un jefe que fuera obedecido por el conjunto.

Decididos a evitar una sublevación parcial que tantas veces les habían llevado a la derrota, nombraron a Vercingétorix, jefe de los arvernos, comandante de los ejércitos unidos de la Galia, entre los que se encontraban, junto a los arvernos, los aulercios, audecaros, turones, lutecios, senones, rutenos… Sólo los remos y los lingones prefirieron mantener su alianza con Roma.

Los arvernos habían sido aliados de Roma, pero su hegemonía era cada vez más agobiante. Vercingétorix se decidió por la insurrección y para los galos ya no hubo duda: aquél era el líder que podía unirlos y conducirlos a la victoria. «Vercingétorix era un hombre poderoso, no sólo capaz de unir a los galos, sino también de ejercer alguna forma de liderazgo. En otras palabras, César tuvo enfrente un oponente que valía la pena», señala Mark Corby. Una idea que comparte Neil Faulkner, para quien «Vercingétorix fue un comandante militar excepcional, en cierto modo comparable con César».

Vercingétorix no defraudó: a principios del 52 a. C. estalló la rebelión gala. Esta vez eran las tribus de la Galia celta, en el corazón de la actual Francia. Los primeros en sublevarse fueron los carnutos, de Cenabum, actual Orleans, que

aniquilaron a la colonia mercantil romana establecida en esa ciudad.

El nuevo caudillo no presentó batalla campal a los romanos, cuya superioridad en táctica y armamento los hacía prácticamente invencibles, sino que optó por una especie de guerra de guerrillas, combinada con matanzas de ciudadanos romanos en toda la Galia. Pronto Vercingétorix controló la Galia independiente y amenazó la Galia romana; Julio César, que estaba en sus cuarteles de invierno de la Galia Cisalpina, cruzó en tiempo récord los Alpes. Al llegar a la Galia central, dividió sus tropas: Tito Labieno al norte, con cuatro legiones, para combatir a los parisios y los senones; personalmente, con seis legiones romanas, se encargaría de Vercingétorix.

LAS TÁCTICAS DE COMBATE DE CADA JEFE

La rebelión masiva contra el invasor romano ya estaba en marcha. César intentó reprimir la sublevación destruyendo las ciudades más ricas de las tribus rebeldes. Vercingétorix optó por una táctica de «tierra quemada», arrasando los campos y las ciudades hacia las que se dirigía el procónsul. Era la manera de que las legiones no encontrasen avituallamiento en su marcha.

Durante semanas los galos quemaron cosechas y aldeas que pudieran proveer de suministros a las legiones, aunque ello también supusiera hambre para los habitantes del país. Sin embargo, cuando César estaba acorralado y los galos tenían ventaja, Vercingétorix, según muchos expertos, tomó una decisión nefasta: al llegar a la ciudad de Avaricum, capital de los biturigos, objetivo de César, cedió a las súplicas de sus jefes y no incendió la urbe. Gracias a su buena posición defensiva, sus habitantes confiaban en soportar un asedio prolongado y decidieron hacer frente a César, que recurrió a la táctica «rápida» de asedio de los romanos, la construcción de rampas por las que las torres de asalto alcanzaban las murallas.

Esto supuso la primera derrota del caudillo galo ante César, que consiguió una sonada y cruenta victoria. De los cuarenta mil habitantes de la ciudad sólo ochocientos pudieron huir y unirse a Vercingétorix. Los galos no se amilanaron ante la matanza, sino que este hecho hizo que se levantaran más tribus galas contra César. Entonces, Vercingétorix optó por refugiarse en Gergovia, capital de

los arvernos, una ciudad-fortaleza inexpugnable.

Mientras las cuatro legiones al mando de Labieno estaban en el norte, en la ciudad de Lutecia, actual París, enfrentándose a los parisios, en la primavera del año 52 a. C. César, con sus otras seis legiones, decidió perseguir hasta Gergovia al gran caudillo. «Para César era una oportunidad, porque si podía copar a las fuerzas más significativas de los galos, terminaría con la resistencia antirromana de una vez por todas», mantiene el historiador y escritor Tom Holland.

Primero se encontraron frente a frente los dos enemigos, cada uno a una orilla del río Allier. Tras unos días de escaramuzas, César pudo envolver a los galos, lo que le dio ventaja. Entonces, Vercingétorix se replegó en Gergovia. La topografía de dicho lugar es muy parecida a la de Alesia. Se trata de una meseta, una zona llana rodeada por acantilados abruptos. «A pesar de ser un terreno muy complicado, César vio una oportunidad y decidió atacar», afirma Vincent Guichard, director de los yacimientos arqueológicos de Bibracte.

César cargó contra los galos y fue derrotado. Los galos conocían el lugar, tenían una posición más elevada y estaban motivados por la pasión, el orgullo de defender su tierra… César no tuvo más remedio que retirarse y abandonar el asedio de Gergovia. «El resultado fue la primera derrota militar de César en siete años, y la noticia se extendió como un reguero de pólvora en toda la Galia», indica Tom Holland.

Vercingétorix se hizo más fuerte y más tribus se unieron a su causa. Los guerreros de la Galia acudieron en masa a rendir pleitesía al caudillo, incluidos los eduos, aliados tradicionales de Roma. De repente, César parecía vulnerable; el mito del hombre invencible había caído. «César aprendió que no trataba con unas tribus salvajes, sino que eran capaces de propinarle un primer revés», matiza el escritor y arqueólogo Neil Faulkner. La batalla de Gergovia fue un punto de inflexión; ahora eran los galos los que amenazaban a los romanos.

Un estudio más minucioso de la batalla de Gergovia revela que la derrota romana no fue tan desastrosa como parece. Según indica el experto en historia militar romana Peter Connolly, «el problema fue que una parte significativa del ejército de César estaba con Labieno en el norte, y con seis legiones no tenía suficientes fuerzas para derrotar a los galos». Tras el revés sufrido, César decidió retirarse y unirse a Labieno en el norte.

La situación era muy favorable para los galos, pero Vercingétorix

equivocadamente cedió de nuevo, esta vez ante las orgullosas pretensiones de los jefes de las tribus galas que, envalentonados por la derrota de César, deseaban una batalla en campo abierto. La táctica de Vercingétorix había sido hasta el momento evitar el enfrentamiento directo y le había ido muy bien. Pero la insistencia de los jefes de las tribus le obligó a ceder. Los galos seguían siendo inferiores en ese tipo de combate, pues no habían superado totalmente su actitud individualista en la guerra.

Con Labieno, el ejército de César estaba otra vez completo. En Bibracte se enfrentaron ambas caballerías. Fue todo un desastre. La orgullosa y heroica caballería gala fue derrotada fácilmente por las disciplinadas y eficaces legiones romanas y la caballería germana, en su mayoría compuesta por jinetes ubios, de la Alemania central, con caballos de la tribu aliada de los remos, del este de la Galia Comata o Melenuda. La explicación para el experto Mark Corby está en que los galos se atemorizaron ante la caballería germana, mucho más feroz y efectiva. «La caballería y la infantería galas en realidad eran una tropa de choque», afirma. La victoria fue un bálsamo para Roma después de la derrota de Gergovia.

Los galos sufrieron terribles bajas y Vercingétorix se dio cuenta de que vencer a los romanos en una batalla abierta era imposible. Ambas partes habían aprendido de los errores y aciertos de sus contrincantes; meses después esta experiencia influyó en su táctica en Alesia. «En 52 a. C., los galos, después de haber sufrido más de seis años durante los que César destruía todo a su paso, empezaron a tener una idea de cómo luchar contra él», señala Mark Corby.

ALESIA, FORTALEZA IRREDUCTIBLE

En verano del 52 a. C. Vercingétorix se retiró a Alesia, la ciudad fuerte de los mandubios, a esperar la llegada de refuerzos del resto de la Galia. Todas las tribus galas que anteriormente no se habían unido a la revuelta se sumaron a ella. En Alesia todos los enemigos de César estaban en un solo lugar. Ésta era la oportunidad que el general romano estaba buscando desde hacia años. Y no faltó a la cita.

Alesia era la principal ciudad fortificada de la tribu gala de los mandubios,

situada en el corazón de la Galia, en la actual villa de Ali-se-Sainte-Reine.

Ocupaba una pequeña meseta de forma romboidal, de unos dieciocho kilómetros de perímetro, que se eleva unos ciento cincuenta metros, dominando un amplio territorio, y estaba rodeada de valles y ríos excepto por la parte occidental, por la que se abría a una zona llana. Además de contar con estas defensas naturales, disponía de un muro de piedra característico de los *oppida* (ciudades fortificadas), de modo que era casi inexpugnable. Allí Vercingétorix se encerró con cerca de ochenta mil hombres prestos para la batalla.

«En la meseta de Alesia, Vercingétorix tenía una posición dominante en todas las direcciones, en una posición aparentemente inexpugnable. Su ejército estaba protegido dentro de una impresionante línea fortificada. Derrotarlo era imposible», indica Peter Connolly. Durante años, Connolly ha estudiado exhaustivamente todos y cada uno de los campos de batalla de Julio César y ha investigado los factores clave que condujeron a la victoria del romano en Alesia. «Vercingétorix —explica— decidió hacer lo mismo que había hecho en Gergovia. Pero esta vez César no quiso apresurarse, como en Gergovia, con un asedio corto y un asalto intrépido».

Confiado, Vercingétorix estaba convencido de que era absolutamente imposible para los romanos sitiar Alesia. La fortaleza de la meseta era demasiado grande, el terreno a su alrededor era muy escabroso y difícil. Para Tom Holland: «Sitiar Alesia fue una decisión valiente; a César le gustaba arriesgarse. Y es que cuando Vercingétorix se retiró a Alesia, César lo interpretó como un signo de debilidad». El especialista norteamericano en historia militar romana Jonathan Roth mantiene que, a pesar de la enormidad de la zona a asediar, el sitio de Alesia daba realmente ventaja a los romanos. «Era la oportunidad de encontrar, capturar y destruir el ejército galo en un solo golpe», dice.

Así, el primer objetivo de César fue rodear la meseta fortificada. César relata en *La guerra de las Galias* que sus 50 000 hombres (40 000 legionarios y 10 000 auxiliares) marcaron en primer lugar el perímetro de asedio con veintitrés fuertes que les sirvieran de protección en caso de ataque de los galos. Luego cavaron una gran zanja de seis metros de anchura que atravesaba, de río a río, el llano que se abría al oeste de Alesia y que constituía la única vía de salida. Eso impediría el ataque de la caballería gala y dificultaría el de su infantería, en caso

de que intentaran una salida.

A continuación los hombres de César comenzaron los auténticos trabajos de poliorcética para un asedio «largo». En esta modalidad de sitio, al contrario de lo que se había hecho en Avaricum, no se pretendía asaltar la fortaleza cercada, sino rendirla por hambre mediante un dispositivo que hiciera imposibles las salidas y fugas, o que llegasen hasta ella suministros y refuerzos.

Cuatrocientos metros más lejos de la zanja excavaron dos fosos paralelos, de seis metros de ancho y otros tantos de profundidad cada uno, que luego se ampliaron, adaptados al relieve, hasta ceñir completamente la ciudad con un anillo de dieciséis kilómetros de perímetro. El foso más próximo a la plaza se llenó de agua; detrás del exterior, con la tierra extraída, se hizo un terraplén en el que plantaron horizontalmente estacas afiladas. Sobre el terraplén se construyó una empalizada, festoneada de torres defensivas de veinticinco metros de altura.

¿Qué soldado enemigo podría superar dos fosos precedidos de un triple sistema de trampas, para llegar a una empalizada guarnecida de torres y apoyada por las mejores máquinas de guerra? «Estamos hablando —señala Mark Corby — de un ejército que deberá luchar contra los mejores ingenieros en el mundo conocido. De hecho, en muchos sentidos la pala en el ejército romano era mucho más fuerte que la espada». Según recuerda Peter Connolly, los romanos fueron los primeros en construir trincheras para restringir el área en la que el enemigo podría operar.

A este triple anillo defensivo se añadió una serie de peligrosos obstáculos. Partiendo del foso con agua y hacia el interior, los zapadores cavaron cinco zanjas de metro y medio de profundidad, en las que se plantaron ramas puntiagudas con forma de asta de ciervo, formando una barrera espinosa. Delante de éstas, hicieron ocho hileras de hoyos, en cada uno de los cuales pusieron un «lirio», una estaca afilada; luego cubrían el agujero con hierba, de forma que se convertían en mortíferas trampas. Y por si fuera poco, delante de los «lirios» sembraron el terreno de unos tarugos de treinta centímetros que se enterraban, dejando al aire unas lengüetas de hierro con punta de arpón, prácticamente invisibles para los asaltantes. Hay que tener en cuenta que, al contrario de lo normal cuando se produce un asedio, el número de guerreros galos en Alesia era muy superior al de los romanos; por eso eran los sitiadores quienes necesitaban protegerse de los ataques de los sitiados.

«No hay nadie en la historia mejor que los romanos organizando un sitio; en otras palabras, eran expertos en matar al enemigo de hambre», señala Peter Connolly.

Según sostiene Mark Corby, César logró persuadir a varios prisioneros galos para que le contaran qué sucedía dentro de la fortificación. «A través de ellos supo algo fundamental: que los galos tenían suministros aproximadamente para treinta días». Si los romanos podían mantener el sitio más de treinta días, la resistencia se empezaría a debilitar…

«Para Vercingétorix era una pesadilla. Estaba atascado en la cima de una colina fortificada, rodeada por un ejército romano de cuarenta o cincuenta mil soldados que él podía ver desde lo alto. Podía divisar cómo le estaban poniendo un nudo alrededor de su cuello. Lo que debía hacer era salir de este anillo antes de que fuera completo o por lo menos intentar que alguien desde el exterior pudiera romperlo», explica Mark Corby.

Sin embargo, los trabajos de ingeniería de Julio César no se limitaron a la construcción de un sistema de circunvalación alrededor de Alesia. Las fotografías aéreas realizadas por Rene Goguey —quien se describe a sí mismo como arqueólogo aéreo y que comenzó a apasionarse por esta batalla cuando era piloto de reconocimiento de la fuerza aérea francesa— sirven para captar la dimensión de la formidable obra de sitio de los legionarios, considerada por muchos expertos una de las más ingeniosas y efectivas de la historia militar de todos los tiempos.

La observación arqueológica en la zona no ofrece datos concluyentes, porque las roturaciones antiguas y modernas han hecho desaparecer muchas huellas bastante tenues de aquella época. Además, las pequeñas estructuras excavadas por los romanos permanecieron abiertas poco tiempo y se distinguen muy mal. Sin embargo, sobrevolando la zona, se han podido ver rasgos del paisaje que permiten entender qué sucedió en Alesia hace más de dos mil años. Goguey ha tomado más de diez mil fotografías aéreas del campo de batalla. Mediante el uso de cámaras de infrarrojos y la manipulación del color ha dado una nueva visión de la verdadera magnitud de las fortificaciones. Los romanos construyeron no una, sino dos líneas de bloqueo: la que acabamos de describir frente a los galos de Alesia y otra exterior, como veremos.

Entre otras técnicas de observación empleadas, Rene Goguey ha estudiado

los cultivos que crecen en la actualidad en el campo de batalla, que le han aportado valiosas pistas sobre las fortificaciones romanas. «Las antiguas zanjas del sitio se ven desde el aire porque los cultivos crecen a una altura mayor sobre ellas que los que hay a uno y otro lado. Después de dos mil años, se aprecian perturbaciones en el suelo. Estas huellas de la batalla puede ser más fácilmente avistadas desde el cielo».

Sobrevolando la zona, a la vista de todas las líneas y círculos geométricos marcados en el suelo —lo cual indica que han sido hechos por el hombre a diferencia de las irregulares líneas geológicas—, los descubrimientos de Goguey corroboran gran parte de las descripciones de César sobre las líneas de asedio recogidas en *La guerra de las Galias*. Incluso este experto ha hallado en el noreste una puerta hasta ahora desconocida. «Más allá de la puerta —asegura— se levantaron dos zanjas paralelas, llamadas *titulum*, para obstaculizar cualquier acción de la caballería gala». Estas fotografías aéreas, combinadas con el análisis arqueológico, han demostrado que los hechos que cuenta César pueden ser ciertos y no exageraciones propagandísticas de su autor.

Además, con estas fotografías Peter Connolly ha podido construir una maqueta detallada del terreno. Cada colina, valle, río se ha incluido en ella. Esta reconstrucción ha modificado algunas de las ideas que había sobre el campo de batalla. «Cuando César llegó por primera vez aquí —describe Peter Connolly— su objetivo era sitiar el lugar hasta vencer por hambre a Vercingétorix. Así que empezó a construir una línea alrededor, una primera circunvalación». Sin embargo, César fue poco a poco, rodeando y atrapando a Vercingétorix y, al mismo tiempo, consciente de que estaba de camino un ejército de socorro, se cubrió las espaldas, dejando a sus tropas entre dos defensas.

INTELIGENCIA FRENTE A LA SUPERIORIDAD NUMÉRICA

Tras dos semanas de zapa y levantamiento de obstáculos por parte romana, Vercingétorix seguía a la espera de que el resto de la Galia viniera a su rescate. Su única esperanza era que los jefes que no estaban con él fueran capaces de reclutar un gran ejército y coordinar una estrategia con él. Sólo si colaboraban todos podrían romper el cerco. Como se ha dicho, contaba con ochenta mil

guerreros tras los muros de la fortificación, y César y su lugarteniente Labieno disponían de alrededor de cincuenta mil. Aunque los galos eran más numerosos, César tenía ahora el doble de hombres que en Gergovia.

La comida en Alesia empezó a escasear y la situación de los sitiados se hizo angustiosa. Vercingétorix decidió que todas las mujeres, niños y ancianos abandonaran la plaza para tener menos bocas que alimentar. Confiaba en que los romanos los alimentaran, aunque fueran vendidos como esclavos. Sin embargo, éstos se mostraron inflexibles con los debilitados habitantes de Alesia, quienes quedaron en tierra de nadie, vagando entre las defensas romanas y la ciudad. Se dice que hasta diez mil murieron de hambre ante los ojos de los adversarios. «Ambas partes —cuenta el escritor y arqueólogo Neil Faulkner— actuaron de una forma brutal en esta desesperada lucha a vida o muerte. Vercingétorix sacó a los ciudadanos de Alesia porque no podía alimentarlos y los romanos les negaron un camino a través de sus líneas para desmoralizar a los defensores, que vieron cómo los suyos morían de hambre. Ambos ejércitos fueron muy despiadados».

Los espías romanos anunciaron que un ejército de un cuarto de millón de guerreros galos se acercaba a Alesia. De repente César se enfrentó a la perspectiva de una batalla en dos frentes contra fuerzas casi siete veces más numerosas. «Para César fue un gran desafío hacer frente a dos ejércitos situados en direcciones opuestas. Tenía que tratar de igualar las posibilidades: las tropas galas excedían en seis a uno a los romanos», señala Jonathan Roth. Con el ejército de apoyo aproximándose, «puso en marcha un extraordinario ejemplo de la ingeniería romana», reconoce Neil Faulkner.

Ante la posibilidad de ser atacado desde su retaguardia, César decidió utilizar el terreno y el paisaje de la zona —con profundos bosques y acantilados— en su provecho. «Adaptándose a las condiciones particulares del terreno, levantó rápidamente una segunda línea de defensa y modificó su estrategia», indica Rene Goguey. Inteligentemente, César mandó construir esta segunda línea defensiva, con un perímetro de veinte kilómetros, incluyendo cuatro campamentos de infantería y otros cuatro de caballería y fue construido en un tiempo récord.

Reforzando todas las líneas había un extraordinario número de torres. Según se ha podido comprobar en excavaciones modernas, se construyeron torres de veinticinco metros de altura a lo largo de las líneas. «Es decir, se levantaron

entre mil quinientas y dos mil torres, lo cual es una cantidad increíble», señala Peter Connolly.

LAS ARMAS SECRETAS DE CÉSAR

Mientras los romanos trabajaban en el exterior construyendo muros y fosos y los galos esperaban al ejército de socorro, había transcurrido un mes y los víveres se estaban agotando. Vercingétorix sabía que no había esperanza si sus hombres comenzaban a desanimarse. César estaba ganando. Su valiente decisión de sitiar Alesia estaba dando sus frutos. Lento pero seguro, iba a acabar con los galos.

Sin embargo, la suerte del asedio cambió de nuevo. El 20 de septiembre del año 52 a. C., en el horizonte se divisó la vanguardia del tan esperado ejército de socorro galo. Una formidable masa de más de doscientos cincuenta mil guerreros dispuestos a lanzar un ataque sobre las defensas romanas. «La atmósfera dentro de Alesia —explica Neil Faulkner— debió ser de absoluta euforia y de alivio cuando vieron llegar a sus liberadores. Posiblemente, fue el mayor ejército movilizado nunca en la historia de los galos». Las legiones de César estaban amenazadas de aniquilación.

Pero César no estaba dispuesto a aceptar una derrota. Hallazgos recientes han puesto de manifiesto una de las armas secretas utilizadas por César en Alesia. Roger Collot ha trabajado en la prospección de metales en el sitio de Alesia durante casi treinta años y sus descubrimientos ofrecen pistas sobre la forma en que el ejército romano trató de compensar su inferioridad numérica. El equipamiento del ejército romano les supuso una ventaja significativa sobre sus enemigos galos y, entre ellos, según este experto, destacó la utilización del *tribulus*.

El *tribulus*, abrojo en castellano, era un artilugio formado por cuatro o más púas metálicas afiladas de unos pocos centímetros de largo, dispuestas en forma de tetraedro, de manera que al dejarla caer al suelo, una de las púas siempre apunta hacia arriba, mientras las otras forman la base. El *tribulus* era el equivalente moderno del alambre de púas. Los soldados romanos los esparcían por el suelo formando una maraña de trampas contra el avance de los caballos y de los soldados a pie. Fue un elemento clave en la victoria. «Se trata del ancestro

de las actuales minas», precisa Roger Collot. «Los cuatro picos de un *tribulus* fueron muy eficaces contra la caballería, porque la púa metálica vertical se clavaba en los cascos del caballo impidiendo que continuase avanzando», detalla Peter Connolly.

Además, los romanos, conscientes del limitado alcance y precisión de las lanzas y flechas provenientes de los arcos convencionales, utilizaron piezas de artillería con tecnología de torsión para lanzar dardos de grueso calibre a grandes distancias. Este tipo de artillería comenzó siendo utilizada por los griegos y la heredaron los romanos. Fue precisamente César el primero en equipar a cada legión en campaña con sesenta piezas de artillería de distinto tipo, desde las más ligeras llamadas *scorpio*, para disparar dardos, hasta las más pesadas, que lanzaban piedras esféricas de cuarenta y cinco kilos.

El *scorpio* se transportaba preparado para la acción y César lo utilizó para la defensa de las posiciones de valor estratégico en el sitio de Alesia.

Ivan Williams, antiguo diseñador de armas especialista en ballestas, ha analizado las pesadas flechas de hierro que se encontraron en el campo de batalla de Alesia en la década de 1860, hoy expuestas en el Museo de Antigüedades Nacionales de Francia. Inspirándose en la información suministrada por las fuentes documentales y los restos arqueológicos, ha diseñado, construido y probado su propia versión de la artillería de torsión que debieron utilizar los romanos. Este ingenio de guerra —una especie de catapulta tipo *scorpio*— reproduce el mecanismo de activación y el sistema de torsión de las cuerdas para lanzar flechas a objetivos situados a distancias entre cincuenta y cien metros. «Eran esencialmente gigantescos arcos de cruz con los que, normalmente, se disparaban flechas o pequeñas lanzas. Eran muy flexibles, ligeras y muy fuertes», explica Williams, quien tras la aplicación de distintas fórmulas de calibración y resolver algunos problemas derivados del funcionamiento de la máquina y el tamaño de las flechas ha conseguido la reproducción de todas las piezas con gran exactitud. Las distancias alcanzadas por los proyectiles lanzados con su reconstrucción se sitúan en torno a los cien metros en tiro directo.

Éste fue uno de los ingenios que los romanos desplegaron dentro de todo un sistema integrado de defensa. El ejército galo, para ayudar a los sitiados dentro de Alesia, tuvo que luchar atravesando numerosos obstáculos. Según describe el arqueólogo español Fernando Quesada Sanz, uno de los mayores expertos

mundiales en armamento antiguo, los galos se las tuvieron que ver con «estacas aguzadas en forma de astas de ciervo clavadas horizontalmente en el propio muro de asedio (cervis), dos fosos, un profundo campo de ramas aguzadas y entrelazadas (cippi); otro campo delante formado por “pozos de lobo”, estacas aguzadas hincadas en agujeros y disimuladas para empalar atacantes (lilia). Y, por fin, delante de todo, un campo de un tipo de abrojo, los llamados “aguijones” (stimuli) o puntas metálicas clavadas en estaquitas de madera a su vez hincadas en el suelo».

LA BATALLA FINAL

César contaba con un dispositivo de defensa con fortificaciones, obras y trampas, y de una artillería bien equipada. Pero a pesar de todas sus ventajas tecnológicas, sus legiones no eran invulnerables. En un primer momento llevaron la iniciativa, rechazando a los galos en ambos frentes, ya que éstos estaban incomunicados y no se coordinaban entre sí. Sin embargo, hubo un punto débil crucial en las líneas romanas que los galos descubrieron e intentaron explotar. Según cuenta Mark Corby, «después de dos días de lucha descubrieron un lugar donde existía la posibilidad de romper las fortificaciones». En su narración de la batalla, Julio César describe este punto débil. En las laderas del monte Rea, al noroeste de Alesia, los expertos Peter Connolly y Mark Corby creen haber encontrado el talón de Aquiles en las líneas romanas, el lugar exacto donde se decidieron dos meses de esfuerzo y sitio.

Las investigaciones de estos expertos confirman que, debido a la topografía del terreno, había una brecha en las fortificaciones de César. No obstante, a pesar de que no rompieron las líneas romanas, los galos descubrieron este punto, por el que era más fácil atacar a las legiones. Si era posible un ataque simultáneo de los galos de dentro de Alesia y del ejército en el exterior, las líneas romanas correrían el riesgo de romperse. Sin embargo, las fuerzas galas no supieron aprovechar esta ventaja. «Uno de los grandes problemas que tuvo Vercingétorix fue que no pudo comunicarse con el ejército de socorro. Era imposible coordinar nada desde dentro de la fortificación. Estaban demasiado lejos para gritar y, aparentemente, no tenían sistema de señalización», señala Corby.

Por el contrario, los romanos eran unos artistas en la coordinación de sus fuerzas y, según explica Mark Corby, fueron capaces de comunicarse con todos los campamentos alrededor del sitio. «Tenían un eficaz sistema de señalización —indica— por medio de heliógrafos. Probablemente usaban acero pulido u objetos de metal que, como un moderno espejo, reflejaban la luz solar. Así, enviaban entre campamentos mensajes no muy complicados; básicamente, les bastaba con avisar de que los galos estaban llegando».

En comparación con las legiones romanas Vercingétorix era ciego. Sin embargo, el ejército galo decidió que debía atacar el punto débil de las líneas romanas antes de que fuera demasiado tarde. Según explica Peter Connolly, las tropas se ocultaron tras el monte Rea, a cuyo pie estaba uno de los campamentos de la infantería romana, hasta el mediodía. Al final, pasado el mediodía del 2 de octubre, Vercasivellauno, primo de Vercingétorix, lanzó un ataque masivo con sesenta mil hombres en torno a la brecha en la fortificación. Vercingétorix atacó desde todos los ángulos las fortificaciones interiores. «César estaba en medio de las dos fuerzas atacantes galas y, por tanto, aparentemente atrapado. Sin embargo, su posición le permitió juzgar lo que estaba sucediendo en la batalla y aplicar adecuadamente sus fuerzas e inteligencia», sostiene Tom Holland. La eficiencia de las comunicaciones romanas permitió a César trasladar a sus soldados a donde más se necesitaban.

Dentro de la fortaleza de Alesia los hombres estaban ya demasiado debilitados por el hambre. Además, las tropas galas no consiguieron mantener la disciplina en el ataque y no se produjeron ataques simultáneos ni organizados. Sin coordinación y sin comunicación entre ellos, no pudieron superar las defensas romanas.

César confió en la disciplina y valor de sus hombres y ordenó mantener las líneas. Él personalmente recorrió el perímetro animando a sus legionarios. La caballería de Labieno fue enviada a defender el área donde se había localizado la brecha. César se vio obligado a contraatacar a Vercingétorix y logró hacerlo retroceder. Sin embargo, la sección defendida por Labieno se encontraba a punto de ceder.

Y comenzó el combate entre espadas. «La larga espada gala era un arma aterradora para los romanos, por las heridas que producía. A primera vista, la espada romana tenía desventaja frente a las armas celtas, algo más largas»,

señala Peter Connolly. La espada romana en este período era el famoso *gladius hispaniensis*, la espada española. «Era considerablemente más corta que la celta, pero tenía alrededor de sesenta centímetros de longitud de hoja. Este tamaño fue clave en la batalla, ya que permitía a los romanos, cuando los celtas levantaban sus armas, apuntar directamente en el estómago y, a continuación, rasgar hacia arriba», explica Connolly.

Sin embargo, a pesar de la eficacia de este método, lo que dio la victoria definitiva a Roma fueron las tácticas utilizadas por César en los momentos de crisis. Según cuenta el profesor de Historia y escritor Tom Holland, «uno de los métodos más eficaces de César era mantener siempre una fuerza de reserva para utilizarla en el momento clave».

César tomó una medida desesperada: con la caballería auxiliar atacaría al ejército de socorro enemigo por la retaguardia. Con tan sólo seis mil hombres estaba dispuesto a vencer a sesenta mil galos. Viendo a su jefe afrontar tan tremendo riesgo, los hombres de Labieno redoblaron sus esfuerzos. «Casi el 50 por ciento de las fuerzas de César estaban involucrados en la lucha cuerpo a cuerpo —explica Corby—, cuando en el momento adecuado apareció la reserva para aplastar a los galos. César surgió, con su inconfundible capa escarlata de comandante en jefe flotando al viento y su tropa de cuatrocientos germanos dirigiendo él mismo el ataque final». La aparición de la caballería germana inclinó la balanza irrevocablemente hacia el lado romano.

En las filas galas pronto empezó a cundir el pánico y se produjo una desbandada general que terminó en una auténtica matanza. César anotó en su obra que sólo el hecho de que sus hombres estuvieran completamente exhaustos salvó a los galos de la total aniquilación. Vercingétorix había perdido. Sus fuerzas dentro de Alesia y el ejército de socorro en el exterior habían luchado contra los romanos hasta el límite. Las laderas del monte Rea se llenaron de cadáveres.

LOS ENEMIGOS DE ROMA, VENCIDOS

Tras la victoria, César exigió que los guerreros galos desfilaran ante él depositando las armas a sus pies y finalmente le entregaron a su caudillo, el

responsable supremo de la batalla. Vercingétorix fue hasta el campamento donde le esperaba César sentado en su silla curul. «Vercingétorix descendió de su caballo, se tiró a los pies de César y dijo: "*Habes, fortem virum, vir fortissime, vicisti*[1]" y se entregó», explica Mark Corby. Este momento estelar de César ha sido representado en un famoso cuadro del pintor francés especializado en temas históricos Lionel Noel Royer (1899).

Galia había sido derrotada. «La conquista suponía la anexión de casi 650 000 kilómetros cuadrados y la incorporación de cerca de quince millones de personas en el Imperio romano durante los siguientes quinientos años», indica Corby. En poco menos de ocho años, César consiguió su proyecto más ambicioso, la conquista de la Galia. Según los historiadores romanos Plinio el Viejo y Plutarco, César combatió contra un total de tres millones de guerreros helvéticos, galos, germanos y britanos; de ellos, un millón fue aniquilado y otro capturado y vendido como esclavo; conquistó ochocientas ciudades y sometió a trescientas tribus. Todo ello con unas tropas que nunca sobrepasaron los cincuenta mil soldados.

En palabras del profesor y escritor Tom Holland: «No ha habido en la historia mundial una victoria comparable. Fue algo asombroso y con un impacto incalculable sobre la historia del Imperio romano y, por lo tanto, del mundo». Ahí terminaron las esperanzas de una Galia independiente; definitivamente derrotada, se convirtió en una provincia romana. Los supervivientes de Alesia fueron vendidos como esclavos. Sólo se salvaron los eduos y los arvernos, piezas clave de la política de alianzas romana en la Galia.

En Alesia, Julio César puso de manifiesto que poseía un extraordinario instinto militar y que era capaz de empujar a los demás a niveles de entrega excepcionales, casi sobrehumanos. «Fue la disciplina romana la que realmente ganó esta pugna. Las fuerzas galas fueron más numerosas, pero no mejores. No pudieron contra la fuerza romana basada en el sentido colectivo del ejército, en la disciplinada, fría y ordenada legión, que actuaba bajo el brazo ejecutor de su general, que además era un brillante estratega», concluye Jonathan Roth.

La victoria de Alesia y la conquista de la Galia supusieron para César un enorme éxito como militar y como político. Sin embargo, el Senado, dominado por los Pompeyos, Catones y Cicerones, temeroso de su creciente popularidad entre la plebe, sólo le concedió veinte días de celebración pública de la victoria.

No le dio el privilegio del desfile triunfal. De esta forma, la victoria en Alesia precipitó el enfrentamiento entre los aristócratas romanos liderados por Pompeyo y el partido popular, personificado en César. La cadena de acontecimientos posteriores desembocó en la sangrienta guerra civil romana de los años 50-45 a. C.

El gran caudillo celta Vercingétorix fue derrotado. Existen dos teorías sobre su muerte. Una dice que tras la batalla estuvo durante cinco años en humillante cautiverio en Roma, hasta que César pudo celebrar su triunfo en la Galia. Al final, siguiendo el ritual de este tipo de desfiles, fue estrangulado en el 46 a. C. Otros hablan de que fue decapitado. Sin embargo, a pesar de su fracaso militar y político, su aventura épica se ha convertido en leyenda. Dos mil años después, Vercingétorix es un icono, uno de los mayores héroes nacionales de la Francia moderna, símbolo de su independencia, su sentido de la libertad y su resistencia frente al exterior.

Julio César sólo sobreviviría dos años a Vercingétorix, ya que fue asesinado por una conjura en la Curia del teatro de Pompeyo, sede provisional del Senado romano, el 15 de marzo (idus de marzo para los romanos) del año 44 a. C. Sin embargo, pudo culminar su sueño imperial en la figura de su sobrino nieto y sucesor Octavio Augusto.

7

LA PRIMERA CRUZADA

Fecha: 1096-1100.

Fuerzas en liza: Bando cristiano: cruzados (llamados francos) católicos y bizantinos ortodoxos. Bando musulmán: turcos selyúcidas y árabes fatimíes.

Personajes protagonistas: El papa Urbano II; el emperador de Bizancio Alejo I; Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y sus hermanos, Eustaquio, conde de Bolonia, y Balduino; Bohemundo de Tarento y su sobrino Tancredo; Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa; Roberto de Flandes y Roberto de Normandía; Kiliy Arslan, Yaghi-Siyan.

Momentos clave: Batalla de Dorilea; cerco y toma de Antioquía; matanza de Ma'arrat al-Numan y conquista y saqueo de Jerusalén.

Nuevas tácticas militares: Primera vez que los europeos tuvieron que enfrentarse a arqueros a caballo.
Los turcos utilizaron por primera vez palomas mensajeras a modo de correo postal.

Durante miles de años el Oriente Próximo ha estado bañado en sangre. Grabadas en la tierra están las cicatrices de las guerras entre tres de las grandes religiones del mundo. Pero la herida más profunda fue la causada por la guerra entre cristianos y musulmanes, iniciada a finales del siglo XI y que duraría doscientos años. En juego estaba una pequeña franja de tierra de unos pocos cientos de kilómetros de longitud, pero con un gran trofeo: Jerusalén. Los grandes cronistas de dos mundos diferentes —el musulmán y el cristiano — vieron esta lucha con ojos distintos, pero todos hablaron de grandes hazañas, de grandes batallas y grandes guerreros; de hombres que dieron su vida por su Dios. El enfrentamiento entre la media luna y la cruz es conocido en la historia con el nombre de las cruzadas. Dos turbulentos siglos que comenzaron con la llegada de los primeros francos a Tierra Santa en 1096.

EL GERMEN DE LA GUERRA SANTA

De todas las ciudades del mundo, Jerusalén, lugar sagrado para las tres grandes

religiones monoteístas, es la que ha provocado más conflictos en el pasado y una de las que se enfrenta a un futuro más problemático. Para los judíos es el lugar donde Abraham ofreció el sacrificio de Isaac, el monte Moría, sobre el que se alzó luego el templo de Salomón, donde estaba el sanctasanctórum que guardaba el Arca de la Alianza y, posteriormente, el gran templo de Herodes el Grande. Para los cristianos, donde Jesucristo fue crucificado, resucitó al tercer día y ascendió a los cielos. Para los musulmanes, es el sitio desde donde Mahoma subió al cielo.

Tras la muerte de Jesucristo, su palabra se expandió por todo el Imperio romano, el cual acabó haciendo el cristianismo religión oficial en el siglo IV. Sin embargo, en el siglo VII la Ciudad Santa fue tomada por militantes de una nueva fe: el islam. Cuatrocientos años más tarde los cristianos intentaron recuperar la ciudad. En toda Europa se reunieron miles de guerreros (las cifras varían entre 30 000 y 60 000) preparados para la batalla. El duque Godofredo de Bouillon, el caudillo arquetipo de las cruzadas, dirigió una marcha de casi tres años a través de cinco mil kilómetros para recuperar Jerusalén en nombre de Dios. Fue el origen de un enfrentamiento entre fes que duraría más de doscientos años.

Thomas Asbridge, profesor de la Universidad Queen Mary de Londres, comparte la opinión de la mayoría de los expertos: «Para estos combatientes, esta Cruzada era una guerra espiritual que les serviría para limpiar su alma de pecados. Seguramente tendrían otros objetivos, pero el principal y el compartido por la mayor parte de ellos fue batirse por su religión».

Sin embargo, hay otra visión de estos caballeros de Cristo. Los testimonios de los cronistas e historiadores árabes de la época no hablan de cruzadas, sino de guerras o invasiones francas o, como también eran conocidas, de los *frangí*, *frangié oferenyi*. Para el escritor y ensayista paquistaní afincado en Gran Bretaña Tariq Alí, autor de la novela histórica *El libro de Saladino*, sobre la vida de la figura del sultán de Egipto y Siria Salah ad-Din —protagonista de la Tercera Cruzada y de la recuperación de Jerusalén en 1187—, durante siglos los cruzados han sido considerados como unos bárbaros que vinieron a destruir la civilización islámica cuando estaba en su mejor momento. «Ésta es una idea que se ha transmitido hasta el día de hoy; por eso la palabra cruzada, incluso actualmente, provoca muchas suspicacias».

«En el siglo XI la sociedad era tremendamente violenta. Era un tiempo en el

que los gobiernos centrales todavía no estaban organizados. Las grandes monarquías europeas aún no se habían consolidado. Estaban en manos de pequeños y grandes señores feudales, que gobernaban desde sus castillos, hacían pequeñas incursiones y luchaban entre ellos. Fue una época de anarquía endémica», señala Jonathan Phillips, profesor de Historia de la Universidad Royal Holloway de Londres.

El arzobispo y canciller de reyes Guillermo de Tiro (1130-1190), historiador «oficial» cristiano de las cruzadas, dejó su testimonio de aquella guerra: «La fe —narra en *Historia rerum in partíbus transmarinas gestarum*, su crónica inacabada en 23 libros— había desaparecido en toda la faz de la tierra. El temor al Señor ya no prevalecía entre los hombres. La justicia se había desvanecido del mundo. Las naciones eran dominadas por la violencia. La traición, el fraude, la mentira ensombrecían todas las cosas. Toda la virtud había desaparecido por considerarse inútil y la maldad reinaba en su lugar».

Sólo había una organización con capacidad de detener aquella anarquía: la Iglesia. La fe católica dominaba la Europa occidental del siglo XI. «El mundo de la Edad Media estaba profundamente interesado por la religión. Hoy, desde nuestra sociedad laica, nos resulta casi imposible entender lo preocupados que estaban por la religión», señala el profesor del Alma College Paul Crawford. «La gente de entonces estaba atemorizada constantemente por el pecado; prácticamente todo lo que podían hacer en la vida era un pecado en potencia», añade Thomas Asbridge, profesor de la Universidad Queen Mary de Londres. En este contexto tomó cuerpo la ilusión de que para librarse de los sufrimientos de la vida diaria había que demostrar la fidelidad a Dios con un acto extraordinario y heroico.

La Iglesia podía absolver a un hombre de sus pecados pero le faltaba el poder político para erradicar los males de toda la sociedad. Los feudos de Europa, con sus gobernantes laicos, habían apartado a un lado al papado. Hasta el año 1088, cuando llegó un nuevo papa a Roma, Urbano II, y todo cambió. «Era un hombre astuto, que comprendía las necesidades políticas, sociales y religiosas de su tiempo. Sabía cómo conjugar estos factores y canalizarlos para fines productivos», explica Paul Crawford.

Urbano II trazó un plan para devolver a la Iglesia católica al mapa político; comenzó en 1095, después de la petición de ayuda de un antiguo rival: el

emperador bizantino Alejo I, jefe político de la Iglesia griega ortodoxa, una de las figuras más prestigiosas de Oriente de aquellos tiempos, que estaba perdiendo su imperio. Hubo una época que el poder de la Iglesia ortodoxa se habla extendido hasta la Tierra Santa de Oriente Próximo.

Siguiendo las crónicas de Guillermo de Tiro, «la semilla venenosa de Mahoma —escribe—, ese hijo primogénito de Satán», era la fuerza dominante en la región. Su doctrina había logrado establecerse en Oriente durante más de trescientos años. «Sus sucesores —narra— emplearon la espada y la violencia para obligar a sus gentes, muy a su pesar, a abrazar los erróneos principios de este falso profeta. Pero de todos ellos, los peores sin duda fueron los turcos».

Los turcos selyúcidas se acababan de convertir al islam. Miles de jinetes nómadas de largos cabellos trenzados habían surgido de las estepas de Asia central y bajaron hasta Oriente Próximo en busca de tierras. Temibles guerreros, se apoderaron de Persia, Siria y Palestina hasta que, finalmente, capturaron la Ciudad Santa de Jerusalén. Después, se dirigieron al norte y tomaron al asalto todo lo que encontraron en su paso, hasta llegar a la capital del Imperio bizantino: Constantinopla. «El equilibrio de poderes de la región cambió. Los bizantinos perdieron un gran territorio y, con él, la recaudación de tributos y el reclutamiento de tropas, además del prestigio», cuenta Jonathan Phillips.

EL PERSUASIVO SERMÓN DEL PAPA URBANO II

En este contexto, en 1095, el emperador Alejo necesitaba contraatacar, pero no podía hacerlo él solo. Acudió al Papa invocando el espíritu de hermandad cristiana para que enviara una fuerza de élite de caballeros, que le ayudaran a mantener a los turcos a raya. Esto supuso para el papa Urbano II la oportunidad perfecta de ampliar su poder político. «En aquella época los papas tenían un gran papel manipulando, intrigando y politiqueando», recuerda el escritor e historiador Tariq Alí.

El papa Urbano supo aprovecharse de la desgracia del Imperio bizantino y decidió lanzar su propia guerra santa contra el islam, una cruzada que fortalecería su papado y devolvería a Roma el protagonismo en el escenario político mundial. «La idea de la cruzada le permitió reforzar su autoridad sobre

los caballeros de Europa occidental a costa de los señores feudales laicos; asimismo, significa alejar a estos caballeros de Occidente y evitar así que emplearan su violencia contra la Iglesia católica. También hacía retroceder al infiel y representaba para los cristianos la oportunidad de hacerse con los Santos Lugares», mantiene Jonathan Phillips.

El resultado fue el gran concilio de Clermont, noviembre de 1095, durante el que, en presencia de catorce arzobispos, doscientos cincuenta obispos, cuatrocientos abades y un número extraordinario de eclesiásticos, de príncipes y caballeros cristianos, el Papa lanzó un grandilocuente discurso a las afueras de esta ciudad francesa. Era un llamamiento a príncipes, caballeros, clérigos y hombres del pueblo para emprender una guerra bajo la bandera de la Iglesia católica. «Urbano debió de ser un orador eficaz y enormemente carismático. Su discurso fue una especie de enorme mitin con miles y miles de personas siguiendo sus palabras con entusiasmo. Un sermón religioso astutamente preparado», afirma el profesor Paul Crawford.

Condimentado con relatos exagerados sobre las atrocidades de los musulmanes contra los peregrinos cristianos que vivían o visitaban la Tierra Santa, el Papa demonizó a los turcos y presentó las cruzadas como una guerra apocalíptica entre dos fes. Como cuenta Guillermo de Tiro: «Sus palabras parecían proceder directamente de Dios y fueron acogidas, de igual forma por jóvenes y ancianos, como un mandato de los cielos». Según este cronista, Urbano II, con una elocuencia extraordinaria y el fervor que le comunicaba su espíritu ardiente y entusiasta, dijo: «La cuna de nuestra fe, la tierra de nuestro Señor y de nuestra salvación está en manos de gente sin Dios que la ha tomado por la fuerza… Durante muchos años, la malvada raza de los sarracenos, seguidores de prácticas impuras, han oprimido con su tiránica violencia los lugares sagrados, donde destacan las huellas de nuestro Señor. Los sacerdotes han sido asesinados en sus santuarios, las vírgenes han sido forzadas a elegir entre la prostitución o la muerte». Luego pidió a los cristianos occidentales, pobres y ricos, que acudiesen en auxilio de los griegos de Oriente, pues *Deus vult* («Dios lo quiere»), exclamación con la que el Papa terminó su discurso y que se convirtió en adelante en el santo y seña de los cruzados.

«La intensidad emocional del momento fue muy alta. Al final del discurso, Urbano hizo un llamamiento y la gente no dudó en abrazar la cruz: tomaron

trozos de tela que se colocaron en el pecho, en el corazón, como una especie de señal de que hacían voto de ir a Oriente a salvar a sus hermanos», explica el profesor Crawford.

Sin duda, inspirados por la posibilidad de alcanzar prestigio y honor, decenas de miles de hombres y mujeres —familias y pueblos completos— se unieron a la cruzada del papa Urbano II. Pero había otras cosas que les atraían: la promesa de grandes riquezas. «Se sabía —explica Tariq Alí— que existía una enorme riqueza en esa parte del mundo. Era el centro del comercio. Todas las caravanas comerciales pasaban por ahí y el dinero fue un gran aliciente».

Había una buena razón para que aquellos hombres dejaran todo y viajaran a miles de kilómetros a una tierra de la que posiblemente nunca regresarían. Devastada por el hambre y las pequeñas guerras, Europa era un lugar maldito y muchos anhelaban una vida mejor, no sólo en la eternidad, sino también en este mundo. El historiador francés Dareste de la Chavanne (1820-1882) calculó que durante el siglo XI hubo treinta años de malas cosechas y Europa occidental padeció una terrible hambruna entre 1087 y 1095, período que coincidió con la proclamación de las cruzadas en la ciudad francesa de Clermont.

Además de conseguir dinero y tierras donde se decía que fluían «leche y miel», pronto se extendió la noticia de un incentivo superior. El Papa ofreció un billete directo al cielo a todos los que se entregasen a la cruzada. Anunció que a los que partieran a luchar contra los bárbaros, no por la codicia de bienes materiales, sino por la salvación de sus almas y por la liberación de la Iglesia, «les serán perdonados completamente sus pecados». Una irresistible propuesta que supo vender el Papa. «El trato fue que todos los que fueran a las cruzadas no acabarían en el infierno», precisa Jonathan Phillips.

En la guerra santa los cruzados tenían la bendición de Dios para dejar de lado el quinto mandamiento: «No matarás», siempre y cuando se ejerciera contra los infieles. Para Thomas Asbridge, ésta recompensa espiritual fue como abrir la caja de Pandora. «Creo que el Papa no fue consciente del peligro de esa idea expuesta en Clermont. Esto llevó a un incremento del odio hacia el extranjero en Europa occidental y a una mayor rigidez en contra de los que no eran como exigía la norma, es decir, cristianos occidentales».

Antes de que la cruzada propiamente dicha, la expedición militar, se pusiera en marcha, se formaron masas de peregrinos de toda clase —enfermos, ancianos,

mujeres, niños— que adoptando también el signo de la cruz se echaron a los caminos rumbo a Jerusalén. La llamada Cruzada de los Pobres llevaba al frente a unos cuantos líderes carismáticos como Pedro el Ermitaño o el caballero Gualterio Sin Haber, pero no tenía ninguna organización ni disciplina, ni contaba con suministros; avanzaba como una plaga de langosta, destruyendo pero también dejando el camino lleno de bajas propias, a causa del hambre, el frío y las enfermedades y de víctimas inocentes, pues realizaron diversas matanzas de judíos.

Para estos fundamentalistas, los infieles estaban por todas partes y anhelaban el derramamiento de sangre. «Los peregrinos se levantaron cruelmente contra los judíos —cuenta Guillermo de Tiro— realizando una matanza y alegando que los asesinatos contra los enemigos de la cristiandad eran un buen servicio. Atacaron y decapitaron a muchos de ellos; destruyeron sus hogares y sus sinagogas, y se repartieron el botín de los asesinados». En su recorrido por Europa, miles de judíos fueron aniquilados en el nombre de Dios, dándose la paradoja de que algunos obispos de los lugares por donde pasaban los cruzados acogiesen a los judíos en las iglesias para darles protección.

El asesinato y el sacrificio de inocentes se convirtieron en el sello de la Primera Cruzada desde sus comienzos, pero los componentes de la Cruzada de los Pobres pagarían de inmediato sus pecados. Al llegar a Constantinopla no quisieron esperar a la cruzada de verdad, cruzaron el Bósforo y tan pronto se internaron en Anatolia fueron exterminados por los turcos, aunque Pedro el Ermitaño logró salvarse.

LA FIGURA DEL HEROICO Y NOBLE CRUZADO

En el verano y otoño de 1096, casi un año después del sermón del Papa en Clermont, huestes procedentes de lo que hoy es Francia, Benelux, Alemania e Italia, partieron en una marcha épica de casi cinco mil kilómetros para liberar a sus hermanos cristianos y Tierra Santa del dominio musulmán. De los caballeros francos —así llamados tanto porque su lengua más común era el francés, como porque se podían considerar herederos del Imperio franco de Carlomagno— que se alistaron para rescatar el Santo Sepulcro el más rico y capacitado era

Raimundo de Saint-Gilles (1042-1105), conde de Tolosa. Pero el más piadoso y desinteresado fue Godofredo de Bouillon (1061-1110), duque de la Baja Lorena, quien fue, además de un reconocido guerrero, un gran benefactor de la Iglesia católica y un gran devoto. Hijo de Eustaquio, conde de Bolonia (Boulogne, en la costa atlántica), y de Ida, hija de Godofredo el Barbudo, duque de la Baja Lorena y de Bouillon, pertenecía a una antigua familia que se enorgullecía de tener a Carlomagno entre sus antepasados. Su feudo, dependiente del Sacro Imperio Romano Germánico, comprendía gran parte de Flandes y el señorío de las Ardenas, aunque el condado se extendía más al sur. Querido, valiente, recto, de fuerza proverbial y elevada estatura y cabellos rubios, representó el perfecto prototipo del caballero cristiano. «Se había ganado su reputación de guerrero antes de las cruzadas por sus hazañas en combates individuales y era un hombre respetado entre todos los jefes de la expedición», señala Jonathan Phillips.

Godofredo fue de los primeros nobles en tomar la cruz respondiendo a la llamada del papa Urbano II. Dos de sus hermanos le acompañaron en la gran aventura: el mayor, Eustaquio III de Bolonia, y el menor, Balduino (1058-1118), tremendamente cruel, que iba a ordenarse sacerdote pero acabó por colgar los hábitos a causa de su afición a las mujeres y a la guerra.

El historiador militar John France ha seguido durante años los pasos del duque Godofredo y su hermano Balduino y ha estudiado en los archivos medievales la vida en las cruzadas. Según sus investigaciones, abrazar la cruz de Dios era muy caro. «La gente debía vender e hipotecar sus tierras para cubrir los gastos durante la cruzada, unos costes que equivalían a seis años de sus ingresos», explica John France. «Los ricos iban con todo su séquito y familia. Muchas esposas acompañaban a sus maridos porque ellas también habían sido seducidas por esa extraordinaria oportunidad de salvarse. Por tanto, las cruzadas significaron que toda una sociedad se trasladó hacia el este, a Jerusalén», asegura France.

Para financiar la campaña, Godofredo vendió o empeñó varios de sus estados, llegando a hipotecar su castillo de Bouillon al obispo de Lieja. Tras reunir lo necesario para formar un ejército, partió rumbo a Constantinopla en el mes de agosto de 1096. Su hueste estaba formada por loreneses, flamencos, brabanzones y alemanes.

Tras el de Godofredo otros contingentes se pusieron en camino.

Adelantándose a todos había salido hacia Oriente Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia Felipe I, que llevaba solamente un pequeño séquito, disminuido aún más por un naufragio; se uniría a la cruzada en Constantinopla casi de forma individual. El segundo cuerpo expedicionario fue el de los normandos de Sicilia, mandados por Bohemundo de Tarento y su sobrino Tancredo, que hizo el viaje por mar. El tercero, el más numeroso, era el de los occitanos del conde Raimundo de Tolosa, con quien iban el legado papal, el obispo Ademara del Puy, y una considerable masa de peregrinos; desde el sur de Francia pasaron por el norte de Italia y los Balcanes, provocando no pocos incidentes en el camino. Por fin, una cuarta hueste salió del norte de Francia y los Países Bajos bajo el mando del conde Roberto II de Flandes, a quien acompañaban Roberto de Normandía y Esteban de Blois, hijo y yerno respectivamente de Guillermo el Conquistador (1027-1087), el duque normando que se había convertido en rey de Inglaterra; bajaron hasta el extremo meridional de Italia para embarcar en Brindisi.

Durante seis meses, la hueste de Godofredo se desplazó lentamente por la Europa del Este, recorriendo miles de kilómetros y cruzando ríos y montañas. Finalmente, unieron sus fuerzas con otras tropas cristianas, en el punto acordado: el corazón espiritual de la cristiandad de Oriente, Constantinopla.

A LAS PUERTAS DE CONSTANTINOPLA

Desde hace novecientos años, la ciudad conocida actualmente como Estambul se asienta en el extremo más oriental de Europa; para los cruzados, era la última ciudad cristiana antes de aventurarse, a través del Bósforo, en territorio enemigo. La capital bizantina estaba rodeada por dos murallas que formaban dos anillos concéntricos de más de dieciséis kilómetros de perímetro y más de nueve metros de altura.

Una masa caótica de sesenta mil personas no era lo que Alejo I había pensado cuando pidió al papa Urbano que enviara unos mercenarios de élite. Él había solicitado sólo algunos caballeros occidentales, unos trescientos, bien entrenados para la lucha contra los turcos, la cantidad suficiente para que él personalmente pudiera dirigirlos a donde creyera que había una amenaza. «Pero

lo que recibió fue algo completamente diferente. Diez mil hombres fanáticos cayeron sobre él como una peste, y otros fueron llegando, oleada tras oleada, a su ciudad imperial», señala Jonathan Phillips. Entre ellos había unos cuantos centenares de caballeros y muchos infantes armados, pero también miles de mujeres, niños y ancianos harapientos. Todos ellos llevaban cosidas a la espalda tiras de telas en forma de cruz.

El primer contingente cruzado, el de Godofredo, llegó a la ciudad imperial el día 23 de diciembre de 1096; acampó a extramuros a lo largo de la zona llamada Cuerno de Oro, vigilado estrechamente por las tropas imperiales. La multitud acampada a las puertas de la ciudad era lo suficientemente grande como para poder organizar un ataque contra Constantinopla.

Para alivio de los bizantinos, no todos los expedicionarios llegaron a la vez. Bohemundo lo hizo el 9 de abril de 1097; Raimundo de Tolosa, el 27 de ese mes; y Roberto de Flandes, en mayo. Ese escalonamiento permitió al emperador Alejo ir transbordando contingentes cruzados al otro lado del Bósforo, de forma que nunca estuvieran reunidas todas las fuerzas francas; aun así, tomó la precaución de mantener las diez puertas de la ciudad firmemente cerradas para la gran masa de cruzados. No se podía permitir el lujo de ofenderles y pergeñó un plan para manipular los acontecimientos en su propio beneficio.

El emperador quería obtener de Godofredo de Bouillon y los otros jefes cruzados un juramento de fidelidad. Lo intentó varias veces con resultado infructuoso. Una guerra con Occidente era lo que menos deseaba Alejo I, por lo que ocultando su ira, invitó a los mandos cruzados al palacio imperial. Alejo confiaba en poder ganarse al duque Godofredo y a su hermano Balduino. Pero con ellos iba Bohemundo de Tarento, el agresivo hijo de Roberto Guiscardo, el noble normando que había conquistado Sicilia y el sur de Italia.

«Era posiblemente el mejor guerrero de la expedición. Se decía de él que tenía la ferocidad de un león hambriento atacando a un grupo de ovejas», cuenta Phillips. Su experiencia en la batalla era inestimable, ya habla vencido a los musulmanes en Sicilia, pero también llevaba años de enemistad con los bizantinos. Su padre, Roberto Guiscardo (1015-1085), había muerto en Cefalonia, en campaña contra Bizancio.

«La mayor necesidad del ejército cruzado era conseguir alimentos. No habla cadenas de suministro como en los ejércitos modernos ni nada estaba planificado

en este sentido. Los cruzados sólo podían vivir de lo que encontraban a su paso. Alejo podía controlarlos mediante sus mercados. Él tenía todo el alimento, así que no les quedó más remedio que negociar con el emperador», indica Jonathan Phillips.

Ante el peligro de que el emperador cortara el suministro a los cruzados, el domingo de Pascua de 1097, Godofredo de Bouillon, su hermano Balduino, al igual que todos los señores que le acompañaban en reunión secreta en el palacio, se vieron forzados a prestar el juramento de fidelidad. Sólo entonces consintieron en rendir homenaje al emperador concediéndole el mando de toda la campaña con la promesa de restituir al Imperio bizantino y a la Iglesia ortodoxa de Oriente todos los territorios que pudieran conquistar a los turcos. Sus nuevos socios, los bizantinos, se encargarían de transportar a todo el ejército a través del Bósforo. Pero en el territorio enemigo se puso a prueba esta frágil alianza.

LA TRAICIÓN GRIEGA EN NICEA

Una vez dejada atrás Constantinopla, el ejército cruzado tuvo que recorrer más de mil seiscientos kilómetros por territorio hostil para llegar a Jerusalén. En mayo de 1097 alcanzaron la primera ciudad en manos enemigas: Nicea, hoy conocida como Iznik, situada a menos de tres días de marcha de Constantinopla y que había sido antes una ciudad bizantina. Sin embargo, veinte años atrás había caído en manos turcas y era la plaza fuerte del sultán Kiliy Arslan, quien según el cronista árabe Ibn al-Qalanisi, no había cumplido aún los diecisiete años cuando llegaron los invasores. El ejército cruzado marchó desde Constantinopla, atravesando las colinas. Desde el norte se extendieron alrededor de la ciudad, sitiándola y haciéndose fuertes. Al fin estaban frente al enemigo impío.

Pero entrar en Nicea no fue fácil. Una gruesa muralla de cinco kilómetros de perímetro, diez metros de alto y coronada por 240 torres cercaba los tres lados de la ciudad. «Las murallas tenían torres separadas a treinta metros de distancia; eso significaba que de cualquier forma que se acercaran a ella habla vigías que observaban, convirtiéndose en un blanco fácil», explica el historiador militar John France.

Los cruzados asediaron la ciudad durante seis semanas. La lucha fue muy intensa pero la moral en el campamento cristiano era alta. Estaban a punto de lograr su primera victoria. Aunque los jefes cruzados habían prometido devolver la ciudad al emperador Alejo, esperaban al menos quedarse con las riquezas del saqueo para ellos. Pero inesperadamente, en el flanco occidental, al suroeste de la ciudad, en el gran lago Ascanios se perpetró la traición de los aliados bizantinos.

Semanas antes, el 18 de junio de 1097, los emisarios del emperador ya habían iniciado un plan secreto para tomar la ciudad y quedarse con sus botines. «Los bizantinos llevaron sus barcos al lago para ayudar a los cruzados a sitiar la ciudad, pero acabaron utilizándolo para otro fin. Se pusieron en contacto en secreto con los turcos de Nicea y éstos prefirieron rendirse pacíficamente a los griegos antes de ser despedazados por los cruzados, que estaban deseosos de sangre. Al amanecer, los pendones azules y dorados imperiales ondeaban en las almenas de la ciudad: Nicea se había rendido», cuenta John France.

El ejército cruzado montó en cólera al ver la bandera imperial bizantina ondeando sobre las defensas de la ciudad. Habían sido engañados por su supuesto hermano cristiano, el emperador Alejo. «El ejercito se sintió traicionado. Estaba furioso; el hombre que se suponía que era su aliado y en el que deberían confiar para las siguientes batallas por Turquía y Tierra Santa los había traicionado. Era una mala señal para el futuro de la alianza entre cruzados y bizantinos», indica el profesor de la Universidad Royal Holloway de Londres Jonathan Phillips.

El derrotado sultán Kiliy Arslan tuvo que replegarse hacia el interior del país pero no depuso las armas. Eligió como nueva capital la ciudad de Konya, mucho más al este, que sus descendientes conservaron hasta principios del siglo XIV. Pero él nunca volvió a ver Nicea.

LA BATALLA DE DORILEA

Despojados del botín de Nicea, los cruzados levantaron su campamento y se adentraron en territorio enemigo, en dirección hacia Jerusalén. Desde las colinas, el sultán turco Kiliy Arslan vigilaba todos sus pasos. Acababa de perder su

ciudad fortaleza y buscaba vengarse. El enfrentamiento era inevitable. El jefe turco movilizó todas sus fuerzas de combate: más de cincuenta mil hombres. Justo delante del ejército cruzado encontró un sitio perfecto para realizar un ataque sorpresa. Según apunta el cronista Ibn al-Qalanisi, Arslan «pidió a todos los turcos que acudieran a su auxilio, y fueron muchos los que contestaron a su llamada». El épico enfrentamiento es conocido como batalla de Dorilea.

Aunque muchos lo han intentado, hasta la fecha todavía nadie ha localizado el lugar donde las tropas de Arslan hicieron la emboscada, uno de los campos de batalla más decisivos de toda la era de las cruzadas. El profesor John France, tras años de investigación, cree que está a cincuenta y seis kilómetros de Nicea, en la confluencia de dos valles, en un amplio espacio llano con tamaño suficiente para que se desplegaran los dos ejércitos en la primera gran batalla de los cruzados. Los guerreros turcos sólo tuvieron que buscar el lugar más adecuado para la emboscada. Se concentraron detrás de las colinas por donde inevitablemente transcurriría el paso de los cruzados y esperaron pacientemente.

En la madrugada del 1 de julio de 1097, divisaron a los francos. Al despuntar el día, decenas de miles de turcos lanzaron un ataque frontal contra las avanzadas de Bohemundo, acampadas en el fondo del valle. Los turcos les atacaron bajando desde las colinas, mientras los cruzados estaban apelotonados en el campamento intentando levantar sus defensas.

Las oleadas de guerreros turcos se les vinieron encima utilizando una forma de lucha nueva para ellos: no eran jinetes normales, sino arqueros montados a caballo. «Los turcos eran arqueros de primera categoría, muy valientes, rápidos y ligeros, a diferencia de los caballeros europeos. Iban en caballos más pequeños, con poca armadura y con mucha habilidad para manejar el arco a caballo en carrera a gran velocidad», explica France.

Esta inesperada nueva táctica diezmó la avanzada de Bohemundo, que según algunos autores estaba formada por veinte mil personas, mientras que Godofredo le seguía con treinta mil, aunque no todos eran combatientes, sino que había gran número de mujeres, sirvientes, clérigos y peregrinos. Los francos no tenían mucha agilidad pero dominaban a la perfección el arte de defenderse y el hostigamiento continuó durante horas.

Los turcos lanzaban flechas, jabalinas y dardos desde una distancia asombrosa. Todavía en la actualidad no está muy claro cómo lo hacían. El

profesor Taef al-Azhari ha descubierto, oculta en un texto musulmán de la época, una referencia no muy clara escrita en árabe antiguo que podría resolver ese misterio: podría tratarse del *naukia*, un batallón turco cuyos componentes lanzaban flechas con las piernas. Según parece, el soldado se tumbaba de espaldas en el suelo y tensaba su enorme arco con los músculos de sus piernas, de forma que podía lanzar las flechas a unos doscientos metros de distancia. «Hemos encontrado —señala Taef al-Azhari— textos que hablan que a veces desaparecía la luz del sol un par de segundos debido a la gran cantidad de flechas dirigidas hacia el enemigo».

Cuando Bohemundo ya había perdido a cuatro mil de sus hombres, ordenó a su ejército a la desesperada que mantuvieran sus posiciones. La ayuda estaba a punto de llegar. El grueso del contingente franco se aproximaba al valle al mando de Godofredo y Raimundo de Tolosa. Al llegar, la fuerza de los cruzados aumentó hasta los veinticinco mil combatientes. «Los turcos —indica John France— prefirieron romper filas y huir ante el impresionante número de fuerzas cruzadas combinadas. Pero lucharon con gran brillantez, hasta el punto que han quedado recogidas estas palabras de un cruzado: “Quién hubiera dicho que alabaríamos a los turcos, que eran tan buenos soldados que de haber sido cristianos habrían sido iguales a nosotros”». En la batalla de Dorilea miles de hombres, cristianos y musulmanes, dieron la vida por su Dios. Kiliy Arslan tuvo que esperar cuatro años para vengarse.

BALDUINO SE APODERA DE EDESA

Los cruzados se creyeron invencibles y confiaron en que en poco tiempo estarían a las puertas de Jerusalén. Sin embargo, después de la batalla de Dorilea, necesitaron cien días para atravesar Anatolia, cuando lo normal hubiera sido un mes. Ante el temor de otra emboscada, en lugar de seguir la ruta más directa hacia Tierra Santa optaron por dar un rodeo a través de las montañas del Antitauro. Un peligroso viaje atravesando montañas tan altas y escarpadas que los soldados iban en una sola fila por los senderos, sin atreverse a adelantarse y viendo cómo los caballos se despeñaban y arrastraban a los demás en su caída. Agotados bajaron hasta las áridas llanuras de Pisidia, bajo un calor de más de 30

ºC y sin agua ni alimentos. Según detalla Guillermo de Tiro, más de quinientas personas, entre hombres y mujeres, murieron abatidos por el sufrimiento.

Una de las bajas más lamentables de tan tortuoso viaje fue la de Godefila, la esposa del jefe cruzado Balduino y cuñada de Godofredo. «Era una mujer muy rica —explica Jonathan Phillips—. Tenía propiedades y fondos a los que Balduino, como marido, tenía acceso, pero al morir todas esas riquezas pasaron a la propiedad de la familia de ella. Eso significaba que Balduino ya no seria rico al regresar a casa, y su actitud cambió. Empezó a pensar más en buscar tierras, posesiones y riquezas para él. Tras la muerte de su mujer, se transformó, al dejarse arrastrar por la codicia y la búsqueda de bienes materiales».

Según los cronistas de la época, Balduino tomó unos cientos de caballeros y se separó del grupo principal para realizar una misión particular: compensar la pérdida de riqueza por la muerte de su mujer. El camino más fácil era apoderarse de una ciudad. A ciento cincuenta kilómetros al este estaba el blanco perfecto: Edesa, una ciudad rica que generaba sus propios ingresos, situada a orillas del río Éufrates, en el centro de varias rutas comerciales, con un fructífero intercambio de especias y de ricas telas, provenientes de Oriente que transitaban por allí hacia el Mediterráneo. Un enclave excelente para que Balduino pudiera enriquecerse.

Pero Edesa no estaba en manos musulmanas. Era una ciudad armenia cristiana que había resistido a los turcos. Sus habitantes estaban cansados de los constantes ataques musulmanes. Así que, cuando se corrió la voz de que un príncipe cruzado estaba de camino, los ciudadanos pidieron a su gobernador, Thoros, que invitara a Balduino a acudir en su ayuda. Guillermo de Tiro recoge en su crónica que Thoros era un anciano cristiano armenio, débil y sin hijos, que resultó ser un jefe incapaz de proteger a sus ciudadanos de las «injusticias ni procurarles alivio alguno de los ataques de aquellos malditos infieles».

Sin embargo, la ayuda de Balduino tendría un precio: protegería la ciudad de los turcos a cambio de las llaves de la ciudad. Thoros le prometió ingenuamente convertirle en gobernador, pero tras su muerte. El anciano selló su propio destino al nombrar sucesor a Balduino, quien no pudo esperar el fallecimiento natural de su predecesor y comenzó a conspirar con algunos traidores de la ciudad. Thoros se dio cuenta demasiado tarde del complot de Balduino e intentó huir para poner su vida a salvo. Se descolgó desde una de las torres de la muralla de la ciudad.

Uno de sus enemigos le mató y cayó en medio de la calle. Le cortaron la cabeza y la transportaron en una lanza por todos los barrios de Edesa para que la gente se burlara.

Ante los ojos de sus hermanos de Oriente, no era un buen comienzo para Balduino y sus hombres, y pocos creyeron que la cristiandad les salvaría de la amenaza del islam. «La realidad es que Balduino sólo tenía en mente conseguir su propio territorio. Estaba preparado física y políticamente para quitar del poder a un cristiano y conseguir así su objetivo», asegura Thomas Asbridge, profesor de la Universidad Queen Mary de Londres.

Mientras Balduino celebraba su toma de posesión de la ciudad y adoptaba el título de conde de Edesa, a doscientos cincuenta kilómetros al suroeste, el principal ejército cruzado llegaba a las puertas de la ciudad amurallada de Antioquía. Antioquía era una próspera ciudad cristiana, con el prestigio de haber sido el primer lugar donde predicara san Pedro y donde sus seguidores adoptaron el nombre de cristianos, sede de uno de los cuatro patriarcados originales de la Iglesia, pero desde 1085 estaba bajo el control de los turcos. Casi trece años después los caballeros cruzados arribaron dispuestos a sitiarla.

LA TOMA DE ANTIOQUÍA

El 21 de octubre de 1097, en la alcazaba de Antioquía, la mayor ciudad de Siria, habitada por más de cuarenta mil personas, se da la voz de alarma: los francos se aproximaban. Las cinco pesadas puertas de la ciudad se cerraron. Rodeada de montañas, Antioquía era una plaza fuerte prácticamente inexpugnable, con dos murallas sólidamente construidas. Una de ellas estaba edificada con robustas piedras y contaba, en niveles diferentes, con 450 torres interconectadas.

Las razones que llevaron a los cruzados a tomar la ciudad fueron varias. La principal era que Antioquía significaba la puerta hacia Siria y hacia Tierra Santa. Si hubiesen dejado esta ciudad atrás, hubieran cortado su vía de escape y su ruta de avituallamiento. «Además, espiritualmente era casi equivalente a Jerusalén en muchos sentidos. Antioquía era, según la tradición cristiana, el lugar donde san Pedro levantó la primera iglesia cristiana. Esto le dotaba de un prestigio espiritual que influyó mucho en los cruzados», destaca Asbridge. La mayoría de

sus habitantes eran armenios y cristianos ortodoxos griegos. Sus gobernantes turcos les permitían libertad de culto a cambio de un fuerte impuesto, según la ley musulmana, pero esto no era suficiente para los cruzados que se hallaban fuera de las murallas de la ciudad. Querían quitarles el poder a los musulmanes y devolver la ciudad al dominio cristiano.

Los célebres relatos árabes de Ibn al-Athir hablan del enérgico gobernador de Antioquía, Yaghi-Siyan, legendario por sus largas orejas y su espesa barba gris: «Demostró —dice— tener un valor y una sabiduría, una fuerza y un juicio sin igual». Según cuentan sus crónicas, Yaghi-Siyan temía que alguno de los *nasara*, los adeptos del Nazareno, que era como llamaba a los cristianos, que vivían en la ciudad se sintiera persuadido a dejar entrar a los francos a la ciudad. Como no sabía cómo iban a reaccionar los que podían considerarse como aliados naturales de los invasores, el primer día mandó a los musulmanes cavar trincheras y limpiar los fosos que rodeaban la ciudad. Al día siguiente, para el mismo trabajo, mandó sólo a los cristianos. Una vez acabada la tarea, cuando se disponían a volver a casa, él les negó la entrada. «Antioquía es vuestra —les dijo, según cuenta Ibn al-Athir un siglo después del comienzo de la invasión— pero tenéis que dejármela a mi hasta que solucione nuestros problemas con los francos. Los cristianos le preguntaron quién protegería a sus hijos y mujeres y el emir contestó: “Yo me ocuparé de ellos en vuestro lugar”. Y protegió a las familias de los expulsados impidiendo que les pasara algo».

Yaghi-Siyan, convencido de la solidez de las fortificaciones y de que, atajado todo movimiento de sedición por parte de los cristianos de la ciudad, Antioquía era inexpugnable, centró su atención en los francos acampados a las afueras. A los sitiadores les resultaba imposible rodear por completo la ciudad y los defensores podían comunicarse fácilmente con el exterior para avituallarse. Además, no había problemas con las reservas de alimentos aunque el cerco estuviera cerrado, ya que la ciudad contaba con vastos campos cultivados y huertos. «Todas las fuentes alaban a Yaghi-Siyan por su buena organización en la defensa de la ciudad, día y noche, con defensores que arrojaban aceite hirviendo sobre los asaltantes y atacaban los campamentos de los francos durante la noche, para privar a éstos del suministro de comida y agua. Luchó enérgicamente para defender su ciudad y sus esfuerzos tuvieron recompensa», explica el profesor de la Universidad de El Cairo, Taef al-Azhari.

Tras ocho meses de asedio, los cruzados no estaban más cerca de entrar en la ciudad y las condiciones en el campamento eran desesperadas. El alimento siempre había sido escaso y ahora además debían alimentar a los cristianos expulsados. El sitio se hizo interminable. Según Guillermo de Tiro, se vieron obligados a beber la sangre de sus caballos. «Día a día, las provisiones disminuían y el hambre crecía. La peste se extendió por el campamento cruzado y fue tan letal que apenas quedaba sitio donde enterrar a los muertos. Con esas muertes y los que perecieron bajo la espada, el ejército estaba tan mermado que podría haberse reducido a la mitad», describe.

A partir de un texto árabe medieval recientemente descubierto, el profesor Taef al-Azhari asegura que los turcos inventaron una especie de servicio postal con palomas que les sirvió para pedir ayuda al exterior ante las narices de los sitiadores. Las aves volaban con los mensajes atados a sus patas y en cuestión de horas la petición de refuerzos llegaba a su destino. De esta manera, parece ser que Yaghi-Siyan pudo recibir ayuda desde cualquier parte del mundo musulmán.

Fueran o no alertados con palomas mensajeras o por otro sistema de comunicación, lo cierto fue que a mediados de mayo de 1098, los vigías cristianos informaron que un gigantesco ejército turco, con sus pendones negros, emblema de los abasidas y de los selyúcidas, se aproximaba a Antioquía. Se trataba de la hueste de Karbuka y, según Ibn al-Athir, «a los *frangí* los invadió el pánico, pues estaban muy debilitados y tenían escasez de provisiones».

Los cruzados no tenían tiempo que perder y debían entrar rápidamente a la ciudad. La batalla estaba perdida incluso antes de dar comienzo, ya que Bohemundo descubrió el punto débil de la defensa de la ciudad: un traidor en las filas musulmanas llamado Firuz. «Era un armero, fabricante de corazas. Estaba al mando de tres torres. Llevaba mucho tiempo sirviendo a Yaghi-Siyan pero acabó aceptando el soborno de los francos, que le ofrecieron una fortuna en dinero y tierras y firmó un pacto con ellos», explica al-Athir. Más aún, para demostrar que no les iba a tender una trampa dejó a su propio hijo como rehén. Así que, como solía ocurrir en estos casos, el enemigo acabó entrando, no atacando a la ciudad sino por una traición desde dentro.

Según explica el historiador militar John France, durante la madrugada del 3 de junio los cruzados se acercaron a las torres donde Firuz era el comandante; tras hacer señales con un farol, treparon mediante unas escaleras por el lado sur

de la muralla. Pero ocurrió un desastre: la escalera se rompió. «Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Los cruzados subieron como pudieron por el lado de una de las torres de Firuz. En cuestión de minutos entraron a la ciudad a través de una ventana. Abrieron las puertas al resto de los que esperaban fuera y los hombres entraron atropelladamente». Ocho meses de hambre y enfermedad no habían dejado a los cruzados ni un resquicio de piedad. Guiados por cristianos de Antioquía, sacaron a los musulmanes de sus casas y los mataron de forma indiscriminada.

Como el emperador bizantino no había acudido con refuerzos, los jefes cruzados se habían desvinculado del juramento que prestaran en Constantinopla, y decidieron que se convirtiese en señor de Antioquía el primero que entrase en ella, que, naturalmente, fue Bohemundo gracias a su maniobra.

Al mediodía, la bandera de Bohemundo se colocó en lo alto de la muralla, frente a la ciudadela, cuyas calles estaban cubiertas de cadáveres. Fueron aniquilados musulmanes, pero también judíos y cristianos. No perdonaron ni a los niños, ni a las mujeres, ni a los ancianos. «Fue una auténtica venganza, para demostrar que eran los nuevos amos, que eran superiores, los señores del territorio», según señala Taef al-Azhari.

Tras doscientos días de resistencia Yaghi-Siyan se hundió y optó por escapar junto a algunos defensores. Desolado, cabalgó durante horas, sin poder recobrarse de la pérdida de su ciudad. «Se puso a llorar por haber abandonado a su familia, a sus hijos y a los musulmanes y, de dolor, cayó del caballo sin conocimiento. Sus compañeros intentaron volver a subirle a la silla, pero no se tenía en pie. Se estaba muriendo. Le dejaron y se alejaron. Un leñador armenio que pasaba por ahí lo reconoció. Le cortó la cabeza y se la llevó a los *frangí* a Antioquía», evoca Ibn al-Athir.

Tres días después de la caída de Antioquía, el ejército de Karbuka se divisó en el horizonte. Los cruzados tuvieron que guarecerse tras los muros de la ciudad y de sitiadores se convirtieron en sitiados, con los turcos en el exterior empeñados en contener el avance de los invasores y reconquistar la ciudad. Los caballeros de la Cruz «estaban en una situación desesperada y ya se veían muertos. Lo que les ayudó a seguir fue su creencia de que Dios estaba de su parte», explica John France.

Los cruzados rezaron para que ocurriera un milagro. Entonces, se corrió el

rumor de la esperanza. Un humilde sacerdote procedente de Provenza, Pierre Bartolomé, anunció que el apóstol san Andrés se le había aparecido en sueños y le había revelado que en la iglesia de San Pedro de Antioquía, estaba enterrada la lanza que atravesó el costado de Cristo en la cruz. La Sagrada Lanza no se había visto durante siglos.

En medio de la profunda crisis, encontrarla supondría establecer una estrecha relación entre los cruzados y Jesucristo. «Una señal de Dios indiscutible; una sólida prueba de Su voluntad», explica John France. En efecto, junto al altar de la iglesia de San Pedro encontraron una pieza de metal oxidado. Pierre Bartolomé afirmó que era la Sagrada Lanza, algo que los historiadores árabes ridiculizaron. «Era un monje muy astuto. Les dijo a todos: "Si la encontráis quedaréis victoriosos; de lo contrario os enfrentaréis a una muerte segura". Pero antes de todo, enterró él mismo un trozo de lanza y después borró las huellas», se lee en las crónicas de al-Athir.

Este hecho «sobrenatural» dio nuevo ánimo a los cristianos que, llenos de entusiasmo y exaltación religiosa, y «protegidos por la señal de la cruz», cayeron sobre los musulmanes, a pesar de la desproporción numérica. A los francos sólo les quedaban unos doscientos caballos y aun así hicieron una salida para enfrentarse cara a cara con los turcos, con la Sagrada Lanza en lo alto. Algunos testigos afirmaron haber visto a san Jorge dirigiendo la batalla. Otros, a un ejército de espíritus guiado por Dios, con caballeros cristianos sobre blancos caballos con estandartes blancos a modo de espectros. Los turcos fueron denotados «con ayuda de Dios». Tras la victoria Bohemundo se coronó príncipe de Antioquía, que quedó bajo el poder de los cristianos durante mucho tiempo. Pero no fue devuelta al emperador bizantino. El ejército de Karbuka, humillado y derrotado, regresó a Mosul y en Siria no quedó ninguna fuerza capaz de contener a los cruzados.

LOS CANÍBALES DE MA'ARRAT

Al no devolver Antioquía al emperador Alejo, Bohemundo «acabó con uno de los pilares de la Primera Cruzada: dejó de ser sostenible la idea del papa Urbano de que la Iglesia latina trabajaría con los bizantinos para derrotar a los

musulmanes de Oriente Próximo», indica Jonathan Phillips, profesor de la londinense Universidad Royal Holloway. Balduino controlaba las tierras alrededor de Edesa y Bohemundo, las de Antioquía. Los dos se convirtieron en hombres muy ricos.

A finales de 1098, con los jefes cruzados cada vez más ocupados en gobernar sus nuevos principados, empezó a barajarse la idea de continuar la marcha hacia Jerusalén. Hubo muchas discusiones sobre cómo y cuándo dirigirse a la Ciudad Santa, qué ruta tomar, si descansar para recuperar las fuerzas o ponerse de inmediato en marcha… «Posiblemente entonces el ejército comenzó a desintegrarse. Algunos volvieron a sus casas, perdieron el ímpetu por completo», indica el historiador Thomas Asbridge.

Mientras los jefes de las cruzadas se peleaban, las tropas exigieron continuar hacia el sur, a Jerusalén. Según ellos, se había olvidado el verdadero objetivo de la cruzada. Su rabia y frustración acabó por desbordarse en una pequeña ciudad, situada a dos días de marcha a caballo de Antioquía: la ciudad siria de Ma’arrat al-Numan, donde los cruzados cometieron las mayores atrocidades de la guerra.

Hasta la llegada de los francos, a finales de noviembre de 1098, los habitantes cristianos musulmanes de Ma’arrat vivían apaciblemente al abrigo de su muralla circular, bajo el mandato de Ridwan de Alepo. Un pequeño contingente, bajo el mando de Bohemundo, llegó entonces a la ciudad. La noche del 11 de diciembre, el jefe franco prometió a los habitantes perdonarles la vida si se retiraban a un palacio, justo encima de la puerta de la ciudad. Todo fue un engaño. «Durante tres días —cuenta Ibn al-Athir— pasaron a todos a cuchillo o los quemaron vivos. Algunos pudieron sobrevivir al fuego, pero después murieron decapitados. Todo el mundo fue asesinado». «Fueron asesinadas entre veinte y veinticinco mil personas. Los asaltantes no hicieron ninguna discriminación entre credos y religiones a la hora de matar. No fueron sólo diezmados los guerreros, sino también niños, ancianos y mujeres. Fue una especie de limpieza étnica donde murieron cristianos y musulmanes», señala Taef al-Azhari.

Pero una vez terminada la matanza, los francos se quedaron en la ciudad durante un mes y cuatro días y, según los testigos cristianos, ocurrió lo más insólito de esta triste historia. «Nuestras tropas —dejó escrito el cronista Raoul de Caen— cortaban la carne de los cadáveres en trozos y la calentaban para

comérsela. Cocían a paganos adultos en las cazuelas, ensartaban a los niños en espetones y se los comían asados». De Caen no fue el único en narrar estas atrocidades, sino que fueron también difundidas por los poetas locales y transmitidas por la tradición oral. Ya fuera por necesidad, ya fuera por fanatismo de los cruzados, los turcos no olvidaron nunca el canibalismo de los occidentales.

Para el historiador Tariq Alí, el objetivo de aquellos actos fue extender el terror por las filas enemigas. «El hecho de comer carne humana —dice— estaba pensado para infundir el miedo en el corazón del enemigo: "Aquí estamos nosotros, somos fuertes y duros, y si es necesario os comeremos vivos". Y en cierto sentido esto funcionó porque se produjo una oleada de pánico: los turcos pensaron que si ahora se los estaban comiendo muertos, posiblemente, mañana se los comerían vivos».

Para los jefes de la cruzada, la barbarie de Ma'arrat era la prueba de que sus tropas no permitirían más retrasos. Había llegado el momento de cumplir con sus promesas y capturar la ciudad que les había impulsado a arriesgarlo todo en el nombre de Dios. Los cruzados, dejando tras de sí ruinas y horror, reanudaron su marcha hacia el sur. Daba igual que mientras tanto los turcos hubieran sido expulsados de Jerusalén por unos musulmanes más propicios al acuerdo, los fatimíes de Egipto, con los que se entablaron negociaciones para intentar llegar a un acuerdo haciendo un llamamiento a la paz. Los fatimíes estaban dispuestos a ceder el control de Siria, pero no a entregar Palestina, algo inaceptable para los cruzados, que estaban resueltos a llegar a su objetivo final: la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén.

LA LLEGADA A JERUSALÉN

Después de seis meses de la toma de Antioquia, el 13 de enero de 1099, bajo la dirección de Raimundo de Tolosa, Bohemundo, Tancredo y Roberto de Normandía partieron hacia Jerusalén. En Trípoli se les unieron Godofredo y Roberto de Flandes; desde allí continuaron hacia el sur, excepto Bohemundo, que se volvió a Antioquía. El cansancio, la falta de caballos, las querellas entre los príncipes cristianos, las batallas y la peste devastadora que segó la vida de

miles de guerreros, disminuyeron considerablemente el número de cruzados que se dirigió a Jerusalén. Después de tres años, más de cinco mil kilómetros, en junio de 1099, trece mil francos con sólo mil doscientos o mil quinientos caballos, menos de una cuarta parte de los que habían salido de Europa, llegaron a las puertas de la ciudad donde Jesucristo había muerto. La ciudad estaba fortificada y bien defendida por más de cuarenta mil hombres, bajo control del califato fatimí.

El día 7 de junio de 1099 los cruzados iniciaron el cerco. Los musulmanes los observaban desde lo alto de la torre de David, preparados para un largo asedio, ya que habían reunido gran cantidad de provisiones. Incluso, siguiendo el ejemplo de Yaghi-Siyan, habían expulsado a los ciudadanos cristianos ante el temor de que pudieran colaborar con sus correligionarios. La muralla formaba una especie de cuadrilátero irregular con más de quince metros de altura por tres de ancho. Para escalarla eran necesarias escalas y torres de asedio. Pero los defensores musulmanes habían hecho desaparecer todos los árboles de los alrededores. Los cristianos enviaron grupos de búsqueda para reunir toda la madera posible. Ocultas en un agujero encontraron cuatrocientas piezas de madera ya preparada. Era como si Dios volviera a echarles una mano. Habla material suficiente para construir dos torres de asedio de quince metros.

Al atardecer del 14 de julio, lanzaron un asalto por dos flancos. Trasladaron rodando las dos torres hasta su emplazamiento: una al sur de la ciudad, la otra al noroeste. Godofredo de Bouillon cubrió la muralla del ángulo noroeste, junto a donde hoy está la Puerta Nueva. Los defensores musulmanes sabían que si una de las dos torres de asedio conseguía abrir una brecha, Jerusalén acabarla cayendo. Al menor movimiento de las torres, los defensores musulmanes atacaban con una lluvia de flechas. De nuevo todos los sufrimientos de un sitio prolongado, como la sed bajo un sol abrasador de verano, castigaron a los caballeros de la Cruz. «La lucha fue salvaje y sangrienta. En cierto momento los cruzados dieron la orden de atacar con munición viva, que significaba literalmente eso: capturar un musulmán, atarlo a la catapulta y dispararle por encima de la muralla», explica el profesor Phillips.

Los sitiados rechazaron varios ataques a lo largo de la segunda semana de julio. En la parte del monte de Sión, en el sur, los musulmanes se defendieron lanzando una mezcla de petróleo y azufre, que arrojaban encendida sobre los

asaltantes, así como telas ardiendo, hasta que finalmente la torre de asedio se incendió. Apenas habían acabado de destruirla cuando Godofredo decidió desplazar su torre hacia el este, a la zona donde estaban Roberto de Normandía y Roberto de Flandes, un terreno llano y elevado cercano a la actual Puerta de Heredes, desde donde era más fácil alcanzar la muralla. Allí estaba el punto débil histórico de Jerusalén, por donde la había asaltado Pompeyo en el año 63 a. C., y luego Tito en el año 70.

Godofredo y su hermano Eustaquio colocaron la torre contra los muros, treparon por ella y fueron los primeros en entrar en la ciudad. Desde lo alto de la muralla el duque Godofredo ordenó a sus capitanes que abriesen las puertas próximas —la de Heredes o las Flores y la de Damasco— por las que irrumpió el grueso del ejército cruzado. Los francos habían penetrado en la ciudad santa de Jerusalén y la muralla había sido desbordada.

Los jefes musulmanes se rindieron ante Tancredo en la Explanada de las Mezquitas (Haram as-Sharif), que los judíos llaman Monte del Templo porque es donde estuvo el Templo de Salomón y el reconstruido de Heredes. Tancredo intentó dar allí protección a los que habían capitulado, pero después de la inmensa victoria, los cruzados se entregaron a la más espantosa e imparable de las venganzas. «A la población la pasaron a cuchillo, y los *frangí* estuvieron matando musulmanes durante una semana. En la mezquita de al-Aqsa mataron a más de setenta mil personas», describe el cronista árabe Ibn al-Athir. Pero también asesinaron a judíos, y saquearon la mezquita de Omar, o Cúpula de la Roca, el más importante santuario musulmán, pues cobija la roca desde la que Mahoma subió a los cielos con ayuda del arcángel Gabriel. No se salvaron contra su poder ni los sacerdotes de las iglesias orientales (griegos, armenios, coptos, sirios y georgianos) «que fueron expulsados de la iglesia del Santo Sepulcro, donde oficiaban conjuntamente en virtud de una tradición que habían respetado hasta entonces todos los conquistadores», apoderándose de las más valiosas reliquias del cristianismo, explica el escritor Amin Maalouf en su libro *Las cruzadas vistas por los árabes*.

Una visión la de Maalouf no muy ajustada a la historia, pues los Santos Lugares cristianos habían sido arrasados por los conquistadores persas en el año 614, que masacraron 33 000 cristianos, y luego, en 1009, el califa al-Hakim había destrozado a conciencia el Santo Sepulcro, lo que no hacía sino repetir el

afán destructivo de otros conquistadores anteriores de Jerusalén, como babilonios o romanos.

Raimundo de Aguilers, canónigo del Puy y capellán de los invasores, escribió en sus memorias: «Maravillosos espectáculos alegraban nuestra vista. Algunos de nosotros, los más piadosos, cortaron las cabezas de los musulmanes; otros los hicieron blancos de sus flechas, haciéndoles caer de los tejados de las mezquitas; otros fueron más lejos y los arrastraron a las hogueras. En las calles y plazas de Jerusalén no se veía más que montones de cabezas, de pies y manos. Se derramó tanta sangre en la mezquita edificada sobre el antiguo templo de Salomón, que los cadáveres de los fanáticos de Mahoma flotaban en ella, arrastrados a uno y otro punto». Cuando no hubo más musulmanes que matar, los jefes del ejército se dirigieron en procesión a la iglesia del Santo Sepulcro para la ceremonia de acción de gracias.

La noticia del éxito extraordinario de la Primera Cruzada no tardó en llegar a Europa. «El hecho de tomar Jerusalén se consideró una indicación muy clara de que la mano de Dios había protegido el trabajo y a los participantes. “Esto es verdadero, Dios realmente quiere una cruzada, Dios realmente está detrás de esta empresa”, pensaron todos tras la conquista de la Ciudad Santa», señala Asbridge.

Los candidatos a rey de Jerusalén eran cuatro: Raimundo IV de Saint-Gilles, conde de Tolosa; Roberto de Flandes, Godofredo de Bouillon y Roberto de Normandía. Finalmente, a los tres años de dejar su patria, la corona fue ofrecida a Godofredo de Bouillon, que creyó su deber aceptar pero con una negativa tajante: «No llevaré corona de oro donde Cristo la llevó de espinas». Y reclamó como título de honor y de autoridad el de *Advocatus Sancti Sepulchri*, Defensor del Santo Sepulcro.

En julio del mismo año 1099, moría el papa Urbano II, sin conocer todavía la noticia del gran triunfo de la Primera Cruzada, ocurrido quince días antes. Un año después, Godofredo fue atacado por la peste en Cesárea; los cronistas de Damasco afirman que Godofredo sucumbió a las heridas que le habían causado los defensores de Acre. En cualquier caso, retomó a Jerusalén y falleció el 18 de julio de 1100, a los treinta y nueve años de edad; fue enterrado en la iglesia del Santo Sepulcro. Su hermano Balduino, traidor señor de Edesa, se nombró sucesor y tomó sin dudarlo el título de rey de Jerusalén, que posteriormente pasaría a los reyes de España. Poco después, Bohemundo, que intentaba ampliar

su reino de Antioquía, cayó en una emboscada del jefe turco Danishamend, en la ciudad armenia de Malatya, y fue conducido preso al norte de Anatolia.

DOS SIGLOS DE LUCHAS

Los cruzados se deleitaron en la victoria y consolidaron su dominio de Tierra Santa, creando una sociedad feudal en cuatro estados, el Reino Latino de Jerusalén, que abarcaba toda Palestina y la mitad sur del Líbano; el principado de Antioquía, donde Tancredo gobernó como regente de su tío, Bohemundo de Tarento; el condado de Edesa, que Balduino le dejó a su primo Balduino del Burgo cuando se convirtió en rey; y el condado de Trípoli, en la mitad norte del Líbano, del que era titular Raimundo de Tolosa.

Los musulmanes, humillados y derrotados, se dispusieron a devolver el golpe y hacer caer la ira del islam sobre el recién nacido reino cristiano de Jerusalén, pero tuvieron que esperar ochenta y ocho años antes de conseguirlo. La mayoría de aquellos primeros cruzados regresaron a sus hogares en Europa tras cumplir con éxito su voto de peregrinación, aunque gradualmente Jerusalén fue reforzada por la llegada de nuevos peregrinos y caballeros inspirados por el éxito de esta Primera Cruzada, que profesaban en las órdenes militares creadas para proteger el nuevo reino y las rutas de peregrinación, o se integraban en el sistema feudal.

Para muchos historiadores, las diferencias entre los musulmanes fatimíes y los selyúcidas contribuyeron decisivamente en la victoria de la Primera Cruzada, desavenencias y desencuentros que fueron casi una constante a partir del siglo XI. La generación posterior contempló el inicio de la reunificación musulmana bajo la dirección de Imad ad-Din Zangi, gobernador de Irak, Mosul y Alepo (actualmente en el norte de Siria). Bajo su mando, las tropas musulmanas obtuvieron su primera gran victoria contra los cruzados al tomar la ciudad de Edesa en 1144.

La respuesta del Papa a estos sucesos fue proclamar la Segunda Cruzada a finales de 1145. El fracaso de esta cruzada permitió la reunificación de las potencias musulmanas, bajo el mando de Saladino (1138-1193), fundador de la dinastía ayubí, quien invadió el reino de Jerusalén en mayo de 1187 y tras su contundente victoria en la batalla de los Cuernos de Hattin arrebató la Ciudad

Santa a los cruzados el 2 de octubre. En ese momento, la única gran ciudad que todavía poseían los cruzados era Tiro, en el Líbano.

El 29 de octubre de 1187, el papa Gregorio VIII proclamó la Tercera Cruzada a cuyas filas se apuntaron tres grandes monarcas: el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Federico I Barbarroja (1123-1190), el rey francés Felipe II Augusto (1165-1223) y el monarca de Inglaterra Ricardo I Corazón de León (1157-1199). Este último, después de la conquista de San Juan de Acre (actualmente Akko), su victoria militar más importante, restableció el Reino Latino, aunque sin Jerusalén, mucho más reducido que el primero y más débil tanto en lo militar como en lo político, que perduró en condiciones precarias un siglo más.

Las posteriores expediciones no obtuvieron los éxitos militares que tuvieron la Primera y la Tercera Cruzada, pero turcos y cristianos siguieron enfrentándose. San Luis, rey de Francia, que ya había dirigido una fracasada cruzada contra Egipto, organizó la Octava Cruzada, en 1270, la última. En esta ocasión la respuesta de la nobleza europea fue poco entusiasta y la expedición se dirigió contra Túnez, donde el monarca falleció a causa de la peste.

Hasta la toma de Acre por el sultán Jalil en 1291, dos agitados siglos dieron forma a las relaciones entre Occidente y el mundo árabe, hasta el punto de que aquellos convulsos años todavía siguen presentes en sus relaciones. Aunque las matanzas indiscriminadas, torturas, violaciones y saqueos eran moneda corriente en las guerras antiguas, la actuación de los cruzados en nombre de la fe cristiana engendró un enorme odio y abrió unas heridas que aún hoy en día no se han cerrado. «La sociedad árabe —explica el historiador Tariq Alí— vivió las cruzadas como una invasión bárbara y todavía se habla de aquellas historias en los cafés y en muchas familias como si hubieran pasado ayer. El golpe fue tan fuerte que siempre que Occidente ha invadido la región, la gente teme que se trate de otra cruzada».

8

LAS NAVAS DE TOLOSA

Fecha: 16 de julio de 1212.

Fuerzas en liza: Ejércitos de los reinos de Castilla, Navarra, Aragón junto a cruzados portugueses, franceses y leoneses contra el Imperio almohade.

Personajes protagonistas: Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII de Navarra y Pedro II de Aragón; Muhámmad an-Násir.

Momentos clave: Las derrotas cristianas en Alarcos en 1147 y en 1195. El asedio a la fortaleza de Salvatierra.

Nuevas tácticas militares: Cuerpo de reserva destinado a estorbar las maniobras envolventes de los musulmanes y anteponer arqueros a las líneas de la caballería para evitar la aproximación de las tropas ligeras enemigas que hostigaban a los caballeros.

A cinco kilómetros de Santa Elena, el pueblo más septentrional de la provincia de Jaén, junto al paso de Despeñaperros, existe un paraje donde se sitúa el campo de batalla de las Navas de Tolosa. En la zona se han dado grandes batallas y abundan castillos de distintas épocas. Y es que fue la frontera de moros y cristianos durante tres siglos. De los enfrentamientos, el que tuvo lugar el 16 de julio de 1212, llamado en la historiografía árabe batalla de Al-Uqab y conocida simplemente como «la Batalla» en las crónicas de la época, destaca porque supuso el comienzo del declive del poder musulmán en la península Ibérica. La victoria de los ejércitos al mando del rey Alfonso VIII de Castilla supuso la entrada de los cristianos en el corazón de al-Ándalus, del que conquistaron poco después el valle del Guadalquivir. A partir de entonces, la Reconquista tomó un nuevo impulso. En los siguientes cuarenta años los reinos cristianos ocuparon casi todos los territorios del sur bajo poder musulmán.

LA CONQUISTA MUSULMANA DE AL-ÁNDALUS

En tiempos del Imperio romano, Hispania estaba bajo la autoridad de Roma. En el siglo IV, los visigodos invadieron el Imperio romano y establecieron a finales del siglo V un reino con capital en Toledo. Dos siglos después, en el año 711, un ejército islámico desembarcó en Tarifa, derrotó al rey visigodo y en pocos meses conquistó toda la península.

Pero en las montañas del norte de España quedaron núcleos cristianos independientes que fueron creciendo hasta formar pequeños reinos: Asturias, Navarra, Aragón… y posteriormente León y Castilla. Poco a poco, se extendieron hacia el sur, ocupando la casi despoblada cuenca del río Duero. «Durante un par de siglos no se produjeron grandes cambios. Los reinos cristianos crecían lentamente a la sombra del gran estado musulmán de Córdoba, que les imponía parias, es decir, impuestos y tributos, y de vez en cuando los invadía y saqueaba», explica Juan Eslava Galán, autor, entre otras novelas históricas, de *El Paraíso disputado. Ruta de los castillos y las batallas*.

«El combate de las Navas de Tolosa ocurrió en el año 1212, pero en realidad la historia comenzó mucho antes. Cuando el califato de Córdoba se descompuso en un mosaico de pequeños estados —los llamados reinos de taifas—, mientras que los reinos cristianos del norte, fortalecidos, aprovecharon la oportunidad para ampliar sus fronteras hasta el río Tajo y tomar Toledo. Los débiles reyezuelos de taifas tuvieron que comprar la paz y la protección de los monarcas cristianos pagando grandes tributos anuales», cuenta Eslava Galán.

Entonces, el rey Al-Mu‘tamid de Sevilla, oprimido por las abusivas exigencias de Castilla, llamó en su auxilio a los almorávides (castellanización del árabe *al-murabitun*, devotos, ermitaños), un conjunto de tribus islámicas procedentes del Sahara que habían unificado el norte de África, tropas feroces y numerosas a las que no les importaba morir en combate porque creían que así ganaban el paraíso. A semejanza de las órdenes militares de la cristiandad, su misión era combatir a los infieles y propagar la fe musulmana. Reciben también el nombre de *mulattimun* porque cubrían su rostro con un velo o *litum*. Por aquel tiempo, esta confederación de tribus bereberes habían forjado un poderoso imperio que se extendía por lo que hoy es Marruecos —a ellos se debe la creación de este país como unidad política—, Mauritania, parte de Argelia y la cuenca del río Senegal.

Tras la conquista cristiana de Toledo, en mayo de 1085, el emir de los almorávides Yusef ibn Tasufin ibn Talakakin (1062-1106) envió un ejército para detener la amenaza del avance de Alfonso VI (1040-1109) por Extremadura (las batallas de Zalaca y de Sagrajas de 1086) y Murcia (Batalla de Aledo, 1088). «Cuando vieron la riqueza de al-Ándalus —continúa Eslava Galán— se quedaron y la incorporaron a su dominio norteafricano, un imperio que abarcaba desde Zaragoza al río Níger, con el Sahara por medio». Así, los almorávides, sin muchas dificultades, vencieron a los cristianos, destronaron a los reyes de taifas y se adueñaron de al-Ándalus.

Las incursiones dirigidas por Alfonso VI no se interrumpieron, aunque se orientaron hacia la región levantina. A partir de ese momento, los almorávides comenzaron a amurallar ciudades y construir castillos. «Dominaban el comercio del oro sudanés y eso les permitió emprender un vasto programa constructivo comparable con el de los imperios antiguos. Antes de unificarse, eran nómadas que vivían en jaimas y chozas, pero cuando se extendieron por el Magreb encontraron estupendos castillos y fuertes romanos y bizantinos y sólo tuvieron que copiarlos y trazar fronteras fortificadas o marcas. La parte central de aquella red de fronteras, y estratégicamente la más importante, corresponde a Jaén, con plazas fuertes como Baeza, Úbeda, Andújar, Jaén y Arjona, enlazadas por un complejo sistema de castillos estratégicos, castillejos y atalayas», señala Juan Eslava Galán.

Después de la victoria de Alfonso I de Aragón «el Batallador» (1073-1134) en Cutanda, en el verano de 1120, que pone de manifiesto su impotencia para contener los ataques de los cristianos, aparecen los primeros síntomas de descontento en la España musulmana y, con todo ello, comienza la debilidad y decadencia almorávide. Entonces, surgió un grupo bereber en los macizos del Atlas que se rebeló contra ellos. Tras los violentos combates, los almohades (del árabe *al-Muwahidun*, los unitaristas) conquistaron el norte de África y pusieron sus ojos en al-Ándalus.

Desde 1139, el rey castellano Alfonso VII (1105-1157) centró su atención en el sur peninsular ocupado por los almorávides y los almohades e intervino activamente en los enfrentamientos entre las dos dinastías bereberes. Así llevó a cabo expediciones y ataques de saqueo incitando a las poblaciones a sublevarse contra ellos con la ayuda de dos caudillos hispanomusulmanes: Zafadola e Ibn

Mardanish. Hacia 1140 el imperio de los almorávides se fraccionó y en al-Ándalus volvió a aparecer una generación de pequeñas taifas tan débiles como las anteriores. La balanza del poder militar se inclinaba de nuevo hacia los reinos cristianos, que no paraban de crecer y fortalecerse.

Alfonso VII logró asegurarse los pasos que comunican Andalucía con la Meseta y, en una audaz expedición, conquistó el año 1147 el puerto de Almería, en poder de los almohades. Cuando ya había conquistado media Andalucía, el 21 de agosto de 1157, «murió de agotamiento, bajo una encina del puerto de la Fresneda, en Sierra Morena, cuando regresaba de una expedición. Fue una muerte que aceleró la ruina de toda su obra. En pocos meses, todo lo que había conquistado volvió al poder de los almohades», indica el escritor Juan Eslava Galán.

RIVALIDADES POR LA HEGEMONÍA PENINSULAR

Muerto Alfonso VII, los almohades atravesaron Sierra Morena y atacaron Castilla. Durante esta época, la lucha por la hegemonía peninsular enfrentaba a Castilla con León y Navarra desde hacía largas décadas. El nuevo rey Alfonso VIII (1155-1214) y el rey Sancho VI de Navarra (1194-1234), su ancestral enemigo, tuvieron sus más y sus menos por cuestiones de fronteras. El navarro consiguió anexionar a su reino los territorios de Logroño y Cerezo y los castellanos lograron tomar Álava y Guipúzcoa en 1200. Al final, Alfonso obligó al rey navarro a firmar la paz.

Ya antes Alfonso VIII había pactado con otro de sus adversarios, el rey Fernando II de León (1137-1188) en el tratado de Fresno-Lavandera. Previamente, además, había estrechado sus vínculos con el vecino reino de Aragón, fijando sus objetivos en la lucha contra los musulmanes y, mediante el tratado de Cazorla de 1179, el trazado de la futura frontera entre ambos reinos a costa de los territorios bajo control almohade.

A pesar de su desconfianza hacia sus vecinos leoneses y navarros, Alfonso VIII se dedicó a preparar el desquite contra los musulmanes. Sin embargo, el primer gran enfrentamiento, que tuvo lugar en julio de 1195, no le salió nada bien. Alfonso VIII, con la caballería pesada al mando del vizcaíno Diego López

de Haro, alférez real y su jefe de Estado Mayor, unida a los miembros de las órdenes de Santiago y Calatrava, sufrieron una estrepitosa derrota cerca de la fortaleza de Alarcos, a poco más de diez kilómetros de la actual Ciudad Real.

En la época medieval, Alarcos era un enclave importante de la ruta de Córdoba a Toledo. Se encontraba en el límite del reino de Castilla, en la frontera con al-Ándalus, así que dependiendo de los avatares de la guerra, pasó alternativamente por manos cristianas y musulmanas. Cuando el califato de Córdoba se desintegró en los reinos de taifas, la zona fue disputada por Toledo, Córdoba y Sevilla. Alfonso VII la reconquistó en 1147, junto a Almería y Calatrava. La defensa de la frontera del Campo de Calatrava fue encargada por este rey a la Orden del Temple, que se vio incapaz de llevar a cabo su cometido, sobre todo tras la muerte del monarca.

Casi cincuenta años después, el nuevo rey castellano ideó levantar alrededor del castillo musulmán de Alarcos una verdadera ciudad fortificada que fuese a un tiempo la expresión de su poder y de su vocación conquistadora. Por su situación, el lugar iba a ser su base de operaciones, desde donde organizaría las campañas hacia el sur, como lo habían hecho antes los musulmanes en su camino hacia el norte.

En el año 1195, el califa almohade Abu Yusuf al-Mansur (Yusuf II) desembarcó en Tarifa y se dirigió a Alarcos, donde se encontraba el rey castellano. Entonces, Alfonso VIII consiguió atraerse la ayuda de los reyes de León, Navarra y Aragón, puesto que el poder almohade amenazaba a todos por igual. Esta ciudad fortaleza estaba aún en construcción y, por darse prisa en presentar batalla, Alfonso VIII imprudentemente no esperó los refuerzos de Alfonso IX de León ni los de Sancho VII de Navarra que estaban de camino.

El día 19 de julio, y pese a la mejor posición cristiana y a su mayor número de efectivos, la táctica almohade de retiradas y ataques constantes llamada «tornafuye» dio un excelente resultado. El comandante de las fuerzas enemigas —«infinitas como las arenas del mar», según un cronista de la época—, el califa Abu Yusuf al-Mansur, murió en la acción pero logró vencer gracias, sobre todo, a los veloces corceles sarracenos y a la agilidad y puntería de sus arqueros, capaces de disparar con un potente arco compuesto montados a caballo, a toda velocidad y en todas las direcciones, mientras esquivaban fácilmente el ataque de la pesada caballería cristiana.

Después, los almohades asaltaron la plaza fuerte de Calatrava la Vieja —encomendada a la Orden de Calatrava, la primera orden militar autóctona de la Península— a cuya guarnición pasaron a cuchillo, fueron arrebatando territorios hasta el Tajo y llegaron hasta las puertas de Toledo. La frontera se desplomó y supuso un duro golpe para los reinos cristianos. La línea del Tajo apenas podía contener el avance musulmán. Sin embargo, ambos bandos acabaron por pactar y, en 1197, Castilla y el Miramamolín (castellanización del árabe amir al-Muminin, «comendador» o «príncipe de los creyentes», título oficial de los califas almohades, usado hoy día por el rey de Marruecos) concertaron una tregua de diez años.

En cuanto pasó ese plazo, en 1209, el rey castellano atravesó la frontera para atacar Jaén y Baeza, mientras los freires o caballeros de la orden militar de Calatrava fueron contra Andújar. Fue el preludio bélico, pero todavía debieron de pasar tres años para que tuviera lugar la gran batalla.

LA CRUZADA DE INOCENCIO III

Las tropas de Sancho VII de Navarra llegaron tarde a la defensa de Alarcos y Calatrava, y los reproches de Alfonso VIII al navarro acabaron en un enfrentamiento entre ambos. Sancho el Fuerte, en represalia, devastó Soria y Almazán. Un año después, ambos reyes firmaron la Paz de Tarazona. Sin embargo, Alfonso VIII sentía que sólo contaba con la amistad de Aragón y seguía temiendo que León y Navarra pudieran atacar su reino por el norte si concentraba su ejército en el sur contra los musulmanes. Así que confió en el Papa para garantizar la neutralidad de sus enemigos mediante la declaración de cruzada a su guerra contra los almohades.

«Las cruzadas de Tierra Santa son las más famosas, pero en España también tuvimos unas cuantas, más modestas. Aquí también se peleaba contra el islam. El rey de Castilla consiguió en 1211 que el papa Inocencio III declarara cruzada la campaña que preparaba contra los almohades», señala Eslava Galán. Según el Papa, los que lucharan en ella obtendrían plena remisión de los pecados. Así, la cruzada se convirtió en la réplica cristiana al Yihad o guerra santa islámica. «Una cruzada autorizada por el Papa cubría las espaldas a Alfonso VIII y le

aseguraba que sus vecinos y enemigos, los reyes de León y Navarra, no aprovecharían para atacar sus desguarnecidas fronteras del norte, a no ser que quisieran incurrir en excomunión, lo que automáticamente eximiría a los súbditos de la obligación de obedecerlos. Además, la declaración de cruzada podía atraer voluntarios de toda la cristiandad, deseosos de redimir sus pecados», añade Eslava Galán.

La bula de Inocencio III ordenaba a los reyes cristianos que aplazaran sus discordias personales en favor de la magna empresa común, por lo que los reyes de León y Navarra nada pudieron hacer contra Alfonso de Castilla. Incluso el rey Sancho IV prometió prestar su ayuda al castellano en la gran confrontación que se preparaba. Allí, la desavenencia entre ambos seria zanjada con la participación de los navarros en la decisiva batalla de las Navas de Tolosa.

Pero retrocedamos meses antes. En la primavera de 1212, los caminos de la cristiandad se llenaron de cruzados cuya meta era Toledo. El primero en llegar fue Pedro II de Aragón, el amigo de Alfonso VIII, que aportó tres mil caballeros con su correspondiente acompañamiento de peones. Aunque llegaron algunos aventureros y caballeros de Europa —franceses, italianos, lombardos y alemanes —, pronto abandonaron la causa y al final la expedición se redujo a cruzados de la Península, en especial de Castilla y de Aragón, y, en menor medida, de Navarra, apoyados por las tropas de las órdenes militares de Santiago, Calatrava, Temple y Hospital o San Juan de Jerusalén.

Quien no participó en la contienda fue el rey de León Alfonso IX, que entonces estaba enemistado con el rey de Castilla e incluso aprovechó la oportunidad para intentar asediar varios castillos fronterizos. No obstante, sí lucharon algunos caballeros leoneses por su cuenta, además de algunas tropas portuguesas, pero también sin la participación de su rey.

LAS TROPAS CRISTIANAS PARTEN DE TOLEDO

Ya un año antes, en 1211, el hijo del califa muerto en Alarcos, el Miramamolín Muhámmad an-Násir, llegó a la Península desde Marrakech, al frente de un ejército descomunal (las crónicas hablan de más de cien mil hombres), dispuesto a vencer definitivamente a los cristianos. Se decía que había jurado sobre el

Corán conducir a sus tropas hasta Roma y abrevar sus caballos en el Tiber.

Primero, por sorpresa, asedió durante cincuenta y un días la fortaleza de Salvatierra, en manos de Castilla desde 1198 y único baluarte cristiano al sur del Tajo, y se adueñaron de ese castillo. Después an-Násir regresó a Sevilla para intensificar los preparativos para la próxima y decisiva guerra.

Durante ese año, Alfonso VIII de Castilla hizo incursiones por levante y llegó hasta el mar. Pero perdió a su joven hijo, el infante, en un accidente fortuito, lo cual hizo que concentrase aún más sus esfuerzos en la campaña contra los musulmanes. Así, al enterarse de que an-Násir había tomado Salvatierra, se dirigió contra él con todo su ejército.

A mediados de junio de 1212, el ejército cristiano partió de Toledo camino del sur bajo el mando de don Diego López de Haro, aquél a quien todos responsabilizaban de la pérdida de Alarcos diecisiete años antes. El río Guadiana era el principal obstáculo que los separaba de Andalucía, y la ciudad fortificada de Calatrava, que vigilaba el estratégico paso fronterizo entre ambas zonas, estaba en manos musulmanas, tras la batalla de Alarcos.

«No era prudente dejar a la espalda del ejército cristiano una plaza tan importante y bien abastecida que, además, estaba encomendada al andalusí Abu Qadis, un experto militar de la frontera. El día 30 de junio, los cruzados atacaron por su parte más débil los muros de la ciudad y lograron tomar dos torres. Abu Qadis comprendió que su castillo no podría resistir a un ejército tan potente y prefirió rendirse en los términos más ventajosos, con garantía de la vida y bienes muebles de los defensores. Esto no lo entendieron los almohades que, unos días después, lo ejecutaron por rendir la plaza, lo que contribuyó al malestar de los andalusíes», señala Juan Eslava Galán.

Tras Malagón, Caracuel y Alarcos, Calatrava la Vieja volvía a manos cristianas. Los cruzados descansaron allí unos días, durante los cuales se sumó a la expedición el rey Sancho el Fuerte de Navarra con doscientos caballeros. Por contra, a causa de diversas desavenencias, la mayoría de los extranjeros se retiraron de la cruzada y regresaron a sus países de origen, saqueando las juderías de las poblaciones por donde pasaron. Se calcula que la deserción de los cruzados extranjeros redujo al ejército cristiano en un tercio de sus efectivos. «La pérdida más grave no fue, sin embargo, el número, sino la calidad, pues muchos de ellos eran veteranos de guerra y soldados profesionales», sostiene

Eslava Galán.

Finalmente, el 12 de julio las tropas cristianas alcanzaron los pasos de Sierra Morena, ocupados y controlados por las fuerzas del Miramamolín, que imposibilitaban el acceso al valle del Guadalquivir.

En el sitio llamado Hisn al'Iqab, hoy Castro Ferral, hay un castillo situado en las alturas del puerto del Muradal que vigila el paso de la Losa, una de las rutas tradicionales entre Andalucía y la Meseta. En 1169, la fortificación fue conquistada por doscientos freires de la Orden de Calatrava, que la perdieron poco después. Al amanecer del 13 de julio de 1212 estaba bajo dominio musulmán. La guarnición almohade lo abandonó al ver aparecer las avanzadas cristianas dejando aparentemente libre el paso al desfiladero de la Losa. Pero an-Násir había cortado el acceso del enemigo al valle situando hombres en puntos clave. Los dos ejércitos estaban separados solamente por ese desfiladero. Aventurarse por aquella garganta rocosa representaba un peligro.

«Sin embargo, las tropas cristianas al día siguiente tomaron otro camino por el puerto del Rey y el Salto del Fraile, hacia el oeste, y fueron a acampar en la Mesa del Rey, frente al llano de las Américas, donde se reñiría la batalla. Según una piadosa tradición, los musulmanes desconocían aquel camino y por eso no lo vigilaban. La leyenda cuenta que san Isidro Labrador se apareció a Alfonso VIII, en figura de pastor, para mostrárselo. Hoy los historiadores encuentran más sensato pensar que en el ejército cristiano había rastreadores que conocían la orografía de la zona y el camino alternativo al desfiladero de la Losa. Los cristianos llevaban ya muchos años atravesando la sierra, desde las expediciones de Alfonso VII», cuenta Eslava Galán. En cualquier caso, la tradición otorga a un pastor llamado Martín Alhaja el honor de haber guiado a los cruzados por la sierra sin haber forzando el paso de Losa, atravesando un sendero secreto alternativo no vigilado y sin perder ni un solo hombre.

En la Mesa del Rey se estableció el campamento cruzado; según cuenta Eslava Galán, «esta vez Alfonso VII no fue tan fogoso como en Alarcos. An-Násir intentó plantear el combate inmediatamente, antes de que los soldados y sus caballos se repusieran de las fatigas de la caminata, pero no aceptaron el reto por más destacamentos de caballería y arqueros que envió a hostigarlos. Los cruzados se tomaron dos días de descanso y sólo formaron en orden de batalla al clarear el lunes 16 de julio de 1212».

GUERREROS DE TODOS LOS RINCONES DEL ISLAM

El ejército cristiano, unos doce mil hombres, se estructuró en tres cuerpos: el rey de Aragón mandaba el ala izquierda, en el centro estaba el castellano y en la derecha el navarro, reforzados por tropas de varios concejos castellanos. Cada cuerpo se dividía, a su vez, en tres líneas ordenadas en profundidad. «La vanguardia del cuerpo central —describe Eslava Galán—, que sería el eje de la lucha, estaba al mando del alférez real de Castilla, el veterano Diego López de Haro. En la segunda línea se ordenaban los caballeros de las órdenes militares, es decir, templarios, hospitalarios, Uclés y Calatrava. Finalmente, en el cuerpo de reserva, que ocupaba la retaguardia, estaban los tres reyes, con Alfonso VIII en el centro, acompañado por los arzobispos de Toledo y Narbona, y otra media docena de prelados castellanos y aragoneses».

Los caballeros de las órdenes militares eran guerreros profesionales y se hacían acompañar de peones y servidores igualmente experimentados, pero las tropas de los concejos, aportadas por las ciudades castellanas, no tenían experiencia ni entrenamiento. «Alfonso VIII —añade este autor— había dispuesto que las tropas de los concejos combatieran mezcladas con las mesnadas nobiliarias, las tropas reales y los caballeros de las órdenes militares, todos ellos guerreros profesionales. De este modo la calidad era más homogénea y la infantería y la caballería se apoyarían mutuamente».

Los musulmanes, que superaban ampliamente el número de cristianos —modernos estudios lo cifran en torno a cien mil combatientes—, instalaron su campamento en el Cerro de las Viñas. La mayoría de sus veteranos y bien armados hombres procedían del noroeste de África, pero entre sus filas había guerreros —mal equipados pero ligeros— de todos los rincones del islam atraídos por la llamada a la guerra santa.

Se dispusieron en cuatro líneas. La primera, con infantería ligera marroquí reclutada en el Alto Atlas al frente y la caballería ligera cubriendo los flancos. Detrás se situó una línea de voluntarios de todo el imperio, dispuestos a morir en la batalla para ganarse el paraíso. En tercera línea, estaba la caballería pesada almohade —pesadilla de los ejércitos cristianos—, con la zaga musulmana guardando el campamento del califa. Entre ellos se encontraban contingentes de

arqueros turcos a caballo conocidos como «agzaz»; fuentes árabes de la época indican que en las Navas combatieron hasta diez mil de estos experimentados arqueros.

«En la cima del cerro estaba plantada la gran tienda roja de an-Násir, el emblema de su poder, rodeada por un palenque, es decir, una fortificación de campaña improvisada, bastante frecuente en la Edad Media, y que servía para frenar las cargas de la caballería pesada. El palenque almohade estaba defendido por una guardia de piqueros, arqueros y honderos, muchos de ellos atados por los muslos o enterrados hasta las rodillas. Eran los *imesebelen*, o despojados, que juraban sacrificar sus vidas en defensa del islam: ellos mismos se hacían atar por las rodillas, para evitar la tentación de huir. Aún viéndose perdidos seguían luchando hasta que los remataban a golpes», señala Eslava Galán.

Esta guardia personal —la llamada Guardia Negra— protegía la tienda del sultán y formaba la cuarta línea, en la retaguardia, situada en el palenque del Miramamolín, que constituía un obstáculo artificial que serviría para evitar que «la carga cristiana atravesara el campo de batalla arrollando a la infantería, para, tras reorganizarse en campo abierto, cargar de nuevo con la misma terrible efectividad en un movimiento de vaivén».

El ejército cristiano estaba compuesto por muchos miles de combatientes mal entrenados, subdivididos en líneas y que operaban con cierta sincronización mediante un rudimentario sistema de signos; estaba mejor equipado de escudos, cotas de mallas y yelmos. Además empleaba lanza, espada, cuchillo, maza o hacha, alabarda, arco y honda. En cambio, como defensa, los almohades sólo llevaban un escudo, aunque para atacar también disponían de lanzas y espadas, azagayas, arcos y hondas y, sobre todo, contaban con una gran reserva de flechas y venablos.

EL CHOQUE FRONTAL Y LA CARGA DE LOS TRES REYES

El avance cristiano comenzó a las primeras luces del día 16 de julio de 1212. La vanguardia cristiana, con Diego López de Haro al frente, descendió de la Mesa del Rey, reorganizó sus filas al llegar abajo y atravesó el llano de las Américas a paso de carga. Una fila compacta de guerreros embutidos en sus pesadas mallas

de hierro avanzaron en línea recta hacia el enemigo. El terreno favorecía a los musulmanes, que estaban en alto.

«Los almohades y los cristianos empleaban tácticas muy distintas. Los cristianos lo fiaban todo a una carga frontal de la caballería, en compacta formación, primero con las lanzas y después con las espadas. Por el contrario, los musulmanes oponían tropas ligeras que se dispersaban ágilmente en todas direcciones, para evitar convertirse en blanco del ataque enemigo, para luego agruparse y, desplazándose rápidamente, envolver al enemigo y golpearlo en sus puntos vulnerables, la retaguardia y los flancos».

En las Navas, la estrategia de los almohades, como era su costumbre, era primero atacar y simular una retirada con las tropas ligeras, a fin de desorganizar y cansar al enemigo. Después, atacar con la segunda línea con las peores tropas, una horda de voluntarios que aspiraban a ganar el paraíso por morir en la batalla. Mientras los cristianos iban a por ellos, los arqueros y las fuerzas de élite de an-Násir sembrarían la muerte y, cuando los cruzados estuvieran cansados y en terreno desventajoso, los almohades de la reserva caerían sobre ellos para asestarles el golpe de gracia. «Confiaban en que si alguna carga de los cruzados alcanzaba la retaguardia almohade, las formidables defensas de su palenque y la guardia del Miramamolín bastarían para detenerla».

Sin embargo, Alfonso VIII había aprendido de la derrota en Alarcos. Allí los almohades desorganizaron las tropas de los concejos que formaban las alas del ejército castellano y envolvieron a la caballería impidiéndole lanzar sus cargas, tras realizar una excelente labor de desgaste. En las Navas, Alfonso VIII conservó su caballería en formación cerrada, para evitar la infiltración de la caballería ligera enemiga y, sobre todo, mantuvo a su cuerpo más importante en la reserva para lanzarlo a la batalla cuando los musulmanes intentaran cercar a su cuerpo principal. «La oportuna intervención de esta reserva, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, decidió el resultado de la batalla», afirma Eslava Galán.

Cuando comenzó el combate, los almohades esperaban la embestida de la caballería cristiana en la cuesta de los Olivares. La primera línea cristiana chocó con las defensas musulmanas, que se cerraron sobre ella, lo que causó numerosas bajas a los cristianos gracias a la superioridad numérica de los musulmanes. Entonces acudió la segunda línea cristiana. Ante las sucesivas oleadas, las avanzadas musulmanas se dispersaron. Los cristianos pudieron dirigirse hacia

los altozanos contiguos, donde estaban apostados los voluntarios. A pesar de la resistencia, los atacantes cristianos atravesaron esta segunda línea sin dificultad y arremetieron contra el grueso del ejército almohade, que los recibió en el alto del cerro y los contuvo, hasta el punto de contraatacar pendiente abajo con los acostumbrados gritos de guerra y retumbar de tambores.

«Cuando se produjo el choque con los almohades, don Diego y la caballería profesional se mantuvieron firmes en la pelea, pero las inexpertas tropas de los concejos comenzaron a flaquear. Además, ofrecían un blanco casi inmóvil a los arqueros y honderos de an-Násir que los acribillaban desde los alrededores del palenque. Ante la situación general Alfonso VIII se alarmó y lanzó la reserva en una carga decisiva, en la que fueron los tres reyes, de Castilla, Aragón y Navarra, al frente de sus respectivas tropas». La carga crítica con la última línea para socorrer a los que estaban batallando cerca del palenque del Miramamolín, infundió nuevos bríos al resto de las tropas y fue decisiva para el resultado de la contienda.

Por el contrario, los musulmanes cometieron un grave error táctico: cuando habían visto retroceder a los cristianos, rompieron su formación para perseguirlos. Y la carga de los tres reyes con las mejores fuerzas del ejército cristiano encontró el hueco que la caballería enemiga había dejado abierto y traspasó la empalizada del palenque. Cuentan que fue el rey Sancho VII de Navarra y sus doscientos caballeros el primero en atravesar la última línea de defensa musulmana y dirigirse directamente hacia an-Násir, el primero en romper las cadenas con las que se ataban los *imesebelen* y pasar la empalizada, y que a ese lance se deben las cadenas del escudo de Navarra.

Sea como fuere, los *imesebelen* sucumbieron en sus puestos, fieles a su promesa, mientras an-Násir, viéndose perdido, huía a uña de caballo. Los cristianos se adueñaron de su campamento, donde entraron a degüello. «La lucha en el palenque debió de ser terrible. Los arqueros musulmanes, principal y temible enemigo de la caballería cristiana, no podían actuar debidamente en medio del tumulto. La carnicería en aquella colina fue tal que, después de la batalla, los caballos apenas podían circular por ella, de tantos cadáveres apilados como cubrían la tierra», indica Juan Eslava Galán.

Los almohades huyeron en desbandada. El ejército de an-Násir huyó como pudo, pero la caballería cruzada los persiguió alanceando y degollando. La cifra

de bajas almohades fue enorme porque en la persecución perecieron casi tantos hombres como en el combate propiamente dicho. Y es que estaba prohibido, bajo pena de excomunión, dedicarse al saqueo antes de que los musulmanes hubiesen sido completamente exterminados. Lo cierto es que la experiencia demostraba que «muchas batallas que parecían ganadas se comprometían o acababan en franca derrota por causa de la codicia de la soldadesca que, creyendo favorablemente decidido el combate, desatendía la lucha por saquear las tiendas de los vencidos», señala Eslava Galán.

EL PUNTO DE VISTA ÁRABE

Según la narración del cronista musulmán Ibn Abu Zar —autor de la popular historia medieval de Marruecos conocida como *Rawd al-Qirtas*, escrita a instancias del sultán Abu Said Uzman II a principios del siglo XIV—, tras el ataque del ejército cristiano los voluntarios «cargaron sobre ellos en número de ciento sesenta mil» y tras combatir terriblemente y resistir heroicamente, «todos murieron mártires, sin dejar uno». Después, los cristianos cargaron contra las tropas almohades y andalusíes.

Mientras los caídes andalusíes huían —enfadados y recelosos debido a la ejecución de Abu Qadis, el jefe de la guarnición musulmana en la fortaleza de Salvatierra, al que los cristianos dejaron marchar a cambio de rendir la plaza, pero que fue degollado por orden del sultán— «el combate arreciaba contra los que quedaban, y cada vez los cristianos eran más numerosos» hasta que los musulmanes se desbandaron y abandonaron a an-Násir. Entonces los cruzados los persiguieron espada en mano, hasta llegar al círculo de guardias que rodeaban a an-Násir; «pero los encontraron que formaban como un sólido muro, y no pudieron abrir brecha».

Pero su heroicidad no fue suficiente porque, según este cronista, el sultán, vestido completamente de verde (el color del islam), con un ejemplar del Corán en una mano y una cimitarra en la otra, «seguía sentado sobre su escudo, delante de su tienda, y vio morir a su alrededor más de diez mil de los que formaban su guardia». Entonces, ante la inevitable derrota, un árabe descabalgando de su yegua se dirigió a él y le dijo: «Monta en ésta que es de pura sangre y no sufre

ignominia, quizá Dios te salve con ella, porque en tu salvación está nuestro bien». An-Násir aceptó y huyó.

«El degüello de musulmanes —continúa Ibn Abu Zar— duró hasta la noche, y las espadas de los infieles se cebaron en ellos y los exterminaron completamente, tanto que no se salvó uno de mil. Los heraldos de Alfonso gritaban: "Matad y no apresad, el que traiga un prisionero será muerto con él". Así que no hizo el enemigo un solo cautivo este día».

Su narración concluye con estas palabras: «Fue esta terrible calamidad el lunes 15 de safar del 609 (16 de julio de 1212), cuando comenzó a decaer el poder de los musulmanes en al-Ándalus. Desde esta derrota no alcanzaron ya victorias sus banderas; el enemigo se extendió por ella y se apoderó de sus castillos y de la mayoría de sus tierras, y aún hubiera llegado a conquistarla toda si Dios no hubiese concedido el socorro del emir de los musulmanes Abu Yusuf ben Abd al-Haqq, que restauró las ruinas, reedificó los alminares y devastó con sus expediciones el país de los infieles».

Desde el punto de vista hispano, la batalla de las Navas de Tolosa supuso el alejamiento del peligro de una invasión musulmana de los reinos cristianos y contribuyó al comienzo del declive definitivo del Imperio almohade. «Además hizo saltar el cerrojo de la puerta de Andalucía y consolidó la frontera castellana en Sierra Morena facilitando las grandes conquistas castellanas en el siglo XIII», sostiene Eslava Galán.

EL GRAN IMPULSO A LA RECONQUISTA

El ejército cristiano, tras descansar dos noches, continuó por tierra musulmana tomando diversos castillos y localidades de la comarca, como Tolosa, Vilches y Baños de la Encina. El historiador Argote de Molina cuenta que muchos musulmanes refugiados de las Navas se rindieron pensando salvar la vida, pero fueron todos degollados.

Cuando los cruzados llegaron a Baeza (Bayyasa para los musulmanes), la primera ciudad importante del valle del Guadalquivir, la encontraron vacía porque sus habitantes habían huido, con excepción de algunos ancianos e impedidos, que se habían refugiado en la mezquita mayor. Los cristianos

incendiaron el templo con ellos dentro. La posesión de Baeza aseguró la espalda castellana y la amenaza para los reinos que estaban en la ribera izquierda del Guadalquivir, pero posteriormente retornó a manos almohades.

Y es que al igual que Úbeda (Ubbada o Ubbadat al-Arab), pasó de unas manos a otras desde el siglo XI. Así, los almorávides llegaron a ellas en 1091, pero pasaron a ser dominio de Castilla en 1147 y, de nuevo, las recuperaron los musulmanes diez años después, para volver a ser cristianas a los pocos días de la batalla de las Navas de Tolosa, dominio que se perdió al poco tiempo. Entretanto ambas ciudades fueron saqueadas y arrasadas en varias ocasiones más. El 30 de noviembre de 1227 Fernando III, el Santo, las reconquistó definitivamente.

La narración del cronista musulmán Ibn Abu Zar describe cómo Alfonso VIII fue a la ciudad de Úbeda el 23 de julio y «la ganó a los musulmanes por asalto, matando a sus habitantes, grandes y pequeños, y así siguió conquistando al-Ándalus, ciudad tras ciudad, hasta apoderarse de todas las capitales, que no dejó en manos de los musulmanes sino muy poco poder. Sólo le impidió apoderarse de este resto de botín la protección divina por medio de la dinastía de los Banu Marim [benimerines]. Dícese que todos los reyes cristianos que asistieron a la batalla de Hisn al-Iqab y que entraron en Úbeda, no hubo uno que no muriese aquel año».

Según parece, «en Úbeda los musulmanes ofrecieron un millón de maravedíes de oro si respetaban la ciudad, pero los prelados que velaban por el cumplimiento de la cruzada exigieron la aplicación estricta de los cánones eclesiásticos, que prohibían cualquier trato con infieles. Por lo tanto, Úbeda fue asaltada y su población degollada después de espigar los que valían para esclavos», cuenta Eslava Galán.

Tras las conquistas de Baeza y Úbeda, los cruzados se retiraron y prefirieron fijar la frontera en Vilches. Este lugar se mantuvo como posición avanzada al otro lado de Sierra Morena, con lo que la puerta de Andalucía quedaba en manos castellanas. Eso facilitó la conquista del valle del Guadalquivir por Fernando III doce años después.

Pero antes, entre 1214 y 1224, se vivió una década de calma militar en la zona, en la cual Castilla fortificó el castillo de Vilches. Enfrente, rodeado como una isla por los ríos Guadalimar, Guadalén y Guarrizas, los almohades reforzaron su propio castillo en el vecino Giribaile. Como fue habitual a lo largo

de la frontera durante la Reconquista, el lugar en alguna fecha entre 1224 y 1229 volvió a ser ocupado por los cristianos. «Los castillos de esta comarca —indica Eslava Galán— fueron puestos fronterizos que vigilaban las posibles vías de invasión. Normalmente, a un castillo fronterizo en territorio cristiano se oponía otro en territorio musulmán». Todavía hoy se aprecian los restos de ambos castillos.

La victoria de las Navas de Tolosa habría sido mucho más efectiva y definitiva si, a las pocas semanas de la gran batalla, los cruzados no hubieran regresado. Una epidemia de disentería, causada por la falta de higiene, el calor y el agotamiento, aconsejó su vuelta a Castilla. Cubiertos de gloria y cargados de botín, los cruzados volvieron a atravesar Sierra Morena. Poco después se desencadenó una hambruna —que duró hasta 1225— que hizo que se retrasara el proceso de reconquista.

«Alfonso VIII, embriagado con su victoria y vengado de Alarcos, se mostró magnánimo y cedió varios pueblos en litigio al rey de Navarra, que lo había ayudado, y al de León, a pesar de que había aprovechado su ausencia para atacar sus fronteras. En cuanto al almohade an-Násir, nunca se repuso del desastre de las Navas. Abdicó en su hijo, se encerró en su palacio de Marrakech, y se entregó a los placeres y al vino. Murió a los dos años de la batalla. Se sospecha que lo envenenaron», explica Juan Eslava Galán.

Después de las Navas de Tolosa, las cosas fueron de mal en peor para los almohades y eso animó al nuevo rey de Castilla, el joven Fernando III, a ampliar su reino por medio de la conquista, como ya había hecho su antecesor Alfonso VII Su plan se basaba en dos ejes de penetración en Andalucía: uno era Guadalquivir abajo, ocupando las ciudades más ricas; y el otro, remontando el curso del Guadiana Menor hasta alcanzar la costa y el puerto de Almería. «De este modo —dice Eslava Galán— los principales puertos del Estrecho y el litoral quedaban en manos cristianas, con lo que evitarían nuevos desembarcos».

Sin embargo, las cosas no salieron como Fernando III había planeado y la ciudad de Jaén se mostró un hueso duro de roer. «El rey, deseoso de conseguirla, aceptó el vasallaje del nuevo rey de Granada, Alhamar, lo que, a la postre, dio un balón de oxígeno a los baqueteados moros andaluces, porque permitió la formación del reino musulmán de Granada dentro de unas fronteras naturales defendibles, un reino abierto al mar y a los posibles auxilios del norte de África.

Este reino, el último dominio musulmán en al-Ándalus, se prolongó durante dos siglos y medio», recuerda Eslava Galán.

Hubo que esperar a los Reyes Católicos para acabar la Reconquista de España, con la toma de Granada el 2 de enero de 1492 y la expulsión del rey Boabdil, de la dinastía Nazarí. Un siglo después, con la expulsión de los moriscos —previamente ya se había echado a los judíos— se consiguió la homogenización religiosa de toda la Península. Los reinos cristianos tenían el total control peninsular. Habían ganado definitivamente a los musulmanes.

9

AZINCOURT

Fecha: 25 de octubre de 1415.

Fuerzas en liza: El ejército feudal del rey de Francia contra el del rey de Inglaterra.

Personajes protagonistas: Enrique V y sir Thomas de Erpingham frente a Carlos VI, Charles d'Albret, el mariscal Boucicault y Guillermo de Sauvase.

Momentos clave: La victoria inglesa en el sitio de Harfleur y su posterior marcha hacia Calais.

Nuevas tácticas militares: Por primera vez se usaron cañones de limitada efectividad y no móviles, pero presentaban un gran avance con respecto a las primitivas «bombardas». De hecho, no tuvieron ninguna influencia en el desarrollo de la batalla.

Durante ciento dieciséis años franceses e ingleses estuvieron luchando por el dominio de territorios, confrontaciones que se conocen en la historia como guerra de los Cien Años, a lo largo de la cual la suerte de ambos bandos fue fluctuante. Entre todas aquellas luchas, en octubre de 1415, en el pequeño pueblo de Azincourt o Agincourt, en inglés, cerca de la ciudad hoy francesa de Calais, un pequeño contingente inglés de soldados cansados y enfermos se enfrentaron con el poderoso ejército feudal francés. Y les ganaron con sus arqueros. Su victoria supuso el dominio de Normandía, zona por la que llevaban siglos peleando, mientras los franceses consumían sus fuerzas en una guerra interna. A partir de este momento, la Corona inglesa dio impulso a su campaña de conquista en Francia. El éxito de tal aspiración les permitió imponer nuevos límites territoriales y modificar los tratados políticos de siglos antes. Y en este pequeño pueblo de Azincourt fue donde se gestó todo…

En aquellos días, el rey inglés Enrique V pretendía recuperar el ducado de Normandía, que había estado en manos inglesas durante más de doscientos años. Como es frecuente en la historia, la rivalidad había comenzado mucho tiempo atrás, desde que el duque francés Guillermo de Normandía (al que unos se

refieren como Guillermo el Conquistador y otros como Guillermo el Bastardo) se adueñó de Inglaterra en 1066.

A partir de ese momento, los normandos se convirtieron en reyes de una gran nación, y exigieron al rey francés ser tratados en consecuencia ya que se había producido una situación paradójica: por un lado, como duque de Normandía, Guillermo era súbdito del rey francés, pero también era rey por sí mismo. Y eso porque los monarcas ingleses poseían en Francia grandes extensiones de tierra. Y que hubiera territorios en Francia controlados por los ingleses se convirtió en una gran amenaza para la soberanía francesa. En realidad deberíamos decir «controlados por el rey de Inglaterra» y «la soberanía del rey de Francia», pues en la época feudal no existían las ideas de nación o estado, sino las de lealtad hacia el señor natural, y resultan por tanto irrelevantes los términos de «Francia», «Inglaterra», «ingleses» o «franceses», aunque lo utilicemos de acuerdo con nuestro punto de vista actual para simplificar.

Los problemas sucesorios normandos comenzaron un siglo después de su entronización en Inglaterra. Parecía que las cosas se iban a solucionar cuando el rey inglés Enrique III (1216-1272) renunció en el tratado de París (1259) a todas las posesiones de sus antepasados normandos y a todos los derechos que pudieran corresponderle sobre la corona de Francia. Pero no fue así, porque los matrimonios cruzados habían producido la insólita situación de que, en ocasiones, el rey inglés tenía más derecho al trono de Francia que el mismo rey francés.

La guerra de los Cien Años (1337-1453) fue el resultado de una enrevesada cuestión dinástica entre los reyes franceses de la dinastía Capeto y de la dinastía de Valois y los reyes de Inglaterra de la dinastía Plantagenet, que reivindicaban la Corona francesa desde 1328.

Eduardo III (1312-1377) era rey de Inglaterra cuando comenzó la guerra de los Cien Años. Con él empezaron los problemas dinásticos entre los Capeto, reinantes en Francia en 1328 y que murieron sin descendencia, y los Valois, una rama familiar colateral que subió al trono francés a través de Felipe VI. También se ampliaron las rivalidades por Escocia y el ducado de Guyena, por las que franceses e ingleses reñían desde el siglo XIII.

Tras una lucha por la sucesión en Escocia, en 1337 Francia acudió en ayuda de los escoceses, y entonces Eduardo III aprovechó la oportunidad para reclamar

lo que, según él, le correspondía: la corona de Francia, ya que él era descendiente de los Capeto por línea materna. Su madre era la reina Isabel, hermana de Carlos IV de Francia. Sin embargo, los franceses se negaron a coronarlo alegando que la ley Sálica impedía la sucesión real por vía femenina. Así empezó la larga guerra que mantuvieron Francia e Inglaterra, apoyadas por otros Estados, durante ciento dieciséis años.

Casi setenta años antes de Azincourt, ya Eduardo III y Felipe VI de Valois lucharon en un campo de batalla muy próximo, Crécy. En aquellos días el rey inglés reclamaba el ducado de Bretaña y para conseguirlo, en 1346, desembarcó en Normandía e inició una rápida incursión por Francia. Felipe VI salió en su persecución y lo alcanzó en Crécy, donde los ingleses consiguieron una aplastante victoria. Al año siguiente los ingleses tomaron Calais, el punto del continente más próximo a Inglaterra. La Peste Negra obligó a Felipe VI a establecer una tregua, que iba a durar siete años (1347-1354).

En total, los franceses fueron derrotados en tres batallas (la batalla naval de Sluys, en Crécy y en Poitiers) y los ingleses obtuvieron a perpetuidad la Guyena, que comprendía el Limosin, Périgord, Quercy Rouergue, Agenais, parte de Saintonge y de Gascuña, y Calais. Lo único que no recuperó Eduardo III fue Normandía. Pero la verdadera perjudicada en esta primera parte de la larga contienda fue Francia.

En 1380 subió al trono francés el menor de edad Carlos VI. Sus accesos de locura —tenía la obsesión de creer que su cuerpo era de cristal— le incapacitarán para gobernar, pero el matrimonio entre el rey inglés Ricardo II, viudo de Ana de Luxemburgo, con su hija primogénita Isabel, que por aquel entonces sólo tenía siete años de edad, daría como resultado un periodo de paz que duraría veintiocho años.

La paz acabó cuando Enrique IV, primo de Ricardo II, depuso a éste. Ricardo, confinado en el castillo de Pontefract, murió asesinado —dicen que le dejaron morir de hambre—, mientras Enrique IV se enfrentaba de nuevo a los escoceses y galeses, instigados y dirigidos por Francia. A la muerte de Enrique IV el 20 de marzo de 1413, subió al trono su hijo Enrique V y la rivalidad entre ingleses y franceses volvió a subir de intensidad.

LA TERCERA ETAPA DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Cuando el joven Enrique V —experto en táctica y organización logística, muy frío, racional, inteligente y valeroso— subió al trono de Inglaterra se encontró que su rival francés, Carlos VI, era un rey inestable, enfermo, de escasa personalidad, desorganizado y propenso a frecuentes ataques de demencia, así que pensó que sería fácil reconquistar lo que creía que eran sus posesiones y derechos. Así que comenzó a reivindicar los ducados de Aquitania, Guyena, Gascuña y Normandía, lo que representaba en aquellos días la casi totalidad del reino de Francia.

Por entonces, la nobleza francesa estaba dividida en dos facciones: los Armagnac —que apoyaban al hermano del rey, el duque Luis de Orleans, y defendían los privilegios de la nobleza y las clases dirigentes— y los Borgoñones, encabezados por Juan I, duque de Borgoña, apodado «Sin Miedo», descendiente de la dinastía Valois, que representaban al pueblo llano parisino, los gremios y los artesanos.

El padre de Enrique ya había derrotado a sus enemigos insulares; Escocia y Gales. Era el momento de volver su atención hacia Francia, más ahora que los de Borgoña habían optado por aliarse con los ingleses para acabar con el rey Carlos VI. La inestabilidad política y la incapacidad del rey francés, pensaba el inglés, le facilitaría las cosas.

Enrique estaba acostumbrado a batallar desde muy joven. Había aprendido bajo la supervisión de dos genios de la estrategia: Harry Hotspur y Tomas Percy, maestros que acabarían traicionándole y a los que se tuvo que enfrentar y derrotar en Shrewbury (1403), batalla que permitió al rey inglés perfeccionar su sentido táctico y el concepto militar que lo llevaría, doce años más tarde, a su gran victoria de Azincourt.

Sin embargo, antes de oponerse a Carlos VI, Enrique ofreció casarse con su hija menor y resolver por matrimonio —algo muy común en esos siglos— el problema de las posesiones inglesas en Francia. Mientras negociaban, ambos monarcas armaban grandes ejércitos en previsión de una traición o rotura de las conversaciones, algo que también era frecuente entonces. En la primavera de

1415, las negociaciones se rompieron y Enrique decidió invadir el reino francés.

«Brindando a la nación victorias que celebrar, Enrique quizá podía hacer que los ingleses se olvidaran de que su padre había usurpado el trono. Puesto que Francia estaba sumida en su lamentable guerra civil y la facción borgoñona se mostró más dispuesta a luchar junto con los ingleses que contra ellos, parecía un buen momento para iniciar una nueva invasión y volver a la situación de los días de Eduardo III», explica Isaac Asimov en su libro *La formación de Francia*.

Así que Enrique V formó una gran flota, modernizó el sistema de reclutamiento y agregó nuevas armas y piezas de artillería para su ejército. Una vez preparados, los ingleses salieron de Southampton y cruzaron el canal de la Mancha con una flota de mil quinientos buques, según algunos autores y trescientos, según otros. Desembarcaron en Normandía el 13 de agosto de 1415, como Eduardo III había hecho setenta años antes.

El desembarco en esa zona en lugar de un poco más al norte, donde Enrique poseía Calais, fue un golpe estratégico porque le permitió sitiar Harfleur, entonces el puerto más importante del canal de la Mancha, en poder de Francia. Al no contar con ayudas, el puerto capituló el 22 de septiembre de ese año. Sin embargo, cinco semanas de sitio fueron demasiadas: le habían costado a Enrique al menos la mitad de sus hombres en combate, por enfermedad y por deserciones.

Dos semanas después, el ejército inglés se retiró a Calais para reponerse y descansar. Tras dejar una guarnición en Harfleur, comenzó un viaje de unos doscientos kilómetros. Durante la marcha no dejó de llover, lo que unido al frío y la humedad, debilitó aún más al ejército afectado también por la disentería.

Por el contrario, durante el sitio del puerto, Charles d’Albret —condestable de Francia, que mandaba las tropas francesas en sustitución del siempre enfermo rey Carlos VI— había logrado reunir un numeroso ejército que desplegó entre Harfleur y Calais. Mientras los ingleses se retiraban, el francés los observó a lo largo del río Somme y estableció un plan de ataque: el mariscal duque de Berry se encargaría de interceptar a Enrique, mientras las tropas de Carlos VI se establecían en Saint-Denis y las del mariscal Boucicault se preparaban en Caudebec, a unos cincuenta kilómetros al este del puerto de Harfleur, obligando a los ingleses a enfrentarse a ellos antes de llegar a Calais.

Enrique había contado con que los franceses no impedirían su marcha, ya

que hasta el momento no habían mostrado interés por presentarle batalla. Pero no fue así. En ese momento, el ejército inglés estaba en inferioridad numérica, además de estar sus hombres cansados, enfermos, desanimados y casi sin provisiones. Una confrontación en ese estado supondría la aniquilación de los ingleses. Enrique era consciente de la situación: entre él y Calais había un ejército francés descansado y al menos tres veces mayor. Él sólo deseaba alcanzar seguridad en sus dominios de Calais. Su campaña se había convertido en una retirada desesperada. Así, Enrique solicitó una tregua a los franceses, pero sus términos fueron rechazados. De nuevo, no hubo acuerdo entre los rivales. La batalla era inevitable.

LAS PROBABILIDADES, A FAVOR DE LOS FRANCESES

Ambos contingentes finalmente se encontraron el 25 de octubre en los bosques de Azincourt, cincuenta y cinco kilómetros al sur de Calais y a sólo treinta kilómetros al noreste del lugar de Crécy.

Shakespeare relató la batalla, en 1598, en su obra *Enrique V*. Según él, el rey dirigió a sus menguadas y agotadas tropas una arenga sabiendo que estaban perdidos ante la superioridad numérica francesa e intentando animarles apelando a la camaradería y a su valor. «Si hemos de morir —dice el rey a sus hombres—, ya somos bastantes para causar una pérdida a nuestro país; y si hemos de vivir, cuantos menos hombres seamos, mayor será nuestra porción de honor», para continuar diciendo que «el que no tenga estómago para esta pelea, que parta; se redactará su pasaporte y se pondrán coronas para el viático en su bolsa: no quisiéramos morir en compañía de un hombre que teme morir en nuestra compañía».

El ejército inglés estaba formado por más de un millar de hombres de armas (así llamados los que llevaban protección de armadura y yelmo y combatían, a pie o a caballo, con lanza, espada o maza), y cerca de ocho mil arqueros equipados con largos arcos (longbow); todos ellos combatirían desmontados y desplegados estratégicamente en una zona angosta e inundada por lluvias caídas la noche anterior. Otras fuentes dicen que eran unos seis mil. Los franceses, bajo las órdenes de D’Albret, contaban con alrededor de veinticinco mil hombres —

otras fuentes dicen que no llegaban a dieciocho mil—, principalmente de caballería pesada y de hombres de armas a pie, unos dos mil, elevados por otras fuentes a seis mil ballesteros en la retaguardia.

Sin embargo, los ingleses no se amedrentaron ante su inferioridad. Ya sea por la victoria, o por la gloria de Inglaterra, el caso es que no tenían más alternativa que luchar. Enrique no estaba dispuesto a que la campaña acabase en fracaso. No era el momento de dejarse llevar por el desánimo. Si hacemos caso a Shakespeare, Enrique V les dijo: «Nosotros pocos, nosotros felizmente pocos, nosotros somos una banda de hermanos, porque el que hoy derrame su sangre conmigo será mi hermano; por vil que sea, este día ennoblecerá su condición. Y los gentiles hombres que están ahora en la cama en Inglaterra se considerarán malditos por no haber estado aquí, y tendrán su virilidad en poco cuando hable alguno que luche con nosotros el día de San Crispín».

Los franceses no podían desaprovechar la oportunidad. Había que castigar a Enrique por su arrogancia obligándole a regresar a Inglaterra humillado y vencido. Desde la noche anterior, todos los nobles franceses celebraron por anticipado una victoria cierta.

Sólo el duque de Orleans y, sobre todo, el mariscal Juan Le Maingre, más conocido como Boucicault, veterano de las cruzadas, fueron sensatos y prudentes. Hasta el momento habían preferido la cautela y seguir los pasos del ejército inglés, acosándoles en su marcha pero sin correr el riesgo de una batalla formal. Es más, al mariscal no le gustó el campo de batalla. Pero ninguno de los demás nobles le secundaron, empeñados en enfrentar sus fuerzas con las del rey inglés.

La tradicional formación francesa consistía en situar a la caballería en ambos flancos, arqueros al centro, y los hombres de armas desmontados en la retaguardia. La táctica era usar la caballería para eliminar a los arqueros enemigos y despejar el paso a sus propios arqueros, que eran seguidos por los hombres de armas. Sin embargo, los franceses aquel día confiaban en una victoria rápida por la superioridad numérica, de forma que los hombres de armas urgieron a los arqueros a retirarse a la retaguardia y permitirles a ellos el ataque frontal, no fuera a ser que la batalla terminara antes de que ellos vieran acción. Así que la caballería saldría la primera al ataque contra los arqueros ingleses.

Dada las características del terreno, los franceses no pudieron desplegar ni

situar adecuadamente su caballería pesada. De hecho, a pesar de su aparente ventaja numérica, las tropas galas estuvieron desde el comienzo en desventaja a causa de sus pesadas armaduras, lo estrecho del campo de batalla y la dificultad de moverse en el terreno embarrado. En opinión de Asimov, si los franceses hubiesen combatido racionalmente, tendrían que haber ganado. «La única posibilidad de Enrique V era que los caballeros franceses luchasen en su habitual manera indisciplinada, al estilo de los torneos, algo que ya les había costado cuatro grandes derrotas en el siglo XIV. En la suposición de que así lo harían, Enrique aprovechó magistralmente las ventajas del terreno», escribe en su historia *La formación de Francia*.

Después de observarse varias horas, los ingleses iniciaron las acciones. Enrique, sabiendo que eran menos, había dispuesto su pequeño ejército a lo largo de un frente de no más de novecientos metros, con ambos flancos bloqueados por densos bosques, para obligar a los franceses —aunque fueran muchos más— a crear una línea poco más ancha que la suya. A ambos lados, situó a sus arqueros protegidos con estacas, con afiladas puntas, enterradas a su alrededor para defenderse de las cargas de caballería.

LA BANDA DE HERMANOS DE ENRIQUE V COMIENZA EL ATAQUE

La batalla empezó cuando la caballería francesa, al mando de Guillermo de Sauvase, trató de cargar. Los arqueros ingleses no atacaron enseguida y esperaron a la señal de sir Thomas de Erpingham. Cuando la caballería francesa estuvo al alcance de las flechas dio la señal de inicio y una andanada de flechas lanzadas por los arqueros ingleses llenó el cielo con sus ocho mil precisas saetas, de casi un metro de largo, disparadas con sus *longbows*.

Atascados en el lodo, los jinetes se desplazaban penosamente hacia delante, todos agolpados en una zona muy corta por lo que sus movimientos estaban muy limitados, y cargaron desordenadamente. Los que llegaron se encontraron con el letal obstáculo de las estacas aguzadas y tuvieron que retroceder, haciéndolo de forma que estorbaban la marcha de su propio ejército. Muchos caballeros, además, no llegaron a tiempo de ocupar sus posiciones debido al barro.

Enseguida, las cabalgaduras francesas atascadas en el lodo se desplomaron en el terreno pantanoso, arrastrando a sus jinetes con sus pesadas armaduras metálicas, que los convirtió en un blanco fácil para los arqueros ingleses.

Pero los franceses se resistían y realizaron un segundo ataque de caballería que sufrió el mismo destino, cayendo prisioneros, heridos o muertos muchos de sus señores. El caos aumentaba en las filas francesas. En el tercer y último empuje, la milicia francesa perdió completamente la cohesión y muchos de sus hombres comenzaron a huir del campo de batalla o se rindieron.

Tras poner en fuga a la caballería enemiga, los arqueros ingleses, siguiendo la táctica inglesa usual de formar los lados de una U abierta, haciendo calle, dirigieron al enemigo hacia donde se encontraban las unidades más fuertes, los hombres de armas desmontados y los franceses cayeron en la trampa. Era el momento de luchar cuerpo a cuerpo. Las tropas inglesas, empuñando destrales, podones (un tipo de cuchillo) y espadas, lanzaron sucesivos asaltos contra ellos. A la infantería de Carlos le fue imposible asaltar el centro inglés: sus hombres, totalmente desmoralizados ante el desastre de su caballería y con las mismas dificultades de movilidad por culpa del barro, fueron completamente aplastados.

Pese a la mayor potencia y precisión de las ballestas francesas, tardaban más en cargar en comparación con los veloces arqueros ingleses, lo cual fue crucial para la derrota. Y aunque era difícil enfrentarse a la agilidad de los livianos arqueros, algunos franceses llegaron hasta las líneas inglesas, donde el propio Enrique V recibió un golpe de maza en el casco, cayó y estuvo a punto de ser herido; sus servidores se apresuraron a ponerle a salvo.

En menos de una hora el combate había acabado. Los ingleses habían vencido. Cuentan que, como último recurso, los franceses —comandados por Ysambart d’Azincourt— atacaron al equipaje del rey inglés, y asesinaron a sus pajes, casi todos niños. Enfurecido, el rey Enrique ordenó la matanza de todos los prisioneros franceses. Al día siguiente, Enrique V recorrió el campo y dio orden de matar a los heridos, supuestamente por falta de logística para atenderlos. Los soldados eran poco importantes en aquellas batallas, pero cientos de barones y caballeros fueron asesinados en contra de todas las convenciones de la caballería que ordenaban que las vidas de los prisioneros nobles fueran respetadas. La tercera parte de todos los caballeros de Francia había muerto en la batalla o ejecutados, una acción que le valió al inglés bastante impopularidad

entre muchos cronistas.

En cualquier caso, las cualidades de Enrique V como general y gobernante, y su maestría como estratega al saber sacar ventaja al terreno le convirtieron en el gran triunfador en 1415. En opinión de Isaac Asimov, si los franceses hubiesen conservado su sangre fría y mantenido su cauta política de evitar una batalla, continuando con sus pequeñas acciones de acoso a medida que el ejército de Enrique se desintegraba en su marcha hacia Calais, los ingleses habrían sido destruidos. «De las cinco grandes batallas que la caballería medieval de Francia había perdido contra enemigos más disciplinados desde 1300, la batalla de Azincourt fue con mucho la más desastrosa», asegura.

Unos quinientos miembros de la nobleza francesa murieron, incluido el condestable Charles d’Albret, y junto a ellos cayeron unos cinco mil soldados y más de mil fueron tomados prisioneros. El prudente mariscal francés Boucicault murió prisionero y amargado en Londres. Francia no pagó su rescate. Azincourt pesará durante varios años sobre el ánimo de los franceses, que de creerse casi invencibles pasaron al desánimo absoluto.

Las pérdidas inglesas están contabilizadas en menos de doscientos soldados y trece caballeros, entre los que estaban el duque de York y el conde de Suffolk.

LOS HOMBRES DEL LONGBOW

Esta batalla inició la decadencia de las grandes formaciones de caballería. La estrategia militar feudal francesa, tradicionalmente basada en el empleo de infantería y caballería dotada de pesadas armaduras, quedó completamente desacreditada por la victoria de Enrique V. A partir de Azincourt, los ejércitos comenzaron a dar mayor peso a la infantería, reduciendo la caballería y la infantería pesada de los hombres de armas. Sin embargo, los franceses, que estaban muy orgullosos de su caballería, tardaron siglos en reconocer su error estratégico.

Por el contrario, el arco de tipo *longbow* logró mayor fama debido a que muchas fuentes le atribuyen ser el arma responsable de la victoria inglesa. Ya en 1346, en la batalla de Crécy y en 1356 en Poitiers, los arqueros también fueron decisivos en los triunfos de las armas inglesas. Sin embargo, historiadores

modernos no se ponen de acuerdo sobre su trascendencia en estas batallas, que algunos refutan debido a que en esa época las puntas de flecha no se fabricaron con el acero de calidad necesaria para perforar la armadura francesa, realizada con una cota de malla de anillos de hierro entrelazados sobre la que los caballeros se colocaban piezas de acero pulido desde la cabeza hasta los pies.

Lo cierto es que el arco *longbow* inglés —hecho generalmente de madera de tejo y usado por primera vez por los galeses contra los ingleses en el siglo XII e incorporado en 1252 al ejército inglés— cambió notablemente las tácticas y resultados de grandes batallas de los siglos XIV y XV y convirtió a Inglaterra en una potencia bélica, dotada con las más temidas unidades de élite de la Europa medieval. En este sentido, hay expertos que mantienen que en tiros de larga distancia, hasta doscientos metros, sus flechas eran capaces de atravesar la armadura. Y a medida que las distancias de tiro se acortaban, el lanzamiento era letal ya que no había armadura que se le resistiera. Además, los *yeomen* o arqueros tenían bastante pericia, ya que comenzaban a prepararse a los siete años de edad y llegaban a ser capaces de disparar hasta quince flechas por minuto y dar en un blanco de las dimensiones de un hombre a doscientos metros de distancia.

Lo que nadie duda es que los franceses se equivocaron subestimándolos, considerando que sus ballesteros eran igualmente eficaces. Los arqueros ingleses hicieron estragos en las batallas medievales ya que podían aterrorizar a un ejército completo, espantar a sus cabalgaduras (muchos caballeros morían entonces aplastados o arrastrados) o, cuando menos, acabar con la moral de cualquier soldado sometido a una lluvia de sus proyectiles.

En general, la utilización del arco inglés fue desapareciendo con la aparición del arma de fuego y de la artillería. Así, en 1450 en la batalla de Formigny, cuatro mil franceses, incluidos algunos artilleros, derrotaron a más de siete mil ingleses, la mayoría de ellos arqueros. A partir de entonces, los *yeomen* ingleses fueron en cada vez más ocasiones sobrepasados por armas y tácticas más efectivas. En el 1500 con la aparición del mosquete, el arco ya tenía poco que hacer, pero como todavía los artilleros tardaban en cargar sus armas de fuego —tiempo en el que le podían llover miles de flechas—, los arqueros se mantuvieron durante noventa y cinco años más, hasta ser eliminados en 1595.

En Azincourt, los franceses confiaron en las ballestas y esta mala decisión,

en opinión de muchos expertos, les costó numerosas vidas. Eran armas largas y pesadas que lanzaban dardos o saetas que medían entre 30 y 45 centímetros. Con un alcance semejante al de los arcos, su mayor problema en la batalla era su lentitud de cargar, con una cadencia de un máximo de cuatro proyectiles por minuto, en el mejor de los casos, poco efectivos frente a las diez a quince cargas de los arqueros ingleses. De hecho, los arqueros ingleses dieron poca tregua a los ballesteros ya que tardaban poco en tensar sus arcos y disparaban con formidable tino, mientras los ballesteros giraban las manivelas de sus aparatosas ballestas.

Además, el ballestero estaba indefenso durante la pesada recarga: debía introducir un pie en el estribo de la ballesta y tirar de la cuerda con ambas manos. A su lado se situaba un pavesero, quien con un gran escudo —llamado pavés— le protegía durante este peligroso procedimiento.

En Azincourt se usaron ballestas en el tiro raso (es decir, horizontal) y también al modo de un mortero, con trayectorias altas y parabólicas para atacar a los lanceros de retaguardia. Además, se utilizaron algunos cañones y bombardas de diferentes calibres, pero no tuvieron una importancia fundamental en la batalla.

LA CONQUISTA DE PARÍS TENDRÁ QUE ESPERAR

Enrique no pudo aprovechar la increíble victoria en Azincourt porque no tenía alimentos ni pertrechos para continuar la campaña, por lo que retrocedió hasta Calais y se embarcó al poco tiempo hacia Inglaterra. Las tropas desembarcaron en Dover el 16 de noviembre, pero de haber tenido los suficientes hombres y avituallamiento podrían haber continuado hasta París y Enrique V coronarse rey. Muchos historiadores mantienen que, de haber ocurrido, probablemente la guerra de los Cien Años hubiese terminado antes de acabar el invierno. Sin embargo, continuaría otros treinta y ocho años. Lo que sí consiguió Enrique V con su triunfo fue allanar el camino a los ingleses para dominar la mayor parte de Francia hasta mediados del siglo XV.

En 1420, el vencido Carlos VI se vio obligado a aceptar el tratado de Troyes, por el cual su hija, Catalina de Valois, finalmente se casaría con Enrique V y proclamaba a este último y a su futura descendencia como sucesores de Carlos

VI. Como dote, la princesa francesa aportaba los ducados de Normandía y Anjou, que pasaron a manos inglesas.

Claro que las cosas no sucedieron como estableció el tratado: Carlos tenía su propio hijo, el delfín Carlos, y el rey inglés el suyo, Enrique. Y ocurrió lo que nadie esperaba, que tanto Carlos VI como Enrique V murieron, con dos meses de diferencia, en 1422. Enrique no vivió lo suficiente para entrar en París. La corte francesa incumplió lo pactado en Troyes y mantuvo los derechos de sucesión del delfín Carlos en lugar de reconocer al niño Enrique VI de Inglaterra, como estaba establecido. De nuevo franceses e ingleses volvían a enfrentarse. Carlos era un usurpador y los ingleses invadieron nuevamente Francia y pusieron sitio a Orleans. Así comenzó la última etapa de la guerra más larga de todos los tiempos.

Francia estaba dividida en tres partes y, en este último período de batallas, se hallaba teóricamente bajo la autoridad del débil Carlos VIL Entonces surgió la carismática y famosa Juana de Arco, quien consiguió levantar el sitio de Orleans e impulsó los ánimos de los partidarios de Carlos VII —hablar de espíritu nacionalista es imposible, aunque en la posteridad la Doncella de Orleans se convirtiese en símbolo del nacionalismo francés— aun después de que fuera capturada y ejecutada en 1431. Al final de la guerra en 1453, Inglaterra había perdido todos sus territorios en Francia a excepción de Calais.

10

OTUMBA

Fecha: 14 de julio de 1520.

Fuerzas en liza: Españoles junto a sus aliados tlaxcaltecas y toltecas contra guerreros mexicas del Imperio azteca (tenochcas, tepanecas, xochimilcos y miembros de otras tribus).

Personajes protagonistas: Hernán Cortés, Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval. Moctezuma, Cuidáhuac y Cuauhtemoc.

Momentos clave: Batalla de Cholula, la Noche Triste en Tenochtitlan y la lucha en Tlacopan.

Nuevas tácticas militares: La utilización de caballos, armas de fuego y, sobre todo, espadas y defensas de acero, como arma de guerra del Nuevo Mundo.

En los Llanos de Otompan en Otumba, México, el 14 de julio de 1520 las mermadas, cansadas y hambrientas tropas de Hernán Cortés se enfrentaron a las fuerzas del Imperio azteca, justo dos semanas después de la estrepitosa derrota que habían sufrido los españoles en su huida nocturna de la capital Tenochtitlan. Tras esas dos semanas de persecución incansable por parte del emperador mexica, alrededor de cuatrocientos españoles y miles de aliados indígenas antiaztecas se decidieron a luchar o morir. Tras un agónico enfrentamiento, una modesta carga de caballería de tan sólo trece jinetes, y al grito de «¡Santiago y cierra España!», consiguió que el ejército azteca huyera en desbandada. Tras veinte días de reposo, Cortés comenzó de nuevo la conquista de Tenochtitlan, abandonando la anterior actitud diplomática, y proyectó un asalto por tierra y agua. Esta vez los españoles vencieron y se hicieron con el centro de poder azteca.

Otumba ha sido una de las mayores batallas libradas en el continente americano; sin embargo es una confrontación olvidada, a pesar de que fue clave en la historia de México y de todo el continente. En las narraciones de algunos de los exagerados biógrafos de Cortés, como por ejemplo el eclesiástico e historiador

Francisco López de Gomara (1511-1566) —que destacó como cronista de la conquista española de México, a pesar de que nunca viajó al Nuevo Mundo—, la acción del conquistador y sus hombres está idealizada, desmesurada en nombre de la gloria patria. Por el contrario, muchos historiadores la motejan de anecdótica, la minimizan o, simplemente, ni la citan.

Lo cierto es que desde que Cortés llegó a México poco más de un año antes del enfrentamiento en Otumba, los aztecas tuvieron varias oportunidades para acabar con los conquistadores. Pero fue aquí donde toda la empresa castellana junto a sus aliados indígenas —algunos enemigos acérrimos de los aztecas; otros, también sometidos por los españoles— pudo fracasar definitivamente como ya había sucedido en dos expediciones previas. Poco más de cuatro centenares de soldados españoles cansados, desnutridos, malheridos, sin cañones ni armas de alcance —por culpa de que las cuerdas de las ballestas y la pólvora estaban mojadas— y casi sin caballos se enfrentaron al ejército azteca de entre setenta y cinco mil y doscientos mil combatientes (cifras evidentemente aportadas por los españoles para darle mayor importancia a su victoria).

Si toda la conquista de México fue un episodio único y con matices variados, contradicciones, epopeyas, esta batalla no es ajena a crónicas diferentes: unas enaltecen a Cortés otorgándole toda la gloria; otras hablan de españoles malos contra indios buenos, quedando todo en un vulgar enfrentamiento entre «héroes y villanos». De cualquier forma, y a pesar de los datos pocos precisos y parciales hacia uno u otro bando, la batalla debió ser titánica, agresiva y heroica. Si los castellanos iban a morir irremediablemente en la llanura de Otumba, lo harían con la espada en la mano.

CORTÉS Y SUS PRIMEROS PASOS DE CONQUISTADOR

De una familia hidalga, hijo de Martín Cortés de Monroy, un veterano de la sublevación de los Comuneros de Castilla, nació Hernán Cortés en el año 1485 en Medellín, Extremadura, tierra de futuros conquistadores, como Francisco Pizarra. Comenzó a estudiar leyes en la Universidad de Salamanca, con la idea de obtener en un futuro un cargo como funcionario de la Corona. Aunque no era mal estudiante, demostró ser un joven que gustaba más de las aventuras que de

los libros. Así que sólo pasó dos años en las aulas.

En 1504, cuando tenía diecinueve años, y sin graduarse, embarcó hacia las Indias. Primero participó en la conquista de Cuba, de la que estaba al cargo el adelantado Diego Velázquez de Cuéllar. Una vez consolidado el dominio español sobre la isla y nombrado Velázquez gobernador, el joven Cortés fue escribano en su casa y, más tarde, alcalde de la villa recién fundada de Santiago de Baracoa. Su mecenas Velázquez le otorgó una encomienda (un grupo de indios que trabajaban unas tierras para él en régimen servil), donde se enriqueció y obtuvo dinero suficiente para armar barcos y soldados a caballo para lanzarse a una exploración del continente.

Los españoles ya habían fundado importantes plazas en islas del Caribe como La Española (Santo Domingo), Jamaica, Puerto Rico (San Juan) y Fernandina (Cuba). En 1518, Diego Velázquez, que tenía cierto conocimiento de la existencia del Imperio azteca y de las grandes riquezas en el interior porque ya había enviado dos expediciones a la zona, confió al capitán general Hernán Cortés el mando de un viaje de conquista a Yucatán. Sin embargo, el gobernador desconfiaba de Cortés, a quien ya había encarcelado años atrás acusado de conspiración, y decidió relevarle del encargo antes de partir. Advertido Cortés, aceleró la salida y se hizo a la mar antes de recibir la notificación.

En febrero de 1519, partió con once naves, algo más de cuatrocientos soldados españoles y algunos indios, rumbo a México. En Tabasco se produjo el primer enfrentamiento con los indígenas que salieron derrotados. Allí tomó a Malintan o Malinche (doña Marina para los españoles), joven azteca hija de un cacique, que fue entregada por esclava a los mayas, por lo que, además del náhuatl, hablaba el maya, lo que le hizo indispensable como traductora, además de ilustrar a los españoles sobre las costumbres de la zona.

Los aztecas eran el pueblo indígena que dominaba el México central en 1519. Originalmente eran un grupo de tribus, que se llamaban a sí mismos mexicas; oriundos de un lugar mítico llamado Aztlán, en la periferia de Mesoamérica, cuya ubicación exacta todavía hoy se desconoce, pero se supone cercana al centro de México. Según la leyenda, peregrinaron por Mesoamérica durante muchos años esperando que su dios Huitzilopochtli les diera una señal para establecerse: un águila parada sobre un nopal y devorando una serpiente seria la indicación para fundar su ciudad. Y en un islote del lago de Texcoco,

encontraron dicha señal y levantaron la ciudad de México-Tenochtitlan, en honor a su caudillo Tenoch.

Cuando Cortés llegó, había dos pueblos que nunca pudieron sojuzgar los aztecas: los tarascos de Michoacán y los tlaxcaltecas de Tlaxcala, quienes serían en un futuro aliados de Cortés contra el poder azteca. Sin embargo, los primeros en unirse a los españoles fueron los toltecas, pueblo costero sometido de los mexicas, a quienes debían pagar fuerte tributos, además de ser con frecuencia objeto de las ofrendas de seres humanos en sus rituales religiosos. Después, Hernán Cortés venció en Tlaxcala —una federación de cuatro cantones situados en las montañas, todos antiguos enemigos de los aztecas— a los guerreros tlaxcaltecas, que acabaron aliándose con él.

En esa época, el Imperio mexica estaba regido por el guerrero y hábil político Motecuhzoma Xocoyotzin —Moctezuma según la pronunciación española— y abarcaba casi todos los estados actuales de Veracruz, Puebla, Hidalgo, México, Morelos, gran parte de Guerrero y Oaxaca y las costas de Chiapas. Su irradiación llegaba hasta Canadá por el norte y Nicaragua por el sur.

LOS TEULES LLEGAN A TENOCHTITLAN

Tras asegurarse la importante alianza de Tlaxcala, se fueron sumando otros caudillos, como los totonacas, siempre dispuestos a ir contra Moctezuma. Más tarde atacó y saqueó la ciudad sagrada del dios Quetzalcóatl, Cholula, donde los embajadores del rey azteca fueron testigos impotentes de la matanza que los españoles hicieron con los principales cholultecas. Según señala el historiador norteamericano William H. Prescott en su obra *Conquista de México*, escrita en 1843, todas esas atrocidades eran comunes en la época, incluso en las naciones europeas, como puede comprobarse en las guerras que por aquellos días acometían británicos y franceses.

Tras su victoria, Cortés se dirigió hacia el interior, hacia la capital imperial, Tenochtitlan. Le seguían en torno a seis mil indígenas aliados y unos cuatrocientos españoles.

A pocos kilómetros de la capital, los españoles recibieron una embajada de Moctezuma donde se les ofrecía cerca de diez toneladas de oro, una oferta que

estuvo a punto de hacerlos cambiar de opinión y regresar. Pero Cortés estaba convencido de que ellos eran heraldos del rey y de Dios y no podían dar marcha atrás en la labor de evangelizar, sobre todo estando tan cerca de la capital.

Estuvieran o no motivados por la idea moral de que como buenos cristianos debían sacar a los indígenas de su idolatría, el caso es que finalmente los españoles entraron en Tenochtitlan; para los aztecas fue un espectáculo verlos desde las canoas en formación de batalla, marchando la caballería con las lanzas a punto y la infantería con sus arcabuces. A los castellanos la extensión y riqueza de la ciudad también les sorprendió, y más aún a los tlaxcaltecas.

La ciudad imperial estaba construida sobre una isla, en el centro de un enorme lago. La única manera de acceder a ella era mediante alguno de los tres terraplenes de piedra construidos sobre el lago. Allí llegaron el 8 de noviembre de 1519 y fueron recibidos de forma pacífica por el emperador Moctezuma cerca de su palacio de mármol, revestido de todas sus galas reales y acompañado por los señores principales de la ciudad. Los aztecas estaban convencido de que aquellos hombres de tez tan blanca, con barbas y cabellos claros, que manejaban truenos y relámpagos (sus arcabuces y cañones) debían ser enviados de los dioses, unos misteriosos teules.

Lo cierto es que Cortés no se fiaba de los mexicas y temía que en cualquier momento cambiaran de actitud. Así pues, instaló puestos de guardia en el palacio donde se alojaban, lo fortificó y dispuso un verdadero cuartel. Para más seguridad, Cortés hizo rehén a Moctezuma y lo instaló en el cuartel general español. Todos le siguieron tratando como rey, pero evidentemente él se sentía cautivo.

Para muchos historiadores el proceder errático y titubeante de Moctezuma ante los españoles sólo se explica si se tiene en cuenta que era un hombre muy religioso, más dado a vivir en el mundo mágico de los dioses que en la realidad humana, y siempre en constante lucha entre lealtades conflictivas, entre los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. Para él la llegada de los españoles sólo sirvió para confirmar sus tenebrosos presagios y, con intención de proteger a su pueblo, no le quedó más remedio que reconocer al emperador Carlos V, en calidad de señor feudal; con ello, la enemistad popular fue en aumento.

Inevitablemente los éxitos de Cortés llegaron a los oídos del gobernador Diego Velázquez, quien, empeñado en que no llevara a cabo sus propósitos

conquistadores por su cuenta, decidió enviar una tropa al mando de Pánfilo de Narváez —sobrino de Velázquez— para capturarlo y enviarlo a Cuba. Cortés salió de Tenochtitlan hacia Cempoala para atajar a las tropas de Narváez, a las que sin problemas redujo y, según dicen, los compró con oro y obsequios, incorporándolos a su ejército, formado ahora por mil trescientos hombres con 96 caballos y 160 ballesteros y escopeteros.

Cortés rechazaba las prácticas religiosas de los aztecas, que incluían sacrificios humanos, y la hostilidad entre españoles e indígenas se hizo inevitable. Como medida para atajar una posible rebelión contra los conquistadores, Pedro de Alvarado, quien se había quedado al frente de un pequeña guarnición española en la ciudad mientras Cortés estaba fuera, no tuvo mejor idea que matar a más de seiscientos señores principales aztecas durante una festividad local en homenaje al dios de la guerra, lo cual provocó la ira y el levantamiento del pueblo, dirigido por Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, quien desde el principio estuvo en contra de los teules, y sería uno de los mayores opositores de los invasores.

A finales de junio de 1520, de regreso a la capital, Cortés se encontró a sus hombres sitiados en su palacio de Axayacatl e incendiados sus barcos fondeados en el lago. La situación era desesperada; una serie de combates dejaron claro que los españoles no resistirían mucho tiempo. Consideró que sólo Moctezuma podría calmar a sus súbditos, así que le exigió que saliera a una terraza del palacio; entonces el rey fue abatido por las piedras y flechas de los habitantes de la ciudad, aunque hay crónicas que inducen a pensar que también pudiera ser el puñal de un español el que puso fin a su vida.

LA NOCHE TRISTE: LA VICTORIA SOBRE LOS HOMBRES BARBUDOS

La tropa española estaba formada mayoritariamente por hombres sin demasiada experiencia militar. Algunos habían combatido en alguna que otra campaña en Europa, pero la mayoría habían sido entrenados unos meses antes en el campamento de la expedición, pero la tropa contaba con la ventaja de su disciplina.

Copiando las ordenanzas vigentes en Castilla, aunque adaptándolas a la guerra propia contra los indios, la infantería española se dividía en tres unidades: el grueso de la tropa, que lo conformaban los piqueros armados con una espada de una mano y una daga de mano izquierda. Su pica de dos metros era más corta que la pica que se usaba en Europa, ya que los indios no tenían caballería y no había necesidad de utilizar grandes y gruesos lanzones.

Un tercio de la tropa de infantería eran rodeleros. Recibían este nombre porque, acompañando a la espada, usaban un escudo de metal redondo y que cubría el pecho, llamado rodela, aunque también podían usar una adarga de cuero morisca. El tercer cuerpo lo constituía los ballesteros y escopeteros o arcabuceros, que poseían armas de alcance, una franca minoría, y cuya labor era hacer blanco entre los caciques o los oficiales indios, hiriéndoles a distancia, ya que éstos mandaban desde la retaguardia.

Según la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, obra escrita por Bernal Díaz del Castillo, uno de los soldados participantes en la conquista de México, las cosas se pusieron bastante difíciles en Tenochtitlan para los españoles. «Cada día menguaban nuestras fuerzas y la de los mexicanos crecían, y veíamos muchos de los nuestros muertos y todos los demás heridos, y aunque peleábamos muy como varones no podíamos hacer retirar ni que se apartasen los muchos escuadrones que de día y de noche nos daban guerra […] en fin, mirábamos la muerte a los ojos, […] y fue acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes y soldados que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estuviesen más descuidados», escribe.

A los españoles les resultaba increíble que meses antes, siendo tan pocos, hubieran podido contra Tlaxcala, y que ahora, con miles de aliados y reforzados por el contingente de Narváez, los aztecas los estaban derrotando. Durante varios días, en todos los combates fuera del palacio donde se refugiaban, los españoles siempre perdieron. No había ninguna duda: Cuitláhuac, ya al frente de su pueblo, estaba decidido a exterminarlos.

Cortés y sus hombres dejaron Tenochtitlan la noche del 30 de junio de 1520, la llamada «Noche Triste». El extremeño sabía que los aztecas no estaban acostumbrados al combate nocturno. Esa madrugada lluviosa abandonaron el palacio. El joven Rodrigo de Sandoval estaba al mando de la vanguardia compuesta por casi doscientos infantes. Cortés encabezaba el cuerpo principal,

en el centro, que incluía la artillería, la mayor parte de la caballería y un contingente importante de infantería. Pedro de Alvarado se encargó de la retaguardia, poniéndose al mando de un cuerpo de infantería. Los guerreros tlaxcaltecas y otros aliados se repartían entre las tres divisiones.

En su escapada los españoles fueron detectados por los guerreros aztecas, quienes les cortaron la retirada en los terraplenes de la ciudad. Sólo un puente móvil de madera construido por los españoles no fue suficiente para cruzar los canales del lago y huir del enemigo. Algunos caballeros lograron que sus caballos cruzaran a nado y muchos infantes también nadaron para ponerse a salvo. Los cronistas hablan de que los aztecas mataron casi la mitad de las fuerzas españolas en la ciudad. Bernal Díaz del Castillo cifra las pérdidas castellanas en 860 hombres. Pudieron haber sido más si los aztecas no se hubieran entretenido despojando a los cadáveres de sus espadas, escudos y cascos.

Entre los que pudieron escapar estaba Hernán Cortés. La gran victoria azteca de esta noche llenó de optimismo a sus guerreros. Era posible vencer a los extranjeros, e iban a pagar caro su atrevimiento de querer poseer su bella capital. Cuentan los cronistas que al día siguiente Cortés lloró amargamente la derrota.

DOS SEMANAS DE PERSECUCIÓN AZTECA

Los supervivientes, tras vadear un riachuelo, iniciaron una marcha lenta y agotadora, constantemente atacados por sus enemigos, que querían alcanzarles antes de llegar a las tierras de los aliados tlaxcaltecas. Perseguidos en retirada hacia la amiga Tlaxcala tuvieron que atravesar la ciudad de Tlacopan, aliada de Tenochtitlan.

Según describe el eclesiástico e historiador Francisco López de Gomara: «No sabían en Tlacopan, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se arremolinaron en la plaza sin saber qué hacer ni adónde ir. Cortés, que venía detrás para llevar a todos los suyos delante, los metió prisa para que saliesen al campo a lo llano, antes de que los del pueblo se armasen y juntasen con más de cuarenta mil mexicanos que, acabado el llanto, venían ya picándole. Tomó la delantera, echó delante a los indios amigos que le quedaban, y caminó

por unas tierras labradas. Peleó hasta llegar a un cerro alto, donde había una torre y templo, que ahora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios».

La narración continúa explicando que algunos españoles rezagados y muchos indios murieron antes de que subiesen a la colina, «y demasiado fue librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinticuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles levantar los brazos, ni los pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, pues en todo el día y la noche no habían parado ni comido».

Y no sólo la caballería quedó notablemente reducida, sino que la artillería había desaparecido por completo y los soldados habían abandonado sus mosquetes en su dramática huida de la capital. Guiados por un tlaxcalteca, «desde el momento en que partieron —añade López de Gomara—, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometían duramente y los fatigaban». Incluso Cortés, en esos hostigamientos indígenas, fue herido en la cabeza.

A partir de ese momento el extremeño mantuvo su ejército a distancia de las áreas pobladas. Pero pronto comenzó a escasear la comida. «No había español que no pereciese de hambre […], sin embargo, nuestra nación española soporta más el hambre que otra ninguna, y éstos de Cortés más que todos, puesto que todavía no tenían tiempo para coger hierbas que le bastasen para comer», escribe López de Gomara.

Entonces, los exploradores españoles divisaron un enorme contingente azteca que se aproximaba por el camino a Tlaxcala. «Mandó Cortés que los de a caballo pusiesen a las ancas a los más enfermos y heridos, y los que no lo estaban tanto, que se agarrasen de las colas y estribos, o hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querían quedarse a dar buena cena a los enemigos […] y hasta hubo español que llevó a otro a cuestas, y lo salvó así», cuenta López de Gomara.

Los castellanos llevaban dos semanas de marcha, bordeando el lago por su orilla norte, acosados por los aztecas cuando llegaron al valle de Otumba en su retirada hacia Tlaxcala. El jefe de la población otomí les dio la bienvenida y les ofreció refugio y comida. Poco después, en los llanos cercanos tendrían que rechazar un último y feroz ataque indígena.

El jefe texcocano Ixtlilxóchitl, aliado de Cortés, al enterarse de la derrota de

éste en la capital azteca le envió un ejército con miles de hombres con la orden de ayudarle en todo lo que necesitara.

CARGA CONTRA UN ATUENDO EXTRAVAGANTE

El 14 de julio, al ruido de tambores y caracolas, la enorme multitud de guerreros mexicas se puso en pie y comenzó a caminar. Entre ellos había tenochcas, tepanecas, xochimilcos y miembros de otras tribus aliadas o sometidas por los aztecas. Los corredores de campo y batidores a caballo, que hacían de avanzada española, los vieron. Luego retornaron con el resto de sus compañeros. No había huida posible, ni más camino que aquél.

Cortés alineó a sus escasas fuerzas en una larga línea, para que los indígenas no les pudieran rodear con facilidad, situando sus pocos caballos en los flancos. Instruyó a sus tropas para que apuntaran con sus lanzas al rostro del enemigo y a la infantería que atacara a punta de espada para que las hojas de acero atravesaran las armaduras de algodón con que los guerreros aztecas se protegían. Algunos de los indígenas portaban las espadas españolas, sacadas de los canales de Tenochtitlan la Noche Triste, pero la inmensa mayoría llevaban armas de obsidiana.

Abrumados por el número de sus enemigos, fue la caballería la que tomó la iniciativa atacando los escuadrones aztecas, a la manera medieval. Los dardos enemigos rebotaban contra sus rodelas de metal y las cuchillas de obsidiana se mellaban al chocar contra los quijotes de acero que guardaban las piernas de los caballeros. Por mucho que les empujaron los guerreros aztecas, la infantería permaneció unida, sin romper la formación. La ventaja táctica de los españoles descansaba sobre todo en sus espadas de acero toledano, picas y virotes (dardos cortos disparados por las ballestas), así como sus rodelas, cascos y armaduras. Éstas protegían completamente de las flechas o de los golpes con espada o lanza de obsidiana, mientras que las armaduras de algodón de los mexicas ofrecían una protección nula frente al acero español. Además los rodeleros españoles no solamente mataban a cada tajo que daban, sino que eran igualmente letales lanzando estocadas, pinchando el cuerpo de sus adversarios, lo que es mucho menos fatigoso, pues el auténtico apuro de los españoles venía de su cansancio

de matar enemigos; aunque cada tajo o estocada hacía una baja, ésta era sustituida inmediatamente por la masa de guerreros mexicas. Antes de cada carga, los infantes lanzaban el grito de guerra castellano: «¡Santiago y cierra España!».

«En un llano salieron tantos indios a ellos —dice el cronista oficial López de Gomara— que cubrían el campo y que los cercaron a la redonda. Acosaron intensamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquél el último día de su vida». A veces los infantes flaqueaban y retrocedían, pero entonces aparecían los jinetes, rompiendo por el flanco y desbaratando los escuadrones aztecas, lo justo para que los de a pie tomaran fuerzas y arremetieran de nuevo contra los indios. A su lado luchaban los infatigables aliados tlaxcaltecas.

Resistieron durante horas intercambiando flechas, golpes de espada y algún que otro disparo de ballesta y mosquetes. La superioridad numérica de los mexicas unida a la forma valiente con que encaraban la muerte, parecía que les iba a dar la victoria. Cuentan que los aterrados españoles, con los nervios de la batalla, no distinguían a los indígenas y mataron a un cierto número de aliados, tomando por enemigos a los tlaxcaltecas.

Al mando de aquella multitud enemiga estaba el brazo derecho del emperador, sumo sacerdote y caudillo a la vez: el *tepuchtlato* (también llamado ciuacóaíl). Iba adornado de vistosos colores con una impresionante armadura de algodón que representaba a la divinidad de la Mujer Serpiente. Su estandarte, que llevaba sujeto a la espalda por un arnés, sobresaliendo más de un metro por encima de su cabeza y formando un solo cuerpo con la persona, era considerado el de todo el ejército. Todos los ojos estaban pendientes el *tepuchtlato* y de su bandera, porque para la mayoría de los combatientes mexicas y sus aliados, gentes del pueblo llano, era una divinidad.

Dicen que Cortés, posiblemente asesorado por Malinche (doña Marina), conocedora de todos estos rituales y códigos, vio a un indígena vestido con un atuendo tan extravagante y colorido que supuso que sería el comandante de las fuerzas. Reunió a sus jinetes y, con él al frente, cargó contra el general azteca. El pequeñísimo escuadrón estaba formado según algunas fuentes por sólo cinco hombres: Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid, Rodrigo de Sandoval y Juan de Salamanca. Sería este último quien alcanzó al *tepuchtlato* y

le arrancó el estandarte, blandiendo el cual los jinetes retornaron a sus filas. Cuando cayó el caudillo, su ejército se desbandó.

El cronista López de Gomara lo cuenta de la siguiente forma: «Cortés, que andaba a una y otra parte confortando a los suyos, y que veía muy bien lo que pasaba, se encomendó a Dios y a san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por entre medias de los enemigos, rompió el cerco, llegó hasta el que llevaba el estandarte real de México, que era capitán general, y le dio dos lanzadas, de las que cayó y murió. Cayendo el hombre y el pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que en seguida se desparramaron cada uno por donde mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre tienen en guerra, muerto su general y abatido el pendón».

Según continúa su historia, los españoles los siguieron a caballo, «y mataron una infinidad de ellos, tantos dicen, que no me atrevo a contarlos. Los indios eran doscientos mil, según afirman, y el campo donde esta batalla tuvo lugar se llama Otumba. No ha habido más notable hazaña ni victoria de Indias desde que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear ese día a Hernán Cortés afirman que nunca hombre alguno peleó como él, ni acaudilló así a los suyos, y que él solo por su persona los libró a todos».

El autor mexicano José Luis Guerrero, en su libro *Flor y canto del nacimiento de México*, indica que no es razonable pensar en la batalla de Otumba tan triunfal como la describen las fuentes españolas, pues para los indios era una victoria morir en combate, y más si se trataba del propio jefe. En cualquier caso, Cortés atribuyó la victoria a la intervención indirecta de san Pedro y, feliz y contento, se marchó a Tlaxcala. Una vez allí, muchos españoles comenzaron a alzar la voz demandando el regreso a Cuba, y la huida de estas tierras que tantos problemas les estaban dando.

EL NACIMIENTO DE UN NUEVO MUNDO

En Tlaxcala, comenzaron a llegar delegaciones de antiguos vasallos de los aztecas, muchos de ellos antiguos enemigos de sus leales tlaxcaltecas, comprometiéndose a aliarse con los españoles. Tan sólo veinte días después de haber ganado en Otumba, y tras haber convencido a los oponentes de la

importancia evangelizadora y para el rey de España de la misión que estaban llevando a cabo, Cortés atacó Tepeyacac (la actual Tepeaca, en el estado de Puebla), y así emprendió su campaña de reconquista de la capital.

Con los nuevos refuerzos indígenas, empezó a arrasar los pueblos defendidos por guarniciones aztecas. Con cada triunfo fue sumando a la lista nuevos aliados. Mientras tanto, en la capital Tenochtitlan, el nuevo emperador Cuauhtemoc —Cuitláhuac había muerto victima de la viruela que asoló la capital— fortificaba y ampliaba los terraplenes sobre el lago Texcoco, y hacía un llamamiento a todos los pueblos indígenas para que acudieran en ayuda de los aztecas contra los españoles. Claro que las tribus vecinas no consideraban muy amigos a los aztecas y pocos querían tener nada que ver con ellos. Además, tras ver cómo los tlaxcaltecas se habían aliado con los teules, y habían pasado de ser víctimas a temibles conquistadores, prefirieron no optar por ninguno de los dos bandos, por si acaso…

Cortés armó a su infantería con lanzas muy similares a las que utilizaban los nativos e incluso construyó trece bergantines para ser botados en el lago de Texcoco, situado a unos cien kilómetros de donde se fabricaron. Fue toda una gran hazaña conseguir llevarlos hasta el lago por escabrosos barrancos y altos cerros.

Además, en esos meses Cortés recibió refuerzos inesperados, enviados por Velázquez, quien desconocía la derrota del primer contingente que envió contra el extremeño, y estaba convencido de que Narváez gobernaba México. Los capitanes traían la misión de llevar a Cortés prisionero a Cuba. Sin embargo, los españoles de refuerzo se le unieron. Poco después, recibía más tropas y armamento de tres barcos que provenían de Jamaica, y de un navío venido desde España, cargado de armas y pólvora para comerciar en la zona.

Se estaba preparando para luchar contra el nuevo emperador Cuauhtemoc (el príncipe Cuauhtemoctzin), quien sería el último caudillo mexica y quien, como su predecesor Cuitláhuac, nunca creyó en los poderes divinos de los barbudos teules.

Hernán Cortés, en su campaña de reconquista, primero tomó todas las poblaciones importantes del valle de México, como Ixtapalapa, Chalco, Xochimilco, Atzcapozalco y Tacuba. Después, intentó que el nuevo emperador se sometiera al monarca español, tal y como había hecho Moctezuma. Pero

Cuauhtemoc rechazó tajantemente las propuestas de rendición que le ofreció. Los mexicas estaban dispuestos a vencer o a morir peleando. Claro que antes tuvo que matar a todos los opositores que optaban por la rendición y la alianza con los españoles —que eran bastantes— y aprestar a su pueblo y al ejército para el combate. También Cortés tuvo su propia rebelión provocada por el miedo de algunos a volver a enfrentarse a los aztecas. El cabecilla terminó en la horca.

Diez meses después de Otumba, el 10 de mayo de 1521, Cortés lanzó un ataque en tres frentes contra las calles de Tenochtitlan, mientras sus bergantines bloqueaban el lago. Si creemos a los cronistas, el capitán general disponía ahora de más de medio millón de hombres. Al frente, le acompañaban Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid.

Durante noventa y tres días los aztecas resistieron con un fervor guerrero que mantuvo a raya a un enemigo muy superior en número. Según los historiadores mexicanos, de acuerdo con sus propias leyes guerreras, los aztecas seguían persistiendo en no matar a los enemigos, sino en capturarlos para el sacrificio, argumentando que si los mexicas se hubieran defendido a sangre y fuego, como los españoles que mataban al adversario, posiblemente hubieran rechazado a las fuerzas enemigas.

En cualquier caso, finalmente los españoles desembarcaron en el islote con caballería y cañones, y comenzó la lucha cuerpo a cuerpo. El 13 de agosto cayó Tenochtitlan. Poco a poco, los pueblos indígenas fueron sometiéndose; los mayas fueron los que más se resistieron a la conquista, casi dos siglos. Sin embargo, el fin del mundo prehispánico, la desaparición de los pueblos mesoamericanos, llegó con la derrota de Tenochtitlan. Ya no era México, sino la Nueva España. Habría que esperar a 1821 para que este país consiguiera su independencia.

11

LEPANTO

Fecha: 7 de octubre de 1571.

Fuerzas en liza: La Santa Liga —España, el Papa y la República de Venecia— contra el Imperio otomano.

Personajes protagonistas: Don Juan de Austria, Juan Andrea Doria, Álvaro de Bazán, Luis de Requesens, Sebastián Veniero, Juan de Cardona, Alí Bajá, Mahomet Siroco, Uluch Alí.

Momentos clave: La muerte de Alí Bajá, almirante al frente de la flota turca, provocada por una bala de arcabuz de la armada española.

Nuevas tácticas militares: El empleo de las galeazas, por parte de la Santa Liga, para proteger la artillería de las galeras y despistar a los turcos. Ésta fue la última batalla naval en la que se utilizaron galeras.

El 7 de octubre de 1571 tuvo lugar en el golfo de Levanto una de las batallas más cortas y sangrientas de la historia, pero de la mayor trascendencia ante un nuevo mapa del dominio mediterráneo. El Imperio otomano abandonaba, por primera vez en casi dos siglos, su supremacía sobre este mar y sus costas, cediendo su poder a la Santa Liga formada por la España de Felipe II, el pontificado de Pío V y la próspera Venecia.

A mediados del siglo XV el Imperio otomano controlaba el mar Mediterráneo. Con la toma en 1453 de Constantinopla (que pasó a llamarse Estambul), último bastión del Imperio Romano de Oriente, los turcos veían casi cumplidos todos sus deseos. Ya habían ocupado Macedonia, Serbia, Bosnia y Bulgaria, así como Valaquia, Besarabia y Hungría.

Pero había territorios que se le resistían al imperio más poderoso de los siglos XV y XVI. En 1529 se quedaron a las puertas de Viena. No obstante, el verdadero objetivo del sultán Solimán el Magnífico era Italia. Tras el asedio de la isla de Rodas (1521), los turcos fueron tomando algunas posesiones de los venecianos en el Mediterráneo. En el año 1565, con este mismo propósito,

pusieron sitio a la isla de Malta, un enclave que les abría la puerta del Mediterráneo occidental. Fue el primer fracaso de los turcos y el primer éxito de los cristianos, pues supuso un freno a las apetencias otomanas.

En 1570 el sultán Selim (hijo de Solimán, fallecido en 1566), apoyado por Dragut, gobernador de Argel, preparó una ofensiva contra Chipre, un enclave fundamental para las empresas e intereses económicos de Venecia. En aquella época, en esta ciudad banqueros y comerciantes tenían el dominio del mercado europeo al que vendían los productos que importaban de India y China. Tenían puertos en el mar Egeo y en el Mediterráneo oriental. En el verano de 1571, las tropas turcas ya habían tomado toda la isla, excepto la capital, Famagusta.

Si alguien quería frenar por todos los medios la expansión de los musulmanes en el Mediterráneo era Pío V (papa de 1566 a 1572). El pontífice convocó a España y a Venecia a la segunda Liga Santa de la historia, esta vez con el nombre de Santa Liga (la primera había tenido lugar entre España, los Estados Pontificios, Venecia, el Sacro Imperio Romano Germánico, Suiza e Inglaterra contra Francia, en el año 1511).

FORMACIÓN DE LA SANTA LIGA

La Santa Liga entre los Estados Pontificios (Pío V), Venecia y España (Felipe II) se empezó a gestar en 1468, pero los acuerdos para hacer frente al Imperio otomano no se firmaron hasta febrero de 1571, con los pactos entre la República de Venecia, el Papa, la Orden de Malta y España. El 25 de mayo de 1571 quedaba constituida con los siguientes compromisos: España se haría cargo de la mitad de las erogaciones (gastos), los venecianos de un tercio de ellas y el Vaticano de una sexta parte. El botín se repartiría a partes iguales y no se podría firmar la paz por separado. Por otra parte, se especificaba el ataque tanto a Turquía como a sus posesiones en el norte de África.

A los componentes de la Santa Liga les unía la religión y la oposición al Imperio otomano, pero los intereses de cada uno de ellos por separado eran muy distintos. Venecia quería recuperar Chipre, que había sido tomada por los turcos en 1570; España deseaba actuar contra los corsarios de Argel, Trípoli y Túnez, y Pío V quería frenar a toda costa la expansión islámica y luchar contra «el infiel».

Felipe II fue el más reticente a firmar los acuerdos de la Santa Liga. En opinión de Miguel Ángel de Bunes, historiador, investigador científico y experto en la cultura otomana, «el monarca español, más sensato, no quería una guerra que sólo beneficiase a Venecia; él quería defender el espacio que controlaba, la comunicación con Italia y con África».

El objetivo último era crear una gran flota y ponerla al mando de donjuán de Austria, hijo natural de Carlos V y, por tanto, hermano del rey Felipe II. En la armada española don Juan estaba secundado por Juan Andrea Doria, Álvaro de Bazán, Luis de Requesens, como asesor en temas navales, y Agostino Barbarigo. Los españoles aportaban a la flota 90 galeras, 24 naves de servicio y 50 naos de menor porte; la aportación del Vaticano era de 12 galeras y 6 naos; Venecia por su parte contribuía con 6 galeazas, 106 galeras y galeotas y 20 fragatas. En total, el contingente de hombres era de trece mil marineros, treinta y un mil soldados y cuarenta y tres mil galeotes. Además, 1514 españoles reforzaron las galeras venecianas y 4987 alemanes embarcaron en las españolas. La flota veneciana estaba al mando de Sebastián Veniero y la pontificia, de Marco Antonio Colonna.

Al otro lado, la flota turca era algo superior en hombres y barcos, ya que contaba con 245 galeras, 70 galeotas y un gran número de pequeñas naves, además de con trece mil marineros, treinta y cuatro mil soldados y cuarenta y cinco mil galeotes. Pero su artillería era inferior a la de los cristianos, ya que sus armas eran preferentemente arcos y flechas envenenadas y arcabuces; sólo contaban con 750 cañones. Las naves turcas estaban comandadas por Alí Bajá (Alí Pasha), general en jefe, secundado por Mahomet Siroco, gobernador de Alejandría; Uluch Alí, gobernador de Argel, a quien los españoles llamaban El Uchali, el corsario Cara Kodja y Murat Dragut.

Antes de partir con sus naves, don Juan de Austria convocó un consejo de guerra en el cual se desaconsejó trabar batalla por la superioridad de los enemigos, pero aun así el hermano del rey decidió luchar contra los turcos. La divergencia de opiniones y metas fue una constante y, sin lugar a dudas, determinante en los objetivos tácticos de los cristianos.

Mientras la Santa Liga planeaba cómo enfrentarse en batalla a los turcos, éstos tomaron Nicosia el 9 de septiembre de 1571. Juan Andrea Doria, ante la falta de acuerdo en esta situación de los generales cristianos, decidió marchar a

Sicilia. Las naves venecianas y las de la Santa Sede regresaron a sus bases. En la travesía sufrieron un temporal en el que se hundieron catorce galeras venecianas. Culparon a Doria de esta pérdida al no querer enfrentarse a los turcos y él se defendió achacando la no intervención a la superioridad de las fuerzas del Imperio otomano.

DON JUAN DE AUSTRIA, EL HOMBRE DECISIVO

El hombre que se pondría al frente de la flota conjunta y que resultó decisivo en la batalla era un militar y diplomático de renombre. Hijo natural del emperador Carlos V, nacido de su relación con Bárbara Blomberg probablemente en 1547 (las fuentes no se ponen de acuerdo), fue conocido en su niñez con los nombres de Jerónimo y Jeromín (probablemente por el nombre del que fue su padrastro, Jerónimo Pirano Kegell).

Según un acuerdo firmado en Bruselas por el mayordomo del emperador Luis de Quijada y el violista de la corte imperial Francisco Massy, se educaría al niño en España, en Leganés (Madrid), a cambio de cincuenta ducados anuales. Más tarde, el pequeño Juan estudiaría en Villagarcía de Campos (Valladolid) con Magdalena de Ulloa, esposa de Luis de Quijada.

El emperador reconoció a su hijo en 1554, poco antes de abdicar. Cuatro años después, Carlos V falleció y, en ausencia del nuevo rey Felipe II —que se encontraba fuera de España—, la regente, la princesa Juana, se interesó por el niño. En mayo de 1559 se trasladó a Valladolid, donde Juan estudiaba en ese momento. Felipe II le conoció en septiembre de ese mismo año. Siguiendo las indicaciones de su padre, el nuevo rey reconoció a Jeromín con el nombre de Juan de Austria, y se le otorgó casa propia bajo la tutela de Luis de Quijada. En 1565, Felipe II nombró a su hermanastro capitán general de la Mar.

Su primera empresa destacable tuvo lugar durante la revuelta de las Alpujarras. Un decreto de 1 de enero de 1567 obligaba a los moriscos que vivían en la Alpujarra granadina y en la almeriense a abandonar sus costumbres y a adoptar la religión y el modo de vida de los cristianos. Ante esto, en 1568, unos doscientos pueblos de la zona iniciaron una rebelión. El rey nombró a Juan de Austria capitán general y le puso al frente de un ejército profesional para

enfrentarse a la revuelta.

Donjuán llegó a Granada en abril de 1569 y la guerra prosiguió. En 1571, los moriscos granadinos, vencidos, fueron deportados a distintos puntos del reino de Castilla. El propio donjuán describió su situación como «miseria humana». Su siguiente destino fue el de comandante en jefe de la flota de la Santa Liga.

LA LUCHA EN GALERAS

Las flotas que iban a enfrentarse en la batalla de Lepanto estaban compuestas en su mayoría por galeras, herederas de los birremes y trirremes romanos, que los venecianos recuperaron en el siglo XIII. Aunque eran frágiles, ya que un golpe de mar podía acabar fácilmente con ellas, eran ideales para el Mediterráneo. Por lo general, tenían uno o dos palos que arbolaban velas latinas y veinticinco remos por banda, con cinco hombres en cada remo. En las fuerzas cristianas estos hombres eran generalmente condenados por la justicia; en las galeras turcas se trataba de cautivos, en su mayoría por motivos religiosos; en las cristianas había reos, esclavos musulmanes y «buenas bogas», hombres que, al cumplir su condena y no encontrar trabajo, se contrataban para remar a cambio de una paga y comida. El sustento de todos estos hombres consistía en un plato de legumbres y un trozo de bizcocho (pan horneado dos veces) y dos litros de agua. En vísperas de las batallas se les daba una ración extra.

Según Miguel Ángel de Bunes, «el Mediterráneo era un mar esclavista debido a que se necesitaban brazos; las máquinas se movían con hombres». Para este historiador, la batalla de Lepanto no sólo fue una batalla naval; también fue terrestre. «Una batalla marítima es sumamente incierta porque se emplean galeras, que son naves planas y están pensadas para aguantar y luchar como en tierra: sobre la cubierta y cuerpo a cuerpo. Como armas únicamente llevan dos cañones de crujía y, a proa, el espolón, que es una gran pieza de madera y hierro que sirve para perforar el casco de la nave contraria».

El veneciano Bresano inventó las galeazas, grandes galeras con mayor capacidad artillera. Podían desplazar hasta mil quinientas toneladas y protegía los cañones con una especie de murete de unos dos metros. Aunque tenían poco poder de maniobra, podían moverse con independencia del viento y solían

proteger a las galeras.

A donjuán de Austria le preocupaba el estado de las naves de la Santa Liga; las españolas estaban en buenas condiciones, ya que para hacer frente a los elusivos e impredecibles enemigos musulmanes, que atacaban con frecuencia las ciudades portuarias y asaltaban las costas españolas, siempre había lista una pequeña flota. Sin embargo, los barcos italianos o tenían los espolones gastados, o podridos a causa de largos amarres, o habían sido construidos a toda prisa. Habría que afrontar el peligro de frente y asestar un golpe definitivo a los turcos y para ello era fundamental un buen planteamiento táctico y el mejor uso posible de su disposición de fuerzas.

LARGOS PREPARATIVOS

Las naves de la Santa Liga procedentes de Barcelona, Mallorca, Cartagena, Valencia, Nápoles, Sicilia, Génova, Venecia, Malta, Corfú y Creta se concentraron en el puerto de Mesina. Fue elegida esta ciudad siciliana porque estaba estratégicamente situada en el centro del mar Mediterráneo. Fue la primera y casi única decisión unánime de los aliados cristianos.

Llegaron en primer lugar los venecianos, el 23 de julio. Poco después arribaron las naves del Papa, bajo el mando de Colonna. La armada de la Santa Liga recibió un estandarte azul con un Cristo crucificado, la Virgen de Guadalupe y los escudos de España, Venecia y el Papa. El 23 de agosto de 1571 donjuán de Austria y Veniero pasaron revista a la armada aliada.

El 15 de septiembre algunas naves al mando de César Ávalos se adelantaron a la isla de Corfú para esperar al resto de la nota de la Liga, con la que se reunieron al día siguiente, cuando se produjo la salida definitiva hacia el golfo de Lepanto.

En la primera escala, el día 30 de septiembre, en Albania (puerto de Leguminici), ya se planteó un problema originado por un suceso anterior ocurrido en una galera veneciana: el asesinato de un español a manos de los venecianos, que le habían acusado de herir a uno de sus hombres. El crimen se le atribuyó a Veniero, lo que le enfrentó a Andrea Doria. En la escala en Albania, donjuán de Austria mandó a Doria a pasar revista a las naves. Cuando éste llegó

a la embarcación de Veniero, el veneciano le prohibió subir a su embarcación y le comunicó que, de hacerlo así, mandaría ahorcarlo. Donjuán, preocupado por una ruptura de la alianza, prefirió que fuese Marco Antonio Colonna, el comandante pontificio, quien pasase revista al barco de Veniero. No sería el único encontronazo entre venecianos y españoles.

A causa del mal tiempo, muchas de las naves no pudieron partir del puerto de Leguminici hasta el amanecer del día 3 de octubre. Ese día donjuán ordenó que se preparasen para la batalla. Después de navegar toda la noche, llegaron al puerto de Fiscardo, en el canal de Cefalonia, donde les esperaba una desagradable sorpresa. Un barco procedente de Candía les informó que Famagusta (Chipre) había sido tomada por los turcos y que tanto los soldados como los oficiales de esa plaza habían sido degollados.

En la galera *La Real*, los comandantes de la Santa Liga mantuvieron un consejo de guerra en el que Requesens y Andrea Doria se manifestaron partidarios de no llevar a cabo la batalla, pero donjuán de Austria optó por seguir adelante y dispuso la formación de las naves para la confrontación. La flota se dividiría en los siguientes cuerpos: en el ala derecha, Doria encabezaría las galeras; el ala izquierda estaría al mando el veneciano Agustino Barbarigo, y en el centro se situaría donjuán de Austria a bordo de *La Real* flanqueado por las naves capitanas de la Santa Sede —al mando de Marco Antonio Colonna— y de Venecia. Las galeazas irían delante de todas ellas, y el español Álvaro de Bazán con su escuadra actuaría como reserva.

La victoria dependería de que las líneas cristianas fueran capaces de mantenerse firmes durante el combate. Los aliados contaban a su favor con una gran experiencia en combate y embarcaciones mejor dotadas con corazas y plataformas fuertes, en buques de mayor bordo, lo cual les permitía lanzar una lluvia de proyectiles con sus 1250 piezas artilleras sobre las cubiertas musulmanas, más bajas y expuestas, y además protegidas únicamente por arqueros.

ALINEACIÓN DE COMBATE

Por su parte, los turcos habían concentrado todas sus naves en el golfo de

Lepanto y esperaban a los cristianos en una formación de media luna. Su objetivo debía ser desordenar la línea de la armada de la Liga, como habían hecho en Preveza, en 1538, cuando el gran Barbarroja superó a Andrea Doria.

Alí Bajá prefería un combate frontal, a pesar de que su centro estaría en seria desventaja. Para vencer tendría que desbordar los flancos del centro cristiano, lo cual iba a ser difícil. Alcanzar el centro cristiano sólo era posible si primero aniquilaba las alas enemigas. Para ello, tendría que apartarlas de su posición para rodear su flanco o bien hacerles maniobrar mal, a fin de desbaratar sus posiciones y provocar el desbarajuste, para lograr un equilibrio táctico que les permitiera eliminar rápidamente una de las alas cristianas, ya que no esperaba que su propio centro resistiera mucho tiempo.

A las cinco de la mañana del día 7 de octubre las galeras de reconocimiento de Juan de Cardona fueron las primeras en avistar las naves turcas. Éstas se lanzaron al encuentro de la flota de la Santa Liga abandonando su posición privilegiada con la protección de los castillos a sus espaldas, lo que implicaba el error de suponer que reinaba el caos en las fuerzas cristianas.

Las armadas estaban a una distancia de entre doce y quince millas una de otra, cuando a las ocho de la mañana donjuán de Austria alzó el estandarte en señal de que se iniciaba la batalla, pronunciando las siguientes palabras: «Hoy es día de vengar afrentas; en las manos tenéis el remedio a vuestros males. Por lo tanto, menead con brío y cólera las espadas». Pero hasta mediodía los combatientes no tuvieron su primer enfrentamiento.

La batalla se inició, con el mar en calma, cuando los tripulantes de las galeazas venecianas comprobaron que los turcos estaban a tiro. Más o menos a las doce del mediodía el viento dejó de soplar. Los turcos confundieron las galeazas con naves de carga y pensaron que era preferible rebasarlas para llegar directamente a los navíos de combate. A la vez, la neblina ocasionada por el humo hacía que las galeazas pasaran inadvertidas, lo que les permitió atacar al paso a la línea otomana, ocasionando enormes destrozos en las galeras turcas y un gran número de muertos entre los otomanos. Según estiman muchos documentos, las continuas descargas de la artillería de las galeazas causaron el naufragio de varias docenas de naves.

La derecha turca se dirigió contra la izquierda de la Santa Liga. Mahomet Siroco y su escuadra vieron que tenían espacio para pasar a la espalda de

Barbarigo, y así lo hicieron. Los tripulantes de Siroco conocían bien aquellas aguas y pillaron por sorpresa a Barbarigo, que recibió una flecha en el ojo izquierdo y tuvo que retirarse de la batalla. A los tres días murió.

Donjuán —las cuestiones de honor así lo exigían— se dirigió con *La Real* hacia *La Sultana* de Alí Bajá. Entre ambas embarcaciones se produjo un choque brutal. Los tripulantes de *La Sultana* murieron todos sobre la crujía de la galera y Alí Bajá fue degollado tras el sangriento encuentro y su cabeza fue presentada ante don Juan ensartada en una pica.

Los asaltos y escaramuzas en las galeras de uno y otro bando se sucedían en torno de las dos galeras reales, cuyas cubiertas se convirtieron en auténticos ríos de sangre. Cañonazos, gritos de dolor, humo, pólvora, tambores, trompetas… Las bajas de los otomanos eran cuantiosas y el escenario se convirtió en el peor infierno.

En ese momento parecía que los turcos habían perdido la batalla, pero sus naves de refuerzo consiguieron contener al enemigo y, durante un tiempo, la lucha se mantuvo equilibrada. *La Loba*, nave capitana de Álvaro de Bazán, hundió una galera turca y, al tratar de abordar a otra, recibió dos balazos que sólo rozaron su armadura. La tarea de terminar con esa galera la acometió Juan de Cardona, consiguiendo hundirla. Al asaltar otra galera turca, los cristianos encontraron en ella escondidos a Mohamed Bey, de diecisiete años, y a Sain Bey, de trece, hijos de Alí Bajá, que fueron llevados ante donjuán. Los jóvenes se echaron a los pies del capitán llorando y él les consoló; dicen que el capitán general español pidió para ellos ropa y comida.

UN MAR DE SANGRE

Los turcos habían sido vencidos en el ala izquierda y en el centro, pero Uluch Alí había conseguido cercar la escuadra de Juan Andrea Doria. A partir de este punto de la batalla fueron cayendo varias embarcaciones de la Santa Liga. En la *San Juan* del Papa murieron todos los soldados y los galeotes; en *La Veneciana* sus tripulantes fueron degollados; en la bautizada como *Florencia*, también del pontífice, hubo únicamente dieciséis supervivientes, pero todos malheridos…

La batalla se ponía fea para Andrea Doria, pero Álvaro de Bazán acudió con

la escuadra de apoyo en su ayuda. Cuando Uluch Alí, que llevaba a remolque una nave apresada, vio que llegaban nuevas embarcaciones en ayuda de Doria, cortó los cabos de su presa y decidió huir. A pesar de que la confrontación parecía resuelta, dieciséis galeras turcas no quisieron darse a la fuga ni rendirse y se dirigieron hacia las galeras que llegaban. Fue donjuán de Cardona quien acabó con ellas con el apoyo de tan sólo ocho galeras.

Las naves cristianas persiguieron a Uluch Alí en su huida hacia Lepanto, pero los remeros estaban tan agotados que pronto se dio la persecución por finalizada. Cuando Alí llegó a Lepanto quemó los pocos barcos de su flota que se habían unido a él para evitar que fuesen capturadas por el ejército de la Santa Liga. La batalla derivó en una sucesión de choques aislados. «Se trataba de hombres que ya estaban enajenados por lo duro que resultaba el combate cuerpo a cuerpo. Ya se habían abandonado a su instinto agresivo», explica Miguel Ángel de Bunes. Fue un espectáculo de violencia y los capitanes de ambos bandos tuvieron que arrancar literalmente a sus hombres del saqueo, del robo de los botines y de la captura de presos contrarios para obligarlos a trabajar en apoyo de sus respectivos capitanes.

A las cuatro de la tarde, una terrible tormenta obligó a que la nota al mando de don Juan se refugiase en el puerto de Petala. Al día siguiente se realizó un recuento de pérdidas de la Santa Liga: treinta galeras, entre ellas *La Real*, tuvieron que ser desguazadas; quince más se habían perdido definitivamente. Entre las tropas españolas se contabilizaron alrededor de dos mil muertos; además de cinco mil venecianos y ochocientos de las naves del Papa. Por su parte, el número de prisioneros turcos se aproximaba a los cinco mil y los fallecidos en su flota rondaban los veinticinco mil; ciento setenta naves fueron apresadas —de ellas sólo quedaron a flote ciento treinta—; ochenta más se hundieron, y cuarenta escaparon con rumbo a Lepanto. Por otro lado, donjuán liberó a doce mil cautivos de las naves turcas.

Mientras se reparaban los barcos de la Santa Liga, donjuán de Austria redactó un informe de la batalla para Felipe II que, al iniciar el regreso cuatro días después, llevó Lope de Figueroa junto al estandarte ganado a los turcos. La batalla había terminado, pero tanto donjuán como los venecianos decidieron llevar a cabo otras empresas en el Mediterráneo, aprovechando la ventaja lograda. Por este motivo, el capitán general español convocó un consejo de

guerra en el que tuvo varios opositores, que alegaban que faltaban muchos soldados y, sobre todo, gente de remo. Además, pensaban, el invierno se encontraba muy cerca.

A algunos les entusiasmaba la idea de atacar Constantinopla. Don Juan apostaba por conquistar los castillos del golfo de Lepanto y los venecianos querían asaltar la península de Morea. Sólo la propuesta de donjuán fue aceptada. Así, el 11 de octubre, Andrea Doria y Ascanio de la Corna partieron a la conquista del castillo de Santa Maura, pero al llegar allí se dieron cuenta de que el esfuerzo que tenían que invertir no compensaba el hecho de conservar este enclave y decidieron regresar a sus respectivos puertos a invernar.

Fue el momento de la retirada. Donjuán llegó a Mesina el 31 de octubre y Álvaro de Bazán, a Nápoles, donde pasarían el invierno. Marco Antonio Colonna, con la misma intención, optó por Roma, y Veniero permaneció unos días en Corfú antes de regresar a Venecia.

Para el historiador Miguel Ángel de Bunes, «la victoria de Lepanto es una empresa que es sentida como una victoria propia por todos los países de Europa». Al Imperio otomano no le costó demasiado tiempo rehacer su armada; pero para los cristianos, fue un frenazo a la expansión de los turcos por el Mediterráneo. Por su parte, la monarquía hispánica se convirtió en la gran potencia naval del Mediterráneo en el siglo XVI.

Esta batalla, con todo, «tuvo más valor psicológico que real —señala De Bunes—, y también un valor simbólico porque por primera vez se tenía la sensación de que era posible vencer al Imperio otomano. Por otra parte, a los estados que formaban la Santa Liga les unía la cristiandad».

Muchos elementos ayudaron a la victoria de los aliados según De Bunes: «Ganaron porque cesó el viento, porque no mandaron artillería a tierra, porque donjuán tuvo la buena idea de embarcar a soldados de los tercios —unos cincuenta hombres en cada galera—, que eran soldados ya experimentados que, con sus propios arcabuces, disparaban de manera continuada en grandes rociadas… Y, por último, las galeazas venecianas tuvieron un importante papel porque iban abriendo camino. Los turcos no les daban importancia debido a que eran muy grandes y tenían poca capacidad de maniobra, por lo que las dejaban pasar, y ellas, desde esa posición, seguían haciendo mucho daño».

«La más alta ocasión que vieron los siglos», en palabras de Miguel de

Cervantes —quien fue soldado en esta batalla y que resultó herido en la mano izquierda, por lo que a partir de entonces fue conocido como el «manco de Lepanto»— mostró la vulnerabilidad de los hasta entonces dueños del Mediterráneo.

MIRADAS AL ATLÁNTICO

Uluch Alí, el único turco que consiguió una pequeña victoria para las fuerzas otomanas, ya contaba con doscientas galeras en el invierno de 1571-1572, pero el poder de los musulmanes en el Mediterráneo había terminado para siempre. Continuaron su expansión por Oriente hasta el Cáucaso y el mar Caspio, y mantuvieron su dominio de Hungría. Un siglo después fueron capaces de asediar Viena, si bien por última vez.

Donjuán de Austria había prometido a los galeotes de su nota que, en caso de conseguir la victoria, les liberaría del remo. Tuvo que cumplir su promesa, por lo que la flota española quedó temporalmente sin hombres. Para reponer los brazos que empujaban las naves, a partir de entonces los jueces y alcaldes recibieron la orden de que por cualquier delito, por pequeño que fuera, se condenase a la pena de galeras.

Además ese invierno, mientras los turcos se dedicaron febrilmente a construir nuevas galeras, la ofensiva cristiana quedó algo paralizada, en parte debido a la preocupación de Felipe II por los Países Bajos, Francia e Inglaterra.

Después de la batalla de Lepanto muchos comenzaron a mirar hacia el Atlántico. Venecia quería realizar una nueva expedición para, por un lado, recuperar sus posiciones perdidas, y por otro, asegurar las que ya tenía. Felipe II quiso que donjuán se pusiera al frente de una expedición contra África, mientras la armada de la Liga, con Juan de Cardona y Marco Antonio Colonna al frente, optó por enfrentarse a Uluch Alí, empresa en la que tuvieron éxito. Primero, el 7 de agosto de 1572, se encontraron con él en el cabo de Malio, pero no fue hasta el día 10 cuando lograron bloquearle en el cabo de Matapán (sur del Peloponeso, en la Grecia continental), gracias a la ayuda de donjuán de Austria, que acudió con dos galeazas y cincuenta y cinco galeras.

Por su parte, los venecianos pactaron un acuerdo con el sultán Selim

mediante el cual él conservarla las plazas conquistadas y Venecia pagaría trescientos mil ducados anuales durante tres años. La Liga quedaba disuelta.

En 1573 Juan de Austria conquistó Túnez, que un año después cayó ante la armada turca. Fue a partir de este momento cuando Felipe II —al que sólo le interesaba la armada para defender los territorios y apaciguar el Mediterráneo con el objeto de combatir en otros países, como Inglaterra o los Países Bajos— dejó de considerar el Mediterráneo una de sus zonas prioritarias.

12

BLENHEIM

Fecha: 13 de agosto de 1704.

Fuerzas en liza: Ejército franco-bávaro frente a las fuerzas de la Gran Alianza, formada por Inglaterra, Austria, las Provincias Unidas, Prusia, Dinamarca, Hesse y Hannover.

Personajes protagonistas: El duque de Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya. El duque de Tallard y el conde de Marsin.

Momentos clave: El ataque al fuerte de Schellenberg para conseguir un paso seguro en el Danubio.

Nuevas tácticas militares: Fue la primera vez, desde las reformas de Louvois en el siglo XVII, que un gran ejército francés resultó derrotado en toda la línea.

En pleno corazón de Europa, en el pueblo de Blenheim, a orillas del Danubio, en Baviera, las fuerzas de la Gran Alianza, al mando del duque de Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya, acabaron con las apetencias del rey francés de dominar Europa. Esta batalla, englobada en la guerra de Sucesión española —en la que varios candidatos se disputaron, durante más de una década, la sucesión al trono de España tras la muerte de Carlos II—, supuso un cambio importante en el mapa europeo de entonces. Austria se anexionó los Países Bajos españoles, Nápoles y Milán. Saboya, transformada en reino, obtuvo Niza y Sicilia. Inglaterra, la gran beneficiada, recibió de Francia la Nueva Escocia, Terranova y los territorios del Hudson y obtuvo de los españoles Menorca y Gibraltar, convirtiéndose en la potencia hegemónica mundial durante varios siglos. Todo a cambio de que el rey Borbón Felipe V se quedara, al fin, con el trono de España.

En 1701, Europa occidental se enzarzó en una nueva guerra. Por impulso de Guillermo III de Inglaterra y el emperador Leopoldo II, las Provincias Unidas (ahora Países Bajos), la mayoría de los estados alemanes, Portugal y Saboya formaron una gran alianza contra Francia y España para impedir que los

Borbones ocuparan el trono español. En pocos años, era la segunda vez que se aliaban contra los galos. Ya en 1686 formaron una coalición Austria, Baviera, Brandeburgo, el Sacro Imperio Romano Germánico, Inglaterra, los Países Bajos, el Palatinado, Portugal, Sajonia, España y Suecia para intentar frenar la expansión francesa en el Rin, enfrentándose en la guerra de los Nueve Años (1688-1697).

Aunque la paz llegó con la firma del tratado de Rijswijk, el 20 de septiembre de 1697, la rivalidad entre Guillermo III de Inglaterra y Luis XIV de Francia volvería a ser patente en la guerra de Sucesión española, en 1701. Después de tres años de lucha, la batalla de Blenheim, según la historiografía inglesa, o de Höchstädt, para los alemanes, supuso la mayor derrota de Francia en cuatro décadas, hizo que Baviera abandonara la guerra y acabó con las aspiraciones del rey francés de dominar Europa, extendiendo su poder de España a los Países Bajos y de Alemania a Italia. El enfrentamiento de los cuatro ejércitos y otras tantas naciones costó más de cuarenta mil vidas de ambos bandos. Los grandes triunfadores fueron John Churchill, duque de Marlborough, y Eugenio de Saboya, que salvaron Viena, amenazada por el enemigo franco-bávaro desde hacía un año.

LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA

El chispazo que encendió la llama de la guerra se produjo en 1700 tras la muerte en España del último rey de la casa de Habsburgo, Carlos II, conocido con el sobrenombre de «El Hechizado». La sucesión de este rey —raquítico, enfermizo, estéril y de corta inteligencia— ya se había convertido en una cuestión internacional antes de su muerte, al aspirar a tan goloso puesto distintas dinastías europeas. La herencia de la corona española era cuantiosa. Carlos II no sólo era rey de España, sino también de Nápoles, Sicilia, Milán, Cerdeña, los Países Bajos españoles (Bélgica) y un gran imperio colonial, hasta un total de veintidós entes territoriales.

Tanto Luis XIV —el poderoso Rey Sol de Francia— como el emperador Leopoldo I de Habsburgo estaban casados con infantas españolas, hijas de Felipe IV; además, las madres de ambos eran hijas de Felipe III, por lo que ambos

tenían derechos a la sucesión española. Así que los Borbón y los Habsburgo —franceses y austríacos— comenzaron a posicionarse para hacerse con las vastas propiedades españolas.

La madre de Luis XIV era Ana de Austria y estaba casado con María Teresa de Austria, hermana mayor de Carlos II. Al estar primeras en la línea sucesoria su madre y esposa, por ser hijas mayores, le correspondía la sucesión. Sin embargo, en el tratado de los Pirineos de 1659, en el que se acordó la boda entre Luis XIV y María Teresa, existía una cláusula en la que Luis XIV renunciaba al trono de España para sus sucesores a cambio de una compensación de medio millón de escudos de oro. España jamás pagó este dinero; por tanto, Luis mantenía el derecho al trono por ser su posición superior.

En virtud de sus lazos familiares, Luis XIV reivindicó para su hijo primogénito, el delfín de Francia, llamado «el Gran Delfín», la corona española. Pero como heredero también al trono francés, la reunión de ambas coronas bajo un mismo rey —más aún francés— ponía en peligro los intereses de Inglaterra y Holanda. El reinado de un Borbón en España rompería el equilibrio geopolítico en Europa, por lo que había que frenar una vez más las aspiraciones políticas de Francia.

La larga disputa entre Inglaterra y Francia se arrastraba desde 1688, cuando Jacobo II, el último rey Estuardo de Inglaterra, fue destronado en la «Revolución Gloriosa». Le sucedió el holandés Guillermo de Orange, casado con María Estuardo, lo cual proporcionó a los ingleses el apoyo de los holandeses —acérrimos enemigos tan sólo unos años antes— contra Luis XIV de Francia. La rivalidad se extendía a ultramar, donde había un clima de enfrentamiento entre ingleses y franceses en Norteamérica. Fue la llamada guerra de los Nueve Años, en la que, en general, dominaron las tropas francesas.

Por su parte, a Francia no le convenía que se renovara la unión dinástica entre España y Austria, ya que de nuevo quedaría cercada por sus extremos y amenazada de mantener posibles guerras en dos frentes, como le había sucedido durante dos siglos.

Entonces, movidos por el rey francés y para evitar una alianza hispano-alemana, se firmó, a espaldas de España, en La Haya, el Primer Tratado de Partición (1698), por el que se repartían los dominios españoles en tres partes. Al nieto de Leopoldo I, José Fernando de Baviera —hijo del elector de Baviera,

Maximiliano Manuel, y de la archiduquesa María Antonia, nieta de Felipe IV de España—, se le adjudicaban los reinos peninsulares, con excepción de Guipúzcoa, además de Cerdeña, los Países Bajos españoles y las colonias americanas. El Milanesado correspondería al archiduque Carlos —el primo austríaco del rey español, segundo hijo de emperador Leopoldo I y sobrino del rey Felipe IV—. Al primogénito de Luis XIV el delfín de Francia, le corresponderían Nápoles, Sicilia y Toscana.

Enterado del pacto y empeñado en que el Imperio español no se dividiera, Carlos II nombró al pequeño José Fernando como sucesor, legándole toda la herencia en solitario. Sin embargo, José Fernando murió de viruela antes que Carlos (por aquel entonces circuló el rumor de que fue envenenado siguiendo instrucciones de Versalles). El conflicto de la sucesión resurgía.

La corte española insistió en su postura de mantener unidos todos los reinos patrimoniales de los Austrias, así que Carlos II hizo un nuevo testamento en el que dejaba su corona a su sobrino nieto, Felipe de Anjou, hijo de Luis, el Gran Delfín, y nieto de Luis XIV, quien decidió entonces romper un segundo acuerdo que había firmado con los Habsburgo y respaldar a su nieto. Carlos II unía los destinos de España a su tradicional enemiga, convencido de que el poder militar francés mantendría su imperio unido.

Cuando Carlos murió, el 1 de noviembre, Felipe, duque de Anjou, fue proclamado Felipe V, rey de España, algo que al principio pareció ser aceptado, más o menos a regañadientes, por el resto de las potencias europeas —salvo, evidentemente, Austria que seguía apoyando a su candidato—, pero pronto se iniciaron las hostilidades. De esta forma, la sucesión española se transformó en motivo de discordia durante trece años, rivalidad que llegó a varios campos de batalla: Luzzara (1702), Portugal (1704), Blenheim (1704), Ramillies (1706), Oudenaarde (1708), Malplaquet (1709)… Además de en España, donde se convirtió en una guerra civil entre los reinos de Aragón y Valencia y el principado de Cataluña —partidarios del archiduque Carlos— y la Corona de Castilla y los territorios forales (Provincias Vascongadas y reino de Navarra), que permanecieron fieles a Felipe V.

FELIPE V, EL REY EN DISCORDIA

Cumpliendo con lo dispuesto en el testamento de Carlos II, Felipe, duque de Anjou, fue proclamado en 1701 rey de España. Tenía diecisiete años. El 18 de febrero de 1701 llegaba a Madrid, donde era bienvenido por el pueblo.

Aunque en el testamento del difunto Carlos II había una cláusula por la que se le obligaba a renunciar a la sucesión de Francia, su abuelo Luis XIV, al poco tiempo de ser coronado, hizo saber que mantenía los derechos sucesorios de su nieto a la corona de Francia. Al mismo tiempo, las tropas del Rey Sol comenzaron a establecerse en las plazas fuertes de los Países Bajos españoles, incapaces de defenderse. Holanda consideró estos movimientos de tropas como una amenaza (Francia y Holanda habían estado en guerra entre 1672 y 1678).

Por si esto no fuera suficiente para granjearse la rivalidad de Inglaterra, Luis XIV dejó de reconocer al rey Guillermo III, y tras la muerte de Jacobo II reivindicó al hijo y heredero de éste, Jacobo Francisco Estuardo (conocido como «el Viejo Pretendiente») como rey de Inglaterra e Irlanda.

Todas estas acciones fueron consideradas una provocación por el resto de las potencias europeas. La reacción no se hizo esperar: Holanda e Inglaterra se unieron al emperador Leopoldo y se comprometieron a otorgar la corona de España al archiduque Carlos y continuar así la dinastía de los Habsburgo.

Con tal fin se formó la segunda coalición internacional, a través del tratado de La Haya de septiembre de 1701. En junio de 1702, Austria, Inglaterra, Holanda y Dinamarca declaraban la guerra a Francia y España, pese a que desde el año anterior ya habían ocurrido varias escaramuzas entre ambos bandos. Portugal se unió a la alianza en mayo de 1703 y poco después Saboya; ambos buscaban obtener ganancias territoriales en España e Italia.

La campaña de Italia en 1701-1702 y el posterior enfrentamiento en Cádiz de la escuadra angloholandesa del almirante Rooke con las tropas andaluzas del marqués de Villadarias, fueron las primeras acciones militares de una guerra que se prolongó durante trece años en diferentes frentes.

Ambos bandos se enfrentaron por primera vez en Italia, donde Felipe V conservaba amplias posesiones, entre ellas el valioso ducado de Milán. A finales de 1701, el príncipe Eugenio de Saboya, al mando de las tropas austríacas, derrotó en las batallas de Carpi y de Chiari a las tropas francesas que defendían el norte de Italia. A comienzos de 1702 los triunfos austríacos en Italia prosiguieron, pero Francia mandó a la zona a uno de sus mejores militares, el

duque de Vendóme, el cual rechazó a los austríacos hacia el norte. Después, las tropas austríacas se lanzaron contra la ciudad de Cremona, en Lombardía.

La alianza francesa con Maximiliano II, elector de Baviera, permitió a Luis XIV abrir un nuevo frente en la zona de Alemania. Así que ordenó a sus ejércitos cruzar el Rin para reunirse en Suabia con las tropas bávaras y juntos derrotar a los imperiales de Leopoldo I de Austria. Los franceses se encontraron en su camino al ejército del Sacro Imperio Romano Germánico, al mando de Luis Guillermo de Baden-Baden, margrave de Baden-Baden, y el 14 de octubre de 1702 se enfrentaron en la batalla de Friedlingen. En esta ocasión «aunque ningún bando pudo derrotar al otro, estratégicamente impidió que los franceses cumplieran su objetivo», explica el historiador Marco Antonio Martín García. Así que los franceses tuvieron que retroceder y volver a cruzar el Rin camino de su país. El fracaso galo se compensó con la ocupación del ducado de Lorena y de la ciudad de Tréveris por parte del mariscal Tallard.

Entonces Felipe V decidió participar personalmente en la guerra y se embarcó rumbo a Nápoles, donde en un mes pacificó el reino de las Dos Sicilias y lo añadió a su causa. Después viajó a Milán para reunirse allí con el duque de Vendóme y sus aliados franceses. El ejército francoespañol derrotó a la coalición, dirigidos por el general Visconti, en la batalla de Santa Vittoria. Tras reorganizarse, los aliados se enfrentaron de nuevo a los españoles en la batalla de Luzzara, que acabó con numerosas bajas en ambos bandos.

El mar enseguida fue fundamental en la confrontación. Inglaterra y Holanda eran dos potencias marítimas y, en 1702, tenían su interés en el comercio de Indias. El control del tráfico con América era prioritario para estos dos países, por lo que enviaron una poderosa fuerza expedicionaria, que en agosto de 1702 fondeaba amenazante ante Cádiz. Un ejército aliado de catorce mil hombres desembarcó cerca de Cádiz en un momento en que no había casi tropas en España. Sorprendentemente, los aliados fueron rechazados, obligados a reembarcarse y a abandonar la Península.

Mejor suerte tuvieron los aliados el 23 de octubre de 1702, en la batalla de Rande o batalla de Vigo, donde las escuadras de la coalición angloholandesa, dirigida por George Rooke, vencieron a la flota francoespañola, en el momento en que los galeones españoles estaban cargados con el mayor envío que se conocía de tesoros procedentes de América. «Hasta nuestros días han llegado las

numerosas leyendas que se tejieron en torno a los fabulosos tesoros supuestamente hundidos con los galeones de la Carrera de Indias», señala el historiador Manuel Touron Yebra. Según parece, la mayoría del oro ya había sido desembarcado cuando comenzó la batalla naval.

PORTUGAL SE UNE A LA GRAN ALIANZA

Tras su lograda experiencia bélica —aunque no fue decisiva, le sirvió para ganarse el aprecio de los soldados y del pueblo español—, Felipe V volvía a España en enero de 1703, para hacerse cargo personalmente de la situación en la Península, ya que comenzaba la lucha en la frontera portuguesa.

A los francoespañoles no les había ido mal en Italia, pero el brillante general inglés John Churchill, duque de Marlborough —cuya pronunciación para los españoles le convirtió en el Mambrú que se fue a la guerra de la rima que inventaron los soldados franceses y que acabó en canción infantil—, no dejaba de ganarles en los Países Bajos españoles, en los que conquistó las plazas de Raisenwertz, Vainloo, Rulemunda, Senenverth, Maseich y Lieja. Además tomó la fortaleza francesa de Landau en Alsacia. En el otro bando, Maximiliano 11, elector de Baviera, se hacía con las ciudades austríacas de Ulm y Memmingen.

Por aquel entonces, el rey Pedro II de Portugal ya se había unido a la Gran Alianza (mayo de 1703), lo que permitió a los aliados desembarcar sus ejércitos en la península Ibérica. El 4 de mayo de 1704 el archiduque Carlos de Austria desembarcó en Lisboa dispuesto a reclamar su trono invadiendo España desde la frontera entre Portugal y Extremadura. Entonces entró en acción el duque de Berwick, hijo ilegítimo de Jacobo II de Inglaterra y de Arabella Churchill, hermana del famoso Marlborough; nacionalizado francés, fue ascendido a mariscal de Francia después de su acertada expedición contra Niza en 1706. Previamente, este brillante y valeroso militar se había encargado de cerrar el paso del archiduque derrotándolo. Sin embargo, la nota del almirante George Rooke, que llevaba embarcado al ejército aliado del príncipe de Darmstadt y había fracasado intentando desembarcar en Barcelona, se dirigió al sur y tomó el enclave estratégico de Gibraltar, que se ha mantenido en manos inglesas hasta la actualidad.

A estas alturas, la guerra de Sucesión era un conflicto internacional, pero también una contienda interna. Felipe V tuvo que defender sus derechos en España, donde la mayoría le apoyaba, a excepción de Valencia, Aragón y Cataluña. Y es que los estados de la Corona de Aragón temían perder sus fueros en caso de que los Borbones reformaran y centralizaran la monarquía española como había hecho Luis XIV en Francia. El resto de España, en cambio, mantuvo la lealtad a su señor natural, teniendo por tal al que había sido designado por Carlos II en su testamento, proclamado por las Cortes y que ya había tomado posesión de su trono en Madrid. En la época de las monarquías absolutas, esos sentimientos de lealtad de los súbditos hacia el rey, fuera como fuese éste, eran la norma general.

Mientras la guerra continuaba en la península Ibérica, en el frente de los Países Bajos y Alemania, el duque de Marlborough continuaba su avance tomando las ciudades de Bonn y Huy. En esos días, los franceses también se apuntaron algún tanto, el mayor en el Danubio, donde el mariscal Villars y el elector de Baviera sometieron, en 1703, a una amenaza directa a Viena, capital del imperio, que estuvo a punto de caer en sus manos, lo cual hubiese significado el fin de la Gran Alianza. En este aspecto, entre tantos avances y retrocesos de tantos ejércitos y en tantas batallas, Blenheim adquiere su gran relevancia.

LA ESTRATEGIA DE UN BRILLANTE HOMBRE DE ARMAS

En 1704 la situación de los aliados, con Viena asediada por los franceses, a lo que se unía la revuelta del príncipe Rácóczi en Hungría y el norte de Italia con riesgo de ser invadido por los galos al mando del duque de Vendóme, era crítica, en especial en el Danubio. Había que conseguir una rápida derrota del elector de Baviera, antes de que los franceses recibieran los refuerzos del duque de Tallard.

En la localidad bajo control francés de Blidenheim, que en inglés se denominó Blenheim, se encontraron frente a frente los franceses que avanzaban sobre Viena y sus oponentes. El duque de Marlborough estaba al mando de las tropas inglesas, holandesas y alemanas. Marlborough —que ya había servido a tres reyes ingleses: Jacobo Estuardo (quien reinó como Jacobo II de 1685 a 1688), Guillermo de Orange (Guillermo III, de 1689 a 1702) y su cuñada, la

reina Ana I (segunda hija del rey Jacobo II, reina de 1702 a 1714)— realizó una maniobra de engaño que a la larga le daría buenos resultados.

Marlborough sabía que el Imperio austríaco de Leopoldo I, presionado en su frente occidental por franceses y bávaros y en el oriental por los rebeldes húngaros, estaba cansado de luchar y a punto de abandonar la alianza. Así que, para poder continuar con el apoyo de Austria en la guerra y frenar el avance del príncipe elector de Baviera, lo primero que debía hacer era enviar refuerzos al teatro de operaciones del Danubio; para ello decidió prescindir de sus otros aliados, los holandeses.

El 19 de mayo, el duque de Marlborough partió de Bedburg, en los Países Bajos españoles. Primero dirigió las tropas hasta el valle del río Mosela, según el plan aprobado por La Haya, pero una vez allí, abandonó a los neerlandeses y continuó en solitario hasta enlazar con los austríacos en el sur de Alemania. Baviera se había apartado de la coalición antes de comenzar la guerra de Sucesión y Marlborough pensó que la mejor manera de que volviese a la Gran Alianza era una negociación desde una posición de poder, después de haber derrotado a la coalición francobávara, en el campo de batalla.

El elector Maximiliano II comenzó a temer que el principal objetivo del inglés fuese Baviera. Las posibilidades eran que Marlborough atacase Donauwörth o Augsburgo, puntos estratégicos para la Gran Alianza. Los franceses también se dieron cuenta de que el verdadero objetivo del duque no era el Mosela, pero creyeron que tendría lugar una incursión aliada en Alsacia o, tal vez, un ataque a la ciudad de Estrasburgo. Así que el mariscal Villeroi se marchó a ayudar a Tallard en la defensa de Alsacia, dejando, sin saberlo, que Marlborough continuara su marcha hacia el Danubio.

En cinco semanas los hombres de Marlborough recorrieron cuatrocientos kilómetros. En su camino se le unieron los refuerzos imperiales del margrave de Badén, en Launsheim. Su fuerza entonces ascendía a ochenta mil soldados.

Cuando los franceses Tallard y Villeroi descubrieron el objetivo de Marlborough ya era tarde. Prepararon rápidamente un plan para salvar Baviera, pero cualquier cambio de directriz debía ser aprobado por Versalles. El nuevo plan no fue autorizado por Luis XIV hasta el 27 de junio. Ahora el duque de Tallard, con unos treinta y cinco mil soldados, debía unirse, atravesando la Selva Negra, al ejército del elector y del conde de Marsin, con otros cuarenta mil

hombres. El mariscal Villeroi debía atacar a las tropas aliadas que habían tomado posiciones en Stollhofen. La protección de Alsacia corría a cargo del teniente general Coignies, con un ejército de tan sólo ocho mil soldados.

EL ATAQUE A LA COLINA DE SCHELLENBERG

El 2 de julio, en torno al fuerte Schellenberg, que dominaba la ciudad amurallada de Donauwörth, en la confluencia de los ríos Danubio y Wörnitz, en Baviera, Marlborough se enfrentó una vez más contra las fuerzas francobávaras. El italiano conde D'Arco y su lugarteniente, el marqués de Maffei, estaban al mando de los franceses; los bávaros estaban bajo las órdenes el conde de Marsin. El elector no estaba presente, sino que tenía su campamento en la ciudad amurallada de Augsburgo.

El fuerte estaba defendido por doce mil hombres, al tiempo que se esperaba la llegada del duque de Tallard, quien se retrasaba atravesando la Selva Negra con sus treinta y cinco mil hombres y sus ocho mil carros de provisiones. Para no perder tiempo, Marlborough, en lugar de sitiarlo, planeó un asalto frontal que ordenó al general holandés Van Goor. Tras tres asaltos, en poco más de dos horas les habían vencido. A los hombres de D'Arco no les había dado tiempo de completar las ruinosas defensas del antiguo fuerte, construido por el rey Gustavo Adolfo de Suecia durante la guerra de los Treinta Años.

Con esta victoria, el duque de Marlborough abrió un paso seguro para los suministros del ejército aliado a través del Danubio, algo imprescindible para una larga campaña. Mientras, para el elector la batalla tuvo graves consecuencias en la capacidad militar del ejército francobávaro, ya que perdió muchas de sus mejores tropas. Entre los pocos supervivientes estaba el conde D'Arco y su lugarteniente, el marqués de Maffei, que unos meses después defenderían Lutzingen en la batalla de Blenheim. También Marlborough perdió gran número de sus hombres —se habla de unos cinco mil—, de ellos, bastantes de los oficiales que dirigieron el asalto.

El duque no había podido enfrentarse directamente al elector. Si buscaba una confrontación definitiva no había tiempo que perder, ya que cada vez estaban más próximas las tropas del mariscal Tallard. Sin embargo, los comandantes

aliados no se ponían de acuerdo sobre el siguiente paso. Dos semanas después, se produjo un pequeño asedio al pueblo de Rain y el duque comenzó a devastar Baviera, quemando más de ciento cincuenta aldeas y sus cultivos, en su empeño de hacer salir a combatir al elector, que se interponía entre Viena y el ejército francobávaro.

LA CONTUNDENTE DERROTA QUE CAMBIARÍA EL MAPA DE EUROPA

Las tropas aliadas estaban formadas, desde junio, por el ejército imperial al mando del príncipe Eugenio de Saboya, de Marlborough y las tropas imperiales del margrave de Badén. El 5 de agosto el príncipe Eugenio llegaba al distrito bávaro de Höchstädt. El margrave de Badén fue enviado con quince mil hombres de las tropas imperiales a asediar la ciudad de Ingolstadt. El duque de Marlborough estaba en Rain, pero decidió concentrar todo su ejército en Donauwörth para encontrarse con el príncipe de Saboya el 11 de agosto. Entre estos dos ejércitos llegaban a unos cincuenta mil hombres y sesenta cañones.

Por su parte, el ejército del elector de Baviera estaba acampado a las afueras de Blenheim con cincuenta y seis mil hombres y noventa cañones. Marlborough y Saboya decidieron atacar antes de que el enemigo pudiese organizarse.

El inglés se encargaría de atacar el centro y el ala derecha francesa, donde se encontraba el ejército de Tallard defendiendo el puesto de Blenheim, objetivo que debía ser tomado. El príncipe Eugenio lanzaría un ataque contra el ejército del elector y del conde de Marsin, en el ala izquierda francobávara. Al mismo tiempo, el teniente general Cutts se dirigiría a Blenheim, permitiendo que Marlborough cruzase el río Nebel y diese un golpe mortal al enemigo en su centro. En el otro bando, el mariscal Tallard, el conde de Marsin y el elector no se ponían de acuerdo sobre qué táctica emplear en el río Nebel.

La madrugada del 13 de agosto el duque inglés inició el asalto por sorpresa a las posiciones enemigas. Así, Marlborough comenzó a atacar los pueblos situados en los flancos de la línea francesa, en especial Blenheim, con el fin de hacer concentrar allí al mayor número posible de tropas francesas y debilitar su gran objetivo, el centro.

Tras unas maniobras iniciales, a la una de la tarde, Cutts recibió la orden de atacar Blenheim al tiempo que Saboya asaltaba la villa de Lutzingen en el flanco derecho aliado. Cuando la caballería francesa acudió en ayuda de los defensores de Blenheim, fue obligada a retirarse en desorden y con gran número de bajas.

Tras vadear el Nebel, las tropas aliadas se reagruparon pero fueron vencidas en Oberglau, lo que dejó el flanco derecho del centro de Marlborough al descubierto. En su ayuda acudieron los coraceros del príncipe Eugenio, que lograron rechazar el ataque de Marsin y estabilizar el centro aliado, desalojando a los franceses de Oberglau.

Las tropas del príncipe Eugenio continuaron luchando en el flanco izquierdo, mientras Marlborough lanzó el grueso de su tropa contra el centro francés, situado entre Blenheim y Oberglau y que estaba defendido por Tallard. Este primer intento fracasó. Tras reagruparse los aliados, se decidió castigar con artillería las líneas francesas para, más tarde, facilitar el avance de las tropas de la coalición. El cañoneo desorganizó la caballería y la infantería galas. Ante la presión, la resistencia de los hombres de Tallard se hizo inútil y se vieron obligados a retirarse en desbandada o rendirse; el mariscal fue hecho prisionero por los ingleses.

En los mismos llanos, los franceses habían triunfado sobre las tropas imperiales tan sólo un año antes en su camino hacia Viena. Pero ahora, Marlborough había consumado junto al pueblecito del Danubio bávaro una victoria decisiva que cambió la suerte de Europa, al denotar con inesperada contundencia a la Francia de Luis XIV El Rey Sol pagaba así la humillación que había propinado a Alemania, Países Bajos, Inglaterra… Viena quedaba libre de todo temor. El emperador austríaco le concedió al duque inglés el título de príncipe de Mindelheim (príncipe del Sacro Imperio Romano Germánico).

La campaña continuó con la toma de Landau in der Pfalz en el Rin, Tréveris y Trarbach en el Mosela… y todas las fortalezas del Tirol, que se rindieron incondicionalmente a los aliados. Más adelante, la batalla de Ramillies fue otra victoria del duque de Marlborough, pero que casi le costó la vida. Conquistó casi por completo los Países Bajos tras tomar las ciudades de Bruselas, Brujas, Lovaina, Ostende, Gante y Malinas. Su aspiración, dicen, era llegar hasta Francia.

En Londres, Marlborough se convirtió en un verdadero héroe nacional. En

febrero de 1705, la reina Ana I, junto con la aprobación del Parlamento de Londres, le concedió las tierras de Woodstock, en Oxfordshire, con cerca de 6500 hectáreas de tierra, propiedad de la Corona. A esto se sumó un prodigioso regalo: la construcción de un palacio para él, con el fin de conmemorar su victoria sobre los franceses: Blenheim, que aspiraba a eclipsar a Versalles y cuya construcción fue financiada por la soberana y el Parlamento londinense.

LAS CONSECUENCIAS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

La victoria de Blenheim subió la moral de los aliados en el frente de la península Ibérica. De hecho, el archiduque Carlos decidió dirigirse a los territorios partidarios de la Corona de Aragón. Temerosos de que el centralismo francés importado por Felipe V significara la pérdida de sus fueros, el 25 de agosto de 1705, la población catalana dio la bienvenida al archiduque Carlos cuando desembarcó en Barcelona con un ejército de veinte mil hombres. Estableció allí su capital e inició la conquista del resto de España. El 16 de noviembre de 1705, el Consejo de Aragón le reconoció como rey.

Felipe V no podía consentirlo y, a comienzos de 1706, desplazó hacia la zona el ejército que defendía la frontera con Portugal para sitiar por tierra y mar a Barcelona, con treinta mil hombres. Sin embargo, la llegada de tropas aliadas a Barcelona y, sobre todo, la ruptura del desguarnecido frente portugués —un ejército angloportugués tomaba Badajoz y Plasencia y avanzaba sobre Madrid por los valles del Duero y del Tajo— le obligó a levantar el asedio de la ciudad y dirigirse rápidamente hacia Madrid por el sur de Francia y la ruta Irún-Burgos.

Pero se encontró con que los aliados habían tomado Ciudad Rodrigo y Salamanca, por lo que tuvo que trasladar su corte de Madrid a Burgos. Al poco tiempo, el archiduque Carlos entró con sus ejércitos en Madrid, donde esperaba ser proclamado rey con igual júbilo que en Barcelona, pero la población madrileña era leal al rey Borbón y se negó a aceptarlo como monarca. El 29 de junio fue proclamado Carlos III de España con una frialdad que sorprendió al propio archiduque.

Las cosas fueron empeorando para la causa borbónica a lo largo de 1706, hasta el punto que Luis XIV pensó firmar la paz, pero su nieto no estuvo de

acuerdo y decidió continuar la lucha. «La población de Castilla reaccionó a la traición de los catalanes y aragoneses reafirmando su lealtad a Felipe V y formando ejércitos de voluntarios y grupos de guerrilleros», explica el historiador Marco Antonio Martín García. A estas fuerzas se sumó un cuerpo expedicionario enviado por Luis XIV bajo el mando del duque de Berwick, que dio un nuevo ímpetu a la lucha interna. Al poco tiempo, el archiduque Carlos se vio obligado a abandonar Madrid camino a Valencia. Felipe V volvió a entrar en Madrid el 4 de octubre ante el clamor popular.

La batalla de Almansa (25 de abril de 1707) dio una inyección de optimismo al ejército francoespañol del duque de Berwick. Su decisiva victoria contra los partidarios del archiduque Carlos aporta a la historia la paradoja de que un inglés al frente de un ejército mayoritariamente francés derrotó al marqués de Ruvigny, un francés al frente de un ejército inglés. A partir de su victoria, Valencia, Zaragoza y, finalmente, Lérida fueron tomadas para el bando borbónico. Como premio, Berwick recibió los títulos de duque de Fitz-James y par de Francia de manos de Luis XIV Felipe V le nombró duque de Liria y Jérica y lugarteniente de Aragón.

Entonces, Felipe V encargó a un trío de consejeros los primeros pasos para el establecimiento de una reforma unificadora de la Corona española. Como resultado, promulgó los Decretos de Nueva Planta que suprimían los fueros de la Corona de Aragón, imponiendo un modelo centralista y obligando al uso de la lengua castellana. Además rompió relaciones con el papado, clausuró el Tribunal de la Rota y expulsó al nuncio cuando el papa Clemente XI reconoció al archiduque Carlos de Austria como rey de España.

En 1708, la lucha continuaba en Holanda, donde el ejército francés recuperó las ciudades de Brujas y Gante, mientras las tropas anglo-holandesas dirigidas por Marlborough y unidas al ejército de Eugenio de Saboya, volvían a alzarse con la victoria, el 11 de julio de 1708, en la batalla de Oudenaarde, tomando de nuevo Gante y Lille. La superioridad naval angloholandesa se puso de manifiesto una vez más cuando ese año Felipe V perdió la plaza de Oran y las islas de Cerdeña y Menorca.

COMIENZAN LOS INTENTOS DE PAZ

A estas alturas, Luis XIV, agotado y arruinado, intentó negociar la paz con los aliados, pero Felipe V estaba decidido a alzarse con la victoria, aunque fuera sin el apoyo de su abuelo. Las operaciones militares continuaron en Flandes (batalla de Malplaquet, el 11 de septiembre de 1709) pero, a partir de 1710, fueron reduciéndose hasta tener lugar exclusivamente en España (las batallas de Almenara, el 27 de julio; de Brihuega, el 9 de diciembre y de Villaviciosa, el 10 de diciembre).

Los enfrentamientos hubieran continuado con resultados desiguales para ambos bandos si no hubiera muerto repentinamente el emperador José I de Austria el 17 de abril de 1711. Tres días antes había muerto el Gran Delfín de Francia, hijo de Luis XIV. En el trono francés todavía había herederos más próximos que Felipe V, pero en el sucesor austríaco el hermano del difunto emperador, el archiduque Carlos, fue coronado bajo el nombre de Carlos VI. La situación cambió completamente. «Con su subida al trono, ahora el peligro era la amenaza de una nueva unión dinástica de España y Austria, algo que no convenía ni a Inglaterra ni a Holanda, las cuales a partir de entonces buscaron firmar la paz con Francia», explica Martín García.

En enero de 1712, Luis XIV comenzó las negociaciones de paz con Inglaterra, en Utrecht. Los ingleses se comprometían a reconocer a Felipe V como rey de España a cambio de conservar Gibraltar y Menorca y poder comerciar con las colonias españolas de América.

En 1713, y después hacer pública la renuncia a sus derechos al trono francés, Felipe V su abuelo Luis XIV y la reina Ana I de Inglaterra firmaron los acuerdos de paz de lo que posteriormente se llamó el tratado de Utrecht. En paz los principales contrincantes, progresivamente se fueron sumando al tratado el resto de las potencias beligerantes: las Provincias Unidas, Brandeburgo, Portugal y el ducado de Saboya.

«La partición de los territorios españoles que intentó impedir Carlos II finalmente quedó consumada», indica Martín García. Los Países Bajos españoles, el reino de Nápoles, Cerdeña y el ducado de Milán pasaron a manos del archiduque, ahora emperador Carlos VI de Austria, quien abandonó cualquier reclamación del trono español. El duque de Saboya recibió Sicilia y le fueron devueltas Saboya y Niza, ocupadas por Francia durante la guerra. Inglaterra se quedó con Menorca, Gibraltar, Terranova, algunas islas de las

Antillas y los territorios franceses de la bahía de Hudson. Además, obtuvo concesiones para poder comerciar con las colonias españolas en América y el monopolio del comercio de esclavos negros para las plantaciones de azúcar de América. Francia reconoció la sucesión protestante en Inglaterra, se comprometió a no apoyar a los pretendientes católicos Estuardo y obtuvo definitivamente el principado de Orange, en la Provenza.

Cataluña siguió resistiendo en contra de Felipe V, sin el apoyo de los ejércitos austríacos, que abandonaron la zona a partir del 30 de junio de 1713. El 11 de septiembre de 1714, el duque de Berwick ordenó el asalto a la sitiada ciudad de Barcelona la cual, pese a que se defendió valientemente, tuvo que rendirse finalmente. Fue la última acción importante de Berwick en la guerra de Sucesión, que volvió a España a luchar en 1718, pero en esta ocasión contra Felipe V.

«Finalmente la traición de Aragón y Cataluña significó la pérdida definitiva de sus fueros, la disolución de sus órganos políticos y la imposición del centralismo castellano», indica Martín García.

España no volvería nunca a tener poder en Europa. Inglaterra y Francia se convirtieron en las potencias dominantes del continente. Sobre todo, la gran beneficiada fue Gran Bretaña que, además de sus ganancias territoriales, obtuvo cuantiosas ventajas económicas que le permitieron romper el monopolio comercial de España con sus colonias. Y además contuvo las ambiciones territoriales y dinásticas de Luis XIV. Francia, que había gastado grandes fortunas en apoyar a Felipe y sufrió graves dificultades económicas hasta el final del reinado del Rey Sol.

«A la larga la llegada de la nueva casa reinante fue muy beneficiosa para España, ya que con los reyes franceses llegó la ilustración y el progreso, acabando poco a poco con el medievalismo que dominaba el país. Las sucesivas guerras que sacudirían Europa en todo el siglo XVIII permitirían a España recobrar parte de su prestigio y algunos territorios perdidos en el tratado de Utrecht», señala Marco Antonio Martín García.

El sucesor del último monarca Habsburgo de España, el sobrino nieto de Carlos II, y primer monarca de la dinastía Borbón, Felipe V, tuvo un reinado de cuarenta y cinco años y veintiún días, de momento, el más dilatado de la monarquía hispánica.

13

TRAFALGAR

Fecha: 21 de octubre de 1805.

Fuerzas en liza: La armada británica contra las escuadras aliadas de Francia y España.

Personajes protagonistas: Lord Horatio Nelson y el almirante francés Pierre Villeneuve, bajo cuyo mando estaba por parte española el teniente general del Mar Federico Gravina.

Momentos clave: Las batallas previas en la costa del cabo San Vicente (1797) y de Abukir (1798).

Nuevas tácticas militares: El ataque en cuña de la flota inglesa, dividida en dos columnas paralelas, contra la línea perpendicular formada por las naves francoespañolas y la prioridad en el ataque a los buques almirantes.

El 21 de octubre de 1805, cerca de la costa de Cádiz, en España, las naves de la armada británica bajo el mando del almirante Horatio Nelson se enfrentaron a la poderosa flota francoespañola, comandada por el almirante Villeneuve. El Victory, el buque insignia de Nelson, encabezó el ataque haciendo caso omiso del fuego de las naves enemigas, directo hacia sus adversarios. La jornada se convirtió en un triste día para ambas marinas: la escuadra combinada perdió a muchos de sus almirantes y marinos y fue destruida. Los ingleses, a pesar de lograr una fabulosa victoria, perdieron a uno de los jefes militares más carismáticos y respetados de toda su historia. Inmerso dentro del contexto de los conflictos napoleónicos, Trafalgar es clave para entender las estrategias militares de la etapa napoleónica y supuso el fin de la potencia naval española, que había alcanzado sus mayores cotas en el siglo XVIII.

El siglo XVIII presentó una continua pugna entre España, Francia e Inglaterra por la hegemonía atlántica. La Revolución francesa de julio de 1789 supuso un paréntesis y la alianza de todas las monarquías contra la Francia revolucionaria. En 1793, Inglaterra, Austria y España declaraban la guerra a Francia. Tres años

después, españoles y galos firmaban el tratado de San Ildefonso, que en la práctica supuso la imposición de los criterios de Napoleón ante la capacidad y superioridad de su ejército y vinculó la suerte de España a la política exterior francesa.

De hecho, el tratado de San Ildefonso y el posterior de Aranjuez (año 1800), firmados con la anterior República Francesa, obligaba a España no sólo a contribuir económicamente a las guerras de Napoleón, sino a poner a disposición de éste la armada real para combatir a la flota inglesa que amenazaba las posesiones francesas del Caribe.

En 1805 Napoleón quería invadir Gran Bretaña y para ello debía dominar el canal de la Mancha. Inglaterra estaba amenazada. Lo único que se interponía entre Napoleón Bonaparte y la invasión de la isla era la potente flota británica que se encontraba anclada cerca de las costas de Cádiz, bloqueando a la escuadra francoespañola. Sediento de territorios nuevos y tras una oleada de conquistas, el emperador francés acababa de unir sus flotas del Mediterráneo y el Atlántico con la marina española. Su objetivo era acabar con la presencia naval británica en el Mediterráneo, lo que le permitiría atacar a Gran Bretaña en un futuro.

El 20 de octubre de 1805 a medianoche, el legendario héroe británico, el almirante Horatio Nelson, se encontraba solo en su camarote de su buque insignia, el *Victory*. A la mañana siguiente tendría que dirigir la batalla más importante de su vida. Mientras, en la cubierta del barco los hombres se preparaban para lo que les aguardaba. El almirante esperaba el amanecer en el cabo de Trafalgar, tras escribir una carta a la mujer que amaba, Emma Hamilton. «Ya nos han avanzado que la flota enemiga ha salido del puerto. Mi último escrito antes de la batalla es para ti. Pido a Dios que me permita concluirlo». Esa noche Nelson ya era el más querido de los héroes navales de Gran Bretaña. Dotado de un genio táctico insuperable, del don del mando y de espíritu de servicio a su país, llevaba treinta y seis años entregado a la Marina Real británica.

LA HEROICA VIDA DE NELSON

En la Navidad de 1767, en Norfolk (Inglaterra), en la tranquila aldea de

Burnham Thorpe, Catherine, esposa del reverendo Edmund Nelson y madre de sus ocho hijos, acababa de morir. El distinguido pero empobrecido pastor de la parroquia local se quedó solo a cargo de la educación de su numerosa prole. El hermano de Catherine Nelson, el capitán Maurice Suckling, iba con frecuencia a la rectoría a visitar a sus sobrinos. «Maurice Suckling era un capitán de navío de gran éxito y, probablemente, fuera él quien inspiró y cautivó con sus aventuras las hazañas futuras de Horace», afirma Colin White, conservador jefe del Museo de la Marina Real británica.

Horace, u Horatio como le solían llamar, convenció a su padre para que Maurice le aceptara en su tripulación. Al cumplir doce años dejó la escuela y se enroló en el *Raisonable*, buque de vigilancia del río Támesis, que estaba mandado por su tío materno. Así fue como comenzó una travesía que duraría toda su vida.

«Es fundamental comenzar muy joven para aprender a ser un marino, para aprender a soportar las tormentas, las privaciones, la mala alimentación y el mal tiempo. Horatio era un chico de aspecto frágil. Muchos se preguntaban cómo podría un joven delicado aguantar y sobrevivir en la dura vida del mar. Tenía una fortaleza interior que no todo el mundo supo ver en esos momentos, pero que demostraría en numerosas ocasiones a lo largo de toda su vida», señala Brian Lavery, autor de *Nelson's Navy. The ships*, *men and organitation*.

Nelson se fue adaptando a su nueva vida en el mar. Siendo guardiamarina, oyó que una expedición de la Marina Real iba a zarpar hacia el Ártico y el ambicioso joven no tardó en unirse a la tripulación que dirigía Constantine Phipps. En aquel viaje, se produjo un incidente que puso de manifiesto una cualidad oculta del aparentemente frágil muchacho y que sería un anticipo de su heroico destino. Lo cuenta Tom Pocock, autor de la biografía *Horatio Nelson*: «Estaban detenidos en el hielo, cuando vieron a un gran oso polar. Los guardiamarinas a bordo pensaron que sería una buena idea abatir al animal para quitarle la piel y hacer con ella una alfombra y llevarla a casa como trofeo. Nelson fue el primero en intentarlo. Cuando fue a disparar, el arma se engatilló».

Según dejó escrito Skeffington Lutwidge, capitán del barco, Nelson sin mostrar miedo exclamó: «No importa. Permítanme que le golpee con la culata de mi arma y será nuestro». El enorme animal estaba preparado para atacar al indefenso Nelson, pero Lutwidge disparó y el oso huyó. Sin embargo, el capitán

estaba molesto con el comportamiento del guardiamarina y le regañó severamente por su conducta arriesgada e irresponsable. «Puso esa cara que solía poner cuando estaba enfadado —escribe Lutwidge— y contestó: “Señor, quería matar al oso para llevar su piel a mi padre”». «No sé si Nelson era un chiflado absoluto o un valiente, pero a lo largo de su carrera naval mostró no tener miedo a nada», afirma el actual comandante del buque *Victoria*, Mike Cheshire.

Tras regresar del Ártico, Nelson, que entonces tenía quince años, emprendió un viaje que puso de nuevo a prueba su valentía, pero de manera muy diferente. Durante una expedición al exótico subcontinente indio, contrajo una grave enfermedad —posiblemente la tan temida malaria— y padeció unas terribles fiebres. «Más tarde diría que vio la muerte muy cerca y que sólo se salvó por la bondad y amabilidad de su capitán», cuenta Colin White. Para salvar la vida del joven Nelson, el capitán le mandó en el primer buque que zarpaba con destino a Inglaterra. Este viaje cambió su vida para siempre. Febril y deprimido, Nelson no dejó de darle vueltas en su lecho a su lamentable estado y oscuro futuro.

Según dejó escrito el propio Nelson, en aquella travesía sintió que jamás ascenderla en su profesión, desmotivado y aturdido al ver las dificultades que debía superar y el poco interés que tenía por nada. «Pero, como a menudo ocurre en este tipo de enfermedad —dice White—, cuando estaba en las profundidades de la desesperación, se produjo una especie de renacimiento, una especie de transformación».

Según sus biógrafos, cuando más deprimido se sentía, de repente tuvo una visión muy especial seguida por una sensación de euforia. Nelson lo cuenta de la siguiente manera: «Un repentino resplandor de patriotismo se encendió dentro de mí. Y exclamé: “Seré un héroe y, con la ayuda de la providencia, seré valiente frente a todos los peligros que se presenten”». El febril impulso de Nelson marcó el momento más decisivo de su vida. Había vislumbrado su destino. Desde ese instante, Horatio Nelson haría demostraciones de incuestionable valor en todas las ocasiones que a lo largo de su dilatada vida en el mar se le presentaron.

Su anhelo juvenil no tardaría en hacerse realidad. Muy pronto comenzó a ascender, hasta llegar a ser uno de los capitanes más jóvenes de la Armada Real. Tras la expedición polar, navegó por aguas del Lejano Oriente. En 1777 fue promovido al grado de teniente. También participó en la guerra de Independencia norteamericana sirviendo en las Antillas a bordo del *Lowestofi* y

allí obtuvo rápido ascenso. Antes de cumplir veintiún años había conseguido el mando de la fragata *Hincfiingbrofee*. Surcó las aguas de Nicaragua y luchó contra los españoles aliados de los insurgentes norteamericanos.

En 1780 volvió de nuevo al hogar enfermo de fiebres; después de una convalecencia en Bath cruzó el Atlántico de nuevo. En 1784 le fue otorgado el único mando en tiempo de paz, el de la fragata *Bóreas*, en las Antillas. Al volver a su casa en 1787, llevaba con él a una mujer, Francés Nisbet, y un hijastro.

Pero esta fulminante carrera hacia la gloria tuvo un precio. «Nelson llevaba en su cuerpo las marcas de su propio heroísmo. Muy pocos almirantes de su tiempo o de cualquier época recibieron tantos castigos como él. Siempre quiso estar en primera línea y eso quedó patente en sus numerosas heridas», cuenta Colin White.

En el sitio de Calvi, en Córcega, en 1794, perdió parcialmente la visión en su ojo derecho. Tres años más tarde, el 25 de julio de 1797, en otro episodio de las interminables guerras napoleónicas, se quedó manco. La historia de lo sucedido la explica el escritor Brian Lavery: «Algunos buques españoles con tesoros estaban anclados en el puerto de Tenerife. Nelson decidió atacarlos desde la orilla para tratar de capturarlos. Pero cometió un grave error. Las fuerzas españolas eran mucho más numerosas de lo que él creía. Las balas de cañón caían por todas partes y Nelson vio horrorizado cómo sus infortunados compañeros morían. En medio de la confusión, una bala le alcanzó atravesando los huesos y los ligamentos del brazo derecho. Tuvieron que amputarle la extremidad a la altura del codo, dejando al capitán, que era diestro, con una incómoda incapacidad».

En la actualidad, en el Museo Militar de Almeida, en Santa Cruz de Tenerife, donde se exhiben los objetos y documentos más destacados relacionados con esta batalla, se muestra un cañón de bronce, fundido en Sevilla en el año 1768, de 134 mm de calibre y de unas dos toneladas de peso, llamado Tigre, al que la tradición le atribuye el disparo que causó la grave herida que dejó manco a Nelson.

Tras el infructuoso ataque a Tenerife, convencido de que su carrera estaba acabada, Nelson volvió a caer en una profunda depresión. Con su torpe mano izquierda, escribió una carta a su comandante que decía: «Me he convertido en una carga inútil para mis amigos y para mi país. Cuando deje mi puesto, estaré

muerto ante el mundo. Me marcharé y no volveré a ser visto». Y es que, según parece, «era un tanto hipocondríaco, lo cual no resulta nada sorprendente teniendo en cuenta todo lo que le pasó. En infinidad de ocasiones creyó estar a las puertas de la muerte», explica Colin White. Pero cuando se sentía más enfermo, llegó a sus oídos que la flota francesa había zarpado y sufrió una completa transformación.

CRÓNICA «ROSA»: SU VIDA ENTRE DOS MUJERES

Nelson, que ya era un héroe naval en ciernes, se dio cuenta de que en la guerra la fortuna favorece a los valientes, una idea que la mujer con la que se casó jamás llegó a entender.

«Desde que ascendió a capitán, Nelson quería casarse, y cuando conoció a una joven viuda en la isla caribeña de Nevis se prendó de ella. La isla de Nevis es un lugar muy romántico y, en ese escenario, ella le debió parecer más atractiva de lo que era», sostiene Tom Pocock. Claro que, en opinión de Colin White, «desde el principio se habló de estima y afecto y no de amor y pasión. Nunca fue una relación apasionada. Sin embargo, no debemos olvidar que Nelson era un hombre muy apasionado».

Nelson entonces tenía treinta y dos años de edad, y quería buscar la seguridad que da una unión matrimonial, aunque la situación no fuera la ideal. Pero Francés Nisbet, Fanny como la llamaban, era una mujer muy nerviosa, algo no muy conveniente en la esposa de un soldado. En lugar de celebrar las victorias de su marido, se sentía abrumada con la perspectiva de volver a enviudar. Sus cartas a Nelson están llenas de quejas porque sus «sufrimientos eran grandes» y su ansiedad iba «más y más allá de su capacidad de expresión». Ella deseaba que «todas estas maravillosas y desesperadas acciones» las dejara en manos de otros.

«Nelson —asegura el escritor Tom Pocock— se cansó de esos reproches y sus cartas desde el Mediterráneo expresaban su irritación. Querían que le alabaran y le apoyaran, no que le reprendieran». Muestra de ello es el comentario que escribió a su mujer en una de sus misivas de entonces: «Tengo una vida desgraciada. Envidio una muerte gloriosa». Si Fanny esperaba frenar el

ímpetu de Nelson resulta evidente que no conocía al hombre con quien se casó.

En 1793 fue destinado a Nápoles. Allí conoció a sir William Hamilton, y a su esposa Emma, quien tan decisivamente habría de influir en su vida. Cuando entró en su vida, Nelson se sentía en un estado anímico muy bajo y vulnerable. Ella era la joven y alegre mujer del anciano embajador británico en Nápoles. «Era una treintañera un poco rellenita pero muy atractiva. Pero por encima de todo, lo más destacable era su entusiasmo. Se entusiasmaba con todo: con sus afectos, sus amores y con todo lo que hacía. En este sentido encajaba a la perfección con Nelson y enseguida se gustaron», dice Colin White.

«Cuando Nelson la conoció —cuenta Tom Pocock— ya había oído de ella. Era una mujer muy famosa en su tiempo. Procedía de una familia humilde, era hija de un herrero, y al mudarse a Londres comenzó a trabajar como enfermera. Había estado viviendo con el sobrino de sir William Hamilton, Charles Francis Greville, que la entregó a su tío a cambio de la promesa de convertirle en su heredero. Sin embargo, a ella le gustó el viejo sir William y finalmente, en 1791, se casaron».

Nelson mantenía una fuerte amistad con sir William, quien era consciente del afecto entre su esposa y el futuro héroe, pero nunca a lo largo de su vida se mostró resentido por esa relación. Es más, hubo una época en la que los tres llegaron a vivir juntos bajo el mismo techo en aparente armonía y felicidad.

COMIENZA LA LEYENDA

En febrero de 1797, Nelson se disponía a realizar una audaz maniobra que le convertiría en un héroe o pondría fin a su carrera naval. Le había llegado la gran ocasión de distinguirse. «Hasta ese momento había prestado todo tipo de servicios en diferentes partes del mundo. Lo único que no había hecho era participar en una importante batalla naval. Éste es el objetivo de todo oficial de la armada ya que es el único camino de ganar ascensos y alcanzar la gloria», indica Brian Lavery.

La guerra contra la Francia revolucionaria de Napoleón entraba en su cuarto año. Inglaterra se encontraba al borde de la bancarrota y la moral en la marina británica estaba por los suelos. «Francia se paseaba triunfal por toda Europa.

Habían logrado expulsar a los británicos del Mediterráneo tras controlar las rutas hacia Italia. Las otras grandes potencias navales del mundo, las armadas española y holandesa, se habían aliado con los franceses. Por sí solas ya eran muy poderosas, pero unieron sus fuerzas para acabar definitivamente con la flota británica», explica Lavery.

En las transparentes aguas frente a la costa del cabo San Vicente, en el extremo occidental de la costa portuguesa del Algarve, nacería la leyenda de Nelson. El día de San Valentín de 1797, la flota española —formada por dos poderosas divisiones— y la Marina Real británica comenzaron a acercarse siguiendo la habitual línea de batalla. Pero el escaso viento retrasó los planes de ambos bandos.

La escuadra española estaba formada por veintisiete navíos de línea, once fragatas y un bergantín, con un total de 2638 cañones, al mando del teniente general José de Córdova. Entre los buques de la flota española se encontraba el *Santísima Trinidad*, entonces el mayor barco de guerra del mundo con 138 cañones y el único con cuatro cubiertas de artillería. La flota inglesa contaba con quince navíos de línea, cuatro fragatas, don balandros y un cúter, con un total de 1430 cañones.

Al amanecer del día 14 de febrero, cuando el buque insignia español comenzó a girar para retirarse, Nelson, que había sido transferido al *Captain*, rompió la formación. «Es decir, hizo un giro de ciento ochenta grados, y fue directamente hacia ellos, colocándose frente a los barcos españoles», cuenta el comandante Mike Cheshire. Actuando solo y en contra de las órdenes de su comandante sir John Jervis, el capitán Nelson condujo su barco directamente hacia la línea enemiga para evitar que las divisiones españolas pudieran unirse.

La respuesta de las naves españolas, mucho más grandes que la suya, no se hizo esperar. «A primera vista aquello pudo parecer una temeridad terrible. Había desobedecido órdenes muy concretas. Pero si se mira más detenidamente, se descubre que Nelson era un hombre muy inteligente capaz de calibrar el riesgo en una batalla», asegura el conservador jefe del Museo de la Marina Real británica, Colin White.

Navegando bajo el intensísimo fuego enemigo, Nelson se acostó a un buque enemigo. Blandiendo su espada, dirigió a sus hombres al abordaje, y se enfrentó con los marineros españoles hasta hacerse con el control de la nave. «Entonces

un segundo barco español se acercó para ayudar al primero. Nelson también lo abordó y se hizo con él», describe Tom Pocock. A los gritos de «¡Abadía de Westminster o la gloriosa victoria!», Nelson dirigió el ataque contra el segundo buque de guerra español. El capitán enemigo acabó por entregarle de rodillas su espada mientras su almirante en el camarote moría a consecuencia de las heridas recibidas en la confrontación.

La valerosa acción de Nelson consiguió separar en dos las divisiones españolas. A partir de ese momento, el resto de la flota británica se unió a la batalla y se convirtió en la primera victoria sobre Francia y su nueva aliada, España.

En lugar de ser sometido a un tribunal militar, el intrépido joven capitán recibió una calurosa bienvenida a bordo del buque de sir John Jervis. Nelson había tenido un importante papel en la captura de dos de las cuatro presas que coronaron el éxito del comandante Jervis, quien ganó un condado por haber derrotado a una fuerza naval española y a sus aliados franceses, muy superior en número y potencia. Por el desastre del cabo San Vicente, José de Córdova, que mandaba la escuadra española, fue condenado a la pérdida de empleo y a la inhabilitación perpetua para el mando.

En Inglaterra, la noticia de la victoria sirvió para elevar el ánimo en toda la nación. El nombre de Nelson se había convertido en sinónimo de «héroe». «En aquella época no había un héroe naval comparado a Nelson. Los otros almirantes eran hombres viejos y prudentes, pero él era un joven encantador. Fue capaz de atraer la atención del pueblo como ninguna otra persona de la época», apunta Brian Lavery.

Aunque unos días después la flota española de José de Mazarredo venció a los británicos, la valentía de Nelson en la batalla del cabo San Vicente le convirtió en la gran estrella ascendente de la marina británica. Pero aún le aguardaban otras batallas más peligrosas, donde fue dejándose pedazos de su anatomía, como la ya referida de Tenerife, donde perdió un brazo, o la acción de Calvi, que le costó un ojo.

LA BATALLA DE ABUKIR

A comienzos de 1798, Horatio Nelson fue ascendido a almirante y elegido para una misión vital para el futuro de Inglaterra: comandar la flota encargada de localizar y destruir los barcos de Napoleón, que habían partido inesperadamente de Toulon, en el sur de Francia, para una expedición secreta en el Mediterráneo.

«Nelson pasó tres meses en el Mediterráneo en busca de Napoleón. Con un nivel de responsabilidad casi inconcebible hoy en día, estuvo tres meses sin contacto con una autoridad superior. Finalmente, localizó a la flota francesa fondeada en la bahía de Abukir, cerca de la desembocadura del Nilo y de Alejandría, y ordenó el ataque inmediato», indica Brian Lavery.

En el curso de una acción nocturna, los británicos rodearon a la flota francesa, sorprendiéndola. Los trece navíos franceses estaban fondeados en la bahía, pero no lo suficientemente cerca de tierra como para impedir el paso de los barcos enemigos entre ellos y la costa. La batalla comenzó unas pocas horas antes de la puesta del sol. Nelson situó junto a cada buque de la vanguardia francesa dos buques ingleses, uno a cada lado. Con esta acción, denominada «doblar», aseguró la concentración de fuerzas en la vanguardia. Los buques franceses de la retaguardia no pudieron hacer nada para evitarlo. A medida que fueron destruyendo los buques galos, las naves inglesas avanzaron a lo largo de la línea enemiga, manteniendo siempre la ventaja de dos barcos ingleses por uno francés.

La batalla fue un desastre total para el enemigo. Nelson aniquiló con sus catorce navíos a casi la totalidad de la fuerza francesa, mandados por el almirante D’Brueys. Sólo dos buques lograron escapar en medio de la confusión. «¡Victoria no es un nombre lo suficientemente expresivo para semejante escena!», exclamó Nelson al día siguiente. Sin ayuda de nadie, se enfrentó al hasta entonces invencible Napoleón y acabó por infligirle una humillante derrota, o al menos así quisieron verlo los ingleses, aunque naturalmente Napoleón no tuvo nada que ver con aquella batalla naval, y seguiría invicto por muchos años. A partir de ese momento fue ennoblecido con el título de barón Nelson del Nilo.

PASIÓN, AMOR Y GUERRA

De regreso de la batalla del Nilo, pasó unos meses de increíbles altibajos emocionales. Se había convertido en el almirante más triunfante y de mayor éxito de la historia, pero estaba agotado física y emocionalmente. Mantenía un estrecho vínculo con los capitanes de su flota, a quienes llamaba cariñosamente «la banda de hermanos», pero ni siquiera ellos podían ayudarle a olvidar su desesperada soledad.

Así que puso rumbo a Nápoles para reparar los daños causados en su buque insignia y recobrarse de una herida que había sufrido en la cabeza. «Allí estaba Emma Hamilton y ella le cuidó. Ambos amaban el riesgo y entre los dos lograron rescatar a la familia real napolitana del ejército francés que les perseguía. Todas estas cosas les fueron uniendo más y más. La tímida Fanny Nelson no tenía nada que hacer frente a un torbellino como Emma Hamilton», sostiene Colin White.

Nápoles se convirtió en base de operaciones de Nelson, cuando los rumores de la relación adúltera comenzaban a llegar a Inglaterra y a Fanny Nelson. «Nelson se dio cuenta de que debía elegir entre ambas mujeres y Emma ganó. Claro que en ese momento tenía ventaja ya que estaba embarazada de su primer hijo», cuenta White.

Nelson dio por concluido su matrimonio tras diez años. Regresó a Inglaterra en agosto de 1799 y fue nombrado par de la Corona y duque de Bronte por el rey Fernando de Nápoles, a quien había ayudado contra los franceses. Adquirió una mansión en Merton, a las afueras de Londres, donde acogió a los Hamilton como sus huéspedes permanentes. A principios de 1800, Emma dio a luz una hija y Nelson hizo las gestiones necesarias para reconocerle. El anciano sir William falleció poco después, en 1803, dejando que Nelson, su querida Emma y su hija Horatia formaran una familia poco convencional.

Los comentarios sobre esta relación eran el tema preferido en los salones de la alta sociedad británica. Las reacciones iban desde la ridiculización más cruel a las más severas condenas. «El rey Jorge III, por ejemplo, estaba completamente indignado y trataba con sumo desprecio a Nelson, incluso en los momentos en que se encontró en el apogeo de su fama. Creo que verse ridiculizado le causaba un profundo malestar, pero Emma era vital para él. Le adoraba como ninguna otra mujer lo había hecho. En mi opinión fue ella la que creó al Nelson capaz de

salir y luchar por su patria», afirma Colin White.

Sin duda, lady Hamilton tuvo gran influencia moral y política sobre Nelson. Muestra de la pasión que le unía a ella es este extracto de una carta que Nelson le envió en 1880: «No puedo comer ni dormir pensando en ti, mi amor más querido. Anoche no hice nada más que soñar contigo y me desperté veinte veces en la noche».

PREPARADOS PARA DERROTAR A NAPOLEÓN

El odio de Nelson hacia Francia en general y hacia Napoleón en particular era tan intenso como el amor a Emma, a su patria y a su pueblo. No tenía ninguna duda: su misión en la tierra consistía en librar a Inglaterra y al mundo de aquel odiado Bonaparte. Y estaba convencido de que su país lograría la victoria decisiva.

En octubre de 1805, Nelson estaba en su casa con Emma y su hija Horatia cuando uno de sus ayudantes llegó con una noticia: el enemigo estaba en movimiento y preparaba algo. La flota de Napoleón, dirigida por el almirante Pierre Villeneuve —bajo cuyo mando, por parte española, estaba el teniente general del Mar Federico Gravina, comandando el navío *Príncipe de Asturias*—, estaba anclada en el puerto de Cádiz. Había más de treinta buques franceses y españoles preparados para zarpar. Era vital para la seguridad de Inglaterra destruir esa fuerza inmensa antes de que llegara a las aguas del cabo de Trafalgar.

Nelson viajó toda la noche hasta llegar a la ciudad portuaria de Portsmouth. En Merton, había dejado todo lo que amaba en este mundo para ir a servir a su rey y su patria. El Almirantazgo le dio el mando de la flota del Mediterráneo y esperó a que llegaran las órdenes finales, mientras cientos de personas se habían reunido en Portsmouth para despedir a su héroe que se marchaba a la guerra. La multitud gritaba emocionada cuando Nelson dejó el puerto camino a su buque insignia *Victory*.

Después de varias semanas de navegación y en la víspera de su cuadragésimo séptimo cumpleaños, llegó a la altura de Cádiz y se puso al frente de la flota británica del Mediterráneo. Volvía a estar con su «banda de

hermanos», algunos eran viejos amigos y le conocían desde los días de guardiamarina. Según explica Nelson en su diario, el recibimiento de la flota fue una de las sensaciones mejores de su vida. «Los oficiales —describe— que subieron a bordo para darme la bienvenida me saludaron con tanto entusiasmo que llegaron a olvidar mi rango de comandante en jefe».

«Nelson —explica Tom Pocock— fue el primer héroe popular. Sus hombres le amaban porque en la acción siempre estaba a su lado e, incluso, le habían visto perder un brazo y la visión parcial en un ojo luchando junto a ellos. Había logrado victorias asombrosas; era un superhombre, pero también era humano y mortal».

A pesar de que la flota enemiga era mucho más numerosa, los británicos se sentían confiados bajo el mando del gran héroe naval que había conseguido que su flota continuara siendo la escuadra mejor entrenada del mundo.

«Tenían una excelente formación porque siempre estaban navegando. El resultado de este entrenamiento constante fue, sobre todo, su enorme práctica de artillería, lo cual les permitía disparar sus armas de fuego dos veces más rápido que los franceses o españoles. Los marineros españoles, cuando disparaban desde el costado, solían agazaparse en la cubierta para ponerse a salvo de los cañonazos del enemigo. Los marineros británicos no hacían eso, seguían disparando pasara lo que pasase», indica Brian Lavery.

Mientras Nelson y sus hombres esperaban el comienzo del combate, el comandante de la flota combinada, el francés Pierre Villeneuve, tenía sus dudas y temores, tal y como dejó reflejado en sus escritos previos: «Lamentaré el encuentro con los buques británicos. Nuestra táctica naval está anticuada. Lo único que sabemos es ponernos en posición y eso es justo lo que el enemigo quiere». «Sabía que Nelson era el adversario más peligroso y aterrador del mundo», señala Brian Lavery.

Villeneuve estuvo al frente de uno de los dos barcos franceses que lograron escapar de la aniquilación de Nelson en la desastrosa batalla del Nilo. Habían transcurrido casi siete años de aquella derrota, cuando en 1805, tras titubear ante la orden de partir hacia el canal de la Mancha, zona donde presumía que estaría Nelson, decidió poner rumbo a Cádiz, adónde arribó el 20 de agosto. El 14 de septiembre recibió la orden de Napoleón de dejar Cádiz y dirigirse a Nápoles.

Mientras, Nelson ya había partido de Portsmouth con la intención de unirse a

la flota de Collingwood, que bloqueaba el puerto de Cádiz. El 28 de septiembre llegó al golfo gaditano. Concentró su flota de veintisiete barcos a unas cincuenta millas al oeste de Cádiz, manteniendo un sistema de aprovisionamiento con Gibraltar y una cadena de comunicación a través de un código de banderas entre sus fragatas. Y comenzó la espera.

A bordo del *Victory*, se reunió con sus capitanes para explicarles la estrategia para derrotar a la escuadra de Villeneuve. Llamó a su nuevo plan «el toque Nelson». Era algo nuevo, singular y sencillo. «Todos, desde los almirantes a los suboficiales, estuvieron de acuerdo en que serviría y lo aprobaron», cuenta el propio Nelson.

«En aquella época se solía luchar de una manera muy formal. Nelson decidió concentrarse sólo en una parte de la línea enemiga en lugar de la totalidad de la flota. Ordenó que algunos barcos atacaran al enemigo por la retaguardia y luego avanzaran. Mientras tanto él, con otra división, se lanzaría contra el centro de la escuadra separándola de la parte de la flota que estaba siendo atacada». Es decir, los buques formarían en dos columnas, con Nelson al mando de una y la otra dirigida por el almirante Collingwood. La primera atacaría perpendicularmente hacia el centro de la línea enemiga, siguiendo la formación en fila, que era la habitual en el combate naval. La segunda, próxima a la anterior, atacaría a la parte posterior de la misma línea. Nelson, además, daba plena libertad de acción a cada capitán, una vez comenzada la batalla.

El audaz de plan de Nelson tenía un grave riesgo. Los barcos que encabezaban las dos columnas británicas —los buques que debían romper la línea de batalla francoespañola— quedarían expuestos al fuego enemigo durante casi media hora. Una de esas naves serla el *Victory*, el buque de Nelson. «Él confiaba en su liderazgo. El hecho de que él estuviera en primera línea haría que sus hombres atacaran con agresividad y valentía», indica Brian Lavery. Sus hombres estaban dispuestos a seguir a su comandante hasta las puertas del infierno si fuera necesario.

Mientras tanto, Villeneuve dudaba sobre qué hacer y, al final, decidió salir de Cádiz, donde estaba refugiada —y a salvo— la flota, en contra de los consejos de los almirantes españoles, que eran conscientes del peligro que suponía Nelson. Villeneuve tenía noticias de que iba a ser sustituido por el almirante Rosily al frente de la flota por un Napoleón harto de su inactividad. El temor de

haber caído en desgracia ante los ojos del emperador le hizo salir del puerto de forma arriesgada y hacerse a la mar el sábado 19 de octubre, contra el consejo de sus expertos, buscando una hazaña que le asegurara en el puesto.

Avistados por la fragata inglesa *Sirius*, que mandó la señal de aviso de la salida de la flota enemiga, a primera hora de la mañana del 20 de octubre fue comunicada a Nelson la noticia que tanto esperaba: los buques enemigos estaban saliendo del puerto. A la mañana siguiente comenzaría la gran batalla.

EL LAMENTABLE ESTADO DE LA FLOTA ESPAÑOLA

La epidemia de fiebre amarilla que había azotado Andalucía poco antes de la batalla, había dejado a las naves españolas casi sin tripulantes. La mayoría de los marineros fueron reclutados a la fuerza y apresuradamente. Además, los buques españoles estaban antiguos y en un estado lamentable, hasta el punto de que algunos capitanes habían sufragado de su bolsillo las reparaciones y la pintura de sus barcos. «Esta escuadra hará vestirse de luto a la nación en caso de un combate, labrando la afrenta del que tenga la desventura de mandarla», escribió el mayor general Antonio de Escaño en su *Informe sobre la Escuadra del Mediterráneo*.

Incluso los altos mandos españoles habían expresado las nulas posibilidades en un enfrentamiento directo contra la flota inglesa, y propusieron esperar en el puerto el paso del invierno, mientras la armada británica se debilitaba en la mar mientras los bloqueaban y soportaban las tormentas de la estación invernal. Sin embargo, Villeneuve buscaba recuperar la confianza perdida de Napoleón con una gran victoria. Así que, muy a pesar de que Federico Gravina y otros altos mandos españoles, como Cosme de Churruca, al mando del navío *San Juan Nepomuceno*, o el general Cisneros, jefe del enorme *Santísima Trinidad*, mantuvieron fuertes discusiones con los franceses, el almirante Villeneuve decidió salir al mar en dirección sureste.

Al amanecer en el cabo de Trafalgar, de repente la niebla desapareció revelando la presencia de treinta y tres enormes buques aliados en línea frente a los veintisiete navíos ingleses. La nota francoespañola estaba a la vista. El retumbe de los tambores llamó a los hombres a sus puestos. Paseando por la

cubierta, Nelson inspeccionó su barco, dando palabras de aliento a sus hombres.

«Una vez finalizados los preparativos, Nelson volvió a su camarote. Allí se arrodilló y escribió lo que pienso que es una de las mejores oraciones jamás escrita por un soldado», opina Colin White: «Que el gran Dios en quien confío conceda a mi país, para el beneficio de toda Europa, una gran y gloriosa victoria. Que ninguna mala conducta la ensombrezca y que tras ella sea la humanidad la característica predominante en la flota británica», escribió.

Había una cosa que verdaderamente preocupaba a Nelson. Según Colin White, «partía de la idea de que probablemente moriría en la batalla. Por la táctica que iba a emplear, sabía que él tendría que aguantar el fuego enemigo, e iba a estar en el ojo del huracán». Momentos antes de salir del alcázar del *Victoria*, Nelson escribió una carta dirigida a su hija Horatia y a Emma Hamilton. Durante los siete años que duró su relación, desde los lugares más dispares del mundo, había escrito de dos a cuatro cartas por día a su amada. Cientos de ellas aún se conservan en la actualidad y ésta sería la última.

A 11.35, Nelson llamó al oficial de señales y le dio el último mensaje para la flota. Fue comunicado empleando las banderas que pendían del mástil y de las vergas del *Victory*, y sería recordada como la más famosa señal de batalla en la historia de Gran Bretaña. El mensaje era: «Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber». Según el comandante Mike Cheshire, «esas palabras del almirante sirvieron para aumentar aún más la moral de sus hombres. Entre las tripulaciones la satisfacción fue enorme. Nelson había hablado con todos y cada uno de ellos».

Diez minutos antes del mediodía, los cañones franceses comenzaron a escupir fuego para fijar la distancia de alcance. Sin embargo, la manera de presentar batalla planteada por el francés no fue la más apropiada. En un día de vientos flojos, la flota combinada navegaba a sotavento, lo que también daba la ventaja a los ingleses, que avanzaban a favor del viento, logrando así mayor velocidad. Además, el almirante francés desplegó toda la flota en una sola línea. Nelson, aprovechando inteligentemente la dudosa maniobra de Villeneuve, agrupó la suya formando dos flechas certeras que romperían la línea de los aliados. Cada barco aliado se vería así atacado y obligado a combatir con dos o tres barcos ingleses y, lo que es peor, estaría cortado de todos los demás. Según los planes de Nelson, el *Victory* navegó hacia el corazón de la línea enemiga,

hacia el buque insignia de Villeneuve, el *Bucentaure*.

Conscientes del peligro que suponían los hábiles tiradores franceses apostados en lo alto de los mástiles de las naves enemigas, los oficiales de Nelson le suplicaron que se quitara la chaqueta de su uniforme repleta de condecoraciones. Nelson rehusó. Quería que sus hombres le vieran orgullosamente erguido en el alcázar, tranquilo y ajeno a todo el horror que pudiera rodearle. Al ir acercándose a los barcos enemigos, Nelson permaneció en cubierta extrañamente ajeno. Sabía que iba a encontrarse con su destino: la existencia misma de Gran Bretaña como una nación libre estaba en juego.

UN COMBATE BRUTAL Y SANGRIENTO

La nave española *Santísima Trinidad* y la francesa *Bucentaure* abrieron juntas fuego sobre el almirante inglés, ocasionándole bastantes bajas. Una bala de cañón destruyó el alcázar matando al secretario de Nelson, Scott, que estaba junto a capitán del *Victory*, Thomas Hardy. «El barco navegaba entre los costados de cinco buques franceses y españoles. En total había más de ciento cincuenta cañones disparando sin cesar. Una tormenta de humo y fuego caía sobre el *Victory* a una vertiginosa velocidad», señala Colin White.

Poco después, un tiro de palanqueta del *Santísima Trinidad* dio de lleno en el alcázar del buque insignia británico matando a ocho marineros y destruyendo su timón, además de hacerle perder el palo de mesana. A partir de ese momento, a lo largo del resto de la batalla, tendría que ser maniobrado desde abajo, mediante cuarenta hombres que tiraron de cabos. Abajo, en las baterías de cubierta, decenas de marineros yacían muertos junto a los humeantes cañones, mientras sus compañeros seguían luchando.

En medio del caos, el humo y la exaltación, el almirante Nelson y el capitán Hardy paseaban tranquilos por la cubierta del barco, cuando «una nube de metralla voló entre los dos hombres, arrancando la hebilla del zapato del capitán. Nelson se dio cuenta de que Hardy no estaba herido, sonrió y bromeó: “Un trabajo demasiado bueno para que dure mucho tiempo”», cuenta White.

Las columnas británicas consiguieron romper la línea francoespañola, atacando por la retaguardia y desarbolando rápidamente la nota rival, que

equivocó también las maniobras de giro. Cuando la batalla alcanzaba su momento trascendental, el *Victory* dirigió la carga pasando justo al lado del *Bucentaure*. En ese momento, el barco inglés empezó a disparar contra el del enemigo destrozándolo de proa a popa y convirtiendo al buque insignia de la flota aliada en un matadero. Villeneuve sobrevivió pero ya sabía que todo estaba perdido.

El *Victory* se alejó del *Bucentaure* y se dirigió a otro barco cercano, el *Redoutable*, de setenta y cuatro cañones y con tres compañías de infantería de marina a bordo, comandado por el capitán Jean-Jacques de Lucas. Según explica Brian Lavery, este capitán «tenía una visión poco corriente de las tácticas navales. Prefería el empleo de armas pequeñas, como los mosquetes, a grandes cañones. Su plan era utilizarlas para alejar a los hombres de la cubierta del *Victory* y, acto seguido, abordar el barco». Así, los tres capitanes de infantería ordenaron a sus tiradores de primera en el aparejo y a sus infantes que se dispusieran a combatir a golpe de fusilería.

A las 13.15, en el punto culminante de la batalla, Nelson aún permanecía en el alcázar observando tranquilamente todo lo que acontecía. El *Victory* y el *Redoutable* se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo. Tan próximos estaban el uno del otro que sus vergas quedaron enredadas. En lo alto de uno de los mástiles del barco francés, un francotirador observó a Nelson a muy corta distancia. Apuntó y disparó. La bala encontró su objetivo y Nelson cayó gravemente herido sobre la cubierta. «La bala le dio en el hombro izquierdo, atravesó uno de sus pulmones rompiéndole la espina dorsal y quedó alojada en su espalda, justo debajo del hombro derecho. El capitán del *Victory* se apresuró a acercarse y le oyó decir: “Por fin han acabado conmigo, Hardy”». Mientras Nelson agonizaba en la bodega desangrándose en manos del cirujano Beatty, la batalla continuaba.

El *Redoutable* había conseguido diecinueve muertos y veintidós heridos en su particular confrontación. La situación desesperada del *Victory* cambió con la ayuda del navío *Temeraire* de noventa y ocho cañones que había conseguido llegar a estribor del barco francés. La artillería de la flota británica comenzó a disparar sin cesar. Sobre el agua flotaban los cadáveres de los marineros. El *Redoutable* finalmente se rindió al *Victory* con 487 muertos y 81 heridos de un total de 643 tripulantes.

La falta de pericia de las tripulaciones aliadas fue suplida por un valor que sorprendió a los británicos, que se encontraron en algunos casos con una resistencia feroz. Sólo hubo cuatro navíos, al mando del francés Dumanoir, que huyeron al ver que la batalla estaba perdida, prácticamente sin luchar. El resto de los navíos de la flota francoespañola combatió heroicamente hasta el final.

El *Bucentaure* fue atacado por el *Victory*, el *Temeraire* y el *Neptune* y, más tarde, por el *Leviathan* y el *Conqueror*, sin que un solo buque francés acudiera a su auxilio. Lo mismo ocurrió con el *Santísima Trinidad*, el cual había sido rodeado por hasta cinco navíos británicos que en un principio creyeron que era el insignia de la flota. Los barcos de la escuadra francoespañola comenzaron a hundirse lentamente.

A última hora de la tarde, el *Príncipe de Asturias* enarboló la señal de retirada. Después, el comandante en jefe de la flota combinada, el almirante Pierre Villeneuve, arrió la bandera de su buque insignia. La tripulación del *Victory* empezó a celebrar el triunfo desde cubierta. El capitán bajó a informar del triunfo a su almirante. «¿Cómo nos ha ido el día?», preguntó Nelson a Hardy.

La escena de lo que aconteció nos la narra Colin White: «Habían hundido ya quince o dieciséis buques y Hardy bajó a comunicárselo a Nelson, que ya estaba muy débil, y llegó el famoso momento de la despedida. Cuando Hardy estaba a punto de salir de la bodega, Nelson dijo: “Bésame, Hardy”, y el capitán le besó en la frente. Miró hacia la cama pensando que probablemente seria la última vez que vería con vida a Nelson y, de nuevo, le besó en la mejilla. Nelson semiinconsciente le dijo: “Dios te bendiga, Hardy”». Sus últimas palabras fueron: «Recordad que dejo a la señora Hamilton y a Horatia, mi hija, como un legado a mi país. Nunca olvidéis a Horatia. Doy gracias a Dios por permitirme acabar mi vida cumpliendo con mi deber». Su voz se fue apagando y después de un débil estremecimiento expiró sin un gemido.

El capitán Hardy registró este mensaje en el cuaderno de bitácora del buque: «Algunos disparos continuaron hasta las 4.30. Tras haber informado de la victoria al honorable lord Nelson, comandante en jefe, éste murió a causa de sus heridas».

La táctica que daba ventaja numérica a los ingleses hizo que poco a poco los buques de la flota combinada fuesen cayendo bajo el fuego británico. Además, la formación en línea de la flota francoespañola no fue tal línea, quedando varios

navíos mal colocados y sin poder entrar en combate. La batalla llevaba poco más de quince horas, cuando el navío francés Achule estalló. Todo había acabado para la nota francoespañola. El *Santísima Trinidad*, con sus ciento treinta y ocho cañones, uno de los objetivos de Nelson por ser el mayor buque jamás construido, se fue a pique esa noche mientras era remolcado por otros tres barcos ingleses.

COMIENZO DE LA DECADENCIA ESPAÑOLA

Trafalgar supuso una victoria histórica para los británicos. En total la escuadra francoespañola perdió dieciocho buques capturados por los británicos, quienes no perdieron ningún barco, aunque la mayoría fueran dañados durante la confrontación. Casi todas las naves españolas capturadas se hundieron, por no anclarlas, durante una tormenta desencadenada poco después de la contienda. Sólo se salvaron tres navíos españoles y en un estado verdaderamente precario pudieron llegar a Gibraltar. Y es que, durante casi una semana, la tempestad que azotó la costa de Cádiz fue peor que el combate.

Según está recogido en numerosos documentos de la época, el pueblo de Cádiz se volcó con los náufragos que iban llegando a la costa, algunos incluso a nado, sin importar su nacionalidad. Los supervivientes fueron acogidos en sus humildes viviendas, sin mirar su procedencia, ya fueran ingleses, franceses o españoles. Hasta el almirante Collingwood —quien tomó el mando de la flota británica a la muerte de Nelson— consignó en sus memorias la generosidad de los gaditanos con estas palabras: «Jamás vecindario alguno ha tomado con tanto empeño el auxilio de los heridos, no distinguiendo entre nacionales y enemigos, antes bien, equiparando a todos bajo el amplio pabellón de la caridad».

Los barcos británicos también lograron llegar al Peñón pero en un estado lamentable y casi todos desarbolados de uno o varios palos. El *Victory*, que había recibido ochenta cañonazos en sus costados, tenía el palo mayor y el mástil de proa destrozados, estaba acribillado por las balas de los mosquetes y con la cubierta aún manchada de sangre, fondeó a duras penas en Gibraltar, con el cuerpo del almirante a bordo.

Seis mil hombres resultaron muertos o heridos en la batalla. Los franceses

sufrieron la mayor parte de las bajas aliadas con 2218 muertos y 1155 heridos, mientras que los ingleses sólo tuvieron que lamentar cuatrocientas bajas. Los españoles tuvieron 1022 muertos y 1383 heridos. La mitad de los muertos españoles correspondieron a las tripulaciones de sólo tres navíos: el *Santísima Trinidad* con cerca de trescientos, el *San Juan Nepomuceno* con unos doscientos y el *Santa Ana* con casi cien muertos.

Veinte mil marineros fueron tomados prisioneros. Muchos españoles, la mayoría oficiales, y la mayor parte de los franceses, fueron llevados a Inglaterra. Los españoles fueron posteriormente liberados, bajo la promesa de no volver a luchar junto a las tropas de Napoleón. En cambio, gran parte de los franceses se pasaron todas las guerras napoleónicas hacinados en sórdidos pontones británicos, en los que morían en masa por las duras condiciones de su cautividad.

La batalla no sólo supuso la desaparición de tantos marinos y de Nelson. No están muy claras las causas de la muerte de Villeneuve, pero oficialmente se suicidó al poco tiempo por no poder soportar el peso de la derrota.

El comandante en jefe de la escuadra española, Federico Gravina —quien se opuso tenazmente a la acción bélica contra los ingleses, consciente de las limitaciones de la flota española, pero obedeció a los deseos de la corte de Madrid—, murió en Cádiz meses después como consecuencia de las heridas sufridas en combate en su brazo izquierdo. De los comandantes de los buques españoles además cayeron: Cosme Damián Churruca de Elorza, del *San Juan Nepomuceno* Dionisio de Alcalá Galiano del *Bahama* y el comandante del Montañés, Francisco Alcedo y Bustamante. En total, según el parte firmado por el general Escaño el 15 de noviembre de 1805, el número de bajas entre los mandos españoles fue de treinta y cinco jefes y oficiales muertos y treinta y uno heridos.

Trafalgar también supuso que las esperanzas de Napoleón de invadir Inglaterra fueron completamente anuladas. La derrota que la flota combinada sufrió afianzaría su posición en el continente, ya que al desistir de su idea de invadir Inglaterra, dirigió sus ansias de conquistas hacia Europa del Este (véase el capítulo 14). Además de las pérdidas materiales, los franceses quedaron abrumados psicológicamente y la confianza en su capacidad naval se hundió durante décadas. Claro que las victorias de Napoleón en tierra firme les hicieron sobrellevar mejor el descalabro que a los españoles.

Para muchos historiadores Trafalgar representó para España algo más que una batalla naval perdida. Fue la confirmación de la decadencia de España. A partir de entonces no pudo defender sus intereses de ultramar —indefensos ante cualquier agresión británica— y significó que todos los esfuerzos del primer ministro Godoy, encaminados a dotar a España de una poderosa flota de guerra, se fueran al traste. «Aquello dejó bien clara la supremacía naval de Gran Bretaña. Ya nadie podía dudar de que la marina británica sería la que dominaría los mares del mundo. Y así siguió siendo durante muchas décadas», indica Brian Lavery. Gran Bretaña dominaría los mares, sustituyendo definitivamente a España en esa posición, hasta bien entrado el siglo XX, sólo puesta en cuestión por Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

MUERTE DE UN GUERRERO INGLÉS

El 6 de noviembre de 1805, antes de la llegada del cuerpo de Nelson, las salvas de los cañones de la Torre de Londres anunciaron a la ciudad la noticia de la victoria en Trafalgar frente a españoles y franceses y de la muerte de su almirante más admirado. Para todos los británicos este momento de triunfo quedó ensombrecido por la pérdida de su héroe nacional. Los restos de Nelson fueron enviados a Inglaterra a bordo del *Victory*, una vez que el barco fue reparado en Gibraltar. El traslado de su cadáver estuvo rodeado de una leyenda que aún perdura. El recibimiento en Gran Bretaña fue apoteósico. Ni los funerales reales han sido tan sentidos.

Su funeral de Estado emocionó a todos. Al paso de la barca que transportaba el féretro con el cuerpo de Nelson por las aguas del Támesis, todos los navíos, buques y embarcaciones arriaron sus banderas. Al mediodía siguiente se emprendió una nueva marcha y al paso del carruaje fúnebre, las multitudes, descubiertas en señal de respeto, estaban tan silenciosas que un testigo describió que «sólo se oía como el murmullo procedente del lejano mar». Sus restos mortales recibieron sepultura en la catedral de San Pablo de Londres. El pueblo le acompañó hasta su última morada. De hecho, aquella ceremonia constituyó una especie de desagravio frente a la corte que había menospreciado al héroe por su romance con lady Hamilton.

Mientras Inglaterra adoraba la memoria de su héroe caído, no supo respetar su última voluntad y sus ruegos antes de morir fueron desdeñados. «Nelson había dejado escrito en su testamento que la mitad de su dinero estaba destinado a lady Hamilton, y la otra mitad a lady Nelson. Sin embargo, el primer ministro británico no lo permitió porque no le parecía bien que la mitad de la fortuna de un héroe nacional fuera a parar a su viuda legal y la otra a una "furcia" llamada Hamilton, y prohibió que se lo dieran», recuerda Mike Cheshire. Por el contrario, su esposa, Francés Nisbet, y sus hermanas fueron beneficiadas con elevadas pensiones a cargo del Estado, pese a que Nelson se había separado hacía años.

A Emma Hamilton ni siquiera se la permitió asistir al funeral por mantener una relación adúltera con el héroe. «Tan pronto como murió Nelson, todos los que la habían adulado cuando él vivía fueron abandonándola. De hecho acumuló numerosas deudas y estuvo en prisión por ese motivo. Murió profundamente afligida e infeliz. Es una historia trágica y una mancha en la reputación de Gran Bretaña. Creo que deberían haber cuidado de ella, aunque sólo fuera por respeto a la figura de Nelson», afirma Colin White.

Los acreedores se apoderaron de la mansión de Merton y de todo lo que contenía, desde el sable de honor de Nelson hasta el pequeño tamborcillo que el almirante había regalado a su hija Horatia el día de su bautismo. Acorralada por las deudas, Emma Hamilton fue encarcelada entre 1813 y 1814. Murió arruinada en el exilio, en Calais (Francia), al año siguiente. Tenía cincuenta años y habían transcurrido diez desde la muerte de Nelson.

En el parque Richelieu, próximo al lugar donde estuvo su tumba en Calais, se levanta el único monumento a su memoria: un obelisco erigido a iniciativa de la Nelson Society y al cuidado del Club 1805, dedicado a la conservación de los numerosos monumentos dedicados al almirante. A poco más de cien kilómetros y desde muchos años antes, desde 1844, la estatua de Nelson preside la plaza de Trafalgar, nombrada así en recuerdo del gran almirante, en el corazón de Londres, y su nave *Victory* restaurada permanece todavía en Portsmouth. Grabada sobre la rueda de su timón, puede leerse la frase que transmitiera Nelson a la escuadra británica antes de empezar el combate.

En la Marina Real británica la leyenda de Nelson aún está viva. Todos los 21 de octubre —el día de Trafalgar—, marineros y oficiales elevan sus copas para

brindar en recuerdo del hombre que devolvió el orgullo a la armada británica y en honor a este gran estratega que, convencido de que servía a una causa justa, luchaba hasta el final bajo la consigna de que las acciones más audaces son las mejores.

14

AUSTERLITZ

Fecha: Diciembre de 1805.

Fuerzas en liza: La *Grande Armée* de Francia contra los ejércitos de Austria y Rusia.

Personajes protagonistas: Los tres emperadores: Napoleón I, el zar Alejando I y Francisco II. Los mariscales Lannes, Bernadotte y Soult y el general Legrand. El general ruso Kutúzov. El comandante en jefe del ejército austríaco Karl Mack von Lieberich.

Momentos clave: La victoria napoleónica en Ulm y la toma de Viena. La ruptura del centro aliado por Napoleón. La retirada aliada por el hielo del estanque de Satschau.

Nuevas tácticas militares: La proeza estratégica que suponía trasladar un ejército de gran tamaño a través de Europa, a una velocidad insólita y bajo cobertura informativa. La organización de la *Grande Armée* en cuerpos autosuficientes. El reconocimiento a fondo del terreno para su utilización táctica en la batalla.

El 2 de diciembre de 1805, Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, y su Grande Armée estaban a punto de enfrentarse a las fuerzas aliadas de Austria y Rusia, cerca de la pequeña ciudad de Austerlitz. Casi doscientos mil soldados lucharían en la más notable y épica batalla de Napoleón. Aquí organizaría una gran trampa y conseguiría su mayor victoria, su momento de mayor gloria. Para conseguirlo, Napoleón engañó a los ejércitos de los emperadores austríaco y ruso mostrando una falsa debilidad y disponiendo los movimientos de sus enemigos y las fases de la batalla a su antojo.

¿Por qué la fascinación con Napoleón doscientos años después de su tiempo? ¿Por qué centrarse en este complejo período de la historia a través de su persona? «Si alguien me preguntara qué batalla en la historia hay que estudiar para aprender estrategia militar, Austerlitz sería la elegida. Es realmente imposible comprender los perfiles gigantescos que tomó la figura de Napoleón entre los generales que le siguieron, sin estudiar este momento. Ejerció, por ejemplo, una enorme influencia en la guerra de Secesión estadounidense. Todos

los generales estadounidenses querían ser el próximo Napoleón, trataron de emularle»; tanta trascendencia otorga Matt Delamater, editor del periódico internacional *Napoleón Journal*, a la figura de Napoleón, en especial a su papel en esta confrontación. Y son muchos los expertos que valoran el talento del más famoso *self made man* de la historia, hasta el punto que con frecuencia Napoleón Bonaparte, después Napoleón I, emperador de los franceses, es comparado con Alejandro Magno y Julio César.

«En 1805, las tácticas de la velocidad y la sorpresa de Napoleón Bonaparte permitieron a su gran ejército cruzar más de mil cien kilómetros y aplastar a los dos mayores ejércitos de Europa. La principal arma en su arsenal era el cañón Gribeauval de ocho libras, así llamado porque disparaba balas esféricas de ese peso (unos tres kilos y medio). Era superior a los austríacos y rusos, de seis libras, y tenía una potencia de choque mucho mayor. Y lo más importante: era más manejable. Sin embargo, el arma mejor de la época era, sin duda, la cabeza de Napoleón. Sus tácticas y audacia en la batalla de Austerlitz establecieron su reputación como uno de los mejores comandantes de la historia», explica el capitán de Marines de Estados Unidos, Dale Dye.

EL RÁPIDO ASCENSO DE NAPOLEÓN

El ascenso de Napoleón Bonaparte en el escalafón y sus increíbles victorias le convirtieron en una leyenda equiparable a la de sus héroes, Alejandro y César. Sin embargo, a diferencia de éstos, que comenzaron sus carreras con enormes ventajas (Alejandro fue rey de Macedonia y César nació en una familia aristocrática), Napoleón nació en Córcega, una isla de soberanía francesa donde se hablaba otra lengua, cuyos naturales raramente alcanzaban una posición alta en Francia, y sólo gracias a los esfuerzos de su padre, abogado de profesión, pudo asistir a las escuelas militares. En cualquier otro momento, podría simplemente haber llegado a servir como un oficial de carrera en el ejército del rey, tal vez con algunas distinciones. Sin embargo, el caos y la violencia de la Revolución francesa ofreció oportunidades para los hombres ambiciosos. Y Napoleón lo era en grandes dosis.

A través de una combinación de talento, capacidad, buenas relaciones,

energía desbordante y suerte, Napoleón escaló rápidamente en la pirámide del poder. A los veintisiete años de edad, había derrotado a realistas, ingleses y españoles en el sitio de Tolón, así como de forma repetida a los austríacos durante la campaña de Italia; en menos de un año desde su primer mando en campaña había alcanzado el pináculo del éxito.

En noviembre de 1799, apoyándose en su fama de general victorioso, dio el golpe de Estado del 18 Brumario, que estableció un triunvirato, aunque en realidad le dio el poder a Bonaparte como primer cónsul de la República, convertido en cargo vitalicio dos años más tarde. Sólo tenía treinta años y ya había conquistado Egipto, la mayor parte de Italia, además de haber aplicado diversas e importantes reformas, incluyendo la centralización de la administración de los departamentos, la educación superior, un nuevo código civil e, incluso, un nuevo sistema de impuestos y un sistema de carreteras y cloacas.

Un año más tarde, en 1800, Francia derrotó al ejército austríaco en Italia y Alemania, lo que le convirtió en el hombre más poderoso y temido de Europa. «Napoleón era la figura más controvertida en Europa en ese momento. Las opiniones acerca de él varían enormemente. Algunos de sus enemigos acérrimos no pueden evitar admirarle. Ideológicamente, era considerado hijo de la Revolución francesa, por lo que en todas las esferas conservadoras europeas es despreciado y muchos creen que es el anticristo», cuenta Matt Delamater.

El 18 de mayo de 1804, Bonaparte se coronó a sí mismo emperador de los franceses, en una ceremonia realizada en la catedral de Notre Dame de París en presencia del papa Pío VII Esto tuvo repercusiones en toda Europa. El cónsul vitalicio de la Revolución estaba creando su propia monarquía, algo que no podían soportar las tradicionales coronas europeas. ¿Qué sería lo siguiente que haría? ¿Intentaría la conquista de sus reinos?

«En aquella época para muchos era una persona increíble. Venían en masa a París para verle. Era un hombre que había surgido de las tinieblas para convertirse en el dirigente de uno de los países más importantes de Europa. En 1805, tras esta batalla, aprendieron que Napoleón no sólo era un meteorito que había ascendido a la cumbre del poder en Francia, sino un gran comandante al que no podían dejar de lado si algún día decidían hacerle frente», indica el historiador J. David Markham, presidente de la Sociedad Napoleónica

Internacional (SNI).

LA TERCERA COALICIÓN

Gran Bretaña reanudó la guerra naval con Francia en abril de 1803. Al comienzo de 1805, Napoleón estaba con su ejército de 210 000 hombres en el puerto de Boulogne, en el noroeste de Francia, en espera de las condiciones óptimas para invadir Inglaterra. Su odio a los británicos, la única nación a la que no había conseguido doblegar, se convirtió en una obsesión.

Según J. David Markham, «Inglaterra estaba decidida a deshacerse de Napoleón. Había habido una serie de intentos de asesinato que fueron financiados y organizados por ellos. Esto hizo que Napoleón, finalmente, se diera cuenta de que o firmaba un tratado de paz con los británicos o tendría que conquistar la isla. En 1802 se firmó la Paz de Amiens. Sin embargo, al final fue Inglaterra la que se negó a retirar las fuerzas de Malta, según establecía el tratado. Así que Napoleón decidió conquistar Inglaterra». Por su parte, los británicos protestaron contra la anexión del Piamonte y el Acto de Mediación de Suiza, si bien ninguna de estas áreas estaba estipulada en el tratado de Amiens.

Las tropas francesas se preparaban para una guerra con Inglaterra, que creían inminente. «Cada día, los batallones realizaban simulacros. Cada dos días, por la mañana, se realizaban prácticas de tiro… Una intensa instrucción con soldados veteranos de la Revolución francesa. Así, a finales de agosto de 1805, Napoleón formó lo que él denominó la *Grande Armée*, el mejor y más grande ejército que él dirigió», cuenta el especialista Scott Bowden, autor de *Los años gloriosos de Napoleón. Austerlitz 1805*. Aquel año la *Grande Armée* había crecido hasta convertirse en una fuerza de 350 000 hombres, bien equipados y entrenados, dirigidos por competentes oficiales.

No obstante, Napoleón Bonaparte y su gran ejército nunca cruzaron el canal de la Mancha. El 25 de agosto de 1805 centraron su atención en hacer frente a Gran Bretaña en un campo de batalla completamente diferente.

William Pitt, primer ministro británico, acababa de perder las colonias norteamericanas. Ahora Francia amenazaba su estatus en Europa, por lo que Pitt decidió formar una coalición con sus aliados para frustrar tales ambiciones.

«Antes ya ha habido dos coaliciones y esta Tercera Coalición iba a ser la más grande, la mejor. Rusia se implicó porque el zar Alejandro I poco menos que se creía un mesías que iba a reorganizar y restaurar el viejo orden en Europa después de la Revolución francesa. El zar tenía sólo veintisiete años y era muy susceptible a las alabanzas de los aduladores que le rodeaban. Estaba convencido de que iba a ser un gran general, pero no tenía experiencia ni había estudiado las guerras, como lo había hecho Napoleón», sostiene Dana Lombardy, director de la editorial Military History Press.

Desde 1792 Europa estaba envuelta en las guerras revolucionarias francesas. Después de cinco años de guerra, la Primera República francesa venció a la Primera Coalición en 1797. Un año después se creó la Segunda, pero también fue derrotada por los galos en 1801. Gran Bretaña permaneció como único oponente del nuevo régimen del Consulado.

El jefe de la Tercera Coalición era el emperador. Francisco II de Habsburgo no era emperador de Alemania (título que crearía para sí mismo Guillermo I de Prusia en 1871) y mucho menos emperador de Austria, sino simplemente el Emperador por antonomasia como titular del Sacro Imperio Romano Germánico, creado por Carlomagno en el año 800 y pretendido sucesor del Imperio romano, que se extendía por territorios de lo que modernamente sería Alemania, Francia, Austria, Suiza e Italia, aunque el poder efectivo sólo lo ejercía en los estados patrimoniales de los Habsburgo desde hacía siglos. Puede decirse que hasta Austerlitz no había otro emperador en Europa, aunque la batalla fuese llamada «de los tres emperadores». El soberano ruso se titulaba tradicionalmente zar, una corrupción de la palabra latina «cesar», y Pedro el Grande, en su proceso de europeización, adoptó el título de «emperador de todas las Rusias» (1621), pero desde el punto de vista europeo no podía compararse ni de lejos con la dignidad imperial romanogermánica.

En cuanto a Napoleón, era generalmente mirado como un advenedizo; significativamente habla tomado el título de «emperador de los franceses» y no «de Francia». Todo esto, sin embargo, iba a cambiar radicalmente a partir de Austerlitz. Con la derrota, Francisco II perdería su título e incluso su número: se convirtió, por el tratado de Presburgo (hoy Bratislava), en «Francisco I, emperador de Austria». En cambio, el general Bonaparte se transformó en «el Emperador» para toda la opinión pública. Siendo el dirigente más conservador

de Europa, Francisco II era el más amenazado por los ideales radicales de la Revolución francesa. Había sufrido ya una gran derrota a mano de los franceses en 1800 y ahora creía que había llegado el momento de la revancha. Junto a Austria, Gran Bretaña y Rusia estaban Suecia, Hannover y Nápoles. Francia, por su parte, tenía como aliados a España, Baviera, Badén y Württemberg.

William Pitt pagó con oro a los austríacos y rusos para que acabaran en tierra firme con el recién coronado emperador francés, mientras 175 buques de guerra británicos continuaban acosando a Napoleón por mar. Austria y Rusia, con una fuerza de más de doscientos mil hombres, se dirigieron a dos regiones aliadas a Francia: el reino de Italia y Baviera.

Inevitablemente, ante un plan de esa magnitud, la red de espías de Napoleón pronto hicieron llegar esta información a sus oídos: el emperador siempre iba un paso por delante de todos, lo que le permitió utilizar Europa como su tablero de ajedrez.

EL FALLO DEL PLAN ALIADO

El 8 de septiembre de 1805, el general Karl Mack von Lieberich, comandante en jefe del ejército austríaco, dirigió a 72 000 soldados a Baviera. Al mismo tiempo, las fuerzas de la coalición, tras sumar a Hannover, invadieron Italia. La Tercera Coalición había hecho su movimiento para atacar a los franceses desde todos los ángulos. Con el doble de hombres, caballos y cañones que Napoleón, parecían invencibles.

Pero Napoleón vio el fallo en el plan aliado. Sus fuerzas se encontraban dispersas por todo el continente. La comunicación y coordinación entre estos ejércitos multilingües era casi imposible. Si salía en secreto del campo de Boulogne, en la costa del canal de la Mancha, y atravesaba Europa rápidamente, podía atacar a los austríacos antes de que el ejército ruso pudiera incluso llegar.

«Entonces —explica el historiador J. David Markham— dio la vuelta con su ejército y marchó hacia el este. De forma incomprensible, en total secreto, logró sellar las fronteras, acallar a los periódicos y enviar informes acerca de lo maravillosa que es la costa. Dejó allí a algunos soldados para dar la impresión de que no se movía. Necesitó sólo cuarenta días para cubrir el camino hasta los

puntos de concentración aliados, donde los austríacos y los rusos estaban empezando a organizar sus fuerzas. Era increíble. Nadie había hecho nada igual antes».

En una de las maniobras militares más impresionantes que se conocen, Napoleón movilizó a doscientos mil soldados y los trasladó en tiempo récord a las orillas del Rin, en Alemania, pillando por sorpresa a sus enemigos. Esta velocidad fue posible debido al aumento del paso de marcha reglamentario, pero también a la organización de su ejército: en lugar de una única fuerza había creado siete cuerpos de ejército. Cada uno, dirigido por un mariscal, era autosuficiente y tenía capacidad de tomar decisiones independientes. Cada cuerpo tenía su propio personal, su propia infantería, caballería, artillería, suministro de líneas e, incluso, equipo médico. Este sistema de cuerpos de ejército fue la clave de sus victorias.

«Sin embargo, la idea era que nunca estuvieran a más de veinticuatro horas de marcha los unos de los otros. Así, si algún cuerpo tenía algún problema, el otro podría llegar ese mismo día. Este sistema era mucho mejor para maniobrar que los sistemas rusos y austríacos, muy antiguos y basados en un mando central, y que requerían unas líneas de comunicación muy complicadas. Pero lo más importante que tenían los franceses, y no los demás, era por supuesto el propio Napoleón. Se dice que el duque de Wellington comentó una vez que el sombrero de Bonaparte en un campo de batalla valía cincuenta mil hombres», dice el presidente de la Sociedad Napoleónica Internacional, J. David Markham.

En agosto de 1805 Napoleón estaba dispuesto a asestar un golpe definitivo a la Tercera Coalición. El cuerpo que dirigía había viajado día y noche con muchas penurias y dificultades para interceptar al ejército austríaco dirigido por el general Karl Mack von Lieberich. En menos de seis semanas, las tropas francesas alcanzaron el río Danubio y atacaron al ejército austríaco por sorpresa. El general Mack había concentrado la mayor parte del ejército austríaco en la fortaleza de Ulm, en Baviera. Las acciones de Napoleón contra Mack se convertirían en legendarias y fueron el prólogo de una campaña que, finalmente, le reportarla la mayor de sus victorias militares.

«La principal ventaja de la coalición frente a Napoleón era el gran número de soldados. Tenían una flota más grande, más dinero. Pero Mack habla tomado la desafortunada decisión de avanzar por Baviera convencido de que ésta se iba a

aliar con Austria contra Napoleón. Pero resultó ser completamente falso», señala Dana Lombardy.

EL PODER DEL ARMAMENTO FRANCÉS

Napoleón, como un antiguo oficial de artillería, tendía a considerar los cañones como la espina dorsal táctica. Según afirma Dale Dye, «la artillería francesa se solía utilizar en baterías en masa para debilitar las formaciones enemigas antes de hacerlas objeto de cargas de infantería o caballería. Napoleón la empleaba para desbaratar una formación enemiga antes de cargar con las bayonetas o con la caballería. La intensa instrucción militar del ejército napoleónico permitió que las baterías dirigidas por Napoleón maniobrasen a gran velocidad, es decir, que podían ser utilizadas para reforzar un punto débil en una línea defensiva o para ahondar en el hueco de una formación enemiga».

La artillería francesa en general se clasificaba por el peso de los proyectiles que disparaba. La de cuatro libras era la ligera que, organizada en regimientos de artillería a caballo, acompañaba a la caballería. La de ocho libras era la de campaña, utilizada en las divisiones, mientras que la de doce formaba la reserva de artillería del ejército en campaña para su empleo masivo, como le gustaba a Napoleón. También existía artillería de sitio, con morteros de seis y de ocho pulgadas de calibre. La máxima efectividad estaba entre seiscientos y ochocientos metros.

Por su parte, la principal arma de la infantería era el fusil modelo Charleville 1777 corregido en el Año IX, y sobre todo el Año XIII (en referencia al nuevo calendario revolucionario, que había empezado a contar el Año I en el equinoccio de 1792). «Pesaba 4,5 kilos y medía 150 centímetros de largo. Utilizaba balines relativamente ligeros, de 18 milímetros. Para cada tiro, había que cargar el arma de pólvora y balas y atacarla con la baqueta; el disparo se efectuaba gracias a su mecanismo de llave de chispa. Un soldado bien entrenado y disciplinado podría realizar alrededor de cinco disparos en un minuto. La utilización de pólvora negra por parte de las unidades francesas hacía que se ensuciase y obstruyera el cañón. Por lo tanto, cada cincuenta disparos, había que lavar el arma o existía el peligro de que estallara el cañón. Cuando no había

agua, los soldados simplemente orinaban en el agujero y utilizaban el ácido de la orina para limpiarla. Tener que hacer esto en medio del combate, sin duda, era algo que debía producir bastante presión en los soldados», explica el capitán de Marines de Estados Unidos, Dale Dye.

Como cualquier mosquete de ánima lisa, su alcance era pequeño, menos de cien metros para que su fuego pudiera ser algo efectivo. Los fusiles de ánima rayada eran más efectivos pero mucho más lentos de carga, por lo que estaban reservados principalmente a unidades de tiradores. En aquella época, los fusiles carecían de mira y, aunque algunos expertos indican que se apuntaba a bulto, existían unas referencias para hacer fuego efectivo, según la distancia a la que se encontrase el enemigo.

De todas las fuerzas que formaban la *Grande Armée* de Napoleón, destacó su caballería. Distintos cuerpos formaban las ramas de caballería pesada, media y ligera. La pesada estaba compuesta fundamentalmente por regimientos de coraceros, que empleaban en el combate el pesado sable recto modelo Año IX, pistolas de arzón y el mosquetón de caballería Año IX, y se protegían con una coraza y un casco de hierro. El principal componente de la caballería media eran los dragones, un cuerpo que en siglos anteriores podía combatir a pie o a caballo, aunque raramente se utilizaba ya en el primer cometido. Habían conservado sin embargo el residuo de llevar un fusil semejante al de infantería, con bayoneta incluso, pero sus armas principales eran el sable recto —modelo Año IV—, la pistola de arzón y un casco de cobre parecido al de los coraceros. Debido a la admiración que sentía por los lanceros polacos, Napoleón reconvirtió algunos regimientos de dragones en lanceros en 1811, dotándoles de lanza, una innovación, puesto que los ejércitos europeos no empleaban esa arma fuera del área eslava. La caballería ligera estaba formada por regimientos de húsares —de origen húngaro— y de cazadores a caballo, que actuaban como exploradores, merodeadores y como pantalla del ejército, obteniendo información del enemigo e impidiendo que éste la lograra. Sin embargo, la división de funciones entre caballería pesada, media y ligera no era rígida y todos actuaban en el cometido que exigieran las circunstancias.

UN GRAVE ERROR DE PLANIFICACIÓN

Durante septiembre de 1805, el general Mack y su ejército habían ocupado la ciudad de Ulm, en Baviera. Se trataba de un enclave defensivo para el ejército austríaco. Los antiguos generales siempre habían atacado la ciudad directamente. Sin embargo, Napoleón cambiaría las reglas para tender una trampa a Mack.

«Napoleón tenía cierta experiencia en luchar contra las coaliciones. Diseñó su estrategia en base a la idea de "divide y vencerás". Separó las partes y la Tercera Coalición no iba a ser una excepción. Sabía que los austríacos eran vulnerables, que a los rusos les llevaría tiempo llegar. Napoleón vio la oportunidad para atacar por su retaguardia y su flanco; rodearlos y aislarlos del resto de Austria. Fue el predecesor de la guerra relámpago», afirma el historiador militar Matthew Delamater. El emperador francés comprendió que su fortuna estaba en atacar de modo fulminante, antes de que las fuerzas enemigas se reunieran.

El 7 de octubre, Mack tuvo noticias de que Napoleón pensaba marchar rodeando su flanco derecho para cortar sus líneas de los rusos, que se acercaban vía Viena. Así decidió cambiar el frente, situando su ala izquierda en Ulm y la derecha en Rain, pero los franceses cruzaron el Danubio en Neuburg.

El 14 de octubre, tratando de evadir el cerco, Mack intentó cruzar el Danubio en Günzburg, pero tropezó con el VI Cuerpo del ejército francés con el que se trabó en la batalla de Elchingen, en la que perdió dos mil hombres y se vio forzado a regresar a Ulm. Dos días después, el ejército austríaco estaba rodeado y atrapado en Ulm. Corrió el rumor de que Napoleón podría retirarse, pero se desvaneció con el bombardeo de artillería contra las murallas de la ciudad.

El general Mack no perdía las esperanzas de que sus soldados pudieran mantener a raya a los franceses hasta que llegasen los cuarenta mil rusos. Incomprensiblemente la Tercera Coalición había cometido un error de planificación. A principios del siglo XIX, Rusia continuaba utilizando el calendario juliano, en el que las fechas son doce días posteriores al calendario gregoriano occidental. Con tanta prisa y exceso de confianza, nadie en el bando aliado se había percatado de esta diferencia.

«El general Mack estaba convencido de que los rusos llegarían en cualquier momento. Pero, de hecho, estaban a trescientos veinte kilómetros. Fue un gran desastre», precisa Markham. El 16 de octubre, Napoleón había sitiado al ejército austríaco en Ulm y cuatro días después, el 20 de octubre de 1805, el general

Mack se rindió. Venció al ejército de Mack con una brillante maniobra envolvente, forzando su rendición sin sustanciales pérdidas. Veintisiete mil hombres y sesenta y siete cañones caían en manos de Napoleón. Mack había perdido la mitad de todo el ejército austríaco.

«Un soldado francés afirmó que el emperador había derrotado a sus enemigos con sus piernas en lugar de con sus armas. Sólo con rodear por completo a Mack provocó su derrota. Fue un hecho insólito, sin precedentes. Algo que no se había visto en Europa hasta ese momento. Este desastre de Ulm le valió a Mack el mote de "el desafortunado general". De hecho, se le formó consejo de guerra y fue condenado por este desastre», señala Dana Lombardy. Por los sucesos de la campaña de Ulm fue condenado a la degradación, pérdida de su rango, su regimiento, de la Orden de Mana Teresa y a ser encarcelado por dos años. Fue liberado en 1808, pero Mack tuvo que esperar a 1819 para ser reinstaurado en su grado de teniente general.

NADA SE INTERPONE EN EL CAMINO A VIENA

El 14 de noviembre de 1805, Napoleón condujo a sus soldados hacia la capital del Imperio austríaco. Vencido el principal ejército de Austria al norte de los Alpes, Napoleón ocupó Viena. El emperador Francisco II había huido dejando sus palacios y jardines al enemigo. Bonaparte desfiló triunfalmente por sus calles. Dos meses antes, estaba acampado en espera de cruzar el canal de la Mancha. Ahora, los grandes señores de Viena le entregaban las llaves de su ciudad. Sin embargo, su triunfo fue eclipsado por la noticia de un nuevo desastre, la derrota de Trafalgar, frente a Nelson, en la que se perdieron gran parte de las flotas de Francia y España (véase el capítulo 13).

«Ya no podía pasar fácilmente al norte de África. Tampoco a Oriente Próximo o a América del Norte sin encontrarse con la flota británica. Todos los proyectos de invasión de Inglaterra quedaban descartados. Ahora debería mirar hacia el este de Europa, de la misma forma que hizo después Hitler», opina Victor Daniel Hanson, autor de *Matanza y cultura. Batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*.

Entonces Napoleón ordenó a sus tropas que se adentrasen aún más en

Europa, hacia donde estaban acampadas las fuerzas de la coalición, a las afueras de la ciudad de Austerlitz, en Moravia. Era un movimiento peligroso, y la *Grande Armée* estaba empezando a preguntarse si no estaba cayendo en una trampa. El invierno se acercaba rápidamente. Quizá la conquista de Austria podría convertirse en la perdición de Napoleón. «El último mes había sido terrible. El ejército había sufrido horriblemente durante el avance. Los hombres estaban hambrientos y las bajas aumentaban día a día», indica Scott Bowden.

El ejército francés estaba rodeado por una población hostil. Las fuerzas de la coalición estaban estacionadas en el norte, y desde marzo se esperaba la llegada de los refuerzos austríacos provenientes de los campos de batalla de Italia. «A pesar de la victoria de Ulm, la situación de Napoleón no era la mejor. Necesitaba una batalla. Necesitaba derrotar a los rusos y a los austríacos que quedaban y necesitaba concluir esta campaña», cuenta Dana Lombardy.

Según el presidente de la Sociedad Napoleónica Internacional, David Markham, «también había una cuestión de imagen. Si se marchaba sin otra gran victoria, la gente podría decir: "Sorprendió al general Karl Mack en Ulm, pero Mack era un tonto por permitir que eso ocurriera. Sin embargo, cuando se dio de frente con los ejércitos principales de Austria y Rusia, tuvo que darse la vuelta y salir corriendo". Algunos expertos creen que Napoleón se la estaba jugando al quedarse y luchar contra las fuerzas aliadas. Yo no lo creo. Para Napoleón la mejor opción fue luchar y buscar una victoria que llevaría a una paz duradera», dice Markham.

DISPARIDAD DE OPINIONES

Napoleón siguió al frente de sus hombres dirigiéndose más hacia el este, adentrándose en territorio enemigo. El 20 de noviembre en Rausnitz, dos divisiones de caballería francesa fueron atacadas por seis mil jinetes rusos que pretendían sorprender a las fuerzas de Napoleón.

«Los jinetes rusos llevaban unos sables rectos de 81 centímetros, conocidos como *pallasen*. Tenían un pequeño canal a lo largo de la hoja que los hacía más ligeros y por donde corría la sangre. También iban armados con pistolas de chispa. Los rusos inicialmente rompieron la línea francesa y capturaron un

estandarte, que fue inmediatamente entregado a un eufórico zar», describe el capitán Dale Dye.

Sin embargo, después del éxito inicial, los franceses detuvieron el avance de la caballería rasa por su superior manejo del sable. Los franceses eran muy inferiores en número, pero sus disciplinadas cargas forzaron a los rasos a retroceder a su campamento; una victoria menor, pero importante para Napoleón. «Fue un ejemplo de lo alejado que estaba el zar Alejandro de la realidad. Él sólo vio una gran victoria por capturar el estandarte francés. Estaba ansioso de volver a enfrentarse a Napoleón, convencido de que lo derrotarían, cuando la realidad era que en Rausnitz habían perdido», indica Dana Lombardy.

El 22 de noviembre de 1805, los ejércitos rusos y austríacos finalmente terminaron unidos en una sola fuerza de lucha de noventa mil soldados bajo el mando del general Mijaíl Kutúzov. «Kutúzov era un personaje legendario en el ejército ruso. Había sobrevivido a dos heridas en la cabeza; un médico alemán incluso le había dado por muerto. Sabía cómo presentarse a sí mismo para ser apreciado por el soldado raso. Sin embargo, al mismo tiempo, llevaba el estilo de vida de la decadente aristocracia. En sus campañas solía viajar con una gran cantidad de champán francés… y con muchas mujeres de vida licenciosa. El zar lo describió "como un nido de intrigas y un inmoral; un personaje peligroso"», cuenta el editor del *Napoleón Journal*, Matthew Delamater.

Cualquier general experimentado se habría retirado frente a una fuerza de noventa mil soldados. Sin embargo, Napoleón no lo hizo y decidió atraer a los aliados a su campo. Utilizaría el engaño para causar su destrucción. Los dos emperadores, Francisco II y el zar Alejandro I de Rusia, creyeron que tenían de nuevo posibilidades de pasar a la ofensiva y sorprender al ejército de Napoleón, expulsándolo definitivamente de tierras centroeuropeas. Pero subestimaron la habilidad estratégica y táctica de Bonaparte.

«Napoleón —indica el capitán Dale Dye— había perseguido a los aliados todo lo posible pero cuidándose de no ser rodeado y aislado de sus líneas de suministro. Por eso dio la orden de detenerse al este de Brno y prepararse para la batalla. Los habitantes de esta pequeña ciudad temieron perder todo lo que poseían en un choque masivo de los dos ejércitos. Así que enviaron a un contingente de mujeres a solicitar una audiencia con Napoleón para rogarle piedad. Le llevaron regalos, leche y alimentos, pero Napoleón sólo tenía hambre

de batalla».

El 24 de noviembre de 1805, el zar Alejandro convocó un consejo de guerra con el emperador Francisco y el general Kutúzov. Se propusieron tres planes. El primero consistía en mantener su posición en Olmutz y esperar a que llegaran los refuerzos austríacos procedentes de Italia. El segundo, retirarse hacia el este y que los franceses saliesen a seguirles. La opción final era atacar a un aparentemente débil Napoleón.

El general Kutúzov informó de que los suministros se estaban terminando y que, si se quedaban, se morirían de hambre. Retirarse significaría encontrar nuevos suministros. Los franceses, al perseguirles, se encontrarían con una campiña totalmente vacía y se quedarían clavados, víctimas del frío mortífero de la Europa oriental en pleno invierno. Ésa era la mejor opción, pero Kutúzov no estaba al mando.

«El problema de Kutúzov era que tenía que dar respuestas al zar de Rusia y él se consideraba un gran dirigente. Alejandro y Kutúzov no estaban de acuerdo, pero no cabía duda de quién ganaría ante criterios dispares», sostiene Markham. El zar Alejandro quería atacar. Quería la gloria. Ellos eran superiores en número a Napoleón. Era su oportunidad de alcanzar la fama. El emperador Francisco era más cauteloso y, en esta misma línea, estaba el general Kutúzov. Finalmente se impuso el criterio del zar apoyado por gran parte de los estados mayores de ambos ejércitos.

El plan aliado era desviar a las tropas francesas hacia la derecha y dirigirlas hacia el río Danubio. Los aliados desplegarían la mayoría de sus tropas en cuatro columnas que atacarían el flanco derecho de los franceses, con una reserva al mando del general Piotr Bagratión. Sin embargo, esta desorganizada coalición no pudo ejecutar su estrategia hasta cuatro días después de la reunión de sus jefes. Esto dio a Napoleón tiempo suficiente para reunir sus refuerzos y llevar a cabo su propio plan. «Se dedicó a poner en marcha una serie de lo que llamaríamos operaciones psicológicas para incitar a los aliados a que le atacaran, que era lo que Napoleón necesitaba», explica Matthew Delamater.

Lo cierto era que las líneas de comunicación de Napoleón eran extremadamente largas y exigían fuerte protección para mantenerlas. Napoleón sabía que era necesario forzar a los aliados a luchar. Buscaba un enfrentamiento rápido y concluyente que acabara definitivamente con la amenaza austrorusa,

antes de que su situación empeorase. Afortunadamente para él, el zar ruso estaba ansioso por entrar en batalla.

Días antes de la contienda, Napoleón simuló hábilmente que su ejército no estaba preparado para la batalla, que se encontraba en un estado de debilidad y que deseaba la paz. Además, debilitó expresamente su ala derecha. Según recuerda Dana Lombardy, «una de las cosas que nunca debe hacerse en la ciencia militar es renunciar voluntariamente a una posición de fuerza. Sin embargo, eso era exactamente lo que iba a hacer Napoleón. Abandonó la posición de la zona de Austerlitz dominada por la meseta de Pratzen para demostrar que era vulnerable». Los aliados picaron el anzuelo y avanzaron hasta los altos de Pratzen, tal y como Napoleón había inducido.

Secretamente, Napoleón había llamado al Cuerpo de Ejército del mariscal Davout, que estaba en Viena. Él estaba decidido a plantear esta batalla en sus términos. Había calculado la distancia y la velocidad de sus refuerzos y éstos llegarían exactamente cuando los necesitase para cambiar la situación a su voluntad en el transcurso de la hipotética batalla. «Sin duda conocía los puntos fuertes de su ejército y los del enemigo. Se tomó tiempo para reconocer el terreno en el que se iba a luchar. Y llegó a penetrar la estructura psicológica de sus adversarios», asegura el escritor Scott Bowden.

Los rusos, llegado el momento, enviaron un emisario a Napoleón. «Este embajador, un joven muy seguro de sí mismo, le habló a Bonaparte sobre la política de Europa, de lo terrible que era y de la Revolución francesa. Napoleón no podía creérselo, pero mantuvo la calma. El joven regresó e informó que Napoleón estaba abatido, que no tenía fe en su ejército y que estaba fuera de sí. "Podemos aplastar a Napoleón con tan sólo proponérnoslo", aseguró», cuenta J. David Markham. Y es que la batalla de Austerlitz no sólo sería un choque de ejércitos, sino que sería un choque de culturas.

LOS DIFERENTES EJÉRCITOS

Matthew Delamater es concluyente en este sentido: «Estos ejércitos realmente representaban a las sociedades de donde provenían. La sociedad rusa era una de las más crueles y jerarquizadas del planeta. Los oficiales eran reclutados en los

círculos aristocráticos, mientras los soldados eran siervos, prácticamente esclavos. Además, muchos oficiales de bajo nivel estaban pobremente entrenados y tenían dificultad en dirigir a sus hombres, especialmente en maniobras complejas. Los rusos eran famosos por su férrea defensa, tremendamente impasibles. De ellos decía Napoleón que no era suficiente matar a un soldado ruso, que también había que rematarlo». Su punto fuerte era la artillería de primera calidad, manejada por hombres que por lo regular luchaban con valentía y ahínco para evitar que estas armas cayeran en manos enemigas.

«El ejército austríaco —según Markham— estaba organizado de tal manera que dependía enormemente de la comunicación entre distintas unidades y de un comandante central, que podría estar demasiado lejos en la retaguardia o en un flanco. Era muy difícil hacer maniobrar a aquel ejército, y para ganar a Napoleón era imprescindible ser capaz de hacerlo y, además, con rapidez». Disponía de una considerable fuerza de caballería, sobre el papel la más poderosa de Europa, pero la falta de calidad en los niveles superiores de mando y la imposibilidad de agrupar los regimientos en grandes masas operativas, como las que mandaba Murat en el ejército napoleónico, impedían su aprovechamiento.

Una ventaja táctica para el ejército galo era que podía confiar en sus *voltigeurs*, tiradores capaces de combatir individualmente, que se desplegaban más o menos dispersos formando una pantalla de francotiradores por delante de las formaciones cerradas de la línea de batalla. «Si dispones de soldados que son patriotas, en los que puedes confiar, posiblemente van a hacer muy bien su trabajo porque tienen mucha iniciativa. Pero si por el contrario, tienes un ejército aristocrático, los oficiales no confían en los hombres para que salgan solos y luchen. En eso los franceses los aventajaban claramente», sostiene Matthew Delamater.

El ejército revolucionario francés se convirtió, según Víctor Hanson, en un modelo para la sociedad. Era un ejército meritocrático, incluyente e igualitario. «Por eso, al menos en su fase inicial, fue tan innovador y eficaz».

El 1 de diciembre, ambos bandos ocuparon sus posiciones. La fría noche antes de la batalla era la víspera del primer aniversario de la coronación de Napoleón como emperador de Francia. Entonces, según explica Scott Bowden, «uno de los granaderos tomó una antorcha, para ser su escolta, para mostrarle el camino. Después otro hizo lo mismo, y otro más… y varios grupos, hasta que

hubo miles de estas antorchas iluminadas. Entonces, el emperador se abrió paso entre las líneas, a los gritos de “¡Viva el emperador!”. Todo el ejército rodeó a su adorado general. Lo increíble de esta escena es lo mal que los aliados la interpretaron. Vieron las antorchas y oyeron los gritos, pero creyeron que significaba que el ejército francés estaba de retirada». Parece ser que el ayudante de campo del zar, el príncipe Dolgorouki, pensó que los franceses quemaban su campamento antes de abandonar su posición y retirarse de la batalla del día siguiente.

Napoleón se sintió realmente conmovido por esta espontánea sorpresa y no dudó en clasificarla «La gran noche de mi vida». En veinticuatro horas, la «batalla de los tres emperadores» habría terminado y un imperio sería destruido. «En el primer aniversario de su coronación, Napoleón lanzó su más atrevido plan para atacar a dos de los imperios más antiguos de Europa y darles una lección de lo que sería la guerra moderna», afirma el capitán Dale Dye.

UNA OBRA MAESTRA DEL ENGAÑO

El 2 de diciembre de 1805, ambos ejércitos se despertaron en medio de una intensa niebla que cubría el campo de batalla. Napoleón había previsto que podría cubrir sus tropas y favorecer su táctica, basada en la sorpresa. Tenía buen ojo para el terreno y, tras un estudio meticuloso de las condiciones, eligió personalmente el lugar donde iba a poner en práctica su plan de batalla más atrevido y arriesgado. No sólo intentaría controlar las acciones de sus propios hombres, sino también las de sus oponentes.

La batalla de Austerlitz se extendió a lo largo de doce kilómetros, a través de varios pueblos, arroyos, colinas… Napoleón desplegó su ejército en tres zonas. En el norte, la colina de Santón, de 210 metros de altura, la defendería el V Cuerpo de Ejército dirigido por el mariscal Lannes, con el Primer Cuerpo del mariscal Bernadotte a su retaguardia, en reserva. En el centro del dispositivo francés se había situado el Cuerpo de Ejército de Soult, compuesto por las divisiones Vandamme y Saint-Hilaire, listo para lanzarse al asalto de la meseta de Pratzen, ocupada por el grueso del ejército aliado. Pratzen era una pequeña elevación de unos cuarenta metros de altura, pero constituía la posición

dominante de todo el campo de batalla según había comprobado Napoleón en su estudio del terreno. Al sur, la derecha de la línea francesa estaba compuesta por una sola división, la del general Legrand, y la caballería de Margaron, menos de diez mil hombres en total, aunque el III Cuerpo de Davout acudía en su refuerzo a marchas forzadas. Detrás de Soult, lista para intervenir donde fuera necesario, estaba el Cuerpo de Caballería de Reserva de Murat, con más de seis mil caballos. Y detrás, como la acostumbrada reserva general, se encontraban la infantería y la caballería de la Guardia Imperial al mando del mariscal Bessiéres, reforzada con una división de granaderos mandada por Oudinot, formada con las compañías de élite de distintos regimientos de infantería. En total, unos sesenta mil infantes y casi doce mil a caballo. Hay que destacar que la «débil» ala derecha del dispositivo, que aparte de su exiguo número estaba desplegada en un amplio terreno entre los pueblos de Kobelnitz, Sokolnitz y Telnitz, era en realidad un señuelo para atraer a los aliados a la trampa de Napoleón.

La confusión y la desorganización continuaron creando problemas a los aliados. La densa niebla de esa mañana se unió al caos cuando las tropas trataban de llegar a sus posiciones. Frente a los franceses, el zar Alejandro contaba con la Guardia Imperial rusa como reserva y, en primera línea, unidades de caballería e infantería. Contabilizaba cerca de noventa mil hombres. Su intención era destruir el ala derecha de la formación del ejército napoleónico con un potente ataque y así cortar las comunicaciones francesas con Viena. Desde su puesto de mando en la meseta de Pratzen, el zar Alejandro, ansioso de la victoria, ordenó al grueso del ejército avanzar hacia el sur, descendiendo de las alturas para rematar al ala derecha francesa y efectuar su corte del resto del ejército napoleónico. Habían picado el anzuelo.

A las seis de la mañana, un contingente austríaco de cinco mil hombres atacó la aldea de Telnitz. Mientras avanzaban a través de la niebla, los franceses abrieron fuego con sus fusiles. «Tenían algunos edificios sólidos donde pudieron poner en práctica su elaborado esquema de defensa localizada. Así, colocaron las mejores unidades en una iglesia. Cubrieron las entradas a los pueblos con soldados expertos en escaramuzas. Permitieron a fuerzas enemigas entrar en Telnitz y, a continuación, contraatacaron y los atraparon infligiéndoles numerosas víctimas», explica Scott Bowden.

Después de una hora, los franceses habían forzado la salida de los austríacos.

Aunque eran inferiores en número, los galos mantuvieron el terreno eliminando a los austríacos con gran precisión. Entonces, catorce escuadrones de la caballería aliada atravesaron el pueblo. Los soldados napoleónicos retrocedieron. De nuevo los aliados enviaron la noticia del triunfo a los emperadores: el plan contra Napoleón había funcionado.

«Algunos habitantes de Telnitz y Sokolnitz no pudieron escapar antes de la batalla y de repente se vieron en medio de una confrontación donde podían morir por una bala de cañón. Los soldados cargaban contra sus casas y sus hogares se llenaron de muertos y heridos. Fue una situación espantosa, horrible», describe Dana Lombardy.

La confusión reinaba en las filas aliadas. Todo se había precipitado, todavía se estaban elaborando los mapas y traduciendo las instrucciones. Las divisiones austríacas llegaron lentamente a Sokolnitz. Pero hubo un momento en el que parecía que los aliados se estaban imponiendo.

Desde su puesto de mando, en la colina Zuran, a unos 260 metros de altura, Napoleón observaba atentamente los movimientos aliados y sus avances. Les tenía reservada una sorpresa. «El ala derecha de Napoleón se reforzó gracias a la heroica marcha de los miembros del III Cuerpo. Lo que ocurrió fue que, para reforzar su ala derecha, Napoleón ordenó al III Cuerpo del general Davout forzar la marcha desde Viena para unirse al general Legrand, que mantenía en el extremo sur de la línea francesa una encarnizada defensa. La fuerza de Davout ejecutó una de las más duras y asombrosas marchas forzadas en la historia militar: recorrió unos ciento veinte kilómetros en menos de cuarenta y ocho horas. Llegaron al campo de batalla totalmente agotados; habían perdido a más de la mitad de los hombres que todavía trataban de llegar allí», cuenta Matthew Delamater. La llegada de los soldados de Davout seria crucial a la hora de determinar el triunfo del plan francés.

Hasta ese momento, el enemigo de Napoleón estaba comportándose como si estuviera realizando maniobras siguiendo sus órdenes: él había querido que el enemigo atacase su débil ala derecha y lo hicieron. Gracias a la marcha forzada, ahora tenía suficientes tropas para la defensa y para llevar a cabo su propio plan de ataque en Pratzen.

En opinión de Scott Bowden, «él sabía que los hombres querían algo más que una simple victoria. Así, su plan de batalla era darles un triunfo

extraordinario. Iba a dejar que el enemigo se echara encima y, cuando lo hiciera, se abriría y contraatacaría. Provocaría que el ejército aliado se dividiera en dos y, entonces, lo destruiría por completo».

Napoleón observaba desde su puesto de mando a la espera de poner en marcha su trampa en el momento exacto. El contingente de Soult, con las divisiones Saint-Hilaire y Vandamme, unos 17 000 hombres en total, se encontraba oculto por la niebla en la parte baja del valle que bordeaba la meseta de Pratzen, fuera de la vista de los rusos y listo para atacar.

Hasta ese momento la batalla había sido una obra maestra del engaño. Entonces Napoleón ordenó a sus tropas que avanzasen entre la niebla matinal y que fueran directos hacia los dos emperadores enemigos, a la meseta de Pratzen. «Esperó el momento justo para lanzar un violento ataque al núcleo del ejército enemigo. Era un plan brillante, magníficamente ejecutado», dice Matthew Delamater. «Un ataque rápido y la guerra habrá terminado», fueron las palabras del propio Napoleón.

LO QUE SE RECORDARÁ SIEMPRE

Los soldados napoleónicos empezaron a avanzar por el valle y a subir la meseta de Pratzen; justo en ese momento, «el famoso sol de Austerlitz empezó a despejar la niebla. Los aliados vieron con asombro un gigantesco contingente francés que se abalanzaba sobre ellos», indica Markham. El brillante sol de Austerlitz calentaría a Napoleón con sus favores en los siguientes diez años.

Mientras tanto, el zar Alejandro, el general Kutúzov y el emperador Francisco II observaban con horror cómo las divisiones francesas aparecían como fantasmas surgidos de la niebla. Napoleón declaró:

«Esperan todavía derrotarme. Pongamos fin a esta campaña con un trueno que ensordecerá al enemigo». A las nueve y media, los franceses ascendieron la colina. El fuego de cañón a 180 metros de los aliados había destrozado el núcleo del despliegue enemigo. A las diez, los galos habían vuelto a ocupar todos los puntos fuertes de los aliados.

La última esperanza de la victoria de la Tercera Coalición era enviar a sus tropas de élite: la reserva de la Guardia Imperial rusa. A la una, tres mil

veteranos rusos de infantería de la Guardia se lanzaron en una enorme carga y arrasaron la línea frontal francesa con un ataque violento a la bayoneta.

La típica bayoneta de la época de Napoleón, llamada bayoneta de cubo, consistía en un cilindro hueco que se acoplaba al extremo del cañón del mosquete, y que llevaba soldada una hoja triangular de acero de unos 38 centímetros de largo. «Si bien la carga de bayoneta era una orgullosa tradición, hacía falta ser un soldado muy disciplinado y con mucha preparación militar para enfrentarse a una línea de mosquetones armados con bayoneta. De hecho, la carga de bayoneta era más eficaz cuando se utilizaba contra un enemigo que ya se había abatido. Sin duda, cuando dos soldados se enfrentaban con sus bayonetas en el campo de batalla, todos los movimientos teóricos aprendidos y el movimiento de pies se esfumaba. Se trataba de apuñalar, clavar, pinchar, aplastar, abrir, destripar… de cualquier cosa que te mantuviera vivo durante los siguientes treinta segundos», cuenta el capitán Dale Dye.

Una carga de la caballería rusa explotó este avance, mientras los franceses retrocedían en Pratzen. Napoleón inmediatamente envió a sus *enfurtís chéris* (niños mimados), al regimiento de *Chasseurs á Cheval de la Garde* (cazadores a caballo de la Guardia) que constituía su escolta personal e incluía una compañía de sesenta y cinco mamelucos, así como al aún más potente regimiento de granaderos a caballo de la Guardia. «Los mamelucos eran casi un recuerdo de la famosa expedición de Napoleón a Egipto. Eran conocidos, sobre todo, por su famosa arma, una espada curva conocida como cimitarra», indica Matt Delamater. «Eran los guerreros más despiadados y eficaces combatientes a caballo que uno podría imaginar», afirma Scott Bowden.

En realidad, el valor y destreza que demostraron enfrentándose a los franceses en Egipto había admirado a Napoleón y le había llevado a reclutar unos cuantos para su escolta, pero los mamelucos no pasaban de ser un adorno exótico de la suite del emperador. Su exiguo número y sus características de jinetes ligeros les impedía ser un factor de peso en la batalla, aunque batieron a un escuadrón de la Guardia rusa.

Los desesperados contraataques rusos no lograron hacer mella entre los franceses. Los cañones franceses sobre Pratzen y la infantería dispararon a placer sobre las masas desordenadas del ejército aliado. Durante quince minutos, el humo cubrió los ojos de los tres jefes de la coalición ocultando las imágenes de

la contienda. Cuando finalmente se despejó, la caballería de la Guardia había deshecho a los rusos. Napoleón recibió banderas, estandartes y miles de prisioneros, incluido el príncipe Repnin, jefe de escuadrón de los *Chevaliers-gardes*, el regimiento más distinguido de la caballería de la Guardia rusa. El núcleo del ejército aliado estaba materialmente destruido. Ahora los soldados del mariscal Soult se dirigieron al sur para intentar atraer el ala izquierda de los aliados.

«De repente los aliados se encontraron con que los franceses ocupaban el centro del campo de batalla, las alturas de Pratzen, mientras que el ala derecha francesa había avanzado, y entre los dos había cogido en medio a los austríacos. Se trataba de la técnica de martillo que golpea al yunque. El ejército austríaco estaba claramente desconcertado», dice J. David Markham.

A medida que los franceses se acercaban, el combate cuerpo a cuerpo y la lucha con bayonetas comenzaron de nuevo. Los soldados napoleónicos dejaron de tomar prisioneros y aniquilaron a unidades enteras de rusos, a los que después despojaban de su ropa y botas. Los galos siguieron avanzando y bloquearon el camino principal de retirada para los agotados aliados. La salida más rápida del peligro fue a través del estanque Satschau, cuyas aguas estaban cubiertas de una capa de hielo. Napoleón observaba todo desde la capilla de Saint-Antonin; era el principio del caos.

«La retirada de las tropas de Rusia y de Austria sobre el lago congelado es uno de los momentos míticos de propaganda de la batalla. Cuando lees historias francesas de la época, hablan de cinco, seis, siete mil hombres hundiéndose en el hielo. Fue un momento estremecedor», apunta Matt Delamater.

Sobre este punto Scott Bowden asegura que una fuente austríaca contó que, poco después de la batalla, el lago fue drenado y sólo se encontraron dos cuerpos. «Así que, por un lado, tenemos la leyenda del lago donde en las gélidas aguas miles de soldados encuentran la muerte en plena huida. Por otro lado, está el hecho de que sólo se encontraron dos cuerpos. Sin duda, la verdad de lo que sucedió debe estar en un punto intermedio».

A las cinco de la tarde la batalla de Austerlitz había terminado. Quince mil soldados aliados habían caído muertos o heridos. Doce mil fueron hechos prisioneros. Sólo mil trescientos franceses perdieron la vida, con unas bajas totales de siete mil. El zar ruso se retiró del campo de batalla. Alejandro I había

presionado para librar esta batalla. Si hubiese seguido el consejo de Kutúzov, el destino de la Tercera Coalición y de Napoleón podría haber sido muy diferente.

Según Matthew Delamater, «la gran disparidad en el número de bajas es, sin duda, un argumento de peso que demuestra lo brillante del plan de Napoleón. Pero uno de los aspectos que más afectaron al enemigo fue el número de banderas y de cañones que les capturaron». En estos ejércitos aristocráticos, el honor lo era todo. Y para un regimiento su enseña era un símbolo fundamental. Perderla era una auténtica vergüenza. «Lo primero que Napoleón quería saber después de una batalla —añade Delamater— no era el número de bajas, sino el número de banderas y cañones conseguido. Así era como él sabía lo golpeado que había quedado el enemigo».

En Austerlitz, Napoleón capturó 183 piezas de artillería y 45 banderas y estandartes. Aquella tarde, un agotado Bonaparte se retiró a la oficina de correos y esperó allí la rendición aliada. Mientras tanto, en las bodegas, sus soldados celebraban la victoria empapándose de vino. El 4 de diciembre de 1805, el emperador Francisco II pidió la paz. «Hoy se ha celebrado una batalla que no ha salido muy bien», le escribió a su esposa. El armisticio se firmó en el castillo de Austerlitz, base de los emperadores aliados antes de la batalla.

«Austria se vio humillada por su derrota. Tuvieron que renunciar a prácticamente todo el territorio que controlaban en el norte de Italia, y la totalidad del territorio que controlaban en el sur de Alemania. El antiguo Sacro Imperio Romano se abolió. Los rusos no tenían mucho que entregar pero sufrieron la humillación de verse obligados a retirarse», concluye Markham. Además de las concesiones territoriales, los austríacos fueron obligados a pagar una indemnización de guerra de cuarenta millones de francos. El tratado de Presburgo, firmado el 26 de diciembre de 1805 en esa ciudad, actualmente Bratislava, puso fin definitivamente a la confrontación.

Para el capitán Dale Dye no hay duda: la causa de que Francia ganara la batalla fue Napoleón. «Hay un viejo refrán que dice que ningún plan sobrevive en contacto con el enemigo. Esto es exactamente lo contrario. No sólo su plan le dio resultado, sino que, para la coalición, le salió a la perfección».

Napoleón luchó y ganó más batallas bajo condiciones climatológicas adversas que cualquier otro comandante de la historia. «Desde la nieve de la Europa central, a las arenas de Egipto, se lidiaron muchas batallas políticamente

mucho más importantes que la de Austerlitz, pero, sin duda, ninguna militarmente mejor que ésta», defiende Bowden Scott.

Napoleón había conquistado Austria y recuperó Italia. Su plan de batalla de Austerlitz elevó su leyenda a nuevas alturas. Nunca fue más admirado o más temido. «Napoleón había arriesgado todo y, sin embargo, logró su mayor victoria. Éste sería el punto de inflexión decisivo de una carrera militar desigual», asegura Dale Dye.

Después de Austerlitz, la preocupación de Prusia ante la creciente influencia francesa en Europa central en 1806 desencadenó la guerra de la Cuarta Coalición. Napoleón conquistó el reino de Nápoles y nombró rey a su hermano mayor, José. Después, devolvió el régimen de las antiguas Provincias Unidas y fundó en su lugar el reino de Holanda, al frente del cual situó a su hermano Luis. Además, estableció la Confederación del Rin, que agrupaba a la mayoría de los estados alemanes y quedó bajo su protección.

En 1807, catorce años después de su primer éxito en Toulon en 1793, Napoleón había creado el mayor imperio que Europa había visto desde la antigua Roma. Sólo tenía treinta y ocho años de edad. Desde el sitio de Toulon a la batalla de Waterloo, veintidós años más tarde, luchó en más batallas que Alejandro Magno y Julio César juntos.

Hoy, el campo de batalla se encuentra situado en la República Checa; Austerlitz es conocido con el nombre de Slavkov. En las colinas de Prazten, se erige un campanario de doscientos metros que indica el lugar donde miles de valientes perdieron la vida: el Monumento a la Paz. Fue realizado entre 1910 y 1912 y en su cima hay un globo terrestre con una cruz, como símbolo de la redención. La localidad de Slavkov se engalana cada año para celebrar el aniversario de Austerlitz y miles de aficionados y curiosos se reúnen para ver recreaciones de la batalla.

15

BAILEN

Fecha: 19 de julio de 1808.

Fuerzas en liza: El ejército francés contra el español.

Personajes protagonistas: El general de división Pierre-Antoine Dupont, general en jefe del Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda; el teniente general Francisco Javier Castaños, general en jefe del ejército de Andalucía; el mariscal de campo Reding, general en jefe de la 1.ª División y el marqués de Coupigny, general en jefe de la 2.ª División.

Momentos clave: La batalla del Puente de Alcolea y el combate de Mengíbar.

Nuevas tácticas militares: Los guerrilleros —que fueron un factor fundamental en la resistencia española frente a Napoleón— ejercieron por primera vez una influencia importante en los acontecimientos, pues la amenaza de cortar la línea de suministros francesa determinó los movimientos estratégicos de Vedel.

Martes, 19 de julio de 1808: el invencible ejército de Napoleón sufre su primera derrota aplastante, con la rendición de un Cuerpo de Ejército entero. En diez horas, los hombres de Francisco Javier Castaños vencieron al general francés Dupont. La batalla, que tuvo lugar en campo abierto, en la localidad jienense de Bailen, fue un hecho decisivo en la historia de España: marcó el desarrollo de la guerra de la Independencia, de la Junta Central y de las Cortes de Cádiz. Además, el hecho actuó como catalizador del moderno sentimiento nacional español tras el espontáneo levantamiento de un pueblo que se alzó en armas junto a su escaso ejército contra la invasión francesa. Pero también tuvo su repercusión más allá de nuestras fronteras. El Imperio francés extendido por toda Europa había tenido su primer tropiezo y comenzó a ponerse en duda su aparente imbatibilidad. La formación de la Quinta Coalición contra Napoleón en 1809 fue una de sus consecuencias.

Frente a un Napoleón en pleno proceso de expansión y la fortaleza política y militar del Primer Imperio francés, la débil monarquía de Carlos IV acabó por

derivar en una confrontación entre España y sus antiguos enemigos Reino Unido y Portugal, ahora como aliados, contra Francia. El conflicto —enmarcado dentro de las guerras napoleónicas— se desencadenó por la ocupación del suelo español por el hasta entonces aliado ejército francés y la imposición de un rey intruso, José I, hermano de Napoleón. La oposición armada a la pretensión del emperador francés y a su ambición expansionista tendría su primera victoria importante en los campos andaluces.

La participación del pueblo de Bailen, que entonces contaba con unos mil habitantes, suministrando agua y víveres a los soldados españoles y desarrollando además labores de intendencia fue fundamental y, tal y como afirma el cronista oficial de la localidad, Juan Soriano Izquierdo, la batalla «se convirtió en un hito del siglo XIX sobre la unidad de todos a la hora de defender el propio territorio, hasta el punto que en la Guerra Civil española, muchos años después, ambos bandos hacen referencia a esta exaltación del orgullo nacional iniciado en Bailen para animar a sus soldados».

De hecho, para muchos historiadores el año 1808 fue uno de los más revolucionarios de la historia de España, un año en el que se afianza la nación española porque se inicia una etapa de unidad, patriotismo y liberalismo. En este sentido se manifiesta el periodista Andrés Cárdenas, autor de la novela histórica *El cántaro roto. Bailen 1808*, para quien «1808 es seguramente el año más trascendental de la historia de España porque representa el final de una época agonizante y el inicio de la contemporaneidad». Y en estos cambios políticos, sociales, económicos y militares la batalla de Bailen tuvo parte de protagonismo en esta revolución.

PROCESO EXPANSIONISTA DE NAPOLEÓN

Cuando la Revolución francesa estalló en 1789, España, aliada desde hacía un siglo no con Francia, sino con la monarquía francesa por un pacto de familia entre las dos ramas borbónicas, siguió la reacción de las restantes monarquías europeas, hostiles al nuevo poder.

Así, el 7 de marzo de 1793, tras la decapitación del rey Luis XVI —primo del monarca español— dos meses antes, España declaró la guerra a la República

Francesa. Este primer enfrentamiento concluyó con la Paz de Basilea firmada entre ambos países en 1795, y que dio como resultado la devolución por parte de Francia de los territorios invadidos en Cataluña y en el País Vasco, a cambio de la cesión de la parte oriental de la isla de Santo Domingo. Por esta firma el entonces secretario de Estado, favorito de Carlos IV y artífice de los vínculos francoespañoles, Manuel Godoy recibiría el título de «Príncipe de la Paz».

A partir de ese momento, Godoy cambió su actitud beligerante con Francia e inició una etapa de colaboración, resultado de la firma del tratado de San Ildefonso en 1796. España hipotecó su política exterior en beneficio de Napoleón y estuvo en permanente enfrentamiento con Inglaterra, con la que mantuvo dos guerras: en 1797 y en 1804. El 21 de octubre de 1805 la armada francoespañola, al mando del almirante francés Villeneuve, sufrió la derrota de Trafalgar (véase el capítulo 13), lo cual supuso el fin del poder español en los mares y de los planes de Napoleón de invadir Inglaterra.

A partir de esa derrota, Fernando, príncipe de Asturias, comenzó a aglutinar a las personas descontentas con la política de Godoy, entre las que se encontraba el preceptor del príncipe, Juan Escóiquiz, que se puso a la cabeza del partido fernandino y desarrolló una campaña clandestina de propaganda política para desacreditar a Godoy y a los reyes.

En 1807 se firmó el tratado de Fontainebleau, por el que se autorizaba a las tropas francesas a atravesar España con el pretexto de atacar Portugal, tradicional aliada de Inglaterra. Portugal debía ser repartido entre los aliados y Godoy se reservaba la parte meridional del país con el título de rey de los Algarves, cubriéndose las espaldas ante un previsible negro futuro con Fernando como sucesor de Carlos IV. La invasión de Portugal debía de ser llevada a cabo por tropas españolas y francesas. Así, el 18 de octubre de 1807 entraban en la Península los primeros soldados al mando del general Junot. Junto con fuerzas españolas, llegaron a Lisboa el 30 de noviembre, obligando a la familia real portuguesa a exiliarse a Brasil.

«Sin embargo, el tratado de Fontainebleau no fue sino la excusa para los designios de Napoleón respecto a España; invasión legal, lenta y sin resistencia de la Península, pues el 22 de diciembre de 1807, sin contar para nada con el Gobierno de Madrid, pasó la frontera el Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando del general Dupont, que estableció, en un primer momento,

su cuartel general en Vitoria», explica Juan Soriano, cronista oficial de la ciudad de Bailen.

A partir de ese momento, y hasta marzo de 1808, más y más soldados franceses fueron entrando en territorio español, «haciéndose dueños de todas las plazas fuertes fronterizas del norte peninsular: Burgos, Salamanca, Pamplona, San Sebastián, Barcelona o Figueras y controlando no sólo las comunicaciones con Portugal, sino también con Madrid», señala Soriano.

El general Dupont —protagonista de Bailen— hizo su entrada en la Península el 22 de diciembre de 1807, al mando de 24 428 franceses, y estableció en Vitoria su cuartel general. Después se trasladó a Burgos y de allí a Valladolid, para abrir paso a los treinta mil hombres del general Moncey, que llegaron el 9 de enero de 1808. En el mes de marzo ambos generales recibieron orden de avanzar sobre Madrid.

El entusiasmo inicial por la alianza con Francia se fue convirtiendo en temor e inquietud cuando los españoles comprobaron que los cien mil soldados galos que ya se habían instalado en España sólo estaban interesados en defender los intereses de Napoleón. Alarmado Godoy por la presencia de tantas tropas dispuso, el 15 de marzo de 1808, que la corte y la familia real se trasladasen de El Escorial a Aranjuez para, en caso de necesidad, seguir camino hacia Sevilla y embarcarse para México. Entonces, se corrió la voz entre el pueblo de que Godoy había vendido el país a Napoleón para impedir que Fernando ocupara el trono. El rumor dio lugar al famoso motín de Aranjuez.

El 19 de marzo, Godoy fue detenido en su palacio y trasladado hasta el cuartel de Guardias de Corps, ya que le culpabilizaban de la penosa situación económica y política que atravesaba España. Para evitar males mayores, Carlos IV abdicó en su hijo Fernando VII, quien no fue reconocido por el procónsul francés en España, el cuñado de Napoleón, Joaquín Murat, gran duque de Berg.

Así que las cosas fueron empeorando hasta que, el 10 de abril, el nuevo rey junto con sus padres abandonaron la corte de Madrid camino de Bayona para —cada uno por su lado— entrevistarse con el emperador. «En Madrid —cuenta Juan Soriano Izquierdo— quedó una Junta de Gobierno como representante del rey Fernando VII, aunque el poder efectivo era de Murat, el cual redujo la Junta a un mero títere en sus manos». Una de las primeras medidas del francés fue liberar a Godoy, quien también se dirigió a Francia para hablar con Napoleón.

Femando se presentó en Bayona el 20 de abril, Godoy llegó el 26 y los reyes el 30.

El 2 de mayo tuvo lugar el famoso levantamiento del pueblo de Madrid, cada vez más opuesto a los franceses. La protesta popular surgió de forma espontánea ante la situación de incertidumbre política tras el motín de Aranjuez y al ver que los dos infantes que quedaban en la ciudad —María Luisa, reina de Etruria, y Francisco de Paula— abandonaban la ciudad. «Informado Murat de la actitud enardecida del pueblo y resuelto a sofocar la revuelta envió el batallón de granaderos de la Guardia Imperial al palacio, acompañado de artillería que, sin previo aviso, abrió fuego contra el pueblo indefenso», indica Soriano.

Las crueles represalias de Murat quedaron inmortalizadas, años después, en las obras de Goya, entonces pintor oficial de la corte, *La carga de los mamelucos* y *Los fusilamientos del tres de mayo* o *Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío*. Como homenaje a los acontecimientos protagonizados por los madrileños ese 2 de mayo, la fecha pasó a ser el día de la Comunidad de Madrid.

Reprimida la protesta por las fuerzas napoleónicas presentes en la ciudad, se extendió por todo el país una ola de proclamas de indignación y llamamientos públicos a la insurrección armada contra los franceses que fue inflamando los ánimos de los españoles contra las tropas invasoras. Había comenzado la guerra de la Independencia.

Mientras, en Francia, se producían el 5 de mayo las abdicaciones de Bayona, que dejaron el trono de España al hermano del emperador, José Bonaparte, hasta entonces rey de Nápoles. Según cuenta la historia, ese día Napoleón gritó a Fernando: «¡Príncipe, aquí se opta por la abdicación o la muerte!». Así que, primero, Fernando devolvió la corona a su padre Carlos IV, quien el día anterior ya había renunciado —sin saberlo su hijo— a sus derechos al trono a favor de Napoleón y a cambio del palacio de Compiègne, el castillo de Chambord y una renta vitalicia, que no recibiría nunca.

Godoy y los reyes Carlos y María Luisa iniciaron su destierro en tierras italianas, donde llegaron cuatro años después, tiempo que vivieron a Marsella. Fernando queda retenido en Valencay desde el 16 de mayo de 1808. Los Borbones ya no estaban en España y Napoleón nombró a su hermano José rey y éste ofreció la jefatura del Gobierno a Urquijo.

EL LEVANTAMIENTO DEL PUEBLO ESPAÑOL

En toda España, contra la invasión napoleónica, se forman juntas provinciales que se organizaron en una Junta Central el 25 de septiembre de 1808. Excepto Asturias y Galicia, todo el norte peninsular estaba bajo dominio francés. «En cada provincia se constituyeron juntas provinciales alzadas contra un Gobierno ilegítimo y con el objeto de recuperar la legalidad fundamental, rota tras las abdicaciones de Bayona, a las que se unieron representantes de todos los estamentos y clases sociales: nobles, absolutistas e ilustrados, intelectuales, universitarios, burgueses, autoridades municipales y provinciales, militares, clero y clases populares, estas últimas de manera muy importante», señala Soriano.

Estas juntas se constituyeron como organismos independientes y asumieron en su territorio toda la autoridad, «encauzaron la indignación popular —continúa el cronista de Bailen— y la transformaron en fuerza armada. La población elegía a sus miembros por aclamación entre las personas más destacadas por su posición o su rango intelectual. Tenían su administración propia, promulgaban leyes y hacían efectivos tributos y contribuciones, llegando a enviar delegados a las potencias extranjeras».

En opinión de este experto, la extensión y número de las juntas provinciales se convirtió enseguida en un obstáculo insuperable para la metódica y concertada estrategia napoleónica. «La imposibilidad de atender en un solo y único objetivo multiplicó las operaciones y dificultó enormemente los planes napoleónicos de conquista», sostiene.

El 27 de mayo de 1808, Sevilla fue la primera ciudad andaluza que se alzó contra Napoleón, constituyendo su junta provincial y declarándole, formalmente, la guerra el 6 de junio. Pronto contó con la adhesión del general Castaños, teniente general al mando de la comandancia de Gibraltar y al que esta junta nombró capitán general del ejército de Andalucía.

El contingente de tropas se organizó en Carmona, y se trasladó posteriormente a Utrera, quedando sólo en aquella ciudad la vanguardia. Se consiguió reunir un total de 34 366 hombres —casi en su totalidad de cuerpos veteranos a los que se sumaron reclutas de las juntas provinciales de Andalucía —, 2660 caballos y 28 piezas de artillería. Además, se contaba con 26 255 hombres en la reserva, todos bajo el mando del general Castaños.

Hay que tener en cuenta que en 1808 España estaba prácticamente desguarnecida de fuerzas militares con capacidad operativa efectiva. De acuerdo con las obligaciones del tratado de San Ildefonso, lo mejor del ejército español, incluidos prácticamente todos los caballos buenos, había sido enviado al Báltico para luchar junto a los franceses contra los suecos. De lo poco que quedó en España, lo mejor tuvo que ser enviado a la conquista de Portugal, otra vez junto a los aliados napoleónicos. Aunque sobre el papel los historiadores encuentren citados muchos regimientos regulares, la mayoría estaban en cuadro. La facilidad con que las juntas levantaban ejércitos numerosos se debía al entusiasmo popular, que llenaba de voluntarios cualquier banderín de enganche, pero eran gente que no tenía la instrucción y disciplina indispensables para desarrollar las tácticas de la época, y una vez pasado el espejismo de Bailen, los contingentes españoles nunca fueron enemigo para fuerzas bien organizadas como las napoleónicas. Cada batalla campal se saldaba con una desbandada —no retirada— de los reclutas españoles, que desertaban y se iban a las guerrillas.

Enfrente, el ejército francés de ocupación estaba constituido en buena parte por soldados bisoños, reclutados apresuradamente y apenas instruidos, «porque la idea de Napoleón no era conquistar España a la fuerza, sino políticamente. Así, las fuerzas que había enviado a nuestro suelo no estaban destinadas, en principio, a combatir, sino a respaldar por el mero efecto de su presencia la operación política que había planeado, por lo que mandó a sus mejores hombres a los territorios de Europa central, que consideraba de mayor importancia para la seguridad de su imperio», explica Juan Soriano. Y es que Napoleón no había previsto el levantamiento en masa del pueblo español. Sin embargo, también existían algunas unidades veteranas, representantes de todas las cualidades del soldado napoleónico, que formaban el armazón que sostenía al ejército ocupante. Entre las fuerzas de Dupont en concreto respondía a esta categoría toda la artillería, la caballería —aunque estuviese formada por regimientos provisionales—, un regimiento profesional de suizos, la Guardia de París y, por encima de todos, los marinos de la Guardia, *creme de la creme* del ejército francés.

Tras los sucesos del 2 de mayo, Dupont se dirigió hacia Andalucía para llegar a Cádiz y asegurarse este puerto de vital importancia en la lucha contra Gran Bretaña y liberar a la escuadra del almirante Rosily, fondeada en la ciudad

desde la derrota de Trafalgar (véase el capítulo 13) y bloqueada por una escuadra inglesa.

Dupont avanzó hacia el sur sin encontrar apenas resistencia. Tras días de marcha el ejército llegó, el 7 de junio de 1808, a la pequeña localidad cordobesa de Alcolea. Allí estaban acampadas varias milicias locales y algunos hombres uniformados miembros del ejército de Andalucía. En total habría unos tres mil soldados españoles, algunos paisanos, así como doce cañones, mandados por el coronel Pedro Agustín de Echevarri. Con el fin de retrasar el avance francés se produjo un enfrentamiento a las afueras de la localidad, cerca del puente. Aunque rechazados en una primera instancia por parte de las fuerzas españolas, la superioridad numérica y material de los franceses hizo que el ejército español se replegara.

Durante estas semanas, paralelamente, se produjeron otros pequeños enfrentamientos, que al principio resultaron desfavorables a las tropas francesas, como el de Bruch (6 de junio) y el de Valencia (28 de junio). Pero la derrota española en Medina de Río Seco, el 14 de julio de 1808, le permitió al ambicioso ejército de Napoleón consolidar su posición en España, y que se asentara en Madrid José I como rey de España.

LOS DOS EJÉRCITOS DIVIDEN SUS FUERZAS

El general Dupont, tras su victoria en la batalla del puente de Alcolea y tras tomar y saquear Córdoba, se enteró de que el general Castaños estaba organizando un ejército que podía cortarle su comunicación con Madrid, por lo que decidió abandonar Córdoba para establecer su cuartel general en Andújar.

Por su parte, las tropas al mando de Castaños, formadas por doce mil combatientes, se dirigieron desde el cuartel general de Utrera hacia Andújar. El suizo Teodoro Reding, por entonces el gobernador militar de Málaga, fue nombrado capitán general del ejército del reino de Granada, preparando también un contingente de unos diez mil hombres que salió hacia Mengíbar, lo mismo que el marqués de Coupigny, con algo más de ocho mil hombres, que partieron hacia Villanueva. A estas fuerzas se les unirían las tropas de Félix Jones, y la reserva al mando de Manuel de la Peña. El general Castaños desplazó su ejército

de día y de noche, cambiando constantemente de dirección, de manera que las tropas francesas no pudiesen estar seguras de su posición ni de sus intenciones.

El plan de campaña del general Castaños, conocido como «Plan de Porcuna», se basaba en la idea de que se debía cercar a Dupont en Andújar, privarle de socorro, y atacarle de frente, flanco y retaguardia. «Para llevar a cabo este plan debía de cruzarse el Guadalquivir por Villanueva, para cortar las comunicaciones, y por Mengíbar para ocupar Bailen e impedir toda retirada hacia Madrid», cuenta Soriano. «La idea —añade— era sitiar Andújar, pero no la de luchar en Bailen».

Así, inicialmente, la 1.ª División, al mando de Reding, cruzaría por los vados del Rincón y avanzaría inmediatamente sobre Bailen. Después, la 2.ª División, al mando de Coupigny, cruzaría entre Mengíbar y Villanueva. Le seguirían la 3.ª División, al mando de Narciso de Pedro, y la División de Reserva, al mando de La Peña, que tomarían sucesivamente posición protegiéndose mutuamente, según el terreno. Antes que nadie, el destacamento de Valdecañas debía avanzar para interponerse entre Bailen y Guarromán, con la doble misión de colaborar en el ataque a Bailen e impedir le llegada de refuerzos desde Despeñaperros.

Pero este plan inicial le pareció arriesgado al general Castaños e introdujo tantos cambios que acabó por convertirlo en un plan completamente diferente. «Dispuso que en vez de marchar todo el ejército para vadear el río y caer sobre Andújar por su retaguardia, sólo la 1.ª y 2.ª divisiones, la mitad aproximadamente de sus fuerzas, harían el movimiento, al tiempo que el resto de las tropas, agrupadas en las otras dos divisiones, fijarían y distraerían a Dupont por su frente mientras se ejecutaba la maniobra. Al mismo tiempo, los cuerpos volantes, destacamentos de Pedro Valdecañas y Cruz Mourgeon hostigarían al enemigo por su norte y su extremo este, sin entablar acciones serias. Y así se procedió», explica Juan Soriano.

El nuevo plan del general Castaños también era arriesgado, pues al dividirse las fuerzas de los españoles perdía la superioridad numérica frente a un enemigo cuya fuerza y disposición exacta desconocía en el momento de planearlo. Castaños calculó que el cuerpo principal acampado en Andújar era de unos catorce mil franceses, con lo que en Mengíbar, Bailen y La Carolina sólo podía haber destacamentos e «ignoraba las fuerzas que constituían y las posiciones que ocupaban las divisiones Vedel y Gobert, Bailen y Guarromán. En realidad, el 12

de julio Dupont ya tenía unos veinte mil hombres: diez mil a sus órdenes directas, ocho mil con Vedel y Gobert, y unos dos mil en una serie de destacamentos hasta Manzanares. Sólo así se explica la confianza en ocupar Bailen y cubrir la retaguardia con sólo el destacamento de Valdecañas», sostiene el cronista de Bailen.

Mientras, Dupont se vio incapaz de sostenerse en Andújar y resistir el ataque preparado por Castaños, y optó por huir de la ciudad por la noche para evitar ser detectado por las fuerzas españolas. En la madrugada del 19 de julio, en las proximidades de Bailen, se encontró sin esperarlo con las divisiones de Reding y Coupigny, «que fueron las que sostuvieron el grueso del combate en la memorable jornada de Bailen, sin que hubiera de intervenir el resto de las tropas, y siendo la división de La Peña quien hostigó la retaguardia francesa, impidiendo su retroceso», indica Soriano.

PILLADOS POR SORPRESA

La disposición del ejército francés en el momento de la batalla fue crucial para la victoria española. «Sorprendentemente, en lugar de estar reunido en Andújar, donde Dupont esperaba tener el encuentro decisivo con los españoles, parte del ejército francés, bajo su mando directo, se hallaba en Andújar, mientras otra, al mando de Vedel, se alejaba del escenario de la confrontación en dirección a Sierra Morena en la creencia, errónea, de que los españoles se dirigían a cerrarles la retirada en las angosturas serranas, cortando el cordón umbilical con Madrid, circunstancia táctica que los franceses querían evitar a toda costa», afirma Francisco Acosta, profesor de Historia de la Universidad de Jaén.

Los españoles sorprendieron a los franceses, pero la sorpresa no obedeció a una habilidad estratégica, según este experto, sino más bien a circunstancias casuales ajenas a toda planificación. «Por una serie de confusiones, malentendidos e informaciones erróneas y malinterpretadas —señala Acosta—, los franceses dispusieron sus fuerzas para impedir a los españoles el cierre de los pasos de Despeñaperros, estrategia que los españoles no habían planificado, ni habían siquiera planteado como engaño o maniobra de distracción. Es decir, el error de los franceses no fue deliberadamente inducido por los mandos del

ejército español».

Así, para Francisco Acosta fue el azar o un error el protagonista del desenlace, «con independencia de que la estrategia y el plan de ataque diseñado por la plana mayor de Castaños en la villa de Porcuna pudiera ser adecuado y ortodoxo». En una línea parecida opina Juan Soriano Izquierdo: «Los errores del mando francés hicieron posible el éxito de un plan que, de otra manera, estaba condenado al fracaso. La victoria española fue fruto de la casualidad y no de la estrategia», asegura.

La cadena de equívocos y malos entendidos comentó el 16 de julio. Ese día, tras su derrota contra Reding en el combate de Mengíbar, el general francés Dufour recibió informes sobre que el Cuerpo Volante del coronel Valdecañas se encontraba cerca de Linares y amenazaba Despeñaperros, por lo que decidió por su cuenta subir a proteger el paso con sus fuerzas y abandonó Bailen por considerar que su misión más importante era asegurar las comunicaciones entre Andalucía y Castilla.

El general Dupont, al recibir en su cuartel general de Andújar el parte del combate de Mengíbar optó por enviar de regreso a las recién llegadas tropas del general Vedel —tras diecinueve horas de penosa marcha— en refuerzo de la amenaza que se cernía sobre Bailen. Así, el general Vedel salió de Andújar con unos cinco mil quinientos hombres cansados a las once de la noche del día 16. Llegó a Bailen a las ocho de la mañana del día 17. Allí no encontró a nadie. Los del pueblo le informaron falsamente de que las fuerzas del español Reding se habían juntado con las del coronel Valdecañas en Linares y que juntos se dirigían a Santa Elena, por lo que se veía justificado que el general Dufour se viera forzado a salir en su persecución. Vedel resolvió seguir los pasos de Dufour, también convencido de que lo principal era garantizar las comunicaciones con Castilla.

De esta manera, el día 18 de julio las tropas de Dufour estaban en Santa Elena y las de Vedel en La Carolina, mientras la población de Bailen se quedaba sin guarnición francesa alguna, y a su vez ellos alejados a cincuenta y cuatro kilómetros de Andújar, donde todavía estaba el general Dupont.

Según el plan de Castaños, los generales Reding y Coupigny, con la 1.ª y 2.ª divisiones, respectivamente, debían ocupar Bailen. De esta manera, el general Coupigny abandonó su posición frente a Villanueva la noche del 17 al 18 y se

unió a la división Reding en Mengíbar. Al amanecer del día 18 de julio las dos divisiones españolas cruzaron el río Guadalquivir y a las nueve de la mañana entraron en Bailen.

El propio Reding se sorprendió cuando entró en Bailen el día 18 sin disparar un tiro ni hallar en la localidad rastro alguno de las tropas francesas a las que se había enfrentado un par de días antes en Mengíbar. «Cuando Dupont decidió abandonar Andújar la noche del día 18, creyó dejar tras de sí al ejército español de Castaños y desconocía que se iba a topar en Bailen con dos divisiones del mismo al mando de Reding. Y obviamente, Reding esperaba conforme a las previsiones librar la batalla decisiva en Andújar y sólo su diligencia le permite disponer rápidamente sus tropas para el combate en Bailen cuando, sin esperarlo, vio aparecer la avanzada del ejército de Dupont. Mientras tanto, Vedel seguía persiguiendo un fantasma hacia el norte. Quizá la frase que mejor resuma lo ocurrido sea la del militar inglés Charles Ornan quién diría que "en aquella curiosa campaña lo probable nunca ocurrió, y todo se desarrolló de una forma imprevista"», recuerda Francisco Acosta.

INFORMACIÓN CONFUSA SOBRE EL ENEMIGO

Cuando Dupont, la noche del 18, decidió abandonar Andújar y unirse a Vedel en Bailen estaba convencido de que el grueso de las fuerzas españolas se encontraba en los Visos de Andújar y no en Bailen. Así pues, las mejores unidades del ejército francés formaban en la retaguardia, ya que Dupont no esperaba encontrar a ningún enemigo frente a su dirección de marcha procedente de Bailen. «Esto terminaría siendo clave para entender su derrota. Él temía un ataque en Andújar, así que dispuso las mejores fuerzas atrás, lo cual significó una enorme falta de previsión», mantiene Soriano.

Sin embargo también puede entenderse que, dadas las informaciones de que disponía Dupont, no era descabellado dejar cubriendo su retirada a sus fuerzas más fiables. Así, la retaguardia estaba formada por los marinos de la Guardia, la Guardia de París y dos piezas de artillería. Pero en medio arrastraba un convoy de convalecientes constituido por quinientos carros en los que transportaban a casi dos mil hombres enfermos o heridos. El convoy estaba escoltado por

destacamentos de diversos cuerpos y se extendía a lo largo de cinco kilómetros. La retaguardia permaneció en Andújar hasta última hora para evitar que los vecinos alertaran a Castaños.

«El mayor Teulet —cuenta Soriano— mandaba la vanguardia con efectivos aproximados de dos batallones, un escuadrón y cuatro piezas de artillería. Sobre las ocho de la tarde emprendió la marcha el grueso de la columna, compuesto por el resto de la brigada Chabert y la brigada de caballería Dupré. Le seguía el convoy de carros, a continuación, la brigada Schramm (compuesta por dos regimientos mercenarios suizos que estaban anteriormente al servicio del rey de España, y por tanto no eran muy de fiar pese a su calidad profesional), la brigada Pannetier, la brigada de caballería Privé y los marinos de la Guardia, cerrando la marcha las seis compañías de élite y las dos piezas de artillería». La columna de marcha se extendía a los largo de unos doce kilómetros. «Existen severas discrepancias en cuanto al número de los efectivos franceses al salir de Andújar, sus historiadores los fijan en ocho o nueve mil hombres, mientras que los españoles los calculan entre doce o trece mil», añade.

Dupont mandaba personalmente las fuerzas que precedían al convoy y Barbou las de retaguardia. En su camino, los franceses no volaron el puente sobre el Guadalquivir para no alertar a Castaños, contentándose con bloquearlo.

Mientras, el general español tenía una información confusa, pues estaba convencido de que Dupont y la mayor parte del ejército enemigo seguían en Andújar y que las tropas que se movían hacia La Carolina eran los restos de la acción de Mengíbar, ocurrida dos días antes. «En cambio, Reding sí sabía que Vedel había cruzado hacia La Carolina, pero posiblemente subestimaba su fuerza, que era prácticamente igual a la de Dupont; lo que indica el hecho de que la fuerza dejada a retaguardia en los Cerros de San Cristóbal y el Ahorcado a fin de prevenir una acción de Vedel era claramente insuficiente», sostiene Soriano.

Los expertos coinciden en mantener que ninguno de los dos bandos estaba bien informado del enemigo, de su situación, de sus intenciones o del número de hombres con el que tendrían que enfrentarse. «Lo que derivó en una batalla de encuentro, en la que el azar tuvo un importante papel. Asimismo, ambos bandos tenían amenazada su retaguardia, lo que hizo del combate una lucha contra el tiempo; de ahí el empeño de Dupont en quebrar la línea española y la firmeza de Reding en mantenerse y resistir», señala el cronista oficial de Bailen.

EL ATAQUE DE LA VANGUARDIA FRANCESA

El calor del mes de julio en el campo andaluz es intenso y ese año lo fue aún más. Con un calor que alcanzaría durante el día los 40 ºC, la vanguardia francesa dirigida por el mayor Teuler tardó nueve horas en recorrer los veintidós kilómetros que separan Andújar de Bailen. Eran las tres de la madrugada cuando alcanzaba el puente del Rumblar, situado a unos cinco kilómetros al oeste de Bailen. «Un kilómetro más arriba, tropezaron con los primeros puestos avanzados españoles que ocupaban la loma del Ventorrillo del Rumblar, desde la que vigilaban el puente y la carretera de Córdoba en la llamada Cuesta del Pino, produciéndose los primeros disparos», cuenta Juan Soriano. Había comenzado la batalla de Bailen.

Sorprendidas, las fuerzas españolas fueron fácilmente superadas y el mayor Teuler avanzó tres kilómetros más hasta llegar a una zona despejada llamada la Cruz Blanca. Los españoles atacaron la vanguardia francesa, el brigadier Venegas por la derecha y el brigadier Grimarest por la izquierda.

Los franceses retrocedieron hasta el Rumblar y asentaron sus piezas de artillería en la otra orilla. Grimarest lanzó el regimiento de caballería Farnesio contra el enemigo en retirada; pero el mayor Teuler con su fuego de fusilería y el de sus cañones frenó a los del Farnesio.

A la media hora, los españoles cesaron en su ataque y retrocedieron a sus posiciones originales, excepto el primer escuadrón del regimiento de Farnesio que se desplegó al este del puente del Rumblar para dominar su carretera de acceso, y el batallón provincial de Ciudad Real, treinta jinetes del regimiento España y la 2.ª compañía de zapadores, que se desplegaron en el Cerrajón dominando con sus fuegos el acceso a la Cruz Blanca.

«De acuerdo con el orden de marcha de la columna, la única caballería que estaba en condiciones de acudir al lugar de la acción con prontitud era la brigada Dupré, que viajaba en la cabeza del convoy. Por su parte, la brigada Privé, situada al final, tardaría al menos una hora antes de presentarse en la Cruz Blanca, aun forzando todo lo posible la marcha», cuenta Juan Soriano.

Así, la brigada de caballería francesa al mando de Dupré cruzó el puente del Rumblar con el primer regimiento de cazadores a caballo y se lanzó sobre el

primer escuadrón del regimiento de Farnesio. Contraatacados por el batallón de infantería de Ceuta, el regimiento de infantería de la Reina y el segundo escuadrón del regimiento de Farnesio, el regimiento francés se retiró con graves pérdidas hasta alcanzar la Cruz Blanca, donde se le unió el segundo regimiento de cazadores a caballo de la brigada Dupré.

La primera carga de caballería francesa había fracasado y optaron por esperar la llegada de nuevas fuerzas al combate: el resto de la brigada de infantería Chabert. Mientras esperaban, se produjo un duelo artillero durante una hora y en el que los franceses se llevaron la peor parte. «Los disparos de las piezas francesas —explica Soriano— no produjeron efecto alguno, pues se dirigieron más atrás de la retaguardia, hacia la población de Bailen, mientras las baterías españolas lograban desmontar cinco piezas francesas».

Sobre las seis de la mañana llegaron al puente del Rumblar la brigada de infantería Chabert —con un total de mil ochocientos hombres y cuatro piezas de artillería— y la brigada de dragones Privé, con un total de unos novecientos jinetes. En ese momento Dupont disponía de diez cañones, mil cuatrocientos jinetes y unos tres mil cien infantes. La brigada Pannetier marchaba detrás del convoy, situado aún a unos cinco kilómetros del puente, por lo que tendría que esperar dos horas para poder contar con ellos.

Pero Dupont se impacientó y decidió atacar sin esperarlos ante el temor de que Castaños apareciese por su espalda. Su objetivo era la batería central española, romper la línea, abrirse paso, enlazar con Vedel… Para ello organizó cuatro columnas sobre la base de los cuatro batallones de infantería flanqueadas a la derecha por los dragones y coraceros de Privé y a la izquierda por los cazadores a caballo de Dupré. Apoyados por las piezas de artillería asentadas en la Cruz Blanca atacarían la batería central española directo hacia Bailen.

Pero el general Reding también temía que apareciesen Vedel y Dufour a su espalda, por lo que colocó a sus hombres en «línea de combate», única táctica conocida por aquellos días para hacer frente a las columnas francesas, al oeste de Bailen, en dirección hacia Andújar. El general Reding desplegó sus fuerzas de norte a sur en tres líneas: la primera de artillería e infantería, la segunda de infantería e ingenieros y la tercera de caballería. Las unidades del ala derecha se apoyaban en el cerro de San Valentín; las del centro estaban desplegadas a caballo de la carretera de Andújar; y las del ala izquierda, en el cerro Haza

Valona, se desplegaron delante de la carretera de Mengíbar. La dirección de los fuegos de artillería se encomendó a los coroneles José Juncar y Antonio de la Cruz.

El marqués de Coupigny, general en jefe de la 2.ª División de Castaños estaba al mando del ala izquierda de la línea española, situada en el cerro Haza Valona. El brigadier Venegas mandaba el ala derecha, situada en el cerro de San Valentín. Reding, responsable de todo, se situó en el centro, sobre el camino real. Sus fuerzas superaban los diecisiete mil soldados frente a los, como mucho, trece mil hombres de Dupont. En la época, una desventaja de ese orden no era preocupante para el ejército napoleónico frente a cualquier ejército europeo, y mucho menos frente al desmantelado ejército español de 1808, enseguida nutrido de numerosos voluntarios de gran coraje pero ninguna formación militar.

LOS ESPAÑOLES, CLAVADOS SOBRE EL TERRENO

Reding ordenó a Venegas y Coupigny que atacasen a los franceses por los flancos. El general Venegas descendió el cerro de San Valentín contra el ala izquierda francesa con el regimiento de Órdenes Militares y los cazadores de la Guardia Valona. Dupont no esperaba este ataque español y lanzó contra ellos cuatrocientos jinetes que le quedaban al general Dupré contra la infantería española, que se retiró de vuelta al cerro de San Valentín.

En el Cerrajón, mientras tanto, las fuerzas españolas hostigaban el flanco derecho francés, por lo que Dupont envió contra ellos a los dragones de Privé. Los españoles se replegaron precipitadamente hacia la línea principal. El marqués de Coupigny había avanzado para apoyarles en la retirada con el regimiento de Jaén, el primer batallón del regimiento Reding y la 4.ª compañía de zapadores, apoyados por los jinetes del escuadrón del regimiento España y los garrochistas. Todos ellos fueron atacados por los jinetes de Privé, que en su carga diezmaron a los españoles, que dejaron una bandera en poder del enemigo y fueron obligados a retroceder a sus posiciones de partida, lo que hicieron protegidos por los regimientos de Bujalance, Cuenca y Trujillo, que se adelantaron.

Finalmente, las piezas de a doce de la batería de la izquierda española

dispararon a mansalva sobre los jinetes franceses. «El intenso fuego los desordena, vacilan, se reagrupan y vuelven a la carga, pero los provinciales resisten, vuelven a ser cañoneados y acaban retirándose. Las cargas de la brigada Privé demostraron a Dupont que un ataque concentrado en un punto podía romper la línea española», explica Juan Soriano.

También las baterías españolas hicieron estragos en el centro contra la infantería de Chabert, mal apoyada por su artillería, a pesar de lo cual los infantes franceses prosiguieron el avance, con su general a la cabeza.

En este momento es cuando los historiadores situaron el episodio de los garrochistas, «que movieron tal choque que de los lanceros no quedaron ni la cuarta parte», asegura un alto cargo militar de la época. «Este cuerpo de voluntarios —explica Juan Soriano— estaba formado por los antiguos capataces de las fincas; sobre todo provenían de Jerez y Utrera. Sólo participaron unos cuatrocientos en la batalla, pero se ha sobrevalorado su actuación. Se convirtieron en una figura típica por el colorido de su vestimenta, su pica y navaja, ensalzados como "hombres del campo andaluz que ante la invasión francesa se tiran al campo a luchar", una figura que encajaba bien en el espíritu romántico del siglo XIX. Se hablaba de que el pueblo se lanzaba contra los franceses, pero en realidad en su mayoría fue un ejército regular con voluntarios bien entrenados».

Tras un enfrentamiento de la caballería e infantería francesa contra las líneas españolas, apoyadas por sus cañones, entró en acción la reserva española, que decidió la suerte del combate. Los jinetes galos, agotados, fueron cediendo terreno y se retiraron, «dejando a la mitad de los suyos tendidos frente a la batería, a los olivares de la Cruz Blanca, donde los infantes de Chabert ya habían tenido tiempo para reorganizarse», señala Soriano.

A las ocho y media de la mañana, los ataques franceses contra el centro y la izquierda de las líneas españolas habían fracasado. Al puente del Rumblar ya había llegado el resto de las fuerzas de Dupont, el cual seguía esperanzado esperando la llegada de Vedel. Entonces, Reding decidió sacar partido de su superioridad numérica antes de que se presentara Vedel por su espalda, y ordenó al general Venegas que atacara el flanco izquierdo francés con todas sus fuerzas desde cerro de San Valentín.

En el bando francés, entró en batalla la recién llegada brigada Pannetier, sin

tiempo de descansar de su fatigosa marcha nocturna. Al mismo tiempo, los marinos de la Guardia se dirigieron hacia la Cruz Blanca para proteger las piezas de artillería allí desplegadas. Tras varios episodios de lucha muy virulenta entre la brigada Pannetier y la brigada Privé contra los hombres de Venegas, éstos se vieron obligados a retroceder a sus posiciones originales en el cerro de San Valentín. El regimiento de Órdenes Militares cubrió la retirada del resto de las fuerzas y sufrió gran número de bajas.

Eran las diez de la mañana cuando se produjo el segundo ataque de las brigadas Chabert y Dupré contra el centro español. El esfuerzo, el calor y la sed comenzaban a hacer mella entre los soldados franceses. Así que el intento fue fallido y los galos tuvieron que replegarse hacia el olivar de la Cruz Blanca, protegidos por ciento cincuenta jinetes del general Dupré. El ataque les costó un tercio de sus efectivos, entre ellos el propio general, que cayó muerto.

Hacia el mediodía, Vedel seguía sin aparecer y Dupont seguía temiendo que Castaños apareciera por la retaguardia. Así que de nuevo intentó un desesperado ataque. Cambió las fuerzas de Pannetier que estaban desplegadas frente al ala derecha española y las colocó en el flanco izquierdo de su línea de ataque. En el flanco derecho situó al batallón suizo, al batallón de la Legión y los efectivos de la brigada suizoespañola del general Schramm. En el centro de su línea de ataque dispuso los cuatrocientos marinos de la Guardia y detrás de ellos los dos batallones que quedaban de la brigada Chabert. A ambos lados de la línea colocó a los jinetes que sobrevivían de la brigada Dupré, cincuenta a cada lado. Delante de la formación se colocaron el general Dupont y el resto de los generales.

El calor, las balas y la metralla aumentaron en intensidad. Los franceses comenzaron a flaquear y tan sólo los marinos de la Guardia dieron muestras de firmeza. Entonces, el general Dupont recibió un balazo en la cadera y estuvo a punto de caer de su caballo. Los infantes franceses le creyeron muerto y comenzaron su retirada hacia el olivar de la Cruz Blanca. También retrocedieron los marinos de la Guardia. Los suizos de la brigada Schramm chocaron contra la unidad española del regimiento de Reding, también suizos, por lo que, de acuerdo con las «capitulaciones» que figuraban en los contratos de los regimientos mercenarios suizos de toda Europa, que fijaban que no combatirían contra regimientos suizos de otro ejército, se negaron a pelear y confraternizaron con sus camaradas.

A la una de la tarde, Dupont tan solo contaba con unos dos mil soldados en condiciones de combatir, marinos de la Guardia, Guardia de París y lo que restaba de la caballería, mientras la línea española desplegada enfrente seguía entera y compacta, sin ninguna fisura. Dupont desistió de seguir luchando. En unas condiciones climáticas asfixiantes, el general francés fue derrotado por las tropas mandadas por el general suizo Reding. Todo ocurrió antes de que las tropas de Vedel, que volvían desde La Carolina al haber finalmente adivinado las intenciones del general Castaños, pudieran unirse a él. Cuando, al fin, el general Vedel llegó procedente de La Carolina y Guarromán, ya era tarde.

Dupont solicitó una «suspensión de las armas» que permitiese establecer unas capitulaciones, y fue en esta fase donde estuvo el mérito de Castaños, más diplomático que militar, pues utilizando convenientemente la desinformación con unos y otros, presionando, prometiendo, amenazando y, finalmente, imponiéndose absolutamente sobre la voluntad del desolado Dupont, logró no sólo que entregaran las armas las agotadas fuerzas de éste, sino también las que llegaran de Vedel y Dufour, dos divisiones completas de infantería y dos regimientos de caballería, que prácticamente no habían entrado en combate.

A las dos de la tarde el general de división Dupont, general en jefe del Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda, había capitulado. «La capitulación era una forma usual de dirimir un enfrentamiento. El concepto de derrota o aniquilación total del enemigo es más moderno. De todos modos una vez firmadas y acordadas las capitulaciones, el día 23 de julio hubo una rendición formal de armas a los españoles por parte del ejército francés», explica el profesor de Historia de la Universidad de Jaén, Francisco Acosta. «No se trata de una rendición incondicional —señala Juan Soriano— sino de un convenio bilateral, por el que los franceses se comprometían a evacuar Andalucía por mar y los españoles a facilitarles los medios para ello».

EL CALOR Y LA PARTICIPACIÓN DEL PUEBLO DE BAILEN

El hecho de que el enfrentamiento tuviese lugar a las mismas puertas de Bailen pudo ser decisivo para la victoria española. La población local apoyó en todo cuanto pudo a sus tropas; la ayuda más importante fue el suministro de agua para

los soldados, en un día que se superaron los cuarenta grados a la sombra. «Fue una ayuda humanitaria más que militar», precisa Juan Soriano.

De hecho, en los muchos testimonios y análisis de la batalla de Bailen un factor que ha quedado asociado a aquella jornada y al que pocos dudan en conceder un protagonismo decisivo fue el extraordinario calor de aquella jornada. Abundan los testimonios sobre los devastadores efectos de la canícula andaluza de aquel verano de 1808. Incluso en los días previos a la batalla se habla de muertes por ahogamiento, deshidratación y de las dificultades en las marchas de las tropas a causa del calor.

Según narra Galdós en el Episodio Nacional dedicado a Bailen, el calor provocaba en los soldados el efecto de «tener por médula espinal una barra de metal fundido». «Contamos con testimonios dramáticos sobre los efectos del calor y la sed el día del combate», señala Francisco Acosta.

La mayor parte de la batalla se desarrolló a pleno sol ya que aunque las hostilidades empezaron a las tres y media de la mañana, hay que tener en cuenta que el uso horario de la época tiene dos horas de adelanto respecto al actual. «Los estragos del calor fueron mayores entre los franceses, ya que los españoles disfrutaron del abastecimiento de agua por parte de la población del pueblo de Bailen, que organizó un servicio de provisión de agua en el que destacaron especialmente las mujeres. Posiblemente sólo en la campaña rusa cupo a un elemento climático, en aquel caso al frío, protagonismo tan decisivo en el desenlace de una contienda», indica Acosta.

Los cántaros de agua que los habitantes de Bailen hacían llegar no fueron sólo importantes para evitar la deshidratación, sino que contribuyeron a que las piezas de la artillería española cumplieran su cometido. «Los cartuchos se rompían con los dientes y dejaban la boca llena de pólvora con la consecuente sequedad de boca en los soldados. Además, el bronce de los cañones y los mosquetes necesitaba ser refrescado, ya que con cada lanzamiento aumentaba su temperatura», explica Soriano. En el bando francés, sin agua, la efectividad de la artillería se redujo por el exceso de calentamiento de los cañones.

En el escudo de la ciudad de Bailen figura en lugar preferente un cántaro, que se dice representa a María Bellido; según la tradición, ella fue fundamental para suministrar agua a los soldados españoles. «En las crónicas de la época nadie menciona a esta señora. Se sabe que algo ocurrió, pero hay una laguna al

respecto. En cualquier caso, algo la hizo especial, por eso su nombre pasó a la historia. Sin embargo, parece más bien que se trata de un personificación simbólica: todo el conjunto de la ciudad habría colaborado con ese suministro durante la batalla, y el personaje de María Bellido se habría creado precisamente para personalizar el gesto», aclara el cronista oficial de Bailen.

REDING Y SUS HOMBRES FUERON MARGINADOS

La inestimable ayuda ciudadana contribuyó a que el ejército del general Reding venciera en Bailen, aunque toda la gloria se la llevara Castaños por ser el general del ejército de Andalucía. Castaños ni siquiera participó en la batalla, ya que estaba en Andújar, a más de veinte kilómetros del lugar donde acaeció.

«En el plano militar ganan las batallas los generales, el que tenga más galones. Castaños utilizó este triunfo toda su vida como tarjeta de presentación. Llegó a Bailen a los tres días y él se encargó de hacer la capitulación ante las fuerzas que mandaba. Negó ese honor a los generales y los ejércitos vencedores, a los cuales marginó. Incluso, se inició una campaña contra Reding, que acabó por marcharse de Andalucía. Él no quería dejar Málaga pero se vio obligado para evitar enfrentamientos y rivalidades con Castaños y aceptó el cargo de capitán general de Cataluña», asegura Juan Soriano. El 23 de abril del año siguiente, Reding murió en el sitio de Valls (Tarragona). «La historia no le ha hecho mucho caso. Fue relegado», añade.

La noticia sobre la victoria de los franceses en Bailen se extendió rápidamente por toda la Península. El júbilo popular fue enorme porque se le había ganado nada menos que al mejor ejército del mundo y forzó al rey José I Bonaparte a abandonar la corte de Madrid, aunque fue sólo por unos días. En octubre, Napoleón tuvo que venir a España con un nuevo y numeroso ejército para consolidar su dominio. «Así que fue una alegría momentánea porque después los franceses se hicieron fuertes y nos ganaron siempre. En muchas ocasiones he dicho que la batalla de Bailen fue una especie de espejismo. Creíamos que con ella ya habíamos echado a los franceses de España, pero no fue así», indica el escritor Andrés Cárdenas.

Después, por ejemplo, vendría la ocupación de Granada, de donde habían

partido las tropas vencedoras de Reding y donde los franceses incluso volaron algunas torres de la Alhambra. Muchos de los que celebraron la victoria de Bailen se hicieron afrancesados, «que eran vistos por entonces como personas intelectuales y de gran valía profesional, que preferían la Ilustración que nos podrían traer los franceses a lo que nos estaban dando los nefastos reyes españoles. Se ha dicho que el pueblo español se oponía a la Ilustración que podían traer los franceses, pero creo que en general el pueblo no se levantó contra la Francia del progreso, sino contra el Napoleón imperialista que quería aplastar a toda Europa», añade Cárdenas.

Lo cierto es que a Napoleón le provocó auténtica cólera esta victoria de los españoles, tanto que ni siguiera la tomó en cuenta entre sus derrotas. El nombre de Bailen, por ejemplo, no está en el Arco del Triunfo de París, en el que se nombran todas las batallas en las que habían participado los ejércitos napoleónicos. Dupont y los otros generales de su ejército serían sometidos a consejo de guerra y condenados. Dupont solamente salió de prisión cuando cayó Napoleón y vino la Restauración.

LOS ERRORES DE CADA CONTINGENTE

Según algunos historiadores, los franceses no dispusieron del tiempo necesario para establecer la táctica adecuada y en Bailen tuvieron que hacer frente a la situación sobre la marcha, improvisando la mayoría de sus acciones. En opinión de Juan Soriano, Dupont, desesperado por llegar a Madrid cuanto antes, lanzó en avalanchas a los soldados. «Nunca puso todas sus fuerzas en el campo de batalla. Los franceses empezaron a desertar antes de morir de sed. Incluso, los suizos cambiaron de bando y dejaron de combatir… Quizá si Dupont hubiera esperado a tener juntas todas sus fuerzas las cosas hubieran cambiado. Lo cierto es que en Francia le acusaron de no haber intentado por todos los medios la victoria».

«Como es lógico el bagaje de errores y aciertos se reparte desigualmente en función de la condición de vencidos o vencedores. En este sentido la alforja de los franceses es la más lastrada por reproches de errores e incompetencia por parte de todos, incluidos sus propios compatriotas, que cargaron toda la responsabilidad del desastre sobre la ineptitud de Dupont», señala Francisco

Acosta.

En líneas generales, muchos historiadores coinciden en afirmar que la suficiencia, prepotencia para algunos, con que se comportó Dupont no contribuyó a una correcta y atenta evaluación de la situación y de las decisiones. «Así por ejemplo la subestimación de las posibilidades de un ejército español le llevó a descuidar las tareas de seguimiento e información del mismo en las jornadas previas a la batalla. El propio acantonamiento en la ciudad de Andújar fue cuestionado por algunos de sus oficiales, que no lo consideraron un lugar geoestratégicamente apropiado».

De hecho, fue recurrente el reproche de sus compatriotas de hallarse más preocupado por la suerte del inmenso botín saqueado en Córdoba, y de cómo él mismo —se habla de más de quinientos carros— había dificultado las maniobras del ejército francés. «Algunos han señalado —cuenta Acosta— que en el enfrentamiento decisivo el error de Dupont fue desgastar innecesariamente a su caballería en las primeras fases del combate, pero no parece que quepa atribuir al general francés graves errores en la dirección del combate el día 19. Con todo, Napoleón catalogó la capitulación de cobarde y precipitada y recriminó a sus generales no haber persistido en el combate».

Según este experto, del lado español no siempre ha sido suficientemente ponderada y valorada la que fue la empresa decisiva de aquella campaña de Andalucía del verano de 1808: la eficiente organización de un ejército por parte de la Junta de Sevilla. «En apenas un par de meses —dice—, el presidente de la Junta sevillana, Francisco de Saavedra, sobre la base de los efectivos del ejército disponible en Cádiz y el campo de Gibraltar, reclutó, organizó y pertrechó un verdadero ejército que se vio engrosado con los efectivos que había aportado la Junta de Granada».

«No sabemos cómo se hubieran desarrollado los acontecimientos si las tropas de Castaños, que no advirtieron la huida de los franceses de Andújar hacia Bailen la noche del día 19, hubieran llegado a tiempo al campo de batalla en lugar de hacerlo cuando la batalla ya había terminado, o si Dupont no hubiera capitulado antes de la llegada de Vedel, que se había dado la vuelta en su socorro una vez advertido su error al desplazarse hacia la sierra en busca de los enemigos que no estaban allí. Cuando llegó, Vedel fue disuadido por Dupont de entrar en combate, le ordenó rendirse bajo la amenaza española de pasar a cuchillo al

ejército de Dupont si Vedel insistía en luchar», indica Francisco Acosta.

Parece ser que el general Vedel realizó el camino de regreso a Bailen con una lentitud increíble ya que nunca creyó que su superior estuviese en problemas. Cuando sus exploradores le informaron de la situación, se dispuso a atacar los cerros del Ahorcado y San Cristóbal. Hubo un enfrentamiento que duró media hora con los españoles. En el momento en que se produjo el contraataque, se presentó ante Vedel el capitán Barbarin, ayudante de Dupont, con la orden de suspender las acciones contra los españoles. La batalla de Bailen había terminado definitivamente a pesar de las intenciones de Vedel de seguir la lucha.

Las bajas francesas se evaluaron en dos mil doscientos muertos y cuatrocientos heridos. Entre los españoles hubo 243 muertos y 735 heridos.

La derrota de Dupont se concertó en las capitulaciones de Andújar, firmadas entre Castaños y Dupont el 22 de julio, en la Casa de Postas, a medio camino entre Andújar y Bailen. Un preámbulo, 21 artículos y tres adicionales por los cuales las fuerzas francesas que combatieron en Bailen quedaban prisioneras de guerra, y a las divisiones de Vedel y Dufour se les obligaba a dejar las armas en el terreno. Todos los soldados de Dupont debían marchar hacia el sur de Andalucía, donde se las repatriaría hacia Francia. Los hombres de Dupont, Vedel y Dufour se rendían desfilando y rindiendo sus armas ante los generales Castaños, La Peña y Jones (no ante Reding). Comenzaron así su marcha hacia los puntos de embarque, evitando pueblos, villas y ciudades, y custodiados por los españoles.

El profesor Francisco Acosta no duda en señalar que el mayor error español fue el haber incumplido las cláusulas de la capitulación. «Contra lo pactado, ni españoles ni ingleses permitieron la repatriación del ejército francés. La mayoría de los soldados prisioneros padecieron una vergonzante odisea de confinamientos hasta que fueron abandonados a su suerte en el islote de Cabrera donde malvivirían inhumanamente hasta que en 1814 los supervivientes lograron regresar a Francia. Episodio ignominioso que rebaja los tintes gloriosos de aquella victoria que maravilló a Europa», señala.

El trato a los prisioneros, encerrados en barcos parados en la bahía de Cádiz, fue inhumano. Allí murieron casi la mitad de los que sobrevivieron en Bailen. Después fueron trasladados a la isla de la Cabrera. Al final sólo quedaron con vida unos mil soldados franceses. «No había ninguna intendencia —señala Juan

Soriano—, todo se iba resolviendo sobre el terreno. A medida que las columnas de prisioneros pasaban por los pueblos, eran atacadas para evitar que se comieran los pocos alimentos que había. Se esperaba que los ingleses ayudaran a la repatriación a Francia, pero se desentendieron. Creo que pensaron que si los prisioneros volvían a Francia, regresarían para seguir luchando por Napoleón; por eso no ayudaron a cumplir lo establecido en las capitulaciones».

EL IMPACTO DE LA DERROTA FRANCESA

Según Francisco Acosta, el alcance de la batalla de Bailen debe medirse en varios planos. «La valoración de la victoria de Bailen en el contexto de las guerras napoleónicas es un hecho complejo. Sostener que la derrota de aquel verano andaluz de 1808 supuso el principio del fin de Napoleón es simplificador», asegura.

«Desde el punto estrictamente estratégico —indica— en el marco del proyecto de expansión napoleónica por Europa, la derrota francesa en Bailen apenas si retrasó unos meses, de julio a noviembre, la conquista de la Península por los franceses. A pesar del impacto que hoy llamaríamos “mediático” de la pérdida, y de la mella que ésta pudo producir en el crédito y sobre todo en el orgullo de Napoleón, lo cierto es que, a pesar de los temores de algunos altos funcionarios civiles y militares franceses, la derrota no actuó como mecha de levantamientos antinapoleónicos en el resto de Europa, ni amenazó significativamente la posición del emperador fuera de la península Ibérica».

Sin embargo, el historiador militar Guy Demoulin, especialista en la era napoleónica, considera, como muchos otros historiadores franceses, que Bailen y la capacidad de resistencia española fueron causa determinante de que Austria volviese al combate, aliándose con Inglaterra en la Quinta Coalición, cuando Napoleón contaba con haber eliminado ya definitivamente a todos sus adversarios continentales, y dando lugar a una nueva guerra en Europa central en 1809; lo sucedido en Bailen obligó a Napoleón a retocar su posición en el este europeo: los acuerdos de la reunión con el zar Alejandro I en Erfurt en octubre de 1808, le permitieron asegurar la frontera este y concentrar su esfuerzo bélico y el grueso de su ejército en España.

Pero donde Bailen tuvo consecuencias más importantes fue en Portugal. Allí los ingleses derrotaron por segunda vez en un mes a un ejército napoleónico, esta vez en Vimeiro, en agosto de 1808. Los meses que mediaron entre la derrota de Bailen —que obligó a los franceses a retirarse tras la línea del Ebro— y la ofensiva definitiva de noviembre de 1808 darían tiempo suficiente a los ingleses para consolidar su posición en Portugal, «desde donde iniciaron, en coalición con lusos y españoles, la contraofensiva que acabaría expulsando a Napoleón de la Península en 1812», explica Francisco Acosta.

Para este experto, las consecuencias directas de Bailen fueron mucho más relevantes a nivel interno español. La retirada francesa tras la derrota permitió la creación de la Junta Suprema en Madrid en septiembre de 1808, órgano revolucionario que agrupaba a representantes de todas las juntas que se habían ido creando a lo largo del país tras la primera invasión napoleónica y el descabezamiento de la monarquía absolutista española. «Dicha Junta Suprema dio los pasos necesarios para convocar las Cortes que en 1812 aprobarían la Constitución de Cádiz, que encamaron la primera etapa de la revolución liberal española. De modo que se puede decir que Bailen está, en este sentido, en el origen del régimen de Cádiz», concluye el profesor de la Universidad de Jaén, Francisco Acosta.

Para el cronista Juan Soriano, «Bailen supuso un hito porque era la primera vez que las tropas de Napoleón rendían sus armas y, precisamente, ante un ejército considerado inferior. Esto removió la conciencia nacional. Tras Bailen nos sentimos una nación, todos uno, porque sirvió para unir los grandes valores de libertad y lucha por el territorio propio. Sus consecuencias fueron mucho más allá del mismo acontecimiento bélico, influyendo, decididamente, en la construcción de un referente simbólico y un vínculo de identidad que aún perdura».

16

WATERLOO

Fecha: 18 de junio de 1815.

Fuerzas en liza: El ejército francés frente a las tropas británicas, holandesas, belgas, prusianas y de pequeños estados alemanes.

Personajes protagonistas: El emperador Napoleón Bonaparte y los mariscales Michel Ney y Emmanuel de Grouchy, contra los mariscales de campo Arthur Wellesley, primer duque de Wellington, y Gebhard Leberecht von Blücher.

Momentos clave: Los enfrentamientos previos en Quatre-Bras y Ligny. El combate por La-Haye-Sainte. Las cargas de caballería de Ney. El ataque final de la Guardia Imperial.

Nuevas tácticas militares: El ortodoxo orden de batalla francés: concebido para que todas las unidades atacasen sucesivamente, sin frente central, sino con dos flancos frontales de ataque, con una gran retaguardia y una reserva central.

Los pueblos hoy belgas de Ligny, Quatre-Bras, Wavre y el Mont-Saint-Jean se convirtieron durante tres días en el escenario de una batalla que supuso el final de veintidós años de guerras y el cierre de un proceso que abrió la Revolución del año 1792 y el imperio de Napoleón I. Waterloo significó el canto del cisne de Bonaparte, su última oportunidad. Allí se lo jugó todo a una carta… y perdió. A partir de entonces, Europa, sin conflictos de alcance continental, pudo vivir un siglo de relativa paz, rota por la Primera Guerra Mundial. Aunque la historia ha resaltado el papel decisivo del duque de Wellington, no debe olvidarse que la tenaz actuación del viejo mariscal de campo prusiano Blücher fue decisiva en la victoria de las fuerzas aliadas en aquella jornada de la primavera de 1815.

Napoleón había regresado de su confinamiento en la pequeña isla italiana de Elba. La noticia conmocionó a los gobiernos europeos. Tras la derrota en Leipzig a finales de 1813 y su campaña en retirada por Francia de 1814, había sido obligado a abdicar por el tratado de Fontainebleau. A partir de entonces, los días

de Napoleón transcurrieron en un destierro en Elba, junto a seiscientos hombres elegidos por él; su Guardia Imperial. Pero allí sólo permaneció once meses, al cabo de los cuales, el 25 de febrero de 1815, escapó para tomar de nuevo el poder ante la impopularidad de Luis XVIII y la inestabilidad económica y social de Francia.

Una semana después, Bonaparte desembarcó en Francia. Había dominado Europa durante más de veinte años y regresaba dispuesto a recuperar su trono y restablecer su imperio. El 13 de marzo, al enterarse de la noticia, se reunió el Congreso de Viena, que le declaró proscrito y se decidió establecer nuevamente una alianza para capturarle. Se organizó la Séptima Coalición, con Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia, dispuestos a terminar definitivamente con Napoleón. «Su regreso produjo el pánico en las capitales de Europa. Había que detenerle de una vez por todas», señala Duncan Anderson, jefe del Departamento de Estudios sobre la Guerra de la Real Academia Militar de Sandhurst (Gran Bretaña).

En su avance desde Niza se le fueron uniendo cada vez más tropas. Napoleón entró triunfante en París, aclamado por el pueblo. El 20 de marzo, el rey Luis XVIII, tras sus infructuosos intentos de frenar el avance del Corso, huyó de Francia. Bonaparte logró coronarse emperador a sí mismo por segunda vez. Inauguró un período denominado los Cien Días y preparó de nuevo a sus tropas para la acción.

Sólo era una cuestión de tiempo que se pusiera a la cabeza de su ejército contra sus enemigos y se lanzase a la conquista de los Países Bajos, Alemania e Italia. «Creía que todavía podía ser el emperador y tratará de hacer valer su voluntad sobre el resto de Europa. Las potencias europeas no podían consentirlo. Arthur Wellesley, el duque de Wellington, el mejor general británico, iba a intentar detenerlo antes de que conquistara toda Europa», explica el experto militar Bill McQuade, exmiembro del regimiento británico Royal Scots Dragoon Guards.

El 25 de marzo sus enemigos europeos decidieron acabar con él y le declararon la guerra. Se crearon cinco ejércitos que consiguieron movilizar ochocientos mil soldados para derrotar a Francia. Napoleón tuvo que movilizar a su ejército en pocos días, consiguiendo reclutar a unos doscientos ochenta mil hombres entre nuevos reclutas, veteranos y su invencible Guardia Imperial. Hasta ese momento, más de dos millones de franceses ya habían muerto en las

campañas napoleónicas.

LA CONFRONTACIÓN ENTRE VIEJOS CONOCIDOS

Al mando de ciento veintiocho mil hombres Napoleón partió rumbo a Bruselas, con el fin de recuperar territorios que él consideraba perdidos pues, según el tratado de París, Francia había vuelto a las fronteras existentes antes de 1792. Como era habitual en él, durante la marcha permaneció en la retaguardia, pero en el momento en que se iniciase la acción se situaría delante. «Un general —decía— que tiene que ver las cosas a través de los ojos de otra persona no podrá mandar un ejército como es preciso».

El llamado Ejército del Norte (*Armée du Nord*) se desplazó durante una semana por caminos franceses hasta alcanzar las posiciones asignadas a lo largo de treinta kilómetros de la frontera belga. En los antiguos Países Bajos austríacos, unidos a Holanda bajo la soberanía del príncipe Guillermo de Orange, le esperaban, para impedir su paso, el mariscal de campo británico Arthur Wellesley, duque de Wellington, y el experimentado general prusiano Gebhard Leberecht von Blücher, que entonces tenía setenta y dos años. En conjunto, las tropas aliadas superaban los doscientos mil soldados entre ingleses, prusianos, belgas, holandeses y alemanes de los pequeños estados de Hannover, Brunswick y Nassau. Otro medio millón de soldados de Austria y Rusia estaban en camino.

«Los aliados europeos se dieron cuenta de que, si había que ganar a Napoleón, era preciso que los ejércitos se unieran. Además, moverá las tropas desde lugares como Rusia y Austria tomaría, como poco, varios meses», indica Bill Mcquade. El plan de Napoleón era sorprenderlos de forma aislada para impedir la conexión entre las fuerzas aliadas. Sabía que no podía vencerlos a todos unidos. Primero derrotaría a prusianos e ingleses y, después, atacaría a los austríacos y rusos. Esta estrategia de la posición central ya le había dado muchas victorias previas.

El 15 de junio, Wellington recibió la noticia de que Napoleón había cruzado la frontera sur de los Países Bajos con su ejército y que estaba en posición para el ataque. El duque, que tenía a sus tropas acampadas muy cerca de Bruselas,

sabía que Bonaparte intentaría dividir a los aliados y derrotarlos uno a uno. «A lo largo de las guerras napoleónicas, su estrategia fue dividir las fuerzas enemigas y habitualmente hizo frente a más de un ejército. Utilizaba un Cuerpo de Ejército para bloquear al más fuerte de sus adversarios —cuenta Duncan Anderson—, mientras concentraba el grueso de sus fuerzas contra el más débil de sus enemigos. Una vez derrotados los más débiles, se volvía a desplegar rápidamente hacia el más fuerte».

Ni el ejército prusiano ni el británico por separado serian capaces de dominar a la poderosa *Armée du Nord*, el nuevo ejército creado por Napoleón: una fuerza rápida, poderosa, con unas tropas experimentadas, con sed de venganza y dirigidas por él mismo.

Al día siguiente, Napoleón atacó mientras Wellington organizaba su ejército, y cuando aún se encontraba separado de las tropas del general Blücher, quien odiaba ferozmente a Napoleón y no olvidaba la humillación que propinó a los prusianos en la batalla de Jena, de 1806, donde él mismo fue hecho prisionero, que significó el apartamiento de los prusianos de las guerras napoleónicas hasta 1813.

Según cuentan, el maltrato y humillaciones que recibió Blücher durante su cautiverio le hicieron jurar que se vengaría contra los franceses en general, y contra los oficiales de Napoleón en particular. Comenzó a hacerlo con sus numerosos éxitos en la campaña de Silesia (1813). Ahora tendría otra oportunidad. Con un intenso sentido del patriotismo, Blücher se impuso la «tarea sagrada» de capturar vivo y hacer ahorcar a Napoleón. Este objetivo guiaría toda su actuación durante estas jornadas.

Wellington también llevaba años batallando contra Bonaparte pero, a diferencia de Blücher, que había sido golpeado por Napoleón en varias ocasiones, hasta ese momento no había sido derrotado por el Corso. Había luchado en Dinamarca, en la península Ibérica, donde expulsó definitivamente a los franceses de Portugal en 1811 y de España en 1813, y había pasado a Francia en persecución del rey José. Su retrato más famoso, el de Francisco de Goya, muestra al general en la batalla de Talavera, del 27 de julio de 1809, en la que derrotó a uno de los ejércitos de José Bonaparte.

CÓMO SE GESTA LA TRAGEDIA

Ese 16 de junio, Napoleón optó por llevar a cabo dos batallas: una de contención en la aldea de Quatre-Bras y la otra en Ligny, donde la mayor parte de su ejército se enfrentaría a los prusianos. El éxito dependería de que todas las divisiones francesas estuvieran bien comunicadas para enviar los refuerzos a donde fueran necesarios.

El ala derecha, a cargo del mariscal Emmanuel de Grouchy, atacó a los prusianos al nordeste de Charleroi, en la ciudad de Gilly, obligando a su jefe, el general Von Blücher, a dirigirse hacia Ligny. El ala izquierda francesa, a cargo del impetuoso mariscal Michel Ney, debía deshacerse primero de la avanzadilla de Wellington que le cerraba el paso en Quatre-Bras para después dar batalla a los prusianos envolviendo el ala derecha de Blücher y dar el golpe en su retaguardia. El ejército de Wellington sería obligado a retirarse a la costa al oeste y los prusianos hacia el interior, al este. Después de aniquilar a ambos frentes, la idea de Napoleón era que las fuerzas francesas unidas proseguirían para entrar juntas en Bruselas. Pero las cosas no salieron como el emperador planeó y el 16 de junio fue el comienzo del desastre de Waterloo.

En la aldea de Quatre-Bras —punto de importancia estratégica, ya que controlaba un cruce de carreteras fundamentales en la línea de avituallamiento— comenzaron las primeras refriegas entre las tropas de los Países Bajos, al mando del príncipe Guillermo de Orange, y las de Ney, segundo en el mando de Napoleón. La fuerte resistencia de los aliados impidió que el mariscal francés tomase el lugar, gracias a la llegada de refuerzos británicos y de Brunswick (cuyo soberano murió en ese encuentro). Ney había fracasado.

A pocos kilómetros estaba el pueblo de Ligny con los prusianos y Blücher a la cabeza. Tras varias horas de lucha, las bajas prusianas eran enormes, estaban a punto de desfallecer. Sin embargo, los franceses también estaban agotados y precisaban refuerzos para el remate final. Napoleón envió un mensajero solicitando a Ney que le mandara rápidamente tropas de reserva. Tras dudar, el mariscal mandó los refuerzos pero tomaron el camino equivocado y llegaron tarde. Con todo, Napoleón logró una victoria táctica; una victoria pírrica, pues

sus hombres estaban agotados.

Al terminar la jornada, los prusianos tenían treinta y cuatro mil bajas, habían cedido terreno y se habían visto obligados a replegarse hacia Wavre, unos dieciocho kilómetros al este de Waterloo. Incluso, el general Blücher estuvo a punto de fallecer en una carga de caballería. Sus hombres le creyeron muerto y, cuando estaban a punto de retirarse, apareció el viejo general tambaleándose recordándoles el pacto de ayuda y la fidelidad debida a las fuerzas aliadas contra Napoleón.

Napoleón estaba convencido de que los prusianos iban a abandonar. Decidió entonces erróneamente destacar treinta mil hombres en su persecución, una orden que su subordinado el mariscal Grouchy no entendió muy bien pero que, en todo caso, debilitó a las fuerzas francesas. Al mismo tiempo, el propio Napoleón se puso a la cabeza de la formación de reserva contra los ingleses, que estaban retirándose y que se salvaron gracias a la persistente lluvia, que convirtió los campos en un infranqueable mar de lodo.

En esa primera jornada, Napoleón había conseguido interponerse entre los ejércitos británico y aliado, y el prusiano, sorprendiéndoles y cortando sus posibles caminos de reunión y rutas de comunicación. El encuentro entre las fuerzas aliadas era imposible. Una vez divididas las fuerzas aliadas, su superioridad numérica quedó anulada. Los franceses, situados en cuña entre los coaligados, podían atacar según la coyuntura, lo que aumentaba sus probabilidades de derrotarles. Además, a favor de Napoleón estaba su gran maniobrabilidad. Ante la situación, Wellington había pensado que la retirada a un área más pequeña de su elección le daría una ventaja táctica.

Así que el mariscal Wellesley esperó a Napoleón atrincherado en Mont-Saint-Jean, una zona del municipio de Waterloo, a tres kilómetros del casco urbano, al norte de Quatre-Bras y a unos veinte kilómetros de Bruselas. Sus crestas, laderas y maizales hacían de él el lugar perfecto para enfrentarse al Corso. «Wellington conocía la geografía de estas pequeñas elevaciones. Sabía que era un campo de batalla favorable para la defensiva y que sus tácticas podrían sacar a Napoleón de su posición y traerlo a la batalla bajo sus condiciones». Colocó a sus tropas —divididas en dos cuerpos a las órdenes del príncipe Guillermo de Orange y del general lord Hill, más una reserva— a lo largo del borde del monte Saint-Jean, bloqueando la carretera a Bruselas a la

espera de que los soldados napoleónicos llegaran.

Para preparar la defensa y debilitar el avance francés, los aliados angloholandeses fortificaron algunos puntos estratégicos, como la granja-castillo de Hougoumont y la granja de La-Haye-Sainte.

EL ARMA MÁS TEMIDA, LA ARTILLERÍA FRANCESA

El ejército francés y el ejército aliado se encontraban en posición de ataque en la mañana del 18 de junio. El sol brillaba, pero el campo de batalla estaba completamente empapado. Durante toda la noche, las tropas de ambos bandos tuvieron que dormir a la intemperie bajo una incesante lluvia que, ese día, no sólo afectaría al terreno sino a las fuerzas y el ánimo de los soldados.

Aunque es muy difícil establecer los efectivos reales que se enfrentaron en Waterloo, después de varios días de combates y marchas, y las distintas fuentes dan cifras dispares, una aproximación a las fuerzas en presencia daría las siguientes cifras:

En el ejército angloholandés había unos sesenta y ocho mil soldados, que se distribuían de la siguiente forma: cincuenta mil soldados de infantería, doce mil de caballería y cinco mil quinientos de artillería, con doscientos veinte cañones. Además, en las fuerzas de Blücher había unos noventa mil prusianos, con el compromiso de unirse a Wellington.

Por el lado contrario, Napoleón disponía de unos setenta y dos mil hombres: cuarenta y nueve mil infantes, dieciséis mil de caballería y siete mil doscientos artilleros, con unos trescientos cañones. Separados de ellos, persiguiendo a los prusianos, Emmanuel de Grouchy contaba con unos treinta y cuatro mil soldados.

El plan de Napoleón era tomar Mont-Saint-Jean y cortar la ruta de retirada hacia Bruselas a la fuerza angloholandesa. De este modo, podría destruir el ejército de Wellington sin ninguna dificultad.

Bonaparte deseaba atacar al alba, hacia las seis de la mañana, pero después de comprobar que el estado del terreno impedía maniobrar, lo retrasó hasta la una a la espera de que el barro y el agua que cubrían los caminos de la artillería se secaran con el sol de mediodía, aunque el comienzo de la batalla se adelantó a

las once o las doce, según los distintos testigos.

Los mayores combates de la jornada tuvieron lugar en las zonas donde ambos ejércitos concentraron la mayoría de sus tropas, entre el pequeño castillo-granja de Hougoumont, la granja de La-Haye-Sainte y el camino Charleroi-Mont-Saint-Jean.

A las once y media, Wellington se enteró de que Hougoumont, en su flanco derecho, estaba bajo el fuego artillero francés. La estrategia de Napoleón se basaba siempre en una perfecta composición de artillería, centrada en un punto para desmantelar, arrasar y diezmar, además de asustar a las tropas enemigas para dividirlas. Pero en este caso, Napoleón atacaba el extremo de la línea aliada con la división de infantería del príncipe Jerónimo Bonaparte. El duque sospechó que era una maniobra de distracción. Napoleón intentaba distraerle atacando un ala, en la esperanza de que Wellington sacara tropas del centro y las mandara en su apoyo.

Sin embargo, Wellington, conocedor de la táctica del emperador, adivinó sus intenciones y apenas reforzó el sitio de Hougoumont, manteniendo el orden de sus posiciones. Había decidido que lo mejor era permanecer firme hasta que los prusianos pudieran llegar en su ayuda. La mayor parte del ejército estaba colocado en ese flanco derecho —el más próximo al francés—, mientras que el lado de Papelotte, a la izquierda, fue ligeramente vigilado, con la esperanza de que los refuerzos prusianos llegaran rápidamente.

Mientras tanto, Napoleón ordenó el bombardeo de la izquierda de la línea aliada (desde la carretera de Bruselas hacia el este) a su gran batería, compuesta por una línea con más de ochenta cañones que amenazaban, lanzando más de 3600 proyectiles, con diezmar el centro de Wellington. Este bombardeo debía preparar el ataque de la infantería del Cuerpo de Ejército de D’Erlon. El arma más temida de la época era la artillería de campaña gala, «y ésta fue una de las más impresionantes concentraciones de artillería que realizó Napoleón en todos sus años de combates. Tuvo un enorme poder mortífero», señala Duncan Anderson, aunque otras fuentes creen que el bombardeo tuvo poca efectividad.

Entonces todavía no existían bombas de fragmentación. Eran balas muy pesadas, entre 18 y 58 kilos de peso, con un efecto devastador cuando pasaban entre las filas de hombres, destrozando y amputando horriblemente sus cuerpos; incluso cuando rebotaban en el suelo eran aún más mortíferas. Napoleón sabía

de su superioridad artillera. Un artillero podía hacer uno o dos disparos por minuto, y, aunque el cañón tenía poca precisión, él sabía sacarle el jugo utilizando la artillería en masa.

Al comienzo del día se había enterado de que los prusianos no se retiraron el día anterior, como había pensado, sino que avanzaban para ayudar a Wellington y sus avanzadas ya estaban a la vista. En ese momento, estaba convencido de que podría alejar al duque inglés del campo de batalla antes de la llegada de Blücher. Debía impedir que ambas fuerzas se unieran. Confiaba plenamente en la victoria…

Para protegerse de la artillería francesa, Wellington ordenó a sus hombres echarse cuerpo a tierra y resguardarse tras las lomas del terreno, ocultándose a vista del enemigo, lo que hizo creer a los franceses que se trataba de un repliegue. En realidad, las balas de los cañones galos pasaban por encima de las cabezas inglesas. Tras el bombardeo, Napoleón ordenó avanzar al Cuerpo de Ejército de D’Erlon, cuatro divisiones de infantería, dieciséis mil hombres que avanzaban en formaciones compactas de columna de batallón, muy impresionantes pero poco maniobreras. Cuando las tropas de Napoleón estaban a unos cien metros, Wellington dio la orden de disparar.

La línea de infantería se puso en pie y empezó a hacer descargas de fusilería, mientras que los cañones disparaban metralla, llamada por los ingleses *canister* —unos botes llenos de cientos de pequeñas bolas de hierro, que podían cubrir una mayor área con un solo tiro—. «Eran unas armas impresionantes. A medida que el bote salía del cañón, las municiones separadas se expandían y llegaban a grandes franjas de la infantería del enemigo, destrozándola», explica Bill Mcquade. Los franceses fueron cayendo, pero no dejaban de llegar más y más, desbordando la primera línea de infantería. Para resolver la apurada situación lord Uxbridge, jefe de la caballería aliada, ordenó a la 2.ª brigada pesada británica realizar una carga.

Nueve escuadrones de caballería salieron para hacer retroceder a los aturdidos galos. El asalto francés fue finalmente rechazado por la caballería. «Empujaron a la infantería francesa, que se retiró en gran desorden, literalmente corriendo por el campo de batalla», señala Mcquade. Sin embargo, uno de los regimientos de la brigada, el de los Scots Greys, se cegó con el éxito, y siguió avanzando para atacar a la artillería francesa. Fueron cogidos de flanco por una

carga de los lanceros de la Guardia Imperial, que casi los aniquilaron.

BARRICADAS CON CADÁVERES

Al mismo tiempo, la lucha continuaba, aunque sin influir en el desarrollo de la batalla principal, en el viejo castillo de Hougoumont, donde se encontraban unos dos mil quinientos guardias británicos y unos cientos de alemanes y holandeses. El príncipe Jerónimo, hermano de Napoleón, tenía la misión de acabar con ellos. Lo que en principio se suponía que no iba a ser muy complicado se convirtió en un gran ataque. Trece mil franceses rodearon el castillo y durante varias horas los ingleses, bien armados, resistieron.

Más importante era el combate parcial que se desarrollaba en la granja de La-Haye-Sainte, punto estratégico pues estaba justo en el centro del campo de batalla, sobre la carretera de Bruselas, delante de Mont-Saint-Jean, algo adelantado a la línea aliada, que Wellington había guarnecido con un batallón de cuatrocientos hombres de la King’s Germán Legión (antiguos miembros del ejército de Hannover, ocupado por Napoleón, que estaban al servicio de Inglaterra) con la orden de fortificarse y resistir allí. Los franceses atacaron con determinación la granja y obligaron a los soldados alemanes a esconderse en el granero. Pero había un grave problema. «La noche anterior habían quemado toda la madera para hacer fuego donde calentarse, para poder preparar algo de alimento, secar sus ropas y equipos. Habían quemado incluso las barricadas que les podrían haber protegido contra el ataque francés que se avecinaba», cuenta Mcquade.

Para frenar a los franceses, los alemanes levantaron barricadas en la puerta del granero apilando los cuerpos de los soldados franceses muertos, situándose tras ellos y protegiéndose del ataque de bayonetas y mosquetes. Pero pagaron muy cara su resistencia. Al final, sólo cuarenta y seis legionarios sobrevivieron.

Al ver que sus tropas ocupaban La-Haye-Sainte, Napoleón consideró que había ganado la batalla, puesto que había roto el centro del dispositivo defensivo de Wellington, pero estaba equivocado.

A media tarde, el mariscal Ney observó un movimiento de tropas en el frente contrario, que interpretó como una retirada y «ordenó una de las mayores cargas

de caballería de la historia, uno de los más grandes espectáculos militares de todos los tiempos. Una primera tanda de cinco mil jinetes, seguida por otra de cinco mil más, llegaban como algo imparable y tremendo a la meseta de Mont-Saint-Jean», señala Duncan Anderson.

Wellington debía actuar rápidamente o su ejército sería aplastado. Mientras los efectivos de caballería atronaban subiendo la pendiente, la infantería inglesa formó en cuadro, esos cuadros inexpugnables que tanta fama le había dado; formaron tres filas de fusileros: una de rodillas; otra, a media altura y la tercera, por encima, un cuadrilátero compacto erizado de bayonetas por los cuatro lados. Estas formaciones eran muy vulnerables a la artillería o a la infantería pero mortales para la caballería. Constituyeron veinte cuadros dispuestos a resistir con sus bayonetas caladas. Debían rechazar el ataque francés y obligar a los coraceros a huir. La mejor infantería del momento se enfrentaba a la mejor caballería de su época.

Cuando los jinetes franceses estaban a unos sesenta metros, los oficiales británicos dieron la orden de fuego a discreción. Los jinetes franceses caían alcanzados por los cañones británicos. Los caballos enloquecían, el humo lo cubría todo y los hombres morían, pero los jinetes —sin apoyo ninguno de la artillería ni de la infantería— continuaban intentando llegar a los cuadros de infantería inglesa, a su centro de defensa. Cabalgaban contra el infierno. En la meseta todo era confusión… Ambos ejércitos luchaban sin parar, encarnizadamente.

Los ataques fueron repelidos hasta doce veces por los sólidos cuadros de infantería aliados. «Su actuación fue muy eficaz frente a la caballería francesa. Los caballos no son estúpidos y su naturaleza es no chocar contra filas de soldados con bayonetas, ni contra los obstáculos del terreno», explica Duncan Anderson. Las doce cargas de caballería no sirvieron de nada. El campo se llenó de caballos y soldados muertos. La formación de Wellington se mantuvo firme y la caballería francesa hizo poco impacto, sobre todo porque Ney no disponía de reservas frescas de infantería. Tampoco tuvo apoyo artillero, que hubiera causado víctimas en el bando enemigo pero también en el propio.

Después, el rápido fuego de la artillería británica obligó a la caballería francesa a retroceder para reagruparse. Al final, los contraataques de los regimientos de la caballería ligera británica y la brigada de caballería pesada

holandesa acabaron por desbaratar la desordenada ofensiva de la caballería napoleónica.

LA GUARDIA IMPERIAL RETROCEDE

Al caer la tarde, Wellington vio llegar a los treinta mil soldados prusianos. Según cuenta Duncan Anderson, «la reacción de Wellington cuando vio a los prusianos próximos fue una mezcla de alivio y ansiedad. Estaban todavía demasiado lejos y temía no ser capaz de frenar más a los franceses». Además, ¿cuál seria la mejor forma de utilizar a los prusianos para inclinar la balanza de la batalla a su favor? Aún estaban a mucha distancia para ser de utilidad en la línea central apoyando esa posición clave. Otra opción era un ataque por la retaguardia de Napoleón, pero no eran suficientes para realizar con éxito esta maniobra. Sin embargo, si los prusianos iniciaban una nueva batalla obligarían a Napoleón a distraer fuerzas.

A las seis de la tarde comenzó el ataque prusiano al ejército francés que ocupaba la aldea de Plancenoit. «En el momento decisivo en la batalla —indica Duncan Anderson—, cuando todos los esfuerzos de Napoleón estaban dedicados a romper la línea de Wellington, su atención tuvo que desviarse de repente a la batalla en Plancenoit, una posición clave sobre su flanco derecho».

Napoleón seguía a la espera de sus reservas, pero Emmanuel de Grouchy con unos treinta y cuatro mil soldados no llegaría a tiempo. Había que tomar decisiones. Ante la amenaza de los prusianos por el flanco derecho y de Wellington en el centro, estaba al borde del colapso. Pero el ambicioso emperador siguió adelante. «Una actitud más prudente podría haber reducido sus pérdidas. Sin embargo, Napoleón había conquistado Europa a base de no ser prudente. Era un jugador por excelencia. Seguía creyendo que tenía que jugárselo todo», afirma Anderson.

Además, en esos momentos estaba convencido de que tenía ventaja y que había ganado. «Habla sido una larga y muy difícil lucha, pero él creía que era el mejor general», señala Bill Mcquade. A las siete y media decidió dar la orden a la Guardia Imperial de lanzar un ataque sobre el grueso de las fuerzas enemigas. Sus soldados más fieros, el orgullo de Francia, se encargarían de dar el golpe

final. «Era la *creme de la creme* de su ejército. A lo largo de su carrera militar su utilización generalmente significaba que la batalla habla terminado y que el emperador era el ganador», explica Mcquade.

Bonaparte abandonó su cuartel general y avanzó hacia el frente con nueve batallones de infantería de la Guardia Imperial, tres de ellos de granaderos y cazadores de la Vieja Guardia, formados por veteranos de veinte a veinticinco años de servicio. Los otros seis batallones eran de granaderos y cazadores de la Guardia Media, con veteranos de entre ocho y cuatro años de experiencia. Unos cuatro mil quinientos hombres fanáticamente leales al emperador.

Otros tres batallones de la Vieja Guardia quedaron protegiendo la vía de retirada, la carretera de Charleroi, por si los prusianos rebasaban Plancenoit. Detrás de la Guardia seguían las unidades de infantería que había podido reunir a esas alturas del enfrentamiento. A poco más de quinientos metros de las líneas aliadas, Bonaparte cedió el mando del resto al mariscal Ney.

Wellington esperaba pacientemente tras haber reforzado su centro con fuerzas de su ala izquierda, que ya no estaba amenazada porque los prusianos estaban acercándose por allí. En total, casi 50 000 hombres esperaban el ataque de 16 000. Cuando se aproximaba la Guardia Imperial francesa optó por un ataque frontal de la infantería, que tras unas descargas de fusilería cargaría a la bayoneta.

Según explica Bill Mcquade, «cuando llegaron a unos veinte metros de su línea, Wellington, que había mandado ocultarse a sus mejores hombres, los guardias británicos, les ordenó ponerse en pie y abrir un fuego que derribó a los primeros elementos de la Guardia Imperial. El efecto de choque fue enorme. Toda la unidad agotada tras varias horas de batalla comenzó a retroceder». Cerca de trescientos guardias murieron en el primer minuto. Abriéndose paso entre la humareda de la última descarga de la artillería aliada subió la ladera otro batallón de granaderos de la Vieja Guardia y la lucha continuó… Entonces pasó lo impensable: la Guardia Imperial de Napoleón se replegó. Era la primera y última vez que se veía forzada a retirarse: el grito de «¡Adelante!», se cambió por el de «¡Sálvese quién pueda!», mientras se oía algo insólito: «¡La Guardia retrocede!».

La tenacidad de las tropas prusianas permitió que Blücher doblegara la feroz resistencia francesa en Plancenoit, atravesara el pueblo y pudiera reunirse con Wellington en la posada de La Belle Alliance, donde Napoleón había instalado

su puesto de mando durante la batalla. El mariscal de campo británico aprovechó la oportunidad y ordenó el avance general. A medida que su ejército avanzaba, las fuerzas francesas tuvieron que retroceder. Ney los alentaba a resistir aún, pero la batalla había terminado con la victoria de las fuerzas aliadas en una lucha que de otro modo podía haber derivado en un empate técnico. Si no hubiesen llegado los refuerzos de Blücher posiblemente hubiese vencido Napoleón con grandes pérdidas, en una batalla tremenda. Si hubiesen aparecido ambos refuerzos, tal vez también hubiera ganado el emperador. Pero apareció Blücher y no Grouchy.

Tres batallones de la Guardia Imperial protegieron la retirada de Napoleón. Fueron conminados a rendirse, pero la respuesta del general Cambronne, que los mandaba, fue concisa y célebre: «*Merde! La Guardia muere, no se rinde*». Y, efectivamente, todos acabaron por morir. Napoleón huyó con una pequeña escolta a París. Podría haber seguido luchando, porque le quedaban miles de soldados, pero el desánimo le invadió. Abdicó por segunda vez.

Napoleón jamás reconoció que fue Wellington quien lo derrotó y cuando hablaba sobre la batalla solía culpar por su incompetencia a todos: al general Grouchy por no haber conseguido interceptar a los prusianos tras su retirada de Ligny; a Ney porque no logró vencer a Wellington el 17 de junio y abrirse paso rápidamente en Quatre-Bras; a los regimientos de D’Erlon por flaquear en Ligny el 16 de junio…

Según los expertos, los errores en la comunicación y en el liderazgo y la estrategia y órdenes equivocadas dieron lugar, en última instancia, a la derrota francesa. También el clima jugó en contra: Napoleón tuvo que retrasar el ataque hasta que el suelo se secó. Hombres, caballos y artillería se hundieron en el lodo y avanzaron lenta y cansadamente por el barro, retrasando su marcha varias horas. Si hubiera atacado antes posiblemente el resultado hubiera sido diferente. Pero no fue así y para Napoleón supuso su segunda y última derrota.

Más de cincuenta mil hombres dejaron sus vidas sobre el campo de Waterloo.

EL FINAL DE UNA ÉPOCA

La noticia de la victoria de Wellington en Waterloo se propagó rápidamente y Francia se entregó incondicionalmente a los aliados. Los cien días de Napoleón como emperador hablan terminado. Fue confinado nuevamente, esta vez a la isla de Santa Elena, posesión británica en medio del Atlántico Sur y, para garantizar que no volviera a escapar, patrullas de la armada británica le vigilarían constantemente desde el mar, hasta su muerte, tras una larga enfermedad, seis años después.

La consecuencia inmediata de la victoria de Waterloo fue la desaparición de Napoleón y su imperio y el predominio de las potencias aliadas reunidas en el Congreso de Viena, deseosas de restaurar el antiguo régimen del absolutismo monárquico. Luis XVIII volvió al trono francés y Gran Bretaña se convirtió en la única superpotencia mundial, posición que mantuvo durante más de un siglo. Rusia se quedó con Finlandia y gran parte de Polonia.

También, a partir de lo resuelto en el Congreso de Viena, surgió la Confederación Alemana, formada por treinta y nueve estados, entre ellos Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover y Württemberg que, bajo la hegemonía del primero, acabarían constituyendo en 1871 el II Reich alemán.

El general Gebhard Leberecht von Blücher murió cuatro años después de Waterloo. Wellington no volvió a batallar, se convirtió en un héroe nacional y se dedicó a la política. Según sostiene Duncan Anderson, «después de Waterloo, hay muchas pruebas que sugieren que Wellington sistemáticamente se apropió de parte de la leyenda napoleónica. Incluso comenzó a coleccionar amantes de Napoleón».

En cualquier caso, fue el último general que gozó de verdadero poder político en Reino Unido. Se convirtió en una de las estrellas del Partido Conservador británico y en 1828 llegó a ser primer ministro. Después fue ministro de Asuntos Exteriores y jefe de la Cámara de los Lores, durante el gobierno de Robert Peel, líder del partido Tory. Se retiró de la vida política en 1846.

En opinión de muchos historiadores, si Napoleón hubiera ganado en Waterloo Europa occidental seria completamente diferente. Tal vez hubiera continuado ganando batallas, conquistando país tras país. En palabras de Anderson: «Europa a principios del siglo XIX podría haberse unificado en una

forma mucho más nítida de como lo está hoy».

17

GETTYSBURG

Fecha: Del 1 al 3 de julio de 1863.

Fuerzas en liza: El ejército de la Confederación (ejército del norte de Virginia) contra el ejército de la Unión (ejército del Potomac).

Personajes protagonistas: Suristas: el general Robert E. Lee, J. E. B. Stuart y George Pickett. Unionistas: el general George Gordon Meade, el brigadier general John Buford y el coronel Joshua L. Chamberlain.

Momentos clave: La acción dilatoria de la caballería de Buford el día antes de la batalla. La defensa de Little Round Top por el 20.º Regimiento de Maine. La carga de Pickett.

Nuevas tácticas militares: En la guerra de Secesión se empleó por primera vez el telégrafo y el ferrocarril en las operaciones militares, al tiempo que el componente tradicional no desaparece. También aparecieron el fusil de retrocarga, la ametralladora, la bomba de relojería y las minas, tanto de tierra como submarinas.

La guerra de Secesión duró cinco años. En ella murieron miles de hombres en cruentas batallas. La más famosa y decisiva es Gettysburg, en la que el hasta entonces invicto general Lee fue derrotado, marcando el comienzo de la ofensiva de la Unión. Este desastre confederado inició un proceso de debilitamiento de las fuerzas sudistas que concluyó con la capitulación de los Estados Confederados del Sur ante el general Ulises Grant en 1865. En Gettysburg el destino de la Unión, según la visión tradicional de la batalla, se decidió en una hora de lucha desesperada sobre las laderas rocosas de Little Round Top. Sin embargo, recientes investigaciones dan una nueva visión del encuentro y demuestran que, aunque hasta el momento no se le ha dado importancia, el primer día de confrontación marcó el inexorable fracaso del general Lee y de sus soldados del Sur en su segunda invasión del Norte.

La guerra de Secesión o guerra civil estadounidense, que tuvo lugar entre 1861 y 1865, enfrentó a las fuerzas de los estados del Norte —la Unión— contra los recién formados Estados Confederados de América, integrados por once estados

del Sur que proclamaron su independencia: Carolina del Sur, Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas, a los que más tarde se unieron Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte.

En el tercer verano de la guerra, durante tres cálidos días de julio de 1863 las fuerzas de la Unión y de la Confederación lucharon en una batalla épica, cerca de un pequeño pueblo del sur de Pennsylvania: Gettysburg. Los dos grandes ejércitos se situaron uno al frente del otro. Los confederados contaban con las aguerridas fuerzas del ejército del norte de Virginia con setenta y cinco mil soldados. En el lado de la Unión, noventa mil hombres del ejército del Potomac.

Un mes antes, las fuerzas confederadas habían vencido en Virginia al ejército del Potomac, en la batalla de Chancellorsville (al sureste de Gettysburg). Parecía que una victoria decisiva más, esta vez en el suelo del estado nordista de Pennsylvania, podría aplastar la ya hundida voluntad del Norte, cansada de luchar y de perder, y forzar al gobierno de Abraham Lincoln a negociar una paz que ratificara el triunfo de la Confederación.

El 1 de julio, el ejército sudista del general Robert E. Lee se encontró con el ejército del Potomac, mandado por el recién nombrado jefe de las fuerzas del Norte, el general George Gordon Meade. Después de dos días de sangrientos y duros combates, el bombardeo de artillería más intenso de la guerra llegó a su punto culminante. El general Lee ordenó a la división de Pickett avanzar para resquebrajar las posiciones del centro de la Unión. Cuando la carga de Pickett comenzó, la batalla llegó a su clímax. Los soldados de la Unión no podían creer la visión que tenían delante: miles de soldados sudistas avanzaban a lo largo de varios centenares de metros de un campo desprotegido para intentar quebrar sus líneas…

Este momento ha sido visto por los historiadores como el punto culminante de Gettysburg, cuando el general Lee —que parecía invencible durante tanto tiempo— perdió la batalla. La historia dice que, después de tres días de terribles combates, el ejército de la Unión había triunfado. Tras la victoria nordista, en el campo de batalla yacían miles de cadáveres, que descansan actualmente en el cementerio del Parque Nacional de Gettysburg, uno de los puntos de la geografía de Estados Unidos que recibe más visitantes cada año.

Actualmente las pruebas encontradas en el campo de batalla sugieren una historia diferente: que los confederados habían sido debilitados fatalmente dos

días antes de la carga de Pickett, momento en el que Lee fracasó al no conseguir romper la línea federal en el centro. Las semillas de la derrota fueron sembradas la primera jornada, el mismo día en que Lee creía que había ganado. «De todas las batallas en que las tropas estadounidenses han luchado, Gettysburg es la que más mitos ha creado. Y la mayoría de ellos están precisamente centrados en el tercer día de la batalla», asegura Gary Gallagher, profesor de Historia de la Universidad de Virginia.

CÓMO MEDIR LA EFICACIA DE UN COMBATE

El excoronel del ejército estadounidense y veterano de Vietnam, Tom Vossler, ha analizado cada centímetro de este campo de batalla e investigado las fuentes históricas con el deseo de llegar a un nuevo enfoque para comprender los acontecimientos ocurridos durante ese fatídico día. «En mi opinión —afirma— el ataque de Pickett fue totalmente innecesario porque la cuestión ya se había decidido el 1 de julio». Vossler no es el único que opina que el primer día fue fundamental. Otros historiadores y expertos, como Eric Campbell, historiador del Parque Nacional de Gettysburg, creen que «el primer día ha sido pasado por alto, pero lo que sucedió fue crítico para lo que pasaría en los dos días siguientes».

Para llegar a sus conclusiones sobre la primera jornada de lucha, Vossler ha empleado un método que utiliza desde hace dos siglos el ejército de Estados Unidos y que se llama ARTEP (Army Training and Evaluation Program, en sus siglas inglesas), es decir, el Programa de Capacitación y Evaluación del Ejército. El ARTEP analiza objetivamente el grado de eficacia con que un comandante aplica los llamados «principios de la guerra». Dicho de otra forma, el ARTEP establece la forma correcta de llevar a cabo una batalla. Y parece ser que el brillante general Lee cometió más de un error.

Durante el primer día de Gettysburg, uno de los principios que se siguieron fue lo que los militares denominan «economía de la fuerza en masa» para obtener el uso más eficaz de las tropas disponibles. Y es que desde el principio lo que Lee quería era que la batalla se transformara en una confrontación decisiva para poner fin a la guerra; sería el golpe definitivo que obligara al Norte a

reconocer la independencia de la Confederación. «Creía firmemente en la superioridad del ejército del norte de Virginia y en sus conocimientos para hacerse cargo y mantener la ofensiva», indica Vossler.

Las victorias obtenidas hasta ese momento sobre la Unión, en condiciones desfavorables en muchas ocasiones, motivó que Lee creyera que sus tropas eran invencibles. Así que pensando que la derrota del ejército del Potomac representaba la mayor oportunidad para alcanzar la causa confederada y minar la voluntad de luchar nordista, Lee marchó con su ejército hacia el norte.

«Existe un gran contraste entre los dos comandantes del ejército en Gettysburg. El confederado Robert E. Lee se encontraba en lo más alto de sus facultades, repleto de confianza y al mando de un ejército que creía fielmente en él; lo que les pidiera que hicieran, lo harían. El ejército de la Unión estaba bajo las órdenes del mayor general George Gordon Meade, que sólo llevaba al mando tres días en el momento de la batalla», cuenta Leonard Fullenkamp, profesor de Historia Militar del Army War College.

Meade —nacido en la ciudad española de Cádiz, de padres estadounidenses — tenía cuarenta y ocho años y llevaba en el ejército desde el comienzo de la guerra. Era un soldado profesional formado en West Point y con una enorme carga de responsabilidad aceptó asumir el mando del ejército la mañana del 28 de junio, en sustitución de Joseph Hooker y después de que el mayor general John Reynolds declinase el nombramiento.

Robert E. Lee era un hombre tranquilo que ya se había distinguido en las guerras contra México. Cuando el conflicto se hizo inevitable, el presidente Abraham Lincoln le ofreció el mando de las tropas de la Unión, pero cuando Lee supo que su amado estado natal Virginia abrazaba la causa confederada, decidió vestir la guerrera gris de los sudistas.

El prólogo de Gettysburg se produjo el 30 de junio, aunque oficialmente la batalla comenzó al día siguiente. Ambos ejércitos iban avanzando hacia el norte por el valle del Potomac, Lee con la intención de invadir Pennsylvania; el ejército del Potomac, aunque batido, persiguiéndole para impedirlo o al menos dificultarlo. Marchaban más o menos en paralelo, los confederados más al oeste y adelantados.

Según parece, todo empezó cuando un destacamento de soldados sudistas, que había oído decir que había una fábrica de botas en un pequeño pueblo

llamado Gettysburg, decidió apoderarse del calzado para las fuerzas confederadas.

Se desviaron de su camino haciendo un giro en dirección al este, pero antes de llegar al pueblo se tropezaron con las avanzadillas de la caballería de la Unión; un joven teniente unionista dio la orden de disparar a la columna sudista, a lo que éstos replicaron con una descarga de fusilería, en lo que fue el primer choque entre las dos fuerzas. Los generales, al enterarse, enviaron tropas para rechazar al enemigo. Poco a poco las fuerzas de ambos ejércitos fueron sumándose hasta el 1 de julio, en que dio comienzo la batalla que iba a ser el punto de inflexión de la guerra, una confrontación mucho más decisiva de lo que ninguno de sus protagonistas podía pensar de antemano.

Cuando comenzó el enfrentamiento apenas una tercera parte del ejército de la Confederación estaba cerca de Gettysburg. Sin embargo, desde el principio tomó la ofensiva. El análisis ARTEP indica que Lee ya había cometido una transgresión de los principios de la batalla: no comenzarla antes de que su ejército se hubiera concentrado. Fue imposible para el general Lee contar con la masa suficiente de fuerzas para perforar la defensa de la Unión. ¿Cómo pudo haber cometido ese aparentemente gran error?

LAS VENTAJAS QUE SUPUSO EL TELÉGRAFO

El analista de inteligencia Kim Campbell piensa que se trató de un fallo de información. «La inteligencia en el campo de batalla, en los diferentes niveles —el estratégico, el operacional y el táctico—, es vital para ganar una guerra. Hay que saber dónde está el enemigo, cuáles son sus intenciones y cuáles sus fuerzas». Su teoría es que en el bando de la Confederación les faltó contacto e informes, lo que impidió tener una idea clara de la posición y número de los nordistas.

El general Lee confiaba en la caballería para vigilar al enemigo y obtener información sobre movimientos y número de soldados. Los ojos y los oídos de Lee en la caballería era James Ewell Brown Stuart. «Jeb» Stuart era conocido por su maestría en el reconocimiento y el uso de la caballería en operaciones ofensivas. Lee había confiado en él muchas veces en el pasado y nunca le había

defraudado, proporcionándole la información que necesitaba sobre las posiciones enemigas. Pero a finales de junio Stuart había desaparecido. Stuart llegó el segundo día de Gettysburg porque se había marchado a realizar operaciones por los alrededores por su cuenta, acción que supuso un inicio desfavorable de la batalla para la Confederación.

Según afirma el profesor de Historia de la Universidad de Virginia, Gary Gallagher, «generalmente Lee tenía muy buena información del rival, pero no fue el caso durante la campaña de Gettysburg, y esto es algo en lo que coinciden los historiadores. En esta ocasión "Jeb" Stuart no pudo hacer su trabajo de mantener a Lee informado de todos los pasos del ejército federal. Era la primera vez a lo largo de la guerra que la Unión tenía una clara ventaja en la información».

El ejército local conocía en todo momento los movimientos de las tropas y de las unidades de artillería sudistas. «Sabían muchos detalles del enemigo, información que llegó al general Meade a través de una nueva tecnología: el telégrafo. Fue algo realmente revolucionario», indica el profesor de Física de la Universidad de Longwood (Virginia), Charles Ross, quien ha estudiado el papel de la tecnología en la guerra y es concluyente sobre este punto: la fácil disponibilidad de información del adversario fue vital para Meade. «El telégrafo le permitió obtener información en tiempo real, sin depender de pistas visuales, ni de las señales acústicas o de los mensajeros. Meade tenía una red estratégica de líneas telegráficas a través de Maryland y Pennsylvania que le permitía mantenerse al corriente de los movimientos del ejército de Lee antes de la batalla».

El telégrafo eléctrico tuvo un papel importante para enviar órdenes y recibir informes para ambos bandos. Sin embargo, el Norte lo rentabilizó más que el Sur y creó durante la guerra veinticuatro mil kilómetros más de tendido. Los mensajes se transmitían en código Morse, y los más importantes eran cifrados.

Al carecer de inteligencia en este sentido, aun antes de que Gettysburg empezara «Lee se encontraba en una situación de desventaja: desconocía la posición de Meade. No tenía previsto luchar, además carecía de la información necesaria para dar forma a la batalla que él quería llevar a cabo. Todo se precipitó antes de poder concentrar sus tropas», sostiene el historiador Eric Campbell.

PRIMER DÍA: LA EXCESIVA CONFIANZA DEL GENERAL LEE

La primera confrontación tuvo lugar al oeste de Gettysburg. Una división de caballería de la Unión, desmontada y combatiendo como infantería, se enfrentó a una fuerza de infantería de la Confederación con más del doble de efectivos. El ejército del general Lee todavía no estaba completo, pero los jefes con mando de tropas tuvieron la sensación de que iban a conseguir una rápida victoria. Afortunadamente para las fuerzas federales, a Lee le llevó la mayor parte del día reunir sus soldados y disponerlos para atacar las zonas débiles. El comandante de la división de infantería confederada Harry Heth actuó con excesiva confianza.

«Había siete mil soldados de infantería, al mando de Harry Heth, frente a tres mil de la caballería federal. El comandante de la división de caballería de la Unión, John Buford, sabía que no podía ganar ante una fuerza tan superior. Pero se dio cuenta de un hecho que sería de vital importancia», explica el profesor Gary Gallagher. Buford tenía una ventaja a su favor: conocía el terreno muy bien. «Ya había cabalgado por la zona de Gettysburg y sabía que había una zona elevada al oeste de la ciudad, algo que fue clave durante la batalla. Podía sacar una ventaja táctica de ese terreno elevado para retrasar la llegada de los soldados de la Confederación», cuenta el excoronel Tom Vossler. Y allí, en Seminary Ridge, estableció una inteligente alineación defensiva que le permitió ganar tiempo, algo que para muchos expertos fue decisivo en los días posteriores, incluso en la victoria final.

Los soldados de la división de Buford estaban armados con las famosas carabinas Sharp, un arma de retrocarga muy eficaz. Se cargaban con un cartucho, que contiene en una sola pieza la bala, la pólvora y el fulminante, aunque seguían siendo de un solo tiro. «La carga del arma se simplificaba y aceleraba al máximo. Tenía un cerrojo de bloque de movimiento vertical que al cerrarse cortaba la parte posterior del cartucho de papel», indica Dave Booz, miembro de la asociación Norte-Sur Skirmishers.

Frente a las Sharp de la caballería del Norte, el arma más común en el ejército confederado a esas alturas de la guerra era el mosquete de percusión modelo 1842, mucho más lento de cargar. «Para cargar estos mosquetes, el

soldado tenía que colocarlo delante de él, tomar un cartucho envuelto en papel y, para abrirlo, debía de morder el extremo posterior del cartucho y verter la pólvora por la boca del cañón, meter después la bala, sacar la baqueta de su depósito, atacar bien bala y pólvora, sacar un detonante de su estuche, colocarlo en el mecanismo de disparo, apuntar y disparar. Había que maniobrar mucho para poder disparar», señala el experto de la Heritage Foundation, Chris Semancik.

El enfrentamiento entre la carabina de la caballería de la Unión y el mosquete de la infantería de la Confederación se convirtió en una carrera contrarreloj. Se tardaba cerca de treinta segundos para disparar el mosquete de avancarga. En ese tiempo, la carabina ya había disparado dos veces. Durante un período de dos minutos, la Sharp realizaba diez disparos frente a los cuatro del mosquete confederado. Esta rapidez de fuego de la Unión significó una ventaja esencial para la caballería y niveló la diferencia de efectivos.

«Buford desmontó a los jinetes dando la impresión de que se trataba de la infantería de la Unión y no de la caballería, y de que tenía una fuerza mayor de la que en realidad era», asegura Tom Vossler. «Él sabía que su caballería no podía enfrentarse a una división de infantería de la Confederación. Así que utilizó sus tropas de la manera más eficaz para ganar tiempo mientras obligaba a los sudistas a retrasarse en preparar las líneas de batalla, traer su artillería… Dio a la infantería de la Unión tiempo a aproximarse en ayuda de la caballería», indica Gary Gallagher.

El general John Buford supo aplicar muy eficazmente uno de los principios fundamentales de la guerra: la economía de la fuerza. Por el contrario, al general Lee le faltó la masa suficiente de tropas para su ataque, lo que le frustró una rápida victoria en este primer combate. Los confederados avanzaron poco a poco y por ello pagaron un sangriento precio.

Cuando llegó la infantería de la Unión —el I Cuerpo de Ejército de Reynolds— la batalla se intensificó. Uno de los primeros enfrentamientos de infantería tuvo lugar en el bosque de Herbst Woods. «Según las descripciones de un soldado confederado que participó, el ataque fue tan fuerte que parecía que una tormenta les había envuelto. La humedad y el humo daban la sensación de que en el bosque había caído la noche. Se escuchaba una terrible mezcolanza de llantos, gritos, vítores, gemidos, lamentos, oraciones, maldiciones, estallidos de

proyectiles, zumbidos de balas de fusil y sonidos de acero. No había descanso y la carnicería continuó. Fue una batalla indescriptible, sangrienta y fiera», indica Scott Hartwig, historiador del Parque Nacional Militar de Gettysburg.

En este campo de batalla se encontraba el 26.º Regimiento de infantería de Carolina del Norte. Ese día perdió a 550 hombres, más del 60 por ciento del total de su fuerza. Pero apenas cuarenta y ocho horas más tarde, este maltratado regimiento confederado se alineó a la carga de Pickett. «Robert E. Lee tuvo que llamar a las unidades que habían luchado el primer día para que participaran en el ataque del 3 de julio al centro de las fuerzas de la Unión», indica el historiador Scott Hartwig.

El primer encuentro terminó con la retirada de los nordistas, lo que técnicamente era una victoria de los confederados, pero les costó demasiado tiempo, demasiada energía y demasiada sangre. El primer día, la mayoría del ejército del Potomac estaba todavía a varios kilómetros al sur. En su retirada, gradualmente las tropas unionistas del Cuerpo de Reynolds arrastraron el combate hasta las propias calles de Gettysburg.

«En la ciudad vivían alrededor de dos mil cuatrocientos vecinos. Ese día más de quince mil soldados del ejército de la Unión convergieron sobre sus calles y al menos un número igual de confederados. El enorme número de personas que se desplazaron en la ciudad también fue un factor decisivo y un nuevo obstáculo para los hombres de Lee», señala Scott Hartwig.

Hasta el momento, la batalla se había desarrollado en los campos y bosques. Ahora tenía lugar calle por calle, casa por casa. «La Unión estaba de retirada, los confederados les estaban haciendo retroceder a través las calles. Pero los confederados tardaron horas en llegar a la parte sur de la ciudad y cuando lo conseguían, sus soldados no estaban en condiciones de continuar la lucha», señala Eric Campbell. «La ciudad de Gettysburg —añade— es el centro de intersección de todos los caminos de Pennsylvania y forma una especie de gran embudo, que destruyó la coherencia de las fuerzas confederadas».

El matemático Keith Still, un reconocido experto en dinámica, con multitud de estudios sobre el comportamiento en ambientes congestionados, ha construido un modelo exacto de Gettysburg utilizando los planos de la localidad en 1863. «Hemos creado un modelo donde cada uno de los caminos está ocupado por los soldados de la Unión en retirada mientras las tropas confederadas están

avanzando. Entonces, comprobamos que llega un momento en que convergen y se crea un gran embudo que conduce a Cemetery Hill y Cemetery Ridge (una colina prolongada y una altura alargada, al sur del pueblo). Y es que existían gran cantidad de caminos de llegada, pero sólo unos pocos de salida. Al final, el avance de la Confederación se convirtió en un problema de congestión. La multitud de soldados no podía moverse, por lo que, literalmente, se atascaron en la geometría de la ciudad de Gettysburg».

El modelo desarrollado por Keith Still demuestra que el progreso de la Confederación se hizo aún más lento durante la oscuridad de la noche. Sin embargo, la mayoría de los soldados sudistas pensaban que el día había ido bien y el general Lee consideró que la victoria estaba próxima. «Se confió en exceso: tenía todos los motivos para creer que con su fuerza concentrada conseguiría el éxito de la batalla», afirma Leonard Fullenkamp, profesor del Army War College.

El primer día del encuentro, las fuerzas de Lee empujaron a las tropas federales a través de la ciudad a una posición defensiva en Cemetery Ridge. El ejército de Lee parecía invencible. Al final del día, era como si otra gran victoria confederada estuviera a punto de producirse. Sin embargo, lamentablemente, se equivocó. Su ataque el 1 de julio le habla costado demasiado y le pasaría factura horas después.

SEGUNDO DÍA: EL 15.º DE ALABAMA SE BATE CON BRAVURA

Cuando el sol se levantó el 2 de julio, se habían establecido las líneas de batalla. La posición defensiva de la Unión se asemejaba a una «J» invertida, una especie de gancho que se extendía a lo largo de cinco kilómetros y medio, con su ala derecha en el terreno elevado de Culp’s Hill, al norte, trazando luego una curva hacia arriba alrededor de Cemetery Hill y bajando luego hacia el sur a lo largo de Cemetery Ridge hasta las colinas gemelas de Little Round Top y Round Top. Geográfica y estratégicamente, los 182 metros de altura de Little Round Top y Round Top constituían un lugar favorable para la defensa del ala izquierda de la Unión. El general Meade había perdido el día anterior la ciudad de Gettysburg, pero sus soldados controlaban mejor el terreno.

Lee tenía una línea dos veces más larga, puesto que tenía que envolver por fuera a toda la línea de la Unión: de dos semicircunferencias concéntricas, la exterior siempre es más amplia que la interior. Teniendo en cuenta que además no tenía superioridad numérica, tendría que concentrar fuerzas para atacar en un punto u otro del dispositivo nordista, pero no podría lanzar un ataque general sobre las posiciones enemigas. La línea confederada pasaba por la población de Gettysburg, lo que era un buen apoyo si los de la Unión atacaban, pero se extendía por un terreno siempre más bajo que el unionista, lo que era una desventaja para el ataque.

Los comandantes de la Unión sabían que el ataque confederado era inminente. En el extremo norte de la Unión una posición estratégica fue clave: Culp’s Hill. «Era absolutamente esencial para la defensa de la Unión, porque si caía Culp’s Hill, Baltimore Pike quedaba indefenso, y con él la arteria principal de logística y comunicaciones de las fuerzas del Norte», indica Gary Gallagher, profesor de la Universidad de Virginia.

Los sucesivos ataques de la Confederación no pudieron tomar esta importante posición. La naturaleza ha destruido todas las pruebas de las ocho horas de feroz lucha que tuvo lugar aquí. «No hay otro lugar en el campo de batalla donde una línea fuera peleada por tanto tiempo; sin embargo, este punto se suele pasar a menudo por alto», afirma Curt Musselman, coordinador de cartografía del Parque Nacional de Gettysburg, cuyo trabajo ha revelado lo que hasta ahora ha sido un campo de batalla oculto, tras haber estudiado los mapas del siglo XIX en contraposición con las modernas fotografías aéreas, las posibilidades informáticas y de los equipos GPS. Los trabajos de Musselman han permitido localizar la situación de las distintas posiciones defensivas construidas los días previos por los soldados de la Unión, y hoy ocultas, que sirvieron para fortificar Culp’s Hill y que, junto a las barreras naturales del lugar, impidieron que las considerables fuerzas del general Lee abrieran brecha en las líneas de defensa federales.

A poco más de cinco kilómetros de distancia, en el otro extremo de la línea de batalla, estaba Little Round Top, ocupada por una división del XII Cuerpo de Ejército mandado por John W. Geary, otro de los lugares cruciales de la defensa yanqui sobre el que los confederados lanzaron un desesperado asalto. Hubo muchos momentos cruciales en los tres días de batalla en Gettysburg, pero la

defensa de este lugar por el 20.º Regimiento de Maine fue fundamental. Si los soldados del Norte hubieran sido expulsados de Little Round Top, la batalla de Gettysburg sin duda hubiera tenido un resultado diferente. Al menos eso es lo que piensan la mayoría de los historiadores.

El general Meade ordenó a la unidad de Geary reunirse con el resto del XII Cuerpo en Culp's Hill y a las tropas del III Cuerpo del general Daniel E. Sickles ocupar la posición de Geary. Pero en la confusión, las tropas del III Cuerpo no llegaron y Geary trasladó a sus hombres demasiado pronto, dejando Little Round Top casi indefensa, guarnecida por el 20.º Regimiento de infantería de Maine, del V Cuerpo de Ejército.

Lee, ante la debilidad federal, eligió atacar el sur o ala izquierda de la línea de la Unión. Si las tropas confederadas podían romper esta parte de las defensas enemigas y ocupar Little Round Top, toda la línea de la Unión se volvería indefendible. Los confederados podrían plantar su artillería ahí y dominar desde lo alto de esa posición todo el campo de batalla.

El plan de Lee era atacar la izquierda de la Unión con veinte mil hombres mientras el resto de su ejército presionaba la derecha de la Unión. La división del general John B. Hood, con la brigada Law (4.º, 15.º, 44.º, 47.º y 48.º de Alabama) por la derecha, y la brigada Robertson (1.º, 4.º y 5.º de Texas, 3.º de Arkansas) por la izquierda, avanzaría primero sobre las cuatro y media de la tarde.

Las tropas confederadas habían tenido que caminar más de cuarenta kilómetros con el equipo completo en un caluroso día de julio, a pleno sol y sin nada que beber para llegar al campo de batalla. «El esfuerzo físico mermó la capacidad de combate de muchos hombres del 15.º Regimiento de Alabama que no pudieron participar porque, literalmente, cayeron rendidos por el agotamiento antes de que los combates comenzaran», explica Gary Gallagher.

Se dirigieron hacia el sur de la línea de la Unión defendida por el V Cuerpo del general George Sykes. A medida que la brigada sudista de Law avanzaba, giró oblicuamente hacia la izquierda, golpeando la ladera occidental de Little Round Top y arremetiendo hacia el desfiladero de Plum Run; buscaban envolver todo el flanco izquierdo de la Unión. Según describió más tarde el teniente general James Longstreet, este avance de la división del general Hood fueron «las tres mejores horas de combate que ninguna tropa había hecho en un campo

de batalla».

Cuando los agotados hombres de Alabama atacaron la ladera norte de Little Round Top por la garganta entre las colinas, se encontraron con la resistencia del 20.º Regimiento de Maine, al mando de Joshua Lawrence Chamberlain, que mantuvo la posición a toda costa. El coronel Oates, del 47.º de Alabama, tenía la ventaja en números, 654 fusileros contra 358 de Maine, y de la experiencia de sus tropas. Sus hombres estaban endurecidos en la batalla y muy confiados, se vanagloriaban de que «nunca se habían batido en retirada». Sin embargo, el ataque fracasó por el cansancio acumulado en la marcha de las últimas veinticuatro horas.

Oates describió la lucha de la siguiente forma: «Ordené a mi regimiento arrojar a los federales del borde de rocas, ganar la retaguardia enemiga y echarlos de la colina. Mis hombres obedecieron y avanzaron hasta la mitad del camino de la posición contraria, pero el fuego era tan destructivo que mi línea se agitó como un hombre intentando andar contra un fuerte viento, y entonces lentamente, tenazmente, retrocedieron un poco». Hasta cinco veces los soldados federales se recobraron y «dos veces —continúa la descripción de Oates— llegaron tan cerca que algunos de mis hombres tuvieron que usar sus bayonetas».

Cada bando luchó como enloquecido. Chamberlain describió que «el eje del conflicto se balanceó adelante y atrás, como salvajes remolinos. A veces vi alrededor a más enemigos que a mis propios hombres». Los confederados rompieron la línea de la Unión en muchos lugares; hubo un combate cuerpo a cuerpo. Pero el 20.º de Maine se mantuvo firme en la posición.

Más tarde, el 20.º de Maine, con Chamberlain a la cabeza, lanzó un contraataque contra el baqueteado 15.º de Alabama, compensando la teórica ventaja de Oates con una fuerte posición, un mejor manejo de sus hombres y una determinación de hierro. Aturdidas, las tropas confederadas de las primeras líneas arrojaron sus armas y se rindieron. El resto se rompió y se retiró a un muro de piedra en su retaguardia.

Los que quedaban de los regimientos 15.º y 47.º de Alabama huyeron. El 20.º de Maine había perdido a la mitad de sus efectivos, pero tenía a doscientos de sus 386 oficiales y hombres aún operativos. El asalto confederado de Little Round Top había sido rechazado.

LA VISTA Y EL OÍDO COMO SISTEMAS DE COMUNICACIÓN

Para hacer señales de alcance corto en zonas operativas, la Unión utilizaba un sistema de banderas desde un extremo al otro del campo de batalla. Estas banderas de señales eran una especie de código Morse visual que retransmitía la información cuidadosamente seleccionada desde los puestos de observación al general Meade. «Al tener estaciones de señales desde cada extremo de su posición hasta el cuartel general, fue capaz de mantenerse al corriente de la situación en cada extremo del frente y hacer rápidamente los ajustes pertinentes en sus fuerzas», sostiene el profesor de la Universidad de Longwood Charles Ross. Así, las estaciones de señales revelaron información vital que actuó como elemento disuasorio a la hora de intentar atacar a las tropas confederadas. «Es un buen ejemplo de cómo una señal puede influir en los movimientos en un campo de batalla y puede causar retrasos inesperados en un ejército u otro», indica Eric Campbell.

El coronel confederado Edward Porter Alexander, el oficial encargado de los bombardeos de artillería anteriores a la carga de Pickett, señaló amargamente después de su enorme fracaso: «Ese maldito sistema de señales hizo que nuestras divisiones perdieran más de dos horas y, probablemente, retrasó nuestro asalto todo ese tiempo, lo cual fue definitivo en el resultado».

Los dos ejércitos confiaban en el sistema que empleaba banderas durante el día y antorchas o luces de colores durante la noche y fue el confederado el pionero en este sistema, que después copió la Unión. Los señaleros trabajaban desde cimas de colinas, altos edificios o torres especialmente construidas. Los mensajes se leían fácilmente con un catalejo, pero los despliegues de ambos ejércitos eran como dos semicircunferencias concéntricas. El general de la semicircunferencia interior —Meade— tenía visión de toda su línea con sólo volverse de un lado o de otro. Pero el de la exterior —Lee— no tenía esa visión de conjunto, porque la obstaculizaba la semicircunferencia interior, que ocupaba una posición más elevada. Así, a pesar de que el ejército confederado también utilizó el sistema de banderas de señales, su línea de batalla no estaba en una posición tan elevada, por lo que no pudieron utilizar sus banderas de una forma tan eficaz como el ejército de la Unión. De hecho, Lee tuvo que confiar en las comunicaciones mediante mensajeros a caballo.

El asalto de los soldados de Lee al ala izquierda, al igual que el de la derecha, habían fracasado. Su línea de batalla estaba sobreextendida y la confusión iba en aumento. Sin servicio de inteligencia en el campo de batalla, Lee tuvo que recurrir a sus sentidos para saber qué estaba sucediendo. Pero a veces los sentidos pueden ser engañosos…

«Una de las mejores formas de entender lo que ocurría en el campo de batalla era mediante el oído. La batalla en ese momento había alcanzado una extensión que hacía imposible que un general pudiera ver, de un extremo a otro, qué pasaba en tiempo real. De modo que el sonido se convirtió en algo de gran importancia», explica Charles Ross, quien ha investigado un fenómeno ampliamente difundido en esta guerra: las sombras acústicas. Se trata de un fenómeno que provoca que «un observador esté cerca de un fuerte sonido pero en realidad no lo oiga».

Según Charles Ross, en Gettysburg realmente hubo dos factores que produjeron la aparición de una sombra acústica, a pesar de que el ruido era ensordecedor. El primero fue el tipo de terreno en Little Round Top. «Una fuente fuerte de sonido como un cañón emite ondas sonoras en todas las direcciones, pero al interferir en Little Round Top se absorben. Así, al otro lado de esta posición no escucharon estos sonidos, produciéndose una sombra acústica».

Tal vez no sea extraño que una colina pueda bloquear un sonido, pero hay otro factor que pudo causar este fenómeno acústico: el clima. En opinión de Charles Ross la temperatura pudo haber contribuido todavía más a la desorientación de los confederados. El calor de esos días pudo transformar la onda de sonido. «En la zona caliente la onda se acelera y desvía hacia arriba, dando lugar a una refracción del sonido. Y un observador, un comandante por ejemplo, se encontraría en esta posición con una sombra acústica».

Las investigaciones de Charles Ross en el campo de batalla en Gettysburg demuestran que a sesenta metros de distancia el sonido de un timbre apenas se puede escuchar y que a medida que la distancia crece, las ondas sonoras se doblan hacia arriba y en el nivel del suelo son inaudibles. Por eso defiende que las sombras acústicas que se produjeron en el segundo y caluroso día de batalla, combinado con las malas comunicaciones, obstaculizaron y equivocaron al general Lee el día en que él creía haber roto la resistencia de la Unión.

TERCER DÍA: LA TERRIBLE CARGA DE PICKETT

El segundo día el ejército del norte de Virginia estuvo muy cerca de la victoria. «Casi capturaron Little Round Top, Culp's Hill, el cementerio y la colina donde está situado, incluso tuvieron próximo el centro de la línea de la Unión. Sin embargo, en todos estos lugares el éxito no fue completo», cuenta Gary Gallagher. «Al final de la jornada, Lee se preguntaba qué debía hacer para asegurar la victoria», dice el profesor del Army War College, Leonard Fullenkamp.

Iría a la yugular. Un ataque frontal en el centro de la línea de Meade: la carga de Pickett. Lee se centró en la única parte del campo de batalla donde sus divisiones no hicieron un solo intento en los días previos a la lucha: Cemetery Ridge, el alargado collado entre las colinas de Cemetery Hill y Little Round Top.

Estudió cuidadosamente las características del campo y decidió que tenía que hacer converger a sus hombres hacia un punto de Cemetery Ridge con un pequeño grupo de árboles visible a simple vista. Allí tendría lugar la arremetida de sus fuerzas. Una vez perforada la línea federal, el resto del ejército acompañaría el movimiento y, con la intervención de la caballería de Stuart, los yanquis se desbandarían. Sin embargo, como las divisiones de primera línea tendrían que marchar por terreno abierto cerca de dos kilómetros, expuestas al fuego de artillería enemigo, previamente lanzaría un bombardeo masivo.

Pero las tropas estaban agotadas por el esfuerzo terrible de los dos días previos. «Después de dos días de combates Lee había perdido algo menos de veinte mil hombres. Eso es una cantidad increíble de víctimas. En realidad, su capacidad ofensiva estaba en un nivel extremadamente bajo. Los sangrientos combates de los primeros días le pasaban factura», indica Eric Campbell. Tenía recursos «frescos» a cargo de Stuart y Pickett pero eran insuficientes y «muchos de los hombres heridos en McPherson Ridge y el Seminary Ridge el 1 de julio tuvieron que incorporarse a las filas que participaron en el ataque final», señala el excoronel Tom Vossler. Quizá si Lee hubiese sido informado de lo desgastadas y reducidas por el combate de dos días antes que estaban las divisiones de Henry Heth y Dorsey Pender, hubiese cambiado de opinión.

En cualquier caso, dentro del plan de Lee el éxito dependería de un bombardeo de artillería como antes nunca se había visto. Más de ciento

cincuenta cañones desencadenarían un torrente de fuego, allanando el camino a la división de Pickett. Sin embargo, la munición de artillería de Lee falló, ya que su producción en aquella época no era una ciencia exacta. El problema, generalmente, se centraba en las mechas que debían hacer explotar las bombas lanzadas por los cañones cuando llegaran a la altura de las fuerzas enemigas.

Recientes investigaciones indican que el rendimiento de la artillería en Gettysburg se vio afectado por una explosión, cuatro meses antes de la batalla, en el arsenal de los confederados en Richmond (Virginia). En este arsenal se fabricaba la mayoría de la munición del ejército sudista. Al tener que cerrarlo, la Confederación tuvo que producir y enviar las municiones y proyectiles de artillería desde una fábrica de Charleston.

«Los artilleros habían informado que las mechas no funcionaban bien. El 10 de julio se hicieron pruebas para descubrir la causa del problema. Las pruebas tuvieron lugar sólo una semana antes del ataque de Lee y fue demasiado tarde», explica Joseph Glatthaar, profesor de la Universidad de Houston. «Lamentablemente, no comunicaron —añade— que las mechas fabricadas en Charleston tenían un quemado más lento que las mechas de Richmond. Ni Lee ni sus artilleros lo sabían. Dieron por supuesto que se había realizado un control de calidad en el proceso y que estaba todo arreglado. Sin embargo, los proyectiles pasaban por encima de las cabezas de los soldados de la Unión y no explotaban hasta doscientos metros más allá».

Según Joseph Glatthaar, si las pruebas hubieran tenido lugar un mes antes, a Lee y a la artillería sudista de Virginia del coronel Alexander les habrían notificado que el depósito de quema de los fusibles era más lento y, en consecuencia, podrían haber ajustado la medida de lanzamiento. La situación se vio agravada por la magnitud del bombardeo. El humo que envolvió el campo de batalla imposibilitó determinar si los cañones estaban alcanzando sus objetivos. De hecho, el cañoneo no afectó demasiado a las posiciones unionistas. Todo fue un enorme desastre.

Del otro lado del campo, el general Henry Jackson Hunt, comandante de artillería de la Unión, y sus hombres habían reorganizado eficazmente sus baterías. Para ahorrar las valiosas municiones que tenían, Hunt fue claro con sus subordinados: no prestar atención a los cañones rebeldes, y esperar a que la infantería estuviese a tiro para abrir fuego.

El fuego se desencadenó sobre las posiciones federales, las cuales quedaron envueltas por una lluvia de proyectiles. El general Meade fue forzado a abandonar su puesto de mando. La descarga fue intensa, pero tras la primera salva la infantería federal estaba detrás de sus parapetos y los cañones habían sido apenas tocados.

Entonces doce mil soldados confederados comenzaron a marchar hacia la línea de la Unión, ondeando sus banderas. Ninguno conocía que su destino ya estaba sellado antes de que la batalla hubiera comenzado.

El teniente yanqui Frank A. Haskell lo describe de la siguiente forma: «Todos en esa cima veíamos que el enemigo estaba avanzando. Cualquiera podía ver sus legiones, ¡una marea irresistible y aplastante de un océano de hombres armados sobre nosotros! Regimiento tras regimiento, brigada tras brigada, salían de los bosques y rápidamente se colocaban en línea para tomar sus posiciones para el asalto. La orgullosa división de Pickett, con algunas tropas adicionales, ocupó el ala derecha; la de Pettigrew, la izquierda. La primera línea era seguida, por un corto intervalo, de una segunda, y ésta de una tercera. Su frente se extendía a lo largo de un kilómetro y medio: en mil quinientos metros las masas de gris opaco se despliegan, hombre contra hombre, unidad tras unidad, línea apoyando a línea. Las rojas banderas ondeaban, sus jinetes galopaban de arriba abajo; las armas de dieciocho mil hombres, cañones de fusil y bayonetas, brillaban al sol, un bosque de acero brillante».

De hecho, un estudio del orden de batalla establece que a la izquierda de Pickett avanzaron dos divisiones del Cuerpo de Ejército de Hill, incompletas y con nuevos comandantes —Pettigrew y Trimble— por baja de sus generales, mientras que el flanco derecho de Pickett era apoyado por la división de Anderson, también mermada de efectivos.

Lo que siguió fue una matanza. Cinco mil quinientos confederados fueron muertos o heridos en apenas una hora. Los cañones federales los destrozaron desde el comienzo. Los confederados se cerraron, formando una gran columna de asalto, un blanco perfecto para la infantería y, sobre todo, para la artillería de la Unión. Sólo unos pocos metros los separaban de ese pequeño grupo de árboles que Lee se había fijado como punto convergente del ataque. Los soldados confederados siguieron adelante, a pesar de que los pocos que aún avanzaban estaban prácticamente sin oficiales a la cabeza.

Los supervivientes tambaleándose retrocedieron hacia sus propias líneas. La mayoría de los regimientos fueron completamente eliminados, muchos oficiales yacían muertos, heridos o capturados… Entre los que sobrevivieron estaba el general Pickett. «Cuando regresó Lee le dijo: “General Pickett, tiene que conseguir el control de su división”. Entonces él contestó: “¿Mi división? Mi división, señor, ha muerto en el campo”», cuenta Leonard Fullenkamp.

La batalla de Gettysburg había terminado. El poderoso ejército del norte de Virginia había sido golpeado duramente. La carga de Pickett terminó no sólo con la batalla de Gettysburg, sino también con la decisiva campaña de Pennsylvania, que llevaría al final de la Confederación. «Ellos habían marchado a Pennsylvania sin imaginar que podrían perder. Y tuvieron que retirarse tras el río Potomac», indica Fullenkamp. Lee ordenó el repliegue de su maltrecho y derrotado ejército hacia Virginia.

LAS FOTOGRAFÍAS DEL DESASTRE

La falta de información, las pobres líneas de comunicación, el tiempo perdido en las calles de la ciudad, la colocación de los hombres de Meade en los mejores terrenos… En medio de todo, el valor de la carga de Pickett no sirvió para nada, todo se había decidido el primer día, un día en que la Unión se encontraba en retirada. La batalla acabó con el aura de imbatibilidad de los confederados. Mostró el valor del ejército del Potomac mientras que arruinó el célebre potencial ofensivo del ejército de Lee.

Además, la victoria de Gettysburg condujo a los soldados, políticos y votantes de la Unión a pensar que el Norte estaba ganando la guerra y, por el contrario, minó el estado de ánimo y la confianza de los habitantes de los Estados Confederados. No ocurrió así con muchos soldados sudistas, que no estaban ni desmoralizados ni atemorizados por el fracaso del ataque de Pickett, sino enfurecidos y ávidos de desquite. «Muchos estaban dispuestos a continuar el derramamiento de sangre el 4 de julio, sin importar las pérdidas, simplemente porque tenían una gran fe en su propia causa», afirma el mayor del ejército estadounidense Thomas Goss.

De hecho, el fracaso del avance del general George E. Pickett el 3 de julio no

mitigó el deseo de Lee de buscar otro enfrentamiento inmediato y definitivo. Una semana después, el 10 de julio, envió una carta al presidente confederado Jefferson Davis proponiendo librar otra batalla «para asegurar resultados más valiosos y sustanciales». El presidente del otro bando, Abraham Lincoln, entendió que la victoria no sería total sin una persecución para aniquilar un enemigo herido.

En los meses siguientes a Gettysburg se produjo una pausa que permitió que ambos lados fueran capaces de recuperarse de los efectos de la batalla. La guerra iba a durar aún dos años más. Al final ganó quien más capacidad de aguante tuvo, quien disponía de más industria, quien más pudo reponer con hombres nuevos las víctimas de los campos de batalla: los estados del Norte.

Sin embargo, los historiadores militares clasifican Gettysburg como una de las batallas que señaló un punto crucial en la guerra de Secesión. Fue una confrontación mayor y significativa. Al menos la magnitud de las pérdidas es suficiente prueba de esta aseveración: un total de cincuenta y una mil bajas, entre muertos y heridos, durante tres días.

En un breve pronunciamiento, el 19 de noviembre de 1863, el presidente Abraham Lincoln habló en el campo de batalla de Gettysburg y sus palabras constituyen uno de los discursos políticos más elocuentes de la historia de Estados Unidos. Lincoln homenajeó a los soldados de la Unión que habían perdido sus vidas en Gettysburg y expresó que, a su juicio, el sacrificio de esas vidas se debía a una causa más elevada que la salvaguardia del país. Se trataba de una lucha por la defensa de la democracia, la abolición de la esclavitud y la expansión de la libertad individual. Del Pronunciamiento de Gettysburg existen cuatro copias escritas a mano por el presidente Abraham Lincoln, que se exponen hoy en día en la Casa Blanca y en la Biblioteca del Congreso. Cada año, el pueblo entero de Gettysburg hace una recreación histórica de la batalla.

Los corresponsales de guerra y las cámaras fotográficas habían estado ya presentes en la guerra de Crimea (1854-1856), pero fue en la guerra de Secesión donde se desarrolló la fotografía de guerra. La fotografía apenas llevaba treinta años inventada y a partir de esta guerra sirvió como documento gráfico, y aunque estas imágenes no se podían reproducir en los periódicos porque las técnicas de entonces no lo permitían, sirvieron de base para grabados que sí aparecían en los medios. A modo de testimonio, además de los retratos de los

oficiales más importantes de ambos bandos, en la actualidad existen multitud de fotos que muestran a los soldados de Gettysburg, sobre todo, en escenas cotidianas en el campo de batalla. Pero las que realmente producen mayor impacto son aquéllas que reproducen los cadáveres de tantos hombres que dejaron su vida por aquellos principios. Las fotografías de los caídos de Gettysburg molestaron mucho a la sociedad de aquella época porque la cruda realidad destruía la visión idealista de la guerra.

18

LITTLE BIG HORN

Fecha: 25 y 26 de junio de 1876.

Fuerzas en liza: Indios lakota o sioux, cheyennes, hunkpapas, sansarc, pies negros, miniconjou, brule y oglala contra el 7.º de Caballería de Estados Unidos.

Personajes protagonistas: «Toro Sentado» y «Caballo Loco». El general George Armstrong Custer y el mayor Marcus Reno.

Momentos clave: La batalla de Rosebud. La decisión de Custer de dividir sus fuerzas.

Nuevas tácticas militares: Por primera vez en la historia de las guerras coloniales, una fuerza de guerreros nativos dispuso de mayor potencia de fuego que un ejército regular de país desarrollado.

El 25 de junio de 1876, en Little Big Horn, territorio de Montana, los soldados del 7.º Regimiento de Caballería, al mando del general Custer, sufrieron la mayor derrota del ejército de Estados Unidos durante las llamadas «guerras indias», que enfrentaron a los colonos contra los nativos americanos y que finalizaron en 1890, con la culminación de la expansión territorial de Estados Unidos y el sometimiento definitivo de los indios. El gran jefe sioux Tasunka Witko, conocido como «Caballo Loco», desafió al arrogante invasor blanco y le venció. Sin embargo, a pesar de su gran victoria, Little Big Horn supuso la sentencia de muerte para los nativos. A partir de entonces fueron duramente tratados y ferozmente perseguidos hasta recluirlos definitivamente en reservas.

En el viejo Oeste norteamericano, la violencia estalló cuando los colonos invadieron las tierras indias. Esas llanuras centrales eran tierras ocupadas desde tiempo inmemorial por etnias nativas como los dakota, crow, cheyenne o comanche. Cuando ocurrió la batalla de Little Big Horn el enfrentamiento de blancos y «pieles rojas» tenía un par de siglos de historia. La primera confrontación entre los colonos ingleses que estaban establecidos en Jamestown,

Virginia, y los indios de la Confederación Powhatan ocurrió en 1607. Los guerreros indios no estaban dispuestos a que los blancos invadieran sus territorios y lucharon denodadamente. Aquel conflicto se selló en 1614 con el matrimonio de Pocahontas con el colono John Rolfe. Esta unión interracial trajo consigo un período de buenas relaciones entre los nativos americanos y los recién llegados. Pero la paz fue muy breve.

Tras diversos episodios de las guerras indias, las tribus vencidas y asentadas en territorios otorgados por el gobierno de Estados Unidos, se convirtieron en un problema para el desarrollo del ferrocarril que debía unir las costas del este y el oeste y que atravesarían territorio indio, con el consecuente exterminio de las manadas de búfalos, vitales para la economía nativa. Antes de la guerra de Secesión, la política de Washington era mantener a los nativos en los territorios al oeste del Mississippi. En 1867 comenzaron a confinar a las tribus en reservas, con frecuencia alejadas de sus territorios de origen.

En 1875, el boom de colonos que produjo la búsqueda de oro en la región de las Colinas Negras (Black Hills) —reserva lakota, como se llamaban a si mismos los que generalmente llamamos sioux, y territorio considerado sagrado por ellos —, enfadó a los nativos de la zona y la mayoría decidió abandonar las reservas donde habían sido recluidos. El gobierno dio a los indios un ultimátum para regresar a sus reservas, que expiraba el 31 de enero de 1876. Pero los indios, alegando su tradición nómada, se negaron a ser confinados. El propio presidente, Ulysses Grant, les amenazó: «Si no hacen caso o se niegan a irse —dijo— se dará cuenta de ellos en el Departamento de Guerra como indios hostiles y se enviará a las fuerzas militares para obligarles a obedecer las órdenes de la Agencia India».

El exgeneral George Custer y el 7.º de Caballería, tras varias expediciones de castigo bajo el mando del general George Crook, fue uno de los encargados de hacer cumplir la orden del gobierno. «Estaba seguro de que podía ganar esta lucha», explica Bob Reece, presidente de la Asociación Amigos de Little Big Horn. La estimación de los «casacas azules» era que habría entre ochocientos y mil guerreros a los que enfrentarse. Serla una misión sencilla.

Pero el jefe sioux «Caballo Loco» fue tajante. Su gente no dejarla sus tierras ancestrales sin luchar. Su destino y el de Custer se decidirían en las cercanías del río Little Big Horn, en Montana.

DAR CAZA A LOS NATIVOS

En la primavera de 1876, miles de colonos invadían el oeste en busca de fortuna. Los indígenas, una vez más, vieron amenazado su modo de vida. «Fueron empujados de nuevo a reservas controladas por el gobierno bajo amenazas de fuertes represalias», señala Ernie LaPointe, bisnieto de «Toro Sentado». La invasión de los blancos iba en aumento. Desde el este, cada vez más colonos anulan a la Gran Pradera de los hunkpapas —una de las siete tribus sioux— y, en el oeste, los soldados protegían la construcción del nuevo ferrocarril que iba hacia los campamentos de los buscadores de oro alrededor de Virginia City, en la actual Montana.

En mayo de 1876, el gobierno estadounidense envió dos mil quinientos soldados de caballería contra las fuerzas sioux y cheyennes. Este contingente estaba compuesto por tres columnas, que partieron de puntos separados por cientos de kilómetros. El 7.º Regimiento de Caballería estaba mandado por el teniente coronel George Armstrong Custer, encuadrado en la tercera columna que dirigía el general Terry. Custer —llamado «Hi-Es-Tzie» (Cabellos Largos) por los indios— era un héroe de la guerra de Secesión. «Como líder, Custer era agresivo, carismático, tenaz, valiente, un militar orgulloso», señala Bob Reece. Sin embargo, sus detractores le acusaban de estar obsesionado con buscar la gloria y la fama y de que le gustaba muy poco obedecer órdenes.

Graduado por la academia militar de West Point, luchó durante la guerra de Secesión en el ejército federal. Durante esta contienda, obtuvo varias victorias en situaciones estratégicas difíciles con arriesgadas maniobras de ataques relámpago y rápidos desplazamientos de la tropa. En Gettysburg (véase el capítulo 17), por ejemplo, Custer hizo frente a la caballería confederada del general «Jeb» Stuart —imbatido hasta entonces—, cargando contra su vanguardia y haciéndole retroceder. Antes de que la guerra terminara, Custer ya había alcanzado el rango de general.

Después, parece ser que consideró la posibilidad de iniciar una carrera política en el Congreso, discutiendo públicamente sobre el trato que debía darse a los estados del Sur tras la guerra y abogando por una política de moderación.

Requerido para unirse a las fuerzas que luchaban contra las tribus hostiles en

las praderas, Custer fue nombrado jefe, con el grado de teniente coronel, del recién creado 7.º Regimiento de Caballería, con base en Fort Riley (Kansas) y en mayo de 1876 inició su viaje con la columna oriental. Su misión era ocupar la vanguardia de la columna que partía de Fort Lincoln hacia el oeste y que debía encontrarse en un punto de Montana con las del coronel John Gibbon y del general George Crook, como parte de una maniobra envolvente.

Sin embargo, sus tropas no sabían que casi siete mil indios, entre ellos casi dos mil guerreros, se habían sumado a los jefes sioux y cheyenne. «Los jefes indios se dieron cuenta de que esto era una guerra y decidieron que tenían que unirse para defenderse con eficacia», cuenta Bob Reece. A partir de ese momento, los jefes lakotas (sioux) «Toro Sentado» (Tatanka Iyotanca) y «Caballo Loco» (Tasunka Witko) se pusieron al frente de una coalición de sioux, arikara, cheyennes, arapahoe y otras tribus, tras celebrar un gran consejo de guerra en el Rosebud Creek, en el sur de Montana.

Mientras los indios se preparaban para el enfrentamiento, tres columnas del ejército se acercaban desde el sur, el este y el oeste. La primera columna fue avistada por los exploradores cheyennes el 16 de junio: mil trescientos soldados dirigidos por el general Crook. Los guerreros de «Caballo Loco» debían actuar rápidamente y decidieron realizar un ataque, sin esperar a encontrarse con las tribus que venían en su apoyo.

«La estrategia —explica Bob Reece— era derrotar al ejército lejos del campamento indio donde estaban todos agrupados para proteger a las mujeres y niños. Al amanecer, “Caballo Loco” con más de mil guerreros cargó rápidamente, antes de que las tropas de Crook estuvieran situadas. Pillaron desprevenidos a los soldados acampados a orillas del Rosebud; los ataques por sorpresa eran algo inusual en la forma de luchar de los indios».

El ataque indio provocó que algunas de las tropas de Crook quedaran aisladas de la principal y corrieran riesgo de aniquilación. Al final, «Caballo Loco» y sus guerreros regresaron a su campamento dejándolos maltrechos. Crook fue salvado por sus rastreadores absarokes y shoshones, que pudieron rechazar varios ataques de los sioux. Sin ellos, los blancos habrían sido diezmados. «Estratégicamente fue una gran victoria india, porque doblegó a una de las tres columnas que el ejército de Estados Unidos había enviado. Crook volvió a su base de operaciones y estuvo fuera de acción durante seis semanas»,

indica Neil Magnum, superintendente del campo de batalla Little Big Horn dentro del Servicio de Parques Nacionales de Estados Unidos.

«Caballo Loco» había detenido con éxito la marcha del general y sus soldados y les había infligido numerosas bajas. La victoria de Rosebud reforzó la moral de resistencia de los indios. Después de esa batalla, sioux y cheyennes trasladaron su campamento hacia el norte, a la orilla occidental del río Little Big Horn, donde sus exploradores habían localizado manadas de búfalos y buenas tierras para la caza.

RUMBO A LO DESCONOCIDO

El 25 de junio, el general Terry mandó al general Custer y a seiscientos cincuenta hombres de su 7.º de Caballería para que reconociese el terreno hacia el río Little Big Horn, debido a que su unidad era la más rápida y flexible, con el objetivo de que cerrase la huida de los indios hacia el sur una vez iniciada la batalla. Sólo debía explorar el terreno y esperar al grueso del ejército. Custer aceptó la misión; llevaría a doce compañías del 7.º de Caballería, pero rechazó el refuerzo de cuatro compañías del 2.º de Caballería y el de una batería de ametralladoras Gatling. Él solo podría manejar la situación. Cada soldado iba armado con una carabina Springfield del calibre 45-70 y cien cartuchos, así como un revólver Colt 45 y veinticinco cartuchos.

Tras avistar un campamento indio, decidió emprender el ataque antes de que lo levantaran. Custer no tenía ni idea de la verdadera fuerza del campamento indio, pero estaba tan seguro, tan convencido de la victoria, que atacó sin ninguna medida de precaución y sin esperar a los refuerzos de otras unidades del ejército que se encontraban de camino.

Debido al gran tamaño del campamento indio, Custer dividió sus fuerzas en tres columnas, con una pequeña reserva que quedó a cargo de la impedimenta, sin importarle que el enemigo fuera numéricamente muy superior. Con cinco compañías, Custer se desvió hacia el norte para encontrar una buena posición desde la que atacar, atravesando las colinas y siguiendo el cauce del río, el campamento por su parte oriental. Otras tres compañías, con ciento veinte hombres a las órdenes del capitán Benteen, marcharían en la misma dirección

que Custer para vigilar los movimientos de los indios y preparados para atacar cualquier posición enemiga que hallasen. El teniente McDugall se quedaría en la retaguardia con la impedimenta.

Tras avanzar dieciséis kilómetros, Benteen no encontró actividad enemiga, por lo que dio media vuelta para unirse a Custer. A las tres de la tarde, la tercera columna formada por unos 175 soldados de otras tres compañías, bajo las órdenes del mayor Marcus Reno, atacaron el campamento por el sur para desviar la atención de los indios. «Lo primero que hicieron los guerreros fue tomar sus armas; gritaron "Hota Hay!", es decir, "Es un buen día para morir", y salieron a caballo a repeler el ataque», cuenta Ernie LaPointe. «Caballo Loco» encabezaba el ejército, formado por siete tribus (hunkpapas, sansarc, pies negros, miniconjou, brule, cheyennes y oglala), además de un grupo pequeño de indios twokettles y arikara.

Formado por casi mil guerreros, el contraataque indio confundió a Reno y sus hombres, que empezaron a retroceder. Tuvieron que replegarse a un bosque que había a lo largo del río; «Caballo Loco» y sus guerreros forzaron a los soldados ocultos tras los árboles a salir con un fuerte hostigamiento a distancia. Una cortina de balas y flechas caían sobre los soldados desde todos lados, acabando con sus caballos y alcanzándolos en la cabeza y la espalda. «Empezó a cundir el pánico y Reno dio la orden de atravesar el río. En torno a treinta soldados murieron o fueron heridos intentando hacerlo, derribados por los guerreros indios», narra Neil Magnum.

El cruce del río se convirtió en una retirada desordenada. Y cuando el mayor Reno intentaba reagrupar y atrincherar a los soldados supervivientes en la colina del sur, cinco compañías de caballería, conducidas personalmente por Custer, atravesaron el Little Big Horn y atacaron el extremo norte del campamento indio. Lo cierto es que en ese momento Reno se encontraba ya con sus tropas diezmadas y sin capacidad de apoyar la acción ofensiva en tenaza que pretendía llevar a cabo Custer. A pesar del caos, los hombres de Reno podían considerarse afortunados; los de Custer no tuvieron tanta suerte.

Los indios estaban siendo amenazados por dos flancos y «Caballo Loco» debía decidir a quién enfrentarse primero. Podía perseguir a las fuerzas de Reno en el sur, pero dejaría desprotegido el campamento, con el peligro de que Custer lo arrasara y le atacase por la retaguardia. Otra opción era encararse a los

doscientos hombres dirigidos por Custer o atacar a Custer y Reno a la vez, ya que contaba con guerreros suficientes para hacerlo. Custer y sus hombres se acercaban rápidamente, dispuestos a luchar, y eran la mayor amenaza en aquel momento; por eso el jefe sioux optó por reducir al general Cabellos Largos y dejar que Reno se retirase. Pronto se vería que fue una decisión acertada.

Mientras «Caballo Loco» y los otros jefes indios se enfrentaban al enemigo, «Toro Sentado» se encontraba sobre su caballo, con un Winchester y un revólver del 45, y planificaba la estrategia para proteger a las mujeres y niños del campamento. «Si se trasladaban juntos en un gran grupo serían blanco fácil para los soldados. Así que decidió dividirlos en grupos pequeños, más difíciles de localizar por Custer. Dispersos a lo largo de los riscos, los barrancos y tras los arbustos, caminaron hasta las colinas del norte del campamento, a la espera de que la batalla finalizase en un lugar más seguro protegidos por “Toro Sentado”», indica Ernie LaPointe.

En ese momento «Caballo Loco» se lanzó en una feroz y valiente carga hacia la posición en las colinas donde se encontraba Custer. «Era un jefe muy respetado y todos los guerreros del campamento le siguieron en su valiente marcha hacia la batalla», afirma Neil Magnum. Al bajar desde su posición en lo alto del cerro, Custer se encontró cercado por los indios en terreno descubierto, lo que le obligó a adoptar posiciones defensivas, encaminando a sus hombres hacia la derecha para alcanzar una colina cercana donde parapetarse y esperar refuerzos.

LA EFICACIA DE LAS FLECHAS FRENTE A LOS RIFLES

«Caballo Loco» optó por no exponer a sus guerreros a un tiroteo intenso dirigiéndose abiertamente y de frente hacia la colina de Custer, lo que supondría graves bajas, sino que prefirió rodearlo y aislarlo mientras el general estaba centrado en el campamento. Las hordas de guerreros de las diferentes tribus se les abalanzaron con fiereza. «Imparables, todos unidos, no importaba qué guerrero estaba al lado, lo importante era atacar a los de uniforme azul, acercarse a los soldados dispuestos a ganar la batalla», señala el biznieto de «Toro Sentado», Ernie LaPointe.

Para los guerreros indios era fundamental mantenerse al resguardo de las balas de las armas de fuego de los soldados aprovechando las irregularidades del terreno. «Si utilizas un rifle en algún momento es preciso sacar la cabeza para apuntar y entonces te conviertes en un blanco. Con las flechas no pasa eso. Puedes dispararlas hacia arriba y, aunque tengas menos precisión, puedes seguir a cubierto de los disparos. Con un arco y flecha se puede disparar desde una posición segura en cuclillas detrás de un macizo, una mata de hierbas o un pequeño montículo», cuenta Neil Magnum.

Por el contrario, los soldados que intentaban mantenerse ocultos tras las rocas y arbustos, cada vez que disparaban sus armas, producían una pequeña nube de humo grisáceo y «el humo de los disparos —añade Magnum— delataba perfectamente la posición de cada tirador, el cual además tenía que exponer más su cuerpo. Pero muchos de los soldados murieron simplemente por los cientos de flechas con las que los indios acribillaron la zona».

Bajo la lluvia de flechas, cayeron muchos de los hombres de Custer muertos o heridos. Los soldados intentaron resistir, desmontaron y formaron una línea defensiva frente a sus caballos. También sus carabinas eran precisas y letales. Para protegerse, los guerreros indios tuvieron que romper la línea defensiva asustando a los caballos, para que salieran en estampida huyendo hacia el río con la munición.

«De repente, “Caballo Loco” y cientos de sus seguidores salieron de la nada y llegaron a la cima de la cresta aterrorizando a los soldados y a sus animales. Algunos fueron derribados al correr tratando de ponerse a cubierto; otros cayeron en una lucha cuerpo a cuerpo; muchos fueron abatidos en su intento de disparar ocultos tras sus caballos muertos a modo de parapeto… cercados por casi dos mil guerreros», describe Bob Reece. «Los gritos y aullidos y la visión de esa lucha —añade— debió de ser una pesadilla escalofriante».

Antes de que el grueso de los guerreros indios llegara hasta ellos, la mayoría de los blancos estaban muertos. La fuerza de Custer quedó finalmente rodeada por el ingente número de indios. Custer, atrapado en un círculo mortal, no pudo evitar que sus tropas cayeran inexorablemente en pocos minutos. Algunos grupos de soldados que se habían quedado aislados seguían disparando a los indios. Unos trataban de huir por el sur del campo de batalla. Los sioux les acosaron y fueron obligados a dirigirse hacia el río. Las márgenes del río Little

Big Horn eran altas, lo que permitió a los indios aniquilar a los pocos que quedaban vivos del grupo de Custer.

EL FATAL ERROR TÁCTICO DE CUSTER

A las seis de la tarde caía el último hombre de Custer. Cuando el polvo del combate se hubo disipado, doscientos diez cuerpos de soldados con la cabellera arrancada se extendían sobre el campo de batalla, mezclados con los cadáveres de veinte guerreros indios. Los sioux no hicieron ni un solo prisionero. Custer apareció con un disparo en el pecho y otro en la cabeza. Según parece, sólo su cuerpo fue respetado de las salvajes mutilaciones que sufrieron sus hombres una vez muertos. Únicamente quedó con vida un integrante del 7.º de Caballería: Comanche, el caballo de uno de los oficiales.

Los más recientes estudios académicos, basados en la investigación arqueológica y la actual tecnología forense, dan una visión distinta del final de Custer, que no tiene nada que ver con la imagen —inventada inmediatamente por la prensa, y cultivada luego por el cine— del general de los cabellos largos de pie entre sus hombres y enfrentándose a una nube de guerreros indios que cargan a caballo. En realidad, ya en su momento hubo serias críticas al comportamiento de Custer en los círculos militares, pero la prensa estaba celebrando el primer centenario de Estados Unidos y necesitaba héroes y gestas gloriosas, y la viuda de Custer, que le sobrevivió más de medio siglo, mantuvo siempre una feroz defensa del comportamiento heroico de su marido.

La campaña de Custer, sin embargo, fue todo un catálogo de errores e incompetencia militar, y no hay que olvidar el pésimo historial del cadete Custer en la academia militar de West Point. Parece que lo que orientó todas sus decisiones tácticas fueron sus ambiciones políticas. Custer quería presentarse candidato a la presidencia de Estados Unidos, pero el Partido Republicano, el de Lincoln, le rechazó. Tuvo más suerte con los demócratas, interesados en una figura mediática como la de Custer, pero el Partido Demócrata era sobre todo el de los vencidos, el partido del Sur. Custer había luchado con el Norte en la guerra de Secesión, alcanzando notoriedad por sus acciones temerarias que le convirtieron en el general más joven de la Unión. Necesitaba que una victoria

sonada sobre los indios sirviera para que no se hablase de él como «el joven general del Norte». Eso explica su rechazo a ser acompañado por otra unidad que no fuese su propio regimiento, su desobediencia a la orden del general Terry de que no atacara hasta que llegase la fuerza principal, o las marchas forzadas nocturnas para llegar al campamento indio antes que la columna del coronel Gibbon que venía del oeste, una de cuyas consecuencias fue que hombres y caballos llegasen al escenario de combate con fatiga acumulada.

De todas maneras la fuerza de Custer, unos seiscientos hombres, era más que sobrada para enfrentarse a dos mil indios en campo abierto. Aunque los guerreros de «Caballo Loco» tuviesen rifles de repetición y los de Custer no, las carabinas Springfield tenían mayor alcance y, sobre todo, el fuego cohesionado de que era capaz una unidad militar regular le daba una superioridad de fuego neta sobre los indios… siempre que éstos atacaran a la caballería en el espacio despejado propio de las Grandes Praderas. Al precipitarse Custer en el cañón del río Little Big Horn, para encontrar el campamento y destruirlo él solo, se metió en un terreno favorable al enemigo, pues era impracticable, cubierto de matorral y árboles, propio para que los indios se acercaran a los hombres del 7.º de Caballería sin que éstos los viesen y los pudiesen mantener a raya a distancia.

Todavía la fuerza de Custer era bastante poderosa si se hubiese mantenido unida, pero la disgregó imprudentemente y otra vez tomó esta decisión por razones de su interés personal. Las instrucciones que tenía la fuerza expedicionaria eran que se hiciese volver a los indios a su reserva, es decir, se trataba de «empujarlos», no de aniquilarlos. Custer sin embargo tenía otra idea: quería destrozar la mayor concentración de indios que nunca había habido. Ocho años antes, en el río Washita, en Oklahoma, Custer había pasado a cuchillo un campamento de indios cheyennes, matando un centenar de nativos, en su mayoría mujeres y niños. Aunque hoy día nos repugne una acción así, en aquellos tiempos eso era precisamente lo que esperaba y aplaudía la opinión pública norteamericana.

Por eso, para que los indios no pudieran escapar a su ataque, planeó el ataque en tenaza, dividiendo su fuerza con el mayor Reno. Sin embargo, además de darle tres compañías a Reno para que atacara el campamento desde el sur mientras él lo hacía desde el norte, dispersó aún más sus efectivos mandando hacia el norte al capitán Benteen con otras tres compañías. ¿Por qué hizo esto?

La interpretación que hicieron sus subordinados fue que Custer quería alejar a Benteen de la batalla. La única explicación para esto sería un problema de celos, propio de la personalidad egocéntrica y megalómana de Custer.

Hasta el momento de separarse de Reno y Benteen tenemos testimonios de éstos y de sus hombres sobre las decisiones y medidas de Custer. Pero desde la fragmentación del 7.º de Caballería no nos ha llegado noticia de lo que pasó con Custer, puesto que ninguno de sus hombres sobrevivió. Es aquí donde cobra interés la investigación que, durante diez años, ha realizado el arqueólogo norteamericano Richard A. Fox, recogida en un libro publicado por la Universidad de Oklahoma, *Archeology, History and Custer's last battle*. Fox reunió en distintos lugares del campo de batalla, que hoy es un parque nacional, un total de 750 balas, 450 casquillos de cartucho, algunas puntas de flecha, trozos de armas, muchos botones de uniforme y cantidad de restos humanos, pertenecientes a, como poco, treinta y tres personas. Eso ha permitido situar a los protagonistas en el teatro del enfrentamiento con una precisión histórica antes absolutamente inexistente. Aplicando la técnica forense de análisis de las muescas que el rayado del cañón deja en las balas, se ha podido incluso determinar el recorrido individualizado de algunos soldados y guerreros indios por el campo de batalla.

Hasta ahora, la interpretación —completamente especulativa— que se hacía del enfrentamiento es que Custer llegó a atacar el campamento indio, situado en la orilla occidental del río Little Big Horn, para lo que tuvo que cruzar éste. Sin embargo las investigaciones del doctor Fox, que también ha recopilado tradiciones orales nativas antes desdeñadas, e incluso un «mapa» indio de la batalla, muestran que no cruzó el río. Parece que lo que hizo Custer fue enviar a sus hombres a perseguir a los grupos de no combatientes que se habían dispersado por el cañón, precisamente para no ser fácilmente cazados en su campamento.

Esto explicaría el error definitivo de Custer, que fue dividir aún más sus fuerzas. Tras separarse de Reno y Benteen, Custer había conservado algo más de doscientos hombres, pero separó de su fuerza las compañías C, I y L, cada una de las cuales tenía cuarenta o cincuenta jinetes. Mientras él, con otras dos compañías, situaba su puesto de mando en una elevación que desde entonces se llama Last Stand Hill (Colina de la Última Resistencia), las compañías I y L se

situaron a su misma altura respecto al río, la Compañía I a cuatrocientos metros al sur de Custer, la L cuatrocientos metros más allá. En cuanto a la Compañía C, descendió hacia el río en busca de fugitivos, bajo la cobertura de la L.

Cuando se había alejado más de medio kilómetro en su descenso, fuera ya de la vista de la L y perdiendo por tanto su cobertura, los atacaron los guerreros de «Caballo Loco», cuya presencia desconocían, pensando quizá que estarían luchando contra Reno. Fue un ataque por sorpresa, en el que seguramente los jinetes de la Compañía C ni siquiera vieron a los atacantes. Los indios disparaban desde muy cerca, con lo que las primeras descargas de sus rifles de repetición aniquilaron en un momento al pequeño grupo de medio centenar de hombres. No se puede decir ni que hubiera combate, solamente una rápida matanza.

Lo que vino a continuación fue una especie de efecto dominó. Tras acabar con la Compañía C, los guerreros concentraron su ataque sobre la L con la misma táctica. La sorpresa no fue tan absoluta, pues estaban avisados por el ruido de las descargas, y aunque su capacidad de resistencia fue igualmente nula, hubo unos cuantos soldados que escaparon a la mortandad y pudieron huir hasta donde estaba la Compañía I. Allí se repitió la escena, y finalmente sólo veinte hombres de las compañías I y L lograron llegar despavoridos a donde estaba Custer.

La situación era obviamente crítica y Custer tomó dos medidas. Una fue mandar un pequeño grupo de cinco hombres a caballo en busca de Reno y Benteen para que acudieran en su auxilio; ninguno de ellos logró salir vivo de la trampa de Little Big Horn. La otra medida, desesperada, fue enviar hacia el río a otra compañía de cuarenta hombres, la E, pero desmontada. La única explicación es que Custer pretendía que sirvieran de cebo a los indios, para intentar él mientras tanto la huida.

Existía un precedente de ese comportamiento miserable por parte de Custer. En la campaña del Washita River contra los cheyennes ya había abandonado a diecinueve hombres, que resultaron, naturalmente, muertos. Sin embargo, el sacrificio de la Compañía E no le sirvió de nada. Aunque fue atacada en cuanto llegó al río, «Caballo Loco» no concentró sobre ella sus fuerzas, pues sabía que la tendría a su disposición cuando acabase con Custer. De hecho, serían algunos hombres de la Compañía E los últimos de todas las fuerzas de Custer en ofrecer

resistencia.

Mientras tanto Custer, que había conservado junto a él sesenta hombres, fue atacado por «Caballo Loco» de la misma manera: recibió una lluvia de balas —el doctor Fox solamente ha encontrado nueve puntas de flecha— desde cerca, que segaron rápidamente la vida de sus hombres. Por una vez en la historia de los enfrentamientos entre ejércitos regulares y hordas indígenas que llenaron el siglo XIX, los nativos tenían una potencia de fuego muy superior a los soldados europeos o norteamericanos. La mayoría de los hombres del 7.º de Caballería estaban muertos antes de ver a quienes les fusilaban a mansalva, y lo más probable es que no llegara a haber combate cuerpo a cuerpo, pese a la afición de los indios por esa clase de lucha.

El aniquilamiento de Custer y los suyos no suponía, sin embargo, el final de la batalla. El mayor Reno y el resto del 7.º de Caballería, incluido el destacamento del capitán Benteen, continuaban atrincherados en lo alto de la colina al este del río. Los soldados, casi agotados y con poca munición, resistían. «Los guerreros después de terminar con Custer y sus cinco compañías, se reagruparon y volvieron para enfrentarse a Reno y el resto del 7.º de Caballería. Lanzando sus gritos de guerra atacaron», explica Bob Reece. Al día siguiente, cuando tenían la posición casi rodeada, vieron que una columna del ejército se acercaba en ayuda de Reno. Por temor a más pérdidas de vidas, «Caballo Loco» optó por desmontar el campamento y buscar seguridad antes de que llegase.

Los de la colina huyeron a pie en dirección a la columna que se acercaba, a la que «debieron contar la fiereza con que los indios hablan luchado, porque los soldados llegaron a ellos precipitadamente. Para los indios fue una gran victoria. Ellos sabían que no era necesario matar a cada hombre blanco en esa colina», cuenta Reece.

Los indios se dispersaron en pequeños grupos para viajar con más seguridad y con mayor facilidad para encontrar alimentos. «Se separaron por razones de seguridad. Era más difícil seguir un montón de pequeños senderos indios que uno grande, así que optaron por ponerse en marcha divididos antes de la llegada del invierno», prosigue Bob Reece.

Una vez enterados los estadounidenses de la inesperada derrota de Custer, hubo un clamor popular para que los indios vivieran en reservas de una vez por todas. «Indignados, temían morir en la lucha contra los indios de las Praderas».

A partir de ese momento «los norteamericanos nos marcaron como salvajes», afirma Ernie LaPointe. «La resistencia no dará a los enemigos la victoria final… la sangre de nuestros soldados exige que estos indios sean perseguidos… deben someterse a la autoridad de la nación», indicaba un informe del Congreso de julio de 1876.

LOS ÚLTIMOS CAUDILLOS INDIOS, DERROTADOS

Su decisiva participación en la batalla de Little Big Horn convirtió a «Caballo Loco» en un mito para su pueblo y en uno de los personajes más odiados entre los blancos, junto a «Toro Sentado». Casi de inmediato, el ejército organizó su persecución. A los pocos meses, «Caballo Loco» fue sorprendido por el general Nelson A. Miles en su campamento de invierno. Logró escapar pero unas semanas después se rendía al general Crook, el mismo al que había derrotado meses antes en Rosebud. Tan sólo un año después de su gran victoria en Little Big Horn era asesinado a bayonetazos a manos de soldados en una celda del fuerte Robinson.

También el general Miles se encargó indirectamente de acabar con «Toro Sentado», quien tras la batalla huyó a Canadá con algunos de sus hombres, donde permanecieron hasta 1881. Murió anciano después de formar parte del show de Buffalo Bill, el 15 de diciembre de 1890, cuando iba a ser detenido ante el presunto peligro que suponía su autoridad moral entre los guerreros. La forma en que ocurrió sigue siendo objeto de controversia. El hecho de que lo que iba a ser una simple detención concluyera en muerte ha sido interpretado desde entonces como un asesinato político por algunos autores, como el sioux Vine Deloria. Fue días antes del acto final de resistencia nativa: la batalla de Wounded Knee. El 29 de diciembre las tribus indias resistentes fueron aniquiladas.

El gobierno de Estados Unidos confinó a los sioux y cheyennes en reservas y se apoderó de sus tierras. Pero la leyenda de la valentía de los guerreros en Little Big Horn se relató entre las tribus indias durante generaciones. En palabras de Neil Magnum: «Simbólicamente es un motivo de orgullo; vencieron al poder del gobierno de Estados Unidos». Para el biznieto de «Toro Sentado» supuso «la mayor victoria que tuvimos, pero al final perdimos nuestra tierra y nuestra forma

de vida». Mientras, pocos han podido olvidar la ineptitud del general Custer y la crueldad de este conmovedor capítulo de la conquista del Oeste.

El campo de batalla es hoy conocido por el nombre de Monumento Nacional de Little Big Horn. Hasta 1991 recibió el nombre de Monumento Nacional del Campo de Batalla de Custer. Sin embargo, el nombre del general que en menos de una hora perdió a todos sus hombres ahora es preferible que pase inadvertido…

19

VERDÚN

Fecha: De febrero a diciembre de 1916.

Fuerzas en liza: Alemanes contra franceses.

Personajes protagonistas: *Kronprinz* Guillermo y los generales Erich von Falkenhayn y Erich Ludendorff y el mariscal Paul von Hindenburg. El mariscal Joseph Joffre, comandante en jefe del ejército francés y los generales Henri-Philippe Pétain y Robert Nivelle.

Momentos clave: Batalla en el bosque de Caures y muerte del coronel Driant; la toma de Fort Douaumont y la agonía de Fort Vaux. La batalla del Somme.

Nuevas tácticas militares: Utilización de nuevas armas químicas y del lanzallamas. Confirmación, por primera vez, del carácter decisivo de la coordinación artillería-infantería-aviación.

La obsesión de un general prusiano por derrotar al enemigo con una calculada campaña de desgaste produjo una de las más brutales y cruentas confrontaciones en la historia militar. De febrero a diciembre de 1916, la pequeña ciudad francesa de Verdún se convirtió en el lugar más bombardeado de la tierra. Nunca en la historia de los conflictos humanos una batalla supuso semejante aniquilación humana: cerca de medio millón de soldados franceses y alemanes murieron en el fango de las trincheras en la batalla más larga de la Primera Guerra Mundial. Y el objetivo no fue conquistar terreno al enemigo, sino sencillamente aniquilarle. Verdún se convirtió en el símbolo de la resistencia bajo el grito de «No pasarán», que después se repetiría en otras contiendas, como en la Guerra Civil española, y marcó el destino de una nación.

En febrero de 1916 el general alemán Erich von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor imperial como sucesor de Moltke después del revés sufrido por las armas alemanas en el Mame, inició una batalla extraordinaria. Su objetivo no fue romper las líneas enemigas, ni ganar terreno, sino matar franceses con más

rapidez y eficacia de las que éstos pudieran emplear en eliminar a los alemanes. Para Von Falkenhayn el coste humano no importaba. La estrategia consistía en lanzar un gran ataque sobre Verdún, concentrando todo el fuego de sus baterías de artillería para que los franceses trasladaran allí a sus tropas y derrotarlas por la superioridad numérica.

Las incesantes descargas de artillería hicieron de Verdún un verdadero infierno: sólo en los cuatro primeros meses de batalla la artillería de ambos bandos disparó veinticuatro millones de proyectiles en una zona que no superaba los cien kilómetros cuadrados. Como pasó en Hamburgo o en Berlín durante la Segunda Guerra Mundial, tras años de bombardeos aéreos de los aliados, Verdún en 1916 quedó completamente destruida. Pero esta distracción no fue el resultado de la acción de aviones, como en 1945, sino causada por proyectiles de artillería, cada uno de ellos cargados a mano y disparado por los soldados alemanes, a veces desde cuarenta kilómetros de distancia.

El heroísmo de los combatientes de ambos bandos es memorable. Durante diez meses, día y noche, estuvieron muy cerca de la muerte. El efecto que produjo en ambos bandos la ferocidad y crueldad de la lucha, el coste humano y material que pagaron fue tal que afectó muy seriamente a su capacidad combativa durante el resto de la guerra. Así, lo que ocurrió en la Primera Guerra Mundial estuvo marcado por lo que pasó en Verdún. Casi un siglo después para muchos franceses Verdún todavía es un símbolo de resistencia.

Otra de las consecuencias de la mayor batalla que tuvieron que afrontar los franceses fue que llevó a la más sangrienta confrontación en la historia militar británica: la batalla del Somme, que se inició en julio de 1916 y fue aún más feroz que la de Verdún. Para la mayoría de los historiadores militares es imposible entender esta batalla sin estudiar la otra. Verdún condujo inexorablemente a cientos de miles de víctimas británicas en el frente occidental, a lo largo del Somme, mientras miles de soldados alemanes estaban atrapados en las trincheras de Verdún.

Pero ¿por qué este torbellino de destrucción se desencadenó en una pequeña y encantadora ciudad como Verdún?

EL SÍMBOLO GALO Y LA TRAMPA ALEMANA

Verdún era una pequeña ciudad de sólo veintidós mil habitantes, y poco más ahora. Situada en el noreste de Francia, cerca de la frontera alemana, pertenece al departamento de Meuse, en la región de Lorena, y ocupa una posición vital sobre unas colinas desde las que se domina el río Mosa. Desde ahí se controlan todas las comunicaciones desde Metz hasta Reims y París, situada a 257 kilómetros al oeste.

Antes de 1916, Verdún ya había tenido cierto protagonismo histórico. En el año 843, los tres hijos de Luis I el Piadoso, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, dividieron el Imperio de Carlomagno mediante el tratado de Verdún, que incorporó la ciudad al reino de Germania. Ese tratado dio origen a las dos naciones que se iban a enfrentar en 1914. En 1552 Enrique II incorporó la ciudad a Francia. Desde entonces pasó de unas a otras manos en varias ocasiones. De nuevo fue capturada por los prusianos en 1792 y en 1871, durante la guerra franco-prusiana, enfrentamiento que tuvo por consecuencia la creación de un nuevo Imperio germánico que incluía los territorios de Alsacia y Lorena; Francia tuvo que pagar una enorme cantidad en concepto de reparaciones de guerra para recuperar Verdún en 1873.

En 1916 todas las esperanzas de una rápida victoria de Alemania y sus aliados se habían visto defraudadas. En 1914, al inicio de la Primera Guerra Mundial, los ejércitos alemanes habían avanzado a través de gran parte de Bélgica y Francia. Joseph Joffre, el comandante en jefe del ejército francés, desplegó tropas para hacer frente a los alemanes que venían de Bélgica, pero le resultó imposible detenerlos hasta que llegaron al Mame. Allí se produjo lo que algunos llaman el milagro del Marne, la detención de los alemanes cuando ya amenazaban París. Tampoco tuvo éxito el intento de invasión por el sur de la línea del frente dirigido por el príncipe heredero de Baviera, Rupprecht.

Dos años después del comienzo de la Gran Guerra, el frente occidental llevaba estancado doce meses en una guerra de trincheras. El káiser Guillermo II esperaba haber llegado a París mucho antes; la derrota en la batalla del Marne pospuso este deseo. Von Falkenhayn, su jefe de Estado Mayor, necesitaba renovar la presión sobre el frente francés, romperlo definitivamente. Pero ¿dónde?, y ¿cómo?

La respuesta fue Verdún. A inicios de 1916, el área fortificada de Verdún formaba un saliente en la zona alemana dentro de la Francia ocupada. Von

Falkenhayn decidió librar una batalla de desgaste, una matanza en gran escala. Su objetivo, dijo, era convertirla en «el yunque sobre el que la población de Francia va a ser machacada hasta la muerte», en palabras de Winston Churchill. Pero ¿por qué Verdún? Porque esta ciudad, tan estrechamente vinculada al recuerdo de Carlomagno —figura reivindicada por Francia y por Alemania—, en ningún caso sería abandonada por los franceses.

Según explica el historiador militar, miembro de la Comisión Británica para la Historia Militar, el mayor Gordon Corrigan, «Falkenhayn sabía que si se planteaba una amenaza a Verdún, algo casi místico, de significado religioso, haría que los franceses la defendieran pasase lo que pasase. Y para defenderla necesitarían más y más tropas. Así que era bastante con que se mantuviera la presión. Consciente de esta situación, Falkenhayn esperaba simplemente eliminar allí a tantos soldados franceses como fuera posible».

Verdún era un símbolo pero también iba a ser el cebo de una gigantesca trampa. Von Falkenhayn calculó que contra su superioridad artillera habría miles de defensores. Su cálculo fue escalofriante: lograría cinco franceses muertos por cada dos alemanes. No tenía dudas: machacaría a la infantería francesa, que el mando sacrificaría sin vacilaciones para evitar la caída de Verdún. Desangraría al ejército galo, que tan pródigo de la vida de sus hombres se había mostrado ya en 1914 y 1915.

Pero había otro motivo. Von Falkenhayn creía que la guerra sólo podía decidirse en el oeste y que convenía hacerlo antes de que los reclutas británicos nutrieran el frente occidental con varios centenares de miles de hombres. Era necesario vencer a Francia antes del verano de 1916, sobre todo porque el bloqueo marítimo impuesto por la flota británica empezaba a dejar sentir sus efectos en Alemania. Al llevar al colapso al ejército francés se comprometería seriamente a sus aliados británicos y rusos.

La misión se conoció con el nombre clave *Operación Gericht* (Operación Justicia). Verdún iba a ser la decisiva «prueba de fuerza». El príncipe heredero Guillermo, hijo mayor del káiser, tendría el mando supremo durante el ataque principal; había sufrido serios reveses militares en el Marne y en Argonne, por lo que necesitaba una victoria contundente para lavar su imagen.

LA VULNERABILIDAD DE LOS FUERTES DEL FRENTE OCCIDENTAL

Ya desde la época de los romanos Verdún era una ciudad fortificada, pero a partir del siglo XVII sus defensas aumentaron notablemente. Después de la guerra franco-prusiana, cuando la ciudad volvió a manos francesas, se construyó un anillo de fuertes situado a tres y diez kilómetros alrededor de la ciudad fronteriza. Se dice que en 1916 era la posición fortificada más sólida y fuerte del mundo entero.

Dentro del saliente de Verdún había diecinueve fuertes en forma de «punta de flecha», diez fuertes pequeños, junto con miles de corredores y refugios subterráneos, además del recinto amurallado de la ciudad. En la margen derecha del río Mosa los fuertes estaban dispuestos en tres círculos, uno exterior y dos interiores. El primero incluía los fuertes de Maoulanville, Vaux y Douaumont; el segundo, Tavannes y Souville, y en el centro, en las alturas que dominaban Verdún, Belrupt, Saint-Michelle y Belleville.

Cada fuerte había sido situado de tal forma que su artillería podía hostigar al enemigo que se atreviese a aproximase al fuerte vecino, además de repeler ataques en todas las direcciones. Contaba con piezas de 155 mm y de 75 mm (los cañones *soixante-quinze*, orgullo de la industria bélica francesa), todas en cúpulas giratorias de acero blindado y estaban suplementados por torretas armadas con ametralladoras. Los fuertes eran prácticamente invulnerables salvo por un impacto directo de la artillería pesada. Además, estaban reforzados por una línea de trincheras en los cerros con un radio de 3 y 4,8 km.

En la actualidad todavía se pueden ver las huellas de la batalla en Fort Douaumont —la fortificación más grande de todas— y en su cementerio, que contiene los restos no identificados de cerca de 130 000 soldados, franceses y alemanes, muertos en los diez meses de batalla. Elevado por encima del valle, el punto más alto dentro de un radio de treinta kilómetros está a 1300 metros sobre el nivel del mar. Desde el exterior apenas se percibe lo grande y poderosa que fue esta fortaleza, cubierta con una especie de techo de hierba que cubre una capa de hormigón debajo de una de arena y otra de piedra.

La construcción comenzó en 1885 y duró hasta 1913, con un coste de seis millones de francos oro (unos 265 millones de euros de hoy), suma suficiente para pagar los salarios de treinta mil soldados franceses durante un año. Con una superficie total de 30 000 metros cuadrados y, aproximadamente, 400 metros de longitud, se edificaron dos niveles subterráneos de acero protegidos por un techo de hormigón armado de doce metros de espesor. Todo diseñado para resistir un bombardeo de largo alcance del enemigo con artillería de campaña o de sitio. Fort Douaumont se convirtió en orgullo nacional.

El interior de Douaumont era como una pequeña ciudad, con un laberinto de galerías de piedra que conduelan a los búnkeres donde estaban las habitaciones para una guarnición de cerca de quinientos soldados, además de almacenes de alimentos y municiones. Las defensas exteriores de la fortaleza eran esencialmente un anillo exterior de alambre de púas en cuyo interior había una profunda zanja.

La invasión alemana de Bélgica en 1914 obligó a los planificadores militares franceses a replantearse la utilidad de las fortificaciones en la guerra moderna. Bélgica tenía fuertes muy similares que fueron rápidamente destruidos por la artillería alemana. Convencidos de su ineficacia, en agosto de 1915 se tomó la decisión de reducir la guarnición de Douaumont a un pelotón de territoriales —es decir, hombres que ya habían terminado su servicio militar y que eran movilizados para desempeñar trabajos auxiliares— que se encargaban del cuidado de depósitos de municiones y víveres. Además, excepto los cañones de 155 mm y unas trescientas piezas del calibre 75, su artillería pasó a reforzar la de las unidades de campaña.

Así pues, muchas piezas artilleras de todos los fuertes fueron desmanteladas y diseminadas a lo largo del frente occidental. La medida fue tomada debido a la inferioridad en cañones pesados y piezas de tiro curvo de los franceses, pero dejaría estratégicamente el saliente de Verdún a merced de la artillería alemana desde tres flancos. En realidad, si la verdadera intención de Von Falkenhayn hubiera sido la conquista de la plaza, Verdún estaba a su disposición desde el primer día de la ofensiva.

A pesar de su posición clave y de los informes de la inteligencia civil y militar que advertían de un masivo ataque alemán en la zona, Verdún había estado relativamente tranquila durante los dos años primeros de guerra. La vida

dentro de las trincheras era mucho más segura y más cómoda que en la zanja fangosa más al norte, en el frente de Flandes. Sin embargo, varios oficiales galos habían dado la voz de alerta, manifestando su temor de que este enclave pudiera convertirse en un punto débil ya que los medios humanos y de material eran insuficientes para repeler un ataque a gran escala.

Lo cierto es que el escaso número de efectivos formaba una única y delgada línea de trincheras al norte y al este de las fortificaciones principales. Sin embargo, no había una verdadera «segunda línea», sino tan sólo una serie de puestos de avanzada y puntos fortificados aislados y mal conectados. Además, los franceses tenían escasos hombres para vigilar los densos bosques que había delante de la posición, lo que permitió que los alemanes se movieran y se reforzaran sin ser prácticamente detectados.

EL PAPEL VITAL DEL FERROCARRIL

Para los alemanes, que desconocían la vulnerabilidad de Verdún, el elemento sorpresa era fundamental para el triunfo de la operación. No era fácil ocultar la gran cantidad de armas y municiones que se necesitaba movilizar. Era preciso transportar por ferrocarril más de 850 piezas de artillería, incluidas las armas de asedio. Simplemente para las fases iniciales del bombardeo, las fábricas de municiones habían conseguido producir unos dos millones y medio de proyectiles de artillería. La gran mayoría de los cañones, obuses y morteros eran de gran calibre, algunos incluso de más de una tonelada de peso. Para poder trasladar este armamento a primera línea, se necesitarían además de gran cantidad de soldados, mil trescientos vagones de tren.

Un factor clave en la elección del objetivo fue la excelente red de ferrocarriles alemana en esta zona. La gran superioridad germana era también de índole logística: el sector alemán de Verdún contaba con catorce líneas férreas (diez de ellas construidas por Von Falkenhayn para su ofensiva), más una completa red de carreteras. Sin embargo, el saliente francés sólo disponía de una carretera de siete metros de anchura y de un ferrocarril local de vía estrecha, «le Meusien». De los dos ferrocarriles de ancho normal que llegaban a Verdún desde la retaguardia francesa, uno estaba cortado por el saliente de Saint-Michel y el

otro había sido destruido por los cañones alemanes.

Sólo para iniciar la batalla, los alemanes concentraron, en un área de doce kilómetros de frente por doce de profundidad, más de un millar de morteros y cañones, con predominio de calibres pesados (hasta 380 y 420 mm) con una amplia dotación de municiones, tres mil proyectiles por batería, además de cemento, alambre de púas, madera… y ochenta batallones con los correspondientes parques de municiones, servicios sanitarios y víveres. Para almacenar las reservas alemanas de primera línea, fueron excavados numerosos Stollen, refugios subterráneos de gran capacidad, a diez y hasta a quince metros de profundidad.

Otra de las iniciativas alemanas de gran valor estratégico fue concentrar un gran número de aviones de combate en la zona. Su misión sería cubrir el avance de la infantería mediante la destrucción de aviones de reconocimiento enemigos, además de la exploración del terreno para situar trincheras o piezas de artillería.

Pese a las precauciones y el sigilo de los alemanes para ocultar sus preparativos, era imposible que tal acumulación de hombres y material pasara inadvertida a los franceses. «Los franceses interpretaron mal los indicios de lo que estaba sucediendo. Fallaron en lo que ahora llamamos señales de inteligencia. Además, el cuartel general francés creyó que todas esas señales eran una prueba de que los alemanes reforzaban sus defensas en el sector. De hecho, la primera advertencia de que los alemanes iban a atacar en Verdún fue la que recibió el agregado naval de la embajada británica en un cóctel en Oslo», señala el historiador militar Gordon Corrigan.

Es más, el mariscal Joffre recibió advertencias de diplomáticos destinados en Suiza y Dinamarca a finales de enero, aunque desdeñó su importancia porque él no le daba valor estratégico al enclave de Verdún y creyó que los alemanes tampoco. De esta forma, los generales a cargo del Estado Mayor, con Joffre a la cabeza, no quisieron ver los movimientos alemanes y despreciaron cualquier información sobre el ataque.

Así, por muy increíble que parezca, la guarnición de Verdún no tuvo ni idea de la tormenta que iba a estallar. Fue admirable la forma en que los alemanes lograron la casi completa sorpresa táctica. Todo había sido meticulosamente planeado. La primera fase requería que entraran en combate 72 batallones de ataque, unos 72 000 hombres, que fueron infiltrados por la noche y alojados en

más de cien búnkeres Stollen construidos en el bosque.

Con esta enorme fuerza ya preparada para atacar, los alemanes se enfrentaron a un problema de última hora. El tiempo empeoró a principios de febrero. De hecho, la fecha de inicio de la Operación Gericht tuvo que ser aplazada en tres ocasiones a causa de las condiciones meteorológicas. La buena visibilidad era fundamental para la actuación de la artillería, que en 1916 se dirigía en gran medida a ojo. Era imprescindible contar con el cielo despejado y buena visibilidad.

LA RESISTENCIA DE LA INFANTERÍA FRANCESA

Finalmente, el lunes 21 de febrero de 1916, la visibilidad fue buena y llegó el momento de atacar. Alrededor de 1600 piezas de artillería comenzaron a las 7.12 horas un bombardeo, que se alargó durante más de nueve horas ininterrumpidas. El primero de los muchos millones de proyectiles que iban a caer en los siguientes meses alcanzó la catedral. Probablemente fue un disparo destinado a uno de los puentes que erró su objetivo. El siguiente fue a caer en la estación de ferrocarril.

A quince kilómetros al norte de la ciudad de Verdún el bombardeo de artillería fue absolutamente aterrador. Una auténtica lluvia de proyectiles de gran calibre y gases tóxicos se cernió sobre el sector. Hasta ese momento, no se había visto un ataque artillero de semejante intensidad y magnitud. Los alemanes lo llamaron *trommelfeur* o fuego de tambor, un obús tras otro cayeron en picado y explosionaron en el aire. La metralla se esparció en todas direcciones.

En las trincheras los franceses se acurrucaban intentando protegerse contra los devastadores proyectiles. En los bosques cercanos cada árbol se convirtió en una cerilla ardiendo debido al bombardeo. Los franceses retrocedieron a posiciones más seguras. Una vez que la barrera fue levantada, a las cuatro de la tarde, comenzó el asalto de las tropas alemanes. La cortina artillera alemana y las tropas de choque continuaron avanzando intensificando el asalto, sin tener en cuenta el enorme número de bajas, en treinta kilómetros de frente.

De la zona batida se alzaba una enorme nube de humo y polvo que impidió la intervención de lo que quedaba de la artillería francesa por falta de visibilidad.

La infantería gala tuvo que soportar sola, sin apoyo artillero, el choque inicial. Nueve horas llevaban sufriendo un martilleo constante de proyectiles y los pocos supervivientes todavía estaban dispuestos a luchar…

La infantería alemana salió de sus posiciones. A la cabeza marchaban hombres con depósitos a la espalda con combustible para alimentar los lanzallamas. Un ataque de lanzallamas sobre la 51.ª División francesa hizo estragos. El desorden cundió en el frente. Nadie podría detener aquella oleada de infantería. Los alemanes, muchísimo más numerosos, se infiltraban entre los huecos de la quebrantada línea francesa, encontrando parapetos formados por cadáveres y una repugnante masa de barro, sangre y cuerpos destrozados.

Las bajas francesas fueron enormes: algunos batallones franceses fueron literalmente eliminados. Una de las historias más conocidas de esas primeras horas de combate tuvo lugar en el bosque de Caures, en la zona central del frente de Verdún, protagonizada por Émile Driant.

El teniente coronel Driant tenía algo de Winston Churchill, ambos medio políticos y medio militares, además de escritores populares. Fue elegido diputado por la ciudad de Nancy en el Parlamento francés, pero con el estallido de la guerra, y con casi sesenta años de edad, volvió a filas. Él fue uno de los oficiales, como otros tantos entonces, que se quejó de la precariedad de las defensas francesas en Verdún. Como miembro de la Cámara de Diputados francesa, Driant escribió a sus colegas para advertirles del peligro al que se enfrentaba Francia si, como él predecía, los alemanes atacaban Verdún, lo cual enfureció al estamento militar y al comandante en jefe Joseph Joffre, quien montó en cólera ante lo que consideró un acto de insubordinación de un oficial bajo su mando. Las advertencias de Driant lamentablemente se confirmaron.

En el bosque de Caures, los trescientos cazadores alpinos del coronel Driant, supervivientes de una semibrigada de casi mil cuatrocientos hombres, lucharon toda la noche, cuerpo a cuerpo frente a los diez mil soldados de las tropas de asalto de la 21.ª División alemana. La artillería alemana disparó durante toda la noche; sin embargo cuando amaneció el día 22, los alemanes sólo habían ocupado el bosque de Haumont; en todos los demás puntos atacados proseguía la resistencia.

Driant conservó la posición y cuando fue a ayudar a uno de sus hombres heridos una bala de una ametralladora le golpeó en la frente y lo mató al instante.

Su actuación sirvió en parte para entorpecer el ataque alemán, pero sobre todo su historia de valentía y resistencia inspiró al resto del ejército. «La infantería supo entonces que sólo tenía una responsabilidad: morir como lo habían hecho Driant y sus hombres […] el mecanismo del sacrificio estaba en marcha», escribe el historiador francés Pierre Miquel. El efecto moral fue inmenso. Su muerte heroica en combate lo encumbró como uno de los héroes franceses de la Primera Guerra Mundial.

El segundo día de batalla, los supervivientes franceses estaban dispuestos a empuñar el fusil, a desenterrar la ametralladora cubierta de tierra por los obuses y a agruparse en centros de resistencia para hacer frente a la infantería enemiga, logrando frenar a la apisonadora germana. El tercer día, el 24 de febrero, los alemanes sólo se habían adentrado tres kilómetros en las líneas francesas.

CAE LA FORTALEZA «MÁS SÓLIDA Y FUERTE DEL MUNDO»

El frente alemán de Verdún estaba ocupado por el V Ejército, a las órdenes, desde agosto de 1914, del príncipe heredero Guillermo. El mayor de los cinco hijos del káiser, el *Kronprinz* (príncipe de la corona, título del heredero en las monarquías germánicas), Guillermo tenía treinta y tres años y no parecía muy militar. Por su aspecto durante la guerra, le apodaron «Pequeño Willie» y era blanco predilecto de los caricaturistas aliados por su figura desgarbada, su aire altanero y su afición a vestir el uniforme de los húsares de la Muerte. A la vista de cómo se desarrolló la batalla, la intuición de Guillermo resultó más acertada que la opinión de algunos de los más altos comandantes.

La conquista de Verdún no era un objetivo en sí, aunque algunos comandantes lo creyesen. Entre los mandos que lo creían estaba el príncipe heredero. «Se dio cuenta de que para los soldados era muy difícil atacar y poner en peligro sus vidas y para no capturar el objetivo. Así que en las órdenes a su ejército hablaba de la captura de Verdún. Por supuesto, el punto de vista de Falkenhayn era el contrario: si no tomaba Verdún el conjunto de la operación absorbería más y más tropas francesas. Por lo tanto, desde el principio hubo una dicotomía entre los dos. Por un lado, el hombre que en realidad tenía que hacer el trabajo y, por el otro, el planificador del Estado Mayor que no quería que

Verdún fuera capturada», explica el historiador militar británico Gordon Corrigan.

Lo cierto es que a primeros de 1916 comenzaron las veladas acusaciones y los conflictos entre Von Falkenhayn y otros dos miembros del alto mando alemán, el general Von Hindemburg y su jefe de Estado Mayor, Ludendorff, centrados sobre todo en el traslado de recursos del frente del este al oeste, exigido por Falkenhayn. Los generales opuestos al plan eran partidarios de desviar más recursos al frente ruso para rematar y aniquilar al extenuado ejército ruso y librar así a Alemania de un frente para, después, destinar todos los efectivos del este hacia el frente occidental. Para Von Hindenburg y Ludendorff los riesgos de la Operación Gericht eran evidentes. Sin embargo, Falkenhayn ganó en la confrontación apelando al golpe de efecto contra los aliados europeos que supondría tener dos frentes abiertos.

Las disputas en el alto mando alemán, de cualquier forma, fueron de poca trascendencia para las tropas francesas que luchaban por su vida y para contener el avance del enemigo. Los ciudadanos comenzaban a estar desesperados por escapar de Verdún a medida que los alemanes avanzaban hacia el anillo de fortalezas protectoras de la ciudad. El día 23 a las seis de la tarde se procedió a la evacuación de la población civil de la ciudad, un indicio del agravamiento de la situación.

Henri-Philippe Pétain era el comandante en jefe de las tropas francesas. El general, que había sido oficial de infantería, entendía el valor del fuego de artillería; «La potencia de fuego mata» fue una de sus frases más populares. De inteligencia muy lúcida y precisa, de método riguroso y de un sentido estratégico y táctico muy bueno, parecía una buena elección para la gestión de una batalla prolongada. Su cometido era claro: resistir a toda costa. No habría evacuación en ningún caso.

El 25 de febrero de 1916 recibió el mando de los ejércitos de Verdún en sustitución del general Herry y sus refuerzos llegaron por la noche desde París a Souilly, donde se instaló en la sede del ayuntamiento. El primer día de su nombramiento, el hasta ese momento desconocido general se enfrentó a un acontecimiento que elevó esta batalla a un asunto de importancia nacional para Francia, provocado por algo casi absurdo en Fort Douaumont.

En los primeros asaltos, la fortaleza había sido golpeada varias veces, pero

seguía siendo un importante obstáculo. Tras el traslado de las armas pesadas de los fuertes en agosto de 1915, cuando comenzó el ataque alemán, Douaumont que había sido el fuerte más imbatible en el mundo, ya no lo era; no era más que una pila de hormigón con algunas armas de fuego no demasiado efectivas.

Lo que los alemanes no sabían era que, en vez de disponer de la regular guarnición de quinientos hombres, en Douaumont sólo había 58 reservistas bajo el mando del brigada Chenot y ninguna pieza de artillería operativa. Ese día se había ordenado al 24.º Regimiento de Brandeburgo que avanzara hasta el fuerte. Como era habitual iba por delante un pelotón de zapadores al mando del sargento Kunze, cuya tarea consistía en acompañar a las tropas de avanzada para quitar el alambre de púas y otros obstáculos.

El sargento Kunze y sus hombres se deslizaron hasta cerca de la fortaleza camuflados para pasar inadvertidos. Al llegar junto al foso que rodeaba el fuerte, el sargento ordenó a sus nueve hombres que formaran una pirámide humana para que él pudiera trepar hasta una tronera. Kunze subió y, acompañado por dos de sus hombres, se introdujo en Fort Douaumont por un corredor desguarnecido. Exploró los largos túneles del interior del fuerte hasta que se topó con cuatro artilleros franceses encargados del cañón de 155 mm. Los hizo prisioneros, pero se extravió y perdió contacto con sus compañeros en el exterior. Al poco, un obús alcanzó el fuerte. Kunze cerró la pesada puerta del búnker y la trabó desde el exterior. La llegada de tres oficiales alemanes, Radtke, Haupt y Von Bradis con unos noventa hombres, sirvió para completar la labor de Kunze. La aturdida guarnición de 58 reservistas se rindió, con lo que el fuerte se capturó intacto.

La fortaleza más poderosa de todo el territorio francés fue capturada sin disparar un solo tiro. Fue un tremendo golpe psicológico para la moral francesa. Con Douaumont en manos enemigas, el camino hacia Verdún quedaba libre de obstáculos y con él, la posibilidad de que todo el saliente cayese. En la ciudad cundió el pánico. Había ocurrido lo impensable. El príncipe heredero alemán había tomado Douaumont. Alemania podía no sólo ganar esta batalla, sino tal vez la guerra.

Las noticias acerca de la captura de Fort Douaumont, «el más sólido y fuerte del mundo», se recibieron con éxtasis en Alemania. Según la historiadora local, experta en esta batalla, Ingrid Ferrand, «la reacción en Alemania fue increíble. Todos los periódicos recogieron la noticia con grandes titulares. Los niños no

tuvieron escuela, se decretaron varios días festivos y las campanas repicaron en varias iglesias para celebrar una victoria que podía dejar libre el camino hacia París. Todo el mundo pensaba que la guerra terminaría en semanas. Por supuesto fue una cuestión de propaganda, pero fue también muy bueno para la moral de los soldados alemanes. No estaban en su país, no tenían cuarteles, no había hospital… y una gran fortaleza como ésta podía ser muy útil».

Mientras los franceses se afanaron en minimizar el incidente hablando de las fuertes bajas que habían sufrido los alemanes, de lo dura que había sido la lucha, la posibilidad de una retirada del saliente se convirtió en una cuestión nacional y en objeto de un gran debate político, tanto en el estamento militar como en el Gobierno. Al final se ordenó que se defendiera cada palmo de las dos orillas del río al precio que fuera. Para los británicos fue una muestra del progreso alemán en el frente occidental; para muchos observadores alemanes se trataba del inicio del colapso de Francia.

Numerosos historiadores mantienen que el cuartel general francés se equivocó en el desmantelamiento en agosto de 1915 del sistema defensivo de la región de Verdún. Además, desoyó las amenazas de un ataque alemán en la zona a pesar de las informaciones proporcionadas por la oficina de información de la Armada y de las numerosas declaraciones de los prisioneros alemanes que alertaban de una gran ofensiva. Por si todo esto no fuera suficiente, abandonó la defensa activa de la Región *Fortifiée* de Verdún, dejando de construir fuertes y trincheras, además de no hacer caso a las peticiones de algunos de los mandos sobre la falta de armamento y recursos humanos en un enclave tan vital como Verdún. El resultado de tantas decisiones equivocadas fue el éxito alemán en los primeros momentos de la batalla.

PÉTAIN REORGANIZA LAS LINEAS DE DEFENSA

El mismo día que el general Henri-Philippe Pétain asumió el mando de las tropas francesas en Verdún tuvo que enfrentarse a la crisis de la caída de Douaumont. Los designios de Falkenhayn se cumplieron inicialmente y la ofensiva concebida como una máquina trituradora funcionó. Pero en términos tácticos los alemanes cometieron un flagrante error: atacar sólo en la orilla oriental o derecha del Mosa

y no en las dos orillas al mismo tiempo.

Pétain enseguida puso las bases para una guerra de resistencia, el famoso: «On ne passe pas» («No pasarán») atribuido a su sucesor el general Robert Nivelle. Reorganizó las líneas de defensa, sistematizó las trincheras y, sobre todo, comenzó a usar la artillería como clave para la estrategia defensiva del sector, fiel seguidor de ideas como «el cañón conquista, la infantería ocupa» o «un mínimo de infantería, un máximo de artillería […] ya que el fuego mata», que tanto repetía a sus tropas.

Así, situó de diferente manera la artillería. Emplazó con urgencia cantidades significativas del nuevo cañón de 155 mm (llamado Schneider por su inventor, de origen alsaciano) y ordenó que se dispusiera de 55 000 proyectiles de 155 mm al día, para devolver los golpes artilleros cuanto antes. Además, sustituyó las grandes piezas de artillería por cien cañones de 75 mm con una movilidad superior en el campo de batalla. En tan sólo dos días, colocó trece baterías en la margen izquierda del Mosa para hostigar de flanco a los alemanes que habían conseguido aproximarse a nueve kilómetros del centro de Verdún.

Sabía que para hacer frente a los incesantes ataques de las formaciones alemanas con mayor seguridad, los refuerzos, alimentos y municiones debían de llegar continuamente a la región. Ordenó constantes relevos de tropas, mejoras en la intendencia y, lo más importante, creó una logística en tropas, provisiones y municiones a través de la única vía de comunicaciones que había quedado intacta, la que conduce de Verdún a Bar-le-Duc.

Con ello las bajas en el ejército alemán comenzaron a aumentar de forma considerable. Las cosas empezaron a no salir como Von Falkenhayn esperaba. El alto mando alemán comenzó a comprobar que el plan y la trituradora para aniquilar el ejército francés se estaban tornando en su contra. Después de seis semanas de combates, a finales de marzo, las victimas alemanas se cifraban en 82 000 soldados.

Sobre esta batalla existen cientos de testimonios de soldados y oficiales que participaron en ella y narraron el horror al que se enfrentaron, como el del sargento Karl Gartner, quien escribió una carta a su madre con una detallada descripción de las condiciones durante el asalto. Gartner fue capturado y con él la carta. «Hemos sido mal informados por nuestros oficiales —escribe—. Estamos tan sólo manteniendo nuestras posiciones sobre el terreno que hemos

ganado, temerosos de las numerosas pérdidas. Tenemos que renunciar a toda esperanza de tomar Verdún».

Su amarga experiencia, así como otros testimonios de la inseparable presencia de la muerte de otros soldados alemanes en esos primeros combates son una prueba de que, a pesar del éxito inicial, enseguida los alemanes empezaron a tener graves problemas para mantener la posición.

En todo ello tuvo que ver la modernización de la logística, el alma de la guerra. Pétain, cuando se hizo cargo de su puesto de mando, estaba desesperado. Los principales ferrocarriles de la región estaban bajo el control de los alemanes desde el verano de 1914. Necesitaba una forma eficaz de canalizar hacia Verdún el suministro constante de hombres y materiales: así nació la *Voie Sacrée*, el Camino Sagrado, bautizada así por el escritor Maurice Barres en referencia a la Vía Sacra romana por sus connotaciones victoriosas y triunfales. Era la carretera que tendría que salvar la ciudad, quizá la nación, de la derrota.

Debido a su situación en el saliente, la región sólo podía ser reabastecida desde una sola dirección, el suroeste. La única vía ferroviaria segura del sector se interrumpía en Bar-le-Duc, a casi ochenta kilómetros de distancia y, desde allí, una carretera de apenas siete metros de ancho conducía a Verdún. Pétain dio máxima prioridad a la mejora de esta carretera. Dividió la sección entre Verdún y la capital regional, Bar-le-Duc, en siete cantones, cada uno con su equipo de constructores de carreteras. Con la ayuda de trece batallones y una minuciosa planificación, casi nueve mil hombres trabajaron día y noche asegurando y acondicionando la minúscula carretera, que resultó ser vital para el aprovisionamiento tanto de tropas como de suministros para el sector.

Todos los vehículos averiados eran retirados a un lado a fin de no obstaculizar el tráfico. Se levantaron talleres de reparaciones y había gatos hidráulicos por todo el recorrido para reparar los neumáticos de los camiones que llegaron de toda Francia, incluidos los que hasta el momento se habían utilizado para trasladar comestibles, frutas y hortalizas al mercado de París. Por esta carretera circulaban enormes cantidades de provisiones, armamento y tropas sin cesar: Se contabilizó que día y noche pasaba un vehículo cada catorce segundos. La cola de convoyes se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros.

A modo de una noria, fue la ruta a través de la cual los heridos eran evacuados y las tropas de refresco sustituían a las cansadas. Esta rotación

continua permitió al ejército francés disponer de tropas frescas y descansadas en un escenario bélico de espantosa crueldad, mientras la mayoría de las unidades y regimientos alemanes no fueron relevados durante toda la ofensiva.

Del 27 de febrero al 6 de marzo de 1916 se desplazaron por esta carretera unos seis mil vehículos diarios que transportaron 190 000 soldados, 23 000 toneladas de municiones y 2500 toneladas de material. Hacia primeros de mayo, la vía había permitido a Pétain hacer entrar y salir del sector de Verdún a cuarenta divisiones de infantería. La fuerza aérea alemana bombardeó nudos e infraestructuras ferroviarias vitales para el transporte de tropas y el avituallamiento militar, pero increíblemente, fue incapaz de bloquear el tránsito en una vía tan frágil como la *Voie Sacrée*.

EL ERROR TÁCTICO GERMANO

Algunos de los más sangrientos combates de Verdún tuvieron lugar desde principios de marzo hasta finales de mayo. A las dos semanas del comienzo de la batalla, los alemanes habían reconocido que la decisión de atacar sólo en la orilla derecha del Mosa fue un grave error.

Así, el 6 de marzo el alto mando germano decidió reorientar el ataque hacia la margen izquierda del Mosa y atacó la cota 304 y, en el espacio que mediaba entre las dos líneas, el pequeño montículo Mort-Homme, que apenas alcanzaba los trescientos metros de altitud pero que era una posición vital para la artillería. Dos días después, el 8 de marzo, comenzaron a atacar Fort Vaux, reanudando el empuje en la margen derecha.

En la orilla izquierda, el IV Cuerpo de Ejército alemán se enfrentó a cuatro divisiones francesas que defendían la posición. El primer día, fue completamente barrida la inexperta 67.ª División gala que formaba parte de la primera línea de defensa y las tropas alemanas cruzaron fácilmente el Mosa por los pueblos de Brabant-sur-Meuse y Champneuville. Por la tarde, cayeron las posiciones de Forges y Regneville. El sector se convirtió en un campo de batalla gigantesco acribillado de plomo, de barro y de carne humana despedazada.

Al día siguiente, los franceses lanzaron un enérgico contraataque y el Bois des Corbeaux pasó otra vez a manos galas. Dos días después, volvió a quedar

bajo dominio alemán. A partir de ahí, cada ataque era respondido por un contraataque. En tan sólo cuatro días las pérdidas en los dos contendientes fueron espeluznantes: 89 000 franceses muertos, heridos o desaparecidos. Las bajas alemanas fueron muy similares, en torno a 82 000 soldados.

El 14 de marzo, los franceses realizaron una enorme concentración de fuego con la artillería situada en la cota 304 desde donde machacaban las posiciones alemanas alrededor de Mort-Homme. A partir de entonces, los enfrentamientos se concentraron en los alrededores del bosque de Avocourt. A finales de marzo los alemanes lanzaron un ataque desde el norte a la cota 304 y cayeron diversos pueblos de la zona: Malancourt (31 de marzo), Harcourt (5 de abril) y Bethincourt (8 de abril).

A comienzos de abril, los alemanes cambiaron su estrategia; decidieron atacar con su artillería en ambas orillas del Mosa a la vez. Así comenzó una feroz lucha por la toma o defensa de cada posición. Las bajas francesas y alemanas, enormes, comenzaron a igualarse en número. El campo de batalla se colmó de cadáveres y de fragmentos humanos. Las condiciones de las tropas de ambos ejércitos eran infrahumanas. Los soldados se limitaban a sobrevivir en los miles de cráteres repletos de fango en que se habían convertido las trincheras tras varios días de lluvia incesante. Los constantes proyectiles y metralla, el nauseabundo hedor de la putrefacción de los cadáveres y la escasez de provisiones y alimentos convirtieron estos días en un verdadero infierno.

Por entonces surgió una de esas consignas llamadas a pasar a la historia: la *Voie Sacrée* pasaba justo por debajo de la ventana de la oficina de Pétain, en Souilly. Él estaba de pie en el balcón y vio a las tropas. Las cifras de muertos, desaparecidos y heridos no dejaban de aumentar. Las víctimas superaban las 152 000 en dos meses de lucha. Los enemigos también habían sufrido enormes bajas. Entonces, con los alemanes golpeando en Mort-Homme, Pétain el 9 de abril emitió su famosa orden del día que decía: «El furioso ataque de los soldados del Príncipe Heredero ha sido roto en todas partes. Infantería, artillería, ingenieros, aviadores compitieron con heroísmo. Honor para todos. Coraje. ¡Serán nuestros!». «*On les aura*!» pasó a ser la consigna del pueblo francés. Pétain ordenaba mantenerse a cualquier precio en la cota 304 y en la colina de Mort-Homme.

Pero las cosas cambiaron a finales de abril. Su excesiva precaución y celo

por el aprovisionamiento de tropas acabó por inquietar a Joffre y al alto mando francés. Entonces, el 30 de abril, el gran cuartel general ascendió a Pétain a jefe del Grupo de Ejércitos del Centro, otorgando el mando directo de Verdún al general Robert Nivelle, un militar ambicioso, destacado artillero y hombre «de elevado espíritu ofensivo», con importantes conexiones políticas y sociales, entre las cuales destacan sus excelentes relaciones con miembros del alto mando británico. Como brazo derecho contó con el general Charles Mangin.

Nivelle montó ofensivas que, con preparaciones artilleras insuficientes, costaron ríos de sangre y obtuvieron resultados insignificantes. La batalla, que seguía sin decantarse hacia ninguno de los dos bandos, aumentó en agresividad.

HAMBRE, SED Y MUERTE EN VAUX

Desde que en el mes de marzo comenzaron los ataques a Fort Vaux la aldea de Vaux había cambiado de manos trece veces a lo largo de un implacable forcejeo y con un enorme número de bajas sin que hubiese apenas cambios en la configuración del frente.

Los alemanes ya habían aplastado los contraataques franceses en la orilla derecha del Mosa, mientras que en la orilla izquierda se habían asegurado provisionalmente el control de la cota 304 y del Mort-Homme. Fort Vaux era el siguiente punto fuerte en su lista de objetivos.

Vaux no era de los fuertes más grandes. Construido entre 1881 y 1884, fue modernizado de 1904 a 1906 y se le añadió una torre con piezas de 75 mm. Sin embargo, en agosto de 1915, al igual que el resto de los fuertes de la zona, quedó casi desarmado y con una guarnición de sólo sesenta territoriales.

Después de la vergüenza de Fort Douaumont, los franceses habían decidido aferrarse a sus fuertes a toda costa. Pero ¿quién se atrevería a tomar el mando en lo que fue prácticamente una misión suicida? El comandante Raynal, de cuarenta y nueve años, quien había luchado con el 7.º de Tiradores Argelinos en 1914. Fue herido dos veces. Se pasó diez meses en un hospital, y al volver al servicio en octubre fue herido de nuevo por metralla en la pierna izquierda. Condecorado con la Legión de Honor, se reincorporó a principios de 1916, pero se había quedado cojo. A finales de mayo, le ofrecieron el mando de un fuerte y aceptó la

tarea.

El 2 de junio, Raynal tenía en el fuerte a seiscientos hombres bajo sus órdenes, armados con fusiles, ametralladoras y granadas. De ellos unos quinientos soldados pertenecían, principalmente, a la 6.ª compañía del 142.º Regimiento y, el resto, supervivientes del 101.º, que llegaron allí cuando sus líneas fueron arrolladas. Ellos sabían que era sólo cuestión de tiempo, que antes o después los alemanes irrumpirían en el fuerte. Así construyeron barricadas en los túneles y colocaron sacos de tierra en diversos puntos, más para dificultar la entrada y convertirla en una trampa que para impedirla.

La comida escaseaba, pero parecía que había agua suficiente para resistir el cerco que se acababa de completar, pues en la cisterna principal había 5000 litros. Sin embargo, el nivel de agua en la cisterna habla sido mal medido, y los defensores estaban al borde de morir de sed. Los hombres lamían la humedad de las paredes de piedra… algunos incluso bebían su propia orina. El miedo y las heridas se mezclaban con el hambre y la sed a la espera de hipotéticos avituallamientos y ayuda.

El VI Ejército alemán estuvo parado durante una semana, pero después inició su camino hacia el exterior de las galerías y comenzó una terrible batalla. Los alemanes volaron los bastiones con cargas, empezaron a lanzar granadas por las grietas y con lanzallamas llenaron de fuego las galerías.

Raynal disponía de cuatro palomas mensajeras para comunicarse con el exterior. Envió su último pájaro, con un mensaje que esbozaba su situación desesperada, a su comandante de zona en la ciudadela de Verdún. La paloma, llamada *Valiant*, cayó muerta nada más llegar a su destino. La artillería francesa, avisada por el ave, intentó desalojar a los atacantes, pero fracasó. A primera hora del 6 de junio, cuatro compañías, junto con algunos zapadores, intentaron alcanzar el fuerte, pero no pudieron. Raynal, como la paloma, había hecho todo lo posible. Con las pocas tropas supervivientes, se vio obligado a rendirse.

Dos meses más tarde de caer en manos alemanas Fon Douaumont, el 22 y 24 de mayo, el general Charles Mangin comandó un fallido asalto para reconquistarlo —una acción que se dice le costó a Francia diez mil vidas— y fue relegado a un segundo plano. Este fracaso desmoralizó aún más a la nación francesa.

Fort Vaux cayó el 7 de junio después de terribles combates. Al día siguiente

cayeron las últimas defensas de Mort-Homme. Después vendrían Fort Thiaumont, el 23 de junio, y Fort Souville el 12 de julio. El avance alemán en todos los puntos agravaba el destino de Verdún.

Sin embargo, la resistencia francesa era impresionante. Desde febrero a julio de 1916, los franceses resistieron palmo a palmo, división tras división, en un régimen de relevos, que hizo que casi todas las unidades del ejército galo pasaran por Verdún. Y también resistían en el aire, tratando de arrebatar la supremacía de los cielos a los alemanes, entre los que destacaba uno de los primeros ases de la naciente aviación bélica: Oswald Boelcke. De hecho, el dominio del aire, que inicialmente correspondió a los alemanes y que era importante para la eficacia del fuego artillero, les fue disputado después por los aeroplanos galos.

NUEVAS ARMAS QUÍMICAS

A los cuatro meses de batalla, el conflicto en el alto mando alemán comenzó. ¿Había que seguir luchando?, se preguntaban. Las vacilaciones fueron desestimadas y se destinaron más unidades a ser consumidas en la vorágine. Divisiones completas que en el plazo de días quedaban completamente destrozadas: alguna de ellas sufrió hasta once mil bajas de los quince mil soldados que la componían, aunque la disciplina prusiana hacía que arrastrasen con ellos al enemigo.

El escenario no estaba evolucionando según las predicciones de Falkenhayn; no se estaba logrando el desgaste superior de los franceses porque sus propias filas estaban siendo aniquiladas. «Pétain empezó a rotar de nuevo sus divisiones en Verdún, mientras continuaba la dicotomía entre Falkenhayn, que no quería capturar Verdún, y el príncipe heredero Guillermo, que si quería. Además, al final, el alto mando alemán no fue capaz de reemplazar a sus soldados en la misma medida en que los franceses lo hicieron. Los soldados alemanes estaban agotados. El desacuerdo en el alto mando alemán resultó critico», explica Gordon Corrigan. El sistema de reemplazo francés y el abastecimiento a través de la *Voie Sacrée* comenzaban a dar resultados satisfactorios para los soldados galos, mientras que los alemanes estaban exhaustos.

El siguiente objetivo clave fue Fort Souville, a poco más de cuatro kilómetros de Verdún. Allí, el 22 de junio los alemanes emplearon una nueva táctica: gas venenoso. La guerra química comenzó en 1914, cuando el científico Fritz Haber puso a disposición de Guillermo II el Instituto de Investigaciones Kaiser Wilhelm, de Berlín, en donde se constituyó una comisión secreta dedicada a desarrollar sustancias químicas bélicas. En marzo de 1915 se utilizó por primera vez el gas de cloro en el frente de Ypres (Bélgica), por lo que se le llamó «iperita». El efecto del gas en las posiciones belgas fue devastador: murieron más de cinco mil soldados.

Sin embargo, los defensores de Fort Souville estaban preparados. Las armas químicas había sido utilizadas antes por los alemanes en otros sectores y la mayor parte de las tropas francesas portaban máscaras antigás o si no la elaboraban por su cuenta. Los alemanes emplearon gas fosgeno (un gas asfixiante, con aroma de heno recién cortado y casi siempre letal) y gases lacrimógenos. En esta ocasión las máscaras antigás francesas funcionaron bastante bien.

Al día siguiente atacaron con sesenta mil hombres, que se abrieron camino a través de las líneas de defensa francesas hasta unos mil metros de Fort Souville… pero luego se detuvieron. Ocuparon la batería de Thiaumont y el pueblo de Fleury, pero fueron incapaces de tomar Souville. La tercera ofensiva de verano acabaría bajo los muros del arrasado Fort Souville, el 12 de julio de 1916. Aquel mismo día el *Kronprinz* recibió la orden de mantenerse a la defensiva: los aliados habían decidido poner fin a este pulso inútil lanzando un ataque de distracción en el Somme.

LA CARNICERÍA DEL SOMME

Según el historiador militar Gordon Corrigan, inicialmente los alemanes tenían la esperanza de que los británicos no entraran en la guerra. «No temían al ejército británico —indica— porque no era muy numeroso y realmente no tendría mucho efecto en el frente occidental, sino a la Royal Navy. Desde el principio de la guerra, la Armada británica impedía a los alemanes la importación de productos de primera necesidad, como alimentos y materias

primas. Además, Gran Bretaña era el país más rico de la coalición que se formó en contra de ellos. Era el país más rico del mundo y los alemanes sabían que era el dinero británico el que mantenía en marcha la coalición de la Entente Cordial en contra de ellos, y que la Royal Navy finalmente iba a estrangularles».

En palabras de Von Falkenhayn, en Verdún tenía en su mano la posibilidad de «desangrar a Francia», quitándole con ello a Gran Bretaña «su mejor espada». Para evitar que eso sucediera, los británicos iniciaron la batalla más costosa y controvertida de la Primera Guerra Mundial: la batalla del Somme, que sería una carnicería como nunca se había visto en la historia.

Entre el 6 y el 8 de diciembre de 1915, en la conferencia de Chantilly (Oise, Francia), los dirigentes de la Entente diseñaron la estrategia que llevarían a cabo contra los alemanes. Gran Bretaña accedió a tomar parte en las fuerzas combinadas. Se decidió que durante el año siguiente se realizarían tres ofensivas simultáneas a las que los alemanes no podrían hacer frente: los rusos atacarían desde el este, los italianos, recién incorporados a la guerra en el bando aliado tras abandonar la Triple Alianza, lucharían contra los austrohúngaros en los Alpes y los británicos y franceses dirigirían una tercera ofensiva desde el oeste, ofensiva que se programó para el mes de agosto de 1916.

Cuando la planificación estaba en curso, los alemanes desataron su feroz ofensiva en Verdún. Por ello, en lugar de las cuarenta divisiones previstas inicialmente para la batalla del Somme, el comandante en jefe francés Joseph Joffre dejó claro que sólo podía ofrecer cinco. La batalla de Verdún estaba en un punto crítico, «era el centro de la totalidad del ejército francés en el frente occidental», cuenta Gordon Corrigan. Disminuyendo el número de tropas que podían aportar al nuevo frente del Somme, los franceses cedieron el papel protagonista de la batalla a los británicos.

El 1 de julio de 1916, las fuerzas británicas y francesas intentaron romper las líneas alemanas a lo largo de un frente de cuarenta kilómetros al norte y al sur del río Somme, en el norte de Francia. Desde Gommecourt hasta Montauban, los batallones aliados se desplegaron agrupados en el III, V y IV Ejércitos británicos y el VI Ejército francés. Enfrente, los alemanes contaban con el poderoso II Ejército de Von Below. El grueso de las fuerzas británicas estaba integrado por los voluntarios territoriales y el *New Army* (Nuevo Ejército, compuesto de grandes masas de voluntarios) de Kitchener, que había empezado a crearse en

agosto de 1914.

El ataque había estado precedido de siete días de preparación artillera, pero muchos alemanes sobrevivieron escondidos en sus trincheras cuando a las siete y media de la mañana los ingleses se adentraron en la tierra de nadie. Los alemanes difícilmente podían dar crédito a sus ojos: los británicos se lanzaron en oleadas sucesivas sobre sus fortificadas trincheras. Las ametralladoras alemanas fueron implacables. Según observó un general alemán, en aquellos días los soldados británicos fueron «leones dirigidos por burros». Algunos regimientos alemanes perdían tan sólo un hombre por cada 18 británicos que caían.

El primer día del ataque, el ejército británico sufrió 58 000 bajas, de ellas casi veinte mil muertos. Fue la peor matanza sufrida por este ejército en toda su historia. Solo fueron alcanzadas dos posiciones en el sector francés de todas las previstas.

El 15 de septiembre de 1916, en el transcurso de esta batalla, los británicos emplearon tanques por primera vez. Habían encontrado una forma de contrarrestar los efectos de la ametralladora con un vehículo acorazado, con ocho hombres en su interior, provisto de orugas que le permitían circular por toda clase de terrenos. La construcción de estos vehículos acorazados se mantuvo en secreto. Para desorientar a posibles espías se les llamaba «tanques», un nombre en clave sin significado con el que ha llegado hasta nuestros días. En la batalla del Somme sólo contaban con dieciocho unidades y su actuación no fue decisiva.

Tras varios meses de batalla, las primeras nevadas de noviembre precipitaron el fin de la ofensiva. A cambio de un avance de no más de doce kilómetros, los británicos tuvieron 420 000 bajas, los franceses 200 000 y los alemanes en torno a medio millón. En palabras del oficial e historiador británico sir James Edmonds: «No es demasiado arriesgado decir que las bases de la victoria final en el frente occidental fueron sentadas por la ofensiva de 1916 en el Somme».

LA SANGRÍA ESTÁ A PUNTO DE TERMINAR

Durante ese verano, Verdún dejó de ser el centro del escenario bélico. La estrategia de aniquilación de Von Falkenhayn había sido tan mortífera para

Francia como para Alemania. Cuando los alemanes se vieron obligados a retirar las tropas para responder a las nuevas crisis en el Somme, comenzó el período de la «revancha» francesa. Ocho divisiones, con ciento sesenta mil soldados, estaban dispuestas a quitarles a la fuerza el terreno que habían ganado, especialmente Fort Douaumont.

En agosto, el general Falkenhayn fue destituido y enviado a luchar al este de Europa ante el fracaso de su estrategia. No habla desangrado a Francia y las bajas del ejército alemán empezaban a semejarse a las pérdidas francesas. El mariscal Paul von Hindenburg como general en jefe, y el general Erich Ludendorff como jefe del Estado Mayor, tomaron las riendas del ejército. El káiser les dio instrucciones para encontrar la manera menos costosa de cerrar el frente de Verdún. La matanza continuó, aunque luchando más por el honor que por mantener la posición. El 2 de septiembre el alto mando alemán decidió que no habría más ofensivas en el frente de Verdún.

Según cuenta Hindenburg en sus Memorias, los motivos que le indujeron a suspender definitivamente los ataques en el sangriento frente de Verdún fueron que «aquella lucha consumía nuestras energías como una herida abierta. Se deducía claramente que la empresa no tenía perspectivas para nosotros y que su prosecución habla de causarnos más pérdidas de las que pudiéramos producir al adversario».

La superioridad artillera alemana fue disminuyendo: durante las batallas finales de otoño e invierno las fuerzas estaban equilibradas. Tras varias semanas en que ambos ejércitos se neutralizaban, los meses de terror y de prolongada contención darían sus frutos el 24 de octubre, cuando Fort Douaumont fue recuperado por tropas coloniales de Marruecos, al mando del general Charles Mangin, en menos de cuatro horas.

Mangin había vuelto a tener el favor de sus superiores en junio de 1916 cuando lo pusieron al mando del Grupo de Ejércitos D, que sería el encargado de llevar los contraataques franceses en la orilla derecha del Mosa durante los meses de junio y julio de 1916. La reconquista de Fort Douaumont estaba entre sus misiones prioritarias.

El ataque comenzó al mediodía del 23 de octubre. Tras varias explosiones violentas, el caparazón gigante de hormigón del techo se hundió matando a cincuenta alemanes que estaban en la enfermería. Otro depósito estalló,

devastando algunos búnkeres. El fuerte se llenó de gases venenosos y el comandante de la guarnición dio la orden de abandonar. A las veinticuatro horas Douaumont estaba en manos francesas después de más de medio año en manos alemanas y con el coste de millares de vidas. La reconquista de Fort Vaux tuvo lugar el 2 de noviembre de 1916.

Los avances franceses continuaron. El último asalto, que también comandó Mangin, tuvo lugar el 15 de diciembre y tres días después las líneas del frente de Verdún eran las del inicio de la ofensiva en febrero de 1916. Se habían reconquistado los fuertes perdidos y buena parte del territorio cedido desde febrero. Los alemanes se rindieran en masa, derrotados y desmoralizados.

La batalla de Verdún, la más larga de la Gran Guerra, había terminado, pero a un alto precio. Los franceses sufrieron más de 362 000 bajas, 160 000 de ellas, muertos o desaparecidos. Las pérdidas alemanas fueron casi del mismo orden: 337 000 muertos, heridos o capturados. Ésta no fue la ecuación que Von Falkenhayn esperaba cuando lanzó su guerra total.

Con la heroica y tenaz defensa de Verdún, Francia no sólo se salvó sino que determinó el curso de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la experiencia de Verdún dejó una herida permanente en la psicología de la nación francesa.

Al año siguiente, el agotado ejército francés estuvo cerca de amotinarse. El general Nivelle, desafortunado en sus ataques, fue en gran parte el causante. Todo comenzó cuando el 23 de febrero de 1917 Nivelle emprendió su anunciada ofensiva, que fue como todas las que la precedieron: miles de muertos para no obtener resultado alguno. Fue relevado del mando, pero el ejército francés, que ya había sufrido bastante, se amotinó negándose a luchar durante dos semanas. Pétain —gran adversario de Mangin— seria el encargado de restaurar y recuperar la moral del ejército.

A partir de ese momento, fue el ejército británico, y más tarde el norteamericano, los que ocuparían el papel principal en la ofensiva que condujo a la victoria final.

En la batalla de Verdún, nueve pueblos fueron eliminados de la faz de la tierra. Douaumont era un pueblecito de unos trescientos habitantes y, como Fleury, Vaux y otras localidades de la zona, en la actualidad no queda ni rastro de él. Sólo una placa en el suelo identifica dónde estaban algunas de sus casas y un monumento confirma que en ese lugar existió un pueblo.

Durante diez meses se combatió una y otra vez en los mismos lugares y fue tal la devastación y contaminación de los bosques y cultivos que la zona fue declarada irrecuperable. Después de casi un siglo, muchas de las tierras permanecen incultivables, el terreno está literalmente acribillado de cráteres y ha sido cubierto por un bosque, que ha recuperado tierras en las que hacía siglos se había talado la masa boscosa, en un proceso sin igual en Europa. La zona está llena de cementerios con miles de cruces, pero la mayoría de los caídos yacen sin nada que los identifique, diseminados de forma anónima por todo lo que fue el campo de batalla. Los restos de unos 130 000 soldados no identificados de los dos ejércitos, clasificados como desaparecidos, están juntos en el osario especialmente construido en la cresta de Douaumont, en el lugar donde estaba el fuerte.

Un sentido táctico muy agudo y un perfeccionamiento sin cesar renovando los métodos de defensa salvaron a Verdún y fue el general Pétain la verdadera alma de todos estos progresos. Sin embargo, al héroe y salvador de Verdún se le recuerda más bien como el dirigente del vergonzoso régimen de Vichy, que Alemania instauró después de la conquista de Francia en la Segunda Guerra Mundial.

20

BATALLA DEL EBRO

Fecha: Del 25 de julio al 16 de noviembre de 1938.

Fuerzas en liza: Ejército Popular de la República y fuerzas sublevadas.

Personajes protagonistas: Juan Modesto, Enrique Líster, Manuel Tagüeña, Juan Yagüe y Rafael García Valiño.

Momentos clave: Toma de Gandesa, ocupación de la sierra de Pándols, toma de Camposines y Coll del Coso y voladura del puente de hierro de Flix (señala el final de la batalla).

Nuevas tácticas militares: Primera vez que en España se realiza una operación «anfibia» terrestre de gran envergadura como fue el paso del río Ebro por miles de hombres a través de puentes prefabricados.

La batalla del Ebro supuso el último y desesperado intento republicano para recuperar las posiciones perdidas en dos años de Guerra Civil. El bando republicano y el faccioso mantuvieron durante más de tres meses una intensa y sangrienta pugna con un acentuado desequilibrio de fuerzas. Los sublevados nacionales, con muchos más efectivos, pretendían seguir controlando una zona que dividía en dos los territorios ocupados por el ejército de la República. Y lo consiguieron. A partir de entonces, la guerra se convirtió en un constante repliegue de los diezmados ejércitos republicanos, ante el avance de los nacionales hacia Barcelona y Madrid.

La Guerra Civil española (1936-1939) ha sido considerada en muchas ocasiones la antesala de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Las diversas ideologías imperantes en el país y, como consecuencia, la revolución social española, eran reflejo de lo que ocurría en la Europa que más tarde entraría en conflicto. En ese momento, Europa era un auténtico mosaico de diferentes ideas políticas (fascismo, socialismo, constitucionalismo liberal burgués…) y, por eso, el enfrentamiento español ha sido calificado como un ensayo para la gran guerra que se desató entre las potencias del Eje, las democracias y la Unión Soviética.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

En la España del año 36, los grupos revolucionarios socialistas, comunistas, anarquistas… defendían un modelo de Estado libertario o la dictadura del proletariado. Por su parte, los partidos republicanos eran partidarios de la Constitución de la República Española de 1931, vigente, mientras los falangistas y mandos militares querían establecer un Estado totalitario. Al mismo tiempo, los nacionalistas catalanes y vascos deseaban imponer sus propios modelos.

En este marco, los generales Sanjurjo y Mola planificaron un golpe de Estado. El día 17 de julio de 1936 los militares de la guarnición de Melilla se sublevaron contra la Segunda República, presidida por Manuel Azaña, y su gobierno de Frente Popular, presidido por el miembro de Izquierda Republicana Casares Quiroga, declarando el estado de guerra en el Marruecos español. Un día después mientras Mola toma el control de Navarra y Álava, apoyado por las milicias carlistas (extrema derecha monárquica), los generales Goded en las islas Baleares y Francisco Franco en las Canarias se sumaban al golpe, tomando este último militar el mando del ejército en Marruecos. Simultáneamente, militares afines ideológicamente al levantamiento impusieron su control en importantes ciudades, como Sevilla, Granada, Cádiz, Oviedo o Zaragoza.

El 6 de agosto las tropas de Marruecos al mando de Franco cruzaron el estrecho de Gibraltar con ayuda de aviones alemanes e italianos. El 1 de octubre de 1936, Franco fue nombrado jefe del Estado por la Junta de Defensa Nacional y formó gobierno en Burgos.

Tras las muertes de Sanjurjo y Mola, ambos en accidente de aviación, él concentró todo el poder militar al frente de los sublevados. Fracasado el golpe que se había planeado en un principio, quedaba por delante una larga guerra.

Los regímenes fascistas (Alemania e Italia), así como de forma menos efectiva Portugal apoyaron a las fuerzas nacionales. La Unión Soviética y México prestaron su apoyo al Gobierno republicano. Francia y el Reino Unido se mantuvieron al margen.

El avance de los nacionales por la Península se concretaba día a día. Las fuerzas que dirigía Franco tomaron Extremadura. En el norte se hicieron también con Irún y San Sebastián y, un mes más tarde, con Oviedo. Entretanto, la capital

resistía durante la llamada «batalla de Madrid». Con la caída en 1937 de Bilbao, Santander y Gijón, todo el norte quedaba en manos de los nacionales. En el mismo año fue tomada Málaga. Para entonces, los sublevados ya dominaban la mitad occidental del país.

Los republicanos veían impotentes cómo iban perdiendo sus posiciones estratégicas, ante lo cual decidieron reaccionar atacando Teruel el 8 de enero de 1938, según los planes del general Vicente Rojo. Pero tan sólo doce días después las fuerzas sublevadas recuperaban esta ciudad. Con este último avance, el ejército de Franco acometió la ofensiva de Aragón con el fin de dividir la zona republicana en dos: Cataluña por un lado y Valencia y el centro por el otro, lo que se logró definitivamente con la toma de Vinaroz (Castellón). Entonces, la República contraatacó con la más larga y cruenta de las batallas de la Guerra Civil, la batalla del Ebro.

DOS BANDOS MUY DESIGUALES

Tras dos años de guerra, el ejército republicano estaba diezmado. Contaban con un número inferior de combatientes, menos armamento y escaso avituallamiento, y contenían a duras penas el avance de las tropas nacionales. En ese marco, en un intento desesperado por impedir la toma de Valencia, capital a la que se había trasladado el gobierno de la Segunda República, fue planificada la batalla del Ebro. Era su última oportunidad. Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central de las Fuerzas Armadas, diseñó el plan. Él mismo había sido el cerebro de las batallas de Brunete, Belchite y Teruel.

El escritor y periodista José Andrés Rojo, nieto del general Rojo y autor de *Vicente Rojo: retrato de un general republicano*, recuerda a su abuelo como «un militar moderno, que reconocía y defendía la subordinación del ejército al poder civil. Fue un brillante estratega, cuyos méritos fueron incluso reconocidos por sus enemigos. Era muy poco amigo de evocaciones sentimentales y procuraba escrupulosamente evitar el menor triunfalismo». En opinión del historiador militar coronel Carlos Blanco Escola, «realmente, el general Vicente Rojo humilló a Franco porque en el planteamiento de las grandes estrategias le sacó ventaja siempre y fue la falta de medios del ejército republicano la que decantó

el resultado».

Pues bien, este hombre entregado a la defensa de la República, que vivió el momento más terrible «durante la caída de Cataluña —explica José Andrés Rojo —, cuando vio que las instituciones republicanas se desmoronaban y nadie hacia nada y cuando observó que ya no había moral de guerra: que la gente estaba esperando el triunfo de Franco», mantenía aún las esperanzas ante la batalla del Ebro. Rojo puso al mando del Ejército del Ebro al coronel de Milicias Juan Modesto, muy animado con los recursos armamentísticos que llegaron de Francia en la breve y temporal apertura de la frontera del 17 de marzo al 12 de junio. Modesto ya se había distinguido durante el asalto al Cuartel de la Montaña en Madrid y en la ofensiva de Toledo, intentando contener el avance franquista hacia la capital, además de en las batallas de Guadalajara, Jarama y Brunete.

Hay que señalar que cuando se constituyó el Ejército Popular republicano, en octubre del 36, los mandos no profesionales recibieron grados que llegaban hasta «mayor de Milicias», aunque excepcionalmente algunos fueron promovidos a teniente coronel o coronel de Milicias, mientras que el grado de general quedó reservado para los militares de carrera que habían permanecido fieles a la República. La designación de los oficiales superiores milicianos no tenía que ver, sin embargo, con su mando efectivo, pues podían mandar brigadas, divisiones, cuerpos de ejército o ejércitos; de hecho existía un sistema de insignias que, a la correspondiente a mayor, teniente coronel, etc… añadía de una a cuatro estrellas doradas de tres puntas, según la gran unidad que mandasen.

El ejército de la República, que había mantenido la disciplina incluso durante la desastrosa retirada hasta el Mediterráneo, reaccionó con fuerza ante el nuevo plan de ataque gracias al vigoroso liderazgo del presidente Negrín y de su jefe de Estado Mayor, Vicente Rojo. Se trataba, utópicamente, de intentar volver a unir las dos grandes zonas aún fieles a la República, recuperando la salida al mar por Castellón de los nacionales, volviendo a tomar Gandesa y Alcañiz, llegando otra vez al Cinca y tratando de conseguir Zaragoza para el bando republicano.

El plan del general Rojo era cruzar el río por diferentes puntos entre Mequinenza (Zaragoza) y Amposta (Tarragona). Para iniciarlo se requería un campo de batalla donde fuera posible atacar al enemigo, pero protegido por montañas para compensar la acentuada desventaja del ejército republicano. Se

trataba de pillar a los nacionales por sorpresa desde posiciones estratégicas. Las fuerzas del otro bando estaban situadas en la margen derecha del río Ebro, en un terreno que ocupaba unos sesenta kilómetros, entre aquellas dos poblaciones.

El lugar estratégico más importante elegido por los republicanos fue la curva del río Ebro entre Fayón y Benifallet, que defendía el general Juan Yagüe, jefe del I Cuerpo de Ejército marroquí, compuesto por algo más de cuarenta mil hombres y cuyo despliegue total cubría desde el Segre hasta el mar, siguiendo el curso del Ebro.

El general Yagüe —que mandó las tropas africanas desde Ceuta y se encontraba al mando de la Legión— estaba al frente de tres divisiones: la 13.ª, una de las más curtidas; la 50.ª, con soldados de reemplazo más inexpertos, al mando del coronel Luis Campos Guereta, y que ocupaba el centro con doce batallones de infantería y un batallón de ametralladoras; y la 105.ª, con soldados más veteranos, mandados por el coronel Natalio López Bravo. Esta última división contaba entre sus unidades con nueve batallones de infantería —casi todos africanos, con predomino de los Tiradores de Ifni-Sáhara y Legión—, una considerable agrupación artillera y apoyo de ingenieros. Se trataba de una unidad de primera línea que cubría la parte sur del río, desde Xerta hasta el mar. De esta forma, al norte de la curva del río se posicionaron un centenar de cañones pesados e innumerables piezas de artillería antiaérea, así como un gran contingente de hombres, apoyados por cien aviones.

Las tropas republicanas prepararon esta difícil operación a lo largo de cincuenta días, a escasos metros de las posiciones del adversario. Desde el mes de mayo los preparativos de la operación estaban en marcha, usando pequeñas embarcaciones para tender puentes y pasarelas que les permitieran cruzar el río sin ser detectados. Se ensayaron maniobras, tiempos de acción y la manera más rápida de instalar y desmontar pasarelas y puentes. Expertos ingenieros fueron enviados a la zona con el fin de estudiar los terrenos, la cuenca del río, el estado del suelo, las crecidas y corrientes, etc. Nadadores especializados cruzaban cada noche a la orilla ocupada por los nacionales para recabar datos y conocer al milímetro el emplazamiento de la artillería enemiga. Una ardua tarea, ya que el Ebro contaba en aquel lugar con entre cien y ciento cincuenta metros de anchura y cinco de profundidad.

Los nacionales temían un ataque a partir de indicios, que confirmaron

cuando sus aviones de reconocimiento recibieron fuego antiaéreo desde tierra mientras sobrevolaban el río. Pero esperaban que dicha ofensiva fuera de poca envergadura y prefirieron no desviar efectivos de la ofensiva que se estaba llevando a cabo contra Valencia.

EL COMBATE SE RETRASA

El 22 de julio el jefe del Estado Mayor del Ejército del Ebro, teniente coronel José Sánchez Rodríguez, firmó una orden de ataque con el fin de establecer una cabeza de puente en Gandesa que abriese paso hacia Caspe y Vinaroz, en poder de los nacionales. El ataque lo realizaría el V Cuerpo de Ejército, al mando del mayor de Milicias Enrique Líster, y por el XV Cuerpo de Ejército, dirigido por el teniente coronel de Milicias Manuel Tagüeña, quien con sólo veinticinco años de edad, estaba al frente de tres divisiones.

Los hombres de Tagüeña debían atacar en la mitad norte contra la 13.ª División del coronel Fernando Barrón, a su vez a las órdenes de Yagüe. Esta división contaba con dos banderas de la Legión, tres Labores de Regulares, uno de Tiradores de Ifni, una bandera de Falange (todas estas unidades equivalían a batallones), cuatro batallones y cuatro baterías de artillería de campaña y de montaña, además de servicios de ingenieros, transmisiones y zapadores.

Por su parte, los soldados de Líster atacarían la mitad sur contra la 105.ª División, la más veterana, al mando de Natalio López Bravo. Tanto el V como el XV Cuerpo republicanos guarnecían el río desde Mequinenza hasta Tortosa. En sus divisiones, a los reclutas de las quintas de 1926 a 1929 (de treinta a cuarenta años) se unieron los de la quinta de 1941, la llamada Quinta del Biberón (chicos de diecisiete a diecinueve años), sin experiencia militar ni preparación psicológica. En su mayoría eran jóvenes catalanes que acudían para cubrir las bajas de las ya castigadisimas tropas republicanas.

El teniente coronel Juan Modesto había dado orden a los jefes de las divisiones republicanas de que la ofensiva del Ebro se iniciara a las 0.00 horas del día 24 de julio. Para ello se deberían mover las unidades hasta las bases de partida. Dicha maniobra, que se inició la noche anterior, era complicada debido al mal estado de las carreteras y caminos, los desniveles de las montañas y la

oscuridad. A pesar de ello, se realizó con éxito, pero el inicio de la batalla se tuvo que postergar veinticuatro horas más debido al retraso de parte de la artillería.

Además, y puesto que la hora oficial en la zona republicana estaba adelantada ciento veinte minutos respecto a la hora astronómica, el paso del río se iba a realizar ya de noche, y el día 24 quedaron por ultimar muchas tareas. Al final, el comienzo de la batalla del Ebro fue pospuesto a las 0,15 del día 25 de julio; una noche de luna nueva, de total oscuridad. Utilizando doce puntos de paso, comenzaron a cruzar el río las seis divisiones de los cuerpos V y XV del Ejército del Ebro.

Las tropas republicanas sorprendieron a los nacionales a su llegada a Fayón y Aseó, así como al atacar Miravet y Vinebre. Sólo encontró resistencia la 45.ª División de Líster, ya que al llegar a Campedró y Tortosa fueron atacados con ametralladoras y morteros para hundir sus barcas. Muchos de los combatientes de la XIV Brigada Internacional (compuesta por voluntarios franceses y belgas), que actuaban junto a Líster, tuvieron que cruzar el río a nado, muriendo muchos de ellos en el intento.

Las noticias para el ejército republicano eran buenas en esta primera etapa. Al final del primer día, cinco divisiones habían cruzado a la orilla enemiga y habían capturado a cuatro mil cuatrocientos prisioneros, acercándose a su objetivo: Gandesa. Pero los nacionales reaccionaron y movilizaron refuerzos, que llegaron un día después, a cambio de aplazar el cerco de Valencia. Los efectivos de Yagüe montaron una línea ofensiva que se extendía desde Villalba de Arcos, Gandesa, Bot y Prat de Comte, a la vez que la 105.ª División, al mando de López Bravo —los más veteranos—, luchaba contra Líster en Cherta. Los nacionales también resistían en Fayón y Mequinenza y frenaban a Tagüeña en Gandesa.

CAMBIO DE ESTRATEGIA

El objetivo de los republicanos era impedir que sus puentes fueran bombardeados, para lo que usaban los aviones Polikarpov 1-16, más conocidos como Moscas, para defenderlos durante el día. Los nacionales querían evitar a

toda costa que las tropas republicanas continuaran cruzando el río, así que abrieron las presas de Tremp y Camarasa, en la provincia de Lérida, cuyo desbordamiento acabó con numerosos puentes y pasarelas. Los republicanos, desesperados, no pudieron continuar el avance.

Los soldados de Líster combatían en Prat de Comte contra la 4.ª División de Navarra que acababa de acudir junto a las tropas de Yagüe. Las tropas republicanas sólo consiguieron moverse entre Prat de Comte y Bot los días 26 y 27. Por su parte, en Gandesa, a los republicanos les era imposible avanzar. En cuarenta y ocho horas estos últimos habían conquistado un terreno que ahora sólo podían defender. Y cambió la estrategia. Además, cruzado el río, sólo podían moverse a pie, pues sus tanques y camiones esperaban a que se tendieran puentes más resistentes, pero más lentos de construir.

Poco a poco, los nacionales empezaron a recibir refuerzos y a los republicanos se les hacía cada vez más difícil tomar Gandesa; habían perdido artillería y munición, además de que se encontraban cada vez más agotados y hambrientos.

En contra de la postura de muchos de sus generales, Franco decidió un ataque frontal. La oposición a esta maniobra era tal que el general Antonio Aranda (quien había participado en la batalla de Teruel) reaccionó con violencia ante la decisión, porque lo más lógico para él y para otros altos mandos era aguantar en el cerco a Valencia y atacar Cataluña. Un ataque frontal en esta zona podría causar demasiados muertos. El general Franco, ante esta oposición, realizó la siguiente exclamación: «No me comprenden, no me comprenden; tengo a lo mejor del ejército rojo y no quieren dejarme destruirle».

Franco se sentía el gran militar, y más cuando le había costado un relativo esfuerzo ir avanzando sobre los territorios republicanos casi sin problemas. Si acababa con el Frente del Ebro superaba un reto personal, a la vez que lanzaba un órdago al Estado Mayor republicano. Sin embargo, el historiador Blanco Escola no tiene dudas sobre la superioridad militar del general Vicente Rojo sobre Franco. «Mientras que Franco mostraba su supina ignorancia de todo lo relacionado con la estrategia (no había tenido ocasión de estudiarla ni practicarla en ningún momento cuando realizaba su fulgurante carrera), Rojo procuraba desenvolverse en el marco de la más pura ortodoxia tratando de compensar con su acertada conducción de la guerra la aplastante superioridad de medios del

adversario. En definitiva, Rojo parecía asumir resueltamente esta máxima del mariscal Montgomery: “Hay que obligar al enemigo a bailar al son que se le toque”. Franco, ciertamente, se pasó la guerra bailando al son que tocaba Vicente Rojo», afirma.

El caso es que Franco en ningún momento pensó que los cansados soldados del bando contrario iban a provocar el desgaste de sus mejores hombres en este último intento. De hecho, la defensa del ejército republicano fue tan encarnizada que dio al traste con su tan ansiada ofensiva sobre Valencia, que se vio obligado a posponer. Lo mismo ocurría con el ataque a Cataluña. En este caso, no convenía tener conflictos con la vecina Francia, la puerta de España a Europa.

Los intentos desesperados por parte de los republicanos de romper las líneas defensivas de los nacionales se vieron agravados por la llegada de constantes refuerzos aéreos al ejército sublevado, especialmente, cuando Franco mandó a la batalla a la Legión Cóndor alemana, lo que les permitió enseguida recuperar el terreno perdido.

ATAQUE CONTRA LA ZONA MÁS DÉBIL DE LA DEFENSA REPUBLICANA

Del día 25 de julio al 6 de agosto se concretaron las tentativas de romper las líneas republicanas. A partir del día 5 de agosto, los nacionales, mejor armados, atacaron la zona más débil del lado republicano, que era la que defendía la 42.ª División del XV Cuerpo de Ejército al mando de Tagüeña: la zona norte, concretamente entre Fayón y Mequinenza. Cincuenta carros de combate, junto con la 82.ª División al mando del coronel Francisco Delgado Serrano, hicieron replegarse a las tres divisiones de Tagüeña. Esta operación causó innumerables bajas en ambos bandos. Los hombres de Tagüeña que cruzaron el Ebro por esta zona eran nueve mil quinientos el día 25 de julio; el 6 de agosto sólo tres mil quinientos volvieron a atravesar el río.

Los nacionales habían logrado el sector norte del saliente del río y, tras esta victoria, decidieron atacar ahora el sector sur, lugar en el que precisamente los republicanos se proponían resistir con todas sus fuerzas, puesto que les beneficiaba el hecho de que estaban amparados por las sierras.

El 10 de agosto, uno de los días más calurosos de la contienda, la 4.ª División de Navarra —una de las unidades de élite del ejército de Franco, al mando del general Camilo Alonso Vega— intentó ocupar la sierra de Pándols, pero la 11.ª División de Líster no se lo permitió.

La 4.ª División de Navarra estaba compuesta por batallones de reserva de otras unidades y una artillería de más de cien cañones. Su maniobra consistía en bombardeos de varias horas que desgastasen al enemigo para, inmediatamente después, realizar un acercamiento por el noroeste de la infantería, con el fin de acabar con las líneas de defensa. Todo con el apoyo de la aviación, bombardeando y ametrallando continuamente en cadena.

Se libraron durísimos combates, entre los que destacan el que tuvo lugar en la ermita de Santa Magdalena. Fueron las batallas más crueles: el agua era escasa, por lo que ambos bandos tenían un nuevo objetivo: dominar el único punto de abastecimiento de agua, situado en la ermita. Los hombres de Tagüeña tuvieron que relevar al Cuerpo de Líster, que estaba compuesto por soldados veteranos experimentados y que estaban espléndidamente situados en posiciones privilegiadas para acabar con el enemigo. Al final, la 4.ª de Navarra acabó deshecha y agotada y perdió ocho mil hombres, y los republicanos casi cinco mil. Franco se dio cuenta de que no resultaría fácil acabar con el ejército republicano del Ebro.

Entonces el ejército nacional planeó una gran ofensiva, la tercera, a la zona centro del río para el día 17 de agosto, mientras Barcelona era bombardeada de nuevo por la aviación franquista. Cuarenta y tres baterías de artillería y un batallón de carros abrían camino para el ataque. Al mismo tiempo, los republicanos intentaban romper el frente de Gandesa, pero la acentuada superioridad armamentística y de combatientes de los nacionales abortó el intento al final del día.

Así, en un frente que abarca doce kilómetros, se volvieron a enfrentar ambos bandos. A pesar del gran despliegue de artillería puesto en marcha por el general Carlos Martínez Campos, jefe de la artillería nacional, las bajas fueron tantas y el terreno conquistado tan irrelevante que Yagüe y Dávila decidieron dar por concluido el ataque. Justo en ese momento la mayoría del ejército nacional se encontraba concentrado en esta zona (diez divisiones a las que después se unieron dos más). Esto anulaba las ofensivas en otros frentes.

Ante el desgaste sufrido, la cuarta ofensiva no se pudo poner en marcha hasta el día 3 de septiembre y fue posible gracias a los refuerzos del Cuerpo de Ejército marroquí, a las órdenes de Yagüe, y de la 1.ª División del Cuerpo de García Valiño. Estos cuerpos sufrieron más de cinco mil bajas antes de tomar el cerro de los Gironeses y Corbera, mientras que la 27.ª División republicana, que combatió con fiereza cada elevación del terreno, fue aniquilada.

Los nacionales comenzaron el ataque con trescientas piezas de artillería y entre ochenta y cien aviones. Este despliegue artillero era todo un lujo para el general Martínez Campos puesto que la aviación republicana era muy escasa. La artillería tardó hasta seis horas en prepararse y en el ataque participaron las baterías antiaéreas de la Legión Cóndor. En algo más de cuatro horas las posiciones de los defensores fueron destrozadas.

LA QUINTA OFENSIVA Y EL MOMENTO DEL REPLIEGUE

El comandante en jefe republicano Juan Modesto, en un último intento ofensivo, decidió el empleo de la 15.ª Brigada Internacional (norteamericanos, ingleses y canadienses) para alcanzar otra cota. La artillería abrió fuego para facilitar el paso de un batallón de tanques, pero no consiguió romper el frente de los nacionales, por lo que el ejército republicano empezó su propio repliegue.

El día 16 de septiembre los nacionales intentaron ocupar la sierra de Cavalls, pero a falta de reservas no lo consiguieron. Por su parte, a los republicanos sólo les quedaba resistir.

Dos días después comenzó la quinta ofensiva. Desde primeras horas de la mañana, una nueva agrupación de divisiones, elaborada por Franco, al mando de García Valiño, inició la enorme preparación artillera, que siempre antecedía a las ofensivas nacionales.

Frente a las fuerzas de los asaltantes, el coronel Juan Modesto se encargaba, con el V Cuerpo de Ejército, de aprovechar una corta tregua que se había producido en los últimos días para reposicionar sus tropas, en un intento desesperado de rentabilizarla al máximo.

Por si fuera poco, la situación de los republicanos se agravó el 23 de septiembre con la retirada de las Brigadas Internacionales debido a la postura

tomada por el Comité de No Intervención. En su último día de combate murieron muchos internacionales. En el batallón inglés, al pasar lista, se comprobó con asombro que había más de cuarenta muertos. En el otro bando, en la 4.ª División de Navarra tampoco cesó el goteo de muertos y heridos. En dos días se contaron quinientas bajas en ella.

A pesar de su superior infraestructura, el ejército nacional también flaqueaba, pero por presiones políticas de otros países europeos, Franco decidió seguir en el frente, por lo que el día 27 se utilizó la artillería y la aviación, más cincuenta carros de combate al cien por cien de sus posibilidades. Se trataba de un intento desesperado. Aunque consiguieron pequeños éxitos, no pudieron con la 42.ª División republicana.

Entretanto, Franco celebraba el segundo aniversario de su nombramiento como jefe del alzamiento militar contra la República e hizo un discurso encendido. Sus más próximos le halagaron y se pusieron a sus pies en una ceremonia celebrada en la sede de la Jefatura del Estado en Burgos. Allí estaban presentes jefes militares, autoridades civiles, los representantes del Vaticano y de los países amigos, como Italia y Alemania. Todo le estaba saliendo al Caudillo a su medida, salvo el combate del Ebro, porque, uno tras otro, sus avances chocaban con una resistencia incombustible que producía muchísimas bajas entre sus fuerzas, sin que se produjeran incorporaciones territoriales significativas. Además de que sus mejores divisiones se desgastaban días tras día, mientras los representantes italianos y alemanes mostraban cierta desconfianza en las posibilidades del ejército franquista para ganar la guerra, que estaba acabando con miles de hombres y gran cantidad de material. El general García Valiño seguía viéndose obligado a cumplir las órdenes que le hacían mandar a sus divisiones de choque a una auténtica ratonera en la que caían acribillados desde las posiciones de la sierra de Cavalls.

EL FINAL TRAS 116 DÍAS DE CONFRONTACIÓN

El día 1 de octubre, y ya en la sexta ofensiva, la 1.ª División de Navarra esperaba como siempre a que terminase la preparación de la artillería. Pero la jornada no acabó como había deseado al despuntar el día: en los enfrentamientos

de la jornada sufrieron catorce bajas de oficiales, trece de suboficiales y trescientas de tropa.

Mejor suerte tuvieron entre el 3 y el 10 de octubre, cuando cayeron Camposines y la zona de Coll del Coso (en la carretera de Gandesa-Camposines y que se extiende hasta la sierra de Lavall de la Torre) en manos nacionales. Aunque el día 4 la 1.ª División hizo su última operación de esta ofensiva, con 89 bajas, emprendió camino hacia Bot para convertirse en reserva del Cuerpo de Ejército de García Valiño. Por su parte, la otra división más castigada, la 13.ª, tuvo que retirarse del Ebro de forma definitiva, ya que sus bajas sumaron más de tres mil combatientes.

Ese día el coronel Modesto envió a la 44.ª División para cubrir Coll del Coso y Camposines. En los alrededores de Coll del Coso estaba acampado el 37.º Batallón de ametralladoras que había ido a reforzar a los legionarios. Llovía torrencialmente y los republicanos, a las tres de la madrugada, iniciaron un fuerte ataque. Este tipo de combate nocturno era su preferido. Llevaban practicándolo desde el comienzo de la batalla y con él habían logrado recuperar muchas posiciones, lo que resultaba imposible hacer a plena luz del día cuando las tropas de Franco tenían la posibilidad de hacer uso de su gran superioridad artillera y aérea.

El 20 de octubre, el jefe del Ejército del Norte y ministro de Defensa Nacional, general Dávila, convocó un consejo para dar a conocer las instrucciones del Caudillo: había que hacer el máximo esfuerzo porque el enemigo estaba ya muy gastado.

A partir de ese momento, se produjeron duras discusiones, sobre todo entre dos generales que se disputaban la operación: Yagüe, jefe del Cuerpo marroquí, y García Valiño, del Cuerpo del Maestrazgo. Este último criticó duramente las técnicas de Yagüe, que se ceñían a la aplicación automática de lo que quería el Caudillo. García Valiño, cuyo ejército había corrido con el peso fundamental de las últimas ofensivas, apoyado por Martínez Campos, defendía que ya habían ganado el espacio suficiente al enemigo como para estar en disposición de situar la artillería de forma que su eficiencia aumentase.

Durante las siguientes jornadas los frentes estuvieron casi dormidos; se dedicaron a ocupar posiciones, se plantaron minas y alambradas, se cavaron zanjas… El comandante en jefe republicano Juan Modesto diseñó una táctica de

defensa profunda, que aplicaría rigurosamente el Cuerpo de Ejército de Manuel Tagüeña.

El 30 de este mismo mes los soldados de Franco acometieron la última ofensiva con cinco divisiones, ciento setenta aviones, noventa y una baterías… Prácticamente fue la batalla que decidió el triunfo de los nacionales y en la que más fuego cruzado se produjo. El Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, dirigido por García Valiño, conquistó el día 31 de octubre la sierra de Cavalls. El parte republicano de ese día especificó que en este durísimo combate las fuerzas contrarias habían logrado ocupar seis alturas de las sierras a costa de muchísimas bajas, apoyadas por la artillería italiana y trescientos aviones italogermanos.

El 4 de noviembre se tomó la sierra de Pándols y, tres días más tarde, Mora de Ebro. En vista de estos avances, Juan Modesto decidió la retirada de sus unidades. El pueblo de Fatarella, en el sector centro del río, cayó el 14 y dos jornadas después el republicano Tagüeña puso fin a la batalla ordenando demoler el puente de Flix esa misma madrugada.

El general Vicente Rojo y sus coroneles, los jefes del Ejército del Ebro, se apresuraron a defender Cataluña en la que ahora era ya inevitable la ofensiva franquista, porque ya no existían problemas para las tropas de Franco en la frontera francesa. El avance nacional comenzó la víspera de Nochebuena y ya sería imparable, hasta la ocupación de todo el territorio catalán, que provocó un éxodo masivo hacia Francia.

Tras 116 días de batalla ambos bandos sumaron más de cien mil muertos —algunos hablan hasta del doble— en la más larga y dura batalla de la Guerra Civil. Los combates utilizaron un aparato artillero incesante, que supuso una lluvia continua de metralla sobre las trincheras enemigas, hasta el punto que algunos la califican como «Verdún español» al referirse a las operaciones militares de rechazo de este avance-respuesta de los republicanos. Y, al igual que había sucedido en las batallas de Belchite y Teruel, se trató de un constante ataque y contraataque, con alternancia de posiciones y con un derroche de valor de miles de españoles de ambos bandos.

Según José Andrés Rojo, «la batalla del Ebro ha sido una de las más cuestionadas de todas las que puso en marcha Rojo. La crítica fundamental se dirige sobre todo a la cantidad de combatientes que cayeron en lo que resultó finalmente una ofensiva fallida. También se la discute porque supuso la práctica

destrucción del Ejército del Ebro, el de Maniobra, las mejores divisiones del Ejército Popular. Sería muy largo discutir si esas críticas son justas o no. Casi más importante resulta indagar por qué se proyectó y qué se esperaba de ella».

Para el escritor, el general Rojo defendía la batalla sobre todo como maniobra de distracción. «Las fuerzas franquistas avanzaban sobre Valencia con un empuje espectacular y había que evitar que la ciudad cayera porque eso suponía el final de la guerra. La estrategia de resistir de Juan Negrín, que Rojo compartía entonces con entusiasmo, se basaba en la idea de prolongar cuanto fuera la guerra hasta que enlazara con el cada vez más previsible conflicto europeo. Cuando éste estallara, Francia e Inglaterra no tendrían más remedio que apoyar a la República. Para conseguir que la resistencia se prolongara el mayor tiempo posible, con un ejército manifiestamente más débil, no era mala idea meter al rival en una ratonera. Los militares rebeldes picaron. Y de hecho, dada la superioridad de la que disponían, la batalla del Ebro fue muy larga. Los republicanos aguantaron admirablemente, aunque —como solía ocurrirles— desperdiciaron el empuje inicial y no consiguieron, como era bastante previsible, el objetivo más ambicioso: romper hacia el oeste y precipitarse hacia Sevilla».

De hecho durante los cuatro meses que duró la ofensiva, se consiguió, sobre todo, distraer y diferir la ofensiva de los nacionales contra Valencia y se difirió casi un año la prevista victoria de Franco. Además, aunque el gobierno de Negrín esperó siempre la internacionalización del conflicto español, ésta no llegó a producirse por los acuerdos de septiembre en Munich entre las grandes potencias europeas: ni Hitler ni Mussolini deseaban una guerra mundial hasta ver finalizada, evidentemente en su favor, la guerra española.

Diezmado el ejército republicano y con la frontera francesa cenada desde el mes de junio, la derrota total se produciría en poco más de cuatro meses después de la batalla del Ebro.

21

BATALLA DE INGLATERRA

Fecha: Verano de 1940.

Fuerzas en liza: Escuadrones de caza de la RAF británica contra los aviones de la Luftwaffe nazi.

Personajes protagonistas: Adolf Hitler, Hermann Goering y Winston Churchill.

Momentos clave: La campaña de Francia (mayo de 1940), el día del Águila (13 de agosto), el bombardeo de Londres por parte de los alemanes y el ataque a Berlín por aviones británicos (24 y 25 de agosto) y el bombardeo sistemático de la ciudades inglesas (a partir del 7 de septiembre).

Nuevas tácticas militares: La utilización de la aviación como un arma independiente, no un mero auxiliar del ejército; el bombardeo nocturno y el ataque con cazabombarderos. El uso del radar con fines militares.

En 1940, lo único que separaba a Gran Bretaña de la ocupación nazi eran los treinta y dos kilómetros del canal de la Mancha, los escuadrones de cazas de la RAF y la voluntad del pueblo británico, decidido a resistir. Tras la derrota del poderoso ejército francés, Hitler decidió que el siguiente paso era Gran Bretaña. El 10 de julio comenzaron las incursiones de la aviación alemana en el sur de la isla y en el canal de la Mancha. Durante 114 días, sobre el cielo de Gran Bretaña, la Royal Air Force (RAF) y la Luftwaffe —la fuerza aérea más poderosa del mundo en aquel momento— se enfrentaron en un singular duelo. Hombre contra hombre, avión contra avión, los feroces combates sólo podían tener un resultado: para el ganador, la vida; para el perdedor, la muerte. Fue la primera gran batalla enteramente disputada en el aire. Se libró sobre una de las áreas más densamente pobladas de Europa. En los casi cuatro meses de confrontación cayeron unos tres mil aviones y perecieron más de 3800 pilotos y cerca de 30 000 civiles. La Luftwaffe no sólo perdió la superioridad aérea frente a la RAF sino que, para muchos historiadores, la batalla de Inglaterra marcó el principio del fin de Hitler… o el fin del principio, que diría Winston Churchill.

Muchos de los detalles de esta batalla aérea proceden de primera mano de las narraciones de las tripulaciones y los pilotos que lucharon en ella, jóvenes que arriesgaron sus vidas durante los meses de verano de 1940. Desde al aire, además, ambos bandos sacaron fotografías de reconocimiento aéreo. Según recientes investigaciones, el servicio de inteligencia alemán interpretó mal las fotografías y no supo ver lo que tenía delante. Si no hubiera sido así, el resultado de la Segunda Guerra Mundial habría sido totalmente distinto.

Durante más de sesenta años estos miles de fotos han permanecido perdidos u olvidados, hasta ahora. En la actualidad, estas imágenes han proporcionado a expertos e investigadores una visión única del infierno aéreo que puso a prueba a toda una nación. Estas pruebas perdidas de la batalla de Inglaterra evidencian la cantidad de errores cometidos por los alemanes, que no supieron valorar la importancia del sistema enemigo de radares —cuya aplicación militar apenas había sido probada en aquellos días— ni el espíritu de resistencia de los civiles británicos.

LA ESPINA DE HITLER

Berlín, 6 de julio de 1940. Hitler regresaba triunfal a la capital alemana. Las fuerzas del Führer hablan ganado con una extraordinaria exhibición de poder. Gran parte de Europa se encontraba bajo la bota nazi. En los últimos nueve meses sus ejércitos hablan conquistado Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca y Francia. Fueron victorias rápidas y sorprendentes. La máquina de guerra nazi había sembrado la destrucción en Europa. Pero Hitler tenía clavada una espina. Una isla hostil al otro lado del canal de la Mancha, a tan sólo treinta y dos kilómetros de la Francia ocupada: Gran Bretaña.

Hitler nunca había considerado enemiga a Gran Bretaña. Pero menos de dos semanas después, el 16 de julio, emitió la Directiva n.º 16: «Como Inglaterra, a pesar de su desesperada situación militar, no ha mostrado señales de aceptar nuestros términos, he decidido preparar y, si es necesario, llevar a cabo, una operación de invasión contra ella», declaraba. Era la forma de anunciar que estaba decidido a poner «de rodillas» a la isla. Adolf Hitler no podía concebir

que los británicos rechazaran la oferta de paz después de la caída de Francia. Esperaba, y así lo declaró en el Reichstag, que con toda Europa bajo su dominio, los ingleses serían razonables. Además le interesaba que Gran Bretaña fuera su aliada contra la Unión Soviética; la destrucción del bolchevismo podría ser una causa común.

Pero Hitler no quería seguir esperando y ordenó a su Estado Mayor que proyectase una estrategia de invasión. Hasta ese momento sus victorias no habían sido sólo un triunfo del ejército de tierra alemán. La Luftwaffe, que lo acompañaba desde el aire, era la fuerza que iniciaba el ataque a tierra. Era la fuerza área más poderosa del mundo, pero no había sido diseñada para el bombardeo estratégico. En Francia, 380 bombarderos de la Luftwaffe dieron apoyo aéreo a las tropas alemanas invasoras, a menudo reaccionando tan sólo minutos después de una llamada de radio. «Tenían casi el control absoluto del cielo; los bombarderos Stuka actuaban con una precisión muy próxima a la de la artillería. Atacaban delante de los tanques para destruir todos los puntos de resistencia aliada», explica Stephen Bungay, autor de *The most dangerous enemy*, un exhaustivo y detallado libro sobre esta batalla. Los Stuka, abreviatura de la palabra alemana *Sturzkampfflugzeug*, que significa «bombardero en picado», soltaban las bombas y con su innovador sistema de recuperación automática volvían a la horizontalidad a tan sólo 450 metros de altura, alejándose rápidamente para evitar ser abatidos por los antiaéreos.

Durante la conquista de Francia la Luftwaffe probó por primera vez a lo que tendría que enfrentarse si quería destruir Gran Bretaña: la Real Fuerza Aérea (RAF). Y es que cuando la batalla se intensificó en mayo de 1940, se enviaron a Francia cientos de aviones Hurricane británicos para frenar el avance de las tropas alemanas. «Nos destinaron a Bélgica el 10 de mayo, pero sólo estuvimos un día allí porque los alemanes llegaron muy rápido. Operamos un día desde un pequeño aeródromo belga. Fue un caos absoluto, nadie sabía lo que estaba pasando», recuerda el comodoro del aire Peter Brothers, piloto de caza de las fuerzas aéreas británicas y superviviente de la batalla.

En pleno caos y sin bases permanentes desde las que volar, las pérdidas de los cazas británicos fueron muy altas durante la campaña de Francia. Entre mayo y junio se perdieron 477 aviones y 284 pilotos. Además de los graves daños

sufridos por la RAF, los británicos habían perdido a sesenta mil de sus mejores soldados. Sólo la Royal Navy conservaba su potencia, a pesar de que fueron hundidos 240 navíos ingleses y 61 franceses. A la Luftwaffe le bastaron cinco días de campaña para lograr la superioridad aérea, y la supremacía aérea seis días más tarde.

Gran Bretaña acabaría evacuando, el 26 de mayo, a 337 000 hombres y dejando todo el armamento pesado en las costas y calles de Dunkerque, desde cuyo puerto los alemanes podían mirar, al otro lado del canal de la Mancha, al único enemigo que les quedaba. Sólo treinta y dos kilómetros separaban a Alemania de la dominación total de Europa. Con todos los aliados europeos vencidos, Gran Bretaña se había quedado sola. Pero los alemanes no contaron con la voluntad de Winston Churchill, primer ministro desde mayo de 1940 en sustitución de Neville Chamberlain, que dimitió tras el desastre de Noruega, ni con el coraje de las fuerzas británicas y los ciudadanos, que nunca aceptaron rendirse. «Lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de aterrizaje, lucharemos en los campos y las calles, lucharemos en las montañas. Jamás nos rendiremos», declaró Churchill entonces.

LA INVASIÓN SE RETRASA

Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst (en sus siglas inglesas RMAS, Royal Military Academy Sandhurst), centro de formación de oficiales del ejército británico, asegura que Gran Bretaña sabía que estaba a punto de ser invadida. «Después de que Francia, la nación más poderosa y tecnológicamente avanzada de Europa en el plano militar, cayera en manos alemanas, los británicos no se sentían a salvo de la invasión —mantiene—. Hitler sabía que tendría que destrozar al pueblo de esta isla o perdería la guerra», declaró Churchill a los pocos días de que terminara la batalla por Francia.

Sin embargo, Inglaterra no estaba completamente indefensa. Llevaba más de cuatro años preparándose para ese momento. En 1938 se construyó una serie de estaciones de radar a lo largo de la costa sur inglesa. Se lo llamó «Sistema Interno en Cadena» y formaba un escudo protector frente a la aviación enemiga. La idea había germinado en el año 1935, después de que una serie de maniobras

para probar las defensas de Londres puso de manifiesto que la ciudad estaba inerme ante los bombarderos aéreos. El Ministerio del Aire se preocupó por esta situación y se creó un centro para estudiar mejoras en las defensas aéreas de la capital. Tres años después se pudo construir un sistema que podía detectar la distancia a la que se encontraba un avión y su altura. La mayor parte del sistema había sido completado en septiembre de 1938: era la primera red de radar para defensa, resultado de las investigaciones de Robert Alexander Watson-Watt, ingeniero y físico británico, director del Laboratorio de Investigación de Radio. Pero había un problema: el primitivo radar sólo funcionaba sobre el mar y por encima de los trescientos metros. Así que se creó una segunda línea de defensa constituida por una red de mil puestos de observación, diseñados para avistar los aviones que se colaban entre los radares. Pero sólo funcionaba si el cielo estaba despejado.

En junio de 1940 Gran Bretaña tenía menos de 1800 baterías antiaéreas en todo el país. La defensa dependía de los dieciocho aeródromos establecidos en el sur. Desde allí los modernos cazas ingleses Hurricane y los recién salidos Spitfire podían despegar para atacar a la aviación enemiga o una flota invasora. «En toda guerra aérea la altura y la sorpresa trancan todos los cálculos. Y los británicos tenían casi siempre la altura y la sorpresa de su lado porque sabían dónde estaban y a dónde iban los alemanes», explica el escritor especialista en esta batalla Stephen Bungay. Y todo gracias a las sorprendentes prestaciones del Spitfire, que se mostró superior al temible Messerschmidt Bf 109 (Me-109) alemán, conocido por su morro amarillo, cuya autonomía apenas le permitía estar más de veinte minutos sobre suelo inglés, y al radar, con el que se preveía con antelación por dónde llegaría la amenaza y dirigir a los escuadrones de intercepción hacia sus objetivos, con considerable ahorro de combustible, y la ventaja táctica del factor sorpresa.

Durante todo el mes de junio, dado que Hitler nunca había pensado que invadiría el Reino Unido, los jefes militares alemanes se enzarzaron en discusiones sobre qué ejército llevaría el peso de la invasión. No se sabía si sería el ejército de tierra, la marina o las fuerzas aéreas de Hitler las que pondrían a Gran Bretaña de rodillas. Tras la derrota relámpago de Europa, los jefes de los tres ejércitos de Hitler se mostraban tremendamente confiados. Con todo, la Armada británica seguía siendo muy poderosa y la diferencia de fuerzas navales

hizo dudar a Hitler. Inseguro, aplazó la invasión y pidió que se intensificaran los preparativos. Así se desperdiciaron unas semanas muy valiosas mientras Hitler se decidía.

El retraso permitió a las fábricas británicas trabajar a destajo para producir los aviones que desesperadamente necesitaban. Sostiene Stephen Bungay que la producción de cazas se incrementó constantemente de mayo a julio, con un esfuerzo extraordinario, mientras que las fábricas alemanas siguieron funcionando igual que en tiempos de paz, con un solo turno. Esa disparidad y el ritmo de reemplazo fueron cruciales en la batalla que se libró los meses siguientes.

Como Hitler seguía sin decidirse, el jefe de la Luftwaffe y segundo en la jerarquía del Reich Hermann Goering —que había sido un as de la aviación durante la Primera Guerra Mundial, en la que derribó veintidós aviones enemigos en el frente occidental— le convenció de que dejara tomar la iniciativa a la aviación. Presumió con orgullo de poder destruir la RAF en cuatro semanas y asegurar para Alemania la supremacía en el aire. Para cumplir esa promesa, la Luftwaffe tenía bases por toda la Europa ocupada.

El 1 de julio había 1400 bombarderos, 300 bombarderos en picado, 800 cazas de un motor y 240 cazas de dos motores listos para entrar en acción. La operación Seelöwe o «León Marino» se puso en marcha. Contra esa enorme fuerza, la RAF tenía unos 800 Hurricane y Spitfire, pero sólo unos 660 estaban utilizables.

La invasión de las islas por las fuerzas armadas alemanas iba a ser cuestión de días. Como paso previo, la Luftwaffe debía acabar con las defensas costeras, paralizar las industrias de armamento y destruir las redes de transporte inglesas. En primera instancia el plan exigía eliminar la resistencia de la RAF y conseguir la superioridad aérea en el canal de la Mancha, para llevar a cabo posteriormente el transporte de tropas a la isla bloqueando a la Royal Navy, que para entonces estaría sin su protección y apoyo aéreo.

LOS CÁLCULOS EQUIVOCADOS DE LOS ALEMANES

Cuando por fin Hitler le dio a Goering luz verde para atacar a la RAF, la

Luftwaffe gozaba de una aureola de invencibilidad. Había barrido fácilmente a las fuerzas aéreas polacas, belgas y francesas, así que batir a la RAF no debía suponer mucha complicación. En teoría era un blanco fácil, ya que los aviones alemanes eran superiores a los ingleses y los pilotos estaban bien entrenados y tenían bastante experiencia en combate, algo de lo que carecían los británicos. El plan era que, tras la completa aniquilación de la RAF, se produciría el desembarco sin contratiempos en las costas británicas. De este modo, la ejecución final de la Operación León Marino quedó supeditada al éxito previo de las fuerzas aéreas alemanas.

Pero la Luftwaffe de Goering cometió una serie de catastróficos errores. Primero, al estudiar las fotos de reconocimiento aéreo, los alemanes calcularon que el número de cazas británicos era extremadamente inferior al de cazas alemanes. Pero lo más grave fue que calcularon mal el número de aviones que la RAF fabricaba mensualmente. «Los alemanes —señala Bungay— habían enviado un espía, cuyo nombre en clave era *Ostro*, al Reino Unido para averiguar las cifras de producción. Pero *Ostro* era un agente doble y les dijo que los británicos sólo fabricaban unos doscientos al mes, una cifra plausible. Y se lo creyeron».

En segundo lugar la Luftwaffe nunca se había enfrentado a escuadrones organizados de cazas nuevos tan eficaces como los Hurricane y los Spitfire, que eran de los más avanzados tecnológicamente del mundo. La potencia de su motor Rolls-Royce refrigerado por evaporación y el ala elíptica del caza Spitfire le permitían volar más rápido que otros modelos de la época, incluido el Hawker Hurricane de la misma RAE Mientras, los resistentes Hurricane, diseñados en los años treinta, con sus ocho ametralladoras Browning M1919 en las alas, eran una plataforma de disparo excelente e increíblemente estable, lo cual los convertía en un caza perfecto para el ataque a bombarderos. «El Spitfire giraba con sólo pensar que querías girar, era un sueño. Te abrochabas el cinturón y volabas. Al Hurricane, en cambio, había que trepar. Era una herramienta de trabajador», describe Bob Doe, piloto de caza de las fuerzas aéreas británicas y superviviente de la batalla.

Pero el error más desastroso que cometió Alemania fue no averiguar cómo funcionaba el sistema de defensa de la RAE En opinión del experto de la Real Academia Militar de Sandhurst, Aryeh Nusbacher, «a principios de la Segunda

Guerra Mundial los alemanes no sabían que el radar era una herramienta muy poderosa. Si hubieran sabido la información que tenía la RAF de la guerra en el aire gracias al radar, los alemanes se habrían centrado en destruir todas las estaciones de radar británicas». Pero por muy asombroso que parezca, esto no ocurrió.

En junio de 1940 los aviones de reconocimiento alemanes sobrevolaron el sur de Inglaterra y crearon un completo mapa fotográfico aéreo. Fotografiaron todos los aeródromos, sistemas de defensa y fábricas de armas. En la actualidad, plasmadas sobre un mapa de contorno en 3-D, fotografías perdidas durante más de sesenta años nos ofrecen una visión sin precedentes del campo de batalla y confirman que, aunque tenían todas las torres de radar claramente indicadas en las fotos, los alemanes no lograron interpretarlas correctamente. Ahora sabemos que sí las habían detectado, pero no sabían su función y no les dieron ninguna importancia.

Lo cierto es que los conceptos y teorías físicas que harían surgir al radar —basados en el fenómeno de interferencia de ondas de radio causadas por el paso de un avión— se conocían desde 1935, pero como los militares alemanes no creían que alguien pudiera atacar sus ciudades, no vieron la necesidad de investigar un instrumento defensivo contra ningún bombardeo aéreo, ni siquiera para poder detectar un avión. Utilizaban un radar, pero era muy rudimentario y sencillo. Mientras, la idea de Watson-Watt fructificó en Gran Bretaña, y además a tiempo, pues los militares ingleses, quienes, sabiendo que la población de la isla no tenía escape, temían una mortandad masiva.

Los alemanes sabían que los ingleses, debido a la política de desarme seguida desde principios de la década de los años treinta, contaban con pocos aviones de caza y creyeron que iba a ser tarea fácil destruirlos e invadir la isla. Como se comprobaría poco tiempo después, con ayuda del radar los ingleses podían detectar la salida de los aviones alemanes de sus bases situadas en Francia y Bélgica, lo que les daba tiempo suficiente para despegar y esperarlos sobre el canal de la Mancha. El radar hizo posible que el ataque a los bombarderos alemanes fuera preciso y muy eficaz.

COMIENZA LA PRIMERA FASE

El 10 de julio de 1940 empezó la Fase 1 de la batalla de Inglaterra. El objetivo era el tráfico marítimo inglés en el canal de la Mancha. El plan de Goering era muy sencillo: quería poner a prueba las defensas aéreas británicas y atraer al combate a los cazas de la RAE Una vez destruidos los cazas en el aire, podrían atacar con facilidad los objetivos en tierra.

Los alemanes comenzaron el ataque con sus famosos Junkers Ju-87 o con los Stuka. Durante la guerra relámpago en la Europa continental, las sirenas que anunciaban los Stuka —fácilmente reconocidos por sus alas de gaviota invertida y su tren de aterrizaje fijo— habían sembrado el terror entre las tropas y los civiles. Como eran capaces de disparar con una gran precisión, eran la mejor elección para atacar el tráfico marítimo británico. Durante las incursiones previas del Canal, los Stuka hundieron varios cargueros y destructores británicos. Pero el 10 de julio todo cambió. A primera hora de la tarde una formación de sesenta Stuka, setenta y cinco Dornier-17 y doscientos cazas Me-109 como protección atacó un convoy británico en el canal de la Mancha.

La RAF recurrió a sus cazas, y treinta Spitfire contraatacaron a los alemanes que, en lugar de luchar contra los cazas de escolta, se concentraron en los bombarderos más lentos. Los torpes y corpulentos Stuka alemanes sufrieron el acoso de los cañones de los Spitfire, aviones muy maniobrables, bien armados y veloces. «Derribé un Stuka que no paraba de bombardear a nuestros pobres hombres. Sólo tenían un cañón que apuntaba hacia atrás y otro que apuntaba hacia adelante, y estaban demasiado ocupados lanzándose en picado. Eran los aviones alemanes más fáciles de derribar si te situabas tras ellos. No tenían ninguna oportunidad», describe Mike Croskell, piloto de caza británico y veterano de esta batalla. El Stuka era un avión estable, preciso y muy efectivo, pero antiguo, lento, poco maniobrable, escasamente armado y muy vulnerable a los modernos aparatos de caza británicos. Más de veinte aviones fueron derribados o dañados y veintitrés pilotos murieron. A partir de aquel día los alemanes llamaron al Stuka «el ataúd volador».

Ambos bandos sufrieron grandes pérdidas materiales y humanas. Un mes después de este enfrentamiento, el 11 de agosto, la RAF había derribado 172 aviones alemanes y dañado otros 79. Pero la Luftwaffe también había infligido un duro golpe a los británicos, destruyendo 115 cazas y dañando gravemente otros 106. A ese ritmo de destrucción ni los alemanes ni los británicos podían

seguir luchando mucho. Además, para ambos bandos resultaba mucho más grave la pérdida de pilotos y personal entrenado. Los alemanes tuvieron 153 bajas y 45 heridos y los británicos 89 pilotos muertos y 28 heridos. A los hombres en primera línea de combate esas pérdidas les marcaban duramente. «No tenías muchos amigos —recuerda el veterano piloto de caza británico Bill Green— porque morían a diestro y siniestro. Sabías que sólo era cuestión de tiempo que te tocase el turno».

LAS GRANDILOCUENTES PALABRAS DE GOERING

El 1 de agosto de 1940, la batalla sobre el canal de la Mancha ya duraba veintiún días. El jefe de la Luftwaffe, Hermann Goering, había prometido a Hitler que su poderosa fuerza aérea barrería el Reino Unido en cuatro semanas. La Luftwaffe incrementó sus ataques contra la RAF para ganar el control del cielo antes de empezar la invasión de Inglaterra. Pero la RAF resistía con ferocidad y seguía luchando con más energía que nunca. A Hitler le impacientaba el retraso y dijo a sus jefes militares que quería comenzar la invasión de Gran Bretaña el 15 de septiembre.

Como última advertencia para conminar a Gran Bretaña a firmar un tratado de paz, la Luftwaffe soltó miles de panfletos pidiendo a la opinión pública británica que entrase en razón. Los medios ingleses de entonces grabaron a la población haciendo guirnaldas con los panfletos y colgándolas en los cuartos de baño, a modo de papel higiénico. «Puede que los británicos hubieran entrado en razón si los alemanes no hubiesen empleado tácticas amenazantes. Casi todas las personas, cuando son atacadas, tienden a negarse a dialogar y prefieren contraatacar», señala el escritor Stephen Bungay.

El 6 de agosto, para alivio de la presionada Luftwaffe, Goering y sus asesores pusieron en marcha una nueva táctica para resolver la batalla. Con las bajas en cifras alarmantes, Goering ordenó detener los bombardeos sobre el tráfico marítimo y centrarse en los cazas de la RAF, ya fuera en tierra o en el aire, lo que significaba combatir no sobre el canal de la Mancha, sino sobre suelo británico. El cambio de táctica en plena batalla fue una apuesta arriesgada para la Luftwaffe. Pero estaban seguros de que aplastarían a la RAF y dejarían a Gran

Bretaña suplicando la rendición.

La decisión de llevar a cabo esta segunda fase se debió a que la inteligencia alemana había examinado cuidadosamente las fotos de reconocimiento aéreo más recientes de bases aéreas en Gran Bretaña y habían calculado que a la RAF sólo le quedaban 450 cazas. Así, los objetivos variaron y pasaron a dedicarse a bombardear los aeródromos e instalaciones de la RAE Y es que los aviones ingleses eran más fáciles de destruir antes de despegar.

Una vez más se equivocaron, como muestran las fotografías tomadas de la base de la RAF en North Weald, en el condado de Essex, y que recientemente han salido a la luz pública. En ellas se puede comprobar que la mayoría de los cazas no estaban en la base principal, sino que se escondieron en una base satélite a varios kilómetros. La RAF camuflaba sus bases principales como lo corroboran las fotografías aéreas de la base de Hornchurch, situada al este de Londres. Mediante arena negra esparcida por las pistas lograban que, desde tres mil metros de altura, parecieran hileras de setos. Así, gracias a trucos de este tipo, los alemanes no supieron que los británicos tenían 750 cazas listos para entrar en acción en cualquier momento. Y tampoco supieron que las fábricas británicas producían 400 cazas nuevos al mes. De hecho, Goering creyó a sus espías y ante Hitler insistía en que con cuatro días de buen tiempo sobre el Canal, liquidaría los cazas que pensaba tenía la RAF en activo.

Goering declaró el 13 de agosto *Adlertag* o día del Águila para lanzar su operación de aniquilación de la RAF que doblegaría de forma definitiva la tenaz resistencia inglesa mediante una acción de gran envergadura.

A las seis y media de la mañana de la víspera de gran día, el 12 de agosto, Goering ordenó a la Luftwaffe atacar los ojos y los oídos de la RAF y por primera vez las instalaciones de radar situadas en la costa inglesa fueron objeto de los ataques alemanes. En los seis ataques, los escuadrones de Stuka y Me-110 causaron muy pocos daños. Y por increíble que parezca, los alemanes no volvieron a bombardear las estaciones de radar, convencidos de haberlas puesto fuera de combate en la fase previa de la batalla. La inteligencia alemana conocía las torres de radar, pero las subestimó y pensó que eran un sistema de aterrizaje para la aviación civil. Existe una foto aérea del radar de Bawdsley Manor, en la costa este inglesa, realizada el 8 de agosto y con las torres marcadas por un experto de la inteligencia alemana como «no objetivo militar». Un error

inconcebible. «Ignoraron el aparato más potente de la RAF, el que le permitió ganar. Ignorar el radar fue la clave de la derrota alemana», afirma Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst.

Sin duda, el radar constituyó un instrumento importantísimo para localizar con anticipación suficiente los aviones que se agrupaban sobre Francia para cruzar el Canal. Pero el radar no era más que la punta del iceberg de la compleja y avanzada línea de defensa británica. Los británicos sabían que la velocidad de la transmisión de información era vital en el combate. Un caza sólo necesitaba trece minutos para alcanzar su altura operativa desde que le llegaba la orden de volar. Pero un bombardero alemán podía cruzar el Canal en sólo cinco minutos, lo que significaba que no se podía perder un solo minuto de veinte de margen que daba el radar. «Creo que lográbamos situar doce aviones en el aire en sólo cuatro minutos. Subíamos como locos para alcanzar altura a tiempo y a menudo no lo conseguíamos. Te encontrabas la hilera de bombarderos alemanes por encima de ti y los cazas de escolta todavía más alto», recuerda el expiloto de caza Peter Brothers.

La víspera del día del Águila, Goering envió un mensaje a sus pilotos en el que se aseguraba que en poco tiempo barrerían del cielo a la RAE Para los pilotos de la Luftwaffe era la hora cero. Pronto comenzarían su mayor ataque aéreo contra la RAE Dado que habían destruido previamente las estaciones de radar, los alemanes confiaron en poder penetrar con facilidad en el cielo británico, encabezados por los Messerschmitt 110 (Me-110), el hermano mayor del Me-109, procedentes de la base de Caen.

LA PEQUEÑA ISLA ES ASEDIADA

El esperado día del Águila comenzó mal. Iba a ser un día de graves errores por ambos bandos. Para empezar, las densas nubes sobre el canal de la Mancha obligaron a posponer el ataque hasta las dos de la tarde. Sin embargo, algunos grupos de bombarderos alemanes, no informados del cambio de planes, habían despegado a la hora inicial, a las cuatro y media de la madrugada, y no pudieron comunicarles que volvieran a sus bases continentales debido a problemas con la radio.

A las cinco menos diez de la mañana los radares británicos detectaron una formación de 55 Dornier-17 camino del canal de la Mancha. Un piloto de caza a bordo de un Me-109 efectuó una serie de acrobacias delante de los bombarderos alemanes enviados por equivocación para obligarles a dar la vuelta, pero los aviadores germanos creyeron que era una exhibición y siguieron adelante.

A las seis menos diez una segunda oleada de ochenta y ocho Stuka escoltada por sesenta Me-110 y 173 Me-109, que ignoraba el cambio de planes, partió hacia la costa británica. Debido a la espesa niebla los radares de la RAF malinterpretaron la cantidad exacta de aeronaves enemigas que se acercaban. Como las nubes estaban bajas, el cuerpo de observadores pensó que era un pequeño ataque y ofreció datos y direcciones erróneos. Despegaron cinco escuadrones de la RAF, pero a causa de la confusión y el mal tiempo sólo uno interceptó al enemigo.

La mala visibilidad y la lluvia continuaron a lo largo de toda la mañana. A pesar de ello, la Luftwaffe siguió adelante con el ataque, bombardeó las bases aéreas y forzó a los cazas ingleses a despegar. «Al minuto siguiente se desencadenó un infierno. Dos bombas atravesaron el techo del hangar donde estaban nuestros aviones y se empotraron en la puerta. Pesaban ochenta toneladas. Cuando levantaron la puerta, estallaron con un montón de gente pasando por debajo. Corrimos para ver si podíamos hacer algo, pero no pudimos ni acercarnos. Nos quedamos viendo los brazos y piernas que sobresalían por debajo de las minas», recuerda el veterano piloto de caza británico Joe Roddis. Los bombarderos alemanes estaban infligiendo fuertes daños en varios aeródromos de la costa sur inglesa.

A las dos de la tarde la meteorología mejoró un poco y Goering pudo lanzar todas sus formaciones aéreas contra Gran Bretaña. En la primera ola mandó cien bombarderos protegidos por cazas Me-109. A las 14.54 llegaron al espacio aéreo británico. Las estaciones de radar y las salas de cartografía estaban desbordadas. El alto mando aéreo británico lanzó escuadrón tras escuadrón a contener los ataques. A lo largo de ese día las tripulaciones se mantuvieron en alerta roja constante esperando su turno para entrar en acción. Ese día se batiría el récord de salidas por ambos bandos.

Cuando se intensificó la lucha, a medida que se derribaba un avión tras otro, el terreno se fue llenando de restos retorcidos. Muchos bombarderos alemanes

—que eran lentos y vulnerables, pero que no obstante eran la principal amenaza — lograron pasar. Algunos se dirigieron a un objetivo concreto, como es el caso de la base de la RAF en Eastchurch, en el sureste de Inglaterra: los espías alemanes habían informado que las fotos de reconocimiento aéreo revelaban que había una base de escuadrones de Spitfire en ese lugar. A las siete de la tarde Eastchurch fue testigo de una matanza. Los Dornier-17 de la Luftwaffe lanzaron más de cien bombas altamente explosivas sobre los hangares y edificios del aeródromo. Murieron 16 personas y 48 resultaron gravemente heridas.

Sin embargo, las pérdidas de aviones no fueron tan cuantiosas. Aunque cinco aviones de la RAF fueron destruidos, eran cazabombarderos antiguos, no Spitfire. La inteligencia alemana había vuelto a fallar. Habían atacado la base equivocada. Eastchurch era una base de protección del tráfico marítimo, no una base de cazas. Y aunque parezca mentira, durante los días siguientes la Luftwaffe bombardeó el lugar seis veces más.

Al caer el día del Águila, la Luftwaffe había desplegado más de mil quinientos aviones y la RAF unos setecientos. Las fuerzas aéreas británicas perdieron 84 cazas y derribaron 47 aparatos de la Luftwaffe. Los británicos pensaron que habían sobrevivido de milagro. Goering, por su parte, se retiró a su pabellón de caza en Prusia oriental, donde invitó a los altos mandos de la Luftwaffe, los comandantes de la II y III Flotas Aéreas, Kesselring y Sperrle; comieron jabalí y bebieron vino para celebrar su éxito. Estaban convencidos de que si seguían atacando así las bases aéreas y a los cazas británicos, la RAF pronto sería historia. De hecho, Goering decidió lanzar la mayor ofensiva aérea de la guerra, centrándose ahora sobre dos objetivos bien definidos y en exclusiva: las fuerzas aéreas y las factorías aeronáuticas.

EL DÍA MÁS DURO DE LA CRUENTA GUERRA AÉREA

A pesar de que los alemanes nunca atacaron lo suficiente las estaciones de radar, que enseguida se reconstruyeron, y estimaron siempre a la baja la cantidad de cazas disponibles de la RAF, a veces acertaban en sus objetivos. Gracias al reconocimiento aéreo identificaron bases de cazas como la de Biggin Hill, al sur de Londres; Debden, al este de Londres; y Kenley, en el sur de Inglaterra. El

constante ataque de la Luftwaffe en multitud de puntos de la costa meridional de la isla estaba desgastando lentamente a la RAE «Hubo un período en el que atacaban tan seguido que perdían más pilotos de los que llegaban al escuadrón», señala el escritor Stephen Bungay. Mientras, los civiles británicos observaban desde tierra cómo el cielo se convertía en el escenario de una de las batallas aéreas más cruentas de la historia.

El 18 de agosto pasaría a la historia como «el día más duro». La Luftwaffe tenía más de mil bombarderos y 745 cazas; la RAF, sólo 630 cazas. A mediodía de un agradable pero nublado domingo, el radar informó de una concentración de aviones en Calais, noroeste de Francia. Era la mayor concentración que se había detectado hasta el momento: 108 bombarderos alemanes se dirigían a la base de la RAF de Kenley, escoltados por 483 cazas. De inmediato, varios escuadrones ingleses se lanzaron para contraatacar. Las oleadas de aviones alemanes avanzaban implacablemente hacia el objetivo sobre las pantallas de radar. Los civiles contemplaban desde tierra la batalla que se libraba en el cielo, testigos de una lucha a vida o muerte y entre las largas estelas de humo que dejaban cazas y bombarderos al ser tocados por sus rivales.

Los alemanes se enfrentaban con una decidida RAF en unos combates entre aviones que se cuentan entre los más feroces de la historia universal. «Los pilotos eran muy jóvenes, y no tenían conciencia de su propia mortalidad. El piloto ideal era un adolescente», explica Aryeh Nusbacher, de la RMAS. Luchaban entre cero y diez mil metros de altura, una prueba que era la máxima para hombres y máquinas. Sólo el ganador sobrevivía.

«La clave de la lucha avión contra avión era que si volabas en línea recta más de quince segundos, te mataban. No podías parar de girar, para impedir que alguien se te colocase detrás», explica el expiloto de caza británico Bob Doe. Para sobrevivir, la altura era vital. «Si podías caer en picado sobre tu rival tenías la victoria asegurada», añade. «Intentabas situarte a su cola y seguirles mientras hacían maniobras de evasión para sacarte de encima. Tú te las arreglabas para disparar y borrarles del cielo, eso era todo», señala su camarada en las fuerzas aéreas británicas Peter Brothers.

Con sólo doce segundos de munición a bordo, los pilotos tenían que acercarse lo más posible para procurar no errar el tiro. Pero aun así, a velocidades de casi mil kilómetros por hora, «casi todo ocurría en cuestión de

segundos y el cielo volvía a estar limpio», cuenta Doe. La batalla se extendió a lo largo de muchos kilómetros de cielo y los pilotos experimentados trataron de atacar con el sol tras ellos. Los que contaban con menos experiencia cometían el error de usar las nubes como refugio. «Lo malo de las nubes —explica este veterano aviador— es que si estás encima de una nube y miras hacia abajo, puedes ver los aviones que salen de ella desde unos ciento cincuenta metros de distancia. Pero si estás dentro de esa nube, no ves nada hasta que sales de ella».

A lo largo de todo el día, cada vez más oleadas de aviones de la Luftwaffe atacaron las bases de la RAF en el sur de Inglaterra. Nada más ser detectados por el radar, la RAF acudía. Al final de la jornada, la Luftwaffe había perdido 69 aviones y 31 estaban gravemente dañados. Pero podía permitírselo gracias a su superioridad numérica.

La RAF también registró fuertes bajas: perdió 63 cazas y 62 quedaron seriamente dañados. Sin embargo, los ingleses apenas podían soportar más bajas. A ese ritmo de destrucción, la RAF dejaría de existir en pocas semanas. Los daños causados por la lluvia de bombas en los aeródromos de primera línea, los centros de mando y las salas de operaciones habían puesto la operatividad del Mando de Caza británico al borde del colapso a finales de agosto. Y las cosas iban a empeorar…

GRATITUD DE TODOS HACIA MUY POCOS

En una misión de exploración de rutina, la aviación de reconocimiento británica obtuvo una serie de fotos de las costas holandesa, belga y francesa. Revelaron las fotos en el cuartel general y cuando las vio el alto mando británico sintió escalofríos. Las imágenes mostraban que un gran número de lanchas de desembarco estaban siendo reunidas en los puertos holandeses y del norte de Francia. Los alemanes recorrieron toda Europa occidental en busca de barcazas de fondo plano que pudieran ser usadas en el desembarco, embarcaciones que fueron equipadas con motores de avión para trasladar a un cuarto de millón de soldados veteranos a la costa inglesa e invadir una nación cuyo ejército estaba casi totalmente destruido. «Las fotografías revelaban que cada día había más lanchas adaptadas para cruzar el Canal. Y la artillería alemana podía bombardear

Dover desde Calais. La Luftwaffe se había apoderado del canal de la Mancha. En ese momento la situación pendía de un hilo», mantiene el escritor Stephen Bungay.

El destino de decenas de millones de personas se encontraba en manos de un reducido número de hombres. En palabras de Winston Churchill: «Jamás en la historia de los conflictos humanos, tantos debieron tanto a tan pocos». Churchill rendía así, en la sesión de la Cámara de los Comunes del 20 de agosto de 1940, su inmortal homenaje a los pilotos de la Royal Air Force, de quienes más que nunca dependía que la nación sobreviviera. Entre los nazis y la victoria se interponía una cosa: los jóvenes pilotos de la RAE a los que Churchill llamaba «los pocos». Pero el día 59 de la batalla de Inglaterra la RAF estaba de rodillas. La confrontación entró en una fase aún más violenta. Los alemanes habían urdido un nuevo plan. Lo llamaron Loge, en honor al dios wagneriano del fuego.

A las tres y media de la tarde del sábado 7 de septiembre las estaciones de radar de la RAF detectaron las señales del mayor ataque hasta la fecha: más de mil aviones estaban cruzando el Canal, ocupando casi mil trescientos kilómetros cuadrados de espacio aéreo. La RAF, al saber que la Luftwaffe atacaría de nuevo sus bases, reagrupó sus escuadrones y se dispuso a defenderse. Sin embargo, los bombarderos alemanes no sólo sobrevolaron el Canal, los aeródromos del sur de Inglaterra y las colinas de Kent, sino que llegaron hasta los barrios del sureste de Londres.

El plan Loge consistía en bombardeos sistemáticos de represalia sobre Londres y otras ciudades británicas, así como sobre fábricas y puertos. En las semanas posteriores las ciudades de Southampton, Bristol, Plymouth, Liverpool, Birmingham o Coventry recibieron ataques masivos de la aviación alemana, mandada por Albert Kesselring, comandante de la flota aérea. En esta ocasión, el objetivo de la Luftwaffe no eran los aeródromos de la RAF, sino los muelles de Londres. El reconocimiento aéreo alemán había identificado las vitales instalaciones portuarias y refinerías de petróleo al este de la capital. «Goering decidió dejar de atacar a las fuerzas aéreas y en su lugar doblegar a los británicos atacando Londres», apunta Aryeh Nusbacher.

A las cuatro de la tarde los londinenses oyeron un rugido en la distancia. El sonido fue en aumento hasta que 150 aviones aparecieron de la nada y atacaron los muelles con bombas incendiarias. La ciudad estaba defendida por unas dos

mil baterías antiaéreas, 750 aviones de caza y barreras de globos. Los bomberos no dieron abasto para apagar los miles y miles de toneladas de madera que ardieron convertidos en grandes bolas de fuego. Los bombarderos alemanes atacaron los muelles oleada tras oleada y pulverizaron todo lo que había en ellos.

A las seis y media sonó la señal del final del bombardeo, pero el incendio descontrolado se propagó a lo largo de quince kilómetros de muelles. Los bomberos acudieron a las ocho de la tarde y estuvieron hasta las cuatro y media de la mañana siguiente. Barrios enteros de la ciudad estaban reducidos a cenizas y las llamas podían verse a kilómetros de distancia. Los hospitales que habían sobrevivido al bombardeo trabajaron a plena capacidad. Los médicos y enfermeras trataron valientemente a los heridos durante todo el ataque. Murieron 430 civiles y 1600 resultaron gravemente heridos. En vez de la batalla de «los pocos» se había convertido en la batalla de «los muchos». Los aviones alemanes le infligieron a Londres un daño considerable, pero no pudieron quebrantar el espíritu de los civiles británicos. Las fuerzas armadas, en lugar de debilitarse, se fortalecieron.

Los bombarderos de la Luftwaffe atacaron Londres de día y sobre todo de noche durante dos semanas más. Sin embargo, los londinenses supieron encajar los bombardeos nazis y nació el espíritu de desafío que no disminuyó ya durante los siguientes años de la guerra.

LA BATALLA FINAL

Mientras la Luftwaffe centraba los ataques en Londres, la RAF aprovechó para reparar los desperfectos causados en los aeródromos del sur, recomponer sus líneas de comunicación y las salas de operaciones destruidas y reagrupar sus fuerzas para el enfrentamiento final. El domingo 15 de septiembre la batalla de Inglaterra alcanzó su clímax. La información de reconocimiento aéreo de la Luftwaffe indicó que a la RAF no le quedaban más que unos pocos aviones. Las cifras en algunos casos no superaban los 50 cazas. Pero estaban equivocados de nuevo. La RAF tenía 630 Hurricane y Spitfire en el frente.

A las diez y media de la mañana las estaciones de radar captaron 250 aviones cruzando el Canal. La RAF mandó de inmediato a sus cazas para defenderse. Se

detectaron nuevas formaciones enemigas; el alto mando aéreo británico pensó que podía tratarse del ataque definitivo y ordenó a tres bases aéreas más que sacaran los cazas. Los radares que seguían el avance enemigo se dieron cuenta de que su objetivo era Londres y se movilizaron más escuadrones de cazas contra los alemanes. Ya había quince escuadrones de la RAF en el aire. Según se cuenta, Winston Churchill, que estaba en el cuartel general de la RAF, preguntó cuántos aviones de reserva quedaban. Le respondieron que ninguno. En sus escritos posteriores a la guerra, Churchill afirmó: «El riesgo era grande, el margen pequeño y lo que estaba en juego, infinito».

Después de mediodía, los bombarderos nazis que habían llegado hasta Londres comenzaron el viaje de regreso a su base. Había sido una batalla sangrienta. Y no había terminado. A las dos y media el radar detectó 300 bombarderos en dos oleadas, escoltados por numerosos cazas. Pero la RAF estaba preparada para recibirlos. Y siguió maniobrando alrededor de los bombarderos y cazas para derribarlos. «Yo hice cuatro salidas y derribé dos aviones. Podías salir todas las veces que quisieras, porque no paraban de venir. Te preparabas, volabas, volvías a la base, te rearmabas, repostabas y volvías a despegar. Y así constantemente», cuenta Peter Brothers, piloto de caza británico en esos días.

Al anochecer el último avión alemán regresó a su base. Los pilotos nazis estaban horrorizados por la cantidad de cazas británicos que les habían atacado. Habían sido derribados 56 aviones y tenían 81 pilotos muertos, además de 94 heridos y prisioneros. Para los alemanes fue el final de la batalla. La Luftwaffe nunca dominaría el cielo británico. «El 15 de septiembre se dieron cuenta de que tras cuatro semanas tratando de destruir las fuerzas aéreas británicas, no habían logrado nada. En realidad estaban peor que antes, porque los británicos parecían más fuertes que nunca. Y tomaron la única decisión racional: retirarse», explica Stephen Bungay.

En la batalla de Inglaterra la RAF perdió 1173 aviones y 510 pilotos. La Luftwaffe perdió 1733 aviones y 3368 aviadores resultaron muertos o fueron hechos prisioneros. El desfase entre las cifras de bajas humanas de unos y otros, cuando las pérdidas de aparatos fueron relativamente cercanas, se debe a dos causas. En primer lugar, los bombarderos alemanes llevaban varios tripulantes, mientras que los ingleses emplearon cazas monoplaza. La segunda razón es que

los pilotos ingleses alcanzados que se lanzaban en paracaídas caían en territorio propio y podían volver al combate, mientras que los alemanes eran capturados y causaban baja definitiva. Pero incluso después de la matanza del 15 de septiembre, Goering siguió presumiendo de poder destruir la RAF en cuatro días. Hitler no le hizo caso y canceló discretamente, el 17 de septiembre, la Operación León Marino para la invasión de Inglaterra; nunca intentó reanudar el operativo. En su lugar dirigió sus operaciones hacia el este y comenzó a planear la invasión de la Unión Soviética, que tuvo lugar al año siguiente.

EL ESPÍRITU DE DESAFÍO ANTE EL BLITZ

Pero el bombardeo de ciudades inglesas continuó durante el largo invierno de 1940-1941, sólo que entonces se hizo aprovechando la oscuridad de la noche para evitar lo máximo posible a los cazas británicos y los sistemas antiaéreos. El *Blitz* —una contracción del término alemán *Blitzkrieg*, que significa «guerra relámpago»—, como lo denominaron los británicos, en Londres provocó alrededor de 30 000 muertes durante las 76 noches seguidas —con una sola noche de descanso— que duraron las incursiones aéreas nazis. Los 250 000 civiles que se quedaron sin techo se convirtieron en tropas del frente y sufrieron las penalidades del conflicto. Aquellos días sombríos del *Blitz*, de las sirenas de alarma y de los refugios en el metro, sirvieron para demostrar la inmensa capacidad de sacrificio de un pueblo que se resistía a sucumbir. Los bombardeos sistemáticos fracasaron en alcanzar los objetivos estratégicos de sacar a Inglaterra de la guerra o debilitarla ante una posible invasión.

La batalla de Inglaterra no fue un combate convencional con un vencedor y un perdedor claros. Ambos bandos podían reclamar parte de la victoria para sí. Hitler y Goering cometieron un gran error al no alzarse con el dominio de los cielos. Al dejar a Gran Bretaña sin derrotar, dejaron una nación capaz de luchar por la libertad. «La batalla de Inglaterra marcó el principio de la derrota estratégica de los alemanes, porque atacaron la Unión Soviética sin los recursos necesarios para ganar», afirma Aryeh Nusbacher.

Pero ¿por qué no volvieron a intentar la invasión de Gran Bretaña? La respuesta quizá esté en la declaración efectuada por el general Alfred Jodl, jefe

de operaciones del OKW (Oberkommando der Wehrmacht), el alto mando de las fuerzas armadas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, quien en el juicio de Nuremberg dijo: «Mientras existiese la Royal Navy, intentar una invasión hubiese sido como enviar a nuestros soldados a una gigantesca máquina de picar carne».

La derrota que sufrió la Luftwaffe fue el primer revés serio que recibían los ejércitos del III Reich, en aquel momento dueños de Europa. Algunos historiadores piensan que si la batalla hubiera ocurrido a primeros de julio de 1940 posiblemente hubiera tenido éxito. Incluso los propios mandos británicos hicieron manifestaciones en este sentido. Churchill reconocería el 26 de diciembre de 1941: «Tuvimos la suerte de disponer de tiempo. Si Alemania hubiera lanzado su desembarco sobre las islas británicas, tras la derrota francesa de junio de 1940; si el Japón hubiera declarado la guerra al Imperio británico y a Estados Unidos en aquella misma fecha, nadie puede decir qué desastres y qué agonías hubiéramos podido sufrir».

Aunque es difícil predecir la repercusión de los hechos, lo cierto es que lo decisivo de este conflicto bélico del verano de 1940 fue que los ejércitos de Hitler jamás desembarcaron en suelo británico; terminaron la guerra viendo desde Calais los blancos acantilados de Dover. Y en gran parte fue gracias al coraje, la valentía y el legendario espíritu de sacrificio que mostraron en la batalla de Inglaterra los aviadores de la RAE En palabras del comodoro del aire Peter Brothers, superviviente de la batalla: «La primera cosa que permitió obtener la victoria fue el radar; la segunda, los ingenieros que produjeron el Spitfire y el Hurricane; la tercera, los equipos de mantenimiento, que siempre nos entregaron aviones en perfectas condiciones operativas y, finalmente, los pilotos».

En cualquier caso, pocos expertos dudan que el triunfo en la batalla de Inglaterra hubiera dejado al III Reich las manos libres en Europa, despreocupándose de proteger su retaguardia estratégica para dedicar su esfuerzo bélico sobre el principal objetivo, la Unión Soviética. De ahí la importancia de esta batalla en el curso de la historia.

22

STALINGRADO

Fecha: Agosto de 1942-febrero de 1943.

Fuerzas en liza: Alemanes (con ayuda de tropas italianas, rumanas, húngaras) contra soviéticos.

Personajes protagonistas: Por el lado alemán: Adolf Hitler, Friedrich von Paulus, Hermann Hoth, los mariscales Erich von Manstein y Wolfram von Richthofen. En el bando ruso: Stalin, los generales Vasili Chuikov y Gueorgui Zhúkov, el comandante Alexander Rodimtsev y el sargento Yákov Pávlov.

Momentos clave: La lucha a orillas del Volga; toma de la colina de Mamáyev Kurgán; el ataque a la zona industrial de la ciudad.

Nuevas tácticas militares: La *Rattenkrieg* o «guerra de ratas».

Durante la Segunda Guerra Mundial, la pugna en el frente oriental se libró con una brutalidad jamás vista hasta el momento en ninguna otra confrontación europea del siglo XX. El Estado Mayor alemán había previsto la rápida derrota del Ejército Rojo, sobre todo confiados en los dos millones de hombres con que inició la invasión, sus divisiones Panzer y en la inferioridad técnica de los soviéticos. En Stalingrado la batalla duró siete meses, durante los que se combatió casa por casa entre las ruinas de la ciudad. Los soldados rusos no vacilaron en pelear hasta morir. El VI Ejército alemán, 250 000 hombres al mando de Friedrich von Paulus, fue aniquilado tras 162 días de lucha. Se habla de que murieron 1 800 000 soldados y civiles entre ambos bandos, lo que otorga a la batalla de Stalingrado el triste título de ser la más sangrienta en la historia de la humanidad.

El pacto de amistad y cooperación vigente desde agosto de 1939 no había anulado las ansias expansionistas del Reich sobre los extensos territorios del este. Para Adolf Hitler conquistar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) siempre había sido un sueño. En primavera de 1940, Hitler había invadido Noruega y Dinamarca. Después se lanzó sobre Francia, Holanda,

Bélgica y Luxemburgo. Y lo intentó con Gran Bretaña, pero los británicos no se rindieron. Había llegado el momento de marchar hacia el este.

A primera vista, el plan de Hitler podía parecer suicida. La población de la URSS duplicaba a los germanos y su territorio continental era notablemente superior al del resto de toda Europa unida. El ejército, las fuerzas acorazadas y la fuerza aérea soviética eran los más numerosos del mundo. Pero tenían un punto débil: la fuerza aérea de combate, notablemente inferior a la alemana.

Adolf Hitler estaba convencido de que los mandos del ejército de Stalin eran bastante mediocres tras la purga de 1937-1938, en la que mandó ejecutar a la mayoría de los mejores militares de la guerra civil rusa (1918-1920). Además, la participación soviética en la Guerra Civil española no fue muy brillante. Así que no le faltó optimismo a la hora de plantearse conseguir lo que ni siquiera Napoleón pudo: vencer en las nevadas llanuras rusas.

Sin embargo, la ofensiva de 1941, pese a su éxito inicial, no fue resolutiva. El ejército alemán se quedó a las puertas de Moscú, pero sin llegar a entrar en la capital, cuando llegó el crudo invierno que le impedía continuar las operaciones. Sería por tanto 1942 el año decisivo en los sueños de Hitler.

La captura de Stalingrado era la primera fase de su plan maestro para sacar a la Unión Soviética de la guerra. El código del plan era *Operación Azul*. Al VI Ejército de Von Paulus se le encargó la tarea de dirigir la ofensiva sobre Voronezh, en la parte suroccidental de Rusia, cerca de la frontera de Ucrania, y luego marchar a Stalingrado acompañado del IV Ejército Panzer de Hermann Hoth. Una vez allí, su misión era destruir las fábricas y zonas industriales, y proteger el Cáucaso, cuyos yacimientos petrolíferos necesitaba Alemania, desde el norte.

El 23 de agosto de 1942, una de las formaciones militares más poderosas del mundo esperaba a orillas del río Don, a sólo sesenta y cinco kilómetros de la ciudad de Stalingrado. Había 250 000 soldados alemanes del VI Ejército, la vanguardia del plan maestro de Adolf Hitler para cortar en dos partes a la Unión Soviética y extender el III Reich hasta las fronteras de Asia. Pero las cosas no fueron tan fáciles; cuatro semanas después, los soldados alemanes se vieron atrapados en un sangriento combate cuerpo a cuerpo, en un escenario de pesadilla repleto de ruinas de hormigón y aceros retorcidos al que llamaron «la guerra de ratas». Los hombres y las mujeres del Ejército Rojo juraron defender

Stalingrado hasta la muerte, convencidos de que, si aguantaban lo suficiente, el enemigo se enfrentaría a las terribles condiciones del invierno ruso.

LOS TANQUES ALEMANES PREPARADOS

En la ciudad de Kalach, junto al río Don, el 23 de agosto de 1942, los efectivos de la 16.ª División Acorazada (Panzer) preparaban sus vehículos para un ataque relámpago a través de los campos que se abrían ante ellos. Sus tanques eran la punta de lanza de la formación alemana más potente jamás enviada al frente oriental: los 250 000 hombres del VI Ejército. Durante los dos meses anteriores de ofensiva estival, el VI Ejército alemán había luchado por las vastas estepas del sur de la Unión Soviética y campó a sus anchas mientras avanzaba hacia su fatal destino en Stalingrado destruyendo a toda unidad soviética que se le opuso. Ese día su objetivo final se encontraba a sólo sesenta y cinco kilómetros.

El alto mando soviético había intentado por todos los medios detener el avance alemán sobre la ciudad pero, una vez tras otra, sus líneas de defensa se habían visto desbordadas. Para el Ejército Rojo la situación se había vuelto desesperada.

Según el plan de Hitler, dos potentes fuerzas iban a asestar un golpe contundente a los ejércitos soviéticos y aniquilarlos en la gran hoz del río Don. Entonces, mientras una fuerza guardaba el flanco norte marchando hacia Stalingrado, la otra viraría al sur para capturar los vitales campos petrolíferos soviéticos del Cáucaso; el control de estos campos paralizaría la máquina de guerra soviética y potenciaría la expansión del III Reich.

Los tanques de la 16.ª División Acorazada corrieron hacia Stalingrado pero, a treinta kilómetros de la ciudad, los cañones soviéticos frenaron su avance. La resistencia fue feroz. A base de cañonazos, los *panzers* arrasaron las posiciones soviéticas. Según los testimonios de soldados alemanes supervivientes, en ese momento ya intuyeron que esta batalla iba a ser como ninguna otra. «Vimos que la mayoría de los combatientes rusos eran mujeres. Aunque llevábamos dos años y medio peleando y ya estábamos muy curtidos, pensamos: “Dios mío, ¿qué clase de guerra es ésta?”. No, Dios mío, no queremos luchar contra mujeres», cuenta Manfred Gusovius de la 16.ª División Acorazada.

La avanzadilla del VI Ejército estaba a sólo diez kilómetros al norte de Stalingrado. La ciudad se extendía a lo largo de treinta kilómetros a lo largo de la ribera del Volga, en su margen occidental, y era el emblema de la Unión Soviética. La ciudad era el nudo ferroviario más importante de la línea que unía Moscú, el mar Negro y el Cáucaso y contaba con un puerto fluvial para la navegación por el Volga. Con sus 600 000 habitantes, Stalingrado era además el motor de la máquina de guerra soviética, con inmensas fábricas que producían tanques, cañones y municiones. Pero no fue ésa la principal razón por la que Adolf Hitler la eligió como blanco de sus ataques en opinión de Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst (Gran Bretaña), centro de formación de los militares británicos. Según él, «Hitler era plenamente consciente de Stalingrado como símbolo del propio Stalin, del nuevo hombre soviético y de la industria soviética. Hitler sólo quería Stalingrado porque se llamaba así». Sin duda, el Führer comprendía que la calda de esa ciudad tendría enorme significado propagandístico.

Por su parte, Stalin también decidió defender la ciudad, costara lo que costara. Emitió el decreto número 227, conocido como «¡Ni un solo paso atrás!». A los combatientes que sin orden abandonaran sus posiciones les esperaba la pena de muerte. Se prohibió a sus habitantes dejar la ciudad. Toda la población se movilizó. Jóvenes y viejos cavaron durante días fortificaciones mientras los tanques alemanes se acercaban a la ciudad. «A pesar de las cosas terribles que ocurrían, confiábamos en poder resistir. Y así surgió el espíritu de Stalingrado de “Ni un solo paso atrás”», recuerda Anatoli Merezhko del regimiento Ordzonikidze (llamado así en honor del dirigente comunista georgiano que defendió precisamente Stalingrado, llamada entonces Tsaritsin, durante la guerra civil).

Había más de mil aviones apoyando el ataque alemán. Mientras los *panzers* se acercaban a los barrios del norte, oleadas de bombarderos los sobrevolaban; lanzaban millares de bombas y proyectiles. «Habla miles de civiles en Stalingrado —explica Merezhko— y me sentí impotente porque no podríamos repeler el ataque. Carecíamos de armas antiaéreas». El 23 de agosto, Stalingrado se convirtió en un infierno al ser bombardeada por los Heinkel 111 y Junkers 88 del mariscal Wolfram von Richthofen. Se lanzaron mil toneladas de bombas y los alemanes sólo perdieron tres aeroplanos. La ciudad se convirtió en una

gigantesca fogata, se derretía el asfalto, se desmoronaban los edificios… Miles de civiles murieron o fueron heridos y los supervivientes se refugiaron en sótanos y cuevas a orillas del río.

A LAS PUERTAS DE LA CIUDAD

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, la 16.ª División Acorazada llegó al suburbio septentrional de Rynok. Habían tardado menos de doce horas en llegar desde la cabeza de puente del Don. La moral estaba alta y confiaban en una caída rápida de Stalingrado. Ante ellos, se extendía el impresionante Volga. «Vimos un río majestuoso, como de un kilómetro y medio o dos kilómetros de ancho y, más allá, las estepas. Casi se podía oler Asia. Y pensamos: "¿Hasta dónde llega esto?". Era impresionante», señala Manfred Gusovius.

En Stalingrado se declaró el estado de sitio. A sus ciudadanos se les encomendó no rendirse al invasor alemán, costara lo que costara. La ciudad se llenó de barricadas, se transformó cada distrito, cada manzana, cada casa en una fortaleza inexpugnable. En las paredes de las casas aún intactas, los defensores de la ciudad escribían: «¡Resistir a muerte!», «¡Al otro lado del Volga no hay tierra para nosotros!», «No ceder un palmo»…

El resto del VI Ejército avanzaba desde Kalach al encuentro de los tanques nazis. Había menos de 40 000 soldados del Ejército Rojo frenando su camino. «Para la fuerza alemana invasora, era un terreno muy fácil y cómodo de bombardear. Desde el aire se veían los objetivos, se veían las fortificaciones. Nuestra infantería no tenía dónde esconderse», indica Sergei Zakharov, de la 284.ª División de Fusileros.

Al vigésimo primer día de batalla, el 13 de septiembre de 1942, tras un avance de ochocientos kilómetros a través de la Unión Soviética, el cuarto de millón de hombres del VI Ejército alemán llegaba a las puertas de Stalingrado. Defendiendo la ciudad sólo quedaban veinte mil hombres del LXII Ejército. Stalingrado estaba condenada. Defender una ciudad de treinta kilómetros de longitud con sólo veinte mil hombres y menos de sesenta tanques era una misión imposible.

Los soviéticos lograron contener el avance alemán, pero una nueva ofensiva

con medios acorazados hizo saltar las posiciones soviéticas en el exterior de la ciudad. Los alemanes estaban prestos a iniciar la ocupación de Stalingrado. El Ejército Rojo parecía acorralado. Entonces Stalin recurrió a un nuevo general para hacerse cargo de la defensa, un hombre con voluntad de hierro que personificó el grito de guerra de Stalingrado: «¡Ni un solo paso atrás!». El nuevo comandante del LXII Ejército, el general Vasili Chuikov —que hasta entonces estaba a cargo del LXIV Ejército, desplegado al sur de la ciudad—, había sido elegido especialmente para que Stalingrado no cayera en poder de los alemanes. «Era un hombre de voluntad inquebrantable. Hacía gala de una gran valentía. Habría sido difícil encontrar a otro comandante más capaz de defender Stalingrado», señala Anatoli Merezhko del regimiento Ordzonikidze.

Los aviones de reconocimiento aéreo alemanes identificaron las posiciones soviéticas en la ciudad. Los primeros objetivos fueron un gigantesco silo de grano en el sur, el principal cruce por ferry del Volga y una colina situada al norte llamada Mamáyev Kurgán, el punto más alto de la ciudad desde donde se divisa todo Stalingrado, cuyo control, por tanto, fue un objetivo decisivo.

Tras romper la delgada línea de defensa soviética, el ataque alemán llegó a la principal estación ferroviaria, junto al ferry. Sus defensores eran soldados muy motivados, del temido Ministerio del Interior, la NKVD, y hacerse con el control no iba a ser fácil para los atacantes. En la cruel carnicería que siguió, la estación cambió de manos tres veces en dos horas. Los alemanes capturaron finalmente la estación el 14 de septiembre.

Al norte de la estación, la lucha se centró en la colina de Mamáyev Kurgán. Pocas semanas antes, era el típico lugar para excursiones, por sus excepcionales vistas sobre la ciudad. Las colinas se llenaron de minas y de trincheras que bajaban en zigzag por las laderas. Los hombres de la NKVD, armados con fusiles, se aferraron desesperadamente a sus posiciones. «La lucha proseguía de día y de noche, no paraba nunca. Se peleaba a la izquierda, a la derecha y por detrás. Mamáyev Kurgán es una gigantesca tumba colectiva», mantiene Sergei Zakharov de la 284.ª División de Fusileros. Los alemanes sufrieron gran cantidad de bajas, pero finalmente capturaron la colina el 16 de septiembre y desde ella empezaron a bombardear el centro de la ciudad. En los siguientes días, la colina cambió de manos varias veces.

Los hombres del general Chuikov sentían la presión en toda la línea, pero

aguantaron y la destrucción en masa de la ciudad se volvió contra los invasores. Según el experto Aryeh Nusbacher, de la Real Academia Militar de Sandhurst, los alemanes no ganaban nada al bombardear Stalingrado, al contrario. «Al destruir las infraestructuras y el trazado de las calles, Stalingrado se convirtió en un paisaje lunar impenetrable», afirma.

Ante la situación, el general Vasili Chuikov empleó sus últimas reservas: unos cientos de hombres y diecinueve tanques. Debían ganar tiempo hasta la llegada de los refuerzos: diez mil hombres de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia. En la terminología del Ejército Rojo, las divisiones de infantería eran llamadas «de tiradores» (fusileros) —*Streltzi* en ruso—, una ficción para elevar su moral, puesto que tradicionalmente los *Streltzi* habían sido considerados una rama distinguida dentro de la infantería. Cuando empezó la invasión nazi, a las divisiones con un comportamiento ejemplar se les agregó el título «de Guardias». Las unidades de Guardias recibían mejores suministros de material y personal, con lo que se convirtieron efectivamente en una élite. La 13.ª División, comandada por Alexander Rodimtsev se dirigió veloz hacia Stalingrado. Al caer la noche, preparó el cruce del Volga, algo que sólo podía hacerse en embarcaciones. Georgi Zabortsev, que luchó en la 13.ª División de Guardias, recuerda aquella noche: «A orillas del río —cuenta— había enormes depósitos de petróleo ardiendo. El crudo en llamas se vertía al Volga. El fuego lamía la superficie del río. La ciudad era un infierno y el humo cubría completamente el cielo».

También los testimonios de aquella jornada de su compañero de división Georgi Potanski hablan de la atrocidad de los ataques de los cañones alemanes a la flota de barcazas en las que se trasladaban los Guardias. «Un obús cayó en nuestro barco; explotó en la sala de máquinas y el barco empezó a hundirse. Luché como pude por quitarme el abrigo, el macuto y las botas y salté al Volga. A mi alrededor oía los gritos de los hombres que se ahogaban, pero los alemanes estaban tan cerca que también los oían y abrieron fuego sobre nosotros», recuerda Potanski. Cuando los supervivientes alcanzaron la orilla izquierda, se vieron lanzados a la batalla para socorrer a los defensores de la ciudad. En veinticuatro horas de duro combate mano a mano, la división fue diezmada, pero gracias a ella el ataque alemán quedó detenido. Y la orilla del río quedó a salvo. Sólo 320 hombres de los 10 000 con que contaba esta división sobrevivieron

hasta el final de la batalla de Stalingrado.

A poca distancia, al sur de la estación, tuvo lugar otra batalla terrible: los alemanes trataron de apoderarse de un gigantesco silo repleto de grano. Las fotografías aéreas de la época muestran un enorme edificio de hormigón, como una fortaleza, defendido por sólo cincuenta hombres que, sin embargo, repelieron durante seis días un ataque tras otro. Finalmente, sin agua ni municiones, los pocos supervivientes fueron desbordados por los alemanes.

La rapidez del ataque alemán fue tan sorprendente que los soviéticos perdieron casi el 75 por ciento de la ciudad en menos de dos semanas. Hitler, que no había deseado la guerra de guerrillas en Moscú ni en Leningrado, ahora estaba obsesionado por la conquista de Stalingrado. La captura de la ciudad se convirtió en un duelo de voluntades entre el Führer y Stalin.

LAS COSAS SE COMPLICAN

El 22 de septiembre, tras haber cambiado quince veces de manos, la estación principal quedó de nuevo en poder nazi. Los defensores soviéticos se vieron forzados a retroceder. Dos tercios de la ciudad ya estaban en manos alemanas.

Cinco días después empezó una de las epopeyas épicas más recordadas de Stalingrado: treinta hombres de la 13.ª División de Guardias, encabezados por el sargento Yákov Pávlov, ocuparon un edificio que dominaba las posiciones alemanas del centro de la ciudad. Era un pequeño inmueble de cuatro pisos, pero de gran importancia estratégica. El observador de artillería de la división, Georgi Potanski, iba con ellos. «Después de que liberamos la casa —recuerda—, los alemanes trataron de recuperarla varias veces cada día porque era una posición muy importante para ellos, pero todos los ataques fueron repelidos. No sólo tuve que pedir apoyo de artillería, sino que varias veces agarraré una metralleta y una granada para enfrentarme yo mismo a los alemanes».

La visión del otro bando la ofrece Erich Klein, de la 60.ª División Motorizada: «Era increíble. Estábamos acostumbrados a batallas en movimiento en campo abierto. Y nos enviaron a luchar por un par de casas. Fue un golpe terrible, no le encontrábamos sentido. No entendíamos qué hacíamos allí». Cada ataque alemán era repelido, de modo que durante el resto de la batalla la casa fue

un enclave soviético en pleno corazón de las posiciones alemanas. En cincuenta y ocho largos días los alemanes no lograron tomar el edificio que defendía esta pequeña unidad que dirigía el sargento Yákov Pávlov. La Casa de Pávlov ha sido conservada como símbolo del valor de los combatientes soviéticos.

Siempre que los alemanes lograban ganar terreno, el general Chuikov ordenaba un contraataque inmediato. «Todos gritábamos: “¡Por la Madre Patria! ¡Adelante, por Stalin!”», rememora Alexei Voloshin, que luchó en la 10.ª División de Fusileros de la NKVD. A los hombres del VI Ejército, la pesadilla de Stalingrado no les daba cuartel. Chuikov reforzó las defensas antiaéreas de la ciudad y asimismo fortificó aquellos lugares donde pudiera contener al enemigo, en especial la colina de Mamáyev Kurgán, retiró la mayor parte de su artillería a la ribera oriental del Volga y fomentó el despliegue de francotiradores. Siguiendo órdenes de Chuikov, la artillería del LXII Ejército permaneció en la margen izquierda del río Volga, fuera del alcance de los cañones alemanes. Su enorme potencia de fuego era vital para la defensa.

Tras más de un mes de agrios combates, los alemanes empezaron a cuestionar las tácticas del que los había conducido hasta aquel infierno de escombros, el coronel general Friedrich von Paulus. En opinión de Manfred Gusovius, que luchó en la 16.ª División Acorazada, «Von Paulus era un hombre de valía, pero no era el adecuado para el puesto que ocupaba. Era un táctico excepcional, más que un auténtico estratega, pero sólo era un teórico. No era un soldado de choque».

El 30 de septiembre, Hitler lanzó un discurso en Berlín anunciando que Stalingrado caería pronto. Von Paulus ordenó que continuasen los ataques. El 4 de octubre, la batalla de Stalingrado duraba ya cuarenta y dos días. En los límites orientales del Tercer Reich, una de las formaciones más poderosas del ejército alemán estaba atrapada en una sangrienta trampa. Se combatía calle por calle. Los soldados soviéticos transformaron los edificios bombardeados de la ciudad en un laberinto impenetrable de búnkeres y fortines, donde los dos ejércitos se enfrentaban en una forma de pelear que los alemanes llamaron *Rattenkrieg*, «guerra de ratas». Ya no era una batalla de veloces columnas de tanques.

Desde el cielo, los aviones alemanes de reconocimiento recogieron el curso de esta lucha titánica en fotografías que durante más de sesenta años han estado enterradas en los archivos. Ahora, estas imágenes olvidadas nos brindan una

visión asombrosa de la batalla más cruel de la Segunda Guerra Mundial. Imágenes que nos muestran con todo detalle la ciudad pulverizada que se convirtió en la tumba del VI Ejército alemán. Recientemente, por primera vez, sus fotos aéreas se han combinado con lo último en imagen virtual en 3D para contemplar a vista de pájaro la lucha de la ciudad en ruinas.

En la *Rattenkrieg*, día tras día, las tropas de asalto alemanas y soviéticas se cazaban mutuamente entre las ruinas. El general Chuikov ordenó a sus hombres que confiaran en su arma más efectiva, la granada. Según explica el veterano Anatoli Merezhko del regimiento Ordzonikidze, lo primero que los soldados lanzaban eran sus granadas, que explotaban, asustando a los alemanes apostados a pocos metros. «Entonces aparecíamos y los rematábamos con la metralleta, con un cuchillo o con la pala». En pisos, sótanos y despachos en ruinas, los hombres peleaban cuerpo a cuerpo en un duro combate sin cuartel. «A veces —señala Merezhko— nos separaban sólo veinte centímetros, el grosor de la pared. A un lado estaba nuestro soldado, al otro lado el alemán. El más rápido en lanzar la granada era el ganador».

Según se recoge en los archivos de *La voz de Rusia*, en octubre de 1942, el soldado Otto Kreppel, del VI Ejército, cuando estaba en la orilla del Volga creía estar muy cerca de la victoria. Sin embargo, en una carta a sus padres escribió poco después: «Stalingrado se nos atragantó. En la compañía quedan siete personas. Por doquier hay cementerios de soldados. Ahora ya sólo la palabra “Stalingrado” nos causa espanto».

A las dos de la tarde del 10 de octubre, los alemanes atacaron la zona industrial de Stalingrado. Eran cuatro enormes polígonos a lo largo de nueve kilómetros de orilla del Volga: la fábrica de tractores Dzerzhinski, la fábrica de armamentos Barricada, la metalurgia Octubre Rojo y la planta química Lazur. La zona industrial se convirtió en el centro de la resistencia soviética. El comité urbano de defensa movilizó a todos los obreros, a todos los pobladores de la ciudad capaces de combatir. Ese mismo día, los trabajadores de la fábrica de tractores entraron en combate contra los tanques alemanes que se abrían camino por ella y los obligaron a retroceder.

Las tropas alemanas descubrieron que hasta el último almacén y despacho se había convertido en una fortaleza. El Ejército Rojo lanzó feroces contraataques. «Nos preparamos para el ataque. Cuando empezó, yo tenía una ametralladora,

una pistola y dos granadas. Cuando volví en mi, estaba cubierto de sangre. No estaba herido, pero sí cubierto de sangre. Entonces tenía cuatro granadas y un fusil ruso con una bayoneta llena de sangre. Pero no sé decir a cuántas personas atravesé con ella. Tuve la mente en blanco. No sé qué ocurrió esos minutos», explica Sergei Zakharov, que combatió en la 284.ª División de Fusileros.

Las unidades de la guarnición y los batallones de las milicias populares detuvieron el avance del enemigo. Pero la lucha continuaba. Von Paulus envió a sus aviadores a romper el punto muerto alcanzado en las fábricas. Los Stuka empezaron a arrojar bombas por delante de la infantería alemana, y el fuego de artillería se sumó al infierno. «Algunos días —narra Anatoli Merezhko del regimiento Ordzonikidze— los alemanes enviaban dos mil aviones. La fábrica de tractores abarcaba unos cinco kilómetros cuadrados. Fue increíble el número de bombas que se lanzaron sobre un área tan pequeña».

Se envió a los *panzers* a aplastar la resistencia en las fábricas. Poco a poco, empujaban a los defensores soviéticos, pero éstos se servían de las alcantarillas para infiltrarse en posiciones alemanas y atacarlas por la retaguardia. En esos días, ya sólo la décima parte de Stalingrado permanecía bajo control soviético. Parecía que nada iba a impedir que Adolf Hitler ganara esta titánica prueba de fuerza.

EL RÍO EMPIEZA A HELARSE

A principios del mes de noviembre de 1942, las tropas alemanas ya ocupaban el 90 por ciento de la ciudad. Pero la llegada de tropas siberianas, transferidas desde Moscú, aplazó los proyectos de los invasores. El 11 de noviembre iniciaron su último ataque. Se produjo a lo largo de la vía ferroviaria de la planta química Lazur. Los pilotos de bombarderos que lo apoyaban llamaban al terraplén curvo de la planta «la raqueta de tenis», por su forma. Tras veinticuatro horas de feroz combate, el ataque alemán casi había llegado al Volga, pero la artillería soviética y el fuego de los cohetes lo contuvo.

«La guerra fluida y veloz de 1941 y principios de 1942 había desaparecido. El ejército alemán se vio obligado a enfrentarse a una guerra de muy distinta índole: la guerra en la que veías a un compañero recibir un bayonetazo en las

tripas, un culatazo de fusil en la cara o una granada a corta distancia; los hombres encontraron muy difícil desenvolverse en esta forma de hacer la guerra», explica Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst. El ejército alemán había sido diseñado para luchar en Europa central y occidental, en terrenos con una densa red de buenos caminos, repleta de ciudades y pequeñas granjas, con ríos no excesivamente grandes. En lugar de eso se encontró con las estepas rusas, una vasta llanura cubierta de pastizales y con una extenuante guerra de guerrillas en cada calle de la destruida ciudad.

Tras meses de combate incesante, la ciudad de Stalingrado estaba reducida a un erial de escombros pulverizados y humeantes. Entre ruinas, los hombres del VI Ejército alemán y el LXII Ejército soviético estaban en una situación de tablas. «En los últimos días, en octubre y noviembre, luchábamos, pero no por metros, sino por cada ladrillo, literalmente por cada centímetro de la ciudad», evoca Anatoli Merezhko.

En el día 81 de confrontación, los hombres del LXII Ejército soviético únicamente mantenían pequeñas cabezas de puente en la orilla oeste del Volga. Y detrás de ellos, el río empezaba a congelarse. Si no llegaban los barcos con los vitales suministros sólo un milagro salvaría a Stalingrado de caer en manos enemigas.

La temperatura empezó a descender. El frío mortal del invierno ruso descendió sobre Stalingrado. Con témpanos de hielo en el Volga, el LXII Ejército tenía cada vez más difícil la recepción de suministros. Stalingrado se había convertido en un paisaje lunar congelado y cubierto de nieve, pero la lucha continuaba. Los cadáveres se apilaban en las calles. «Era una mezcla de cuerpos alemanes y rusos, todos congelados. Todavía hoy recuerdo el terrible sonido que hacían las balas contra los cuerpos congelados. Aquellos cadáveres me salvaron la vida cuando los alemanes comenzaron a atacar», dice Georgi Potanski de la 13.ª División de Guardias.

Concluidos los ataques a gran escala, los francotiradores dominaban las ruinas. Moverse a plena luz era un suicidio. La partida debería jugarse en otro lugar. Ocho divisiones del VI Ejército luchaban en Stalingrado, pero otras once estaban desplegadas en el norte y el sur de la ciudad en un radio de unos 240 kilómetros. En los flancos estaban las tropas de uno de los aliados de Alemania, Rumania. «Los alemanes estaban obligados a ocupar amplios territorios y para

ello se vieron forzados a traer soldados húngaros, rumanos o italianos; pero no podían equiparlos a todos. Así, armaron dos ejércitos rumanos con piezas de artillería francesa para las que no había repuestos. Los rumanos tenían seis balas por cada viejo cañón francés. ¿Y eso iba a detener a las tropas de la Unión Soviética?», se pregunta el experto británico Aryeh Nusbacher. Pero Hitler no veía riesgo en confiar en estas formaciones tan mal equipadas. Por entonces, los vuelos de reconocimiento alemanes mostraron fotografías alarmantes, según explica Max Lafoda, miembro de Reconocimiento Aéreo de la Luftwaffe. «Vimos que, más allá del frente, convergían cantidades enormes de suministros, gran número de tanques y miles de vehículos, todos ellos ocultos en los bosques», cuenta. A las siete y media de la mañana del 19 de noviembre, 3500 cañones soviéticos lanzaron una cortina de fuego sobre el III Ejército rumano al noroeste de Stalingrado. Stalin iniciaba su brillante contraataque, la Operación Urano, bajo el mando del mejor general del Ejército Rojo, el mariscal Gueorgui Zhúkov.

En medio de una niebla helada, doce divisiones de infantería soviéticas, tres cuerpos de tanques y dos de caballería rompieron la línea rumana al norte de Stalingrado. Las tropas húngaras y rumanas, pobremente equipadas y no entrenadas para enfrentarse a divisiones blindadas, cedieron. Las tropas de asalto se dirigieron entonces al sureste cortando la retaguardia del VI Ejército y capturando unos vitales almacenes de suministros y combustible. El ataque lo llevó a cabo un millón de hombres de todo el frente oriental, apostados al norte y al sur de la ciudad. Ahora, después de haber extenuado al enemigo en combates callejeros, el Ejército Rojo, de forma imprevista para los alemanes, pasaba a la contraofensiva. El momento fue oportunísimo, con los alemanes debilitados en la ciudad en minas y el invierno ruso paralizando las líneas de suministro.

Los alemanes se encontraron con que, a pesar de las pérdidas que había sufrido, el alto mando soviético había encontrado reservas para lanzar un poderoso contraataque. Era como si las reservas enemigas fueran inagotables.

La segunda parte del plan de Zhúkov entró en acción. Al sur de Stalingrado, 160 000 soldados soviéticos aniquilaron al IV Ejército rumano en otro ataque en masa. Después se dirigieron al noroeste en una maniobra de tenaza. El objetivo era cercar al VI Ejército. El general Friedrich von Paulus tardó cuarenta y ocho horas en darse cuenta del peligro.

«En la mañana del 22 recibí la orden de abandonar mi posición de inmediato con todo mi batallón y, por supuesto, nos ordenaron destruir todo lo que no nos pudiéramos llevar. Existía el peligro de que el avance ruso en el sector rumano llegara a encerrarnos en un círculo», explica Horst Zank, de la 376.ª División de Infantería. Las divisiones de infantería de vanguardia movían sus suministros y armas pesadas con caballos. Lo que no podían transportar debía destruirse. Para el experto Aryeh Nusbacher, no fue una decisión acertada. Ahora los alemanes sólo contaban con los caballos y carros frente al aparato acorazado ruso.

A las cuatro de la tarde del 23 de noviembre, los brazos de la pinza soviética se cerraron. Los 250 000 soldados alemanes quedaron completamente rodeados y aislados. Los soldados soviéticos recuerdan así el momento en que se cerró la trampa: «Sentimos alegría, una alegría inmensa. Ahora estábamos seguros de haberlo conseguido. La victoria era nuestra. Hasta entonces, los alemanes tuvieron la iniciativa, pero se la habíamos arrebatado», cuenta Georgi Potanski de la 13.ª División de Guardias.

Von Paulus y el alto mando alemán anunciaron a Hitler que el VI Ejército tendría que iniciar la retirada, pero el Führer se negó a dar la orden: «Me quedo en el Volga». Hitler ordenó a Von Paulus resistir «a cualquier precio». Cada vez con menos opciones, el general alemán retiró a sus hombres a un perímetro menor. La vanguardia del ejército de Hitler estaba atrapada tras las líneas soviéticas, pero los mejores generales del ejército alemán estaban decididos a no sacrificar a un cuarto de millón de hombres. El rescate del VI Ejército iba a ser una carrera contra el tiempo y el mortal invierno ruso.

EL VI EJERCITO ALEMÁN CERCADO

24 de noviembre de 1942. En lo más profundo de la Unión Soviética, entre los ríos Don y Volga, el VI Ejército estaba aislado y rodeado. Tras meses de duros combates, tan sólo controlaban las minas pulverizadas de Stalingrado. Hitler había declarado que la ciudad debía llamarse ahora «Fortaleza Stalingrado», pero para los desilusionados hombres del VI Ejército era el Kessel: «el Caldero».

Según recuerda Max Lafoda, piloto de reconocimiento de la Luftwaffe, «el círculo se hacía cada vez más pequeño. Sobrevolando la zona se veía un terreno

plano en su mayor parte, donde no había protección del viento ni de la nieve. Fue terrible para aquellos pobres soldados atrapados a esas temperaturas gélidas». Con sus líneas de suministros hacia el oeste cortadas, el VI Ejército no podría aguantar mucho.

El jefe de la Luftwaffe, Hermann Goering, aseguró a Hitler que sus aviones de transporte podían mantener los suministros aéreos a los sitiados. Sin embargo, la verdad era que no era posible. Para Aryeh Nusbacher, «los 250 000 soldados exigían quinientas toneladas diarias de suministros, y la Luftwaffe no tenía ni aviones ni combustible para esa operación». Empeñado en levantar la moral a sus hombres, el general Von Paulus aseguró que el Führer los sacaría de allí. Pero una meteorología terrible y los ataques de la aviación soviética redujeron los vuelos de la Luftwaffe. En las primeras dos semanas, sólo se entregaron veinticuatro toneladas de alimentos para el cuarto de millón de hombres atrapados en el *Caldero*.

Cuando el general más brillante del ejército alemán, el mariscal de campo Erich von Manstein, tomó el mando en el sur de Rusia, se puso a planear de inmediato una salida para el VI Ejército.

El 12 de diciembre entró en acción su plan de rescate. El IV Ejército Acorazado se abrió paso a través de las líneas soviéticas, 120 kilómetros al suroeste de Stalingrado. Al acabar el día estaban 50 kilómetros más cerca de sus camaradas cercados. Pero el 16 de diciembre, 160 kilómetros al noroeste, el Ejército Rojo lanzó otro ataque en masa a través del río Don y derrotó al VIII Ejército italiano. Todo el ejército alemán destacado en el sur corría el riesgo de quedar aislado.

La fuerza de rescate estaba a sólo 50 kilómetros de Stalingrado, pero fue enviada al norte para detener la nueva ofensiva soviética. Y Hitler volvió a negarse a que se retirara el VI Ejército. Debían resistir a veinticinco grados bajo cero. El día de Año Nuevo, los alemanes seguían luchando, mientras los aviones de transporte sólo lograron arrojar un puñado de suministros. El 9 de enero de 1943, el Ejército Rojo envió a una delegación para exigir la rendición. El oficial alemán Manfred Gusovius recuerda el momento: «Eran blancos como la nieve y apestaban a perfume. Tras recibir nuestra negativa a capitular, según las órdenes que habíamos recibido, se fueron sin podérselo creer. Parecían dos médicos alejándose de la cama de un paciente moribundo pensando: “No hay

esperanza”».

El 10 de enero, los soviéticos lanzaron su último ataque para aplastar al VI Ejército. Bajo el nombre Operación Anillo empezó el bombardeo con siete mil cañones y morteros. Los ataques incesantes redujeron el Caldero a un área de veinticuatro kilómetros de largo por catorce de ancho. El 16 de enero los intentos de pertrechar a los sitiados por aire fracasaron estrepitosamente, y más de 500 aviones de transporte fueron destruidos. Seis días después, las tropas soviéticas, empujando desde el oeste, se unieron a los supervivientes del ejército de Chuikov. El Caldero quedaba cortado por la mitad.

Con el fin a la vista, Von Paulus pidió a Hitler permiso para rendirse. Hitler volvió a negarse, pero el tiempo se había agotado para el VI Ejército. Con miles de hombres muriendo de hambre y enfermedad, no pudieron hacer más. Al comienzo de la batalla, el mando Wehrmacht se proponía llevar a las tropas soviéticas a una «nueva Cannas» venciéndolos como lo había hecho, en el 216 a. C., Aníbal sobre los romanos. Sin embargo, fue el Ejército Rojo el que causó a los alemanes en las afueras de Stalingrado el «Cannas» más grande del siglo XX.

LA RENDICIÓN Y EL GIRO DECISIVO DE LA GUERRA MUNDIAL

A las ocho menos veinticinco de la mañana del 31 de enero de 1943 se recibió un último mensaje por radio desde el cuartel general de Von Paulus: «Rusos a las puertas. Vamos a destruir el equipo de radio». Von Paulus y todos los hombres de la sección sur del Caldero arrojaron las armas y se rindieron. Hitler había ascendido a Von Paulus al grado de mariscal de campo para estimular su espíritu de resistencia, pues nunca en la historia se había rendido un mariscal alemán… pero Von Paulus rompería con la costumbre. Dos días después, el grupo norte también cedió. Tras 162 días, la batalla de Stalingrado concluía.

Era el 2 de febrero y el último grupo de soldados alemanes se había rendido en los escombros de la fábrica de tractores.

«Los alemanes tenían un aspecto lamentable. Carecían de uniformes de invierno, llevaban ropa de todo tipo y algunos llevaban un calzado ridículo. Estaban envueltos en mantas raídas e iban sin afeitar, sucios y llenos de piojos», recuerda Georgi Zabortsev de la 13.ª División de Guardias. Lo cierto es que las

tropas alemanas habían invadido la Unión Soviética sin llevar ropas adecuadas para el invierno ruso, pues ello podría arrojar dudas sobre la predicción del Estado Mayor, según las cuales la URSS se derrumbaría antes de las primeras nevadas.

Cien mil hombres del VI Ejército murieron y ciento treinta mil fueron capturados en el Caldero. Miles de prisioneros murieron de enfermedad en los meses siguientes. Sólo seis mil soldados alemanes volvieron a casa tras varios años de cautiverio en tierras soviéticas.

«Tomamos fotografías tras la caída de Stalingrado y recuerdo con claridad que en las afueras vimos filas interminables de prisioneros marchando hacia el norte», cuenta Max Lafoda, piloto de reconocimiento aéreo de la Luftwaffe. Para los hombres que iniciaron la Operación Azul tan intrépidamente siete meses antes, Stalingrado fue una experiencia devastadora. «Fue la primera vez que nos aplastaron por completo. Aplastados gracias a nuestros métodos y nuestra propia ayuda, porque éramos tan estúpidos que no nos dimos cuenta de lo que iba a pasar. Y, pobres de nosotros, descubrimos con temor que aquél era un giro decisivo de la guerra», reconoce Manfred Gusovius de la 16.ª División Acorazada.

En Stalingrado, el sueño de Hitler de extender su Reich se convirtió en pesadilla. Todo un ejército alemán quedó destruido y, con él, el mito de la imbatibilidad alemana. «Desde 1933 hasta 1943, durante diez años, los alemanes pudieron creerse mejores que nadie, no sólo como concepto abstracto, sino que podían aplastar efectivamente a sus enemigos y construir un superestado paneuropeo para la raza aria. Después de Stalingrado, ¿dónde estaba esa raza aria?», dice Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst.

Para los historiadores, muchos fueron los errores alemanes en Stalingrado: el exceso de confianza y prepotencia; el mando de Von Paulus, un general dócil y fiel a Hitler por encima de las obligaciones que tenía para con sus hombres; la falta de preparación logística previa del VI Ejército; la inexperiencia en el combate urbano entre escombros como el que se desarrolló en Stalingrado; confiar en que serían sostenidos por la logística aérea de Goering… y, sobre todo, la no valoración del espíritu de perseverancia y lucha soviético.

La guerra en el frente oriental seguiría durante dos terribles años más con

pérdidas casi inimaginables en uno y otro bando, pero Stalingrado fue el giro decisivo. «Sentimos que habíamos ganado la guerra. No lo sabíamos entonces, pero lo percibíamos. Sentimos que habíamos parado una avalancha y ahora la avalancha iría en sentido contrario. No sabíamos cuánto tardaría en ocurrir, pero así lo sentíamos», asegura Sergei Zakharov de la 284.ª División de Fusileros.

El mariscal soviético Andréi Yeriómenko dijo sobre la batalla de Stalingrado: «Las tropas que defendían la ciudad obtuvieron una victoria moral sobre el enemigo. Quebraron su espíritu combativo, le ocasionaron pérdidas colosales y dieron al país y al ejército la posibilidad de ganar cuatros meses de tiempo muy preciado». Así, la victoria en Stalingrado consiguió cambiar la moral e impulsó a millones de hombres en el Ejército Rojo a la preparación de las siguientes batallas, en especial la de Kursk (la mayor batalla de tanques de la Segunda Guerra Mundial), para muchos autores más decisiva que Stalingrado, ya que supuso la pérdida definitiva de la iniciativa en el este por parte de Alemania.

Después de la guerra, las autoridades soviéticas transformaron la colina de Mamáyev Kurgán en un monumento conmemorativo. Construido entre 1959 y 1967, y coronado por una gran estatua de cemento alegórica de la «Madre Patria» en su cima. En sus pies se encuentra enterrado el victorioso general de la defensa de la ciudad, el mariscal Vasili Chuikov, el único de ellos enterrado fuera de Moscú.

23

EL DÍA D. «OMAHA LA SANGRIENTA»

Fecha: 6 de junio de 1944.

Fuerzas en liza: El ejército alemán (Wehrmacht) contra fuerzas aliadas (estadounidenses, británicos y canadienses).

Personajes protagonistas: Por el lado alemán: Hitler; el comandante en jefe de las fuerzas del oeste, mariscal de campo Gerd von Rundstedt, y el mariscal de campo Irwin Rommel, jefe de la Muralla del Atlántico. Por el bando aliado: el comandante supremo Dwight D. Eisenhower, su adjunto el mariscal del aire sir Arthur W. Tedder, su jefe de Estado Mayor el general Walter Bedell Smith, el comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias aliadas mariscal del aire sir Trafford L. Leigh-Mallory, el general sir Bernard Law Montgomery, jefe de las fuerzas terrestres desembarcadas (XXI Grupo de Ejércitos) y el teniente general Omar Bradley, jefe del I Ejército norteamericano.

Momentos clave: Los desembarcos en las playas con nombres en clave: Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword.

Nuevas tácticas militares: El lanzamiento masivo de 23 000 paracaidistas o fuerzas aerotransportadas en planeadores. La equipación de tanques con «DD», o equipos de flotación, de invención inglesa, que les permitió flotar hasta la playa y de tanques adaptados para tareas especiales y tripulados por ingenieros de asalto. La utilización de muelles flotantes Mulberry, remolcados desde Inglaterra, que permitieron poner inmediatamente en funcionamiento dos puertos artificiales.

El 6 de junio de 1944, a las seis y media de la mañana, comenzó la invasión de Europa, llevada a cabo por el noroeste de Francia, entonces ocupada por la Alemania nazi. Las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial desembarcaron en las playas de Normandía un ejército que después de liberar Francia, llegaría hasta el mismo corazón del III Reich. Desde el 6 de junio hasta el 25 de agosto, fecha de la liberación de París, casi tres millones de soldados cruzaron el canal de la Mancha desde Gran Bretaña a esta región en la Francia ocupada. Ese primer día de desembarco, conocido como el Día D, «El día más largo del siglo», será recordado como el símbolo de la liberación europea, el inicio del final del terror nazi. En las playas de Normandía se jugó el futuro de Europa.

En la primavera de 1944, las fuerzas armadas alemanas (Wehrmacht) luchaban en varios frentes: habían perdido África ante los aliados, los cuales después invadieron Sicilia y desde allí saltaron a la Italia continental, donde se libraban fuertes combates, pero la batalla estaba casi perdida. En el frente del este la situación era desesperante ante el empuje del Ejército Rojo, a punto de llegar a Polonia.

Esa primavera, Hitler reforzó los efectivos en el oeste de Francia con doce divisiones adicionales. La mayoría de ellas provenían de la campaña de Rusia. Con este traslado de soldados, carros de combate y artillería, Hitler creía estar seguro de que podía hacer frente a cualquier invasión aliada.

La campaña de Italia había causado graves pérdidas a los ejércitos aliado y alemán. El mando de este último era compartido en aquellos momentos por los mariscales de campo Albert Kesselring en el sur e Irwin Rommel en el norte. Rommel acababa de apuntarse otro éxito capturando 32 divisiones italianas que planeaban unirse al ejército aliado después de la rendición de Italia.

Hitler reconocía la importancia de la experiencia de Rommel; como comandante del *Deutsches Afrika Korps* había luchado contra los aliados en África del Norte, entre 1941 y 1943. Por eso ordenó al «Zorro del Desierto» —apodo con el que se le conocía a raíz de su habilidad en aquella campaña— que inspeccionara y fortificara las defensas alemanas a lo largo de la costa francesa. Al ser nombrado responsable de defender la costa atlántica gala, Albert Kesselring quedó al mando de todas las fuerzas en Italia. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt, a sus sesenta y ocho años, fue sacado de su retiro para ocupar el puesto de comandante en jefe de las fuerzas del oeste, que consistían fundamentalmente en las siguientes grandes unidades: el Grupo de Ejércitos B, bajo el mando de Rommel, desplegado en la costa atlántica y formado por el VII Ejército (Bretaña y Normandía) y el XV Ejército (canal de la Mancha, Bélgica y Holanda). El Grupo de Ejércitos G, bajo el mando del general Blaskowitz, responsable de la defensa de la costa mediterránea y del suroeste de Francia. Y el Grupo Acorazado Oeste, al mando del general Von Schweppenburg, que formaba la reserva estratégica y se encontraba en el interior, en las cercanías de París, compuesto por once divisiones acorazadas, de las que seis eran de las SS.

Aunque el prestigioso Von Rundstedt tuviese el mando teórico de todo el frente, su principal fuerza, el Grupo Acorazado, estaba bajo el control directo del OKW (Mando Supremo de las Fuerzas Armadas), es decir, de Hitler en persona, sin cuya autorización no se podían mover. En cuanto al Grupo de Ejércitos B de Rommel, disponía de una considerable independencia *de facto* frente a Von Rundstedt, entre otras cosas porque tenía la posibilidad de acceso directo a Hitler. Esa confusa delimitación de las competencias y responsabilidades en el campo alemán contrastaba con la clara unidad del mando ejercido por Eisenhower en el bando aliado, y sería uno de los factores determinantes del éxito de la invasión.

EL MARISCAL ROMMEL Y SU CINTURÓN DE LA MUERTE

Hitler nunca habla estado en Normandía, pero ordenó que en el Paso de Calais se instalaran los refuerzos adicionales de tropas y armamento que Rommel necesitaba para la defensa de la región normanda. Entonces Rommel comenzó la construcción de la línea defensiva posteriormente conocida como «Muralla del Atlántico» (Atlantikwall), un conjunto de fortificaciones permanentes que se extendían unos 2700 kilómetros a lo largo de la costa construidas por mano de obra esclava y por prisioneros de guerra, aunque el Zorro del Desierto también hacía trabajar a sus propios hombres; cuando recorría las obras examinaba las manos de los soldados alemanes y, si no tenían callos, reprendía seriamente a sus jefes.

Desde hacía varios meses, los aliados realizaban ataques de distracción en el Paso de Calais para que pareciera que la invasión iba a realizarse por allí. El alto mando alemán así lo creyó, pues era el punto de menor distancia entre Francia e Inglaterra. Entre Calais y Dover, en el canal de la Mancha, estaba el mejor lugar para un desembarco anfibio desde un punto de vista logístico.

En junio de 1944, tras la llegada de un refuerzo de doce divisiones, las fuerzas alemanas en Europa occidental se elevaban ya a 58 divisiones. Rommel contaba con treinta divisiones operativas para hacer frente a un desembarco aliado. Existía la citada reserva de once divisiones Panzer y Panzergrenadiere (es decir, acorazadas y mecanizadas, estas últimas con menos tanques que las

primeras). Las tropas de reemplazo estaban reforzadas por un núcleo duro de curtidos veteranos.

Meses antes del desembarco, en una reunión con Von Rundstedt y su equipo, Rommel manifestó su desacuerdo sobre la mejor estrategia para hacer frente a una invasión aliada. De acuerdo con su experiencia en África del Norte, Rommel creía —acertadamente— que, para que los aliados fueran totalmente derrotados, la invasión debía ser detenida en las playas en el plazo de cuarenta y ocho horas, lanzando inmediatamente todas las fuerzas posibles sobre las tropas desembarcadas. Sin embargo, los jefes de unidades acorazadas, apoyados por Von Rundstedt, no estaban de acuerdo con él.

Querían mantener una reserva acorazada en el interior del país y solamente cuando se estableciera el potencial real del enemigo desembarcado, cuando se estuviera seguro de que era la auténtica invasión y no un señuelo, lanzar toda su potencia de fuego sobre ella, para inmovilizarla y destruirla.

Hitler intentó contentar a ambas partes y se estableció un sistema mixto: la mayor parte de las divisiones acorazadas quedaron en la reserva, pero en marzo le pasó a Rommel el control de tres de ellas, la 2.ª y la 21.ª Acorazadas, y la 17.ª Panzergrenadier SS *Goetz von Berlichingen*, aunque Rommel sabía que su capacidad para mover esas fuerzas a las posiciones adecuadas en el tiempo preciso estaba muy limitada, ya que debían recibir las órdenes a través del alto mando de la Wehrmacht (OKW), lo que suponía una lenta cadena de órdenes y burocracia.

Las primeras disposiciones de Rommel se dirigieron a reforzar las playas. Se establecieron a lo largo de ellas defensas con puestos de artillería y nidos de ametralladoras espaciados. Se sembraron campos de minas a intervalos de sesenta metros. Un mortífero cinturón a la espera de que el enemigo pisara las playas. Las mareas ocultarían ante los ojos de un posible invasor las defensas hechas con maderos y con vías de tren (*los espárragos de Rommel*). Los vehículos anfibios enemigos para poder avanzar tendrían que sortear los campos minados y numerosos obstáculos. Y efectivamente, se convirtieron en una pesadilla para las lanchas de desembarco repletas de infantes y carros de combate de las fuerzas aliadas.

Con vistas al desembarco, las fuerzas aliadas dividieron el sector de Normandía en cinco playas o zonas de influencia. Empezando por el extremo

oeste del área de invasión se bautizaron las cinco playas con los nombres clave de: Utah y Omaha (donde desembarcarían los estadounidenses), Sword y Gold (los británicos) y Juno (los canadienses, entre las dos anteriores).

En lo alto de la playa de Omaha todo el perímetro era un rosario de nidos de ametralladoras pesadas y morteros, que dominaban desde las alturas las áreas de desembarco. La artillería, pesada y ligera, estaba instalada sobre los cerros en búnkeres y casamatas de cemento. Se habían calculado las distancias y elevaciones de tiro para cubrir eficazmente la zona. Todos los caminos que salían hacia el interior desde la playa de Omaha eran vigilados en espera de un ataque. A las órdenes de Rommel, los soldados realizaban continuos entrenamientos para comprobar la efectividad de las defensas. Bajo cuidadosa vigilancia, la Muralla del Atlántico comenzó a ganar su reputación.

El VII Ejército alemán tenía tres divisiones, la 243.ª, la 709.ª y la 716.ª, repartidas por la costa de Normandía donde iba a producirse el desembarco. Eran, como la mayoría de las estacionadas a lo largo del litoral atlántico, divisiones de guarnición o estáticas, compuestas por tropas de baja calidad: reclutas de avanzada edad, mercenarios de Europa oriental e incluso inválidos parciales. Pero los servicios de información del alto mando aliado no habían conseguido descubrir la posición de la muy veterana 352.ª División, fogueada en el frente de Rusia y trasladada a Normandía para darle descanso, que estaba estratégicamente situada en los acantilados, dominando la playa de Omaha. Este fallo costaría muchas vidas, pues los veteranos soldados de la Wehrmacht convirtieron durante ocho horas el lugar en un infierno.

Situadas más al interior pero en el área de desembarco se encontraban la 91.ª División Aerotransportada, el 6.º Regimiento Paracaidista y la 21.ª División Acorazada.

LOS ALIADOS SE DECIDEN A ATACAR

Desde 1942, Gran Bretaña preparaba un desembarco en la Francia ocupada. Sin embargo, hubo que esperar a 1944 a que la invasión fuera posible, con el ejercito alemán disperso entre distintos frentes. El plan era establecer cabezas de puente y abrir un segundo frente por el oeste del Reich alemán, ya amenazado en el este

por el avance del Ejército Rojo, que había liberado Bielorrusia y se acercaba a Polonia, y en el sur desde Italia.

El 4 de junio de 1944 hubo una tormenta sobre el canal de la Mancha y la costa francesa. La invasión tuvo que ser suspendida por el mal tiempo. Se informó al general estadounidense Dwight Eisenhower —jefe supremo de las fuerzas aliadas— que habría una mejoría de uno o dos días para el 6 de junio; después, la siguiente fecha favorable para la invasión sería el día 19 de junio. Esperar dos semanas a la combinación ideal de meteorología, luna y marea para el desembarco era un enorme riesgo.

No era una decisión fácil de tomar, porque cualquier retraso pondría en peligro el éxito del desembarco aliado. La demora implicaba el riesgo de alertar a los alemanes y era crucial que éstos fuesen tomados por sorpresa. Y el fallo de la operación habría significado una catástrofe militar y política para los aliados. Así, el 5 de junio de 1944, a las cuatro y cuarto de la mañana, el general Eisenhower dijo: «Estoy seguro de que debo dar la orden, no sé qué otra cosa podría hacer». Y entonces autorizó proceder con la invasión pronunciando ese famoso «OK, adelante», que suponía que la Operación Overlord, la invasión de Europa, se ponía en marcha.

Desde el 1 de mayo de 1944, la fecha inicial para la Operación Overlord, treinta divisiones, equipos y suministros abarrotaban los puertos y barcos de la costa inglesa. El desembarco de Normandía preveía el equipamiento, transporte y concentración en Inglaterra de 3 500 000 hombres (1 750 000 británicos, 1 500 000 estadounidenses y 250 000 soldados de diversas nacionalidades, como polacos, franceses, etc.), así como el transporte de veinte millones de toneladas de material de desembarco y la organización de un gigantesco plan de abastecimiento. Había que disponer para todo ello de un puerto de aguas profundas. Preparados para ser llevados hasta la playa de Omaha, había una serie de muelles prefabricados de cemento llamados Mulberry. Con ellos se podrían descargar en aguas profundas los equipos y transportes de tropas.

El 5 de junio cerca de cinco mil barcos de todas las clases se hicieron a la mar dispuestos a iniciar el ataque. De ellos, 702 eran buques de guerra que debían cubrir el desembarco de la infantería. Acorazados, cruceros, destructores, lanchones con obuses de 105 milímetros en posición de disparo, se dirigieron a la costa de Normandía para apoyar las primeras oleadas del desembarco.

Overlord formó el meollo de la estrategia aliada y de todos los recursos que se le dedicaron; incluso los japoneses pasaron a un segundo lugar. Al ponerse en marcha la operación, cerca de trescientos mil soldados al mando del general Dwight Eisenhower desembarcarían en estas costas —en lugar de en el Paso de Calais donde Hitler esperaba el ataque principal— con el objetivo de acabar con la pesadilla nazi.

De hecho, después de un estudio muy completo, los aliados habían elegido la costa normanda en la bahía del Sena, bien alejada al oeste. Según sus informes, era el espacio más adecuado para poner en tierra una primera oleada de fuerzas lo bastante sólidas para repeler cualquier contraataque inicial.

Los soldados de las fuerzas armadas alemanas que defendían las costas francesas se relajaron debido al tiempo variable. Las olas se desplazaban a más de cuatro nudos bajo el viento. Los anemómetros registraron una velocidad del aire de 24 nudos, la visibilidad era mala. Las condiciones climatológicas para un desembarco distaban mucho de ser las óptimas. Con esa pésima meteorología, ¿quién se atrevería a atacar?

Sin embargo, los alemanes no fueron capaces de pronosticar que venía buen tiempo por el Atlántico, por lo que estaban desprevenidos. Hacía tan malo en la costa francesa que Rommel decidió visitar a su mujer en Berlín para celebrar en familia el día de su cumpleaños. Siete generales y jefes de Estado Mayor de su equipo se marcharon a Reims para asistir a un ejercicio estratégico de *spielkrieg* (juego de la guerra). Una alerta programada para la noche del 5 de junio fue cancelada. Los alemanes se dejaron engañar por el mal tiempo, pero a pesar de todo, mantuvieron una poderosa fuerza defensiva.

A las doce y cuarto de la noche se lanzaron los primeros planeadores y paracaidistas británicos cerca del puente de Bénouville, a orillas del canal de Caen, y en el Cotentin, cerca de Montebourg, los primeros estadounidenses. A las tres y catorce minutos empezó el bombardeo aéreo, y a las seis menos diez el bombardeo naval. Al alba la marea estaba baja. El tiempo seguía agitado, pero no empeoró. La Hora H, las 06.30, se acercaba.

En la madrugada del día 6 de junio, conforme los transportes se acercaban a la playa de Omaha, los soldados estadounidenses cambiaron los puentes de los barcos por las lanchas de desembarco. Ellos eran los encargados de neutralizar parte de la barrera defensiva alemana para facilitar el desembarco. Los soldados

de esa primera oleada, la 1.ª y la 29.ª divisiones de infantería, maldecían la mar picada y los lanchones en los que iban apiñados. La mezcla de olores, sudor, humedad y diésel hacía enfermar a los hombres que formaban la vanguardia del ataque. Los motores de estos vehículos rugían contra la marea para mantener su posición de desembarco. Los soldados tomaron posiciones en las rampas de desembarco, listos para saltar en cuanto éstas fueran bajadas. A pesar del mareo, la instrucción recibida para el desembarco estaba impresa en sus mentes. La moral era alta. El fuego de la artillería naval aliada les daba la confianza necesaria para alcanzar sus objetivos.

Cuando llegó la Hora H todos los hombres conocían su misión. Se comprobó el funcionamiento de las armas. Los sargentos sabían dónde tenían que llevar a sus soldados. Los oficiales conocían sus órdenes y el mando esperaba que el avance por las playas se desarrollara de acuerdo con lo planeado. La 29.ª División de Infantería, junto a ocho compañías de Rangers (fuerzas especiales) estadounidenses, debía asaltar la mitad oeste de la playa. A los veteranos hombres de la 1.ª División de Infantería, se les asignó la mitad este. Cada equipo de infantería debía despejar un frente de 45 metros de playa. La ansiedad hacia mella entre los soldados. A las seis y media una línea de barcazas bajó las rampas y los hombres saltaron al agua en tres filas, una a la izquierda, otra al centro y otra a la derecha.

LOS DEFENSORES ALEMANES

En la playa de Omaha, las fuerzas estadounidenses encontraron una resistencia letal y cientos fueron abatidos por el fuego enemigo mientras bajaban de las lanchas de desembarco. Esas primeras oleadas no esperaban el furioso fuego de artillería que diezmó las naves a su llegada a tierra. Cuando los transportes anfibios se adentraban en la playa, la marea hacía que se inundaran. De ellos saltaban frenética e inútilmente los soldados. Diez lanchas de desembarco se perdieron arrastrando al fondo a muchos hombres. Y lo peor: el crítico y fundamental soporte de la artillería amiga nunca llegó a Omaha.

Una barrera infranqueable de artillería y morteros alemanes se levantó en la playa. Los disparos de las ametralladoras pesadas rebotaban contra las lanchas al

bajarse las compuertas. La 352.ª División alemana se encontraba apostada en la playa y opuso una resistencia tenaz. Los que conseguían salir se encontraban con los campos de minas antipersona sembrados por Rommel. La muerte se enseñoreó en Omaha. Robert Capa fotografió el horror de la invasión, antes de salir huyendo, preso de pánico, en una lancha que evacuaba heridos. La escena está también reflejada en los primeros diez minutos de la película de Steven Spielberg, *Salvad al soldado Ryan*.

Con ocho kilómetros de longitud —que se extendían desde el este de Sainte-Honorine-des-Pertes hasta el oeste de Vierville-sur-Mer— Omaha, que era un nombre en clave, distaba mucho de ser una playa ideal para el desembarco. Está coronada por una suave elevación del terreno, que se eleva gradualmente hacia el interior a lo largo de casi trescientos metros. A cincuenta metros de altura, los alemanes ocuparon un terreno plano con perfecta visibilidad donde habían colocado sus puestos de defensa. En las cimas habían instalado ocho cañones pesados, 35 cañones antitanques y 85 ametralladoras, además de posiciones fortificadas. En las laderas desplegaron alambradas para evitar el ascenso del enemigo. Junto a esto, la infantería alemana disponía de armas ligeras, granadas y morteros.

Sólo había cuatro caminos que salían de la playa. El ejército aliado pudo identificar unas ramblas que conducían a tres pueblos: Colleville, Saint Laurent y Vierville. Desde allí se extendía toda la Francia ocupada. Para que la invasión tuviera éxito, la playa de Omaha debía ser tomada, razón por la que se le destinaron dos divisiones de desembarco en vez de una como a las demás playas. Se trataba de una posición crítica situada entre la playa de Utah, asignada a los estadounidenses, y la británica de Gold. Omaha se dividió en distintos sectores, denominados por una clave de letras y colores: Charlie, Dog Green, Dog White, Dog Red, Easy Green, Easy Red, Fox Green y Fox Red (C, D Verde, D Blanco, D Rojo, E Verde, E Rojo, F Verde, F Rojo). Las tropas de Estados Unidos se encargarían de tomar la playa entera. El transporte marítimo de estas tropas fue proporcionado por la Armada norteamericana y por la Marina Real británica.

Esta flota, que en las otras playas se acercó hasta seis millas de la orilla para soltar desde esa distancia las barcazas de desembarco, en Omaha no se atrevió a hacerlo más que a doce millas, debido a los cañones de 155 milímetros que se creía (erróneamente) que tenían a tiro sus aguas desde Pointe-du-Hoc, lo que

contribuiría a dificultar más la operación.

Cuando llegaron los hombres de la 1.ª y la 29.ª divisiones, los defensores alemanes estaban alerta. Los artilleros conocían la distancia a la que se encontraban los vehículos de desembarco y un fuego duro y rápido alcanzó a las embarcaciones antes de llegar a tierra. Además, los soldados no encontraron protección en sus zonas de desembarco asignadas y cayeron bajo la acción de un fuego devastador de la artillería nazi. Los disparos desde las alturas batieron todos los sectores con terrible eficacia y los estadounidenses tuvieron que enzarzarse en una terrible lucha por cada centímetro de playa.

Por si fuera poco, los carros de combate anfibios del 741.º Batallón de Carros que debían apoyar a la infantería y romper la línea defensiva alemana, fueron lanzados al agua desde las barcazas demasiado lejos de la orilla, y treinta de los treinta y cinco blindados se hundieron, con lo que la primera oleada de desembarco perdió su principal potencial de fuego.

El humo envolvió a los hombres del 11.º y 7.º batallones de Artillería de Campaña, que se perdieron en las primeras horas del Día D. Fueron de los primeros en llegar. Y de los primeros en morir. Después hubo muchos más. Cuentan quienes sobrevivieron a la tragedia que el agua del mar se tiñó de rojo con la sangre de las víctimas. Desde entonces se la conoce como *Bloody Omaha* (Omaha la Sangrienta). Una carnicería donde la lista de bajas de la 29.ª División siguió aumentando imparablemente durante ocho horas.

Los cañones autopropulsados del 5.º Batallón de Artillería Acorazada fueron bombardeados conforme progresaban las barcazas que los llevaban hacia la playa. Los oficiales cruzaban por los campos minados mientras los exploradores buscaban un camino seguro. La única manera de avanzar era seguir los pasos del hombre precedente: los muertos mostraban el camino hacia el objetivo. Los artilleros, entrenados en dar soporte a la infantería, no tuvieron oportunidad de demostrar sus habilidades. Cuando los vehículos evitaban las minas, el fuego de los morteros les alcanzaba.

El área comprendida entre la falda de la colina y el muro de hormigón estaba minada y protegida también por alambradas. Los pocos tanques anfibios que alcanzaron la costa fueron insuficientes para desmantelar las defensas alemanas. Sin poder contar con el apoyo de vehículos blindados para despejar dichos obstáculos rápidamente, los soldados de infantería quedaron al descubierto ante

las defensas germanas. Los hombres que pudieron salvarse nunca supieron cómo lo consiguieron, había muertos por todas partes.

EL CRUENTO DESEMBARCO

En el sector Easy Red, la parte central de Omaha, los cañones alemanes seguían a los vehículos de desembarco a una distancia de cinco mil metros de la costa. Cuando llegó a la playa la lancha número dos de la compañía Able del 116.ª Regimiento de Infantería —que navegaba en un total de siete lanchas Higgins—, no había ni embudos de granadas, ni rompeolas ni protección alguna. Según narra Samuel Lyman Atwood Marshall, mayor del ejército estadounidense adscrito a la Sección Histórica, exactamente a las 6.36 horas se bajó la rampa de la lancha número dos y los hombres saltaron al agua, que les llegaba muy por encima de la cintura e incluso más alta que sus cabezas. Golpeada por los morteros, la línea de playa fue barrida inmediatamente por el fuego cruzado de ametralladoras alemanas situadas a ambos lados de la playa. Ochenta hombres murieron, muchos resultaron heridos. Informes posteriores confirmaron que en aquella mañana a las seis y media, hubo igual número de ahogados que pérdidas bajo el fuego enemigo. Incluso los heridos leves murieron ahogados, hundidos por el peso de sus mochilas.

En el sector Charlie, los hombres de las barcazas número uno y cuatro de la compañía Able fueron diezmados por el fuego concentrado de las ametralladoras alemanas situadas en todos los riscos. Unos veinte supervivientes se quedaron alrededor de las lanchas número uno y cuatro agarrándose como podían e intentando mantenerse a flote. Los hombres trataron desesperadamente de llegar a tierra. En un instante, la capacidad combativa de la compañía Able desapareció antes de que ninguno de sus hombres pisara la playa. No tuvieron oportunidad de disparar un solo tiro.

Incluso entre los heridos leves que saltaron en aguas bajas los impactos resultaron fatales y quedaron paralizados por el pánico o el shock que les impedía levantarse, ahogándose entre las olas. Algunos llegaron arrastrándose, exhaustos, hasta la arena. Los alemanes de Omaha, situados en lo alto de los acantilados, podían ver perfectamente a los invasores, que se convirtieron en

blancos fáciles para los francotiradores.

En el desastroso desembarco en el sector Dog Green desapareció la barcaza número seis de la compañía Able. Treinta hombres y dos oficiales —el capitán Taylor N. Fellers y el teniente Benjamin R. Kearfoot— componían esta sección. Exactamente lo que le ocurrió a esta embarcación nunca se sabrá. Nadie los vio hundirse. La mitad de sus hombres, ahogados, aparecieron más tarde en la playa; el mar se quedó con el resto. En los diez minutos posteriores a la bajada de las rampas la compañía Able estaba liquidada y todos sus mandos habían muerto.

La séptima barcaza llevaba una sección médica con un oficial y dieciséis hombres. Cuando bajó la rampa, dos ametralladoras concentraron su fuego en ella. Ningún hombre pudo saltar a tiempo. El fuego directo alemán barrió la unidad médica completa. Thomas Breedin, sanitario de la compañía A, viendo la situación de los heridos que flotaban indefensos en el agua y que eran arrastrados por el mar, se quitó todo el equipo y completamente desnudo fue a recogerlos, evitando así que fueran alcanzados por la marea. Breedin recogió del mar a los más necesitados y animó a los más fuertes a que hicieran lo mismo antes de que las aguas se llevaran a los soldados mar adentro. Durante cerca de una hora, a pesar de los disparos de los alemanes, estuvieron arrastrando a los heridos a la orilla. Tiempo después de ese trágico momento, Breedin y dos compañeros más fueron recompensados con la Medalla de Honor, por su completo desprecio hacia su propia seguridad y por su valor.

LA PRIMERA OLEADA

En la primera oleada de la 1.ª División de Infantería (llamada Big Red One por su emblema, un número uno rojo) tenían que haber desembarcado nueve compañías, regularmente espaciadas. Cuando llegaron a la playa, las ametralladoras y artillería alemanas lanzaron contra ellos un fuego bien dirigido. Los proyectiles rebotaban contra las rampas de desembarco cuando éstas bajaban. Los hombres de la 1.ª División recibieron numerosos impactos y muchos murieron antes de saltar de la embarcación. Los supervivientes vadearon en el agua sin su armamento y equipo. Sólo podían esperar hasta la mañana siguiente para recibir refuerzos y reorganizar su fuerza de combate.

La mar picada desorientó a los contramaestres y unidades especiales de demolición del ejército y de la marina desembarcaron en lugares equivocados. Un fuerte fuego enemigo se cobró un gran tributo de hombres y equipos. De dieciséis excavadoras, sólo tres pudieron entrar en acción. Una de ellas tuvo que ser utilizada por los infantes como refugio contra el fuego enemigo.

Para progresar en terreno firme era necesario abrir zanjas que permitieran el paso de los blindados. Los zapadores no consiguieron llegar hasta las alambradas. Sus jefes, malheridos, no cesaron de dar órdenes para que los soldados las alcanzasen y las cortasen. Pero el fuego enemigo desde las alturas mantenía a raya a los norteamericanos. Si alguien intentaba cortar la alambrada, era alcanzado inmediatamente por un fusil o una ametralladora. Cada metro de terreno estaba sembrado de cadáveres.

Algunos valientes trataron de penetrar la línea defensiva de Rommel, pero al cabo de una hora la mitad de los ingenieros habían muerto o estaban heridos. Las boyas y postes situados para indicar los lugares de desembarco se habían perdido o no estaban en su sitio. Sólo uno de cada seis de estos lugares pudo ser identificado por los vehículos de desembarco. Fue un momento critico.

Esa mañana la marea subió a razón de más de un metro por hora, y cubrió la mayoría de los obstáculos playeros colocados por Rommel. Muchas lanchas de desembarco quedaron destrozadas al chocar con los obstáculos que permanecían ocultos con la subida de la marea. Cualquier intento de retirarlos resultaba imposible. Los equipos de demolición habían logrado despejar algunas franjas de playa, de modo que se formaron ante ellas auténticos embotellamientos de lanchas desembarcando hombres y material.

La niebla, mezclada con el humo y el polvo de las barreras artilleras navales, cubrió las balizas de desembarco. El fuego desde las alturas de la playa de Omaha perseguía a los vehículos anfibios. Los soldados que desembarcaron en lugares erróneos no pudieron encontrar a sus unidades para reorganizarse. El fuego de las ametralladoras alemanas continuaba haciendo estragos. Las pérdidas aumentaron espectacularmente. En algunos momentos, la artillería naval neutralizó a las baterías alemanas. Pero cuando, para no alcanzar a las fuerzas amigas, cesaba su fuego, los alemanes redoblaban su cañoneo.

Después de hora y cuarenta y cinco minutos, seis supervivientes de una lancha del flanco derecho de la compañía Able pudieron llegar hasta el

acantilado. Cuatro cayeron agotados por la subida y ya no avanzaron más. Los otros dos soldados se unieron a un grupo del 2.º Batallón de Rangers que estaban atacando Pointe-du-Hoc y lucharon con ellos durante el resto del día. Fueron los dos únicos hombres de la compañía Able que alcanzaron el objetivo de ese terrible Día D.

La compañía Baker, que debía desembarcar veintiséis minutos después que la compañía Able, y a la derecha de la misma para apoyarla y reforzarla, sufrió el mismo destino que las lanchas de la Able, sin poder ayudarla. Los muertos de ambas compañías quedaron mecidos por las olas. «En la playa quedan dos tipos de individuos, los muertos y los que van a morir», comunicó el coronel del 16.º Regimiento de la 1.ª División George A. Taylor antes de pedir una urgente retirada.

LA ACTUACIÓN DE LOS RANGERS EN POINTE-DU-HOC

Una hora después del desembarco, a las siete y media, algunos supervivientes de diferentes unidades encontraron refugio contra el fuego alemán en el rompeolas que había debajo de los acantilados. Estaban exhaustos. En esos momentos lo único que les preocupaba era si lograrían sobrevivir aquel día. En el rompeolas de la playa del sector Dog White, se instaló el grupo de mando del general Cota, segundo jefe de la 29.ª División de Infantería. Hacia las ocho menos cuarto se unieron al 2.º Batallón de Rangers para atacar Point-du-Hoc. Su misión consistía en escalar los acantilados y silenciar los seis obuses de 155 milímetros que se creía que estaban situados allí: había que evitar que la artillería alemana, enfilada hacia las playas de Omaha y Utah, continuara destruyendo todos los vehículos anfibios.

Desde el mar, los acorazados *Texas* y *Arkansas* crearon una barrera de fuego con sus cañones de 30,3 y 35,4 centímetros, forzando a los alemanes a cubrirse. El 2.º Batallón de Rangers —a las órdenes del coronel James E. Rudder— lanzó cohetes desde sus vehículos de desembarco a medida que se iban acercando a la playa. Mientras, los alemanes disparaban con pequeñas armas de fuego y granadas, protegidos por los campos de alambradas, que bordeaban los acantilados, sembrados de minas. Bajo un fuego continuo alemán, los rangers

escalaron los acantilados con cuerdas y escalas y, cuando alcanzaron la cima, descubrieron que los emplazamientos de artillería estaban vacíos: no había cañones, los alemanes los habían retirado el día anterior.

El coronel Rudder organizó una línea de defensa para repeler el fuerte ataque alemán. Combatieron durante dos días antes de que una unidad viniera en su ayuda. A pesar de las pérdidas —murieron la mitad de sus hombres— conservaron Pointe-du-Hoc. Seis meses después de esa batalla, al coronel Rudder se le asignó el mando del 109.º Regimiento de Infantería en la batalla de las Ardenas. Al acabar la Segunda Guerra Mundial se convirtió en uno de los soldados más condecorados y, entre sus numerosas medallas, recibió la Cruz de Servicios Distinguidos por su acción y valentía en el Día D.

Mientras en la playa de Omaha los acontecimientos se sucedían de forma adversa para los estadounidenses, en la playa de Utah se cumplieron los objetivos y, en poco tiempo, las tropas desembarcadas enlazaron con unidades de la 82.ª División Aerotransportada.

DESTRUIR LAS POSICIONES ENEMIGAS

Durante los primeros momentos de la invasión hubo que resolver tres problemas muy complejos. El primero era poner las tropas en tierra y a salvo pese al intenso fuego de la artillería alemana. El segundo, conseguir que los tanques y la artillería pasasen los obstáculos que evitaban el avance por la playa de Omaha. El tercero era pertrechara los ejércitos desembarcados a través de cabezas de playa por donde desembarcarían las miles de toneladas de gasolina, municiones y alimentos necesarios.

La misión más importante de esa primera oleada consistía en destruir las posiciones enemigas y defender los caminos que conducían desde las playas a las carreteras del interior. Era imperativo alcanzar el rompeolas para protegerse antes de que se pudiera avanzar por los cinco caminos de la playa. Pero los soldados norteamericanos tenían pocas armas pesadas, no contaban con soporte artillero y era poco probable que los carros acudieran a ayudarles.

La lucha por llegar a los pueblos de Vierville, Les Moulins y Saint Laurent se convirtió en un combate exclusivo de la infantería. Con el enemigo

dominando las alturas, los hombres del 116.º de Infantería salieron de las playas hacia el este de Les Moulins y combatieron para conquistar los altos. La Compañía B de este regimiento trepó por las laderas del rompeolas protegiéndose tras el humo y encontraron buenas posiciones defensivas. Combatieron contra el fuego de las ametralladoras y de las granadas mientras subían a las cimas. A continuación se atrincheraron y esperaron refuerzos. Tuvieron que vencer una fuerte resistencia enemiga para llegar a Saint Laurent, que era su punto de reunión en la cima de los acantilados de Omaha.

Mientras, la compañía G del 16.º de Infantería pudo establecer fuego de cobertura de morteros y ametralladoras ligeras en la cabeza de playa, lo que permitió que se abrieran brechas entre las alambradas, más allá de los terraplenes defensivos. Dos grupos cruzaron a campo abierto y empezaron a subir por las laderas defendidas por el enemigo. La infantería comenzó un ataque a pocos metros de allí, cruzando con cuidado los campos de minas.

Los acantilados eran un laberinto de trincheras y casamatas enemigas. Los alemanes que los defendían fueron cogidos por sorpresa. La artillería naval aliada machacó sus posiciones. Combatieron durante dos horas en una batalla perdida contra los hombres del 16.º Regimiento, hasta que la mayoría pereció y acabaron rindiéndose.

EL VALOR EN EL COMBATE

A las nueve de la mañana, el 3.er Batallón del 16.º de Infantería realizó un asalto directo bajo la cobertura de la artillería naval y de los carros de combate contra las fortificaciones alemanas que defendían la entrada de Colleville. Lograron su objetivo sin demasiadas bajas. Una hora después, unidades de infantería comenzaron a desembarcar en áreas protegidas. Las alturas seguían bajo control alemán. Los soldados norteamericanos continuaban pegados a terraplenes protectores y atrincherados tras vehículos destrozados. Los tanques destruidos se acumulaban en la playa de Omaha.

A las diez y media, el LCT (barco de desembarco de tanques) número 30 y el LCI (barco de desembarco de infantería) número 544 se dirigieron con sus motores rugiendo contra los obstáculos de las playas de Colleville. Disparaban

con todas sus armas contra las fortificaciones enemigas y arrollaron las defensas playeras. Su fuego continuado dio soporte al avance de la infantería.

Dos destructores se aproximaron a mil metros del área de Les Moulins para dar soporte adicional de artillería y comenzó un duelo entre los obuses alemanes y sus cañones de 12,65 centímetros. Cubiertos por el fuego naval, los ingenieros de los batallones 37.º y 146.º excavaron dos trincheras en las dunas a ambos lados de la salida de Saint Laurent. Al fin pudieron neutralizar las zanjas contra tanques y despejaron los campos de minas que protegían los accesos a los acantilados.

Algunos soldados dispersos de los que habían alcanzado la cima de los acantilados tenían problemas en cumplir el plan asignado. Su objetivo era reunirse en determinados puntos y reorganizarse. Los alemanes atacaban constantemente desde los setos. Los invasores no podían penetrar porque les faltaban carros y el soporte de las armas pesadas. Durante horas fueron retenidas varias compañías bajo el fuego de las ametralladoras alemanas. Comenzaron los primeros combates cuerpo a cuerpo en el camino hacia Vierville.

Las fortificaciones germanas fueron silenciadas por el fuego de las armas pesadas de un batallón anticarro. En poco más de una hora se produjeron mejoras sustanciales que permitieron a los refuerzos desembarcar con seguridad. El bombardeo de la artillería terrestre y naval permitieron al fin abrir el camino, los vehículos comenzaron a dirigirse tierra adentro.

Las carreteras hacia Vierville y Saint Laurent habían sido tomadas por el 116.º Regimiento junto con el 5.º Batallón de Rangers. Su objetivo era unirse y reforzar a los rangers de Pointe-du-Hoc, que estaban sitiados. Pero fueron detenidos por fuerzas alemanas escondidas entre los setos. Incapaces de avanzar, los rangers y los hombres del 116.º Regimiento se vieron forzados a retirarse a Vierville, que había sido tomado después de una dura lucha. Poco después, por segunda vez, estas fuerzas combinadas trataron de llegar a Pointe-du-Hoc; pero cuando supieron que tropas alemanas se dirigían a la playa de Omaha, se retiraron para defender la importante carretera de Vierville. Y los rangers de Pointe-du-Hoc tuvieron que seguir esperando la llegada de refuerzos.

Ocho horas después del primer desembarco, el éxito de la operación era todavía dudoso y el general Omar Bradley, comandante en jefe del I Ejército norteamericano, es decir, de todas las fuerzas terrestres americanas destinadas a

la invasión, a bordo del crucero *USS Augusta*, sopesó seriamente la posibilidad de retirar sus tropas de la playa de Omaha, para llevarlas a la de Utah, ya que la resistencia alemana continuaba causando numerosos muertos y heridos. Los vehículos averiados y los obstáculos de la playa representaban la única protección de los soldados contra los francotiradores y los puestos de ametralladoras. Pero el coraje de unos pocos hombres cambió el desenlace. Nadie sabe qué es lo que les infundió el valor necesario, pero de pronto los soldados arrollaron las líneas alemanas y abrieron brechas en las barreras. Bajo un intensísimo fuego, alcanzaron el terreno alto. Nunca se conocerá a todos los héroes de aquel día, pero muchos de ellos quedaron sin vida en la arena.

Entre los numerosos testimonios de los supervivientes se cuenta que el coronel George A. Taylor, jefe del 16.º Regimiento, de la 1.ª División, recobró a los paralizados infantes diciendo que todos los que se quedaran en la playa morirían. «Ahora vámonos de aquí», dijo, y se internó tierra adentro seguido por unos pocos valientes. Entonces, como por un mágico impulso, empezaron a seguirle más y más grupos, y luego pelotones y compañías enteras. Al anochecer del siguiente día, todas esas tropas estaban atrincheradas fuera de la playa. Desde entonces, Taylor es una de las heroicas figuras en la historia del Día D, uno de los inmortales de Omaha que, por su iniciativa, salvó el desembarco del total estancamiento y desastre.

Hacia la caída de la noche fueron barridas las posiciones defensivas alemanas. La invasión se adentró dos kilómetros tierra adentro. Los refuerzos comenzaron a llegar en cantidad a la playa de Omaha. Aunque no se lograron todos los objetivos previstos y se había conquistado menos terreno del esperado, se consiguió instalar sólidas cabezas de playa, por las que días después desembarcarían 250 000 hombres y 50 000 vehículos. Los aliados habían ganado, pero Rommel tenía razón: si hubiera estado él allí el primer día de la invasión, y si le hubieran dado los refuerzos que había pedido, podía haber derrotado a los americanos en Omaha y quizá en el resto de las playas.

Unos dos mil hombres murieron, fueron heridos o dados por perdidos sólo en la playa de Omaha. En la playa de Utah, la lucha no fue tan encarnizada, porque el grupo que llegó en la primera oleada se desvió un kilómetro al sur de donde debían desembarcar y llegó al lugar donde las defensas del enemigo estaban menos concentradas; se registraron 197 bajas estadounidenses, las más leves de

la Operación Overlord. En conjunto, los americanos sufrieron el Día D 6603 bajas, incluyendo 1465 muertos y 1928 desaparecidos, que también podían darse por fallecidos. Los canadienses tuvieron 946 bajas y los británicos entre 2000 y 2500.

Estos soldados tuvieron una vida muy corta, pero el espíritu de sus almas se eleva sobre sus tumbas. En Colleville-sur-Mer, sobre la playa, se alza el cementerio norteamericano, donde 9386 cruces latinas y estrellas de David de mármol blanco recuerdan, en medio de un cuidado césped y rodeadas de pinos, el doloroso tributo pagado por la victoria en la batalla de Normandía. Aquí sus nombres y vidas estarán siempre presentes. En la pared de un monumento están escritos los 1557 nombres de los soldados que nunca fueron encontrados. Esta tierra es su lugar final de descanso, donde reposan con la paz y justicia que estos soldados de Normandía sellaron con su sangre.

«Todos los países deben ser libres, las espadas deben trocarse en arados y las lanzas en podaderas. La paz debe de ser el baluarte de las naciones y la justicia la fortaleza de todos los pueblos. La tierra deberá estar henchida del conocimiento del bien, aunque las aguas cubran el mar». Ésta es la callada plegaria de los valientes de Normandía que nunca debería ser olvidada.

24

MIDWAY

Fecha: Del 4 al 7 de junio de 1942.

Fuerzas en liza: La Flota del Pacífico norteamericana contra la I Flota y las Fuerzas de Portaaviones I y II de Japón.

Personajes protagonistas: El almirante Chester Nimitz y los contralmirantes Raymond Spruance y Jack Fletcher. Los almirantes japoneses Isoroku Yamamoto y Chuichi Nagumo.

Momentos clave: Los ataques a las islas Aleutianas; el hundimiento del *Yorktown* y de los cuatro portaaviones japoneses: el *Akagi*, el *Soryu*, el *Kaga* y el *Hyryu*.

Nuevas tácticas militares: Primera vez de una importante batalla entre dos grandes flotas exclusivamente con medios aéreos, sin que estuvieran a la vista las escuadras.

En mayo de 1942, Japón estaba en el apogeo de su poder militar. El almirante Isoroku Yamamoto estaba decidido a que los norteamericanos entrasen en una guerra de gran escala en el Pacífico y a destruir su armada. Seis meses antes, el 7 de diciembre de 1941, los aviones japoneses habían bombardeado Pearl Harbor, en Hawái. El ataque hizo que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial. En mayo, las victorias de Tokio eran continuas: Pearl Harbor, Rabaul, Wake, Ambón, Darwinjava, Filipinas, Galán… Su dominio arrollador se extendía por el océano Pacífico, destruyendo numerosas instalaciones y barcos aliados y conquistando un espacio colonial de casi cinco millones de kilómetros cuadrados muy rico en materias primas y en recursos vitales como petróleo, caucho y minerales. Había que detener a Yamamoto. La batalla que se libró entre el 4 y el 7 de junio de 1942 representó el inicio de la recuperación norteamericana y marcó un punto crítico en la guerra del Pacífico. En Midway, seis meses después de Pearl Harbor, Japón sufrió su derrota naval más dura.

Tras el ataque de Pearl Harbor estaba el ambicioso almirante Isoroku Yamamoto,

jefe de las tropas combinadas de Japón. Al principio, Yamamoto se opuso a un conflicto con Estados Unidos, país que conocía a fondo por haber estudiado en la Universidad de Harvard y ser antiguo agregado naval en Washington. «Conocía el potencial industrial norteamericano y preveía que Japón no podría sostener una guerra de desgaste contra un país que contaba con enormes recursos industriales. Se dio cuenta de que sólo podría golpear a Estados Unidos con un ataque rápido y aplastante», explica el historiador militar y escritor Patrick O'Donnell. Japón sólo podría ganar la guerra si lo hacía antes de que el gigante norteamericano lo superara en producción. El almirante Yamamoto estaba convencido de que su país sólo podría ganar la guerra en el primer año; si no, la perdería. Para él la clave de la victoria estaba en destruir la flota americana en una batalla decisiva.

Ante la inevitable confrontación, Yamamoto fomentó la rama aeronaval basada en portaaviones e hizo hincapié en las tácticas de ataques con torpedos lanzados desde aviones. Además, creó nuevos tipos de adiestramiento para los aviadores japoneses. Asimismo, sus submarinos comenzaron a acechar en las cercanías de las bases estadounidenses y, ante la mínima posibilidad de éxito, atacaban a las unidades enemigas.

Su primera actuación fue aplastante: todos los acorazados estadounidenses de la Flota del Pacífico quedaron fuera de combate en Pearl Harbor, cuatro de ellos hundidos, aunque por desgracia para los japoneses los tres portaaviones norteamericanos no se encontraban en la base de Hawái en el momento del ataque y no fueron, por tanto, víctimas de la sorpresa. En cualquier caso, la escuadra japonesa se había convertido en la primera fuerza del Pacífico.

Pero los japoneses no iban a quedarse sin respuesta. Al frente de la defensa naval de Estados Unidos estaba el almirante Chester Nimitz, elegido comandante en jefe de la flota estadounidense del Pacífico (CINCPAC) diez días después del desastre de Pearl Harbor; ya entonces era una autoridad en guerra submarina. Según asegura Robert Cressman, experto del Centro Histórico Naval de Estados Unidos, «cuando el almirante Nimitz tomó el mando de la Flota del Pacífico, tenía un enorme trabajo por delante para restablecer la moral y definir una estrategia de lucha contra Japón». A partir de marzo de 1942, pasaron bajo su control todas las unidades de las Fuerzas Aliadas de mar, tierra y aire.

¿DÓNDE ATACARÁN LOS JAPONESES?

En abril de 1942 la inteligencia naval norteamericana interceptó un importante mensaje japonés en el que se anunciaba que Yamamoto estaba a punto de iniciar una ofensiva de grandes proporciones. Pero el objetivo aparecía codificado como AF «Todo el mundo se preguntaba qué significaban esas siglas: "¿Dónde está AF?". Muchos creyeron que se refería a Seattle, otros que se trataba de San Diego, algunos pensaron que era Hawái», indica Donald Goldstein, exoficial de la Fuerza Aérea y actualmente profesor de Asuntos Públicos e Internacionales en la Graduate School of Public and International Affairs, de la Universidad de Pittsburg.

El almirante Nimitz sospechó que AF era Midway, una pequeña isla con una base naval a 2500 kilómetros al noroeste de Hawái, justo en el centro del Pacifico, como indica su nombre. Si los japoneses tomaban esa isla podría ayudarles a ampliar su control sobre el Pacífico, además de usar la isla como trampolín contra Hawái. Con sólo parte del código descifrado, Nimitz necesitaba estar absolutamente seguro de que no habría una equivocación con Midway. Entonces decidió, para probar su teoría, enviar por radio un mensaje falso y no codificado acerca de Midway y ver si los japoneses caían en la trampa y relacionaban AF con esa información falsa.

«Se ordenó enviar desde Midway un mensaje falso a Pearl Harbor en un lenguaje sencillo en el que se decía que su mecanismo de destilación de agua se había estropeado y que sólo había agua dulce para unos días. El mensaje fue interceptado y, al poco tiempo, los japoneses hablaban de que "AF tenía escasez de agua". Así Nimitz tuvo la prueba de que el objetivo era Midway», señala Robert Cressman. Conocer la estrategia japonesa supuso una enorme ventaja para los norteamericanos, ya que permitió al almirante Chester Nimitz reforzar la isla y crear dos fuerzas especiales en torno a sus tres portaaviones.

El plan de Yamamoto contaba con una ventaja innegable: dominaban casi por completo el océano. Desde la anulación de la presencia naval británica en el océano índico, con el hundimiento de varios de sus acorazados y del portaaviones *Hermes*, Japón avanzaba imparable hacia el este. La captura de Midway era el segundo punto de su gran ofensiva. Ya habían atacado Pearl Harbor, el principal eslabón de la cadena de las islas hawaianas. Yamamoto

esperaba que un ataque a Midway atrajera a la flota de Estados Unidos a una batalla decisiva.

El corazón de la poderosa Marina japonesa lo formaban cuatro portaaviones. Nimitz sólo disponía de dos: el *Enterprise* y el *Hornet*. El tercero, el *Yorktown*, estaba gravemente dañado tras un ataque de los aviones nipones en el Mar de Coral. Este buque, de 25 000 toneladas y una eslora de 246,7 metros, capaz de transportar 82 aviones y a 2919 hombres, era fundamental para equilibrar la superioridad nipona de dos a uno.

Los operarios de Pearl Harbor comunicaron a Nimitz que las reparaciones tardarían al menos noventa días. Pero él no podía esperar tanto tiempo. Tampoco había tiempo hasta que un nuevo portaaviones basado en el Atlántico llegara en su ayuda, porque esto supondría tres semanas. Sin otras opciones, Nimitz arengó a los operarios de los astilleros para que arreglasen lo más rápido posible que pudieran el *Yorktown*, anunciándoles la inminencia de una batalla en la que dependía de su esfuerzo que el portaaviones vengara las bajas de Pearl Harbor. «En dos días, 1400 trabajadores de los astilleros de la Marina hicieron un trabajo que normalmente les hubiera llevado tres meses», recuerda el marinero George Edwards, a bordo del *Yorktown* desde 1939 y asignado en aquellos días al escuadrón de torpederos n.º 5.

A finales de mayo zarpó de Japón y de las Marianas, rumbo a Midway, una gran flota japonesa de doscientas unidades en la que figuraban acorazados, cruceros destructores, submarinos y portaaviones. Según cuenta el comandante Yahachi Tenabe, entonces capitán del submarino japonés 1-168 y hoy director de una pequeña fábrica de productos de papel en Japón: «No nos asignaron una misión muy importante. Al recibir las órdenes leímos: “La flota combinada intentará capturar la isla de Midway el 6 de junio. El submarino 1-168 se dirigirá en secreto a las cercanías de Midway para observar e informar de todos los movimientos del enemigo”».

COMIENZA LA CUENTA ATRÁS

El 28 de mayo, mientras el *Yorktown* era reparado, comenzó la cuenta atrás para la batalla de Midway. Yamamoto ordenó que sus buques se preparasen para

entrar en acción. Dirigió las operaciones desde la retaguardia de su poderosa flota. El almirante Chuichi Nagumo, el victorioso comandante de la flota que había atacado Pearl Harbor, estaba a cargo de todos los grandes portaaviones en servicio.

El almirante Nimitz se estableció en Pearl Harbor (Hawái), desde donde transmitía sus órdenes por radio. Lo primero a lo que tuvo que enfrentarse fue cómo comunicar a los marines estacionados en la pequeña isla de Midway que pronto sufrirían un gran ataque japonés. Debían estar en guardia pero sin alertar ni descubrir los planes norteamericanos para conseguir sorprender a los japoneses. El propio almirante Nimitz se trasladó a Midway para hablar con los comandantes de la base y decidió ordenarles que estuvieran alertas pero sin darles detalles específicos de lo que iba a pasar. Eso sí: reforzó la guarnición de Midway con aviación naval y con el apoyo del propio cuerpo de marines.

El *Yorktown* sería la cabeza de la Task Force 17 (TF-17), a las órdenes directas de Frank Jack Fletcher, el más veterano de los dos almirantes de Nimitz destacados en Hawái. El otro contralmirante, Raymond Spruance, tendría a su cargo los otros dos portaaviones: el *Enterprise* y el *Hornet*, que formaban el corazón de su fuerza operativa, la Task Force 16 (TF-16).

El 3 de junio, los portaaviones de Nimitz se encontraban en posición a 560 kilómetros al noreste de la isla de Midway El plan era esperar la llegada de la flota japonesa, sin que Yamamoto lo supiera, para atacarla. «La idea era sorprender a los japoneses, que se dirigían a la isla, con la esperanza de atraerlos hacia los portaaviones de Nimitz para destruirlos», explica Robert Cressman.

Entonces, Nimitz recibió un importante mensaje por radar. Se había detectado otra flota japonesa que se dirigía hacia las débilmente defendidas islas Aleutianas, en Alaska, a unos dos mil kilómetros al norte de Midway, donde estaban dispersos los navíos del contralmirante Robert Theobold, conocido con el apodo de «*el Confuso*».

Nimitz debía tomar una difícil decisión. Él sospechaba que se trataba de un señuelo diseñado por Yamamoto para alejar la flota de Midway, y si no enviaba a sus fuerzas para defender las Aleutianas, Nimitz podría hacer creer que no sabía nada sobre el plan japonés. Si la flota norteamericana no acudía al norte mantendrían una ventaja que ni Yamamoto ni Nagumo podían sospechar. Él confiaba en que la pequeña base militar de Alaska pudiera defenderse. Optó por

no hacer nada y mantener todas sus fuerzas centradas en Midway.

Por ello, el primer golpe japonés, conocido como la Operación AL, casi no tuvo oposición alguna. Los nipones bombardearon Dutch Harbor, en las Aleutianas, donde los pilotos norteamericanos se enfrentaron a los japoneses, pero éstos rompieron las defensas y plancharon la isla. Los caza Zero japoneses barrieron de los cielos todos los aviones torpederos y bombarderos estadounidenses antes que pudieran tocar los portaaviones japoneses. Los japoneses desembarcaron en Attu y Kiska, unas posiciones avanzadas para basar su reconocimiento aéreo de largo alcance, asegurando de esta forma su flanco norte, así como obteniendo bases desde las que amenazar Alaska.

Pero el lanzamiento de la Operación AL no distrajo en absoluto a la Armada de Estados Unidos de la operación principal, la MI (invasión de Midway).

PRIMERAS ACCIONES DE LOS ZERO NIPONES

El 4 de junio la flota de acorazados, con el buque insignia de Yamamoto, se aproximó a Midway. En menos de dos horas, la isla iba a ser atacada. Los hombres de la base debían prepararse para la acción inmediata. Centraron su acción defensiva en la protección de los bombarderos, los cuales podían ayudarles en una ofensiva contra el enemigo. Nimitz estaba convencido de que, si los japoneses querían tomar la isla, era para utilizarla como base, por lo que era poco probable que bombardearan las pistas.

A las cuatro y media de la mañana, se lanzó la primera oleada japonesa, compuesta por 72 bombarderos, escoltados por cazas y dirigida por el teniente de navío Joichi Tomonaga. Todos los aparatos de Midway despegaron para hacerles frente. El ataque duró sólo veinte minutos. Los pilotos de Yamamoto destruyeron la mayor parte de los inmuebles y tanques de combustible y causaron daños en las pistas de aterrizaje, pero una de las tres pistas seguía en uso. Además, no lograron destruir ninguno de los aviones de la base.

En ese momento, Yamamoto desconocía que tres portaaviones de Estados Unidos se dirigían en secreto hacia su nota, aún convencido de que seguían en Pearl Harbor (Hawái). Para ganar esta batalla, Nimitz debía actuar con rapidez. «Situó los barcos norteamericanos al noreste de Midway, lejos de la isla. De esa

forma los japoneses continuaron sin saber que los portaaviones estaban allí», señala Robert Cressman. En aquel mismo momento comenzaron a despegar los aviones contra el incauto enemigo japonés. Veintiocho minutos más tarde, un avión japonés de exploración informó que dos buques de guerra americanos estaban a algo más de trescientos kilómetros de Midway. Más tarde, recibieron un segundo mensaje que sorprendió aún más a los mandos japoneses: las fuerzas estadounidenses iban acompañadas por un portaaviones.

Pero las cosas no iban a ser fáciles para los norteamericanos. Cuando Nimitz ordenó a sus torpederos destruir la flota de Yamamoto se encontró con un problema: sus aviones tenían una autonomía para volar de 500 kilómetros y el enemigo estaba a 332 kilómetros, lo que era un gran riesgo para los pilotos que podrían no tener suficiente combustible para regresar. Para aumentar las posibilidades de que los aparatos volvieran sin peligro a sus portaaviones optaron por utilizar una mezcla de combustible con más oxígeno, algo perjudicial para el motor, pero que aumentaba la autonomía.

Quince aviones despegaron cargados con el devastador torpedo MK-8. Pero cuando llegaron a los portaaviones enemigos, los cazas japoneses Zero los derribaron a todos. «Era una misión suicida para los pilotos norteamericanos. Volaban con aviones obsoletos y fueron derribados por la enorme potencia de fuego japonés», describe Patrick O'Donnell. Los viejos cazas Brewster Buffalo y los más modernos Grumman Hellcat, pilotados por aviadores del Cuerpo de Marines, se hallaron en desventaja con respecto a la superioridad numérica y técnica de los Zero nipones. Sólo sobrevivió un piloto. Fue un golpe terrible, pero la batalla aún no había terminado.

Nimitz lanzó otro ataque aéreo. Cincuenta intrépidos bombarderos despegaron del *Hornet* y se dirigieron hacia la flota japonesa. Los japoneses rápidamente prepararon su contraataque y, esta vez, Yamamoto llevó a cabo acciones evasivas. El vicealmirante Chuichi Nagumo había cambiado el rumbo de toda la escuadra. Cuando los bombarderos llegaron al lugar donde se debía encontrar la flota enemiga, habían desaparecido. Los bombarderos de Nimitz decidieron regresar pero en el último minuto avistaron un destructor japonés en dirección norte. Entonces el 8.º Escuadrón optó por seguirlo, lo que les condujo directamente a la escuadra japonesa y a sus cuatro portaaviones. Para Nimitz fue un gran descubrimiento.

EL PUNTO DE INFLEXIÓN

Pero la ventaja duró poco. Un avión de reconocimiento nipón descubrió a los portaaviones estadounidenses. Ahora, Yamamoto tenía a la flota de Nimitz en el punto de mira. Como sus fuerzas eran superiores, podría haber sido un momento decisivo para ganar la batalla. En sus portaaviones, las tripulaciones se preparaban para aniquilar a la flota norteamericana. A las nueve y dieciocho, el almirante Nagumo ordenó retirar de sus aviones las bombas destinadas al segundo ataque sobre Midway para reemplazarlas por mortales torpedos destinados a atacar a la flota enemiga a las diez y media.

Mientras se realizaba el armamento de los aviones, con las cubiertas llenas de bombas, combustible y aviones, los portaaviones japoneses eran muy vulnerables a los ataques. «Eran como un polvorín. Se encontraban en la situación más vulnerable posible y los estadounidenses atacaron en el momento justo», precisa Patrick O'Donnell. Ante el inminente ataque de los aviones norteamericanos, en los portaaviones nipones quedaron apiladas en los hangares las municiones que debían haber sido bajadas a los pañoles, lo cual tendría consecuencias desastrosas para Nagumo.

La TF-16 lanzó todos sus aviones en una única oleada de más de un centenar de aparatos. Los aviones de la TF-17 salieron con algunos minutos de diferencia. A las diez y veinte, de repente, aparecieron dos numerosos grupos de aviones norteamericanos desde dos direcciones distintas y en el peor momento posible para los japoneses, con sus aparatos cargados con torpedos en cubierta. Cuando comenzó el ataque, los pilotos norteamericanos centraron su objetivo a estribor, babor y en el centro de los portaaviones nipones. De esta forma, se convirtieron en difíciles blancos para el fuego antiaéreo enemigo. Claro que los cazas Zero hicieron estragos entre los atacantes, mucho más lentos y menos maniobrables. Pero sencillamente, eran demasiados. La defensa de caza japonesa quedó saturada en pocos minutos.

En poco más de tres minutos, los norteamericanos atacaron los tres portaaviones japoneses provocando una oleada de fuego. Primero, cuatro bombas alcanzaron al *Akagi* del almirante Nagumo. El ataque no había hecho más que comenzar. En una reacción en cadena, el fuego se fue extendiendo por

las inflamables cubiertas. Las explosiones fueron incendiando los aviones, que saltaban en pedazos. Los incendios quedaron fuera de control y los portaaviones japoneses, sentenciados de muerte. El segundo portaaviones en convertirse en un infierno ardiente fue el *Soryu*. También las bombas alcanzaron al *Kaga*.

El almirante Yamaguchi, uno de los mayores ases de la flota japonesa, y comandante del cuarto portaaviones, el *Hyryu* —que no había sido visto antes porque estaba oculto por la neblina—, lanzó sus aviones contra el *Yorktown*. Ocho bombarderos en picado Val cayeron sobre el buque y uno logró alcanzarlo con tres bombas de 500 libras, causándole graves averías.

«De pronto, nos alcanzaron provocando graves incendios. Me quedé sorprendido. Nunca pensé que habría de abandonar el barco en estas condiciones. Fui a controlar los daños y les dije a mis compañeros: "Bueno, vamos a tener que nadar un poco para ayudar al barco". El *Hamman* se quedó a nuestro lado para proporcionarnos energía y el equipo necesario. Lo primero que hicimos fue cargar nuestras armas y tener todo listo en caso de otro ataque. El capitán dio la orden de máxima potencia a las calderas. "¡Vamos a volver a Pearl Harbor por nuestras propias fuerzas, aunque tengamos que quemar todos los muebles del comedor de oficiales!"», rememora George T. Edwards, marinero de la Armada de Estados Unidos, destinado entonces en el *Yorktown*.

Los equipos de seguridad lograron apagar todos los incendios causados por el ataque al *Yorktown*. Sin embargo, los aviones del *Hyryu* volvieron a torpedear al portaaviones que, escorado tras el segundo ataque, pudo seguir a flote.

Los bombarderos en picado norteamericanos procedentes del *Enterprise* alcanzaron al último portaaviones nipón. Los aviadores estadounidenses dieron cuatro veces en el blanco, pero perdieron cuatro aparatos. En pocos minutos el *Hyryu* quedó envuelto en llamas, pero no se hundió hasta la mañana siguiente, con 416 hombres a bordo y el contralmirante Yamaguchi atado al puente.

Fue un final espectacular. La flota de Nimitz había diezmado a la Armada japonesa. En palabras de Patrick O'Donnell: «Fue una victoria milagrosa de la Marina de Estados Unidos. Sobre el papel, en Midway la flota japonesa era mucho más fuerte. Deberían haber ganado», señala. Lo mejor de la poderosa flota japonesa se había hundido: cuatro de los seis portaaviones que atacaron Pearl Harbor estaban en el fondo del océano. Los bombarderos de Nimitz regresaron triunfantes a sus portaaviones.

EL HUNDIMIENTO DEL YORKTOWN

Pero Yamamoto no estaba dispuesto a admitir la derrota. Ordenó a sus unidades que hundieran al *Yorktown*, que aún se mantenía a flote del segundo ataque y era ayudado por el destructor *Hamman*, que estaba intentando remolcarlo hasta puerto. El *Yorktown* fue alcanzado por un submarino japonés que lo envió al fondo del océano.

El entonces capitán del submarino japonés 1-168, Yahachi Tenabe, recuerda aquel momento: «La aterradora noticia llegó a nosotros a través de la antena de radio: el *Soryu*, el *Kaga*, el *Afeagi* y el *Hyryu* habían sido hundidos. Una mezcla de enojo, desilusión y de espíritu de lucha hervía dentro de mí. Entonces, recibí una orden que decía: "Como resultado del ataque a nuestra Fuerza Aérea por parte del portaaviones *Yorktown*, a flote en un punto aproximadamente 150 millas al noreste de Midway, el submarino 1-168 deberá pasar de inmediato a la caza y hundirlo"».

«Vi el barco en el horizonte. Decidí no bajar el periscopio y seguir el curso del torpedo. Si debía morir dentro del 1-168, al menos deseaba la satisfacción de ver que nuestro objetivo había sido alcanzado. Debíamos tener éxito, porque no habría una segunda oportunidad», narra el comandante Tenabe.

El submarino disparó cuatro torpedos; uno alcanzó al destructor *Hamman*, al que partió en dos, y dos más alcanzaron al *Yorktown*, que tardaría muchas horas en hundirse. A lo largo de la noche, los destructores americanos intentaron cazar al submarino sin éxito. El *Yorktown* estaba condenado. A las seis de la mañana del 7 de junio, comenzó a hundirse. Antes Fletcher ya había pasado su insignia a un crucero y el capitán había dado la orden de abandonar el barco. «Mi corazón se llenó de un sentimiento de agradecimiento hacia mi tripulación. Realmente todo el mundo había hecho bien su trabajo», cuenta Tenabe.

La mañana del 5 de junio de 1942, el almirante Yamamoto tuvo que enfrentarse a lo inevitable. Con cuatro de sus portaaviones destruidos, sólo le quedaban dos portaaviones ligeros para dar apoyo a la fuerza de invasión. Además, los norteamericanos eran los dueños incuestionables del espacio aéreo. A las tres menos cinco de la mañana ordenó la retirada general. Yamamoto había sufrido la mayor derrota naval de la historia japonesa y la primera en trescientos

cincuenta años. Nunca llegó a desembarcar e invadir Midway. Perdió sus mejores cuatro portaaviones, 275 aviones y miles de hombres. Estados Unidos perdió el portaaviones *Yorktown*, el destructor *Hamman*, 150 aviones y 307 hombres, pero Midway siguió en manos norteamericanas. La lucha continuó, pero los avances japoneses habían acabado para siempre.

Sólo pocos días antes la Marina japonesa había estado en la cumbre de su poder y amenazaba con ampliar su imperio. Si hubieran ganado en Midway, habrían tenido vía libre para atacar la costa Oeste de Estados Unidos. En cambio, quedó prácticamente inutilizada y paralizada hasta el punto del no retorno. Para Estados Unidos, la victoria de Nimitz restauró la confianza y cambió el destino de la guerra en el Pacífico. «Midway fue Pearl Harbor a la inversa. Todas las probabilidades estaban completamente en contra de los norteamericanos, pero destruyeron cuatro de los mejores portaaviones japoneses, que no tenían previstas construcciones navales para cubrir las bajas. Además, murieron experimentados pilotos, veteranos que no podrían ser sustituidos con la suficiente rapidez con los anticuados métodos de adiestramiento japonés», afirma el historiador militar O'Donnell. «Midway fue el punto de inflexión en la Segunda Guerra Mundial. La supremacía pasó a los aliados», añade O'Donnell.

NOMBRES PARA RECORDAR

Después de Midway, el comandante Yahachi Tenabe regresó a Japón como un héroe. Sobrevivió en las campañas de Guadalcanal y las islas Salomón. El marinero George T. Edwards, herido tras el hundimiento del *Yorktown*, llegó a participar en dos misiones más en el Pacífico, pero ninguna tan decisiva como Midway, que marcó el cambio de rumbo de la guerra en el Pacífico.

Chuichi Nagumo después de Midway recibió numerosas críticas por su actuación en la batalla. Responsable directo de haber perdido los cuatro portaaviones japoneses, algunos historiadores le acusan de cometer graves equivocaciones estratégicas, como no atacar de inmediato a la flota enemiga. Más tarde fue puesto al mando de las fuerzas navales de las islas Marianas, y en las etapas finales de la captura de Saipán por Estados Unidos. Se suicidó dos años, un mes y un día después de su derrota en Midway, antes de ser capturado.

Antes ya había muerto Yamamoto, al caer sobre la isla de Bouganville, Papua Nueva Guinea, cuando se dirigía a visitar las bases japonesas en las islas Salomón, el 18 de abril de 1943. Su avión fue derribado tras un enfrentamiento de sus seis cazas Zero de escolta con dieciséis cazas pesados P-38 Lightning, de los cuales cuatro fueron los ejecutores.

En la operación participó su gran enemigo, el almirante Chester Nimitz, quien a finales de 1944 recibió del Congreso el cargo de almirante de flota, el más alto de los rangos de la Marina de Guerra. El 2 de septiembre de 1945 fue Nimitz quien firmó en nombre de Estados Unidos la rendición de Japón, entregada formalmente a bordo del Missouri en la bahía de Tokio. El presidente Franklin Roosevelt le otorgó la medalla de Servicios Distinguidos de la Marina con tres estrellas de oro «por sus excepcionales méritos como comandante en jefe de las flotas del Pacífico de Estados Unidos». Falleció la tarde del 20 de febrero de 1966, a los ochenta y un años.

25

ARDENAS

Fecha: Del 16 de diciembre de 1944 al 28 de enero de 1945.

Fuerzas en liza: El V Ejército Acorazado, el VI Ejército Acorazado y el VII Ejército alemanes contra el I Ejército y el III Ejército de Estados Unidos.

Personajes protagonistas: Por el lado alemán, Adolf Hitler; coronel general de las SS Josef «Sepp» Dietrich; los generales Hasso Manteuffel y Brandenberger; y el comandante de las SS Jochen Peiper. En el bando aliado: el comandante supremo aliado Dwight Eisenhower, el general Patton y el general de brigada McAuliffe.

Momentos clave: Los ataques a Saint-Vith y Trois-Ponts y el asedio de Bastogne. La matanza de Malmedy.

Nuevas tácticas militares: Los alemanes pusieron en servicio el primer avión de combate a reacción: el jet Messerschmitt Me 262 (Jet Me 262).

El 16 de diciembre de 1944 los alemanes lanzaron la que sería su última contraofensiva de la Segunda Guerra Mundial. Esa madrugada comenzó una lucha épica de cuarenta y cuatro días en la que los ejércitos de Hitler se abalanzaron con furia desesperada sobre el punto más débil de las líneas norteamericanas. Los aliados tuvieron que esforzarse más que nunca para repeler el ataque nazi. Hubo que enviar urgentemente tropas de élite para frenar su avance. En inferioridad numérica, los soldados del VIII Ejército de Estados Unidos defendieron con su sangre los bosques y pequeños pueblos de las Ardenas, como Lanzerath, Saint-Vith, Trois-Ponts o Bastogne, que pasarían a la historia y que todavía se mantienen en la memoria de los veteranos supervivientes de aquella brutal batalla. Hombres que en la actualidad superan los ochenta años de edad y que todavía se emocionan y lloran al recordar esos terribles días de sangre, nieve, sufrimiento y coraje. Sobrevolando la carnicería, las misiones de reconocimiento aéreo captaron con sus cámaras imágenes de la brutal batalla. Recientemente han salido a la luz muchas de esas fotos que se perdieron u olvidaron al final de la guerra; nos ofrecen una visión sin precedentes de una batalla en la que hombres normales se convirtieron en héroes, un combate que se convirtió en una leyenda: la

batalla de las Ardenas.

El 16 de diciembre de 1944, a las cinco y media de la mañana, las tropas norteamericanas se hacinaban en madrigueras heladas muy cerca de la frontera belga. Martin Wente, excombatiente de la 106.ª División de Infantería de Estados Unidos estuvo allí y lo recuerda con estas palabras: «Estábamos aterrorizados. Te bombardeaban con artillería y las bombas llegaban silbando muy fuerte. Caían en medio de los árboles y las ramas salían volando como metralla. Alcanzaron a algunos compañeros. Lo único que pensábamos era cómo íbamos a salir vivos de allí».

Aquello no fue más que una funesta advertencia de la ola de terror que iba a azotar al ejército norteamericano durante cuarenta y cuatro infernales días: los alemanes habían preparado un ataque sorpresa que pensaron que daría un giro al resultado de la guerra en Europa. Otro veterano, pero del bando alemán, Walter Heinlein, de la 2.ª División Acorazada, no ha olvidado lo que sucedió en el lado en el que él luchó: «Todo estuvo muy bien organizado. Se hizo en completo silenció, no nos permitían comunicarnos por radio ni encender los motores para no alertar de nuestro ataque». Y también Fritz Englebert, de la división *Panzer-Lehr* (una unidad modelo que servía de escuela de blindados), recuerda la precaución por parte alemana para no descubrir sus planes. «Todos los pueblos estaban llenos de soldados —cuenta— y todos los graneros estaban hasta el techo de tanques y equipo. Todo oculto. Y hasta el último momento no se reveló nada del ataque inminente».

Los ejércitos alemanes estaban casi vencidos en el frente del este y también en el frente del oeste, después de la invasión aliada de Normandía. Aquisgrán había caído el 21 de octubre en manos aliadas, aunque aún existían bolsas de resistencia en Francia y Bélgica. Debía suponerse que las fuerzas de Estados Unidos explotarían su éxito para reorganizar sus líneas, porque aquel otoño de 1944 las tropas comandadas por Eisenhower tenían que cubrir un frente de más de seiscientos kilómetros, desde el mar del Norte a la frontera suiza. No cabía esperar grandes ataques por parte de los alemanes. Pero no fue así. Según asegura Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst, «Hitler pensó que si abría una grieta entre los norteamericanos y los británicos

en el oeste, podría acabar con los aliados y centrarse en la lucha contra la Unión Soviética, que era su prioridad».

El ataque alemán se produjo en las Ardenas, una región muy boscosa de la frontera entre Alemania, el este de Bélgica y el norte de Luxemburgo, a lo largo de un frente de 140 kilómetros. La región se consideraba un bosque impracticable en invierno. Las condiciones meteorológicas iban, pues, a tener un papel determinante en la batalla. La niebla resultó fundamental para los ataques y para que los aliados no pudieran servirse de su abrumadora superioridad aérea.

Aunque parezca mentira, los expertos en reconocimiento aéreo aliados no lograron ver que el enemigo estaba reuniendo en secreto más de veinte divisiones de hombres y máquinas. Fue un gran fallo de la inteligencia aliada que sus soldados en tierra pronto pagarían con sangre. Durante semanas, la Luftwaffe envió aviones en todas las direcciones de las líneas del frente para ocultar la mayoría de los ruidos de maquinaria pesada que atacaría a las tropas aliadas. Se emitieron órdenes falsas, realizaron varias operaciones para sembrar la confusión con soldados que hablaban inglés y vestían los uniformes norteamericanos, a los que enviaban tras las líneas enemigas, cambiaron señales de tráfico e indicaciones en los caminos… todo con el objetivo de que no fueran descubiertos los preparativos de la ofensiva. La «ofensiva decisiva» sería desencadenada contra los aliados desde el sector del Grupo de Ejércitos B.

Ya en 1940, las fuerzas armadas alemanas arrasaron a los franceses y a la Fuerza Expedicionaria británica por sorpresa, con un veloz ataque a través de las Ardenas. En esta ocasión, aprovechando que el mal tiempo impedía a la aviación aliada apoyar a sus tropas de tierra, más de veinte divisiones alemanas —diez de ellas acorazadas—, integradas en tres ejércitos, se abalanzaron sobre las escasas tropas norteamericanas que guarnecían las Ardenas, zona especialmente débil por ser donde enlazaba el extremo derecho del I Ejército con el extremo izquierdo del III Ejército. En un ataque sorpresa crearon un saliente o bolsa en el frente, por lo que los norteamericanos la llamaron *The Battle of The Bulge*, literalmente «batalla de la protuberancia».

EL GRUPO DE COMBATE DE PEIPER

El objetivo de Hitler era empujar a los aliados hacia el mar por Amberes, atrapar cuatro ejércitos completos y separar en dos la alianza angloamericana y llegar al gran puerto belga de Amberes, vital para el abastecimiento de los aliados. Así, en el norte, el VI Ejército Acorazado —compuesto por cuatro divisiones Panzer-SS y cinco divisiones de infantería, al mando del coronel general de las SS Josef «Sepp» Dietrich— tenía que avanzar hacia el río Mosa, a ambos lados de Lieja, y cruzarlo para que la apuesta de Hitler tuviera éxito. En el centro, el V Ejército Acorazado —conformado por cuatro divisiones acorazadas y tres de infantería, al mando del general Hasso Manteuffel— tenía que capturar las vitales encrucijadas de los pueblos de Saint-Vith y Bastogne, antes de avanzar hacia Bruselas. Y el V Ejército alemán —con seis divisiones de infantería y una división acorazada, al mando del general Brandenberger— tenía que bloquear los refuerzos que pudiesen llegar por el sur. Además, contaban con unidades de reserva a disposición del alto mando alemán, integradas por tres o cuatro divisiones acorazadas y otras tantas de infantería.

El ataque debería llevarse a cabo con gran velocidad, con el fin de que las fuerzas acorazadas pudieran entrar en fuego rápidamente. La infantería abriría brechas, aprovechándose del efecto sorpresa, y los carros de combate debían penetrar por ella, dirigiéndose a lo profundo de la retaguardia enemiga. El poderoso *panzer* PzKw VI Tiger II, con su cañón de 88 mm, y el JgPz VI Jagdtiger, un cazador de tanques con cañón 128 mm, eran la base de las divisiones acorazadas. Para mantener sus tanques en movimiento, Hitler tenía que capturar los depósitos de combustible norteamericanos o se quedaría sin gasolina.

En la vanguardia del ataque se encontraba un grupo famoso por su implacable valor. Estaba dirigido por el comandante de las SS Jochen Peiper, que no se detenía ante nada, como había demostrado enfrentándose al enemigo en Francia, Italia y Rusia. Protegido de Himmler, con sólo veintinueve años era considerado un líder carismático. Mandaba el *Kampfgruppe* Peiper, Grupo de Combate Peiper, una unidad integrada en la 1.ª División con el potencial de una brigada, rápida, bien entrenada y especializada en combate nocturno, hombres que eran completamente leales a él. El credo de su unidad era: «El sudor salva sangre».

Heinrich Heinermann, antiguo subordinado de Peiper en la *Leibstandarte*, le define de la siguiente manera: «Incluso su apariencia exterior era admirable. Peiper irradiaba ciertamente “algo”. Era bien parecido, y lo sabía, pero era un buen muchacho con los pies en el suelo. No solamente era un superior, sino también un ejemplo y un camarada». También sus superiores tenían una excelente opinión de él. Fritz Witt, antiguo comandante de Peiper en el frente oriental, escribió en su informe que tenía un carácter recto y directo. Le define como reservado, fino observador, duro, líder de combate de pensamiento claro y tranquilo, además de meticuloso e innovador en el entrenamiento.

No tan buena opinión tiene el historiador militar Tim Saunders. «El Grupo de Combate de Peiper formaba parte de la 1.ª División Acorazada de las SS, la *Leibstandarte* Adolf Hitler, la guardia personal del Führer, que tenía su origen en los matones nazis y que habían librado una guerra extremadamente dura y sucia en el frente oriental. Y hablan trasladado esa actitud al oeste. Eran muy duros y unos asesinos».

La misión del *Kampfgruppe Peiper* era cortar a los aliados por la mitad. Una vez que la infantería rompiera las líneas americanas, Peiper debía avanzar hacia Ligneuville, Stavelot, Trois-Ponts y Werbomont y capturar y asegurar los puentes del Mosa alrededor de Huy. El éxito de la operación de Peiper requería de un rápido avance por posiciones estadounidenses que habría que evitar siempre que fuese posible. Sin embargo, en mitad de la ruta de las fanáticas fuerzas del comandante Peiper se encontraba un pequeño pueblo belga llamado Lanzerath. Y al norte de la localidad, las tropas de la 99.ª División de Infantería de Estados Unidos aguardaban en sus puestos. Un único pelotón norteamericano debía detener la punta de lanza alemana.

A las diez y media de la mañana, el Grupo de Combate de Peiper se dirigió directamente hacia ellos. Cerca de quinientos soldados alemanes comenzaron a atacar a los veintidós hombres, que tuvieron que luchar por sus vidas. Un fuego de mortero letal llovía sobre la posición del pelotón norteamericano. La infantería estadounidense permanecía en sus posiciones a la espera de órdenes. «Teníamos órdenes de resistir a toda costa y no teníamos ninguna posibilidad. No podíamos escapar. Estábamos rodeados. No paraban de llegar a la línea de fuego; vi las caras de los que vinieron en las primeras oleadas y eran niños de catorce y quince años. Era una lucha continua, si te parabas a descansar, te

mataban», cuenta uno de los supervivientes de aquel día, Risto Milosevich, de la 99.ª División de Infantería.

Los soldados alemanes utilizaban tácticas que sólo podían conducir a su aniquilamiento, lanzándose sin parar contra los soldados aliados. «Fue un suicidio. Alguien detrás de ellos gritaba y se levantaban y corrían gritando hacia ti. Era como disparar a los patos de las ferias», recuerda Milosevich. A media tarde, los cadáveres alemanes se apilaban frente a la posición norteamericana. Pero seguían llegando atacantes. Los soldados norteamericanos seguían peleando a muerte, «no se rendían y no paraban de luchar. Y una pequeña subunidad fue capaz de poner en entredicho el plan nazi», mantiene el experto de la Real Academia Militar de Sandhurst, Aryeh Nusbacher.

UN FRENTE ESCASAMENTE DEFENDIDO

Lo sucedido en esos primeros momentos de acción, según la narración de Risto Milosevich, fue una cruenta lucha en ambos bandos. «Nunca cesaban de llegar atacantes. El sargento de la 99.ª División, Bill Slape, no dejó de tirar con la ametralladora, aunque el cañón se estaba poniendo al rojo vivo. Se supone que tienes que disparar tres ráfagas y esperar un segundo. Luego otras tres y volver a esperar. Pero no paraban de atacarnos alemanes y él no podía parar de disparar, hasta que se quemó la ametralladora y fue como perder el brazo derecho», recuerda. Con su principal arma fuera de combate y los alemanes atacando desde todas partes, finalmente fueron barridos.

Los alemanes perdieron cerca de cuatrocientos hombres. Y el pelotón temía que se vengasen por sus camaradas caídos. Según cuenta Milosevich, «cogieron a algunos de nuestros hombres y les colocaron frente a ellos. Recorrieron todos los agujeros gritándonos que saliésemos con los brazos en alto. Pensé que seguro que nos mataban y esperé a que me disparasen por la espalda. Nos pusieron en fila y creí que nos fusilarían. Pensé que nunca sobreviviría. De repente llegó un oficial alemán corriendo por el campo y blandiendo su pistola que les detuvo. Le debemos la vida a él».

Había sido un combate increíble. Un pequeño grupo de norteamericanos había bloqueado con éxito el camino a Lanzerath a un batallón alemán. Como

dijo el historiador militar Tim Saunders, «el pelotón de reconocimiento resistió y luchó hasta que se quedó sin munición. Fueron como las piedrecitas que se meten en una máquina bien engrasada, que la averían y entorpecen su rendimiento».

A pesar de la feroz resistencia de las pequeñas unidades estadounidenses, los tres ejércitos alemanes practicaron brechas de hasta casi veinte kilómetros de profundidad en el escasamente defendido frente. La primera línea aliada fue desbordada. El asalto inicial del día 16 de diciembre tuvo sorprendente éxito para la Wehrmacht. Sin embargo, la extensión del avance territorial, particularmente en el ala derecha, no fue tan grande como esperaban sus altos mandos.

En su cuartel general, Hitler se mantenía al corriente de los avances del día. Más tarde diría: «Todo ha cambiado en el oeste. El éxito total está ahora a nuestro alcance». Lo cierto es que, según indica el historiador Tim Saunders, en el Tercer Reich, los comandantes eran reacios a transmitir malas noticias, «así que Hitler tenía una imagen de color de rosa de los avances del día, cuando en realidad las puntas de esa primera jornada iban doce horas retrasadas».

EL ESPÍRITU INDOMABLE DE LOS NORTEAMERICANOS

La contraofensiva tomó desprevenido al mando aliado. Las unidades norteamericanas, aisladas y dispersas, privadas del contacto con su Estado Mayor y confundidas por los comandos alemanes camuflados con uniformes del ejército estadounidense, ofrecieron en muchos lugares una resistencia feroz que, combinada con lo agreste de la región, logró retardar el avance de los alemanes, pero no impedirlo.

El segundo día de combate, los tanques alemanes conquistaron un depósito de combustible norteamericano y continuaron su avance con esa gasolina. Los estadounidenses tuvieron que destruir sus propios suministros para impedir que cayeran en manos nazis. En el norte, el avance del comandante de las SS Jochen Peiper se había visto ralentizado por la desesperada defensa norteamericana.

En un cruce cerca de la ciudad de Malmedy, el *Kampfgruppe Peiper* pasó a la historia por una cruel matanza. A la una de la tarde los hombres de Peiper

atacaron una columna del 285.º Batallón de Observación de Artillería. Casi 150 hombres fueron capturados. Les ordenaron formar en un campo. Por motivos que todavía permanecen confusos hoy, las veteranas tropas de las SS hicieron honor a su terrible reputación ejecutando a los desarmados prisioneros norteamericanos. Las fuentes discrepan, pero se habla de que mataron hasta 70 soldados; otros testimonios hablan de 120 hombres.

Los cuerpos tardaron un mes en recuperarse. La desagradable labor de reconocimiento está grabada por una unidad de cine del ejército norteamericano. Las imágenes que captaron son tremendas. Había hombres en fila sobre la nieve cubierta de sangre. La mayoría mostraba heridas de bala en la cabeza, pruebas más consecuentes con la ejecución en masa que con un acto de defensa propia o una tentativa de prevenir la fuga, como algunos alemanes más tarde justificaron como motivo de la matanza. Sólo 43 norteamericanos lograron encontrar refugio en las líneas aliadas, muchos gracias a la ayuda de civiles belgas.

El acontecimiento tuvo grandes consecuencias en los combatientes norteamericanos en Europa. A partir de ese momento, los soldados de las SS se convirtieron en hombres marcados y los soldados norteamericanos cambiaron su actitud. «Tras la matanza de Malmedy, la batalla se libró de la forma más brutal. Nosotros, como tropas de tanques, también llevábamos la insignia de la calavera en el cuello, distintivo de las SS, pero yo me la arranqué para que no me confundiesen con ellas», explica Fritz Englebert, de la división *Panzer-Lehr*.

El general Eisenhower reaccionó rápidamente al ataque alemán. En una semana envió al frente 250 000 hombres y 50 000 vehículos, incluyendo dos divisiones de paracaidistas, la 82.ª y la 101.ª. «Nadie esperaba más acción porque los alemanes se estaban retirando. Todo estaba tranquilo y creíamos que iba a ser una Navidad pacífica. De pronto todo cambió. Nuestras órdenes al salir de Francia eran encontrar la vanguardia del avance alemán y detenerla. Ésa era nuestra misión en Bélgica», recuerda el veterano James Megellas, de la 82.ª División Aerotransportada.

Durante el tercer y cuarto día de la operación se hizo perceptible la intervención de las reservas aliadas, particularmente contra el flanco izquierdo de las fuerzas atacantes. A la zona acudieron la 82.ª y la 101.ª divisiones de paracaidistas que descansaban cerca de Reims tras la batalla de Arnhem. Los «águilas aulladoras» de la 101.ª División Aerotransportada fueron enviados a

defender un pueblo clave en el desenlace de la batalla: Bastogne, donde escribirían una de las páginas más brillantes de su historia militar. La 82.ª División Aerotransportada fue despachada al norte, a Werbomont. El Grupo de Combate de Peiper se acercaba al pueblo de Trois-Ponts. Los paracaidistas tenían que detener el avance alemán y revertir el curso de la batalla. En esos momentos, la suerte de los aliados dependía en gran medida de la fortaleza con que hicieran frente al empuje enemigo.

El 19 de diciembre, el cuarto día de la batalla, la última gran ofensiva de Hitler en Europa había arrasado el frente aliado. Ese día hubo intensos combates en Neffe, Wardin y Noville. Entre el caos y la carnicería, a los soldados de las dos divisiones paracaidistas enviadas al frente les impresionó encontrarse con parte del ejército norteamericano en plena huida. «Se batían en retirada, abandonando sus fusiles y todo su equipo. Ellos se retiraban y nosotros queríamos avanzar. Fue un completo caos», recuerda Jack Trovato, de la 101.ª División Aerotransportada.

A lo largo del frente, el ejército estadounidense se había visto superado por el gigante blindado alemán. «Nunca nos imaginamos que Alemania pudiera no ganar la guerra. Ahora volvíamos a avanzar hacia el oeste tras habernos retirado dolorosamente. Y nos subió muchísimo la moral», cuenta el alemán Fritz Englebert, de la división *Panzer-Lehr*.

Del 18 al 22 de diciembre, la resistencia norteamericana en Saint-Vith obstaculizó el esfuerzo del ala derecha del V Ejército Acorazado alemán por llegar al río Mosa, pero al final tuvieron que replegarse. Al este del pueblo, en una colina llamada Schnee Eiffel, la inexperta 106.ª División de Infantería fue rodeada. Sin la ropa adecuada para el frío y sin munición, esas tropas novatas impidieron el avance alemán durante tres días, pero no pudieron resistir más. «No teníamos forma de defendernos —recuerda Martin Wente— y el coronel de mi regimiento dijo que era el final y que nos teníamos que rendir». En Saint-Vith, convergían muchas carreteras y por ello era un punto muy importante en ese sector, como lo era Bastogne en el flanco izquierdo del ejército, ciudad que un día más tarde fue rodeada por los alemanes.

LA RENDICIÓN EN MASA

Más de siete mil soldados norteamericanos se rindieron al enemigo. Fue la mayor rendición en masa del ejército norteamericano en Europa. «No eran tropas experimentadas y no estaban concentradas en el enemigo. Si el comandante de la 106.ª no se hubiese rendido, habría desperdiciado las vidas de sus soldados y eso era inaceptable», precisa Aryeh Nusbacher, de la Real Academia Militar de Sandhurst.

En el sector norte de las Ardenas, más allá del pueblo de Trois-Ponts, la 82.ª División Aerotransportada descabezó el avance alemán hacia el río Mosa. «No había un frente bien definido. Nuestra línea de defensa tenía muchos huecos y no teníamos suficientes tropas para cubrirlos», explica Moffatt Burriss, superviviente de esta división.

Mientras la 82.ª División luchaba por salvar la vida, a casi cincuenta kilómetros al sur, en la ciudad de Bastogne, la 101.ª División Aerotransportada reforzó a los defensores de la vital encrucijada. Para el general alemán Von Manteuffel llegar al río Mosa era fundamental, pero en su avance tropezó con aquella improvisada bolsa de resistencia en Bastogne. El lugar era clave para la victoria alemana en la batalla de las Ardenas porque allí convergían siete importantes carreteras. Si los alemanes tomaban el pueblo, controlarían la red de carreteras y acelerarían su avance.

El cuartel general de la 101.ª, al mando de su segundo jefe, el general de brigada McAuliffe, y parte de la 10.ª División Acorazada, se estableció en el centro del pueblo. Con un total de 18 000 hombres acuartelados, los norteamericanos dispusieron las defensas en forma de «caravanas», en circulo al estilo del viejo Oeste. Los «águilas aulladoras» estaban allí para quedarse, contra todo pronóstico.

Las bajas eran elevadas y los enfermeros se veían obligados a trabajar las veinticuatro horas. El quinto día de batalla, a una intensa nevada le siguió una lluvia de bombas alemanas sobre las posiciones estadounidenses en el pueblo. «Apuntaban muy bien y nos dispararon todas las bombas que quedaban en Alemania. Me metí en un agujero y me puse el casco de forma que me tapase lo más posible. Oía cómo herían a mis hombres, que llamaban entre lamentos a sus madres. Vi morir a muchos compañeros», cuenta Jack Trovato, paracaidista de la 101.ª División Aerotransportada. «Pasaba todo tan deprisa que no te dabas cuenta de que estabas en el infierno y al minuto siguiente todo había terminado»,

narra Frank E. Denison Junior, quien con sólo diecinueve años formaba parte de la misma unidad.

El quinto día de batalla los alemanes cortaron la última línea de suministro de Bastogne. Los defensores norteamericanos quedaron completamente rodeados, sin suministros ni apoyo aéreo. Las posibilidades de sobrevivir al asedio eran muy escasas. Pero no se trataba de hombres ordinarios. «Los paracaidistas —explica Frank E. Denison Junior— estábamos entrenados para estar siempre rodeados, por eso no temíamos los asedios». Los alemanes lanzaron ocho divisiones contra Bastogne.

El 21 de diciembre, sexto día de la batalla, al norte del avance alemán, la punta de lanza del Grupo de Combate de Peiper se acercaba al río Mosa; habían llegado al pueblo de Cheneux y se enfrentaban en una feroz batalla a la 82.ª División Aerotransportada. James Megellas, miembro de esa división, y su pelotón atacaron Cheneux desde el norte para aliviar la presión sobre los compañeros que lo defendían. «Los alemanes —recuerda— abrieron fuego sobre nosotros. Lo más devastador era el fusil Flak de 20 mm cuyas balas estallaban en fragmentos. Tuvimos muchos heridos». Las tropas norteamericanas sólo tenían una opción: neutralizar el fuego enemigo.

Los paracaidistas se cerraron en torno a las posiciones enemigas esperando el momento adecuado para atacar. «Empecé a correr colina abajo —cuenta Megellas— cargando en la dirección del fuego. Miré alrededor y sólo me seguían cinco hombres. De repente un equipo de artillería de ocho hombres salió de la carretera y se puso al alcance de nuestras pequeñas armas. Ahí delante estaba el enemigo, nuestra presa, y di la orden de dispararles simultáneamente. Después de todo, era la guerra y ése era nuestro trabajo. Descargamos sobre esos ocho artilleros, que tenían el cañón bien enterrado y cayeron todos dentro del agujero. Como si hubieran excavado su propia tumba».

Alertados por el ataque estadounidense, los alemanes se abrieron. Y los paracaidistas tuvieron que escapar a toda prisa. Megellas y su pelotón se retiraron, cargando con varios heridos, y consiguieron reunirse con la 82.ª que seguía luchando por Cheneux. Al anochecer, tomaron el pueblo. Fue la primera victoria de la 82.ª División Aerotransportada sobre el Grupo de Combate de Peiper.

LAS TEMIDAS CONDICIONES METEOROLÓGICAS

Pero un nuevo enemigo comenzaba a golpear duramente a los hombres: las temperaturas bajo cero del peor invierno belga de la historia reciente. «Nunca podías entrar en calor. Te pasabas en la nieve las veinticuatro horas los siete días de la semana. Fue brutal», dice Moffatt Burriss, de la 82.ª. En esas condiciones tan horribles la congelación, las infecciones de los pies y la neumonía se cobraban muchas víctimas entre las filas. El mal tiempo también perjudicó a la cadena de suministro porque los aviones no podían despegar. Los defensores norteamericanos estaban desesperados. Los soldados esperaban comida y municiones que no llegaban. «Pensé que se habían olvidado de nosotros. No nos afeitábamos, estábamos sucios y las condiciones eran tan malas que parecíamos animales», describe Jack Trovato.

Los bosques y campos que rodeaban Bastogne se convirtieron en un sangriento campo de batalla, un infierno para los soldados. «Había un brazo por allí, una pierna por allá y las tripas por otro lado. Y la muerte se podía oler también. A veces lo atravesabas corriendo y caías justo entre cadáveres. Así fue Bastogne», dice Clancy Lyall, de la 101.ª División Aerotransportada. «El suelo estaba lleno de metralla y restos humanos. Lo único que me gustaba de la nieve era que cuando caía como una manta lo cubría todo, incluso los cadáveres. La nieve era pura y daba una visión refrescante», cuenta Jack Trovato.

El 22 de diciembre, una semana después del inicio de la batalla, los alemanes estaban seguros de que Bastogne pronto caería en sus manos. Dos de sus oficiales cruzaron las líneas con una bandera blanca para ofrecer un ultimátum: «Rendíos o seréis aniquilados en dos horas», amenazaban. La invitación alemana a rendirse no fue escuchada por el general McAuliffe, quien no desperdició tiempo ni palabras y respondió a la capitulación con un especial «no» en una nota que decía: Nuts [la primera acepción de esta palabra inglesa es nueces, pero en Estados Unidos también significa testículos; evidentemente era esta segunda acepción la utilizada por McAuliffe, equivalente a la negativa coloquial en español «¡Un huevo!»]. «Todos recibimos una nota en la que simplemente decía “Nuts”. Nos pareció genial y nos animó mucho, nos dio nuevas energías y tuvimos la sensación de que éramos invencibles y les derrotaríamos», indica Frank E. Denison Junior, de la 101.ª División Aerotransportada. «Nunca se nos

ocurrió rendirnos, moriríamos antes que rendirnos», añade su compañero Clancy Lyall. Mientras tanto, el general Patton emprendía una maniobra de rescate, pero el avance sobre la nieve era penoso y lento.

El 23 de diciembre, el octavo día de la batalla, el cielo se despejó justo a tiempo para los hombres en tierra. La aviación aliada pudo entrar en acción. Durante toda la campaña europea los aviones de reconocimiento sacaron miles de fotos aéreas de los campos de batalla. En esas fechas, a pesar del tiempo invernal, los aliados se las arreglaron para reunir miles de imágenes. Por primera vez, estas fotos originales de reconocimiento aéreo de alta resolución se han trasladado a un mapa en 3-D para ofrecer una perspectiva única de la batalla de las Ardenas. Algunas de estas fotos aéreas muestran unos C-47 volando bajo y enviando suministros en paracaídas. Las fuerzas aéreas lograron llegar y mandar comida y munición. «Gran parte de los suministros era material médico, pero también calcetines, que era lo que más necesitábamos. Suena ridículo, un par de calcetines secos. Pero en esa situación fueron fundamentales», recuerda Clancy Lyall.

Cuando se despejó la niebla, la aviación aliada se cebó en la retaguardia del enemigo y en sus líneas de comunicaciones, lo que hizo imposible el envío de combustible a los *panzers* situados en el frente. Los aviones de reconocimiento volvieron a surcar los cielos sacando fotos del estado de la batalla. Más allá del Bastogne cercado, los alemanes habían efectuado grandes avances. La 2.ª División Acorazada estaba a sólo ocho kilómetros del río Mosa. Fue lo más lejos que llegaron los alemanes. Desde allí podían ver el río, pero no alcanzaron su objetivo. Según recuerda Walter Heinlein, de dicha división, «se rumoreaba entre nosotros que estábamos sin gasolina y que se había acabado todo. Sin combustible, teníamos que destruir nuestros tanques nuevos».

La Navidad del año 1944 quedó grabada para siempre en la memoria de aquellos soldados. La lucha continuó como los días previos. «Sabíamos que era Navidad, pero no lo celebramos. Sabíamos que el resto de la división estaba haciendo lo mismo. Sabíamos que les estaban disparando igual que a nosotros», cuenta el excombatiente de la 101.ª División Aerotransportada Clancy Lyall. La batalla era una lucha constante codo con codo. Se formó un vínculo inquebrantable entre los hombres que defendían el frente. «¿Qué me empujaba a seguir? Mis amigos, mis compañeros», dice Lyall. «Estábamos unidos como un

solo hombre, eso era lo más importante, formábamos un grupo», añade su compañero Frank E. Denison Junior. Ese espíritu indomable cambiaría el curso del asedio de Bastogne y afectaría al resultado de la batalla de las Ardenas.

LLEGAN LOS REFUERZOS Y SUMINISTROS

26 de diciembre de 1944, la batalla ya duraba once días. En Bastogne el sacrificio de los defensores del pequeño pueblo belga por fin daba resultado. A las cinco y cuarto de la tarde la 4.ª División Acorazada estadounidense aplastó las posiciones alemanas y las tropas del general Patton rompieron el cerco después de terribles combates. Los agotados soldados que defendían el frente recibieron por fin los esperados refuerzos y suministros. En la memoria de Frank E. Denison Junior fue un día inolvidable: «Era mi cumpleaños y nunca me había alegrado tanto en mi vida. Agradecimos a Dios el final del asedio al día siguiente de Navidad».

El final del asedio y la entrada del ejército de Patton en Bastogne, lamentablemente, no hizo que terminara la batalla, que continuó durante semanas; pero evitó que las tropas alemanas siguiesen avanzando. En Año Nuevo de 1945 los contrincantes llevaban luchando diecisiete días, Hitler había ordenado un gran ataque aéreo, llamado en clave Operación Bodenplatte, en un intento de insuflar nueva vida a su fracasada ofensiva. La Luftwaffe atacó los aeródromos aliados en Francia y los Países Bajos y destruyó más de 450 aviones, mermando la capacidad aérea de los aliados.

A pesar de esta exhibición, el avance nazi se había detenido y, como poco, necesitarían la red de carreteras de Bastogne si querían retirarse. Entonces, Eisenhower ordenó que el III Ejército atacara desde el sur, mientras que el general británico Bernard Montgomery lo haría desde el norte, formando una pinza donde atraparían a los alemanes. Sin embargo, las tropas de asalto de Montgomery no llegaron hasta el 3 de enero a Bastogne; el mariscal británico alegó que sus hombres no estaban equipados para luchar a temperaturas tan bajas. Para entonces ya era demasiado tarde para rodear la mayoría de las tropas alemanas.

El renovado entusiasmo por defender el pueblo empujó a sus adalides

estadounidenses hasta el límite. Se produjeron momentos en los que los soldados se vinieron abajo por la fatiga del combate y muchos sintieron que no podían seguir. «Una vez pensé que me iba a volver loco y empecé a temblar en el agujero. No lloré pero sentí que me hundía. Pero mi compañero me agarró, me dio un abrazo, y lo superé», cuenta Clancy Lyall. Para algunos hombres la noticia de que Estados Unidos volvía a la normalidad fue la gota que colmó el vaso. «En las revistas que llegaban al frente leíamos que costaba encontrar habitación en Miami porque la gente estaba divirtiéndose en la playa. Y que se cobraban salarios muy altos en las fábricas de guerra. Pensamos que nos habíamos quedado solos contra el resto del mundo», explica Jack Trovato.

Llevaban diecinueve días sufriendo el grueso del ataque alemán. Lo habían parado, habían resistido y ahora iban a contraatacar. Los defensores reaprovisionados de Bastogne expulsaron lentamente a los alemanes de las aldeas vecinas. Los tanques norteamericanos reanudaron la ofensiva. «Los alemanes empezaron a huir, y entonces no eran ellos los que nos perseguían a nosotros, sino al revés», apunta Frank E. Denison Junior. El ejército alemán registró elevadas bajas, como confirma Werner Smoydzin, de la 16.ª División Acorazada: «Estábamos diezmados y desmoralizados y sólo queríamos salir de allí. La retirada fue un infierno, cruzamos bosques congelados a veinte grados bajo cero y no sabíamos a dónde ir, estábamos aterrados».

Hitler insistió en no retirarse de las Ardenas. Y ordenó al ejército defender todo el terreno conquistado. Tras más de tres semanas de combate la protuberancia que habían formado los nazis en el frente había remitido casi a su estado inicial.

Pero en la pequeña aldea de Herresbach, un contingente alemán de 500 soldados se negaba a ceder terreno. De hecho, cuando las fuerzas alemanas empezaron a declinar, los nazis se vieron obligados a tomar medidas extremas. «Llegaban corriendo, gritando y aullando como fanáticos, yo veía sus siluetas recortadas y les disparaba. La lucha fue tremenda», confirma James Megellas, de la 82.ª División Aerotransportada. El 29 de enero de 1945, tras una noche de combate feroz, los estadounidenses ganaron la batalla de Herresbach. Las pérdidas alemanas fueron escalofriantes. «Esa noche maté a 28 alemanes. En total matamos 180 y cogimos 200 prisioneros. Y no perdimos ni un solo hombre», indica. Las líneas alemanas en las Ardenas estaban siendo aplastadas a

lo largo de todo el frente.

EL RECUENTO DE BAJAS

Al concluir la primera semana de enero de 1945, las fuerzas alemanas no habían alcanzado sus objetivos y sus comandantes sabían que el impulso inicial ya estaba perdido. El 8 de enero se ordenó al VI Ejército Acorazado SS regresar a Alemania a recomponerse para futuras misiones en el frente ruso, lo que significó el final de la ofensiva alemana.

El 16 de enero, las fuerzas aliadas recuperaban la mayor parte del territorio que dominaban antes de la ofensiva alemana. El 23 de enero Saint-Vith fue ocupada. El 28 de enero de 1945 se dio fin a la batalla de las Ardenas, 44 días de muerte y destrucción. El sueño de Hitler de avanzar por el oeste de Europa había culminado en una derrota catastrófica. Según mantiene el experto de la Real Academia Militar de Sandhurst, Aryeh Nusbacher, en la batalla de las Ardenas Hitler gastó una cantidad de recursos que luego no pudo reemplazar. «Lo que implicó que, poco después, cuando los soviéticos se lanzaron sobre Berlín, los alemanes no tenían con qué hacerles frente».

De los 600 000 soldados norteamericanos que intervinieron en la batalla de las Ardenas, 20 000 murieron, 20 000 fueron capturados y 40 000 resultaron heridos. Las bajas alemanas superaron a las estadounidenses. El cuartel general del mariscal Von Rundstedt calculó que la Wehrmacht perdió unos 120 000 hombres, 600 tanques, 1600 aviones y 6000 vehículos. Hombres y equipos casi imposibles de reemplazar para Alemania en esta etapa de la guerra.

La defensa de Bastogne personificó el espíritu de resistencia aliado. El general Eisenhower condecoró a la unidad que la defendió, la 101.ª División Aerotransportada, desde entonces conocida en el ejército americano como *The Battered Bastard of Bastogne* («los vapuleados hijoputas de Bastogne»), y destacó el magnífico coraje, la riqueza de recursos y «la determinación implacable de esta fuerza gallarda que mantiene la más alta tradición de nuestro ejército». Según James Megellas, de la 82.ª División Aerotransportada, «sacó lo mejor de nosotros, la devoción al deber, la lealtad a la causa, la resistencia del espíritu humano, el arriesgar la vida por tu compañero y luchar juntos. Sacó a

relucir las mejores cualidades de la humanidad en las condiciones más difíciles». Los hombres corrientes que defendieron el frente en las Ardenas cumplieron su papel con extraordinario valor.

Tras la guerra fueron encarcelados alrededor de quinientos soldados del VI Ejército Acorazado SS, incluidos el general Josef «Sepp» Dietrich y el comandante de las SS Jochen Peiper. Se les acusó de dar la orden de ejecutar a los prisioneros norteamericanos en la matanza de Malmedy. El resultado de todo aquello fue que 42 soldados fueron condenados a muerte y 28 a cadena perpetua. Peiper debía morir en la horca, a lo que él se negó, y pidió ser fusilado. Sin embargo, más tarde se descubrió que los investigadores del ejército norteamericano habían usado torturas físicas y psicológicas para conseguir los testimonios que acusaban a los oficiales. Las confesiones habían sido falsas e ilegales y se creó una comisión especial para investigar los juicios. El resultado fue que tuvieron que conmutarse las sentencias de muerte. Dietrich fue liberado en 1955 y Jochen Peiper en 1956, tras pasar diez años en la cárcel. En 1976, Peiper fue asesinado en Francia en un atentado con bomba, reivindicado por un desconocido grupo que se autotitulaba «los vengadores».

Bastogne no ha olvidado nunca aquella trágica batalla, y varios monumentos en la ciudad recuerdan a todos aquéllos que dieron su vida por la libertad del pueblo belga y la paz en el mundo.

26

BATALLA DE INCHON

Fecha: 15 de septiembre de 1950.

Fuerzas en liza: Fuerzas estadounidenses y de quince países, bajo la bandera de Naciones Unidas, contra el ejército norcoreano.

Personajes protagonistas: El general Douglas MacArthur, el general Walton Walker, el general Edward Almond y el presidente Syngman Rhee. El presidente Kim Il-sung y el mariscal Choi Yong-kun.

Momentos clave: La formación del Perímetro Pusan, la toma de la isla de World of Life-do (Wolmi-do) y la reconquista de Seúl.

Nuevas tácticas militares: El inicio del rearme nuclear que caracterizará a toda la Guerra Fría. Se enfrentaron aviones a reacción de ambos bandos por primera vez en la historia.

En 1950, la Guerra Fría se calentó cuando el dictador comunista norcoreano Kim Il-sung invadió la proamericana Corea del Sur. Para detenerlo, el general norteamericano Douglas MacArthur ideó un temerario y audaz plan de desembarco en la ciudad portuaria de Inchon para rechazar al ejército invasor hacia el norte. Al igual que en la batalla de Normandía durante la Segunda Guerra Mundial, en Inchon el desembarco anfibio fue de vital importancia. Las consecuencias estratégicas de este enfrentamiento afectaron a la continuación de la guerra de Corea. A partir de Inchon, los norcoreanos empezaron una rápida retirada a sus líneas de abastecimiento. Los soldados norteamericanos, apoyados por las tropas internacionales de la ONU, llevaron a los invasores de regreso al otro lado del paralelo 38°. Después de esta batalla las cosas ya no volverían a ser igual para las tropas del dictador Kim Il-sung.

Hasta 1945 la península de Corea estuvo bajo el protectorado japonés como consecuencia de la victoria nipona en la guerra de 1904-1905 contra Rusia. Cuando Japón la perdió, tras su derrota en la Segunda Guerra Mundial, fue

ocupada por la URSS y Estados Unidos, tomando como línea de división el paralelo 38º conforme a las decisiones de Potsdam. En 1948, cuando el gobierno soviético ya había retirado sus tropas, la polarización política e ideológica de la Guerra Fría impidió la reunificación de Corea, que quedó partida en dos estados: Kim Il-sung pasó a ser primer ministro de la República Democrática Popular de Corea, con capital en Pyongyang, e instaló una dura dictadura comunista en el norte; Syngman Rhee estableció una dictadura pronorteamericana en Corea del Sur y puso su capital en Seúl. Sin embargo, Kim Il-sung no desistió de su idea de unir ambos países, aunque esto supusiera la invasión del vecino del sur.

En el verano de 1950, la confusión reinaba en gran parte de Asia. El triunfo de la revolución comunista en China el 1 de octubre de 1949 alteró completamente el equilibrio geoestratégico en ese continente. En la península de Corea —con Estados Unidos en pleno repliegue de sus tropas— los dos regímenes estaban radicalmente enfrentados. Kim Il-sung, fanático y engreído como pocos dictadores del siglo XX lo fueron, gobernaba el norte con mano de hierro. «Era el hombre que daba todos los pasos, tomaba todas las decisiones y manipulaba tanto a los chinos como a los soviéticos para que le apoyaran», mantiene el teniente general del Cuerpo de Marines estadounidense, Bernard Trainor.

COMUNISTAS CONTRA CAPITALISTAS

El 25 de junio de 1950, 135 000 norcoreanos cruzaron el paralelo 38º e invadieron Corea del Sur. Muy rápidamente ocuparon la mayor parte del país, dando comienzo a un conflicto entre el norte (comunista) y el sur (capitalista) que duraría hasta el 27 de julio de 1953. Fueron tres años de choques fronterizos entre dos regímenes rivales, cada uno apoyado por potencias extranjeras. En cierto modo, muchos historiadores se refieren a este conflicto como a una guerra civil. Pero también fue parte de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Es más, en Corea se produjo el primer encontronazo bélico entre ambos, iniciándose una etapa de conflictos internacionales —y una competencia ardua y feroz— que duraría hasta la caída del Muro de Berlín.

El ataque sorpresa del ejército norcoreano, al mando del mariscal Choi Yong-

kun, usando equipo soviético, tuvo un éxito aplastante. En unas setenta y dos horas, las tropas llegaron a los arrabales de Seúl, que fueron atacados con el bombardeo de artillería, morteros y lanzagranadas y se convirtieron en un humeante mar de llamas. Los cazas norcoreanos Yak-9 recorrían el cielo sin oposición y atacaban numerosos centros estratégicos. El gobierno surcoreano de Syngman Rhee se tuvo que trasladar a Taejon. Una verdadera oleada de refugiados taponaba las carreteras en dirección al sur.

En pocos días, las fuerzas surcoreanas —mal equipadas, sin carros de combate ni aviones y con muy escasa artillería— ya estaban en total retirada. «Se trató de una versión asiática de la guerra relámpago, al estilo de las de la Wehrmacht en la guerra mundial. Los norcoreanos entraron en oleadas por la frontera y empujaron al ejército surcoreano», explica Bernard Trainor.

Ante el ataque, los noventa y cinco mil soldados de las Fuerzas Armadas de Corea del Sur y el pequeño grupo de quinientos militares norteamericanos que quedaba en el país se refugiaron a las afueras de Busan (Pusan), la segunda ciudad más grande de Corea y el más importante centro marítimo (el único puerto utilizable en todo el país por buques de gran calado), situada en el extremo de la costa sureste de la península. Allí se estableció una zona de resistencia conocida como «Perímetro Pusan», al mando del general Walton Walker. Se trataba de una franja de terreno que, en dirección norte-sur, tenía 145 kilómetros a lo largo del río Nakdong, y de este a oeste ocupaba 97 kilómetros en dirección al mar del Japón, y que obligaba al ejército norcoreano a alargar sus líneas y dificultaba el abastecimiento de sus tropas.

Corea del Sur recurrió a Naciones Unidas en busca de ayuda. Para Estados Unidos se trataba de un país remoto del que ya había declarado «no tener ningún interés estratégico». Así, según explicó Henry Kissinger, su utilidad principal era demostrar que toda agresión seria castigada. Tampoco permitiría una conspiración comunista inspirada por Moscú… aunque la realidad era muy distinta. Y es que Stalin tenía mucho más que perder en una guerra que Estados Unidos, país con un potencial nuclear mucho mayor que el soviético.

Washington consiguió un mandato del Consejo de Seguridad de la ONU para dirigir un ejército que hiciera frente a la agresión norcoreana. La Unión Soviética no pudo ejercer su derecho de veto, ya que en esas fechas boicoteaba con su ausencia esta organización como protesta por el rechazo de la mayoría de

la Asamblea al reconocimiento de la República Popular China.

El presidente de Estados Unidos Harry Truman puso al general Douglas MacArthur, héroe de la Segunda Guerra Mundial, al mando de las fuerzas estadounidenses en el Pacífico y de las operaciones en Corea. En aquellos años era el militar más admirado de Estados Unidos, una figura absolutamente legendaria, casi mítica, con fama de excelente estratega. La historiografía actual es, sin embargo, más crítica con MacArthur, al que algunos autores tildan de megalómano, fatuo, oportunista y más atento a la política y la publicidad que a la estrategia. Su apresurado avance por Corea del Norte hacia la frontera china, pese a las advertencias en contra, llevaría a las tropas estadounidenses a una posterior retirada desastrosa.

Para repeler el ataque, se ordenó a la VII Flota y a la Fuerza Aérea del Extremo Oriente todo el apoyo posible. En ese primer momento, se dispuso de cuatro divisiones carentes de armamento de apoyo.

EL AUDAZ PLAN DEL GENERAL MACARTHUR

El 7 de julio, MacArthur asumió el mando de las fuerzas de la ONU y se inició el traslado de tropas a Corea. Su primer acierto para dar la vuelta al desastre con que se encontró fue aprovecharse de una ventaja psicológica: los soviéticos no esperaban la participación de los norteamericanos y, por tanto, ignoraban hasta dónde podía llegar su ayuda a los surcoreanos. Stalin no interpretó la concentración de fuerzas occidentales como una medida defensiva, sino como un pretexto para el choque con Estados Unidos que él siempre había previsto y que siempre trató de evitar. Los dirigentes soviéticos y norcoreanos interpretaron que detrás se aproximaría una fortísima ofensiva norteamericana e, intentando evitar un desafío directo y total, optaron por no continuar avanzando hacia Busan (Pusan). Así, la llegada de las primeras fuerzas terrestres procedentes de Estados Unidos y el refuerzo de nuevos escuadrones aéreos que venían de Japón lograron detener el avance norcoreano, cuando éstos casi dominaban toda la península.

Una vez detenida la invasión, el segundo paso del general MacArthur consistió en contraatacar rápidamente, para lo que la zona de la ofensiva era crucial. Necesitaba bloquear la línea de abastecimiento del ejército norcoreano

para obligarlo a retirarse hacia el norte. «La idea de Douglas MacArthur era atrapar a los norcoreanos entre el puente de Nakdong y la llanura de Inchon. Cogerlos en medio y aplastarlos», señala Bernard Trainor. «Se trata de la clásica maniobra envolvente; desde el punto de vista de MacArthur, con esta táctica, se podrían salvar cien mil vidas», afirma Seth Jacobs, profesor de Historia en el Boston College y autor de *US Intervention in Southeast Asia*.

MacArthur comenzó a hacer planes para una invasión en la ciudad portuaria de Inchon, en la costa occidental de la península de Corea, 30 kilómetros al oeste de Seúl y segundo puerto más importante del país, por detrás de Busan. Pero los más altos mandos del ejército de Estados Unidos se opusieron a la idea porque era logísticamente complicada. Según asegura Bernard Trainor, «desde el Estado Mayor conjunto hasta los expertos en operaciones anfibias, todos dijeron que el plan no funcionaría». La oposición del jefe del Estado Mayor conjunto, Omar Bradley, fue rotunda. Mientras, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Collins, y el comandante supremo de la Flota, almirante Sherman, sólo se opusieron de manera parcial.

Lo cierto es que Inchon estaba lleno de retos. Las mareas cambiantes —en seis horas el mar bajaba hasta once metros— sólo darían unas horas a las tropas para desembarcar. El único canal navegable era estrecho y tortuoso y muchos de los numerosos arrecifes, escollos e islotes no estaban señalados en las cartas náuticas. La falta de playas forzaría a los hombres de MacArthur a escalar altos acantilados. Además, los accesos por mar estaban vigilados y, posiblemente, las zonas de aproximación estuviesen minadas. Las posiciones enemigas parecían inexpugnables. «El lugar —dice el profesor Seth Jacobs— tenía todas las pegas imaginables».

Parecía un plan imposible pero, precisamente por eso, MacArthur estaba seguro de que funcionaría y fue capaz de convencer a sus superiores. En palabras de Seth Jacobs: «Todas las razones que se daban de por qué iba a ser un fracaso eran para MacArthur razones para que fuera un éxito. Los norcoreanos nunca esperarían que los norteamericanos o sus aliados de Naciones Unidas intentaran un desembarco allí. Por ese motivo saldría bien».

El 28 de agosto, la junta de jefes de Estado Mayor de la ONU aprobaba la operación. China ya había comenzado a mandar ayuda a los norcoreanos y parecía dispuesta a entrar abiertamente en el conflicto. Había que reaccionar con

rapidez. Por parte de la ONU se unieron a las tropas estadounidenses las de otros quince países: Australia, Nueva Zelanda, Bélgica, Canadá, Colombia, Etiopía, Filipinas, Francia, Grecia, Países Bajos, Luxemburgo, Reino Unido, Sudáfrica, Turquía y Tailandia, que formaban el Grupo de Operaciones Especiales Smith, cuyo mando fue confiado al laureado general MacArthur.

Tres meses después de la invasión de los norcoreanos, se puso en marcha la Operación Chromite. Básicamente, consistía en desembarcar a los marines detrás del enemigo en Inchon, muy alejados del frente, y avanzar hacia el este cortando las líneas de suministros enemigas con objeto de debilitar y dividir las fuerzas enemigas.

MISIÓN: ESPIAR AL ENEMIGO

Antes que nada, MacArthur necesitaba información detallada sobre el lugar de desembarco. Para obtenerla, optó por enviar a un infiltrado para que recopilase los datos precisos. Manejó varias posibilidades. Podía infiltrar a un aliado de Corea del Sur que se hiciera pasar por comunista, pero su dialecto podría descubrirle entre los norcoreanos. Descartó la posibilidad de utilizar a un desertor de Corea del Norte porque no era seguro confiarle esa información de alto secreto. Al final, decidió mandar a un experimentado oficial de inteligencia de Estados Unidos al que confió la totalidad del plan de invasión con la misión de reunir la mejor y mayor información sobre Inchon.

El 1 de septiembre, el teniente y agente del servicio de inteligencia Eugene F. Clark fue enviado a la zona de estudio junto a dos oficiales de Corea del Sur —el teniente de la Marina Youn Joung y el coronel de contrainteligencia Ke-Jun—. Aterrizaron en Yonghung y, durante un par de semanas, observaron clandestinamente las playas para conseguir información sobre la dureza de la arena; la profundidad y la estructura de los campos de minas; la localización de sus búnkeres y defensas; el horario de las mareas; la altura de los diques… Trabajaban por la noche y se ocultaban por el día y, de esta forma, consiguieron una valiosa información para asegurar que la flota de invasión fuera lo menos obstaculizada posible.

Sin embargo, pocos días antes de que tuviera lugar la invasión, MacArthur

precisaba una maniobra de distracción para atraer la atención hacia otro lugar, además de evitar que Clark fuera descubierto. ¿Qué podía hacer para desviar la atención del adversario en Inchon? Podía mandar por radio un mensaje señuelo, pero no había ninguna garantía de que fuera tomado en serio por los norcoreanos. Otra posibilidad era reunir todos los barcos de la Armada cerca de cualquier otra ciudad, pero si situaba los buques en alta mar se dividiría la fuerza de la flota, dejando más vulnerable a Inchon. Así que optó por realizar un falso ataque en otro lugar, en el participarían sólo unos pocos marines, con el fin de confundir y engañar a los norcoreanos y hacerles creer que éste sería el punto de la invasión norteamericana.

El ataque despiste de MacArthur tuvo lugar en Kunsan, una ciudad al sur de Inchon y a 240 kilómetros al sur de Seúl. En la madrugada del 12 de septiembre, un pequeño contingente de marines desembarcó en Kunsan, entablaron un combate con fuerzas de Corea del Norte y luego se marcharon. «Los norcoreanos no llegaron a reaccionar del todo. Estaban concentrados en tomar Busan, donde estaban replegadas las tropas de Naciones Unidas», indica Bernard Trainor. Además, a fin de distraer la atención del enemigo tuvieron lugar bombardeos y reconocimientos aéreos en otras zonas situadas en las costas este y oeste de la península.

ATACAR LA RETAGUARDIA ENEMIGA

Gracias a la información recopilada por Eugene Clark, la invasión MacArthur estaba preparada. Objetivo: estrangular la acometida comunista cortando su retaguardia. Los trabajos de planificación recayeron en el Grupo Conjunto de Operaciones y Planes Estratégicos (JSPOG) del cuartel general de MacArthur del Extremo Oriente. La columna vertebral de la fuerza de asalto sería el X Cuerpo de Ejército, al mando del general Edward Almond, jefe de Estado Mayor de MacArthur, en el que se agruparon la 1.ª División de Marines y la 7.ª División de Infantería, estacionadas en Japón.

En la madrugada del 15 de septiembre, setenta mil hombres de todas las fuerzas armadas estadounidenses, con la 1.ª División de Marines como punta de lanza, iniciaron la operación de desembarco en Inchon. Tenían dos opciones para

aproximarse: las rápidas y rocosas aguas del canal de Flying Fish («Pez Volador») o las más lentas pero bien protegidas aguas del canal del Este. Debido a que navegar por este canal era muy arriesgado, ya que la flota podría caer en una emboscada, optaron realizar la aproximación al puerto por vía del canal de Flying Fish, donde existía un pequeño faro que les permitió la navegación nocturna por las peligrosas aguas minimizando los riesgos.

El teniente Clark y sus hombres fueron los responsables de encender el faro de Flying Fish. Utilizando su luz como guía, la potente flota estadounidense se encaminó hacia Inchon. Años después, Clark obtuvo la Estrella de Plata por su «valentía e intrepidez notoria» en la obtención de «información vital de inteligencia». También se le otorgó la Legión del Mérito.

El primer obstáculo que los marines encontraron en su camino hacia Inchon fue la isla de World of Life-do (Wolmi-do), controlada por Corea del Norte. Un enérgico ataque de los destructores estadounidenses arrasó la isla, dejando desmanteladas las fortificaciones y los emplazamientos artilleros. «Cuando los norteamericanos tomaron World of Life-do la isla era esencialmente un cascarón ennegrecido, quemado y arrasado por el napalm. Los pocos defensores norcoreanos que lograron sobrevivir a los intensos bombardeos en la isla estaban aturdidos y desorientados ante la llegada de los marines. Fue una verdadera sorpresa para ellos», indica Seth Jacobs.

A las 6.59 de la mañana, apoyados por los cañonazos de los buques de guerra desplazados frente al puerto, las lanchas de desembarco, con quinientos marines, se lanzaron sobre Inchon. Las primeras tropas en desembarcar, en Playa Verde, encontraron mínima resistencia. A las ocho, el general MacArthur y su Estado Mayor, en el acorazado *Mount MacKinley*, recibían este informe: «Ha desembarcado la primera oleada de infantes de marina y ha establecido una cabeza de puente sin sufrir una sola baja».

Después, la marea bajó. Durante la bajamar, el cieno penetraba hasta tres kilómetros en el puerto y la corriente alcanzaba una velocidad de hasta seis millas náuticas. La diferencia entre pleamar y bajamar podía llegar a los once metros. La flota tuvo que salir del puerto para evitar quedarse varada en el barro. Mientras los marines desembarcados esperaban a que la marea volviera a subir y regresaran los barcos, eran muy vulnerables a un contraataque desde una calzada elevada que corría a lo largo de Inchon. «Fueron momentos absolutamente

insoportables para estos infantes de marina. Debían esperar doce horas con los nervios a punto de romperse hasta que llegasen los refuerzos», explica Seth Jacobs. Y si los norcoreanos atacaban, «había un verdadero peligro de que volvieran a hacerse dueños del terreno», asegura el doctor Duncan Anderson, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst. Así que la infantería de marina levantó una barricada para defenderse de un posible ataque… que nunca llegó. A las 19.19 horas, en la segunda subida de la marea, desembarcaban las fuerzas del X Cuerpo de Ejército.

CIENTOS DE BARCOS VARADOS

El desembarco anfibio tenía, además de la resistencia norcoreana, a un gran enemigo. Con las rápidas subidas y bajadas de las mareas, aquellos barcos corrían el riesgo de quedarse varados en el fango y ser atacados antes de que los marines pudieran desembarcar. «Si ocurría esto, la invasión podría acabar en un enorme desastre», explica Duncan Anderson.

En Playa Azul, al sur, las cosas no fueron tan fáciles como el desembarco durante la mañana en Playa Verde. Para luchar contra las mareas cambiantes, a las cinco y media de la tarde, se decidió encallar los barcos, al tiempo que el 1.er Regimiento de Marines desembarcaba protegido por el fuego de la Armada, manteniendo así a los norcoreanos ocupados durante la descarga.

Una vez en la orilla, trece mil marines escalaron los diques y asaltaron las posiciones norcoreanas. En muy poco tiempo aplastaron a los hombres de Kim y tomaron Inchon. «Cualquier desembarco anfibio ante cualquier tipo de defensa es muy difícil. Sin embargo, en aquella ocasión fue bastante sencillo debido a la poca resistencia que encontraron», indica Seth Jacobs. Engañados por la maniobra de despiste de MacArthur, el ejército norcoreano fue tomado por sorpresa. Según el teniente general Bernard Trainor, una vez invadida, «Inchon se dio por perdida por los norcoreanos. Entonces, su principal objetivo se centró en reforzar las defensas en torno de Seúl».

La infantería de marina había cubierto todos sus objetivos iniciales. Al amanecer del día siguiente, estaban listos para avanzar hacia sus objetivos finales: el aeropuerto de Kimpo y la capital, Seúl. El único recurso que le quedó

a Kim era enfrentarse allí a las fuerzas norteamericanas. Pero los norcoreanos no iban a permitir que la conquista de Seúl resultase tan fácil. Los veinte mil soldados que componían la guarnición soportarían la enorme potencia de fuego norteamericana… hasta morir.

En la mañana del 16 de septiembre, el combate terrestre se calentó. El ejército norcoreano mandó doce tanques T-34 contra los marines de Inchon. Luchar contra estos carros de combate de fabricación soviética fuertemente blindados fue muy peligroso, ya que pudieron arrasar a la infantería norteamericana con su gran potencia de fuego y su movilidad. Para detenerlos no era posible utilizar la artillería de gran calibre de la Armada porque se corría el riesgo de alcanzar a los marines por error. Así, utilizando cohetes y bombas de napalm lanzados desde los cazas Vought F4U *Corsair*, los T-34 volaron en pedazos.

HACIA LA RECONQUISTA DE SEÚL

Para completar el plan de invasión, MacArthur decidió no avanzar rápidamente por toda la península de Corea evitando, de esta forma, aumentar los riesgos que hubiera supuesto ampliar el frente de ataque. Optó primero por la captura de Seúl como símbolo de que los norcoreanos estaban perdiendo la batalla. «Decidieron tomar Seúl costara los que costara con el fin de devolver la capital, aunque fuera simbólicamente, al gobierno surcoreano. Era una forma de conseguir el reforzamiento de la identidad nacional de Corea del Sur», explica Bernard Trainor.

El 17 de septiembre, el general MacArthur reunió a sus fuerzas. En su aproximación a la ciudad, el día 20, primero tomaron Kimpo, un aeropuerto clave entre Inchon y Seúl, pero al entrar en la capital se encontraron con una resistencia feroz. «La toma de Seúl fue una cruel batalla urbana. Costó numerosas víctimas civiles y militares y destruyó por completo la ciudad», señala Bernard Trainor. El 27 de septiembre, después de diez días de lucha feroz, se reconquistó Seúl quedando el ejército norcoreano virtualmente aniquilado. MacArthur había perdido 536 hombres frente a los 21 000 norcoreanos muertos o capturados.

Tras el éxito en Seúl, las fuerzas surcoreanas y de Naciones Unidas situadas cerca de Busan empezaron a avanzar hacia el norte cortando los suministros al grueso de las tropas norcoreanas. Fue el golpe final para el tambaleante ejército de Kim, que comenzó a retirarse. «Hubo una retirada de combate, no una retirada indisciplinada —indica Seth Jacobs—, pero se alejaron hasta el paralelo 38º y Corea del Sur, a todos los efectos prácticos, había recuperado la integridad territorial. Es decir, el objeto inicial para la implicación de Estados Unidos en la guerra se había cumplido».

Al destruir el último bastión de la resistencia comunista, los marines norteamericanos retomaron el edificio del Capitolio en Seúl. Se izó la bandera de Corea del Sur y a su lado —dado que el esfuerzo contra la invasión se puso en marcha en virtud de Naciones Unidas— ondeaba una bandera de la ONU para honrar a las tropas extranjeras que lucharon en la liberación del país. Aunque la bandera de la ONU era lo suficientemente neutra como para satisfacer a todos, «irritó a los estadounidenses. Ellos habían combatido duramente y su bandera no llegó a izarse», explica Bernard Trainor.

El 29 de septiembre, el general MacArthur encabezó una emotiva ceremonia en Seúl. «Con lágrimas corriendo por su cara, MacArthur devolvió simbólicamente Seúl a Syngman Rhee en el edificio del Gobierno», señala el profesor de Historia del Boston College Seth Jacobs. Su arriesgado plan había sido un éxito y le había proporcionado una victoria imposible que seria la última que obtuvo MacArthur.

La ONU pidió a las fuerzas de Corea del Norte la rendición, pero la respuesta fue que, si traspasaban el paralelo 38º, China intervendría. El 10 de octubre de 1950, las tropas internacionales de Naciones Unidas invadían Corea del Norte haciendo que China entrase en el conflicto. Mientras la URSS se abstuvo de participar directamente en la guerra, Mao vio en Corea una buena oportunidad de convertirse en una potencia militar independiente de la URSS y decidió enviar más de 500 000 voluntarios. El 16 de octubre las tropas chinas atacaban cruzando los tres puentes estratégicos sobre el río Yalu que sirve de frontera entre los dos países.

El 19 de octubre Pyongyang, capital de Corea del Norte, fue capturada y una división estadounidense alcanzó la frontera china. Las operaciones aéreas comenzaron el 8 de noviembre, produciéndose la primera confrontación entre

reactores de la historia: un grupo de F-80 fue atacado por un grupo de seis Mig-15 chinos. El ejército chino, bastante bien armado, comenzó una gran ofensiva el 25 de noviembre, que obligó a retroceder a las tropas de la ONU otra vez hasta el paralelo 38º. El ataque chino fue incontenible, los norteamericanos no pudieron detener semejante avalancha y el 4 de enero de 1951 los chinos entraban en Seúl.

En marzo de 1951, un contraataque de la ONU liderado por Matthew Ridgway dio un nuevo giro a la situación en favor de los aliados. La guerra prosiguió en una situación de empate técnico durante dos años más, sin moverse ya de los alrededores del paralelo 38º.

UN CONFLICTO SIN SOLUCIÓN MILITAR

Después de Inchon, la guerra de Corea duró aún tres años y costó miles de vidas estadounidenses y millones de coreanas. Pero el audaz plan de contraofensiva de MacArthur evitó un proceso lento y sangriento en la península coreana. «Gracias a esta operación se evitaron más de cien mil muertes entre los soldados norteamericanos», afirma el profesor Seth Jacobs. El plan de MacArthur fue un éxito cuando no parecía posible y frenó la invasión de Kim Il-sung. «El desembarco de Inchon fue una operación clásica: un movimiento de inflexión desde el mar que destruyó al enemigo de un solo golpe», concluye el teniente general del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, Bernard Trainor.

MacArthur fue relevado del mando por el presidente Harry Traman, en abril de 1951, por sus discrepancias públicas con la política presidencial. Un mes antes, con los chinos en Seúl, MacArthur propuso como solución definitiva el bombardeo atómico. Traman se asustó y optó por destituir al militar más condecorado de la historia de Estados Unidos.

En enero de 1953, la presidencia de Estados Unidos fue ocupada por el republicano Dwight Eisenhower. En marzo falleció Stalin y la jefatura de la Unión Soviética fue ocupada por Gheorghi Malenkov, lo que propició las negociaciones de paz.

El 27 de julio de ese mismo año, con un saldo de más de tres millones de muertos, se firmó el armisticio en Panmunjon, dejando a la península dividida

hasta nuestros días en un estado comunista en Corea del Norte y uno capitalista en Corea del Sur. La división que serpentea el paralelo 38º sigue siendo la frontera más militarizada de la Tierra, uno de los pocos lugares del mundo donde la Guerra Fría aún no ha concluido. Todo es como en 1950… pues la guerra de Corea, en la que sólo se ha firmado un armisticio, no un tratado de paz, al menos oficialmente todavía no ha terminado.

27

GUERRA DE LOS SEIS DÍAS

Fecha: Del 5 al 11 de junio de 1967.

Fuerzas en liza: Fuerzas armadas de Israel contra las de Egipto, Jordania y Siria.

Personajes protagonistas: El presidente egipcio Gamal Abdel Nasser (Yamal Abd al-Nasir). Los generales Yitzhak Rabin y Yeshayahu Gavish y el general de brigada Mordejai Hod.

Momentos clave: La destrucción de la fuerza aérea egipcia en tierra, las confrontaciones en el Sinaí egipcio, la franja de Gaza, Cisjordania, la ciudad vieja de Jerusalén, el canal de Suez y los Altos del Golán.

Nuevas tácticas militares: Según informes de la CIA, Israel tuvo por primera vez dos bombas nucleares y el primer ministro Eshkol incluso ordenó que fueran armadas sus ojivas. No se llegaron a utilizar.

El 5 de junio de 1967, Israel dio un impresionante golpe de efecto que supuso el inicio de la guerra de los Seis Días. En pocas horas el ataque aéreo israelí devastó la fuerza aérea egipcia. Los combates tuvieron lugar en tres frentes contra tres ejércitos árabes: los de Egipto, Jordania y Siria, pero a Israel le bastaron seis días para derrotarlos. La guerra fue un paseo militar para el Tsahal, el ejército israelí. Fue, para muchos expertos, la victoria más aplastante de los anales de los conflictos bélicos. En tan sólo ciento treinta y dos horas, Israel llegó a cuadriplicar su territorio al ocupar la península del Sinaí, Cisjordania, Gaza, los Altos del Golán y Jerusalén oriental. ¿Cómo logró esta pequeña nación una de las más sorprendentes victorias en la historia?

En 1947 Naciones Unidas estableció un plan para la división del mandato británico en Palestina en dos estados, uno judío y otro árabe, dejando a Jerusalén y Belén bajo control internacional. El plan fue rechazado por los países árabes y comenzó la primera guerra árabe-israelí. En 1948 los ejércitos árabes perdieron la guerra que Israel califica de guerra de independencia. Ocho años después, en 1956, Francia y Gran Bretaña invadieron Egipto tras la nacionalización del canal

de Suez por Nasser, lo que fue aprovechado por Israel para invadir a su vez la península del Sinaí, aunque la presión de Estados Unidos y Francia hizo que los tres países se retirasen. Tras esta crisis de Suez, los cascos azules de la Fuerza de Emergencia de Naciones Unidas (UNEF), separaron a las tropas egipcias e israelíes en un marco de paz muy inestable, al tiempo que las dos superpotencias Estados Unidos y URSS iban consolidando sus posiciones antagónicas en Oriente Próximo.

Durante los años sesenta, Israel había experimentado un gran crecimiento aumentando su producto interior bruto y su comercio exterior y con una industria en una constante expansión. Por su parte, los países árabes vecinos se habían armado fuertemente con material soviético, lo que aumentó su capacidad de enfrentarse de nuevo a Israel, esta vez con más garantías que en los dos conflictos anteriores.

A principios de junio de 1967, las tensiones en la zona fueron en aumento. La tercera guerra árabe-israelí parecía inevitable. El 18 de mayo de 1967, el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser pidió al entonces secretario general de la ONU, U Thant, la retirada de las fuerzas de interposición de Naciones Unidas estacionadas entre Egipto e Israel. En un ambiente de creciente tensión, Egipto recibió el apoyo soviético y de los demás países árabes, mientras que Estados Unidos apoyó a Israel, que se enfrentaba a la sombría perspectiva de una invasión simultánea de sus vecinos Egipto, Siria y Jordania.

La superioridad numérica de soldados, tanques y aviones de combate estaba a favor de la combinación de ejércitos árabes. «La opinión general en el mundo árabe era que Israel era fácil de derrotar. Que esa guerra iba a ser como un paseo militar para nosotros. Sin embargo, en contra de la mayoría de las expectativas, sucedió lo contrario. En menos de una semana, Israel había vencido a los países limítrofes», explica el analista árabe Mohamed Shokeir.

El Tsahal (Fuerzas de Defensa de Israel, que incluyen Ejército, Aviación y Marina) bajo el mando de su jefe de Estado Mayor, el general Yitzhak Rabin, ocupó el Sinaí egipcio, la franja de Gaza, Cisjordania, la ciudad vieja de Jerusalén y los Altos del Golán, pasando de tener un territorio de poco más de 20 000 kilómetros cuadrados a 102 400, y como diría el militar y político israelí Moshé Dayán: «Llegando a los lugares a los que el pueblo [judío] había añorado por miles de años». Aquella victoria todavía tiene un impacto duradero en la

política y la geografía de la región, y es en la actualidad el elemento esencial del conflicto palestino-israelí.

PRIMER DÍA: ISRAEL PREPARADA A CONCIENCIA

El 5 de junio de 1967, a las ocho menos cuarto de la mañana, comenzó la guerra que ha supuesto la mayor victoria militar de Israel. Una guerra que representó el final del sueño de una gran nación árabe: el panarabismo, que encarnaba el presidente Gamal Abdel Nasser. Un año antes, Egipto había impulsado una alianza militar con Siria y, apenas unos meses antes, el rey Husein de Jordania y el presidente Nasser habían firmado un acuerdo de defensa mutua en El Cairo. A partir de entonces, Nasser comenzó a mostrarse provocador al pedir a las naciones árabes destruir Israel.

En aquella época, el coronel Yo'ash Tsiddon era jefe de operaciones de la Heyl Ha'Avir o Fuerza Aérea de Israel. Casi cinco décadas después este militar no alberga ninguna duda sobre los planes bélicos árabes de aquellos días. «Una coalición militar entre Egipto y Siria estaba dispuesta a atacar, al menos, en dos frentes a Israel. Los egipcios lo intentarían por el sur, a través del desierto del Sinaí, y los sirios, por el norte, en los Altos del Golán. Y era posible que Irak y Jordania añadiesen su peso a la fuerza árabe», afirma.

Israel empezó a temer la posibilidad de ser eliminado por sus vecinos. Por tanto, la mejor forma de defensa sería, con la ventaja de la sorpresa, adelantarse con una gran ofensiva. Un ataque preventivo, que supuso numerosos problemas. «Los israelíes no podían permitirse el lujo de poner todo su ejército al mismo tiempo contra egipcios, jordanos y sirios. Debían concentrar su fuerza actuando contra un enemigo cada vez», señala Aryeh Nusbacher, experto de la Real Academia Militar de Sandhurst.

De hecho, Israel no tenía posibilidades de vencer en una campaña convencional, ya que las fuerzas opositoras le superaban con creces. Para ganar necesitaría obtener la superioridad en el cielo. Primero seria un enfrentamiento entre las fuerzas aéreas de ambos bandos. Después, podrían luchar cada uno con sus fuerzas de tierra, pero los israelíes gozarían de una superioridad aérea aplastante.

En 1964 el equipo de Yo'ash Tsiddon organizó un plan poco ortodoxo, un plan que estuvo clasificado como secreto durante más de cuarenta años en el que se revela cómo Israel pensaba lograr esa superioridad aérea. «La idea era bombardear las pistas de aterrizaje egipcias, jordanas y sirias. El objetivo principal sería mantener en tierra a las fuerzas árabes dañando las pistas de aterrizaje de forma que no fuesen fácilmente reparables y dejando cientos de aparatos sin poder despegar y fuera de combate en tierra», explica el coronel Tsiddon. En teoría, el plan era bueno, pero no estaban claras las posibilidades de éxito. «Ellos tenían más de cincuenta pistas y nosotros sólo contábamos con 206 aviones», añade Tsiddon.

Si tenemos en cuenta que la OTAN realiza, como máximo, tres misiones por avión en veinticuatro horas, las fuerzas aéreas israelíes no disponían de suficientes aparatos para destruir todos sus objetivos por sorpresa. «Un brillante oficial del Estado Mayor de la Fuerza Aérea de Israel realizó algunos estudios y se dio cuenta de que podría tener preparado un avión para realizar una misión de seis a ocho minutos», explica el británico Aryeh Nusbacher. Así, todo dependería de la rapidez con la que el personal de tierra trabajara. «Realizaron muchos simulacros y ejercicios para recargar el combustible de los aviones y consiguieron hacerlo en siete minutos», señala Yalo Shavit, mayor del 105.º Escuadrón y uno de los principales pilotos israelíes a mediados de los años sesenta.

Si el personal de tierra trabajaba al límite, cada avión podría volar hasta cinco misiones en un solo día, pero el éxito de una operación de ese tipo representaba un enorme riesgo. Según Aryeh Nusbacher, «la Fuerza Aérea de Israel tenía que comprometer casi el ciento por ciento de sus activos aéreos. De hecho, no podría llevar a cabo casi ninguna otra tarea mientras destruían la fuerza aérea egipcia. Sólo un puñado de combatientes se quedaría atrás para proteger el territorio israelí. Un gran peligro, pero no una apuesta temeraria». Si la FAI podía alcanzar la supremacía absoluta del aire, le daría una casi completa libertad de acción a las fuerzas armadas israelíes.

«Los escuadrones —indica Yalo Shavit— teníamos las fotografías de la mayoría de nuestros objetivos. Cada piloto tuvo que aprenderse de memoria la dirección y los datos de las pistas de aterrizaje, la torre de control, el almacenamiento de bombas…». Durante más de dos años los israelíes se

prepararon para esta operación, cuyo nombre en clave fue *Moked*, que significa «objetivo» en hebreo. El personal de tierra compitió entre si para ver quién podría convertirse en el más rápido. Los pilotos entrenaron con modelos que reproducían la disposición de los verdaderos objetivos, donde constantemente probaron su capacidad para memorizar todos los detalles de la misión.

Los preparativos para la guerra en la parte árabe progresaban a un ritmo muy diferente. Según el analista Mohamed Shokeir, la explicación radica en que el ejército árabe siempre ha sido usado como «una herramienta para mantener la estabilidad política y nunca fue realmente preparado para un enfrentamiento serio con Israel».

Sin embargo, a pesar de la menos intensa preparación, el 23 de mayo de 1967, Egipto hizo el primer movimiento. El presidente Nasser, tras la retirada de las fuerzas de interposición de la ONU, desplegó sus tropas en el desierto del Sinaí y luego cerró el estrecho de Tiran. El acceso de Israel al mar Rojo fue cortado, estrangulando su actividad marítima. Oriente Próximo estaba al borde de la guerra. Los ejércitos árabes desplegaron en la zona unos 280 000 soldados, frente a los 75 000 hombres del ejército permanente israelí, organizados en siete brigadas de combate. Sin embargo, la auténtica fuerza militar de Israel residía en su ejército de reserva, de aún mejor calidad que el permanente, que comenzó a ser movilizado, con lo que sus fuerzas se elevarían a un cuarto de millón de hombres, estructurados en treinta y una brigadas, de las cuales ocho eran acorazadas y tres paracaidistas.

Pero el sábado 3 de junio todavía no se había producido ningún ataque judío y en los medios de comunicación aparecieron varias noticias que describían cómo muchos soldados habían sido enviados a casa para pasar el fin de semana y disfrutaban relajados con sus familias en un ambiente distendido.

Las apariencias engañaban porque, a las ocho menos cuarto del lunes 5 de junio de 1967, las Fuerzas Aéreas israelíes, bajo el mando del general de brigada Mordejai Hod, comenzaron el ataque masivo que destruyó gran parte de la Fuerza Aérea egipcia en tierra. «Cada piloto de la formación sabía exactamente dónde apuntar. Por suerte, ese día no había viento y las bombas fueron muy precisas a la hora de caer sobre sus objetivos», explica el piloto Yalo Shavit.

Todos los aviones de combate de Israel participaron en la ofensiva y sólo doce se quedaron para patrullar el espacio aéreo israelí. Los aviones de ataque

eran, en su mayoría, cazabombarderos Mirage III CJ de fabricación francesa. En la primera oleada, se lanzaron contra las nueve principales bases aéreas egipcias: dos cercanas a El Cairo, dos en la península del Sinaí, tres situadas en la zona del canal de Suez y otro par en Alejandría.

Aquel día, el primer objetivo del avión de combate Mirage del mayor del 101.º Escuadrón de las Fuerzas Aéreas israelíes Dan Sever fue Bir Tmada, una de las bases en el Sinaí. En el otro bando, el capitán de la 4.ª División Acorazada de Egipto Essam Deraz estaba acampado junto a la pista de aterrizaje. «Cuando oí ese extraño sonido de reactores, me desperté y salí de la tienda. Vi sorprendido dos Mirage. Fue una experiencia muy dura y completamente inesperada», recuerda Deraz. La fuerza aérea egipcia fue sorprendida y en la primera oleada de ataques «todos los aviones egipcios, las pistas de aterrizaje y los radares fueron destruidos», añade.

El plan israelí había funcionado perfectamente con pequeñas pérdidas para la FAI. «Yo diría que el éxito fue más allá de nuestras previsiones más optimistas», afirma el mayor Dan Sever. Tras volver a Israel y recargar en sólo siete minutos, la segunda oleada atacó otras cuatro bases egipcias y ocho estaciones de radar. Algunos de los aviones de la FAI también fueron contra objetivos sirios y jordanos. La operación tuvo tres oleadas principales ese día y varias de menor intensidad durante las jornadas siguientes. Tras el primer día de guerra, las fuerzas israelíes ya contaban con el deseado dominio aéreo.

LA SORPRESA ÁRABE Y EL TRUCO ISRAELÍ

¿Cómo fueron sorprendidos los egipcios de esa manera? Sólo dos días antes los israelíes habían declarado el estado de alerta. «Cualquiera en Londres podía leer el *Jerusalem Post* y comprobar que en cada capital árabe se sabía que el ejército israelí estaba realizando operaciones de entrenamiento», señala Aryeh Nusbacher. Según este experto, la decisión de enviar los soldados israelíes a casa durante el fin de semana fue un plan de distracción israelí con el fin de encubrir su enorme despliegue militar. Un truco para aparentar que Israel se mantenía al margen de la fuerte escalada militar árabe cerca de sus fronteras, que hizo que los egipcios relajaran la guardia.

Además, la elección de la hora también contribuyó, ya que en ese momento los pilotos egipcios se encontraban desayunando y sus aviones en tierra. Los manuales de planificación militar indican que el amanecer es el momento perfecto para un ataque. «Tradicionalmente es cuando se inicia una guerra. Si el ataque de este a oeste se hace por la mañana el sol deslumbrará los ojos del enemigo y el atacado estará en inferioridad de condiciones a causa de la poca visibilidad», explica Mordejai Kedar, experto del Begin-Sadat Center for Strategic Studies de Israel. Además, al amanecer, tras toda la noche en alerta, «la tensión baja, la gente va a desayunar, se cambian los turnos… y eres más vulnerable», corrobora Yo'ash Tsiddon.

Lo cierto es que los israelíes conocían perfectamente la rutina de trabajo en las bases gracias a su servicio de inteligencia. El Mosad había investigado los hábitos de sus enemigos. Según afirma Mordejai Kedar, habían detectado las redes de comunicaciones entre los aviones y tierra y escuchaban todos los movimientos que se realizaban. Sabían que a las ocho menos cuarto de la mañana era el mejor momento para pillar al enemigo lo suficientemente desorganizado y en estado de no alerta contra un ataque. A esa hora la casi totalidad de la Fuerza Aérea de Egipto estaba en tierra. Israel explotó esta debilidad. «Ésta fue la decisión más inteligente en la preparación de la guerra del 67», defiende el mayor Yalo Shavit. Si a ello se une el intenso entrenamiento realizado por sus pilotos, la ventaja de Israel fue enorme.

En Egipto, los aviones israelíes se acercaban en vuelo rasante sobre el Mediterráneo: a 500 millas por hora y a poco menos de 30 metros de altura, evitando el radar de vigilancia, los radares de otros cazas y las defensas antiaéreas. «Volábamos muy cerca del nivel del agua y esto es muy, muy peligroso», recuerda el mayor del 101.º Escuadrón de la FAI, Dan Sever. Además, en la acción fueron vitales los Super Mystére, el primer caza supersónico fabricado en Europa occidental por la firma francesa Dassault Aviation y bautizado por las Fuerzas Aéreas israelíes como Sambad. El 105.º Escuadrón Ha'aKrav (Escorpión), al mando del mayor Aarón Shavit, dispuso de 39 aviones operando desde las primeras horas de la Operación Moked y fueron duros contrincantes para los MIG-19 árabes en el combate.

Muchos pilotos completaron hasta cinco misiones la noche el 5 de junio, lanzando cohetes no guiados, bombas antipista y utilizando cañones DEFA de 30

milímetros, junto al misil infrarrojo Shafir I. En menos de doce horas la fuerza aérea egipcia fue prácticamente aniquilada. «Perdieron el 85 por ciento de sus aviones y eso significó que casi no tuvieran apoyo aéreo y que todas sus tropas de tierra quedaran desprotegidas en el desierto», indica Mohamed Shokeir. Sólo en las tres primeras horas de ataque, destruyeron en tierra 391 aparatos más otros 60 que fueron derribados en combate. Al final, las fuerzas israelíes derribaron un total de 452 aviones, de los quinientos con que contaban los egipcios, la mayoría de ellos en tierra.

Esa misma mañana del 5 de junio, mientras los reactores israelíes destrozaban la fuerza aérea árabe, el Mando Sur de Israel, a las órdenes del general de brigada Yeshayahu Gavish, avanzaba con sus tropas en el Sinaí, enfrentándose a siete divisiones egipcias, incluidos unos mil tanques.

En otro frente del conflicto estaba Jordania, que administraba Cisjordania y también estaba a cargo de Jerusalén oriental. Ese primer día, dieciséis cazas jordanos bombardearon varios puntos de la frontera e, incluso, alcanzaron posiciones en las afueras de Tel Aviv. Varias escuadrillas israelíes los interceptaron y siguieron: el que no fue derribado en el aire fue destruido en tierra mientras repostaba. Ninguno se salvó. También hubo enfrentamientos en el sector judío de Jerusalén. Los israelíes contraatacaron con el asalto al sector jordano de la ciudad, donde emplearon paracaidistas y medios acorazados, pero las tropas allí atrincheradas resistieron encarnizadamente durante dos jornadas.

SEGUNDO DÍA: ENTRAN EN COMBATE LOS TANQUES

Durante el 6 de junio, la FAI controlaba totalmente el espacio aéreo, por lo que pudo dedicarse a dar soporte y apoyo total a las fuerzas terrestres con sus aviones Mirage, Super Mystére y Ouragan. Israel comenzó a avanzar sobre el terreno. El teatro de operaciones fue el desierto del Sinaí, donde se encuentran las fronteras de Egipto e Israel. Una vasta extensión de terreno difícil, en gran parte con intransitables dunas de arena. La primera acometida fue por la franja costera del Sinaí en dirección a El Arish, un pueblo del litoral a unos treinta kilómetros de Gaza.

Los egipcios habían construido formidables defensas en el Sinaí. Así, un

choque directo habría sido potencialmente desastroso para los israelíes. Benny Michelsohn, experto en estrategia militar del Latrun Tank Museum (Israel), ha investigado durante años las tácticas y armamento que el Tsahal empleó para superar los obstáculos del terreno del Sinaí egipcio y sus fortificaciones. El plan hebreo era llegar a los flancos y la retaguardia egipcios de forma rápida y por sorpresa: «a pesar de que las dunas del desierto del Sinaí presentaban un grave obstáculo para los vehículos de ruedas, los israelíes fueron capaces de avanzar con relativa facilidad», sostiene Michelsohn.

En la década de los sesenta, los israelíes habían llevado a cabo experimentos en su propio desierto del Néguev. Los soldados estaban preparados en la conducción de vehículos a través de suaves dunas y a salir de la arena cada vez que se atascaban bajando la presión de los neumáticos. Así conseguían más tracción en las ruedas, lo que permitió al vehículo ganar impulso y moverse de nuevo. Una solución simple pero ingeniosa. El resultado fue que los israelíes avanzaron a través de áreas que los egipcios no esperaban.

Otro de los problemas a los que tuvo que enfrentarse en el desierto del Sinaí el ejército israelí fueron los tanques egipcios. En cuarenta y ocho horas, cientos de estos carros de combate fueron inutilizados por parte de Israel, que contaba con fuerzas mucho más pequeñas. «Cada división israelí en el Sinaí se enfrentó a dos divisiones. Detrás de esas dos divisiones árabes, había una división más de reserva. Israel luchó con una desventaja de tres a uno», señala Aryeh Nusbacher.

La clave de la superación de dicha desventaja estuvo en el dominio del terreno. Los tanques y vehículos blindados tenían un límite: «la pendiente de las laderas que pueden subir, que no puede ser superior a veinte grados», indica Benny Michelsohn. Los egipcios sabían que en el Sinaí había muchas dunas demasiado empinadas, así que organizaron sus defensas sobre la base de que un ataque se centraría en unos pocos caminos transitables a través del desierto.

Sin embargo, Israel convirtió esta situación desfavorable en un punto a su favor gracias al estudio del terreno, que le permitió encontrar vías de avance de tal manera que pudo atacar al enemigo desde la dirección que no esperaban. Michelsohn ha analizado un mapa de transitabilidad que muestra exactamente dónde los vehículos podían o no viajar. «El mapa es el resultado de muchos años de investigación. Lo más importante en él es la forma distintiva de codificación por simples colores. El color blanco indicaba que la vía era transitable. El color

oscuro, que no era posible pasar». De esta forma, el desierto del Sinaí no fue un obstáculo insuperable para los israelíes, que localizaron y establecieron las rutas por las que podrían pasar los vehículos militares. «A causa de una profunda y larga investigación de años, los israelíes conocían las posibilidades de utilizar el terreno en territorio enemigo mejor que el enemigo mismo», reconoce Michelsohn.

Una cosa era inevitable: al final, todo se iba a reducir a una feroz batalla de tanques en el Sinaí.

El arma blindada israelí estaba compuesta por ocho brigadas acorazadas, equipadas con 200 viejos carros de combate M-4 Sherman, reconvertidos en M-51 Super-Sherman, y otros 200 más modernos M-48 Patton con cañón de 90 mm, ambos de fabricación norteamericana; 250 carros pesados británicos Centurión Mark-V y Mark-VI, modificados con la incorporación de un cañón de 105 mm; 150 carros ligeros AMX-13 de origen francés y 250 cañones autopropulsados de 155 y 105 mm.

Israel optó por comprar carros Sherman utilizados en Europa durante la Segunda Guerra Mundial «a pesar de que en la posguerra se pensaba que era un arma inferior en relación con otros carros de combate en el mercado de entonces», señala el historiador David Fletcher, experto en carros y vehículos blindados del Tank Museum de Bovington (Gran Bretaña). «Los Sherman habían demostrado durante la Segunda Guerra Mundial su gran capacidad de adaptación y, por lo tanto, desde el punto de vista de los israelíes era un excelente medio para empezar a trabajar nada más crearse el Estado de Israel», apunta Fletcher.

Así, para mejorar el rendimiento en el desierto frente a los numerosos T54 y T55 —de fabricación soviética— que disponían egipcios y sirios, era imprescindible modificar y mejorar los Sherman. «Se cambió el cañón original de 76 mm por otro francés de 105 mm, con un alcance efectivo de mil metros», indica Benny Michelsohn del Latrun Tank Museum. Incluso se le dotó de mayor potencia de motor y se mejoró la movilidad al cambiar el material goma de las cadenas de oruga, que se ensancharon, y el blindaje, que se puso completamente nuevo incrementando su resistencia y rendimiento. El resultado fue que los tanques israelíes fueron un poco mejores que los egipcios y «cuando eres un poco mejor, aunque sólo sea un poco, que tu adversario es cuando puedes ganar», explica el experto británico Aryeh Nusbacher.

Hacia la noche del 6 de junio las fuerzas de defensa israelíes tomaban el control de la franja de Gaza (en manos de Egipto), Belén y Hebrón (pertenecientes a Jordania). A las treinta y seis horas del ataque israelí en el Sinaí, las divisiones blindadas egipcias recibieron la orden de retirarse. Muchos soldados egipcios no podían entender esa decisión. «La retirada fue lo peor que podíamos imaginar. Nada podría haber sido peor que esto porque no tuvimos posibilidad de luchar», afirma el capitán de la 4.ª División Acorazada egipcia, Essam Deraz.

Durante la retirada, los egipcios sufrieron miles de bajas y la pérdida de cientos de tanques. Los aviones israelíes deshicieron metódicamente uno a uno los tanques. «Los daños fueron más allá de lo que imaginábamos. Nunca pensamos que podríamos hacer tanto daño», reconoce el piloto judío Yalo Shavit.

¿Qué podría haber causado tal destrucción? Se ha especulado mucho con la utilización que Israel hizo de un arma aterradora: el napalm. «El napalm no es más que gasolina con adición de geles para que sea un poco más densa. La gasolina en su estado normal es un líquido fino, que forma delgadas gotas cuando explosiona. Por el contrario, el napalm es mucho más denso y cuando hay una explosión, forma grandes y densas gotas que pueden ir mucho más lejos que el líquido puro y, así, llegar al objetivo con más facilidad», indica Scott MacIntyre, experto en armas y explosivos. El napalm produce una enorme columna de fuego y una mayor propagación de la llama: treinta segundos después de su explosión gotitas del combustible aún están ardiendo. En el Sinaí se utilizó contra los egipcios obteniendo un gran potencial destructivo.

TERCER DÍA: TOMA DE LA CIUDAD VIEJA DE JERUSALÉN

Tres divisiones de Israel intentaban aislar a las fuerzas acorazadas egipcias en el centro del Sinaí e impedir que pudieran retirarse hacia el canal de Suez. A pesar de su gran resistencia, el miércoles 7 de junio, el ejército egipcio estaba neutralizado en el desierto. Las defensas egipcias en la zona de El Kusseima, Abu Ageila y Kuntilla se derrumbaron ante el arrollador avance de las fuerzas israelíes que destruían a todas las unidades que trataban de retirarse hacia el

oeste del canal de Suez tomando tres rutas a través de tres puertos de montaña. «Fueron atrapados en los tres pasos en el Sinaí y se convirtieron en un blanco fácil para la fuerza aérea israelí», explica Mohamed Shokeir. Mientras, una brigada de infantería de reserva, junto a blindados y paracaidistas, atacó y tomó Gaza.

El capitán de la 4.ª División Acorazada egipcia Essam Deraz recuerda ese día: «Vimos como la explosión de una bomba atómica, de repente el fuego por todas partes. Todo el cielo estaba de color negro y rojo. Incluso, cuando lo pienso en la actualidad me parece espantoso… Quedó todo atrapado por el fuego y el humo negro… Fue terrible. Cientos de tanques y camiones egipcios se sumieron en un infierno».

El enorme calor de principios de junio parecía no influir en el avance israelí, que no mostró ninguna señal de disminuir. La infantería y los paracaidistas estaban desde hacía tiempo preparados para una operación en pleno verano, en perfectas condiciones para seguir adelante frente a un calor abrasador.

En 1959, el médico de la Fuerza de Defensa israelí Esdras Sohar y un equipo de médicos militares llevaron a cabo un experimento con un grupo de soldados: consistía en someterlos a largas marchas por Israel en pleno agosto, el mes más caluroso del año. «Hasta 1959, el ejército utilizaba para una expedición un litro de agua por soldado y día. En nuestro estudio comprobamos que una persona en una zona muy caliente, si trabajaba físicamente, la cantidad de sudor que puede evacuar es de unos veinte litros al día. Así que para compensar la deshidratación propusimos que bebiera un litro de líquido cada hora», cuenta el doctor Sohar.

Los beneficios de la ingesta regular quedaron pronto demostrados y, después del experimento de 1959, se modificaron los reglamentos de agua en el ejército judío: de un litro de agua por soldado/día, a un litro por hora en situaciones de marcha. Los casos de insolación y deshidratación prácticamente desaparecieron. «Napoleón dijo que el ejército camina sobre el estómago. Tal vez esto sea cierto en Europa. En Oriente Próximo el ejército camina sobre el agua», indica Esdras Sohar.

Así, cuando llegó la guerra en 1967 los israelíes sabían que asegurar el abastecimiento de agua sería de vital importancia. Esto contrastó notablemente con la situación de los árabes. «Durante la retirada, el ejército egipcio no llevó la suficiente cantidad de agua. Miles, quizá decenas de miles de soldados egipcios

murieron en 1967 debido a que perdieron a sus unidades y se les cortó el suministro de agua», sostiene Esdras Sohar. «Tenían que caminar doscientos kilómetros. No dormían, no tenían comida ni agua, ni medicinas… Nada en absoluto. Es probable que, en el Sinaí, los egipcios sufrieran más bajas por el calor que por la acción del enemigo», asegura el capitán Essam Deraz.

El miércoles 7 de junio, las tropas israelíes que luchaban en Ramallah y Nablus se unieron empujando a los jordanos hacia el oeste hasta llegar al río Jordán. Cisjordania estaba en manos de Israel. También ese día, la Armada israelí se hizo con el control del estrecho de Tiran, quedando restablecida la libre navegación para Israel. Además, tras dos días de lucha y con numerosas bajas, los soldados israelíes celebraron la toma del Muro de las Lamentaciones, el más importante lugar santo del judaísmo, situado dentro de la Ciudad Vieja, en Jerusalén Este, convirtiéndose en uno de los días más memorables en la historia de las armas judías. Por primera vez en veinte años, un rabino hizo sonar el *shofar* (instrumento ritual hecho con un cuerno de carnero) ante el Muro. Con la victoria, Israel se expandió en Jerusalén de los siete kilómetros cuadrados que tenía a setenta.

Desde ese día y hasta hoy los políticos israelíes se refieren a la ciudad como «Jerusalén, la capital eterna e indivisible de Israel» y es su capital oficial, a pesar de no ser reconocida internacionalmente como tal. Desde la visión judía, cuando el Tsahal conquistó la ciudad vieja y la parte oriental en 1967 —que Jordania había ocupado en 1948— fue la «liberación» de Jerusalén. Desde el punto de vista árabe, Jerusalén es el corazón de Palestina y del mundo árabe y la localidad religiosa más antigua e importante para ellos. *Al-Quds lena* o «Jerusalén para nosotros» se ha convertido en el lema constantemente repetido en distintas partes del mundo árabe.

CUARTO DÍA: EL SINAÍ CAE Y SE ALCANZA EL CANAL DE SUEZ

Los desesperados intentos egipcios para retirarse del Sinaí quedaron anulados por el ataque de las fuerzas acorazadas y, sobre todo, a causa de las operaciones llevadas a cabo por las Fuerzas Aéreas israelíes. Así, el 8 de junio, la FAI destruyó cientos de vehículos egipcios que trataban de cruzar el Sinaí en sus

convoyes y el paso de Mitla se convirtió en un inmenso cementerio militar egipcio. De nuevo los israelíes lograron desangrar las fuerzas militares egipcias de una forma rápida y eficaz.

Todo el Sinaí estaba bajo poder israelí cuando llegaron al canal de Suez las tropas hebreas, donde izaron su bandera. La situación era tensa, ya que nada impedía a los judíos avanzar por Egipto hasta llegar a El Cairo. El presidente Nasser diría más tarde: «Carecíamos de defensas en el lado oeste del canal de Suez. Ni un solo soldado se hallaba entre el enemigo y la capital. Estaba totalmente abierta la carretera de El Cairo. La situación egipcia era como la de los ingleses en Dunkerque».

Mientras Egipto se hallaba sumido en el colapso militar, las Fuerzas Aéreas jordanas, compuestas de 34 aviones de combate, prácticamente habían desaparecido y con ellas su presencia militar en la guerra.

Este día se produjo un grave incidente. El buque de espionaje electrónico *Liberty*, que portaba bandera norteamericana y navegaba por la costa norte del Sinaí para seguir el conflicto de cerca, fue confundido con *El Quseir*, un barco de carga egipcio. Según la versión israelí, debido a la errónea identificación, la fuerza aérea junto con lanchas torpederas atacaron el buque durante setenta y cinco minutos, cuando estaba en aguas internacionales y en un día claro y de gran visibilidad. Murieron 34 marineros y hubo 172 heridos. Al principio se sospechó que el ataque fuera premeditado para evitar que a través de ese buque se filtrase información referente al ataque sorpresa a los Altos del Golán. Las conversaciones entre algunos pilotos que participaron en el combate salieron a la luz y se pudo confirmar que realmente se equivocaron. Estados Unidos cerró la investigación aceptando la versión y las disculpas israelíes, aunque los historiadores no tienen claro hasta qué punto fue realmente una confusión.

QUINTO DÍA: SIRIA ENTRA EN ACCIÓN

El viernes 9 de junio, los egipcios fueron expulsados a través del canal de Suez. Israel había capturado Jerusalén y Cisjordania, después de dos días de dura lucha. Con Egipto y Jordania controlados, entre los vecinos árabes sólo quedaba Líbano —país que, aunque se unió al clamor general que exigía la guerra, no

había tomado parte activa en la lucha durante los días precedentes— y Siria, el más inmediato instigador de la acción bélica y su más decidido defensor. Sin embargo, enfrentarse directamente a los sirios implicaba serios problemas con la URSS, sus principales suministradores de material bélico. Las íntimas relaciones que existían entre Moscú y Damasco representaban un alto riesgo de una intervención directa de la URSS en la guerra.

El 9 de junio, al ser el único país en rechazar el alto el fuego propuesto por la ONU, se iniciaron confrontaciones militares a lo largo de la frontera en represalia por los ataques con artillería desde los Altos del Golán, que no habían cesado desde la creación del Estado de Israel en 1949. De esta forma, el teatro de la guerra se desplazaba a la frontera nordeste con Siria: a los Altos del Golán, una zona montañosa de vital importancia.

Los sirios gozaban de enormes ventajas tácticas y topográficas en la zona. Habían fortificado sus posiciones durante años y, además, ya no era posible ningún ataque por sorpresa israelí. Los sirios «utilizaron el terreno rocoso y escarpado de los Altos para la construcción de tres líneas de fortificaciones cuya conquista, incluso escalándolas, era muy difícil», explica Benny Michelsohn. Para tener alguna posibilidad de éxito, los israelíes debieron concentrar todas sus fuerzas disponibles. «Los israelíes ya habían acabado con los frentes en Egipto y Jordania y desviaron todo su poder al frente sirio. Éste fue un factor fundamental a favor de Israel», indica el analista árabe Mohamed Shokeir.

Los Altos del Golán fueron para Israel la parte más difícil de la guerra de los Seis Días. «El Golán está cubierto de grandes rocas de basalto, rocas volcánicas que se convirtieron en trampas naturales para los tanques», señala Aryeh Nusbacher. Debido a la peculiaridad del terreno, la lucha se produjo cuerpo a cuerpo, ya que los blindados eran tremendamente vulnerables, en especial cuando subían pesadamente por los pronunciados desniveles.

Después de cuatro días de sorprendente éxito, la guerra estaba resultando muy costosa para Israel. Uno de los más difíciles objetivos fue el búnker de Tel Fahr, un desconcertante conjunto de trincheras cubiertas de hormigón, lleno de soldados sirios fuertemente armados y decididos a resistir. La infantería tuvo que avanzar combatiendo de una a otra posición, casi siempre cuerpo a cuerpo. Las bajas fueron numerosas por ambos bandos. Las fuerzas acorazadas israelíes, finalmente, alcanzaron su objetivo con los dos únicos tanques intactos de todo

un batallón. «De los veintiséis tanques del batallón de blindados de la 8.ª Brigada se perdieron veinticuatro. Murieron trece soldados en la acción y unos treinta y tres fueron heridos», explica Benny Michelsohn.

Para tomar una posición tan fuertemente defensiva los comandos israelíes utilizaron las compactas Uzi de nueve milímetros de fabricación local (fue proyectada por Uziel Gal, comandante del ejército israelí en 1950), un subfusil diseñado para proporcionar gran potencia de fuego en distancias cortas. En el búnker Tel Fahr esta arma se topó con el legendario Kalashnikov, el AK-47. «El AK tiene la ventaja de que puede alcanzar el objetivo a largo alcance. Las Uzi sólo son letales en algo más de cien metros de distancia. Pero en Tel Fahr la precisión de largo alcance no fue un factor decisivo. Fue mucho más importante disponer de un arma pequeña, sencilla de manejar, fiable y segura, perfecta para los espacios pequeños», explica el experto en armas y explosivos Scott MacIntyre.

Frente a la facilidad de uso, la ergonomia y rapidez en cargar del subfusil Uzi, el AK-47 era poderoso, pero más lento para volver a la carga, incluso con frecuencia se atascaba. En opinión de Scott MacIntyre, «el AK exige mucho y es mucho más complicado porque tiene una palanca que hay que empujar hacia delante, una acción difícil… Es mucho menos intuitivo que la Uzi». De hecho, este experto sostiene que en el interior del búnker Tel Fahr y en muchos otros puntos del Golán, la ametralladora Uzi podría haber sido el factor que dio a los israelíes la victoria.

Tras una sangrienta lucha, con varias brigadas acorazadas y mecanizadas además de lanzamientos de paracaidistas desde helicópteros tras las líneas enemigas, a las veintisiete horas de lucha, los Altos del Golán estaban en poder de Israel, que tuvo numerosas bajas con batallones de carros mermados casi al completo.

UN ESPÍA JUDÍO ENTRE LOS ÁRABES

Gran parte de ese éxito israelí en el Golán se produjo por su capacidad de golpear a las ocultas posiciones de artillería siria. El descubrimiento de esas posiciones secretas se debe en gran medida a Eli Cohen, uno de los más famosos

espías de Israel, todo un mito en ese país. Cohen nació en Egipto, conocía a la perfección el árabe y, en 1961, después de vivir un año en Argentina para despistar, se trasladó a Siria —donde era conocido como Kamel Amin Tsa’abet, un hombre de negocios arabeargentino— reclutado como espía del Mosad, el servicio secreto israelí.

Tuvo una estrecha amistad con importantes militares del alto mando sirio, ganándose su insospechada confianza, incluso con el general Hafez al-Assad, entonces presidente de Siria —aunque hace unos años, él negó este extremo y dijo que nunca se había cruzado con el espía—. «Le dieron manos libres y el acceso a todas las posiciones. Incluso acompañó a comandantes a visitar los puestos en los Altos del Golán y conoció con detalle sus planes», cuenta el analista árabe Mohamed Shokeir. A él se le atribuye la transmisión de importante información para el ataque de 1967, como los nombres y códigos reales de los pilotos de las Fuerzas Aéreas sirias, además de información sobre lo que ocurría en la alta cúpula militar y política siria y de otros países del mundo árabe.

En enero de 1965 fue capturado en su casa de Damasco mientras enviaba un mensaje por radio debido a un problema técnico que causó que detectaran las ondas de su transmisor secreto, el cual según parece utilizaba con frecuencia y no sólo para transmitir información de inteligencia, sino para mantener conversaciones de menor trascendencia con Tel Aviv. Fue interrogado por la inteligencia siria, torturado y juzgado por un tribunal militar. «Pensé que el Mosad lo rescataría», dice su hermano Abraham Cohen. Los israelíes hicieron lo que estaba a su alcance para salvar su vida. Apelaron incluso al Papa, que hizo un llamamiento a favor de Cohen. Pero de nada sirvió.

El 18 de mayo de 1965, la familia Cohen vio con horror su ejecución ahorcado en una plaza pública de Damasco y transmitida en directo por la televisión siria. El cuerpo de Cohen estaba medio cubierto por una sábana blanca en la que se habían escrito los cargos y quedó colgado en la horca varios días. Fue enterrado en un lugar secreto todavía hoy desconocido. Israel y su familia continúan reclamando la devolución de los restos. Según recientes informaciones del diario israelí *Yedioth Ahronot*, ni siquiera los sirios saben dónde están: durante más de cuatro décadas se han cambiado tanto de lugar que se ha acabado perdiendo su pista.

Hay una leyenda que circula acerca de su labor de espía en Siria. Se cuenta

que después de la visita de Cohen a las posiciones de artillería en el Golán hizo una recomendación al alto mando sirio. «Dijo que los soldados estaban sufriendo bajas por las quemaduras del sol y el calor. Sugirió plantar árboles en cada emplazamiento de artillería como refugio para ellos. Y así lo hicieron. A los israelíes el lugar donde cada árbol crecía les sirvió de guía para conocer exactamente la posición de cada emplazamiento de la artillería enemiga», sostiene Aryeh Nusbacher, de la Real Academia Militar de Sandhurst.

¿Es una historia cierta? Cuarenta años después de la muerte de Cohen sus dos hermanos, Abraham y Maurice —que también trabajan para el Mosad—, fueron a los Altos del Golán en busca de pruebas. Allí encontraron lo que parecía haber sido una de las posiciones fortificadas sirias que visitó Eli Cohen. Este vasto complejo de búnkeres ocultos más de cuatro décadas después seguía intacto… bajo la sombra de un viejo árbol de eucalipto. El resto de las pendientes del Golán están prácticamente desnudas. Alrededor de los búnkeres los árboles todavía aportan su sombra. «Él envió a los militares israelíes los planes detallados de las posiciones y el número de tropas allí. De hecho, conocía casi todo acerca de las fuerzas sirias en la zona», asegura Mohamed Shokeir. Aunque Cohen falleció dos años antes de la guerra de los Seis Días sus informes sin duda influyeron en sus resultados. Al menos su leyenda continúa en pie en Israel.

SEXTO DÍA: TERMINA LA CORTA GUERRA PERO NO SUS CONSECUENCIAS

En la mañana del sábado 10 de junio, los sirios fueron expulsados de sus búnkeres en el Golán y las fuerzas israelíes, además, ocuparon Kuneitra, a sólo 65 kilómetros de Damasco. Siria aceptó el alto el fuego propuesto por Naciones Unidas. Los seis días de guerra habían terminado. En menos de una semana, Israel había derrotado primero a Egipto y Jordania y, a continuación, a Siria.

La guerra llegó a su fin a las seis y media de la tarde, cuando entró en efecto un alto el fuego decretado por la ONU. Israel —que cuadriplicó su extensión territorial— perdió 1100 hombres, mientras que Egipto sufrió la baja de 10 000, Siria de 2500 y Jordania de 700. La derrota que sufrieron las Fuerzas Armadas

árabes frente a Israel fue una verdadera sacudida para la conciencia del pueblo árabe.

En palabras de Benny Michelsohn: «La derrota árabe se produjo porque no supieron concentrar las fuerzas conjuntas contra Israel. Cada país luchó solo». Aunque los países árabes no combinaron sus fuerzas de manera eficaz, muchos soldados en el ejército egipcio creen, hasta el día de hoy, que no se les dio la oportunidad de hacer justicia en la batalla. Pero ¿podrían haber hecho mucho más frente a la supremacía aérea y a la puesta en práctica de nuevas tácticas militares por parte de los israelíes?

Las Fuerzas Armadas israelíes habían ganado siguiendo todos los principios clásicos de la guerra: velocidad, sorpresa, concentración, seguridad, información, ofensiva y, sobre todo, la formación y moral de las tropas. «Teníamos un plan, la formación adecuada y todo se llevó a cabo con mucha suerte», asegura el exjefe de planificación de las Fuerzas Aéreas israelíes Yo'ash Tsiddon. Gracias a años de formación, a una excelente planificación y a la labor de los servicios de inteligencia, Israel fue capaz de reducir al mínimo los factores que en esta guerra se dejaron al azar. No se improvisó nada. Cada detalle estaba planeado. «El factor decisivo fue la ejecución del plan a la carta, en base a medidas estrictamente militares y, además, no dejamos intervenir a los políticos», indica Tsiddon.

Pese a las protestas de la ONU y el desacuerdo de las grandes potencias, el Parlamento israelí acordó el 23 de junio la anexión de la parte árabe de Jerusalén. Naciones Unidas adoptó cuatro meses después la resolución 242, en la que se estipula que Israel debe retirarse de los territorios ocupados (según la versión francesa del texto) y de ciertos territorios ocupados (según la inglesa), y se afirma el derecho de cada nación en la región de vivir «en paz en el interior de fronteras seguras». Todavía hoy esto no es posible.

Terminada la guerra de los Seis Días, Israel tuvo un leve período de paz con sus vecinos árabes, hasta 1970, cuando falleció Nasser. Después, vino la guerra del Yom Kippur (del 6 al 25 de octubre de 1973), cuando el presidente egipcio Anwar el-Sadat lanzó una ofensiva que le permitió sentarse a negociar y recuperar de Israel la península del Sinaí cuatro años más tarde. Sin embargo, el Golán sirio sigue siendo hasta la fecha un territorio bajo el control de Israel, al igual que Jerusalén oriental y Cisjordania. Mientras, el Estado judío no ha dejado

de luchar con sus vecinos: cuatro guerras en el Líbano (1978, 1982, 1996 y 2006), varias intifadas, las demoledoras acciones de los «mártires suicidas de al-Aqsa»… Enfrente, el mundo musulmán está más alejado que nunca de la unidad debido a las constantes desavenencias entre proyectos políticos, que implican complejas relaciones de alianza y oposición, así como por la desmedida influencia de potencias externas.

28

OFENSIVA DEL TET

Fecha: 31 de enero de 1968.

Fuerzas en liza: Los ejércitos de Estados Unidos y de la República de Vietnam (Vietnam del Sur) contra el ejército de la República Democrática de Vietnam (Vietnam del Norte) y el movimiento guerrillero survietnamita del Vietcong o Frente de Liberación Nacional (NLF, por sus siglas en inglés).

Personajes protagonistas: El presidente norteamericano Lyndon B. Johnson; el secretario de Defensa Robert S. McNamara y el jefe de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, el general William Westmoreland. El general norvietnamita Vo Nguyen Giáp y el presidente Ho Chí Minh.

Momentos clave: El ataque a la embajada de Estados Unidos y los puntos neurálgicos de Saigón. Los enfrentamientos en Hué. Los combates en la base norteamericana de Khe Sanh.

Nuevas tácticas militares: Uso del helicóptero para disponer de movilidad necesaria en un país montañoso y selvático y también como plataforma de ataque.

En el otoño de 1967, en plena Guerra Fría, Vietnam era la guerra que debía librar Estados Unidos para demostrar al mundo que podía hacer frente a los rusos y a los chinos. En aquel año, Estados Unidos pensaba que estaba ganando esa lucha contra el comunismo en el pequeño país asiático. Eran los días en que el general Curtis LeMay quería bombardear Vietnam hasta «llevar el país a la Edad de Piedra». Sin embargo, un ataque sorpresa el 31 de enero de 1968, el día de Año Nuevo vietnamita, el Tet, lo cambió todo. El inicio del año 1968 dio al traste con todas las expectativas estadounidenses y demostró la tenacidad y perseverancia del pueblo vietnamita. La actuación de los medios de comunicación a lo largo de los siguientes meses y los secretos que se filtraron posteriormente acabaron por derrocar al presidente Johnson. Una de las lecciones del Tet fue cómo una derrota militar puede convertirse en una victoria política, en este caso a favor de Vietnam del Norte y el Vietcong. Los norteamericanos todavía tardarían siete años en retirarse, y la guerra no acabaría definitivamente hasta 1975, pero la ofensiva del Tet quebró la voluntad de los estadounidenses de pelear en Vietnam.

En enero de 1968, Estados Unidos tenía el ejército más poderoso de toda la historia. Pero el ataque por sorpresa del Tet por parte de los norvietnamitas fue una flecha que apuntó al corazón de la potencia estadounidense. En palabras del exsecretario de Estado Henry Kissinger: «La ofensiva del Tet sacudió la confianza pública en lo que estábamos haciendo». En esa ofensiva, que comenzó en Saigón y se extendió por otras ciudades, como en la antigua y bella capital Hué, el ejército estadounidense perdió 15 000 hombres y resultaron heridos 350 000, convirtiéndose en la batalla más decisiva de la guerra de Vietnam, contienda que enfrentaba desde 1958 a la República Democrática de Vietnam (Vietnam del Norte), aliada al movimiento guerrillero survietnamita del Vietcong o Frente de Liberación Nacional y apoyada logísticamente por China y la Unión Soviética, y a la República de Vietnam (Vietnam del Sur) con el apoyo militar y logístico de Estados Unidos.

Hasta ese momento, según indica el periodista A. J. Langguth, corresponsal de *The New York Times* en el Vietnam de aquellos días, «la gente apoyaba la guerra. Les habían vendido la idea de que era un baluarte importante contra el comunismo internacional. Valía la pena ganar la guerra en si». Lo cierto es que políticos, soldados y ciudadanos estadounidenses estaban convencidos de que era «una guerra justa», tal y como la calificaba el presidente Johnson y que el papel de Estados Unidos allí era fundamental. «El hecho de que estuviéramos dispuestos a luchar por un territorio que en el fondo no tenía una importancia vital para nosotros era una prueba de que lucharíamos por otros territorios que sí lo fueran, así como que la guerra contra el comunismo en el sureste asiático no se podía separar de la Guerra Fría en sí», explica el doctor James J. Wirtz, profesor de la Escuela Naval de Posgrado de Estados Unidos.

LA TEORÍA DEL DOMINÓ

En noviembre de 1967 el general Westmoreland, comandante en jefe norteamericano en Vietnam, regresó de un viaje a Vietnam diciendo que «ya se veía la luz del otro lado del túnel». Una declaración optimista para los estadounidenses, convencidos de que, si Vietnam caía ante los comunistas del norte, la victoria podría tener un efecto dominó y hacer caer al resto de Asia.

«Había varias zonas en el mundo en las que no se podía permitir el triunfo del comunismo, ya que significaría la muerte de la civilización occidental, y el sur de Vietnam era una de esas zonas», mantiene el periodista A. J. Langguth.

Los avances del comunismo preocupaban a Estados Unidos desde antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. Ya eran comunistas China, Vietnam del Norte, Birmania, Cuba y todas las naciones europeas bajo la ocupación soviética, y hablan estado muy cerca de serlo Malasia, Indonesia y Filipinas. Vietnam del Sur podría ser una pieza más de la constelación comunista, después podrían caer Camboya, Laos… y habla que evitarlo. «Si no paramos a los rojos en Vietnam, mañana estarán en Hawái y la semana siguiente en San Francisco», habla afirmado el presidente demócrata Lyndon B. Johnson dos años antes.

Al principio los asesores estadounidenses estaban allí para instruir al ejército de Vietnam del Sur en tácticas, mantenimiento de aviones y helicópteros y otras funciones auxiliares; pero no tenían permiso para intervenir en los combates ni contra las acciones de los guerrilleros. En julio de 1959 comenzaron los ataques a la base norteamericana de Bién Hóa y los primeros muertos. A partir de ahí, a principios de los sesenta, se incrementaron los ataques a los asesores cuyo número e implicación en el conflicto se incrementó notablemente durante la presidencia de Kennedy.

En 1964, año electoral en Estados Unidos, Johnson necesitaba mostrar una imagen de fuerza ante el comunismo que le permitiese ganar votos. El presidente decidió actuar con todo el poder de que disponía; aumentó la presencia militar en el país y permitió que realizaran operaciones fuera de los recintos de sus bases. Alegando como justificación el incidente de Tonkín contra el destructor *Maddox*, el 2 de agosto de 1964, inició una intervención abierta.

En marzo de 1965 desembarcaron en la base de Da Nang tres mil quinientos marines que se unirían a los 22 500 asesores que ya estaban en Vietnam del Sur. A finales del año ya eran más de cien mil los efectivos destinados en el país. Ese mismo año, comenzó la Operación Starlight, que arrinconó al Vietcong en la península de Noh Nang y, después, destruyó a los guerrilleros con todo el armamento a su alcance. La victoria estadounidense resultó contundente.

En el plan elaborado para ganar la guerra definitivamente en Vietnam, el presidente Lyndon Johnson y su secretario de Defensa Robert S. McNamara se planteaban una guerra de desgaste. «Había una sensación de que si matábamos a

suficientes vietnamitas, éstos terminarían por retroceder, que finalmente cederían y se someterían a la fuerza militar estadounidense. Ésa fue una de las percepciones a las que desafió la ofensiva del Tet», afirma el doctor Bernardo Attias, profesor de la Universidad de California.

UN AÑO DE PREPARATIVOS CLANDESTINOS

Al comenzar el Año Nuevo vietnamita de 1968, durante las vacaciones del Tet, el norte probó una estrategia innovadora y atrevida: un ataque por sorpresa, un asalto integral contra las posiciones de Estados Unidos. La planificación de la ofensiva fue meticulosa y llevaba tiempo preparándose. «Los norvietnamitas y el Vietcong probablemente pasaron un año introduciendo poco a poco y clandestinamente los suministros y armas a las posiciones del sur», indica el doctor James J. Wirtz.

Además de mantener distraídas a las fuerzas estadounidenses del objetivo principal con ataques en diferentes posiciones, durante meses, el Vietcong habla estado infiltrando pequeñas cantidades de fusiles, ametralladoras, granadas, explosivos y municiones, algunas de las cuales habían sido introducidas en el interior de ataúdes. Es más, cuando el alto mando comunista se reunió en Hanói para planificar los ataques del Tet, el servicio de Inteligencia de Estados Unidos percibió señales de que iba a pasar algo importante, pero creyeron que estaban planeando un acuerdo de paz, según ha quedado reflejado en un informe secreto del 20 de diciembre de 1967. Una vez más la inteligencia militar norteamericana no fue capaz de ofrecer información clara y concreta de lo que estaba pasando y lo que se avecinaba.

El año siguiente volvía a haber elecciones y Johnson predijo una victoria en la zona, con la confianza de que el triunfo bélico se reflejaría en su reelección en las urnas. Sus optimistas predicciones pronto caerían en saco roto. «El gobierno Johnson quería afirmar desesperadamente que estábamos ganando la guerra y había señales de que se avanzaba en esa dirección. Pero no todas aquellas señales indicaban lo mismo. Por eso lo que se propuso Johnson fue buscar pruebas definitivas para dejar claro a la opinión pública estadounidense que habla luz al final del túnel», señala James J. Wirtz.

El general William Childs Westmoreland, comandante en jefe de las operaciones militares estadounidenses durante la guerra de Vietnam entre 1964 y 1968, temía un posible ataque en una zona aislada cercana a la frontera con Laos, en el borde entre el norte y el sur de Vietnam: en la base de Khe Sanh, considerada fundamental para combatir a las unidades del ejército norvietnamita que se infiltraban por la ruta Ho Chí Minh y proteger la retaguardia de la zona desmilitarizada. Esta ruta —que fue bautizada con el nombre del primer presidente de la República Democrática de Vietnam— discurría por Laos y Camboya y en su mayor parte no era más que un conjunto de sendas y veredas utilizadas para transportar todo tipo de provisiones y soldados.

El coronel del Cuerpo de Marines John Kaheney entonces teniente en Vietnam, se enfrentó a los norvietnamitas allí y describía la base de combate de la siguiente forma: «Era una franja sobre una gran planicie en las montañas Annamitas, a unos diez u once kilómetros de la frontera con Laos. La meseta estaba rodeada de colinas pobladas de densa selva, donde la niebla flotaba, y con profundos desfiladeros. Las colinas alcanzaban una elevación de unos novecientos metros y estaban cubiertas de una combinación de hierba de elefante y de frondosa fauna de selva, lo que llamaban "canopia triple de flora de jungla". A veces tenías que meterte en un barranco de trescientos metros de profundidad y salir por el otro lado, llevando el peso del equipo… era como subir y bajar del Empire State. Y había que atravesar dos o tres barrancos de ese tipo al día».

Por sus especiales características no era de extrañar que el general Westmoreland considerase esta base de vital importancia. Así se preparó una pista de aterrizaje de varios kilómetros, numerosos hangares para helicópteros, un emplazamiento para varias piezas de artillería y morteros, además de protegerla bajo el radio de acción de los obuses de 175 mm.

En el bando contrario, el general norvietnamita Vo Nguyen Giáp desde agosto había comenzado a acumular tropas y pertrechos en los alrededores de Khe Sanh. A partir de diciembre de 1967, los hombres que patrullaban la zona comenzaron a ver algo que pocos soldados estadounidenses habían visto hasta aquel momento: militares del ejército norvietnamita, que no habían abundado hasta ese momento en el sur. La mayor parte del enfrentamiento había tenido lugar con los guerrilleros del Frente de Liberación Nacional, más conocidos como el Vietcong. «Los del Vietcong empleaban las mismas tácticas que

utilizaron contra los franceses. Como eran menos potentes, lo que hacían era diseminarse, atacar y correr. Algunos de los nuestros murieron en bombas trampa y otros por francotiradores. No era un enfrentamiento en el que supieras dónde estaba el enemigo. Raras veces llegabas a verlos. Te pasabas el día caminando, recorriendo aldeas, buscándolos pero sin encontrarlos», indica Thomas Dreyer, del Cuerpo de Marines de Estados Unidos.

KHE SANH, ¿UNA MANIOBRA DE DISTRACCIÓN?

El 30 de enero de 1968, Lance Machamer fue uno de los primeros estadounidenses en encabezar las fuerzas que se alinearon para repeler la ofensiva del Tet. Situado en un puesto de escucha, a unos 180 metros de la carretera, hacia las tres de la mañana, de repente, escuchó un mido. «Me parecía estar en medio de un atasco de tráfico: oía a la gente… Desperté a mis dos compañeros y les indiqué que cada uno cogiera dos granadas. Que cuando se lo dijera, las tiraran y que salieran corriendo. En la explosión alguno de los chicos dijo que había visto a gente. Sin embargo, había un completo silencio. Nadie nos disparó como respuesta. No sabemos si dimos a alguien, si se llevaron los heridos, si no quisieron dejar ningún rastro de que habían estado allí… Era el día anterior a la gran ofensiva y tal vez no querían que les descubriéramos o, simplemente, querían despistarnos».

Esa noche, una serie de grandes explosiones se produjeron en el polvorín de la base al ser alcanzado por una granada enemiga. Más de 850 toneladas de municiones y explosivos saltaron por los aires matando e hiriendo a varios soldados norteamericanos. La pista fue inutilizada. Se dio orden de tomar todas las colinas que podían cercar la base y comenzaron encarnizados combates.

De madrugada, los norvietnamitas atacaron con carros de combate que habían conseguido mover por la jungla. Los estadounidenses no podían salir de su asombro: nadie podía esperar armas pesadas en mitad de la selva. El masivo ataque de aviación, artillería y helicópteros artillados no llegó. Los norteamericanos tuvieron que seguir aguantando el ataque hasta que la posición fue auxiliada. Hubo que esperar a marzo para que la potencia de fuego y los bombardeos de los B-52 arrasaran las trincheras y las posiciones norvietnamitas.

Algunos historiadores mantienen la hipótesis de que Khe Sanh fue una maniobra de distracción para tener ocupados a decenas de miles de norteamericanos en un rincón perdido del país en lugar de participar en la ofensiva que estaba a punto de realizarse. Según esta teoría, el plan del general Giáp para una rápida victoria militar exigía ataques coordinados a objetivos cercanos a la frontera con Vietnam del Sur para atraer a las tropas norteamericanas lejos de las ciudades, donde el Vietcong lanzó violentos asaltos junto a las tropas norvietnamitas que se habían infiltrado poco a poco en áreas urbanas del sur.

De hecho, al mismo tiempo, mucho más al sur, miles de miembros del Vietcong infiltrados en las ciudades survietnamitas sacaron las armas de los escondites y se prepararon para atacar instalaciones clave en Saigón. Al tratarse del Tet, el Año Nuevo lunar vietnamita, habla un cese del fuego por todo el país. La guerra parecía muy lejana y casi todos los soldados survietnamitas estaban de permiso. Por todas partes había celebraciones con petardos que en pocos minutos quedarían apagadas por el ruido de los morteros y los lanzagranadas.

EL ATAQUE A LA EMBAJADA DE ESTADOS UNIDOS

Cuando los miembros del Vietcong salieron de sus escondites y comenzaron los ataques, todo el mundo pensó que las explosiones eran simplemente fuegos artificiales para celebrar el Año Nuevo. El Tet es una ocasión muy especial, como la Navidad o el Año Nuevo en Occidente: todas las familias se reúnen y en todas partes se respira un aire festivo; también en aquel año de guerra.

La señal para empezar los combates fue la lectura a través de Radio Hanói de un poema del presidente de la República Democrática de Vietnam (Vietnam del Norte), Ho Chí Minh. Tras la infiltración de los primeros elementos camuflados como civiles, la técnica de ataque adoptada por el Vietcong consistió en el ataque contra los centros neurálgicos de Saigón. Después, siguieron oleadas sucesivas de soldados desde el exterior de la ciudad, que se internaban y se atrincheraban en posiciones difíciles de atacar. Tras el sorprendente encuentro inicial, las unidades americanas y survietnamitas comenzaron el contraataque.

En Saigón estaban presentes el 716.º Batallón de la Policía Militar

estadounidense, una unidad de rangers survietnamita y algunos elementos de la policía nacional. Las unidades estadounidenses adiestradas para operar en campo abierto, con una mayor potencia de fuego y movilidad, se vieron obligadas a combatir a corta distancia entre laberintos de callejuelas, expuestas al tiro de los tiradores de élite enemigos, escondidos en todas partes.

En las primeras horas del 31 de enero, la ofensiva global norvietnamita cayó sobre treinta y seis de las principales ciudades del sur de país. En Saigón, el Vietcong lanzó, de forma simultánea, once batallones sobre los principales objetivos de la ciudad: el cuartel general del ejército, el palacio presidencial, la base aérea de Tan Son Nhut, la emisora de Radio Nacional… defendidos por unidades norteamericanas y survietnamitas, además de la embajada de Estados Unidos, asaltada por dieciocho miembros del Vietcong en una acción que sorprendió al mundo.

En el edificio de seis plantas de la embajada, que se alzaba en la zona central y residencial de Saigón, sólo había un puñado de marines montando guardia. A pesar de una orden de máxima alerta la noche del Tet, doscientos oficiales de Inteligencia de Estados Unidos asistieron a una fiesta en la ciudad, según se supo por los documentos de la Agencia Central de inteligencia (CIA), revelados en 1975.

El pelotón suicida se lanzó sobre los muros exteriores de la embajada. Dos policías militares estadounidenses fueron la primera resistencia real a la que se enfrentaron. Devolvieron los disparos y cerraron tras ellos las puertas de acero. El embajador Allan Wendt —entonces diplomático de servicio en la embajada— reconoce que en un primer momento las explosiones en la ciudad fueron confundidas por el ruido de los petardos de las celebraciones del Tet: «Al principio no les prestamos mucha atención. A las dos de la mañana oí una explosión tremenda y el ruido del derrumbamiento de un edificio. Después escuché el ruido seco de un AK-47 y de misiles chocando contra el edificio. Me di cuenta de que nos estaban atacando», recuerda Wendt.

El Vietcong logró superar el muro exterior y se preparó para irrumpir en el edificio principal, armado con lanzagranadas. Atravesó rápidamente la puerta frontal de la embajada, derribada con un lanzagranadas, que destruyó el escudo de Estados Unidos que colgaba en la entrada. Media docena de diplomáticos y de soldados formaron una barricada en el interior. «Fue una experiencia

verdaderamente terrible —cuenta Allan Wendt—, a lo largo de la primera hora no pensé que fuera a salir de allí con vida». En el primer enfrentamiento los dos policías militares, antes de morir, mataron por casualidad a los jefes del pelotón y sin ellos el equipo de asalto del Vietcong se sintió perdido e incapaz de penetrar en el edificio de la embajada. Con sus jefes abatidos, el resto de los guerrilleros se pusieron a cubierto en el exterior en cuanto llegaron los refuerzos norteamericanos.

A los marines les llevó seis horas hacerse con el control total del recinto. Una vez acabados los combates, el escenario era un verdadero infierno. El personal de la embajada, cubierto de sangre, era atendido por los médicos. Habla cadáveres diseminados por todas partes, cinco de ellos norteamericanos, pero la mayoría pertenecientes al Vietcong. Las paredes de la embajada estaban acribilladas a balazos. Mientras, la lucha por Saigón se había extendido por toda la ciudad.

«El complejo de la embajada, que era uno de los centros de ataque de esa mañana, estaba rodeado por una zona residencial donde vivían muchos de los corresponsales extranjeros. Los periodistas se levantaron por la mañana en mitad de la batalla, salieron de sus casas y se encontraron con un fuego cruzado entre los soldados norteamericanos y del Vietcong. Justo al doblar la esquina de la embajada había disparos en las calles y esa lucha fue la que cubrieron y mostraron al mundo en sus crónicas y artículos», explica Barry Zorthian, portavoz de la embajada de Estados Unidos en Saigón en el período 1965-1968.

El ataque a Saigón y a ciudades de todo el sur de Vietnam tuvo un gran efecto en los reporteros, sobre todo la imagen de la embajada de Estados Unidos asediada por el Vietcong. El simbolismo de aquel ataque fue enorme y los enfrentamientos que se extendían por la ciudad no hicieron sino aumentar la sensación de los periodistas de que las fuerzas estadounidenses podrían resultar arrolladas por esta ofensiva sorpresa.

Las cámaras de televisión mostraron al Vietcong combatiendo dentro de la embajada, lo que evidenció la brecha existente entre las declaraciones oficiales de optimismo acerca de la debilidad del enemigo y los hechos reales del campo de batalla. El enemigo que estaba a punto de ser derrotado se convirtió en un adversario capaz de colocar a los norteamericanos a la defensiva. Así, el hecho de que la ofensiva tuviera lugar después de repetidas aseveraciones oficiales de

victoria inminente hizo que la opinión pública se inclinara en contra de la guerra.

«Es una guerra en la que la televisión es un actor histórico muy potente. Nada habría sido igual de no haber existido la tecnología de la televisión. La visión del ejército norvietnamita entrando en la embajada de Estados Unidos en Saigón simbolizaba entrar en el centro del poder estadounidense, y lo pudimos ver por televisión», afirma Mary Corey, profesora de la Universidad de California. Para su colega, el profesor Bernardo Attias, «lo que vio la gente por la televisión fue un símbolo claro de que los estadounidenses no lo estaban haciendo tan bien… La realidad es que las tropas estadounidenses tardaron pocas horas en asegurar aquella embajada. El ataque del Vietcong fracasó. Perdieron, pero eso no importó. La imagen de la embajada atacada forma parte de la memoria que pervive».

EL LEVANTAMIENTO GENERAL

A lo largo del día 31 de enero, los enfrentamientos se multiplicaron cerca de Saigón, al mismo tiempo que decenas de miles de soldados norvietnamitas luchaban en diferentes localidades del sur de Vietnam. En entrevistas recientes, los exdirigentes norvietnamitas han empezado a desvelar los secretos de aquel ataque por sorpresa. «Tran Bach Dang, que fue el comisario de asuntos políticos de la ciudad y miembro del Frente de Liberación Nacional del Comité Central, había estado planificando el ataque desde mucho antes de que la ofensiva del Tet fuera aprobada por el Politburó de Hanói. Había estado viviendo en casas por todo Saigón. Según me explicó, tenía material en unas mil casas distintas; munición y resina, para que en caso de ser descubierto, siguiera habiendo suficiente armamento para sacar adelante un potente levantamiento», explica el periodista A. J. Langguth, corresponsal en Vietnam de *The New York Times*.

La clave del enfrentamiento fue la población survietnamita: los comunistas creyeron que podrían eliminar a los estadounidenses porque a su ataque le seguiría el levantamiento de unos dos millones de vietnamitas del sur apoyando su acción y eso provocaría la peor matanza de la historia militar de Estados Unidos. «La idea era que después de la batalla vendría un levantamiento general que demostraría a Johnson y al pueblo estadounidense que no los estaban

derrotando. Después, los vietnamitas del sur se echarían fuera de sus casas como muestra de gratitud… pero no fue así», cuenta A. J. Langguth.

«No comprendieron que la gente les temía. Además, tampoco esperaban que los norteamericanos arrasaran todo lo que encontraran a su paso justo en el centro de la ciudad. Era la primera vez que la gente vela helicópteros sobre los tejados, disparando cohetes contra las casas y los edificios. Si hubo algo que obró en contra del Vietcong fueron los helicópteros armados con cohetes. Calles enteras fueron reducidas a escombros y gran cantidad de civiles murieron junto a los miembros del Vietcong», recuerda el escritor Trang Van Duong, que vivía en Saigón cuando la ofensiva del Tet arrasó la ciudad.

Por todo el país, decenas de miles de guerrilleros del Vietcong y soldados norvietnamitas asaltaron las instalaciones clave del gobierno y del ejército. ¿De dónde procedían tantos combatientes? ¿Por qué Estados Unidos y el gobierno survietnamita no se percataron antes y fueron tan ciegos? La CIA ya trabajaba en el país antes del Tet. Las fuerzas de Estados Unidos interceptaron y distribuyeron el plan de ataque del Tet veinticinco días antes, pero lo pasaron por alto. «Tenían indicaciones en documentos incautados y en informes de interrogatorios a prisioneros según los cuales los norvietnamitas y los integrantes del Vietcong esperaban que la población del sur se levantara y apoyara la ofensiva del Tet con un levantamiento general. Existían informes de inteligencia que anunciaban una gran ofensiva comunista pero los descartaron porque eran demasiado increíbles», afirma el profesor de la Escuela Naval de Posgrado de Estados Unidos James J. Wirtz.

El 1 de febrero, los comunistas ya estaban dentro de Saigón; habían atacado 36 de las 44 capitales de provincia, cinco de las seis ciudades autónomas y 64 de las 242 capitales de distrito. Habían alcanzado los principales cuarteles, el palacio presidencial, el cuartel general, la emisora nacional de radio y varias embajadas, además de la de Estados Unidos. El general Giáp había sacado la guerra de la selva y la había llevado hasta las calles de las grandes ciudades y a los televisores de los norteamericanos.

Tras la sorpresa inicial, conforme se sucedían los enfrentamientos cerca de Saigón y en el sur, el gran levantamiento no llegó a materializarse. Los fanáticos siguieron luchando, pero los vietnamitas del sur no se unieron a ellos. Los soldados del sur resistieron el ataque con pocas deserciones y ganaron varias

luchas encarnizadas. La fuerza superior, el apoyo aéreo y la movilidad norteamericana empezaron a imponerse sobre los comunistas. En el sur, los miembros del Vietcong murieron en masa. Eran especialistas en la guerra de guerrillas y el ataque sorpresa, pero en los asaltos frontales y batallas convencionales resultaron ser un desastre. Después del Tet, el Vietcong nunca volvió a tener la potencia formidable de la que había gozado hasta 1967.

Pero para Estados Unidos la ofensiva también supuso el principio del fin: a pesar del rotundo fracaso del Vietcong desde el punto de vista militar, la iniciativa mostró las dimensiones reales del conflicto y la vitalidad de un enemigo que no parecía tener intención de rendirse tras casi tres años de guerra. La opinión pública comenzó a considerar inútiles tantos bombardeos y bajas. Muchos empezaron a dudar sobre las posibilidades de una victoria de Vietnam del Sur. Medio millón de soldados estadounidenses continuaban representando una fuerza aparentemente inamovible, pero los duros combates que siguieron ese año dejaron un mensaje claro y decisivo en el ánimo de todos: la retirada de las tropas norteamericanas era cuestión de tiempo.

LA MATANZA DE HUÉ Y LA OPINIÓN PÚBLICA

Hué está situada en la costa central del país, a mitad de camino entre la actual capital, Hanói, y Ciudad Ho Chí Minh (antigua Saigón). Había sido la capital de Vietnam de 1802 a 1945, cuando la dinastía Nguyen controló todo el Vietnam meridional. «Hué era la joya de Vietnam. tenía restaurantes y espectáculos y todo lo que llevábamos tanto tiempo sin ver. No teníamos ni idea de que estaba empezando la ofensiva del Tet. No esperábamos en absoluto que se produjera ningún combate en la ciudad. Pensábamos que íbamos allí a descansar. Pero de repente cambió la situación. Cruzamos el puente, y allí estaba, en la primera entrada a la ciudadela, había una bandera norvietnamita ondeando», cuenta Thomas Dreyer del Cuerpo de Marines.

Lance Machamer, también marine, participó en uno de los primeros enfrentamientos de Hué y lo cuenta así: «Cuando entramos en Hué, los miembros del Vietcong iban de uniforme, con cascos, SKS y AK-47 nuevos o casi nuevos (el SKS es el fusil semiautomático Simonov, y el AK-47 es el

famoso fusil de asalto automático Kalashnikov, ambos de diseño y fabricación rusa y reglamentarios en su momento en el ejército soviético, pero de uso muy extendido por todo el mundo de influencia comunista)… Iban tan bien equipados como nosotros o mejor. Nos dimos cuenta de que estaban en todas partes. Yo pensaba que nos superaban en cinco o diez a uno. Sin embargo, creo que si aquella noche hubiéramos sabido que eran cincuenta o cien contra uno, aquello sí que nos habría inquietado». Recuerda que el ataque a Hué fue una sorpresa para todos, incluso para los oficiales. «Fue una lucha de edificio en edificio. Podías ver al enemigo. Había líneas, defensas, sabías dónde estaba el enemigo y era cuestión de echarlos de allí». Y es que la guerra de Vietnam se distinguió por transcurrir sin la formación de las tradicionales líneas de frente, salvo las que se establecían alrededor de los perímetros de las bases o los campos militares.

Las fuerzas estadounidenses y survietnamitas estaban en minoría en Hué. La presencia survietnamita estaba limitada a una compañía de soldados y algunos elementos de enlace americanos. La unidad de marines más cercana estaba acuartelada en Phu Bai, doce kilómetros hacia el sur. Armados principalmente con fusiles automáticos AK-47, lanzagranadas y fusiles SKS Simonov, el ejército de Vietnam del Norte tomó Hué en unas dos horas. Los marines necesitaron casi un mes en volver a hacerse con la ciudad. «Lamentablemente, hacía mal tiempo… lo cual, al parecer, limitó nuestro apoyo aéreo y artillero. Finalmente pudimos terminar con dos regimientos del ejército norvietnamita», explica Lance Machamer.

Durante ese mes, el combate tuvo lugar calle por calle, casa por casa. El contraataque estadounidense daría inicio a uno de los enfrentamientos más largos y sangrientos de la guerra, y desvelaría una atrocidad norvietnamita de proporciones desmesuradas. La ciudad había sido tomada por militares del ejército norvietnamita que hablan perpetrado una matanza que Estados Unidos tardaría semanas en descubrir, de la que se hablará más adelante. Pero los norteamericanos tampoco tuvieron piedad. Para reducir su número de bajas, recurrieron a un masivo bombardeo aéreo que arrasó la ciudad. Las atrocidades cometidas por ambos lados contra la población civil marcaron uno de los episodios más terribles de la guerra. La ciudad no volvió a la «normalidad» hasta el 27 de febrero de 1968.

Una vez más, allí estaba la televisión, y las imágenes de los prolongados

enfrentamientos de Hué, o del «Sangriento Hué» como se le conoció, se convirtieron en símbolo del conflicto, representaron el caos y la tragedia del Tet.

Ese día se tomó una de las fotos más famosas de la guerra de Vietnam. Eddie Adams, fotógrafo de Associated Press, captó cómo el general Nguyen Ngoc Loan, jefe de la policía survietnamita, se acercaba a un prisionero y le disparaba un tiro a quemarropa en la sien. Adams recibió el premio Pulitzer por esa foto, que recorrió el mundo entero. «No importaba quién era aquella persona ni qué había hecho. Lo que se veía era un jefe imponente de la policía de Vietnam del Sur, que se supone que tenía que ser nuestro aliado, disparándole en la cabeza a alguien que tenía las manos atadas a la espalda. Adams sacó la fotografía justo cuando le disparó», señala Bernardo Attias, profesor de la Universidad de California. Fue una ejecución inmediata, sin juez ni jurado, que quedó grabada en la retina de millones de norteamericanos.

La imagen se convirtió en un símbolo de la guerra y fue adoptada por los grupos pacifistas. Representaba la incapacidad por Estados Unidos de controlar a un aliado, Vietnam del Sur, tan sangriento como el enemigo del norte. Sin embargo, el autor de la foto, que murió en el año 2004, nunca estuvo de acuerdo con esa interpretación. No es que justificara la acción del verdugo, pero la historia que hay detrás de la foto es más compleja. El hombre que muere era un miembro del Vietcong que acababa de matar a toda una familia, amigos de Loan. «Ahora sabemos que el general que le mató era una buena persona, y el fotógrafo Eddie Adams incluso después se hizo amigo suyo. Pero a pesar de todo eso, no importa. Lo que importa es la huella perenne que dejó aquella imagen tan brutal. Aquella foto convirtió a nuestros chicos en malos; eran igual de malos que los comunistas, y aquella imagen lo demostraba», explica el corresponsal entonces de *The New York Times* A. J. Langguth, autor de *Our Vietnam*.

Otro gran momento mediático de la ofensiva del Tet fue cuando Peter Arnett entrevistó al comandante de las tropas norteamericanas en Hué, quien acuñó una frase célebre: «Tuvimos que destruir la ciudad para salvarla». «Esto fue algo que el movimiento pacifista repitió una y otra vez para demostrar que el esfuerzo de Estados Unidos en Vietnam fue brutal, que era agresivo y dantesco. Es decir, que aquella idea de que estábamos destrozando ciudades para salvarlas no tenía sentido», cuenta A. J. Langguth. «Los estadounidenses —añade— no estábamos dispuestos a escuchar al ejército. Sentimos que nos habían engañado acerca del

éxito de la guerra».

Después, el poderoso periodista televisivo de la CBS Walter Cronkite condenó la guerra. Su decisión de meter cada día las sangrientas escenas de las batallas en los hogares del país ayudó a crear una conciencia nacional anti Vietnam entre el público y los gobernantes norteamericanos. Ahora se sabe que el presidente Lyndon Johnson llegó a comentar a sus ayudantes: «Si he perdido a Cronkite, he perdido a la clase media norteamericana».

Sin embargo, en opinión de algunos periodistas norteamericanos, una de las historias más importantes de los enfrentamientos en Hué ha pasado casi inadvertida. Tras semanas de lucha en la ciudad, según cuenta Lance Machamer, se descubrió un espeluznante secreto. «Me acuerdo que estaba en una de las zonas cerca del estadio, y había un olor insoportable. Corrí y vi a unos chicos trabajando. Habían encontrado fosas comunes. Según dicen, había entre dos mil y cinco mil cadáveres».

El general Thi Lam, del ejército de la República de Vietnam (Vietnam del Sur) entre 1950 y 1975, sostiene que cuando el Vietcong ocupó Hué ejecutaron a más de cuatro mil personas. «Aquella gente —corrobora— no quería colaborar con la llamada “revolución” y decidieron librarse de ellos». Así, en las primeras horas, decidieron asesinar a sangre fría a muchos implicados en el régimen de Saigón, desde administradores y funcionarios gubernamentales a policías o comerciantes, incluso a varios occidentales. «Cualquier persona de la que pensaran que podría ayudar al gobierno de Vietnam del Sur fue arrestada y asesinada», afirma Don Oberdorfer, corresponsal en Vietnam del *Washington Post*.

Incluso hoy, el gobierno comunista le resta importancia a aquellos asesinatos secretos. Las víctimas fueron asesinadas mediante disparo con arma de fuego, apuñaladas e incluso sepultadas vivas y en los siguientes meses se fueron descubriendo numerosas fosas comunes donde fueron enterradas. «Hubo mucha polémica sobre la veracidad de aquella matanza en Hué. Pero a mí no me quedó ninguna duda de que realmente asesinaron a tanta gente», añade Don Oberdorfer.

ARC LIGHT: LA GUERRA AÉREA

A unos ochenta kilómetros, en la base estadounidense Khe Sanh, el asedio duró setenta y siete días, durante los que los estadounidenses y survietnamitas se tuvieron que enfrentar a una fuerza enemiga descomunal. El alto mando de Estados Unidos realizó un esfuerzo enorme por mantener esa posesión en su poder y este asedio se convirtió en otra gran batalla de esta guerra. Mientras el ejército norvietnamita intentaba cercar Khe Sanh, Estados Unidos respondía con una nueva y aterradora fuerza llamada Arc Light, uno de sus sistemas armamentísticos más temido y avanzado. El Arc Light, según la propaganda de aquellos días, eran los aviones B-52, que iban a ganar la guerra y que a partir de febrero de 1968 participaron en el sitio de Khe Sanh.

Las fuerzas americanas, durante los denominados combates ciudadanos de Saigón y Hué, utilizaron los helicópteros Huey (UH-1H), de pequeño tamaño y gran velocidad y dotados de ametralladoras M-60 montadas sobre salientes laterales, imprescindibles en misiones de asalto.

Ahora, en la base de Khe Sanh el dominio aéreo también era fundamental. Entre junio de 1965 y agosto de 1973, los B-52 del Mando Aéreo Estratégico de Estados Unidos (SAC), desde las bases de Tailandia y Guam, en el Pacífico occidental, hicieron más de 126 000 salidas contra las tropas enemigas en Vietnam del Norte, Laos y Camboya. En febrero de 1968, Khe Sanh se convirtió en uno de sus objetivos fundamentales. Estos grandes aparatos (envergadura 56,39 metros; longitud de 49,09 m; altura 12,40 m, y 371,60 m^2 de superficie de alas), capaces de transportar miles de kilos de bombas en una sola misión, dejaban caer sus mortíferas cargas, las llamadas Iron Bombs, guiándose por el radar y a través de las nubes más espesas. Para las tropas del ejército norvietnamita y del Vietcong, se convirtieron en «la muerte susurrante», pues sólo se ciaban cuenta de la presencia de los aviones por el silbido de sus bombas. Durante el asedio a Khe Sanh, se introdujo una nueva técnica, denominada *Bugle Note*, en la que las formaciones de B-52, procedentes de la base de Guam, a doce horas de viaje, llegaban sobre la base de los marines a intervalos de noventa minutos, ataques que sirvieron para impedir la concentración del enemigo.

«Los marines tenían una confianza extraordinaria en su propio control aéreo. Aquellos chicos hicieron un trabajo increíble. Igual de importante, o incluso más, fue la función del ejército del aire con sus *Arc Lights*, grupos sucesivos de

tres B-52 cargados con bombas de 337 kilos. Ni se los oía llegar porque volaban muy alto; dejaban caer la bomba y aquello parecía un terremoto. Unos mil metros cuadrados desaparecían en un instante», indica el coronel Kaheney, del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, entonces teniente en Vietnam. «Un reportero me preguntó: "¿Cómo es posible que no hayamos visto ningún cadáver de norvietnamitas?". Yo miré a mi alrededor y no vi ningún árbol en pie. Aquella zona parecía la superficie de la luna. Ese sitio era una selva y de pronto se había convertido en un desierto», recuerda.

Con una fuerza destructiva como la del Arc Light el gobierno de Washington se sentía seguro. Durante los setenta y siete días de sitio de Khe Sanh, casi 60 000 luchadores del Vietcong y del ejército norvietnamita murieron en la lucha. El norte perdió tantos hombres en esos dos meses como Estados Unidos en más de once años de guerra. Los bombarderos B-52 realizaron una prolongada campaña sobre Vietnam del Norte, que culminaría con la operación Linebacker II, en diciembre de 1972. Las misiones *Arc Light*, sin embargo, continuaron hasta que las últimas tropas estadounidenses fueron retiradas del sureste asiático en 1975.

PANCARTAS PACIFISTAS EN WASHINGTON

Lo cierto es que al final el Tet no fue una victoria para el presidente Johnson ni para el general Westmoreland. Hasta ese momento, la mayoría de la Administración Johnson defendía la idea de incrementar los fondos y el personal destinado al sureste asiático. Pero mientras continuaba el enfrentamiento por la base de Khe Sanh, la opinión pública empezó a cambiar y los secretos de la guerra de Vietnam empezaron a filtrarse. Miles de personas protestaron contra la guerra en Washington, con pancartas donde se podían leer mensajes como «¿El napalm te haría cambiar de opinión?». Era febrero de 1968 y la lucha por los corazones y las mentes de los estadounidenses se estaba perdiendo. Conforme el Tet se iba terminando, comenzó a filtrarse información secreta que acabó con un presidente y ayudó a terminar con la participación estadounidense en Vietnam. El general Giáp estaba ganando uno de los frentes de la guerra: el propagandístico.

Tan sólo dos meses atrás el presidente Johnson y el general Westmoreland aseguraban que Estados Unidos estaba ganando la guerra y que había ahuyentado a los comunistas. Sin embargo, las imágenes mostradas en televisión parecían contar una historia distinta. «Lo sorprendente del Tet fue el *shock* del ataque en sí. Sirvió para romper la voluntad política dentro de Estados Unidos y dentro del gobierno estadounidense», señala James J. Wirtz, profesor de la Escuela Naval de Posgrado de Estados Unidos. A partir de ese momento, se produjo lo que algunos autores han denominado «el colapso de la moral». Tantos mensajes de victoria se interpretaron poco menos que como un engaño.

De nada sirvieron los comunicados sobre el altísimo índice de bajas inferido al Vietcong y al ejército de Vietnam del Norte, o los hallazgos de las matanzas de Hué. De hecho, quienes apoyaban la guerra dentro de Estados Unidos habían quedado tocados, y en los altos escalafones de la Administración empezaron a abrirse grietas y se sucedieron los enfrentamientos entre dirigentes estadounidenses. Y entonces se produjo una última revelación: el presidente Johnson quería enviar 206 000 soldados más a Vietnam. Alguien había filtrado a la prensa las intenciones del general Westmoreland.

Hasta hoy, tan sólo algunas personas conocen quién lo filtró. La identidad de la persona que reveló aquel dato fundamental sigue siendo un misterio. Pero la misteriosa fuente impulsó a Daniel Ellsberg, entonces analista en el Pentágono, exoficial del Cuerpo de Marines, educado en Harvard y que incluso combatió en Vietnam, a comenzar a revelar secretos a los que, como funcionario de Seguridad Nacional, tenía acceso. Sin embargo, habría que esperar a 1971 para que su irrupción provocase un terremoto político y se convirtiera en un factor determinante para que, pocos años después, finalizara la guerra de Vietnam.

«El Tet permitió la candidatura de Bobby Kennedy, que de otra forma habría sido muy poco probable que se presentara a las elecciones. Sin la candidatura de Kennedy, Johnson se habría presentado otra vez y, probablemente, habría ganado en las urnas y después habría intensificado la guerra», mantiene Daniel Ellsberg.

Varios meses antes del Tet, en noviembre de 1967, Daniel Ellsberg ya había empezado a filtrar sus anotaciones sobre Vietnam a Bobby Kennedy. Aquellas notas secretas dejaban claro que Johnson estaba preparando todo para llamar a los reservistas y añadir más soldados a la guerra en Vietnam. «La razón por la que se las pasé a Kennedy —afirma Ellsberg— fue porque pensé que debería

saberlo como posible candidato presidencial y como una de las personas más cercanas al caso de Vietnam. Por aquel entonces yo ya me había convencido de que la guerra era un desastre». Sin embargo, el propio Ellsberg duda de que sus filtraciones en aquel período fuesen tantas y tan fundamentales, pero combinadas con la revelación de la petición secreta de Johnson de aumentar 206 000 soldados más al caos en que se había convertido Vietnam, la situación se deterioró alrededor del presidente.

Ante la percepción del presidente Johnson de que no contaba ya con la mayoría de la ciudadanía, el 31 de marzo de 1968, se dirigió a la nación para «hablar de paz en Vietnam y en el sureste de Asia». Johnson sorprendió a todos. Casi nadie se esperaba lo que dijo a continuación: «No volveré a presentarme ni aceptaré el nombramiento de mi partido para ser de nuevo vuestro presidente», escucharon a través de la radio y la televisión los norteamericanos. Ningún presidente había dicho algo semejante. El momento supuso un punto de inflexión en la carrera presidencial de Lyndon B. Johnson, quien renunció a presentar su candidatura tras la espectacular caída de su popularidad.

Corría 1971 cuando Daniel Ellsberg dio a conocer un enorme archivo de documentos que *The New York Times* publicó, el 12 de junio, desvelando varios secretos que afectarán a la opinión pública y pusieron en tela de juicio el comportamiento del gobierno, hasta el punto que serían un preludio de la caída de Nixon, además de marcar un hito en la libertad de prensa norteamericana. Las siete mil páginas que fotocopió Ellsberg, material que es conocido como los *Papeles del Pentágono*, confirmaron una trama secreta de decisiones equivocadas y mentiras sobre la guerra —que abarcaba las presidencias de Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon— y el encubrimiento de importantes hechos acerca de los orígenes de la guerra. A partir de ahí, la brecha de credibilidad entre el gobierno y el pueblo se hizo insalvable.

Las revelaciones y filtraciones realizadas por Daniel Ellsberg —y que están recogidas en su libro *Secrets: The Pentagon Papers*— indignaron al gobierno de Nixon, que ordenó detener la publicación de los documentos por considerar que ponían en peligro la seguridad nacional. Se emitió una orden de censura contra *The New York Times* por primera vez en la historia. Aquello supuso una auténtica prueba de fuego en las relaciones entre el gobierno y la prensa norteamericana. La publicación de las filtraciones se extendió a las páginas de *The Washington*

Post, The Boston Globe y *The St. Louis Post-Dispatch*. Después, adicionalmente, otros diecisiete diarios publicaron los *Papeles del Pentágono*. Pero en un fallo histórico para la libertad de prensa, la Corte Suprema dictaminó que «cualquier intento del gobierno de bloquear de forma previa la información suponía un grave ataque contra la Constitución» y ordenó la reanudación de las publicaciones. Desde la clandestinidad, perseguido por el FBI, Ellsberg continuó filtrando la información.

Lo que siguió forma parte de los capítulos más conocidos de la historia norteamericana: Nixon renunció a su cargo el 8 de agosto de 1974 por el caso Watergate. El precedente de los *Papeles del Pentágono* influiría de forma determinante en la cobertura periodística del escándalo Watergate. Un año más tarde, con la pesada carga de 59 000 soldados norteamericanos muertos, la guerra de Vietnam acababa. Habían transcurrido siete años de la ofensiva del Tet.

Actualmente, Daniel Ellsberg —a quien Henry Kissinger una vez describió como «el hombre más peligroso del mundo»— encabeza el Proyecto Decir la Verdad y se mantiene fiel a su dogma: «Exponer las mentiras de un gobierno conlleva un grave riesgo personal, aun en democracia. Pero vale la pena cuando hay vidas en peligro». Sus filtraciones le costaron dos años de cárcel acusado de robo, espionaje y conspiración.

UNA LECCIÓN POLÍTICA

Los norvietnamitas perdieron la batalla. Perdieron todas las batallas del Tet, pero al presidente Johnson aquella guerra le había costado la reelección. Las fuerzas de Estados Unidos obtuvieron claras victorias en todos los frentes durante la ofensiva del Tet, que fue un colosal fracaso militar para Vo Nguyen Giáp y el Vietcong. El general Giáp envió al combate a setenta mil hombres y murieron sesenta mil de ellos. Los norvietnamitas habían perdido la batalla, pero no la guerra.

Giáp consiguió una gran victoria propagandística dentro de Estados Unidos. A partir de ese momento, la mayoría de los corresponsales norteamericanos en Vietnam pensaron que esa guerra no se podía ganar. Para el pueblo

estadounidense se interpretó como una derrota en toda regla y como ejemplo de que los comunistas podían entrar en cualquier lugar de Vietnam del Sur y violar su territorio. Todo el esfuerzo de casi tres años de campaña era inútil y, partir de ese momento, había que ir pensando en abandonar Vietnam.

Según narra el senador Max Cleland, capitán de la 1.ª División de Caballería Aérea del ejército de Estados Unidos: «De repente empezaron los ataques sobre muchas ciudades, y miles de estadounidenses murieron o resultaron heridos; la embajada estadounidense fue atacada en Saigón; Hué asediado y Khe Sanh rodeado… De repente, el periodista Walter Cronkite delante de las cámaras de televisión mira a un amigo y en el telediario de la noche le dice: "Pensé que estábamos ganando". Y todo cambió. No sólo no estábamos ganando, sino que ésta iba a ser una guerra larga, interminable, y muy sangrienta».

Johnson dejó la Casa Blanca en enero de 1969 y Richard Nixon fue elegido como nuevo presidente. Vietnam se convirtió en su principal pesadilla. Uno de sus ejes políticos consistía en conseguir una paz con honor llevando a Vietnam del Norte y al Vietcong a la mesa de negociaciones con el apoyo de las bombas que fueran precisas. Incluso recientemente se ha revelado en unas cintas grabadas en la Casa Blanca en 1972, que sugirió a su secretario de Estado Henry Kissinger usar la bomba atómica, buscando la «solución final».

En 1973, los acuerdos de Paz de París supusieron la retirada de las tropas de Estados Unidos y el cese de su intervención directa, pero no supuso el fin del conflicto. En agosto de ese año, el Congreso norteamericano prohibió cualquier reanudación de la intervención norteamericana. Sin embargo, hubo soldados norteamericanos luchando hasta 1975.

A comienzos de 1975, el régimen en Vietnam del Sur comenzó a desintegrarse económica y políticamente y abandonó el campo de batalla mucho antes de la ofensiva comunista final en marzo de ese año. Su ejército, nominalmente superior al norvietnamita, se negó a combatir y se desintegró. Tras la toma de Saigón, se forzó la rendición incondicional de las tropas survietnamitas y la unificación del país bajo el control del gobierno comunista de Vietnam del Norte, con el nombre de la República Socialista de Vietnam. Después de la renuncia forzada de Nixon, el nuevo presidente, Gerald Ford, no estaba en condiciones de ayudar al régimen de Thieu.

La guerra terminó con la salida precipitada de los últimos norteamericanos

desde la azotea de su embajada en Saigón el 29 y 30 de abril de 1975. El periodista de televisión Walter Cronkite, uno de los hombres más populares e influyentes de Estados Unidos, anunció ante las cámaras de la cadena CBS el fin de la guerra de Vietnam. Johnson había muerto el 22 de enero de 1973, de un tercer ataque al corazón en su rancho y sin haber visto el fin de la guerra que le había costado la reelección.

En Vietnam sirvieron 2 590 000 soldados estadounidenses, de los cuales las dos terceras partes fueron voluntarios. Su media de edad era diecinueve años. Al finalizar la guerra, cerca de 12 000 helicópteros habían entrado en combate y los aviones estadounidenses habían lanzado el doble de bombas en el sureste asiático que durante toda la Segunda Guerra Mundial. Soltaron bombas antipersonales, incendiarias de fósforo blanco, enormes bombas *Daisy Cutter* que arrasaban con toda la vegetación y bombas de napalm. Rociaron millones de hectáreas con el «agente naranja», que envenenó los cultivos, los bosques y a los seres humanos.

A pesar de una superioridad militar aplastante, Estados Unidos perdió en Vietnam, lo que supuso un verdadero trauma para el país. Siete años atrás, los norvietnamitas perdieron una gran batalla, la del Tet, y ganaron la guerra. El Tet marcó un momento de la historia. Según algunos historiadores, fue un referente en la conformación de la generación del mayo del 68 y provocó una crisis sin precedente en Estados Unidos.

El pequeño país asiático perdió a dos millones de personas en el conflicto. Más de 38 000 vietnamitas han muerto desde 1975 a causa de bombas que no explotaron el día que fueron lanzadas. El gobierno de Hanói cree que en las aldeas más bombardeadas en los años sesenta y setenta seguirá habiendo víctimas durante lo que queda de siglo XXI.

29

GUERRA DE LAS MALVINAS

Fecha: 1982.

Fuerzas en liza: Británicos contra argentinos.

Personajes protagonistas: Margaret Thatcher, el general de división Jeremy Moore, el teniente coronel Michael Rose, el capitán Gavin Hamilton y el secretario de Estado norteamericano Alexander Haig. Por parte argentina: Leopoldo Galtieri, el vicealmirante Juan J. Lombardo y el general Mario Menéndez.

Momentos clave: El hundimiento del destructor *Sheffield* por un misil Exocet. El desembarco en San Carlos; el ataque a la guarnición argentina de Goose Green; la batalla sobre el monte Longdon y el asalto final a Puerto Argentino.

Nuevas tácticas militares: Se emplearon por primera vez misiles modernos de crucero contra buques de una marina de primera categoría; el primer uso en combate de submarinos de propulsión nuclear.

La campaña de las Malvinas de 1982 supuso el mayor despliegue de las Fuerzas Especiales británicas desde la Segunda Guerra Mundial. El conflicto del Atlántico Sur, tal y como lo denominan los británicos, se extendió por las islas Malvinas, las Georgias del Sur y las Sandwich del Sur. Fue un enfrentamiento lleno de errores y cálculos equivocados en ambos bandos y donde los factores políticos causaron el fracaso del proceso diplomático dando por resultado una guerra de setenta y dos días en la que murieron alrededor de mil soldados. Todavía en la actualidad, los estudios sobre este enfrentamiento reflejan conflictivas percepciones sobre lo ocurrido antes y durante algunos hechos políticos y militares. Algunos expertos hablan de «niebla de guerra». Ningún gobierno argentino había considerado el uso de la fuerza militar para recuperar la soberanía sobre las Malvinas. Los argentinos eran muy conscientes de la superioridad militar de los británicos y de que ellos la utilizarían para defender sus intereses. Pero si nunca creyeron que Argentina podía prevalecer en una confrontación militar con Gran Bretaña, ¿por qué fueron a la guerra por la posesión de un pequeño grupo de islas, la mayoría inhabitadas, en el Atlántico Sur?

Las islas Malvinas, las Georgias del Sur y las Sandwich del Sur son tres archipiélagos situados en el sur del océano Atlántico, frente a las costas argentinas, y que constituyen un territorio británico de ultramar. Las Malvinas —Falkland para los británicos y angloparlantes— están formadas por unas doscientas islas menores, además de las dos islas principales, East Falkland (Malvina Oriental o Soledad) y West Falkland (Malvina Occidental o Gran Malvina). Han sido una fuente de disputa entre Gran Bretaña y Argentina desde que los británicos se asentaron en ellas en 1833. Estas islas estériles están situadas a 480 kilómetros de la Argentina continental y a más de 12 000 de Gran Bretaña. Sin embargo, a comienzos de la década de los ochenta, sus 1800 habitantes —en su mayoría de origen escocés— eran incondicionalmente británicos y se oponían firmemente a cualquier relación con Argentina.

El conflicto fue el resultado de décadas de persistente determinación argentina para recuperar la soberanía sobre las Malvinas y de la inquebrantable determinación de los sucesivos gobiernos británicos de respaldar la autodeterminación de sus habitantes. Esas actitudes se mantuvieron en equilibrio durante muchas décadas, hasta el 2 de abril de 1982.

EL PRELUDIO DIPLOMÁTICO

Las Malvinas fueron descubiertas por navegantes españoles a principios del siglo XVI. Durante los dos siglos siguientes España ejerció el dominio en el archipiélago y mares vecinos. En 1816, y en virtud del principio de sucesión de estados, las Provincias Unidas del Río de la Plata delimitaron sus territorios sobre la base de la antigua división administrativa colonial. Se declararon independientes y herederas únicas y excluyentes de todos los títulos y derechos soberanos de España en los territorios del exvirreinato del Río de la Plata. De esta manera, las Provincias Unidas del Río de la Plata continuaron en el ejercicio de la titularidad de las islas Malvinas.

Sin embargo, hasta noviembre de 1820, el coronel de Marina David Jewett no tomó posesión públicamente de las islas en nombre de las Provincias Unidas. Cinco años más tarde, con la firma del tratado de Amistad, Comercio y Navegación el Reino Unido reconoció la independencia de Argentina, sin

ninguna reserva de soberanía con respecto a las islas Malvinas. Es más, durante toda la década de 1820 y hasta 1833, Argentina realizó actos que demostraban la ocupación efectiva de las islas, como el nombramiento de gobernadores y comandantes políticos y militares, el otorgamiento de concesiones territoriales y la legislación para la protección de los recursos naturales de esos territorios y sus aguas circundantes.

El 3 de enero de 1833, los británicos tomaron por la fuerza Puerto Soledad y al año siguiente ocuparon el resto del archipiélago. La protesta argentina fue inmediata: el 16 de enero de 1833, el ministro de Relaciones Exteriores pidió explicaciones al encargado de negocios británico en Buenos Aires. A partir de ese momento y hasta la actualidad, Argentina ha venido reivindicando constantemente su soberanía, en especial en los foros internacionales de Naciones Unidas y ante la Organización de los Estados Americanos (OEA).

También habla rechazado desde siempre la demanda del estatus de colonia para las Georgias del Sur sosteniendo que, al igual que las Malvinas, han pertenecido siempre a Argentina, por lo que no pueden ser colonias de nadie. De hecho, considera que se encuentran ocupadas ilegalmente por una potencia invasora y las incluye como parte de su provincia de Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur.

En 1965, la Asamblea General de la ONU aprobó la resolución 2065 que calificaba la disputa como un problema colonial y urgía a las partes a negociar una solución. En la década previa a 1982 se inició un proceso en el que ambos países analizaban diferentes hipótesis de solución pacífica de la disputa. Nunca llegaron a ningún acuerdo.

En 1982, Argentina era gobernada desde hacía siete años por una Junta Militar que era cada vez más impopular. En una «guerra sucia» contra grupos de izquierda que se extendió a otros sectores sociales, produjo más de 30 000 ciudadanos argentinos desaparecidos. A la dictadura se unía que la economía estaba en ruinas, con destrucción de la base económica y una inflación vertiginosa disparada a más del seiscientos por ciento. Multitud de manifestaciones de protesta llenaban las calles argentinas, reprimidas de forma violenta.

En estas circunstancias la dictadura militar buscaba desesperadamente algo que neutralizara la irritación social, aunque ya meses antes, en enero de 1982,

ante el estancamiento de las negociaciones con Inglaterra, comenzaron los planes argentinos para la recuperación de las Malvinas, que estaban a cargo de un reducidísimo Comité de Planeamiento, formado por oficiales superiores de las tres fuerzas y dentro del mayor secreto, según ha reconocido el propio ejército argentino.

INCIDENTE PREVIO EN LAS GEORGIAS DEL SUR

El 19 de marzo de 1982 desembarcó en Puerto Leight (islas Georgias del Sur) un grupo de operarios argentinos, contratados por Constantino Sergio Davidoff, quien había firmado un contrato con una compañía escocesa por el que se le transferían el equipo e instalaciones de cuatro factorías balleneras en Leigth. Los obreros, encargados del desguace de las instalaciones en desuso, izaron una bandera argentina nada más llegar a la isla.

Este gesto de reivindicación de soberanía provocó un enfrentamiento con el personal británico de la isla y una posterior protesta formal del gobierno de Gran Bretaña, que exigía que la bandera se arriara e impuso un plazo perentorio para la evacuación de los operarios argentinos bajo amenaza de ser expulsados. El buque *Endurance* de la Royal Navy, destacado en Puerto Argentino (Port Stanley, en inglés), la capital de las Malvinas, se dirigió hacia las Georgias del Sur para retirar a los trabajadores. El gobierno argentino tomó esta intervención como un acto de guerra.

Una semana después, el incidente se complicó con el desembarco en Leight de una dotación militar del Grupo Naval Antártico, proveniente del ARA *Bahía Paraíso* (ARA —Armada de la República Argentina— son las siglas de los buques de guerra argentinos, como HMS —*His Majesty Ship*— las de los británicos), con la misión de evitar el desalojo del grupo de obreros argentinos de Davidoff por parte del *Endurance*.

En ese momento las directivas argentinas para la acción derivaban de la esperanza de obtener una solución diplomática. Así, la directiva para la ocupación de las Malvinas del 2 de abril establecía «no derramar sangre británica ni dañar propiedad británica» y «hacer fuego sólo si se es atacado».

Con este talante, el 2 de abril, más de setenta infantes de marina argentinos y

cien integrantes de fuerzas especiales, doblegaron a la pequeña guarnición de sesenta y siete Royal Marines (infantes de marina) británicos que protegían las islas. Los marines británicos fueron obligados a rendirse y capturados por comandos de las compañías 601 y 602 de Buzos Tácticos de la Armada, como se denomina a las Fuerzas Especiales de la Marina argentina, quienes, tras lograr sus objetivos, se reembarcaron a medida que eran reemplazados por fuerzas de ocupación del ejército. Los sesenta y siete marines ingleses que conformaban la guarnición encargada de la custodia del archipiélago fueron capturados y trasladados a Montevideo junto con el gobernador Rex Hunt. Ese mismo día, cerca de cinco mil efectivos al mando del general Mario Benjamín Menéndez desembarcaron en Puerto Stanley, la capital de las islas Malvinas, desde entonces rebautizada como Puerto Argentino.

El día 3 de abril, se ocupaba también Grytviken, en la isla de Georgias del Sur, a unos 1500 kilómetros al este de las Malvinas, con refuerzos transportados por la corbeta *Guerricó*. Entonces, se produjo un breve pero cruento combate con una dotación de veintidós marines desembarcados del buque *Endurance*. Un helicóptero argentino fue derribado y se produjeron tres muertos y cuatro heridos. Finalmente, se rindieron los Royal Marines, con sólo un herido en un brazo. Pasado el mediodía, la bandera argentina ondeaba sobre las islas Malvinas, las islas Georgias del Sur y las islas Sandwich del Sur (en estas últimas la bandera estaba desde 1977, cuando la Armada argentina estableció la estación científica Corbeta Uruguay, que estuvo operativa desde entonces). El general Menéndez fue proclamado gobernador militar de las islas.

El gobierno conservador de Margaret Thatcher no consintió el acto de fuerza y reaccionó rápidamente. «Un territorio de soberanía británica ha sido invadido por una potencia extranjera. El gobierno ha decidido enviar a una gran fuerza expedicionaria tan pronto como todos los preparativos estén completados», declaró la primera ministra ante la Cámara de los Comunes. Ante la percepción por parte del gobierno británico de la necesidad de entrar en combate con los argentinos para apaciguar a su opinión pública conmocionada por una derrota frente a un ejército inferior, en un fin de semana, la vanguardia de cien buques y miles de soldados estaban listos para la guerra.

El lunes 5 de abril, una importante fuerza operativa, denominada Task Force, zarpó de Portsmouth. Más de cien buques, de los cuales 42 eran de guerra,

incluyendo portaaviones y submarinos, que transportaban cerca de 28 000 efectivos, se dirigieron hacia el archipiélago en un viaje de más de 12 000 kilómetros. Con ellos viajaba una unidad de élite: el 22.º Regimiento del Servicio Aéreo Especial (en inglés, *Special Air Service*) o SAS, como es normalmente conocido. Esta pequeña unidad secreta estaba bajo el mando del teniente coronel Michael Rose y la componían elementos del ejército regular y del ejército territorial (TA).

El objetivo político argentino en esos momentos era «una solución diplomática para recuperar la soberanía sobre las islas». Mientras que lo que querían los británicos era «defender los intereses de los residentes en las islas y castigar la agresión». Los esfuerzos diplomáticos desplegados por Estados Unidos como mediador, y de Perú encabezando a los demás países de la región y a través de Naciones Unidas y de la OEA para forzar una salida negociada ante la inminencia de un enfrentamiento, fracasaron.

El pueblo argentino estaba entusiasmado con la ocupación de las islas. En un notable cambio de percepción, la tan odiada Junta Militar de repente se hizo muy popular. El apoyo de la opinión pública argentina predispuso un esquema mental de «ahora o nunca» a la Junta y animó la ejecución de la operación Malvinas, reacción que no esperaban los británicos.

La decisión argentina se basó en varios criterios pero sobre todo influyó la idea de que no parecía probable que el Reino Unido realizara un contraataque a gran escala. Además, la guarnición británica en los tres archipiélagos era reducida y, a tanta distancia de la metrópoli, la llegada de refuerzos tardaría. Otro factor que contribuyó fue que la capacidad de guerra anfibia del Reino Unido a tanta distancia no parecía ser tan eficaz, pese a su gran poder aeronaval. Pero con la sorprendente invasión de las Malvinas, comenzó la historia de las dificultades argentinas sobre todo para hacer efectiva la cooperación entre sus Fuerzas Armadas.

«La reacción británica ante la invasión que consistió en la rápida formación y envío de una gran fuerza naval, incluyendo unidades de asalto anfibio, fue inicialmente imprevista por los argentinos. Así, su reacción ante la idea de que debían combatir con los británicos en las Malvinas, fue un refuerzo a gran escala de las islas, una alternativa que originó una pesadilla logística para el sistema de aprovisionamiento argentino», explica el almirante estadounidense Harry Train,

en su informe *Malvinas: un caso de estudio*.

Por parte argentina, el 7 de abril, se constituyó el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS), comandado por el vicealmirante Juan J. Lombardo y secundado por un Estado Mayor conjunto, predominantemente naval. A sus órdenes estaban las fuerzas terrestres, constituidas por la guarnición militar y las fuerzas navales y las fuerzas aéreas asentadas en las islas, que contaron durante toda la contienda con escasísimos medios.

LA HOSTILIDAD VA CRECIENDO

Un mes antes de que comenzara el conflicto, el SAS había iniciado operaciones para la planificación de una posible contingencia en las islas Malvinas. Ahora, tras el desembarco por parte de las fuerzas armadas argentinas en las islas, las tropas podrían perfeccionar sus técnicas. La unidad temporal establecida para trabajar en la operación, la Task Force, se dirigió hacia el sur. Al principio, prevalecía un ambiente festivo porque pocos soldados creían que podría haber una guerra. Pero las conversaciones diplomáticas en Naciones Unidas no avanzaban.

El 5 de abril, el Escuadrón D del SAS voló hacia la base de la isla de Ascensión, cerca de la línea del Ecuador. Además, en el buque de aprovisionamiento *Fort Austin* se embarcaron miembros de las unidades especiales de los Royal Marines, como el Escuadrón Especial de Lanchas (*Special Boat Squadron* o SBS), responsable del reconocimiento de la playa más adecuada para proceder al desembarco anfibio. En esas fechas, los submarinos nucleares de ataque de la Royal Navy ya estaban patrullando el Atlántico Sur.

El 7 de abril, Gran Bretaña declaró un total de 200 millas náuticas como «zona de exclusión» alrededor de las islas Malvinas. Cualquier avión o barco que entrara en la zona sería susceptible de ser destruido. La primera fase de la estrategia naval británica comenzó el 12 de abril cuando los submarinos nucleares de ataque llegaron para efectuar patrullas de superficie al oeste de las islas Malvinas con la misión de hacer cumplir la «zona de exclusión».

Según el almirante estadounidense Harry Train, la situación logística argentina en las Malvinas empeoró por la decisión del Comité Militar de no usar

buques para el refuerzo o reequipamiento después del 10 de abril, como resultado de la declaración de la zona marítima de exclusión por los británicos. «Esta decisión —afirma— forzó a los argentinos a descansar totalmente en el transporte aéreo y el posible uso de buques pesqueros para transportar hombres, equipos y repuestos a las islas impidió el transporte de artillería pesada y unidades adicionales de helicópteros que hubieran hecho la defensa de las islas mucho más sencilla».

La Sección de Montaña (*Mountain Troop*) del Escuadrón D del SAS, especializada en alta montaña y alpinismo, fue embarcada en helicópteros, preparada para la toma de la isla Georgia del Sur. Bajo el mando del capitán Gavin Hamilton, desembarcaron en el inhóspito glaciar Fortuna, a cierta distancia de las pequeñas guarniciones argentinas de Grytviken y de Leigth. Su misión era la reconquista de Grytviken, en Georgia del Sur. El nombre en clave para los británicos de la misión era Operación Paraquet. Junto al Escuadrón D del SAS, participaban infantes de los Royal Marines y el submarino *Conqueror*, el primero en llegar a la isla el 19 de abril.

Inesperadamente, las condiciones meteorológicas impidieron el avance de los quince hombres de la Sección de Montaña. El capitán Hamilton pidió dos helicópteros de evacuación, pero ambos aparatos se estrellaron al intentar despegar del glaciar por culpa del mal tiempo. Los hombres de la Sección de Montaña tuvieron que ser socorridos, en medio de una feroz tormenta de nieve, por un solo helicóptero Wessex, apodado *Humphrey*, gracias a la habilidad y experiencia del teniente comandante de vuelo Ian Stanley. Diecinueve hombres se hacinaron en un helicóptero diseñado para el transporte de sólo cinco… pero sobrevivieron. Por su brillante operación y valentía, Stanley fue galardonado con la Orden de Servicios Distinguidos.

Mientras tanto, la 2.ª Sección del SBS también se había infiltrado en Georgia del Sur por helicóptero y mantenía bajo observación a los argentinos. Por otra parte, la flotilla británica detectó la presencia del submarino argentino *Santa Fe* en la zona. El submarino había salido el 9 de abril de Argentina con un destacamento de infantes de marina a bordo, encargados de reforzar la fuerza militar de Georgia del Sur. El 24 de abril llegó a salvo a Grytviken.

Al día siguiente, el *Santa Fe* fue interceptado y puesto fuera de combate por cargas de profundidad del helicóptero Wessex que había despegado del buque

Antrim. Más tarde fue atacado por helicópteros Wasp y Lynx, armados con misiles y cargas de profundidad. Después tuvo lugar un asalto del grupo del SAS —con el capitán Hamilton a la cabeza tras haber sobrevivido dos días antes al accidente de helicóptero en el glaciar Fortuna— y de miembros de la compañía M del 42.º Comando (batallón) de los Royal Marines, bajo el mando del mayor Guy Sheridan, apoyados por los bombardeos navales de dos fragatas de la Armada (*Antrim* y *Plymouth*).

Una vez en tierra, los marines y los hombres del SAS avanzaron rápidamente por la isla. La guarnición argentina en Grytviken se entregó a los marines británicos. Al día siguiente también se rendía la guarnición de Leigth. El *Santa Fe* fue dañado gravemente, daños que le imposibilitaron sumergirse para poder regresar a su base. La tripulación abandonó el submarino en el muelle King Edward Point, en Georgia del Sur, y se entregó a los marines británicos. El *Santa Fe* quedó escorado a babor y con la popa sumergida.

Fue una pequeña pero significativa victoria y el gobierno británico se apresuró a capitalizarla. En ese momento tuvo lugar uno de los mensajes más famosos y legendarios de la guerra de las Malvinas. El comandante, después de la entrega en Grytviken, anunció: «El comandante se complace en informar a Su Majestad que la White Ensign ondea al lado de la Union Jack en Georgia del Sur. Dios salve a la reina[2]».

El conflicto de las Malvinas incluye la primera confrontación naval verdadera desde la campaña del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en ella la participación de la Royal Air Force británica también fue fundamental. Ya el 3 de abril se había producido el primer despliegue de los aviones de transporte de la Royal Air Force hacia la isla de Ascensión, situada en la parte central del Atlántico. La Royal Air Force había creado la base aérea Wideawake en la isla y había reunido un considerable parque aéreo, incluidos aviones de largo alcance como los bombarderos estratégicos Avro Vulcan B-2 y los HP Victor K de reavituallamiento en vuelo, mientras que los cazas McDonnell Douglas Phantom protegían el importante nudo logístico que representaba la isla.

LOS BRITÁNICOS, PREPARADOS

Sólo un mes después de la invasión argentina, la campaña para reconquistar las Malvinas estaba a punto de comenzar. En las dos últimas semanas de abril, la fuerza británica tuvo bastante dificultades y cambios de planes debido al constante empeoramiento de las condiciones meteorológicas.

Mientras tanto, el secretario de Estado norteamericano, Alexander Haig, realizó una agotadora ronda de consultas entre Londres y Buenos Aires, en un intento de evitar un conflicto abierto. De momento, los norteamericanos se declaraban neutrales en un conflicto entre dos países amigos.

En Buenos Aires tuvieron lugar patrióticos desfiles masivos para celebrar la anexión de las Malvinas a la patria. En Londres, Haig descubrió que la palabra compromiso no estaba en el vocabulario de Margaret Thatcher. La primera ministra ya habla conseguido su primer triunfo diplomático, pues logró que el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas declarara a Argentina «país agresor». A pesar de que Francis Pym, su ministro de Asuntos Exteriores, no veía con buenos ojos un conflicto con Argentina por la posesión de unas islas remotas en el Atlántico Sur, el gobierno británico estaba preparado para la guerra y no quería hablar de una solución pacífica mientras los soldados argentinos ocupasen las islas.

Hacia finales del mes de abril, Estados Unidos se vio obligado a hacer una elección entre su más cercano aliado en Europa y uno de sus principales socios en América del Sur. El presidente Ronald Reagan anunció: «Es una situación muy difícil para Estados Unidos porque somos amigos de los países que participan en este conflicto y estamos dispuestos a hacer cualquier cosa para ayudarles. Esperamos y nos gustaría tener una solución pacífica a esta situación, sin la acción o el derramamiento de sangre».

Tras unas semanas de política de doble juego (por un lado la postura diplomática y neutral de Haig; por otro, el apoyo militar y estratégico del Pentágono a los británicos), el presidente Reagan, el 30 de abril, se decantó por los británicos, proporcionando vital información de inteligencia por satélite, y algunos modernos equipos militares, incluyendo los misiles aire-aire AIM-9 Sidewinder. Con ello la superioridad aérea británica aumentaba notablemente, y con ella la capacidad para ganar la guerra.

La unidad de élite de Fuerzas Especiales norteamericanas, Delta Force, junto con su homólogo británico SAS, trabajarían juntos sobre todo en relación con el

equipo de comunicaciones y los misiles antiaéreos Stinger, que incluso Delta Force aún no había utilizado en ninguna acción de combate.

Margaret Thatcher no sólo obtuvo el aval incondicional de Estados Unidos sino que la Comunidad Económica Europea también la apoyó. El apoyo latinoamericano a Argentina fue casi unánime. Nicaragua ofreció tropas; Venezuela, petróleo y Perú, aviones de repuesto. Solamente el régimen de Pinochet, en Chile, adoptó una posición contraria, colaborando con los británicos con suministros y bases para unidades de comandos.

Mientras tanto, los argentinos continuaban reforzando su presencia militar en las islas. Sin embargo, sus fuerzas armadas no habían librado una guerra en los últimos cien años y muchas de sus tropas fueron reclutadas con sólo semanas de entrenamiento. En comparación, los soldados del ejército británico habían luchado y muerto cada año durante los últimos cien años, excepto uno. Tenían un incomparable nivel de formación y compromiso. Pero la lucha a doce mil kilómetros de casa suponía una grave desventaja.

A principios de mayo, había 11 000 soldados argentinos en las islas, con más de 42 aviones y helicópteros.

Enseguida se vieron en dificultades para abastecer adecuadamente esa fuerza, debido a la «zona de exclusión» declarada por los británicos, que de hecho cortó las comunicaciones por barco debido al temor a los submarinos nucleares enemigos. No obstante, estaban bien equipados con artillería —aunque de menor alcance que la británica— y morteros, numerosos cañones antiaéreos y misiles, así como modernas comunicaciones y equipos de guerra electrónica.

A comienzos de mayo, el grueso de la Task Force británica llegó al Teatro de Operaciones Malvinas (ciento cincuenta millas al este de las islas), aunque con antelación habrían llegado uno o más submarinos nucleares. Así, tras el despliegue del grueso de sus fuerzas en la zona, los aviones de la Royal Navy y de la RAF comenzaron sus ataques, diurnos y nocturnos, con los aviones Harrier y Vulcan, de las posiciones argentinas, en especial la pista de aterrizaje de Puerto Argentino. Tres aviones argentinos fueron derribados y la pista del aeropuerto de la capital de las islas quedó ligeramente averiada. También se realizaron los primeros combates aeronavales, en los que participaron los barcos argentinos *Forrest* y *GC82 Islas Malvinas*.

EL HUNDIMIENTO DEL *GENERAL BELGRANO*

Las tensiones fueron en aumento el 2 de mayo, cuando el submarino nuclear *Conqueror* detectó al crucero argentino *General Belgrano*, una antigualla muy poco operativa en una guerra moderna, y sus escoltas en el borde de la zona de 200 millas de exclusión total. Aunque los argentinos apenas violaron la zona, el gabinete de guerra británico decidió que sus armas eran una amenaza potencial para la Task Force. Por orden expresa de Margaret Thatcher, el *General Belgrano* fue atacado y hundido con torpedos. Perdieron la vida 321 hombres.

El hecho resultó traumático, ya que neutralizó la operatividad naval argentina y condujo al fracaso de las gestiones de paz que propiciaba el presidente de Perú. La guerra había comenzado en serio. Y los argentinos no tardarían en preparar su venganza. El 4 de mayo, dos cazabombarderos Super Etendard de la 2.ª Escuadrilla Aeronaval de Caza y Ataque despegaron de la Argentina continental, guiados por el capitán de fragata Ernesto Proni Lestón, que con un avión de reconocimiento Neptune había localizado a una pequeña fuerza naval destacada de la Task Force, compuesta por el destructor *Sheffield* y dos buques más pequeños. Estaban armados con los misiles franceses Exocet AM-39 (aire-mar). Volando por debajo de la altura de detección de radar, uno de los aviones se acercó a los navíos ingleses a alta velocidad. Lanzaron un misil Exocet que alcanzó al destructor *Sheffield*, el cual no tardó en hundirse. Murieron veinte hombres. Además, un avión británico Harrier fue derribado. La aviación naval argentina obtuvo una resonante victoria.

Fue un gran choque para la Task Force. Si uno de los portaaviones, el *Invincible* o el *Hermes*, se hundía o era dañado por otro mortal Exocet, un desembarco anfibio sería imposible y la guerra se perdería. El misil Exocet del Super Etendard se convirtió en una amenaza demasiado grande para ser dejada de lado. El gobierno británico recurrió al SAS para responder a tal riesgo.

Consultaron al brigadier Peter de la Billiére, Director (un extraño rango en terminología militar) del SAS, quien propuso un plan desesperado. Su nombre en clave: Operación Mikado. Consistía en que el Escuadrón B del SAS volara desde la isla de Ascensión, en dos aviones de transporte C-130, a la base aérea de Río Grande, donde se creía que estaban guardados los misiles argentinos. Allí el Escuadrón B debía destruir los aviones y eliminar a sus pilotos y oficiales.

El plan fue recibido con incredulidad por el Escuadrón B. Cuando su comandante, el mayor John Moss, protestó por las deficiencias del la operación, fue inmediatamente sustituido. Muchos de los miembros de Escuadrón B comenzaron a escribir sus testamentos, ya que consideraban que la Operación Mikado era una misión suicida, pero todos estaban de acuerdo en realizarla.

El nuevo comandante del Escuadrón B viajó en avión a la isla de Ascensión para preparar el asalto. Afortunadamente, prevaleció la cordura. Un ataque al territorio continental argentino por parte del SAS supondría un peligroso riesgo político y militar de efectos catastróficos. Reagan llamó personalmente a Margaret Thatcher para desaconsejar una operación que podría provocar que varios países sudamericanos entraran en el conflicto. Y la Operación Mikado fue cancelada. Sin embargo, los británicos ya tenían algunos equipos de las Fuerzas Especiales operando secretamente en la Argentina continental.

Los argentinos se dieron cuenta de ello el 20 de mayo, cuando fueron hallados en Punta Arenas (Chile) los restos de un helicóptero Sea King de la Royal Navy. Aunque fueron rápidamente escondidos, su tripulación compareció en una conferencia de prensa. En ella los pilotos explicaron que, mientras patrullaban en el mar, el motor falló. Debido a las condiciones climáticas adversas no les fue posible volver al barco y buscaron refugio en el cercano país neutral.

Su explicación fue aceptada oficialmente. Sin embargo, todo indicaba que el equipo había participado en una operación encubierta: uno de sus tripulantes era uno de los más experimentados pilotos de helicóptero de las fuerzas especiales británicas en la Task Force. El helicóptero se había estrellado en un punto equidistante de las tres principales bases aéreas de Argentina, desde las cuales se lanzaron numerosos ataques contra los británicos. De hecho, incluso un buque de recogida de información de la Royal Navy estuvo escondido entre las muchas ensenadas e islas de las aguas neutrales cerca de Chile.

Como los misiles Exocet seguían siendo un problema importante para los británicos, Margaret Thatcher persuadió finalmente el presidente francés Mitterrand para que no suministrara a los argentinos más misiles, a pesar de que existía un contrato comercial con la empresa francesa Aérospatiale. El precio de un misil Exocet era de unos 450 000 dólares, pero los argentinos estuvieron dispuestos a pagar un millón. El servicio secreto británico dio 50 millones de

dólares para comprar todos los Exocet del mercado internacional de armas. Los que no podían ser comprados fueron saboteados. Sin embargo, los argentinos no se dieron por vencidos.

El 6 de mayo, la ONU propuso un plan de paz basado en el cese inmediato de las hostilidades, el retiro de las tropas argentinas y de la flota británica, el inicio de las negociaciones, la suspensión de las sanciones económicas a Argentina y la administración de la ONU en las islas del Atlántico Sur, mientras durasen las negociaciones. No fue aceptado por Gran Bretaña.

Al día siguiente, Londres amplió el bloqueo naval a doce millas del litoral marítimo argentino. Buenos Aires denunció ante la ONU y el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, o Tratado de Rio) que dicho bloqueo era un acto más de agresión del país europeo.

EL MAYOR TRIUNFO DEL ESCUADRÓN D

A principios de mayo de 1982, los británicos habían ganado la supremacía aérea sobre las islas Malvinas, con constantes ataques aéreos y de hostigamiento y perturbación con artillería naval. Pero el invierno se acercaba rápidamente y la decisión sobre dónde y cuándo hacer el desembarco anfibio debía tomarse rápidamente.

Con su particular experiencia en la guerra anfibia, el Special Boat Squadron de los Royal Marines estudió numerosas playas y posibles lugares de desembarco. Durante la noche, los miembros del SBS se aproximaban en barco o en submarinos con sus equipos especiales para realizar su reconocimiento del lugar y determinar si una playa era apta para lanchas de desembarco y vehículos de apoyo. A pesar de estar bien armados y entrenados, los miembros del SBS prefirieron tomárselo con calma y operar bajo su lema: «Más vale astucia que fuerza».

Con la ayuda de los comandos de inteligencia del SBS, finalmente se seleccionó un punto del estrecho de San Carlos, en el borde occidental de las Malvinas. Pero el SAS había identificado una potencial amenaza en el lugar: el aeródromo de la isla de Borbón o Bourbon (Pebble, en inglés), una pequeña isla situada a unos cinco kilómetros al norte de la costa de Gran Malvina.

Sobre dos pistas construidas por los británicos, la Armada argentina había instalado el aeródromo auxiliar Calderón, con la intención inicial de que sirviera de base para aviones Mentor T-34 C-l, con la compañía H del Batallón de Infantería de Marina para su defensa. Era también utilizado por la Fuerza Aérea argentina como aeródromo de emergencia. En una pista de aterrizaje los argentinos tenían varios aviones de ataque Pucará, armados con cohetes y napalm, que podían causar enormes bajas entre las tropas en la playa de desembarco. El SAS tuvo primero que eliminar esta amenaza mediante un ataque.

Sin embargo, el objetivo más importante era el radar que podía detectar a la Task Force cuando se acercara para realizar el desembarco en San Carlos; en realidad, la destrucción de los aviones argentinos debía servir para encubrir la misión de neutralización del radar, para que el Estado Mayor argentino no sospechara que se preparaba un desembarco en esa zona.

En la noche del 11 de mayo, un equipo de reconocimiento de ocho hombres se aproximó en una canoa. Después de ocultar la embarcación, el equipo observó la pista de aterrizaje de la isla de Borbón durante varios días. El comandante del Escuadrón D del SAS, mayor Cedric Delves, recuerda la historia: «Había que realizar un reconocimiento próximo. Dos hombres avanzaron con la intención de confirmar que habla un objetivo y recopilar una información detallada para atacar después. Los comandos vieron que había once aviones a los lados de la pista de aterrizaje. Al anochecer regresaron y enviaron un mensaje al escuadrón. La unidad envió cuarenta hombres a la isla en una noche oscura y tormentosa. La tensión aumentaba a cada momento, pero todos estábamos ansiosos por salir del helicóptero. Cuanto antes acabáramos con la misión, antes seríamos dueños de nuestro propio destino».

El aterrizaje de los comandos ingleses helitransportados tuvo lugar a unos diez kilómetros detrás del objetivo para que el enemigo no detectara su llegada. «Queríamos desembarcar para que el helicóptero se fuera lo antes posible. Todos llevábamos un equipo muy pesado: entre 18 o 20 kilos de peso. El proceso debía durar quince minutos, pero en realidad duró cuarenta y cinco. Tuvimos muchas dificultades para colocar los morteros», cuenta Cedric Delves.

El resultado fue uno los más exitosos ataques británicos realizado por el Escuadrón D del SAS. La Sección de Montaña, bajo el mando del capitán Gavin

Hamilton, destruyó el 15 de mayo once aviones argentinos que suponían una grave amenaza a los desembarcos anfibios. Se trató de un ejemplo clásico del lema del SAS: «Quien arriesga, gana». Los hombres del SAS regresaron sanos y salvos al *Hermes*. Reducida la amenaza aérea argentina, el desembarco podía seguir adelante. Pero para el SAS, la tragedia se avecinó cuatro días después.

El 19 de mayo, durante un simple traslado, un helicóptero Sea King que portaba a efectivos de los escuadrones D y G del SAS fue golpeado por un gran pájaro. El helicóptero se hundió en el mar y veinte miembros del regimiento perecieron. Fue la mayor pérdida de vidas sufridas por el SAS desde la Segunda Guerra Mundial. A pesar de esta tragedia, los británicos siguieron con sus planes adelante y desembarcaron en el estrecho de San Carlos en la mañana del 21 de mayo.

LOS COMBATES DE GOOSE GREEN Y TOP MALO

Tras sufrir daños de magnitud en cuatro buques de guerra, el hundimiento de la fragata *Ardent*, perder tres aviones Harrier y dos helicópteros, los británicos lograron establecer una cabecera de playa en Puerto San Carlos, en la costa norte de la isla Soledad, ante la resistencia de dos secciones del equipo de combate Güemes del 25.º Regimiento de Infantería argentino, bajo órdenes del teniente primero Carlos Esteban.

El desembarco en la zona de Puerto San Carlos y Puerto Sussex fue precedido por ataques aeronavales de distracción en Puerto Argentino, Puerto Darwin, Puerto Fox y Puerto Howard. Al anochecer, los británicos habían logrado desembarcar hombres y abastecimientos, incluidos cinco batallones completos de infantería, el 2.º y el 3.º del Regimiento Paracaidista y los comandos (batallones en este caso, según la terminología de la infantería de marina británica, cuyos componentes tienen todos la calificación de fuerzas especiales) 40.º, 42.º y 43.º de los Royal Marines, que componían el elemento principal de combate de la 2.ª Brigada de Comandos de los Royal Marines. Una vez en tierra, desde esta cabeza de playa la infantería británica tenía que avanzar hacia el sur para capturar las instalaciones de Darwin y Goose Green (Prado del Ganso) antes de torcer rumbo hacia Puerto Argentino. Entonces, la Fuerza Aérea

argentina atacó de nuevo con gran valentía y determinación. Los combates aeronavales tuvieron una gran violencia, y en ellos se puso de relieve el valor de los aviadores argentinos, quienes perdieron doce aviones y tres helicópteros. Fue una fase crítica de la guerra. Tras numerosos ataques aéreos, la fragata británica *Antelope* terminó hundiéndose en aguas del estrecho de San Carlos.

En el día nacional de Argentina, el 25 de mayo, los misiles Exocet causaron su mayor número de victimas hasta el momento: el destructor *Coventry* y el enorme barco de transporte de contenedores *Atlantic Conveyor*. No sólo contenía miles de toneladas de equipamiento militar insustituible; el *Atlantic Conveyor* además llevaba los helicópteros que se necesitaban para transportar las tropas a la isla Soledad para el ataque a su capital Stanley. La aviación naval argentina se había apuntado un tanto importante. Ahora, las tropas británicas debían recorrer los ochenta kilómetros de ancho de la isla cargando con todos sus equipos. Con la llegada del invierno el tiempo empeoraba, y la tarea era abrumadora, incluso para el más fuerte de los soldados.

Una de las primeras misiones de los paracaidistas una vez en tierra era eliminar a la guarnición argentina en Goose Green. A medida que avanzaban hacia ese punto, los ingleses eran atacados por aviones argentinos Pucará. En el anochecer del 27 de mayo, los seiscientos hombres del 2.º Batallón del Regimiento de Paracaidistas, al mando del teniente coronel Herbert Jones, se enfrentaron a los 1200 hombres que componían la guarnición argentina en Goose Green, en una de las batallas más duras, junto a la del monte Longdon, de la guerra.

Mal equipados y organizados, tras catorce horas de combate cuerpo a cuerpo en campo abierto, el 12.º Regimiento de Infantería argentino bajo las órdenes del teniente coronel italo-argentino Piaggi, que defendía la zona, se entregó. Los más de mil prisioneros fueron trasladados de Goose Green a San Carlos y, luego, en el buque *Norland* hasta Montevideo. El comandante británico del batallón de paracaidistas, el teniente coronel Jones, murió en combate y se le condecoró más tarde con la Cruz Victoria. En total, trece paracaidistas británicos y cuarenta y siete soldados argentinos murieron durante esta batalla.

Mientras tanto, una patrulla del SAS había descubierto que el monte Kent, vital posición a sólo diez millas al oeste de Puerto Argentino, estaba someramente defendido por los argentinos. El teniente coronel Rose con el

conjunto del Escuadrón D se dirigió a tomar la posición. Durante días, los escuadrones del SAS lucharon hasta la llegada de refuerzos. El 31 de mayo, el monte Kent fue tomado por tropas británicas del 42.º Comando de los Royal Marines. Puerto Argentino, la capital de las Malvinas, quedó rodeada por las fuerzas especiales de marines entrenados para luchar y sobrevivir en las más difíciles condiciones climáticas y del terreno en cualquier lugar del mundo.

El 31 de mayo, una de las patrullas de élite de las fuerzas especiales, el llamado Mountain & Artic Warfare Cadre (Cuadro de Combate de Montaña y Ártico) de los Royal Marines, llegó a una desolada y aislada casa llamada Top Malo. Eran las ocho y empezaba a clarear cuando los comandos argentinos de la 602.ª Compañía apostados en la casa oyeron mido de un helicóptero. Los miembros de las fuerzas especiales de Montaña y Ártico descendieron del aparato a mil metros de la posición argentina. Los diecinueve infantes de marina se dividieron en dos equipos. El capitán Rod Boswell colocó a los siete hombres de su grupo de apoyo comandado por el teniente Murray a ciento cincuenta metros de la casa, mientras con los doce del grupo de asalto la rodeó hacia el sureste, protegidos por una elevación. Habían camuflado sus uniformes con pedazos de turba para avanzar con más sigilo.

El capitán Boswell era consciente de que el terreno por el que avanzaban se podía divisar por una ventana del piso superior. Cuando Rod Boswell consideró que estaba suficientemente cerca de la casa y a la vista de su grupo de apoyo, dio orden de «calar bayonetas». En el mismo instante que se abría fuego, la casa tembló por la explosión de un proyectil antitanque Carl Gustav. Comenzaron los disparos de ambas partes. Los británicos avanzaron corriendo; varios de ellos utilizaban lanzagranadas M-72 LAW (Light Antitank Weapon) de un solo uso y granadas disparadas con el fusil de infantería. La estructura de la casa vibraba por sus impactos y gran cantidad de balas atravesaban las endebles paredes de madera.

Los comandos argentinos intentaron abandonar el edificio para luchar desde el exterior. El capitán José A. Vercesi logró llegar corriendo hasta una alambrada colocada antes del arroyo, allí tomó posición de pie y comenzó a hacer fuego y a recibirlo. Mientras, una granada lanzada con fusil M-79 penetró por la ventana del piso superior. Varios soldados argentinos murieron.

Los marines estaban muy impresionados por cómo luchaban sus oponentes.

Según cuenta Rod Boswell: «Su profesionalidad dejaba mucho que desear. No deberían haber estado en una granja aislada, todos apostados allí dentro. Pero su falta de profesionalidad la suplían con valentía».

Los soldados argentinos habían logrado en su mayoría abandonar Top Malo. La reacción de salir para combatir sorprendiendo a la tropa británica había impedido el total aniquilamiento de la patrulla. Los británicos disparaban de pie con sus subfusiles y lanzagranadas, sin cubrirse. La intención del capitán Boswell era que el grupo de asalto avanzara en dos secciones apoyándose mutuamente… pero las cosas no resultaron como las había previsto. «Cada argentino superviviente del bombardeo inicial salía de la casa luchando. Todos ellos salieron con sus armas y se enfrentaron a nosotros. Corrieron hacia un arroyo, donde tomaron posiciones», recuerda Boswell. Un edificio anexo repleto de munición explotó y se incendió. El humo ocultaba el avance de la infantería de marina.

Los soldados argentinos emprendieron carrera hacia el arroyo Malo, cambiando de posición y disparando constantemente, perseguidos por los proyectiles enemigos. Dos soldados del grupo de asalto británico fueron gravemente heridos en el intenso tiroteo. Mientras esto ocurría, el fuego del grupo avanzado, al amparo del edificio en llamas, se dirigió a los argentinos desde un nuevo flanco. Los británicos avanzaban con sus boinas verdes, a paso ligero y estrechaban el cerco. La primera sección de la 602.ª Compañía ya no tenía escapatoria. En los veintiocho minutos de batalla, las tropas argentinas de las fuerzas especiales habían sido golpeadas decisivamente, tanto física como psicológicamente.

Sin duda, la posición argentina podría haber sido eliminada sin correr riesgo atacándola con cohetes y bombas desde el aire. Quizá las fuerzas especiales británicas imaginaron que, tras sus primeros disparos, los refugiados en Top Malo se rendirían y les pilló por sorpresa que salieran a combatir fuera de la casa. Lo cierto es que al no estar la casa rodeada por completo —ya que comenzaron a hacerle fuego desde un flanco mientras avanzaban—, los militares argentinos pudieron abandonarla y oponer una enérgica resistencia que ocasionó varias bajas al equipo de Boswell. Cinco argentinos murieron y doce fueron capturados, de los cuales siete estaban heridos. Los británicos sufrieron cinco muertos y ocho heridos.

LA BATALLA POR LA CAPITAL

Para el 30 de mayo había desembarcado ya una segunda brigada de infantería (numerada 5.ª) que incluía sendos batallones de los Scots Guards, Welsh Guards y 7.º de Gurkha Rifles.

Las fuerzas británicas estaban preparando la batalla final para recuperar las Malvinas. La Real Artillería atacó las posiciones en torno a la capital de la isla desde finales de mayo hasta el 10 de junio, cuando comenzó la batalla por Puerto Argentino. Desde mayo, los equipos del SAS estaban activos en las dos principales islas, Soledad y Gran Malvina.

El 5 de junio, una patrulla de reconocimiento del Escuadrón D se desplegó en Fox Bay, en Soledad, para establecer allí un puesto de observación con cuatro hombres. Lograron establecerse en una posición a sólo 2500 metros de la posición argentina y enviaron informes detallados y precisos sobre el enemigo. El 10 de junio fueron descubiertos por los argentinos. A pesar de su superioridad numérica, el comandante de la patrulla, el capitán Gavin Hamilton —que ya había sobrevivido a dos accidentes de helicóptero y forzado la rendición de la guarnición en la isla de Borbón, además de participar en numerosos combates— se lanzó a una lucha feroz. Hamilton luchó hasta la muerte, incluso herido consiguió enviar señales sobre las posiciones enemigas. A título póstumo se le adjudicó la Cruz Militar como reconocimiento a él y sus hombres, responsables de algunas de las más logradas operaciones del SAS en la campaña de las Malvinas.

El 8 de junio, mientras se realizaba una operación anfibia en Fitzroy, muy cerca ya de la capital, un avión argentino bombardeó los buques de desembarco *Sir Tristan* y *Sir Galahad*, causándoles graves daños y 146 bajas, incluidos un centenar de hombres del batallón de Welsh Guards.

El 12 de junio, los paracaidistas británicos atacaron los montes Two Sisters, Harriet y Longdon, apoyados por fuego naval desde varias fragatas de la Royal Navy, buscando la batalla final por Puerto Argentino. Los enfrentamientos sobre el monte Longdon, una posición fuertemente defensiva, resultaron mucho más duros y largos de lo esperado. La posición, defendida por 278 hombres de la Compañía B del 7.º Regimiento de Infantería, fue atacada por el 3.er Batallón de

Paracaidistas con una relación de poder de fuego de doce a uno. Tras un combate cuerpo a cuerpo y con bayonetas con las tropas argentinas, la posición fue tomada. Las bajas británicas sumaron 23 hombres y otros 47 resultaron heridos. Los argentinos sufrieron más de 50 muertos y muchos más heridos.

El 2.º Batallón de Scots Guards y los Gurkha Rifles tomaron el monte Tumbledown en otra cruenta batalla, en la que murieron nueve británicos y alrededor de 40 argentinos. Otros 34 soldados argentinos se rindieron y fueron hechos prisioneros.

Ese mismo día, un helicóptero inglés lanzó un misil que impactó en viviendas de Puerto Argentino, matando a dos malvinenses e hiriendo a otros cuatro. Fueron las únicas víctimas civiles de la contienda. Además, el destructor *Glamorgan* fue alcanzado por un misil Exocet mientras bombardeaba las posiciones costeras argentinas. Murieron trece británicos.

En dificultoso avance, poco a poco, mediante ataques combinados de artillería e infantería para acabar con la intermitente resistencia argentina, los británicos tomaron las tierras altas que rodeaban Puerto Argentino. El 13 de junio, las fuerzas británicas penetraron las defensas argentinas, ocupando todas las alturas que rodean la capital. La defensa quedó desarticulada y el cerco táctico totalmente cerrado. A partir de entonces, el SAS, que entró en la frecuencia de radio usada por los naturales en sus comunicaciones y había entrado en contacto con un médico de la ciudad, aplicó una presión creciente de guerra psicológica sobre los argentinos para que aceptasen la rendición y no se empeñasen en una inútil batalla con inevitables víctimas civiles.

El control de las colinas que dominan Puerto Argentino posibilitó a las fuerzas británicas batir en forma precisa a las argentinas, que no disponían ya de espacio de maniobra, ni de movilidad ni de apoyo. El SAS utilizó señaladores láser para dirigir los Harrier a sus objetivos en un devastador bombardeo aéreo y fuego de artillería contra las tropas argentinas que las defendían con un mínimo apoyo de fuego propio. El fuego fue tan eficaz que en la mañana del 14 de junio, la mayoría de los argentinos abandonaron sus posiciones.

A las once de la mañana del 14 de junio, el alto mando argentino se puso en contacto con el mando del SAS para discutir los términos del alto el fuego. El teniente coronel Mike Rose abordó un helicóptero Gazelle y voló a Puerto Argentino. Le acompañaban un operador de transmisiones del SAS y un oficial

de la Royal Navy, el capitán Rod Bell, que hablaba con fluidez español. Después de varias horas de negociaciones, el general Mario Menéndez fue persuadido de que entregarse era la mejor solución. A las nueve de la noche, se firmó una capitulación, no rendición incondicional, de las fuerzas argentinas.

El general de división Jeremy Moore aceptó la rendición argentina la medianoche de ese mismo día. Una señal fue enviada a Londres a través del enlace de comunicaciones por satélite SAS: «Las islas Falkland están una vez más bajo el gobierno deseado por sus habitantes. Dios salve a la reina».

Sin embargo, el 20 de junio un grupo de fuerzas británicas realizó un ataque contra la base científica Corbeta Uruguay de la isla Morrell (Sandwich del Sur), y desalojó por la fuerza a los científicos argentinos allí establecidos. Con este acto terminaron las acciones de combate propiamente dichas y Gran Bretaña declaró formalmente el cese de las hostilidades, lo que conllevó la reocupación de los tres archipiélagos por parte del Reino Unido. Habían pasado casi dos meses y medio desde el desembarco inicial en las islas. Y pasarían muchos años antes de que fuera posible la reconciliación entre los dos países.

LA DERROTA ARGENTINA

En opinión de expertos militares, la superioridad naval de la Task Force británica fue la principal causa de la derrota argentina. Debido a ella, a partir del establecimiento de la zona de exclusión total, quedó prácticamente cortado el cordón umbilical que unía a las islas con el continente y, con ello, fue imposible el apoyo logístico normal, que se limitó forzosamente a los 33 vuelos realizados entre el 1 de mayo y el 13 de junio por los C-130 Hércules, según declaraciones del ejército argentino. «La presencia de submarinos nucleares británicos impidió el apoyo naval propio», explican. En contra de los argentinos también jugó la superioridad numérica y el considerable mayor alcance de la artillería británica, a lo que se sumó el permanente apoyo de su fuego naval y aéreo.

En la zona, la fuerza aeronaval británica operaba desde portaaviones, lo cual permitía hostigar permanentemente a las fuerzas argentinas, además de proporcionarle un eficaz apoyo aéreo directo a sus operaciones terrestres tras el desembarco. Por el contrario, la Fuerza Aérea argentina operaba desde sus bases

en el continente, a unos 670 kilómetros de distancia; así sólo podía permanecer sobre las islas durante tres a cinco minutos, lo que imposibilitó el apoyo aéreo directo a las fuerzas terrestres. A ello se sumó la temprana destrucción de los aviones Pucará y Aermacchi asentados en las islas y de la mayor parte de los helicópteros disponibles al comienzo de las operaciones, lo que limitó sensiblemente la capacidad de maniobra argentina.

Pero lo determinante de la derrota en tierra del ejército argentino fue la enorme superioridad de los británicos como soldados. En aquella época el ejército británico era el único profesional de Europa y su profesionalidad no radicaba sólo en mayor disciplina, entrenamiento y conocimientos técnicos. Desde principios de los setenta el Reino Unido tenía una «guerra de baja intensidad» en Irlanda del Norte, y el alto mando había decidido aprovecharla para endurecer a sus tropas. Todo soldado británico, aún los pertenecientes a servicios auxiliares, era enviado regularmente a Irlanda del Norte a desempeñar tareas de patrullaje a pie por zonas hostiles, lo que suponía ponerse a tiro del IRA, que con cierta frecuencia mataba ingleses en emboscadas guerrilleras o en atentados terroristas. Los hombres de la Task Force, todos ellos, estaban por tanto acostumbrados a matar y morir, mientras que los soldados argentinos eran muchachos corrientes que estaban haciendo el servicio militar obligatorio y nunca se habían visto en una circunstancia de guerra.

Gracias al éxito de su política para las islas Malvinas en 1982, Margaret Thatcher condujo al Partido Conservador a una victoria arrolladora en las elecciones generales de junio de 1983. Leopoldo Galtieri, designado presidente de la República por la Junta Militar en 1981 y responsable el 2 de abril del año siguiente de ordenar la invasión de las islas Malvinas, dimitió ante la Junta Militar el 17 de junio, tres días después de la rendición.

En Argentina, la derrota militar abrió paso a una nueva ola de lucha de masas contra los militares, cuya autoridad, muy cuestionada por los errores en la conducción de la guerra, cayó bajo mínimos. La Junta se vio obligada a presentar la dimisión, lo que abrió un proceso democrático que dura hasta la actualidad.

Durante la guerra los británicos capturaron alrededor de 10 000 prisioneros argentinos, que fueron liberados posteriormente. El balance mortal fue de 645

caídos argentinos y más de un millar de heridos y 253 muertos británicos y más de 700 heridos. Para los veteranos argentinos y británicos, las Malvinas es todavía hoy «una tierra de dolor». No hay cifras oficiales, pero se dice que 272 excombatientes argentinos se suicidaron después de la guerra. El número de veteranos británicos que se quitaron la vida en los años transcurridos desde las Malvinas es muy similar: 266.

30

TORMENTA DEL DESIERTO

Fecha: De enero a marzo de 1991.

Fuerzas en liza: Fuerzas armadas de Irak contra una coalición de 32 países encabezada por Estados Unidos y con participación destacada británica y francesa, liderados por Estados Unidos y bajo el mandato de Naciones Unidas.

Personajes protagonistas: Sadam Husein. El presidente George Bush padre; el secretario de Defensa Dick Cheney y el presidente del Estado Mayor Conjunto, Colin Powell. El general H. Norman Schwarzkopf, el teniente general Walter Boomer, de los marines; el teniente general Charles Horner, de la Fuerza Aérea; teniente general John Yeosock, del ejército y el vicealmirante Arthur Stanley, de la Armada.

Momentos clave: La batalla de Medina Ridge y la toma de la capital de Kuwait.

Nuevas tácticas militares: Primera vez que la fuerza aérea y los misiles, empleados en exclusividad durante un mes, logran prácticamente desactivar a un importante ejército adversario antes de la utilización de las fuerzas terrestres.
Primer conflicto en que ambos adversarios —aunque con muy distinta efectividad— emplearon misiles superficie-superficie.
Primera vez que se utiliza un sistema antiaéreo para destruir un misil balístico enemigo y un cazabombardero invisible para el radar.

En 1991 Irak fue atacado y derrotado por una coalición multinacional en represalia por su invasión a Kuwait en la llamada guerra del Golfo. La atmósfera bélica duró siete meses, aunque sólo seis semanas fueron de conflicto armado. La Tormenta del Desierto —como es conocida esta operación por parte de Estados Unidos— es símbolo de la posición dominante del poder aéreo en los conflictos armados a finales de siglo XX, claramente arrollador y decisivo. La fuerza aérea de la coalición de países participantes, bajo el mandato de la ONU y el liderazgo de Estados Unidos, logró el control sobre Kuwait e Irak en sólo unas pocas horas, y en unos pocos días logró la supremacía total. Pero también simboliza el triunfo de la experiencia y la tecnología y, en opinión de muchos expertos, un cambio fundamental en el modo en que se tendrán que desarrollar muchas guerras en el futuro.

La Operación Tormenta del Desierto, la campaña dirigida por Estados Unidos para liberar Kuwait, no fue como cualquier otra guerra. De intensa violencia, corta duración y con un saldo de víctimas enorme por un lado y bajísimo por el otro, «fue una versión del Infierno de Dante», describe el general Ronald H. Griffith, comandante de la 1.ª División Acorazada de Estados Unidos. Una guerra que surgió de improviso justo cuando el mundo miraba a Europa con el Muro de Berlín caído y el final de la Guerra Fría. Quizá por ello, en opinión de muchos expertos, Irak invadió a su pequeño vecino del sur con la esperanza de contar con la pasividad del resto del mundo. Nadie acudiría en ayuda de Kuwait.

Pero en enero de 1991, el mundo pudo ver a través de las pantallas del televisor los enfrentamientos de una coalición internacional, compuesta por 32 naciones bajo el mandato de la ONU y dirigida por Estados Unidos, como respuesta a la invasión y anexión del emirato de Kuwait por Irak. Las principales batallas fueron combates aéreos y terrestres en Irak, Kuwait y en la frontera de Arabia Saudí. La campaña se inició el 17 de enero con una serie de bombardeos en los que se utilizaron cien ultra mortíferos misiles de crucero Tomahawk disparados desde barcos estacionados en aguas del mar Rojo y el golfo Pérsico.

Así comenzó una guerra que se caracterizó por la integración de muchos modernos sistemas electrónicos que lograron la paralización del comando, control y comunicaciones de Irak y por el uso de una avanzada y cara tecnología de aviones fantasma, satélites (JSTARS), visores nocturnos, misiles «inteligentes» y otro tipo de municiones guiadas que barrieron al enemigo.

La cobertura periodística de la Operación Tormenta del Desierto, que comenzó el mes de agosto de 1990, en palabras del secretario de Defensa Cheney, «fue la mejor cobertura que se haya hecho en una guerra. El pueblo norteamericano vio de cerca, con sus propios ojos, a través de la magia de la televisión, lo que el ejército norteamericano era capaz de hacer».

Para muchos expertos, contrariamente, la transmisión televisiva de la Operación Tormenta del Desierto tuvo como consecuencia que la guerra tal como fue entendida por la mayoría de la gente, no fue la real. Y es que los medios de comunicación trabajaron bajo una severa censura gubernamental y militar. Así, por ejemplo, en los medios estadounidenses no se recogió ninguna noticia de la oposición democrática iraquí desde agosto de 1990 hasta marzo de 1991, y eso que en su mayoría eran resistentes en el exilio que estaban contra

Sadam Husein, pero también contra la intervención bélica en Irak, partidarios de una solución pacífica del conflicto.

La maquinaria militar de Estados Unidos, inactiva desde Vietnam, se mostró en el sol del desierto mejor nunca. Antiguos enemigos y rivales de décadas pasadas formaron una rápida alianza para derrotar a un enemigo que la propaganda no dudaba en presentar tan poderoso, cruel y ambicioso como Adolf Hitler. Al mismo tiempo, el conflicto aumentó la división entre el mundo árabe, ya que países como Egipto, Arabia Saudí, Marruecos y Siria apoyaron con sus tropas a la coalición de Naciones Unidas, mientras otros, como Jordania, Yemen, Sudán y la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) respaldaron a Irak, mientras que Libia, Argelia y Túnez les mostraron apoyo moral. Además, Sadam tuvo el apoyo de Cuba y la India.

«Sadam Husein debía abandonar el territorio kuwaití. No sabíamos cómo íbamos a conseguirlo pero nuestra respuesta a la petición de ayuda a Kuwait fue que lo haríamos. Esto nunca sería un Dunkerque [la retirada británica de Europa al principio de la Segunda Guerra Mundial] íbamos a detenerlos de forma rápida y evitando el mayor número de bajas», recuerda el general Walt E. Boomer, del comando central de la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines (USMC).

Desde la más temprana juventud Sadam Husein había demostrado tener unos nervios de hierro; era despiadado y utilizaba la intriga, la rebelión, el asesinato y la ejecución de todo el que se mostrara en contra. Representaba la dictadura absoluta, un déspota con armas químicas y dispuesto a utilizarlas. La Administración norteamericana se encargaría de mostrar repetidas veces esta imagen, así como la del poder militar iraquí, que de forma tremendamente exagerada se presentaba como «el cuarto del mundo», para ganar el apoyo de su opinión pública en la guerra que iniciaría para liberar Kuwait.

LAS REIVINDICACIONES DE SADAM HUSEIN

El petróleo corría por Irak, Kuwait, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Qatar. Todo un mar de combustible sobre el que fueron enriqueciéndose y ganando poder. Kuwait poseía el 10 por ciento de las reservas de crudo mundiales. Irak controlaba una quinta parte del petróleo mundial, con unos

ingresos anuales de unos trece mil millones de dólares.

Sin embargo, la desastrosa guerra de ocho años que había mantenido con Irán desde 1980, tras la larga rivalidad árabe-persa y, en concreto, porque Irak quería modificar la delimitación de fronteras entre los dos estados para anexionarse la región de Shatt al-Arab, dejó un desastroso legado al país mesopotámico. Durante esta guerra, el dirigente iraquí no dudó en pedir ayuda militar, táctica y económica a la primera potencia mundial, Estados Unidos, que se la prestaron gustosos para frenar la amenaza islamista de la revolución iraní. También fue apoyado por la Unión Soviética, tradicional aliada de Bagdad, Europa, los países árabes más importantes y las monarquías petroleras del Golfo. Aun así, no pudo derrotar a Irán.

Finalizada la guerra sin un claro vencedor, Irak debía enfrentarse al futuro con el país y su economía devastados, así como pagar una deuda de más de ochenta mil millones de dólares por los numerosos gastos militares, que dejaron su economía en una situación muy precaria y con un ejército exhausto.

A pesar de ello, las fuerzas armadas de Sadam en 1989 contaban con 56 divisiones y un millón cien mil hombres. Era dueño de los mejores tanques soviéticos, de helicópteros, misiles móviles y un avanzado sistema de defensa aérea, lo que convertía al ejército de Irak en el cuarto más grande del mundo.

Sadam vio una manera de utilizar su gran ejército para mantener a raya a los acreedores que le hablan ayudado a financiar su enfrentamiento con Irán: los fabulosamente ricos, pero más escasamente armados, árabes kuwaitíes y saudíes, a los que le exigió treinta mil millones de dólares con el argumento de que se lo debían por haberse enfrentado a Irán. Sin embargo, las relaciones entre el Irak laico y Arabia Saudí —cuna del islam— nunca habían sido buenas, y Kuwait siempre había estado a la defensiva con Irak, ya que este último consideraba al pequeño país vecino como una provincia propia. A principios de los años sesenta ya había intentado anexionárselo, lo que fue impedido por la intervención directa del ejército británico.

El día 26 de julio las diferencias entre Bagdad y Kuwait se acentuaron en una reunión en Ginebra, ya que el emirato había decidido rebajar el precio del barril de petróleo a 14 dólares, mientras que Irak pretendía subirlo de 18 a 25 dólares. Asimismo, Irak reclamaba a Kuwait el pago de dos mil quinientos millones de dólares en compensación por el petróleo que, según Bagdad, le había sustraído

de su territorio en la zona fronteriza de Rumaila durante la guerra con Irán. No sólo eso, sino que desempolvó la vieja reivindicación sobre Kuwait como «19.ª provincia de Irak»; Kuwait accedió a la independencia en 1961, tras haber sido protectorado británico desde 1899, bajo la soberanía de la familia Al-Sabah. Los norteamericanos no tuvieron conciencia de peligro ni preocupación por la actitud de Sadam Husein.

«Después de la guerra Irán-Irak, la Administración norteamericana trató de construir puentes de amistad y fomentar los vínculos económicos con los iraquíes. Ya sabía que Sadam Husein era un dictador. Sin embargo, buscaban un contrapeso para lo que pensábamos era el mayor peligro en la zona: el fundamentalismo de Irán», indica el exgeneral director del Programa de Seguridad Nacional Bernard Trainor, y en la actualidad profesor de la Universidad de Harvard, además de coautor de *The Generals War The Inside Story of the Gulf War*.

A mediados de julio de 1990, los efectivos del ejército iraquí marcharon desde la ciudad de Basora hasta la frontera con Kuwait, donde se detuvieron a la espera de órdenes. Era un contingente tan grande como para no sólo invadir Kuwait, sino también Arabia Saudí. En ese momento no hubo ninguna reacción por parte de Estados Unidos.

Es más, su embajadora se reunió entonces con Sadam en su palacio de Bagdad y dio a entender que se trataba de un problema árabe y que Estados Unidos no adoptaría ninguna postura al respecto. Telegrafió a Washington comunicando que Sadam no quería contrariarlos y que había que evitar los insultos y las críticas públicas mientras los árabes resolvían el asunto. Los norteamericanos pensaron que Sadam no invadiría a su vecino. Sadam creyó que los norteamericanos no acudirían en ayuda de un país tan pequeño. Grave error por ambas partes. La CIA, sin embargo, siempre alertó del peligro.

Hasta ese momento, Estados Unidos tendía a considerar que Sadam exageraba y que no quería otra cosa que intimidar para lograr un acuerdo satisfactorio. También los kuwaitíes debieron pensar aproximadamente lo mismo. Con excepción de la CIA, al principio, pocos creyeron que la intimidación se convertiría en invasión.

El presidente egipcio Hosni Mubarak desplegó una tarea de mediación y consiguió que el día 31 de julio, tras varios aplazamientos, se entablaran

negociaciones entre Irak y Kuwait en una reunión que se celebró en Yidda (Arabia Saudí) para tratar sobre sus diferencias; pero el 1 de agosto se suspendieron las conversaciones sin haber llegado a ningún acuerdo.

Al día siguiente, el 2 de agosto, las fuerzas iraquíes entraron en Kuwait en las primeras horas de la mañana después de que Occidente hiciera caso omiso a la acumulación de fuerzas militares de Sadam en la frontera de ambos países. «Lo interpretaron como un farol, una gran farsa y fue una enorme sorpresa», afirma el exgeneral Trainor. Quizá la ocupación y conquista de un territorio rico podrían acabar con las deudas y falta de dinero para la reconstrucción de Irak. En Estados Unidos se decretó la alerta máxima, pero ya era demasiado tarde.

El poderoso ejército iraquí integrado por ciento cuarenta mil hombres fuertemente armados, encabezados por unidades de la Guardia Republicana, y más de mil tanques, avanzaron por los casi intransitables pantanos y los desiertos que cubren vastos yacimientos de petróleo e invadieron la capital de Kuwait en un ataque relámpago. En sólo tres horas, sin encontrar apenas resistencia, el emirato fue ocupado. Los kuwaitíes sucumbieron en cuarenta y ocho horas.

Irak destruyó buena parte de las infraestructuras de Kuwait; de acuerdo con testimonios de supervivientes, la ocupación se caracterizó por la violación, el saqueo y el asesinato. El emir de Kuwait escapó por poco y se refugió en Arabia Saudí; Sadam instauró un régimen títere. El día 8 de agosto decidió la anexión total e irreversible del país ocupado.

«La gran pregunta —según el general Trainor— era saber cuáles eran las intenciones de Sadam en esos momentos. ¿Se conformaría con tomar Kuwait o continuaría hacia Arabia Saudí?». En opinión de este militar, «hubo una preocupación real de que Sadam Husein continuara hacia las provincias orientales de Arabia Saudí, sobre el golfo Pérsico, donde había gran cantidad de pozos de petróleo y estaban todas las refinerías». Con la invasión, Irak pasó a controlar nada menos que el 20 por ciento de los recursos mundiales de petróleo, lo que representaba un peligro en caso de desabastecimiento mundial de crudo.

Los dirigentes del Golfo tenían muchos más motivos de preocupación que las petroleras occidentales. En Sadam encontraron el líder de un movimiento panárabe que terminaría por derrocarlos utilizando la vieja lucha contra el infiel Israel y sus aliados para obtener apoyo local. Pero Arabia Saudí también tenía sus aliados. «Las relaciones saudíes-norteamericanas se remontan a Franklin D.

Roosevelt. Por una especie de acuerdo tácito, los saudíes asegurarían siempre el suministro de petróleo a cambio de que Estados Unidos asegurase su seguridad», cuenta el general Trainor.

Husein hizo un llamamiento a la «guerra santa» contra Estados Unidos y en favor de la recuperación de los lugares sagrados del islam, Medina y La Meca, que forman parte del reino saudí. La amistad entre Estados Unidos e Irak se había roto para siempre.

GEORGE BUSH Y EL APOYO INTERNACIONAL

Cualquiera que fuera la guerra que se contemplase, en la mente de muchos estaba presente Vietnam veinte años antes. El síndrome post Vietnam, con el amargo recuerdo de un sangriento estancamiento bélico, se había convertido para toda una generación de estadounidenses en una proclama contra la guerra. ¿El próximo combate iba a ser ver morir a los jóvenes por las compañías petroleras? ¿Podía permitir el gobierno norteamericano que un régimen como el de Sadam dominase las mayores reservas de petróleo del mundo? Evidentemente, no.

El jefe de los halcones de la Administración estadounidense durante la crisis del Golfo fue el propio presidente, George Bush padre. En palabras del general Trainor: «Mientras que la mayoría de nosotros estábamos discutiendo el valor de las sanciones económicas frente a la posibilidad de lanzarnos a la ofensiva contra Sadam Husein, en la mente del presidente ya tenía claro que las sanciones no iban a funcionar». «No permitiremos —manifestó con rotundidad George Bush — que Kuwait sea anexionada a Irak. No es una amenaza. Simplemente no lo permitiremos».

Con esta advertencia George Bush rechazó de plano cualquier negociación, diciendo de manera explícita que en ningún momento existiría pacto alguno. De esta forma puso fin a cualquier oportunidad de que la liberación se produjera sin que fuera necesaria la muerte de decenas de miles de personas ni ninguna catástrofe ecológica. En Estados Unidos muy pronto el apoyo al presidente Bush en la opinión pública ascendió a un porcentaje del 80 por ciento.

La primera reacción de la comunidad internacional se produjo el mismo día de la invasión, cuando el Consejo de Seguridad de la ONU hizo un llamamiento

a Irak (resolución 660) para que se retirara de ese país. El final de la Guerra Fría permitió a la Unión Soviética seguir a Estados Unidos. Por vez primera, se pudo interpretar que la URSS y Estados Unidos tenían la misma posición —al menos en apariencia— en lo que respecta a un conflicto internacional, algo impensable antes de la disolución del bloque soviético.

«Había en torno a cincuenta mil asesores soviéticos civiles y militares en Irak», recuerda Trainor. Los soviéticos necesitaban el apoyo norteamericano durante el caos de su transición política; su cooperación en la Glásnost y en la Perestroika, las políticas reformistas de Mijaíl Gorbachov. «La Unión Soviética podría haber vetado todas las resoluciones de la ONU en apoyo de Irak pero no lo hizo», señala el historiador militar Joseph Alexander.

El 6 de agosto, la ONU (resolución 661) condenó la invasión iraquí e impuso una serie de sanciones económicas, incluido el bloqueo internacional al comercio con Irak. Este país importaba el 80 por ciento de sus alimentos y prácticamente sólo exportaba petróleo, lo que haría muy duro el embargo. Además se puso en marcha la operación Desert Shield (Escudo del Desierto), nombre que inicialmente recibió la operación aliada contra Sadam Husein.

Ese mismo día el secretario de Defensa Dick Cheney y el comandante de las fuerzas armadas en el Golfo, Norman Schwarzkopf, viajaron a Arabia Saudí para reunirse con el rey Fahd. En aquella primera valoración se habló de la necesidad de una concentración de soldados en Arabia Saudí, en torno a doscientos mil. La cifra sorprendió a los políticos saudíes. Pero el reino estaba en peligro y el rey Fahd aceptó. Los países árabes pusieron limitaciones a su participación en la alianza. La primera condición fue que Israel no entrara en la coalición. La segunda, que Sadam no fuera depuesto o asesinado.

Mientras, el presidente George Bush se dedicaba a dar delicada forma a la espinosa estructura de la coalición que iba a intervenir contra Irak. «La decisión de adoptar una posición requirió la consulta simultánea con tres de los principales actores internacionales. Arabia Saudí, la Unión Soviética e Israel», indica Joseph Alexander.

«La política de George Bush para reunir una coalición para obtener el apoyo público a la operación fue ejemplar —sostiene el exgeneral Trainor—. Dado que dentro de Estados Unidos había una gran oposición a cualquier participación en la guerra, construyó su apoyo con la comunidad internacional. Y entonces llegó

el apoyo del pueblo norteamericano y el Congreso», añade. Algo imprescindible para iniciar la guerra, ya que desde 1975, los presidentes norteamericanos necesitaban el permiso del Congreso para el empleo de unidades militares. Y comenzó el despliegue de tropas norteamericanas más grande desde Vietnam: más de un cuarto de millón de soldados se pusieron en camino hacia el desierto iraquí.

Cuando Bush ordenó los ataques contra Irak llevaba tres años en el cargo de presidente; había sido vicepresidente de Ronald Reagan durante ocho años así como director de la CIA, embajador extraordinario de varios presidentes y tenía experiencia legislativa. Su brillante carrera al servicio del Estado era innegable. Algo de lo que carecía su hijo cuando doce años después comenzó la segunda guerra del Golfo con la operación militar Libertad Duradera.

Asimismo, Bush padre comandó la Tormenta del Desierto en un momento en que su plataforma principal de lucha, la Guerra Fría, agonizaba después del triunfo de los ideales por los que él había luchado, por lo que le fue posible articular una amplia coalición de naciones, incluso dentro del mundo árabe. Es más: logró lidiar con Israel para impedir que el Estado judío frenara la participación árabe.

Con 27 divisiones iraquíes en Kuwait, y sin saber si iban a continuar con la invasión o no, la situación no era fácil. «El rey Fahd fue valiente al aceptar la presencia de los norteamericanos para proteger el reino de Arabia Saudí. Era cuestión de tiempo que el propósito de defender a los saudíes se convirtiera en atacar y expulsar a Sadam de Kuwait, incluso en atacar Irak», afirma Charles Horner, comandante de las fuerzas aéreas de la coalición. El ejército saudí sólo contaba con unos setenta mil hombres y la capital del reino podía ser capturada en tan sólo seis días. Si Bush necesitaba un *casus belli* para una intervención militar directa de Estados Unidos en la zona ya lo había encontrado.

Naciones Unidas insistió en la retirada de los iraquíes, pero éstos hicieron oídos sordos. La persistente negativa del dictador suní provocó que el 29 de noviembre el Consejo de Seguridad, por unanimidad —una de las pocas veces en su historia—, autorizase el uso de la fuerza contra Irak, a menos que se retirara de Kuwait antes del 15 de enero de 1991 (resolución 678).

Además de contar con el apoyo de la ONU, los norteamericanos precisaban disponer de la colaboración necesaria para emprender la ofensiva de reconquista.

Por eso el secretario de Estado James Baker llegó a visitar doce países en tres continentes en tan sólo dieciocho días.

Al final, Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, además de varios países árabes, formaron una coalición para expulsar a las tropas invasoras de Kuwait que, a diferencia de lo que sucedió en la segunda guerra del Golfo de 2003, contó con el apoyo de Naciones Unidas.

EQUIPAMIENTO Y DESPLIEGUE DE MEDIOS

Una vez que los norteamericanos tuvieron luz verde comenzó el despliegue. Durante cinco meses habían estado mandando tropas y equipos a la zona. ¿Qué quedaba, aparte del uso de la fuerza? «Antes de que anocheciera había dos escuadrones tácticos que volaban hacia la frontera. A la mañana siguiente llegó una brigada de la 82.ª División Aerotransportada y comenzó a tomar posiciones. Y poco después vino la avanzada de la 1.ª División de Marines», explica el historiador militar Joseph Alexander. Además, ya desde mediados de septiembre había cerca de setecientos aviones norteamericanos en suelo de Arabia Saudí.

En enero de 1991 la coalición contra Husein había alcanzado una fuerza de 680 000 hombres, mientras que el líder suní llegó a reunir en Kuwait un ejército de ocupación de cerca de 500 000 hombres. Además, Irak contaba con una importante potencia militar, ya que dedicaba el 60 por ciento de sus ingresos petrolíferos a la compra de armas, sobre todo a Francia y, más aún, a la URSS.

Asia central y Oriente Próximo, incluido el este del Mediterráneo y el golfo Pérsico, estaban bajo el control del Mando Central de Estados Unidos (U. S. Central Command CENTCOM) con sede en la base aérea de MacDill en Florida. «Nunca fue un mando tan bien considerado e importante como, por ejemplo, el de Europa o el del Pacífico. Se le consideraba un lugar remoto, el último destino de muchos militares antes de su jubilación, algo así como una especie de recompensa por los servicios prestados», sostiene Bernard Trainor.

Cuando comenzó el conflicto el CENTCOM se trasladó a Riad, capital de Arabia Saudí, y pasó a ser el cuartel general de las fuerzas de la coalición, bajo el mando del general Schwarzkopf. Este cuartel general tenía siete mandos subordinados. Desde Washington se envió a un pequeño grupo de estrategas para

ayudar a Schwarzkopf, denominados «los caballeros Yedi», que trabajaron en secreto preparando estrategias en la «habitación que nunca existió».

Tras presentar varios planes al Pentágono y a la Casa Blanca (incluso uno elaborado en secreto por el secretario de Defensa Cheney denominado «La incursión por el oeste» y otro de ataque frontal directo en tierra propuesto por Schwarzkopf que suponía muchas bajas), el presidente Bush optó por el plan que iba a suponer menos pérdidas de vidas humanas. Al final, la Operación Tormenta del Desierto se definió en dos fases sucesivas; la primera de bombardeos aéreos, a partir de enero de 1991, y una posterior ofensiva terrestre, a partir del 24 de febrero. Para ello Schwarzkopf necesitaría al menos el doble de tropas de las asignadas inicialmente: en tomo a medio millón de soldados.

Se pusieron en marcha operaciones navales dirigidas a reforzar las sanciones contra Irak, a mantener el golfo Pérsico libre de minas y, sobre todo, a proteger las líneas de abastecimientos.

Estados Unidos tenía previsto un innovador sistema denominado *Prepositioning* (despliegue previo), por el que grandes unidades estacionadas en Estados Unidos contaban con todo su material pesado embarcado en buques de transporte, situados cerca de las zonas sensibles. «La 7.ª Brigada Expedicionaria de Marines, acuartelada en Twenty-Nine Palms, California, desde donde fue enviada a Arabia Saudí por vía aérea, contaba con la llegada por vía marítima de sus tanques, vehículos de asalto, municiones, artillería y material de comunicaciones, preposicionados en la isla de Diego García, en pleno océano índico —explica Alexander—. A los cuatro días llegaron a un enorme puerto proporcionado por el gobierno saudí». También la base aérea de Torrejón (España) y otros emplazamientos clave en Europa, como Azores (Portugal) o Ramstein (Alemania), actuaron como enormes portaaviones para permitir en el menor tiempo la mayor movilización de personal y armamento desde la Segunda Guerra Mundial.

Como nación que vivía de la importación y la exportación, Arabia Saudí disponía de puertos y aeródromos, elementos que fueron fundamentales. Nada más comenzar la invasión, se puso en marcha una flota aérea de transporte que necesitó disponer de corredores por diversos países, que dieron su consentimiento. Sin embargo, la disponibilidad de transporte aéreo estaba muy por debajo de las necesidades. Solamente había, por ejemplo, noventa

cuatrimotores a reacción C-141, cuando se necesitan doscientos cincuenta para llevar una brigada aerotransportada. El transporte aéreo, a pesar de su velocidad, no pudo mover más del 5 por ciento de la fuerza necesaria. El resto lo realizaron los buques de la marina mercante norteamericana, con una flota de noventa y cuatro barcos, además de cuarenta buques de otros pabellones.

Para la batalla, la coalición había logrado reunir además del numeroso ejército, dos mil carros de combate y una flota de cien barcos de guerra entre los que había seis portaaviones, además de un impresionante despliegue aéreo de al menos 1800 aviones. El contingente norteamericano era, con diferencia, el más numeroso con 415 000 soldados, de los que veintisiete mil eran mujeres. Además, había unos veintiocho mil británicos, quince mil franceses, treinta y cinco mil egipcios y diecinueve mil sirios, además de contingentes muchos menores de otros países. Solamente británicos y franceses tuvieron su bautismo de fuego junto a los norteamericanos.

La superioridad naval era fundamental para el rápido despliegue de estas fuerzas al garantizar las líneas de suministro. «Teníamos —narra el historiador norteamericano Joseph Alexander— barcos de transporte fuera del Golfo, estacionados en el norte del mar Arábigo y en el mar Rojo. Además, en las primeras etapas, mientras se producía la acumulación de fuerzas, fuimos capaces de proteger los puertos y mantener el comercio en la zona». Desde el océano índico, el Mediterráneo y el Extremo Oriente llegaron acorazados, cruceros dotados del sistema Aegis, de radares capaces de efectuar simultáneamente funciones de búsqueda, seguimiento y guiado de misiles, submarinos nucleares, buques logísticos y mercantes…

El tráfico hacia Irak tenía que pasar por el golfo Pérsico o el mar Rojo, y fue fácilmente controlado en los estrechos de Ormuz y de Tiran, donde siete mil embarcaciones fueron interceptadas, al ritmo de treinta o cuarenta diarias.

En poco tiempo, el agobiante bloqueo naval supuso para Irak un costo de treinta millones de dólares al día, la mitad de sus ingresos por petróleo. Los kuwaitíes habían logrado sacar sus activos del país y Sadam necesitaba dinero. Los aliados no tenían este problema; el gobierno saudí proporcionó mucho más que infraestructura. «También aportó una buena parte de los fondos para la guerra. Y fue una guerra muy costosa. Consumíamos combustible como locos en nuestros equipos de combate, nuestros vehículos oruga y de ruedas, y todo fue

proporcionado por los saudíes», indica Joseph Alexander. Arabia Saudí suministró diariamente veinte millones y medio de galones de combustible, cerca de noventa y cinco millones de litros.

EL GENIO DE LA LOGÍSTICA

El Pentágono montó la red logística para transportar la enorme cantidad de armamentos y municiones desde Estados Unidos y otras bases, principalmente en Alemania. Tanto el transporte marítimo como el aéreo estuvieron coordinados por el mando central que el Pentágono tiene en Saint Louis (Illinois). El Mando de Transporte Aéreo Militar (Military Airlift Command, MAC) coordinó hasta el 11 de marzo un total de 15 800 misiones aéreas, que según el general Hansford Johnson, jefe del mando de transpone de Estados Unidos, «constituyeron una de las operaciones de control y coordinación aéreas más complejas de la historia militar».

El teniente general William Pagonis, de ascendencia griega, fue el genio de este impresionante despliegue logístico. Sus operaciones se asemejaban a la Bolsa de Nueva York en un ocupado día de negocios. Pagonis fue capaz de hacer el traslado del equivalente de la ciudad de Atlanta, unas 400 000 personas, a más de doce mil kilómetros de distancia. En un tiempo récord trasladó a los soldados de los XVIII y VII Cuerpos de Ejército con sus carros de combate, piezas de artillería, vehículos blindados, helicópteros, municiones y todo el suministro y apoyo que necesitaban las siete divisiones. Trasladó los 39 millones de raciones necesarias para alimentar a 435 000 soldados, más cien mil relevos de personal y demás equipo militar. Y para lograrlo, arrendó el equipo pesado de transporte a los antiguos países del Pacto de Varsovia.

En lo referente al transporte naval, éstos llevaron 3,9 millones de toneladas de carga y 6,8 millones de toneladas de combustible. La logística fue fundamental debido a que al reabastecer ordenadamente a los combatientes tuvieron hasta el mínimo recurso necesario para la guerra. Cada una de las siete divisiones de los dos cuerpos de ejército estadounidenses movilizados necesitaban, en un día de batalla, cinco mil toneladas de municiones, dos millones de litros de combustible, otro millón de agua y en torno a veinte mil

toneladas de comida.

El 16 de enero de 1991 las fuerzas multinacionales al mando del general estadounidense Norman Schwarzkopf —rebautizado por algunos como Norman de Arabia— iniciaron su participación bélica. En la madrugada del 17 de enero se lanzaron aviones no tripulados al espacio aéreo iraquí. El falso ataque activó su sistema de radar antiaéreo revelando su localización y haciéndolo vulnerable a un ataque aéreo.

A continuación, tuvo lugar una masiva ofensiva aérea contra los centros de comunicaciones iraquíes. Los aviones «invisibles» norteamericanos F-17 destruyeron los radares y cerca de seiscientos objetivos más. Eran los primeros pasos; los ataques se prolongaron durante varias semanas, en las que se arrojaron cerca de 600 000 toneladas de bombas en Irak y Kuwait.

El presidente de Estados Unidos anunciaba el 18 de enero a su nación que el objetivo del ataque era destruir el potencial nuclear de Irak y sus arsenales de armas químicas, además de liberar Kuwait.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS

«Para entender el éxito de la Tormenta del Desierto, hay que mirar a Vietnam, donde aprendimos muchas lecciones. El presidente Bush y el secretario de Defensa Cheney conocían en detalle todo lo que podía suceder en el campo de batalla. Pero quienes tendrían que luchar serían los militares y desde Vietnam no habían entrado en combate», señala Charles Horner, comandante de las fuerzas aéreas de la coalición.

En la cadena de mando estadounidense bajo el presidente estaban el secretario de Defensa Dick Cheney y el presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor General, Colin Powell. El general H. Norman Schwarzkopf mandaba la zona a través de los cuatro comandantes del ejército expedicionario: el teniente general Walter Boomer, de los marines; el teniente general Charles Horner, de la Fuerza Aérea; el teniente general John Yeosock, del ejército y el vicealmirante Arthur Stanley, de la Armada.

Los objetivos eran la retirada incondicional de las fuerzas iraquíes de Kuwait, la destrucción de la capacidad de la guerra de Sadam y de su producción

de armas químicas y biológicas, el restablecimiento de la estabilidad regional y el acceso a las fuentes de energía. Pero ¿el ejército norteamericano estaba capacitado para hacer ese trabajo?

Después de Vietnam, el 40 por ciento del ejército de Estados Unidos consumía drogas; había enfrentamientos entre negros y blancos; había problemas ente los oficiales… El 41 por ciento de las tropas se encontraban en el nivel más bajo de aptitud mental. Sólo cuatro de las trece divisiones del organigrama estaban listas para combatir. «El ejército reconoció que tenía problemas y que había que arreglarlos. Se impulsó un programa de voluntariado, donde los jóvenes soldados tenían que ser graduados en la escuela secundaria. Se hizo una rápida limpia de los alborotadores. Así, de 1975 a 1990, el ejército quedó reconstruido», explica el general Paul J. Kern, comandante de la 2.ª Brigada de la 24.ª División de Infantería Mecanizada.

Con el ejército en «dique seco» desde Vietnam, en las últimas guerras, en las que se vio comprometido de forma apresurada, las fuerzas de Estados Unidos habían sufrido una terrible paliza en sus primeras batallas. Hasta que la política de aprendizaje comenzó a surtir efecto. Ahora no se desplegaría a ningún soldado que no estuviera listo para el combate, formado en los más modernos métodos y herramientas de la guerra.

El 25 de enero, Irak comenzó la «guerra del medio ambiente» al descargar millones de galones de petróleo en el golfo Pérsico. Después, los iraquíes prendieron fuego a los campos de petróleo de Kuwait, para producir un manto de contaminación —el llamado «invierno nuclear»— con graves consecuencias para la agricultura del mundo. Recordando cómo Estados Unidos se había asustado en Beirut, Sadam prometió una campaña de terrorismo que alcanzaría todas las instalaciones estratégicas de los países pertenecientes a la coalición. Amenazó con que les haría «nadar en su propia sangre».

Para este fin contaba con su temible Guardia Republicana. Estaba dividida en dos cuerpos: la Guardia Republicana y la Guardia Republicana Especial, ambas dependientes de Sadam Husein Abd al-Majid al-Tikriti, hijo menor de Sadam, y del propio dictador. Era su guardia personal, una especie de fuerzas especiales que un analista británico llegó a clasificar como las SS de Hitler «pero sin su calor humano». Se creó en 1980, como resultado de la guerra contra Irán, e inicialmente era un cuerpo de escaso número, pero después del conflicto irano-

iraquí se fue reforzando y se le añadieron nuevas unidades hasta completar una estructura dotada de unidades blindadas, de infantería y mecanizadas.

«Los hombres de la Guardia Republicana fueron los mejores de los mejores, los encargados de efectuar la invasión y ocupación de Kuwait. Una vez que la coalición internacional se decidió a participar en el conflicto, cinco divisiones fueron retiradas de Kuwait hasta la frontera iraquí para que actuasen como fuerzas de reserva, sustituidas por efectivos del ejército regular. Sirvió además para purgar a los estadounidenses de Kuwait y, más tarde, Sadam la utilizó contra los propios iraquíes», indica el exgeneral Trainor.

Algunos periodistas occidentales alarmistas comenzaron a describir la formidable calidad de las armas y tropas de Sadam. Sugirieron que podrían estar dispuestos a perder dos millones de hombres, una cifra a la altura de su reputación en la mortífera guerra iraní. «Un montón de analistas aseguraban que lo íbamos a pasar mal porque estábamos luchando en su terreno, eran muy numerosos y no sabíamos nada del desierto y cómo luchar en esas condiciones», explica Joseph Alexander.

«El servicio de inteligencia iraquí no captó lo que estábamos haciendo. El general Schwarzkopf sabía que Sadam seguía las noticias por la televisión; por eso usó a la CNN para crear en la mente del dictador la impresión de que se estaba enviando muy rápidamente un gran número de fuerzas. Lo que mostraba la CNN impresionó, tanto en Estados Unidos como en Bagdad. Se ofreció la ilusión de una enorme fuerza en la región y convirtió a la CNN en un instrumento de propaganda global», afirma el exgeneral Trainor.

Lo cierto es que la opinión pública de los estados implicados se unificó en torno a una fuente común: la CNN, con su información continua y su difusión en tiempo real de imágenes de los bombardeos, que convirtió en un gran espectáculo mediático. Durante el conflicto, en todas las partes del mundo numerosas cadenas de televisión retomaban en directo sus imágenes y frecuentemente reproducían sus mismos comentarios.

OBJETIVO: DESTRUIR LA DEFENSA AÉREA IRAQUÍ

En un principio, mientras se iban acumulando fuerzas de la coalición hasta

alcanzar el nivel de potencia deseable —un proceso muy complejo que llevaría meses—, el despliegue de unidades de combate frente a los iraquíes estaba formado por la 1.ª Brigada Expedicionaria de Marines en la zona costera, frente a la capital de Kuwait, mientras que hacia el interior estaba el XVIII Cuerpo Aerotransportado. Fue bautizado así porque las primeras unidades del Ejército de Tierra desplegadas fueron elementos de la 82.ª y la 101.ª divisiones aerotransportadas, pero se convirtió en una amalgama en la que se iban integrando todas las fuerzas que llegaban al teatro de operaciones. Con todo, durante bastante tiempo estuvo muy lejos de tener los efectivos de un Cuerpo de Ejército. Embarcada, frente a las costas iraquíes, estaba la 4.ª Brigada Expedicionaria de Marines.

Cuando en enero estuvieron por fin presentes todas las fuerzas terrestres de la coalición, el despliegue era el siguiente. En la zona costera, la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines, con la 1.ª y la 2.ª divisiones de infantería de marina. Hacia el interior, el III Ejército estadounidense, con dos cuerpos, el VII Acorazado y el XVIII Aerotransportado, con los británicos (1.ª División Acorazada) agregados al VII, y los franceses (División Daguet o 6.ª División Acorazada Ligera) agregados al XVIII. Las fuerzas de países árabes, con las de algún otro socio menor, que no intervendrían sustancialmente en los combates terrestres, formaban el llamado Grupo de Fuerzas Conjuntas, bajo el mando del príncipe saudí Jaled ibn Sultán. Las fuerzas embarcadas frente a las costas iraquíes, amenazando con un desembarco, habían aumentado hasta formar la 2.ª Fuerza Expedicionaria de Marines, con dos brigadas.

Pronto se comprobó que el ejército iraquí no estaba a la altura de la invasión. Las primeras veinticuatro horas de ataques aliados marcaron la pauta del mes largo de incursiones. Sin embargo, el teniente general Charles Horner, al mando de la Fuerza Aérea, sabía que la aviación por sí sola no bastaba para vencer. En el aire, los atacantes tendrían que hacer frente a una evolucionada red de defensa aérea iraquí.

«Sus sistemas de radar eran de los más modernos e integrados a través de sistemas de fibra óptica a centros de mando y control conectados a través de todo el país. Eran como los radios de una rueda. Había unos cuatrocientos puestos de observación conectados uno al otro y a los puestos de mando. Hubo cinco puestos de mando desde la frontera con Turquía hasta el sur», indica el exgeneral

Trainor.

Muchos de estos sistemas se encontraban enterrados y algunos de ellos cubiertos de hormigón para evitar ser reconocidos desde el aire.

El objetivo de la primera fase debía ser la destrucción de las capacidades ofensivas y defensivas aéreas iraquíes, incluyendo su fuerza aérea y sus sistemas integrados de defensa antiaérea basados en tierra; su sistema nacional de comunicaciones (televisión, radio y líneas terrestres); su capacidad de desarrollo y producción de armas nucleares, biológicas y químicas; así como su potencial de producción bélica, y su sistema de transporte incluyendo líneas de ferrocarril, puentes y las capacidades de transporte y distribución de petróleo.

Antes de comenzar la guerra, la fuerza aérea de Irak ocupaba el puesto sexto del mundo, con aviones MIG-21, MIG-23, MIG-25, MIG-29, Mirage F-l y otra serie de aviones de transporte y apoyo. Además poseía unos diecisiete mil misiles tierra-aire y diez mil piezas de artillería antiaérea.

La campaña aliada comenzó con los aviones Stealth F-17A y los misiles de crucero Tomahawk (TLAM, Tomahawk Land Attack Missile), enormemente precisos a distancias de centenares de kilómetros. Los aviones resultaron virtualmente invisibles durante el primer ataque nocturno y alcanzaron el 31 por ciento de todos los blancos durante el primer día de la campaña, abriendo de esta forma los corredores para incursiones posteriores.

El segundo objetivo del general Horner eran neutralizar el ejército de Irak en Kuwait a través de la destrucción de puentes y líneas de comunicación, con el objeto de interrumpir sus suministros, destruir su potencial mecanizado y de artillería, además de diezmar y desmoralizar a su ejército. Todo ello permitiría que el ejército de la coalición ejecutara una aplastante ofensiva terrestre mientras se mantenía a raya a Irak con más de setecientos modernos aviones de combate. Desde meses antes, Sadam tenía rehenes occidentales en Kuwait; el líder iraquí había pasado de asegurar, el 3 de noviembre, que liberaría a todos los rehenes a cambio de no ser agredido, a utilizarlos como escudo, anunciando que habían sido colocados en los posibles blancos aéreos aliados.

El primer día participaron además aviones de las fuerzas aéreas británica, francesa e italiana. En las primeras catorce horas de combate realizaron un total de mil vuelos, destruyendo los sistemas iraquíes de alerta temprana, sistemas de dirección de la defensa antiaérea, infraestructuras de mando, control y

comunicaciones, plantas eléctricas, fuerzas aéreas, defensas antiaéreas y algunas bases de lanzamiento de misiles Scud.

Al finalizar las primeras veinticuatro horas, la coalición había realizado 2107 misiones de combate y disparado 196 misiles Tomahawk perdiendo solamente nueve aviones: cinco de Estados Unidos, dos ingleses, uno italiano y el otro kuwaití.

Tras esta primera fase, destinada a la paralización de la capacidad de respuesta, los bombardeos prosiguieron sobre las fuerzas militares iraquíes. Sadam no se hacía ilusiones sobre su capacidad de vencer a los norteamericanos en un enfrentamiento directo. Pero creía que si políticamente pulsaba las teclas adecuadas podría romper la frágil coalición y aislar a Estados Unidos.

EL INCESANTE BOMBARDEO

Así pues, una vez agotado el plazo, sobre Sadam Husein había caído una impresionante y ultramoderna tecnología de armas aéreas guiadas por expertos aviadores. «Fue el gran show y todos querían servir a su país. Ésa era la sensación, todos estábamos deseando encender motores y comenzar», recuerda el comandante David Eberly de las Fuerzas Aéreas norteamericanas (USAF). «Estábamos muy orgullosos de participar. Sin embargo, no podíamos evitar un fuerte presentimiento de que algo iba a suceder», añade.

Con la esperanza de un ataque sorpresa, el primer día los aviones se dirigieron a destrozar el sistema de defensa aérea iraquí basado en el soviético, tan mortífero como la electrónica podría construir. En la vanguardia estaba el famoso avión F-117 A Stealth Fighter. Los 44 gigantescos aparatos negros F-117 utilizaban una tecnología que los volvió prácticamente invisibles ante los radares enemigos. Diseñados a finales de los setenta, su primera misión fue en Panamá, pero en esta guerra se utilizaron por primera vez en forma masiva. El diseño de su sistema electrónico de invisibilidad costó mil millones de dólares.

«La campaña de bombardeo aéreo durante la guerra de Vietnam se llamó *Rolling Thunder*, fue un tipo de operación secuencial que fue escalando más y más en un período de tiempo. El nombre para la campaña durante la guerra del Golfo fue *Instant Thunder*, un nombre elegido para indicar que no sería una

especie de acumulación de las secuencias de fuego sobre el enemigo. Sería un brutal ataque repentino a múltiples objetivos», describe el exgeneral Trainor.

Según señala este militar, «se trataba de una nueva forma de usar la fuerza aérea, donde se utilizaron masiva y simultáneamente misiles desde diferentes puntos, como los Tomahawk procedentes del mar Rojo, pero también del golfo Pérsico». Armas de gran precisión que podían volar en la oscuridad a través de pozos, puertas y ventanas para pulverizar las posiciones de alta prioridad y dejar los objetivos civiles prácticamente ilesos. «Entre las doce y las veinticuatro primeras horas saltó por los aires la capacidad de los sistemas de defensa aérea iraquíes», indica.

Los mensajes por radio detectados a los iraquíes hasta el momento mismo de la ofensiva demostraron que Bagdad no supo en qué punto y momento se produciría el ataque clave. Después, no se trató sólo de que los misiles antiaéreos y armas de fuego iraquíes quedaron desconectados de los sistemas electrónicos de control al destruir la aviación aliada los sistemas de comunicación y radares, sino que también la aviación iraquí o había sido destruida o estaba fuera de combate, escondida en sus refugios.

A continuación se realizaron más ataques con la intención de seguir triturando la defensa iraquí y las comunicaciones con unidades de combate. Helicópteros de ataque fueron contra los antiaéreos con misiles guiados por láser, desmantelando progresivamente la protección iraquí. Los cazabombarderos Tornado británicos atacaron los aeropuertos iraquíes destruyendo las pistas con bombas especiales. De esta forma, los Tornado ayudaron a desactivar el peligro de ataques por sorpresa de la Fuerza Aérea iraquí, que cada día que pasaba tenía menos posibilidades de participar en la guerra.

En raras ocasiones, los pilotos iraquíes intentaron atacar pero o fueron interceptados en el aire o los pilotos de la coalición los barrieron del cielo con apenas pérdidas para los aliados. El primer día de la campaña Irak hizo 96 vuelos, que bajaron a aproximadamente 58 al finalizar el cuarto día y concluyeron por completo al llegar al decimosexto día de operaciones.

Visibles tanto de noche como de día con los nuevos sistemas electrónicos, los enlaces de comunicaciones enemigas se cortaron carretera por carretera, camión por camión y puente por puente. La siguiente fase fueron los objetivos

industriales: la red eléctrica, los oleoductos de recogida y transporte del petróleo y el agua, las fábricas de productos petroquímicos… Los mortíferos misiles de crucero Tomahawk de medio alcance volaron desde cruceros y acorazados situados en el Golfo, el mar Rojo y el Mediterráneo, atravesando una cadena montañosa iraní. Los iraníes no estaban informados, y si descubrieron que su espacio aéreo fue violado nunca dijeron nada.

A la semana de iniciadas las acciones, la coalición ganó la superioridad aérea. Con el objeto de proteger sus aviones, Irak los ocultaba en áreas residenciales, cerca de sitios religiosos, y bajo cubiertas de hormigón. Más adelante, a los pocos pilotos supervivientes, Sadam les ordenó llevar los aparatos a Irán.

LOS ASESINOS DE TANQUES

Los poderosos bombarderos B-52, casi todos ellos con cuarenta años de antigüedad, volaron en misiones hasta 12 000 millas desde Estados Unidos, Guam y la isla Diego García a los objetivos en el Golfo. Entregaron su pesada carga de bombas no guiadas contra la temida Guardia Republicana.

«Llamé al general Horner y le dije: “Chuck, quiero algunos B-52 aquí”. Y él me contestó: “Walt, dime la misión. No me digas qué tipo de avión deseas. Ése es mi trabajo”. Y yo le repliqué: “Mira, Chuck, entiendo de B-52. Estuve muy cerca de ellos en Vietnam. Sé el enorme efecto psicológico que tienen. Así que quiero que me mandes aquí B-52”», cuenta el general Walter E. Boomer, jefe de la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines.

Mientras los B-52 golpeaban a la Guardia Republicana, el resto de la fuerza de ataque aéreo tuvo otro objetivo. «El general Schwarzkopf había identificado realmente el centro de gravedad de esta guerra. Eran los tanques y la artillería del ejército iraquí en Kuwait y el sur de Irak. Ellos fueron los que causaron más bajas en nuestras fuerzas cuando comenzó la guerra en tierra», indica Charles Horner, comandante de las fuerzas aéreas de la coalición.

Un comandante iraquí diría que durante la guerra su tanque fue su casa, su amigo, que lo protegía. Sin embargo, en este conflicto se convirtieron en un ataúd por los ataques de los conocidos y polémicos (por sus proyectiles de

uranio empobrecido) aviones A-10 Warthog, los helicópteros de combate Apache y una asombrosa variedad de *Tankbusters* (cazatanques) de los aliados.

Un total de 144 A-10 participaron en la campaña Tormenta del Desierto, volando desde Estados Unidos o Inglaterra hasta sus bases en Arabia Saudí. Sus principales misiones fueron la destrucción de tanques, además de la supresión de defensas antiaéreas y la caza de lanzaderas de Scud, para lo cual dispararon unos 940 000 proyectiles de uranio empobrecido.

Además, el ejército y la infantería de marina emplearon más de 1900 tanques Abrams y varios centenares del modelo MI y M60, con un alcance efectivo de tres mil metros, frente a los tanques soviéticos T72 que tenían los iraquíes, cuyo alcance era inferior a dos mil metros. Se estima que el blanco a mayor distancia lo hizo un tanque británico Challenger que destruyó un tanque iraquí a 5100 metros de distancia utilizando un proyectil con uranio empobrecido.

Esta munición *Depleted Uranium* (DU) causaba un impacto y una capacidad de perforación de gran densidad, por lo que era conocida como el «asesino de tanques». El apellido de «empobrecido» viene dado porque su contenido del isótopo U235 es reducido: de 0,7 por ciento a 0,2 por ciento durante el proceso de enriquecimiento del uranio. Este tipo de proyectil destruyó más de la tercera parte de los 3700 tanques de Irak. Washington nunca ha creído que el uranio empobrecido supuso un peligro para los soldados aliados, opinión que no comparten muchos de los veteranos de la Tormenta del Desierto ni de la guerra de los Balcanes, donde también se utilizó.

Los servicios de inteligencia dependían de la recopilación de información; para ello utilizaron los aviones de control y vigilancia electrónica AWACS (Airborne Warning and Control System en inglés), Hawkeyes, aviones teledirigidos y EP-3 con el fin de mejorar la cobertura y hacer posible la detección de amenazas. Incluso pudieron detectar buques de superficie y *snorkels* de submarinos sumergidos, lo que permitió una mejor utilización de las defensas de la Armada.

Sadam cumplió su amenaza contra el medio ambiente provocando un desastre, cuando comenzaron a destruir los campos petrolíferos kuwaitíes. Pensó que el humo constante combinado con el mal tiempo obstaculizaría el ataque aéreo. Pero las malas condiciones de vuelo no produjeron ningún cambio de planes y 284 misiles de crucero Tomahawk mantuvieron la presión sin cesar, con

una tasa de éxito del 80 por ciento. Mientras, Sadam prometió que llevaría a cabo «la madre de todas las batallas».

LAS ARTES DE DISTRACCIÓN DE SCHWARZKOPF

En el desierto las fuerzas de Irak se estimaban ahora en 530 000 hombres, con 4300 tanques y 2700 vehículos blindados de combate. Este poderoso contingente militar formaba un impresionante baluarte defensivo perfeccionado durante la guerra de Sadam con Irán.

«Estableció una serie de puntos fuertes, de defensas en profundidad, colocando una gran cantidad de unidades de infantería en primera línea y guardando una cantidad regular de fuerzas blindadas detrás de estas fuerzas a manera de reserva para efectuar contraataques en caso de que las posiciones defensivas fueran sobrepasadas. La base de la defensa era un uso masivo de minas y obstáculos, de acuerdo con la doctrina soviética; a medida que se profundizaba en la retaguardia del dispositivo, mejoraba la calidad de las tropas de defensa. Ésta sería la estrategia que tenían previsto utilizar en contra de los aliados», señala Trainor.

Durante la guerra de Irán-Irak Sadam había construido barreras impresionantes a lo largo del frente de 1200 kilómetros. En especial, la ciudad meridional de Basora contaba con enormes construcciones de hormigón que cubrían las posiciones de los tanques y de la artillería, rodeados de campos de minas y alambre de púas, a lo largo de un lago artificial de 30 kilómetros de largo y 1800 metros de ancho.

Las fortificaciones iraquíes estaban hechas de arena, respaldadas por una zanja antitanque con petróleo que seria quemado para provocar una cortina de humo que hiciera imposible la visión a los pilotos y para crear focos de calor que desviasen las bombas; además contaban con un cinturón de alambradas y campos minados. Detrás se colocaron ametralladoras y la infantería. Como su prioridad absoluta era la conservación de su poder, resguardó sus mejores tropas para mantener el control interno de su país.

«La estrategia de Estados Unidos fue básicamente hacer creer a los iraquíes que los marines, que eran más numerosos en el este, presumiblemente realizarían

el gran ataque en esa zona, cuando en realidad íbamos a poner enormes fuerzas en el desierto occidental, en áreas donde los iraquíes creían que nadie podía moverse», afirma Trainor. Irak calculó que la coalición no atacaría por el interior del desierto, debido a que nunca se había hecho anteriormente.

El general Schwarzkopf utilizó todas las artes posibles de distracción para engañar a los iraquíes; entre ellas hizo repetir hasta la saciedad a sus generales que los marines seguían ultimando el lanzamiento de varios asaltos anfibios en las costas de Kuwait.

Éste fue otro ejemplo de la buena logística de la operación. La clave del plan secreto de distracción del general Schwarzkopf consistía en realizar rápidamente un típico movimiento envolvente —basado en esencia en la clásica pinza de Aníbal en Cannas— que entrando por el desierto flanquease las posiciones defensivas iraquíes hasta ponerse detrás del enemigo, cortando su línea de suministro y retirada. Para ello Schwarzkopf necesitó mover en cuestión de días dos cuerpos de ejército sin que el enemigo lo percibiese, e instalar en pleno desierto miles de toneladas de suministro, municiones y combustible.

Una vez que se tomó la decisión de atacar por el desierto se necesitaban las fuerzas para hacerlo. Allí se dirigió al VII Cuerpo Acorazado, que formaba parte de las fuerzas de la OTAN en Europa. «Llegó el VII Cuerpo con la 1.ª División de Infantería Mecanizada, la 1.ª y 3.ª divisiones acorazadas y el 2.º Regimiento de Caballería Acorazada, a los que se incorporaría la 1.ª División Acorazada británica —cuenta el exgeneral Trainor—. Un equipamiento de gran alcance, muy parecido al que se preparó para luchar contra las fuerzas soviéticas en Alemania». El apoyo del VII Cuerpo sólo fue posible porque la amenaza soviética en Europa se había reducido.

LOS PATRIOT CONTRA LOS MISILES SCUD

El arma más temida de Sadam eran sus misiles Scud, una modificación iraquí de los misiles balísticos tácticos desarrollados por la Unión Soviética durante la Guerra Fría y exportados en grandes cantidades a otros países. Mejorados para conseguir un mayor alcance, suponían una gran preocupación para las fuerzas aliadas por la posibilidad de que fueran cargados con cabezas químicas o

biológicas.

Con los de mayor alcance, Sadam podía alcanzar ciudades de Israel y enfurecer al gobierno judío lo suficiente como para entrar en la guerra, poniendo así fin a la coalición de Occidente con las naciones árabes. O podría lanzarlos en cualquier lugar cargados con gas venenoso o armas biológicas.

Como desdeñando el enorme ejército que estaba esperando para atacarle, comenzó a lanzar misiles contra Israel. «Sadam buscaba un enfrentamiento de Estados Unidos e Israel contra él. Ésa era la guerra que buscaba, pero nosotros no le permitiríamos tenerla», explica Dan Quayle, vicepresidente de Estados Unidos de 1988 a 1992. Había que mantener a Israel fuera de la guerra porque ningún Estado árabe iría contra otro país árabe aliado con Israel.

De hecho, los mal diseñados e imprecisos Scud fueron más peligrosos por su valor diplomático que como armas. Según explica el exdirector del Programa de Seguridad Nacional, Bernard Trainor, el general Schwarzkopf quiso hacer caso omiso de los Scud como amenaza militarmente irrelevante, «pero sus jefes políticos en Washington, dijeron que no. Había que intentar mantener a los israelíes fuera de la guerra, lo cual era bastante difícil si los Scud conseguían atacar, sobre todo, si uno portaba una ojiva química. Así que a Schwarzkopf no le quedó más remedio que ir tras los Scud. Pero esto le molestó porque para él estaba desviando aviones que podrían haberse utilizado en lo que él consideraba objetivos más productivos. Lo cierto es que en el análisis final, tras la guerra, se demostró que fue un esfuerzo inútil».

La reacción de Estados Unidos para la neutralización de los Scud fue utilizar por primera vez en la historia un sistema antimisiles, los Patriot situados en diversos puntos en Oriente Próximo. Antes de la guerra del Golfo, los sistemas de defensa antimisiles eran un concepto sin probar. La primera vez que se usaron los Patriot, de fabricación estadounidense, fue el 18 de enero de 1991, consiguiendo interceptar y destruir un misil Scud iraquí lanzado sobre Arabia Saudí.

Este sistema de defensa antiaérea consiste, básicamente, en misiles guiados tierra-aire gracias a un radar multifunción de fases acoplado en un remolque. Su haz apunta electrónicamente cada pocos microsegundos a los elementos que surquen el cielo. Por algún tiempo pareció que la resolución del conflicto dependería de la confrontación entre un tipo de misiles ofensivos de un bando y

un sistema defensivo —básicamente no probado— del otro contingente.

La posesión de los Patriot dio un respiro al gobierno de Israel, ya que pudieron tranquilizar a su población durante los primeros días de la guerra. De hecho, Israel supo abstenerse de cualquier participación incluso cuando Sadam trató de volver la guerra en su contra. La táctica de implicados en el conflicto no funcionó y en todo momento los israelíes se abstuvieron de realizar represalias, pero los ataques con misiles Scud obligaron a la coalición a modificar sus planes. A partir de ese momento, las plataformas móviles con las cuales los iraquíes disparaban contra Israel serían el objetivo primordial de los ataques. La intercepción de los Scud supuso casi un tercio de los esfuerzos de la coalición.

Irak, al inicio, lanzó un promedio de cinco misiles por día, pero se redujo el ritmo posteriormente a uno diario. Aunque en su mayoría eran misiles de baja calidad, ya que se solían romper en pleno vuelo y llevaban cabezas muy pequeñas, al final cuarenta Scud fueron lanzados sobre Israel y otros cuarenta y seis sobre Arabia Saudí, y causaron la muerte directa de un israelí y veintiocho soldados estadounidenses (el misil cayó el 27 de febrero sobre su cuartel cerca de Dhahran, en Arabia Saudí).

A los aliados no les fue fácil detectar los misiles enemigos, ya que se podían desplazar fácilmente cargados en camiones. Los servicios de inteligencia de la coalición detectaron el número y lugar donde se encontraban situadas las plataformas de hormigón fijas de lanzamiento de los Scud (destruyeron completamente treinta y seis de estas instalaciones), pero no tuvieron conocimiento de que Irak había convertido docenas de camiones en plataformas de lanzamiento móviles, con señuelos para confundir sus verdaderas posiciones. Equipos de las fuerzas especiales británicas y de la Delta Force norteamericana fueron enviados a sobrevolar el desierto para descubrir las lanzaderas móviles, pero no tuvieron éxito.

Al sistema Patriot se asignó un éxito en el derribo de los misiles iraquíes que, según muchos expertos, fue exagerado, ya que en realidad un 85 por ciento no alcanzaron su objetivo. Es más: en abril de 1992, dos expertos del MIT y de la Universidad de Tel Aviv testificaron ante un comité de investigación del Congreso de Estados Unidos; de acuerdo con sus análisis, el sistema Patriot tuvo un porcentaje de aciertos por debajo del 10 por ciento. La Cámara de Cuentas Americana también realizó una investigación al terminar la guerra. «La campaña

para frenar a los misiles Scud —afirma su subdirector Winslow Wheeler— casi fue un completo desastre. Sólo encontramos pruebas de que un Scud fuera derribado por un Patriot».

Y es que este sistema, previsto originalmente para destruir aeronaves enemigas y no misiles, tuvo importantes fallos en sus primeras versiones. Su cabeza de fragmentación fue diseñada para detonar cerca del blanco para que la metralla producida por la explosión a tan alta velocidad destruyera el receptáculo que transportaba la cabeza o su sistema de guía. Sin embargo, este método se mostró ineficaz en muchos casos permitiendo que algunos de los misiles Scud, alcanzaran su blanco. «Trabajamos muy duro para destruir los misiles iraquíes con la intención de tranquilizar a Israel, pero lo hicimos muy mal», asegura Walter E. Boomer, jefe de la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines durante la Operación Tormenta del Desierto.

Estados Unidos ocultó estos fracasos a Israel, pero también hubo información que no se contó a Arabia Saudí, como el hecho de que Israel facilitaba a la coalición tanques antiminas. Aviones estadounidenses los recogían en Israel, los repintaban con colores identificativos de los marines y volaban dando un rodeo hacia Arabia Saudí para hacer la entrega.

NUEVO CONCEPTO: LA BATALLA TIERRA-AIRE

Ya en 1973 la guerra de Israel con Egipto abrió los ojos al mundo sobre las armas de alta tecnología, la iniciativa y la movilidad de las viejas verdades de la guerra ofensiva y defensiva. A partir de entonces, Estados Unidos adoptó una nueva doctrina que se llamó batalla tierra-aire. «Consistió en la integración de la fuerza aérea y el ejército en la batalla sobre el terreno y no sólo en la parte delantera del frente, sino atacando las reservas y la retaguardia de enemigo», explica Trainor.

La doctrina fue concebida en los años ochenta para hacer frente al presuntamente arrollador empuje de los blindados soviéticos. El objetivo de los ataques detrás de la línea no era el enemigo a la fuga o en retirada, sino arruinar su planificación y capacidad de ejecución. La doctrina se consideró para utilizar frente a un ataque a Arabia Saudí.

«Aprovechamos el tiempo para entrenamos contrarreloj. De hecho tenía que sujetar a nuestras fuerzas y decirles que tuvieran paciencia», cuenta el general Walter E. Boomer, de la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines. La adecuada coordinación y el cálculo de tiempo fueron elementos básicos. Más de la mitad de las fuerzas que participaron en el primer ataque en la Tormenta del Desierto habían llegado al frente con suficiente nivel de preparación para entrar en combate.

Sin embargo, a los dirigentes aliados no les gustaba la idea de un enfrentamiento directo con la famosa Guardia Republicana de Sadam. La coalición era superior en armas, pero Irak había llevado casi a medio millón de soldados al frente, hombres curtidos y experimentados por ocho años de guerra con la vecina Irán. En cambio, los soldados estadounidenses —que constituían la mayoría en la coalición— no habían participado en una guerra importante desde Vietnam, más de dos décadas antes, y estaban por probar. La batalla en tierra prometía ser sangrienta y costosa. Sadam Husein contaba con ello.

«Nos superaban en número de hombres; tenían más tanques y más piezas de artillería. Además, habían construido dos enormes barreras que impedían la entrada en Kuwait. Dos enormes campos de minas», señala el general Walter E. Boomer. Además, las tropas internacionales temían un ataque con armas químicas y los soldados no tenían ninguna experiencia en este tipo de armas desde la Segunda Guerra Mundial.

«El plan original de Sadam Husein era combatir como lo había hecho contra Irán. Frenando con campos de minas a las fuerzas atacantes y abriendo fuego de artillería contra ellas. De este modo podían ser fácilmente diezmadas y, a continuación, podía lanzar un contraataque», dice el exgeneral Bernard Trainor.

Sadam pensaba que a medida que fueran aumentando las bajas estadounidenses, aumentarían las protestas en Estados Unidos forzando a George Bush a retirar sus tropas. Entonces Sadam podría quedarse con todo lo que había ocupado. «El problema era —según Trainor— que Estados Unidos no atacaba, sino bombardeaba. Así que decidió obligar a los norteamericanos a atacar como él quería lanzando una semiofensiva sobre Arabia Saudí».

Mientras tanto, el plan de operaciones aliado consistía en desplazar el XVIII Cuerpo (las divisiones aerotransportadas 82.ª y 101.ª, la 24.ª División de Infantería Mecanizada y la División Daguet francesa) hacia el oeste, al interior

del desierto más allá de las líneas defensivas iraquíes, para que hiciese un movimiento envolvente —«gancho de izquierda»— que llevaría a la 101.ª y la 24.ª hasta la carretera del Éufrates, detrás de los iraquíes para impedir su retirada, mientras que la 82.ª y los franceses cubrían el flanco cerrando el cerco. Al VII Cuerpo Acorazado (divisiones acorazadas 1.ª y 3.ª, 1.ª de Infantería Mecanizada y División Acorazada británica) le correspondería lanzarse al ataque y destrucción de las divisiones iraquíes a través del desierto, por donde no lo esperaban, mientras que el ataque frontal de los marines hacia la capital de Kuwait debía atraer a las reservas de la Guardia Republicana, y retener estas fuerzas hasta que se completara el envolvimiento.

OFENSIVA SOBRE ARABIA SAUDÍ

El 29 de enero de 1991 el ejército iraquí cruzó la frontera de Arabia Saudí y atacó el pueblo de Khafji, al norte del país. Khafji estaba vacío porque lo habían evacuado los saudíes al principio de la guerra, pero ahora pedían a los norteamericanos que les ayudaran a recuperarlo. La batalla por esta localidad se convirtió en uno de los enfrentamientos más importante de la guerra del Golfo.

Los saudíes insistieron en que sus tropas encabezaran el contraataque. Con el apoyo aéreo de la aviación naval estadounidense, recuperaron la localidad. «Demostró que los iraquíes no eran tan duros como se pensaba. Resultaron no ser especialmente buenos», afirma Bernard Trainor.

Las fuerzas iraquíes que atacaron Khafji fueron destruidas por el ataque conjunto de los marines y los saudíes. «Los iraquíes no sabían qué diablos pasaba. Después del ataque lo sentí por ellos. Mal entrenados, con el equipo soviético que se les había dado y que desempeñó un papel mucho peor de lo que había pensado, convencidos de que estaban bien equipados, tuvieron que entregarse», recuerda el jefe de la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines, el general Walter E. Boomer. Al día siguiente, Irak hizo prisionera a la primera mujer norteamericana.

Mientras, la plana mayor del CENTCOM y Schwarzkopf preparaban la gran ofensiva terrestre en Kuwait. El plan de «los caballeros Yedi» requería dos divisiones de marines para atacar y combatir en el centro de las fortificaciones

iraquíes. Una vez comenzara la batalla, unidades franceses y estadounidenses aerotransportadas, a unos 650 kilómetros al oeste, empezarían a rodear el campo de batalla. Al día siguiente, el VII Cuerpo, formado por cinco divisiones anglonorteamericanas, realizaría una maniobra envolvente a lo largo de cientos de kilómetros de desierto. Se trataba de un «gancho de izquierda» para atrapar y destruir a la Guardia Republicana.

Patrullas estadounidenses y las fuerzas especiales británicas comenzaron a llegar a Kuwait para hostigar a la artillería utilizando tecnología láser para designar objetivos a los helicópteros de ataque.

El secretario de Defensa, Cheney, y el presidente de los jefes del Estado Mayor, Colin Powell, viajaron a Arabia Saudí para ser informados y dar el visto bueno a la ofensiva terrestre, mientras los soviéticos estaban tratando de concertar un alto el fuego. Se preparaba la segunda ofensiva del plan, el día G se fijó el 24 de febrero. Seria el ataque más enérgico del ejército de Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial y tendría lugar contra del cuarto ejército más grande del mundo.

Schwarzkopf tuvo que mover 255 000 soldados a posiciones de ataque durante más de tres semanas sin que los iraquíes se dieran cuenta. El XVIII Cuerpo recorrió más de ochocientos kilómetros por el desierto en doce días. Una fuerza de asalto de paracaidistas de la 101.ª División fue llevada en helicópteros al interior de Irak para establecer las bases logísticas con antelación.

Detrás de una atronadora salva de artillería, la coalición estaba formada por fuerzas que representaban a treinta y dos países contra más de medio millón de soldados iraquíes desplegados en Kuwait. «Todos estábamos ansiosos; soldados y oficiales. Todos sentíamos el miedo a la muerte que nos dejó en un estado semiparalizado hasta que realmente dieron la orden de atacar», recuerda el exgeneral Trainor.

Mientras, Sadam seguía las noticias en televisión sobre las maniobras anfibias de la Marina norteamericana frente a la costa de Kuwait y se negaba a creer que podría ocurrir este asalto detrás de sus líneas por parte de la fuerza de tierra aliada.

EL PLAN DE LOS ALIADOS: LA INTERVENCIÓN TOTAL

Antes del amanecer del 24 de febrero, dos divisiones de marines, encargadas de realizar el ataque señuelo que debía atraer a la Guardia Republicana, entraron en Kuwait y atacaron el corazón de las defensas iraquíes. Tras varios meses de preparación, la campaña terrestre para la recuperación de Kuwait estaba en marcha. El plan requería que los marines retuvieran a la Guardia Republicana. A continuación, el VII Cuerpo Acorazado del general Frederick Franks la rodearía y la destruiría. Pero los planes no se cumplieron como se habían fijado.

«El día del ataque los marines atravesaron las filas iraquíes como si fueran mantequilla. Primero, porque muchos iraquíes no querían combatir y, segundo, porque habían recibido órdenes de retroceder», cuenta el exgeneral Trainor. Se suponía que las líneas iraquíes resistirían al ataque de los marines entre uno y tres días, atrayendo refuerzos de la Guardia Republicana, pero a las pocas horas del comienzo del ataque, el servicio de inteligencia recibió la noticia de que el ejército de Sadam estaba en retirada. El plan de «gancho de izquierda» todavía no había sido lanzado.

«El plan de Schwarzkopf requería —explica Trainor— que el VII Cuerpo lanzara un ataque en el desierto occidental al día siguiente. El resultado, al llegar veinticuatro horas tarde, fue que el 50 por ciento de las tropas iraquíes lograron escapar. Los mejores, con sus mejores equipos, cruzaron la línea Tigris-Éufrates y salieron de Kuwait sin un rasguño».

Según este exgeneral, «hubo una desconexión. La operación requería que los marines frenaran a los iraquíes para que, después, los cuerpos VII y XVIII los rodearan y los destruyeran, pero resultó ser todo lo contrario», explica Trainor. «La infantería de marina terminó empujando, de modo que se convirtió, en lugar de una fuerza de sujeción, en un pistón que empujaba a los iraquíes fuera de Kuwait», matiza.

A partir de ese momento, según el general Walt E. Boomer, jefe de la 1.ª Fuerza Expedicionaria de Marines, no se pudo cumplir con el calendario ni con las líneas marcadas para toda operación terrestre. «El general Schwarzkopf hubiera tenido que acelerar el ataque principal sobre el flanco izquierdo. Pero no ocurrió».

Según las operaciones diseñadas por el general Schwarzkopf, por la costa, las divisiones 1.ª y 2.ª de marines y la 4.ª Brigada Acorazada británica avanzaron rápidamente en dirección a la ciudad de Kuwait. El envío de tropas

aerotransportadas por detrás de las líneas iraquíes y el avance de las tropas árabes de Kuwait, Arabia Saudí, Egipto, Siria, Omán y Qatar en dirección a al-Hahra envolvió a las cinco divisiones iraquíes que se interponían en su camino hacia la capital.

Las dos columnas que avanzaban hacia la ciudad de Kuwait, apoyadas por los paracaidistas de la División Aerotransportada, alcanzaron los arrabales de la ciudad. Cuando los marines llegaron al aeropuerto internacional de la capital de Kuwait, destruyeron más de mil tanques enemigos.

El VII Cuerpo, incluida la 1.ª División Acorazada británica, formó y comenzó a atacar. El XVIII Cuerpo protegía su flanco y compartía su objetivo último. «Nuestra misión era llevar a cabo el gancho de izquierda, alcanzando rápidamente el valle del río Éufrates, algunos cientos de kilómetros más allá de la frontera, y cerrar la autopista 8 para cortar las fuerzas de la Guardia Republicana, de modo que no pudiera escapar del VII Cuerpo, que estaba atacando en nuestro flanco derecho. Nuestra misión era destruir la Guardia Republicana», cuenta el coronel Paul J. Kern, jefe de la 2.ª Brigada de la 24.ª División de Infantería Mecanizada.

Por el centro, en el vértice de la Zona Neutral (un territorio en forma de rombo entre Irak y Arabia Saudí, de soberanía discutida), el VII Cuerpo del Ejército Acorazado y un regimiento de caballería aérea de los Estados Unidos, con apoyo de la 7.ª Brigada Blindada británica, se pusieron en marcha en dirección al puerto de Basora. En al-Busaya y Seventy Easting, la resistencia fue muy dura y los iraquíes sufrieron pérdidas terribles. En una batalla que ocurrió durante la noche, los MI Abrams utilizaron armas y telémetros de rayos láser provocando un incendio que hizo saltar a los iraquíes en pedazos.

En su camino a Basora, los mil carros de combate pesados y cerca de tres mil blindados ligeros aliados destrozaron a la división Tawalkana de la Guardia Republicana que luchaba con sus mejores tanques. Al día siguiente, hicieron lo mismo con la división Hammurabi. El 27 de febrero la división acorazada Medina cayó ante el avance aliado, a las puertas de Basora.

En el oeste, los franceses de la agrupación Daguet y el 3,er Regimiento de Caballería Acorazada norteamericano alcanzaron Nasiriya, amenazando con cercar a las tropas iraquíes en el interior del emirato. Muy cerca del avance francés, cuatrocientos helicópteros pesados transportaron a la 101.ª División

norteamericana y establecieron la base Cobra, a noventa kilómetros en el interior de Irak. Su misión era cortar la retirada de las tropas de Sadam hacia Basora.

El asalto meticulosamente planificado tuvo una brutal eficacia. El principal objetivo de la coalición era liberar Kuwait, pero derrocar a Sadam Husein y destruir las tropas que le respaldaban era igual de importante, al menos para los miembros occidentales de la coalición. «Schwarzkopf nunca se planteó que los iraquíes quisieran retirarse, así que no elaboró un plan alternativo cuando retrocedieron. No había un plan para atraparlos. Fue una gran equivocación», defiende Trainor.

LAS ÚLTIMAS CUARENTA Y OCHO HORAS

El más duro y cruel enfrentamiento de la guerra fue la batalla de Medina Ridge, ocurrida el 27 de febrero, entre la 1.ª División Blindada de Estados Unidos y la 2.ª Brigada de la Guardia Republicana, a las afueras de Basora.

Medina Ridge es el nombre que las tropas estadounidenses dieron al lugar: una pequeña cordillera de unos once kilómetros de largo. La batalla se libró en aproximadamente dos horas, fue una de las pocas batallas durante la Tormenta del Desierto en la que las fuerzas americanas encontraron una significativa resistencia por parte iraquí y les hizo muy difícil avanzar. «En la cruel batalla participaron unos tres mil vehículos, incluidos 166 tanques M1A1 Abrams, además de artillería. Fue una visión como yo nunca había visto nada antes y estoy seguro de que nunca voy a ver otra vez», dice el general Ron Griffith.

Las fuerzas iraquíes estaban bien desplegadas, de forma que no podían ser vistas por las fuerzas estadounidenses. Para limpiar la zona, actuó la artillería, y los cohetes se sumaron a la acción. Las unidades estadounidenses consideraron necesario atacar al enemigo mientras obuses y cohetes caían sobre él, inmovilizándolo, lo que se tradujo en una víctima mortal americana (debida a «fuego amigo»), mientras que se destruían cerca de trescientos tanques iraquíes, en su mayoría T-72S y los viejos y anticuados Tipo 69, además de 127 vehículos blindados.

Lo cierto es que los iraquíes utilizaron una estrategia defensiva adecuada mediante el despliegue de sus blindados detrás de la cordillera, pero les sirvió de

poco. Murieron víctimas de los tanques y de la artillería. Sólo cuatro tanques Abrams fueron alcanzados por fuego directo, pero fueron destruidos.

A pesar de su éxito, el general Schwarzkopf se mostraba insatisfecho con el progreso del VII Cuerpo. No creía que se estuviera moviendo lo suficientemente rápido para cortar la retirada general que Sadam había ordenado a todas las fuerzas al sur del Éufrates. Bombardeó el puente en el río Éufrates para intentar detener la fuga de la Guardia Republicana que huía por la única carretera que iba a Bagdad.

«No hubo un respiro. La lucha continuaba en medio de la noche, con bombardeos incesantes», señala el historiador Alexander. La capital de Kuwait se había tomado en cincuenta horas, derrotando a doce divisiones iraquíes en el camino. Algunos soldados iraquíes trataban de alcanzar la frontera bajo un diluvio de bombas. En su huida, más de doscientos pozos petrolíferos fueron incendiados.

Los objetivos se habían cumplido, se dijo; el fin de la guerra exigía ahora un compromiso político. Los norteamericanos estaban eufóricos con la victoria y aliviados porque Sadam no había utilizado sus armas de destrucción masiva; el ataque químico no se llegó a realizar.

Muchos miembros de la Guardia Republicana de Sadam no pudieron escapar porque la frenética retirada de Kuwait produjo un enorme embotellamiento. Los camiones atascados eran objetivos fáciles para los aviones de la coalición en la que se conoció como «la carretera de la muerte». «Volvían todos a Bagdad por una sola carretera. Allí no tenían nada con qué defenderse, ninguna defensa antiaérea. Fue como cazar patos en un estanque», reconoce el exvicepresidente de Estados Unidos, Dan Quayle. La batalla comenzó a parecerse a una matanza.

El jefe del Estado Mayor conjunto Colin Powell se reunió con el presidente Bush y le recomendó poner fin a la guerra. Cien horas después, el 28 de febrero, cuando las tropas norteamericanas cercaron Basora por el este como paso previo a Bagdad, el presidente ordenó el cese de las hostilidades. «Kuwait ha sido liberado», anunció Bush.

«El presidente tomó la decisión correcta. Habíamos conseguido nuestros objetivos bélicos y políticos como se expresó en la resolución de Naciones Unidas. Al formar la coalición hicimos saber a los países aliados que no estábamos interesados en ocupar Irak», defiende el exsecretario de Estado James

A. Baker.

La orden de alto el fuego tomó por sorpresa a los jefes de las unidades de combate que, incluso, creyeron que era arbitraria por el momento en que se dio. Muchos pensaron que se habla dejado el trabajo a medio hacer. «Si hubiéramos dado un par de días más al general Frank, habría acabado con la Guardia Republicana. Por eso salieron intactos. Nos detuvimos», señala Walter E. Boomer.

Gran parte de la Guardia Republicana que huyó, en las semanas siguientes al cese de hostilidades, tuvo un papel fundamental en la dura represión contra los levantamientos internos contra el régimen de Sadam Husein. Y lo hicieron con la inconsciente aprobación del presidente Bush y sus generales.

El presidente Bush esperaba que las insurrecciones de los shiíes y los kurdos triunfaran donde ellos habían fallado. Pero su propio jefe de operaciones había dejado escapar a la Guardia Republicana, proporcionando a Sadam los medios para protegerse. «Con franqueza, me hubiera gustado haber tenido doce horas más para ir tras las fuerzas iraquíes. Estoy convencido de que no iban a pelear más. Ellos estaban dispuestos a rendirse, y podríamos haber conseguido todo el equipo que sobrevivió y que se mantuvo intacto sin una pelea», indica el general Ron Griffith.

El 3 de marzo se negoció un alto el fuego en la base aérea de Safwan. La ONU impuso fuertes sanciones económicas a Irak, además de un estricto control de su armamento. «En Safwan estábamos en la posición perfecta —defiende el exgeneral Trainor— para presionar a los iraquíes, para exigirles incluso que hicieran algo para deshacerse de Sadam. Sin embargo, Schwarzkopf fue a la firma de la paz sin ninguna dirección política y sin recibir instrucción alguna».

«El único error que cometimos fue no obligar a Sadam a que viniera a Safwan, en Irak, o alguna otra parte a que firmara el documento de rendición. Nunca debimos dejarle utilizar tras el alto el fuego sus helicópteros, porque los utilizó para aniquilar a su propio pueblo», afirma el exsecretario de Estado Baker.

El 17 de marzo el departamento de Defensa de Estados Unidos anunció la retirada de la 24.ª División de Infantería de Fort Stewart, Georgia. Kuwait era libre de nuevo, pero el equilibrio de poderes en Oriente Próximo no cambió significativamente. Irak salió muy dañada y, pese a cierta propaganda, dejó de

ser una amenaza real, pero Sadam Husein seguía en el poder. «Todos nuestros aliados árabes que nos aseguraron que no sobreviviría a una derrota de ese tamaño se equivocaron. Nosotros tampoco esperábamos que sobreviviera y también nos equivocamos», indica Baker.

El 5 de abril el presidente George Bush anunció la prohibición de vuelos iraquíes sobre las zonas kurdas del norte del país, para frenar los ataques lanzados por Sadam contra los siempre disidentes kurdos. Al día siguiente, Irak aceptó el alto el fuego definitivo. Este mismo día, se formó la Task Force Provide Comfort, que se desplegó para proporcionar ayuda humanitaria a los kurdos. El 7 de junio, la comisión de Naciones Unidas se hizo responsable de los refugiados kurdos. De hecho, el Kurdistán iraquí se había convertido en un territorio al margen de la soberanía de Bagdad.

«Todavía se tiene el concepto equivocado que de algún modo podríamos haber capturado a Sadam Husein. Pero esto hubiera supuesto una enorme pérdida de vidas norteamericanas. Nadie lo aconsejaba: ni en el Despacho Oval ni en toda la cadena de mando militar», señala el exvicepresidente de Estados Unidos Dan Quayle.

LOS ENSANGRENTADOS ARENALES DE ORIENTE PRÓXIMO

Ciento cuarenta y siete hombres y mujeres de Estados Unidos murieron en acción y hubo setecientos setenta y seis heridos. Las fuerzas británicas tuvieron alrededor de doscientas bajas, teniendo en cuenta que un cuarto de los caídos estadounidenses y casi la mitad de los caídos británicos fueron víctimas de su propio fuego, el hoy llamado «fuego amigo».

En la Operación Tormenta del Desierto, fallecieron 3500 civiles iraquíes como consecuencia directa de la guerra y otros 110 000 ciudadanos (70 000 de ellos, niños) murieron por lo que se denominó «efectos adversos sobre la salud inducidos por la guerra». Todavía hoy no existen datos sobre el número de soldados iraquíes que perdieron la vida. La Cruz Roja Internacional aporta la cifra de más de cien mil, mientras Estados Unidos indica que sólo fueron unos treinta y cinco mil. Las estimaciones del periódico británico *The Independent* ascienden a doscientos mil.

Consecuencia del embargo y de la devastación casi total de las infraestructuras iraquíes tras la Operación Tormenta del Desierto, el 14 de abril de 1995 la ONU estableció, con el acuerdo de Sadam Husein, el programa «petróleo por alimentos» (resolución 986) que inicialmente permitió al país vender crudo por valor de mil millones de dólares cada noventa días para adquirir productos básicos.

En diciembre de 1999, el Consejo de Seguridad creó la Comisión de Control, Verificación e Inspección (UNMOVIC), presidida por el sueco Hans Blix. En el año 2002 dicha comisión regresó a Irak en busca de armas de destrucción masiva amparada por la resolución 1441, en la que la ONU daba una «última oportunidad» a Bagdad para desarmarse, pues si no lo hacía «sufriría graves consecuencias». Cuatro años después, los acontecimientos se precipitaron de nuevo hacia el conflicto armado, hacia una nueva guerra contra Sadam.

La Operación Tormenta del Desierto acabó con una victoria que no se consumó, que no alcanzó el que debería haber sido su verdadero objetivo: acabar con el dictador. La Administración convenció al presidente Bush padre con ciertas informaciones que probaban que una invasión de Irak a largo plazo sería muy costosa tanto económicamente como en vidas. A partir de los ataques del 11 de septiembre de 2001, su hijo George W. Bush no pensaba igual. Sadam Husein fue derrocado en 2003, en la segunda guerra del Golfo, y ejecutado por crímenes contra la humanidad en diciembre de 2006, aunque la ocupación del país por los estadounidenses demostraría que las armas de destrucción masiva no existían, que eran un mito explotado por la propaganda de Bush hijo. Pero ésa fue otra guerra…



CANAL HISTORIA. Conocido anteriormente como *The History Channel*, es un canal de televisión por cable y satélite, que presenta programas de producción propia relacionados con eventos históricos y personas así como recreaciones y entrevistas a testigos, frecuentemente con observaciones y explicaciones a cargo de historiadores.

Desde que comenzó sus emisiones en 1998 ha apostado por ofrecer los mejores documentales de manera atractiva, rigurosa y amena. Elegido tres años consecutivos como Mejor Canal Temático por la Academia de las Ciencias y las Artes de la Televisión. Además de la versión original estadounidense (en inglés) posee otras versiones en diferentes regiones e idiomas.

Notas

[1] «Heme aquí, a un hombre fuerte venciste, hombre tartísimo», Floro, Epítome.
<<

[2] White Ensign no quiere decir «bandera blanca» —señal de rendición— sino que se refiere a la bandera de San Jorge, blanca con la cruz roja del patrón de Inglaterra, que ondea en los buques y establecimientos de la Armada Real británica. La Union Jack es el nombre que se aplica a la bandera nacional del Reino Unido. <<